



OSCURO
Perwersa

Tania Sexton



OSCURO
Y
PERVERSO

TANIA SEXTON



Primera edición en digital: mayo 2018

Título Original: Oscuro y perverso

©Tania Sexton 2018

©Editorial Romantic Ediciones, 2018

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada © Volodymyr Nikulin

Diseño de portada: Isla Books

ISBN:

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Menú de navegación

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPITULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

CAPÍTULO 23

EPÍLOGO

Agradecimientos

*A mis dos amores;
y a todas esas personas que disfrutan de la novela romántica.*

Prólogo

BOSTON, AÑO 1895

Debería escribirle. Era el pensamiento constante y fijo que rondaba su cabeza. Fijo, fijo, fijo; no dejaba de pensar en ello y cuando algo así sucedía, tenía que llevarlo a cabo. Sin más preámbulos, sin darle más vueltas, debía hacerlo. Porque si no, ¿cómo iba a criar al bebé? Ella sola, sin ayuda... sería muy difícil y tal vez no podría conseguirlo de una forma honrada, decente, sin contar a esos moscones que tenía detrás de ella cada dos por tres, que podrían llegar a hacerle la vida imposible. Y lo único que deseaba era darle lo mejor a ese niño y ella, bien que lo sabía, no estaba capacitada para hacerlo.

Una mujer sola... sin contar con que ella no se sentía mujer, toda una mujer, era una muchacha... sí, tenía a Margot, pero no debía, ni podía abusar de su amistad. Bastante hacía con hacerle un hueco en su humilde hogar, sin contar con que faltaba muchas horas de casa, para acudir a ese trabajo tan estupendo que había conseguido en Nueva York. Si no tuviera a Jonah, también podría conseguir un trabajo así, o mejor. De hecho, podría hacer cualquier cosa: servir, cocinar, bordar o coser; hasta trabajar en una fábrica; hasta podría ser institutriz, como las de las novelas inglesas que leía, de las hermanas Brontë, o de Austen. Y no era por darse aires de grandeza, ni echarse flores, su hermana se lo decía cada dos por tres (antes se lo decía), y Jeremy también: eres más lista que el hambre, decían los dos. Escribía perfectamente, sin faltas y con una caligrafía que muchos quisieran; el padre le enseñó literatura y latín, aunque esto último lo tenía un poco olvidado. Y, por supuesto, matemáticas, por algo su padre había sido contable y de los buenos. Abreviando, tenía más estudios y educación que la mayoría de la gente que le rodeaba o con la que se juntaba. Pero, también tenía a Jonah y no lo podía dejar, no lo podía abandonar; y por descontado, no podía arriesgarse a que se lo quedara el tío, el hermano de Jeremy. Eso sin contar con que había una abuela, si es que estaba viva. El tío, la abuela y vete a saber quién

más. De eso nada. Tenía tres meses y ella lo había criado desde que nació, pasando más tiempo con él, que la propia madre, y no digamos el padre. Ciertamente, Julia Mulligan había encontrado la horma de su zapato, cuando se encaprichó de Jeremy Cooper, o él de ella. Santo Dios, sí eran tal para cual, pensando que el Todopoderoso proveería, que solucionaría todos los problemas que se presentasen. Sí, eran cariñosos, eran buenos, pero tenían grillos en la cabeza, y eso que ella era la más pequeña. Por todos los santos, si con quince años, ella, Jennifer Mulligan Kennedy, tenía más conocimiento que los dos juntos; y ahora, a punto de cumplir los diecinueve, había que tomar una decisión, no le quedaba más remedio, y, además, estaba convencida de que era lo más acertado. Y no se lo pensó más, estaba decidido y requetepensado. Tomó los bártulos de escritura y comenzó. Con buena letra, clara y precisa; humilde y por encima de todo, mintiendo como nunca, nunca, lo había hecho. Sin darse cuenta del ruido de la calle, sin oír todo el alboroto y los gritos de los vendedores de frutas y verduras ambulantes y de los transeúntes en general de esa calle cercana a los muelles de Boston, comenzó la carta:

Apreciado Señor Cooper:

Soy Julia Mulligan, esposa de Jeremy Cooper y tomándome la licencia para escribirle y comunicarle la triste noticia: la muerte de su hermano, mi querido y amado esposo. Tal vez sea demasiado ruda comenzando de esta forma la primera carta que le envió para contactar con usted, pero no tengo otra forma de expresarlo, ni encuentro palabras amables que puedan amortiguar esta amargura que siento (dejó de escribir durante unos instantes, pensando que tampoco debía excederse demasiado. Bajó la cabeza y continuó). No sé si le llegará esta carta, ya que la dirección que tengo en mi poder puede no ser la correcta, pero, aun así, espero y deseo, que estas líneas lleguen a sus manos. Tendrá que perdonar mi insolencia, pero estas líneas, no son solo para comunicarle la triste noticia, es también para solicitar su ayuda si no resulta excesivo para usted. Jeremy ha muerto, dejando una viuda, yo, y un bebé, Jonah, de tres meses. Si estuviera sola en la vida, buscaría mi porvenir de una forma o de otra, pero teniendo al hijo de Jeremy, mi niño querido, me resulta mucho más problemático y duro. No sé de su situación, puesto que Jeremy contó que usted fue en busca de oro y él se vino a la costa este, deambulando antes por el medio oeste y por el sur del país.

Lo último que supimos de usted, fue al recibir una carta, donde le comunicaba que, si quería volver al oeste, tendría un trabajo y un futuro prometedor. Lo cierto es que, Jeremy estaba decidido a aceptar ese ofrecimiento y si le soy sincera, a mí me gustaba la idea; pero el orgullo, nos impidió ir... el orgullo y la falta de dinero. Decidimos ahorrar para el viaje y cuando teníamos una pequeña cantidad, Jeremy tuvo la fatal idea de acudir a un garito de juego para apostar parte de esos ahorros y conseguir más. Porque él, siempre optimista, muy optimista, no se le pasó por la cabeza perder, no, estaba convencido de que ganaría y podríamos marcharnos al oeste, a su encuentro, sin tener que rebajarse para pedirle el dinero para poder hacer ese dichoso viaje. Pero en ese tugurio, en esa timba, solo encontró la muerte. Hubo un incendio y murieron todos, incluida mi pobre hermana, que la envié en su busca, ya que el bebé estaba enfermo, con mucha fiebre y yo quería que él estuviera a mi lado. Y mi pobre y obediente hermana, hizo lo que le pedí y según me contaron, entró para no salir. El incendio fue brutal y no solo ardió esa casa, también otras adyacentes que, gracias a Dios, dio tiempo a desalojar. En fin, no quiero molestarle más y si no está en sus manos ayudarnos, lo entenderé. De verdad.

Sinceramente suya...

Jennifer dejó de escribir, al tiempo que movía ese cabello rojo oscuro, muy oscuro, recogido en un apretado moño, para evitar que los salvajes y sedosos mechones se escaparan yendo a su libre albedrío; suya, suya, suya, se repetía una y otra vez. Esa palabra era demasiado íntima, demasiado posesiva... bueno, por todos los santos, es igual. Ahora no iba a ensuciar la carta, tachando la palabrita dichosa.

Sinceramente suya, Julia Cooper.

Añadió la dirección de Nueva York, la de su amiga Margot, como lugar donde encontrarla en un futuro próximo y pidiendo disculpas por no escribir más, pues el papel era un lujo para ella. Pero como le quedaba un espacio, pequeño, pero espacio, al fin y al cabo, añadió:

Verá que la carta está sellada en Boston, pero partimos para Nueva York en cuestión de días, ya que, en esa ciudad, tengo una buena amiga que nos hará un hueco en su humilde hogar y de ese modo, tendré una ayuda que, en estos momentos, nos (nos, nos, había que utilizar el plural, para que ese hombre no olvidara que había un niño, un bebé), hace mucha falta.

Ya está, se dijo, he puesto en marcha nuestro futuro. Espero que la carta llegue a sus manos y espero que sea para bien y, sobre todo, que Brandon Cooper, sea buena persona, buen hombre; y especialmente, un poco más sensato y más maduro que fue Jeremy. Claro, que eso con poco. Y si el hermano mayor fue en busca de oro, lo encontrase o no, algo debía tener para ofrecerle un trabajo, un futuro provechoso. Tal vez se tratase de un hombre rico, o un poco al menos. Si era muy rico, muy rico, eso podía ser malo, ¿o no? Bueno, una cosa estaba clara, que ese Cooper le había hecho una oferta al hermano menor y eso significaba que algo abundante había, porque si no, no se ofrece.

Ese era el parecer de la pequeña de los Mulligan y dentro de su sensatez y su profunda seriedad, cuando algo se ofrece, y más por escrito, era para cumplirlo. Es lo correcto, lo decente. A fin de cuentas, los hermanos mayores deben cuidar de los pequeños y no al revés, como le había tocado a ella. En fin, volvió a pensar en el mayor de los Cooper, y por mucha imaginación que le echara, solo lograba imaginarse una imagen de Jeremy, algo más envejecida. Rubio oscuro, ojos azules, preciosos, a cada uno lo suyo, sonrisa picarona, cuerpo delgado pero fibroso y una buena estatura; ¿sería Brando Cooper así? Dejó de darle vueltas a la cabeza.

Un rato más tarde, con el bebé pegado a su pecho, envuelto en un gran pañuelo negro que rodeaba su cuello, se cruzaba en la espalda y ataba en la cintura, de modo que el crío, se acomodaba en ese saquito cálido y confortable que era la recia tela de algodón y los turgentes pechos de la muchacha, igual que una india llevaría a su hijo, se dirigió a la oficina de correos, depositando la carta, esperando, deseando y temiendo, todo al mismo tiempo, que llegara a su destino.

Capítulo 1

Llevaba tres meses en Nueva York y ya odiaba la ciudad. Tanto alboroto, tanto ruido, tanta gente... sobre todo eso, gente. Irlandeses por todos los lados, pero también italianos, alemanes y polacos, y suecos y noruegos e ingleses, los ingleses estaban por todas partes, pero, sobre todo, irlandeses. Ella también era irlandesa, aunque nacida en Boston. Padre y madre, irlandeses, aunque el abuelo de su padre era escocés. El progenitor, de buena familia, pero arruinada, y la madre, una preciosa criadita rubia como la miel y con grandes ojos azul grisáceo, que al poco de comenzar a trabajar en la casa de los señores se enamoró perdidamente del hijo único, y este de ella. Pero no dio tiempo a que los señores supieran del antojo del hijo, ya que el patriarca se suicidó al no poder hacer frente a las deudas y la madre murió dos meses más tarde de un ataque al corazón. Las posesiones pasaron a manos de los acreedores y la joven pareja, después de contraer matrimonio, zarparon para los Estados Unidos. Tuvieron dos hijas, Julia era rubia clara de pequeña, para tornarse más oscura al crecer y poseedora de unos grandes ojos grises. Casi seis años más tarde nació Jennifer, una maravilla pelirroja que, para asombro de todos, no tenía ni una sola peca. La madre, que murió poco después del nacimiento de la pequeña, una de las pocas frases que dijo fue: *le saldrán, jamás he visto una pelirroja que no tenga pecas*. Pero no tuvo razón. La pequeña pelirrojilla, era tan diferente a todo lo conocido, que llamaba la atención. El cabello era de un rojo claro de pequeña, que se fue oscureciendo al crecer, igual que el rubio de Julia. Mientras la hermana mayor tenía el cabello de un color entre ceniza y rubio oscuro, el de Jennifer era de un rojo oscuro como la caoba más reluciente que vieran ojos humanos, brillante como el sol, luciendo unos finos mechones por la parte delantera, del color del cobre, que le daban luz al rostro, haciendo más intenso el color oscuro y volviéndolo más hermoso. Pero todo era llamativo en la pequeña pelirroja y según fue creciendo, se hizo explosivo y exótico para quien conociera ese adjetivo. Tenía las pestañas negras como el carbón y tan espesas, que llamaban la atención, provocando comentarios como que era del todo

imposible que una pelirroja tuviera las pestañas negras, que una pelirroja tuviera la piel de un blanco inmaculado, sin una sola peca, ni en cara, cuello, manos o brazos, que eran las partes que podían ver los demás. Pero lo cierto es que su cuerpo era igual de perfecto. Y esos ojos... ¡qué ojos! Eran de un color extraordinario, dorados y bordeados con un círculo negro, que hacía juego con la pupila y con las pestañas. Sus cejas, eran dos elevaciones que caían suavemente sobre unos párpados grandes, de un color marrón, entre rojo oscuro y castaño, siendo el adorno perfecto para subrayar esa mirada.

Cuando Jeremy conoció a la hermana pequeña de la mujer que le había robado el corazón, Jennifer tenía catorce o quince años y él quedó asombrado de semejante beldad. Cuando ya estaban casados y con el pequeño Jonah en el mundo, mantuvieron esta conversación.

—¡Por Cristo bendito! ¿Pero te has dado cuenta de lo hermosa que es? —Julia miró sonriendo a su apuesto marido, porque nunca se cansaba ni de mirarlo, ni de sonreírle, ni reírle las gracias y las bromas que hacía o decía cada dos por tres.

—Claro que lo sé, Jeremy. Es mi hermana. —Julia estaba tan acostumbrada a las alabanzas a su hermana, que, sin tener envidia, solo le producía orgullo y satisfacción. Es mi hermana, solía pensar cuando la miraba, una preciosa muchacha tan seria y formal, que parece no darse cuenta de lo que posee. Que cuando la gente se la queda mirando, ella corresponde a esa mirada, como diciendo: qué miráis, ¿tengo monos en la cara? ¿O qué?

—Sí, claro. Pero cuando uno vive con alguien desde siempre, no percibe las cosas como los demás. Como los de fuera.

—Yo sí. Jennifer ha sido preciosa desde el día que nació. Y ahora, que ya es una mujer, es tan llamativa que no puedes dejar de mirarla y eso es algo que no le gusta demasiado. Más bien diría, que no le gusta nada. Aborrece cuando los hombres os quedáis mirando con cara de bobos. Cualquier mujer daría lo que fuera por poseer esa belleza y ella, se comporta como si no lo supiera, o no lo viera de la misma forma que los demás.

—Ya lo creo. —El hombre movió la rubia cabeza, lentamente—. Sería la delicia de mi hermano.

—¿Y eso por qué? —La pregunta fue hecha de un modo amoroso, mirando a su marido con ardientes ojos grises.

—Porque Brandon siente predilección por las pelirrojas. Bueno, le gustan todas, pero las pelirrojas siempre han llamado su atención. Pero no las de pelo zanahoria, no; las melenas rojas como un atardecer, esas lo volvían

loco. Si viera a nuestra Jennifer, con ese cabello tan hermoso, esa piel típica de las rubias perfectas y esos ojazos, que a veces te dan miedo de cómo te miran, caería rendido a sus pies. —La esposa elevó las cejas al máximo.

—¡Cómo que dan miedo! ¿Qué quieres decir con eso? —Él la abrazó con fuerza y la cama crujió con el movimiento.

—Quiero decir, que son tan exóticos, tan extraordinarios y te miran de esa forma, que a veces asustan. Son ojos inteligentes, astutos. Son ojos de gato, de felino. ¿Entiendes lo que te digo? —Julia Cooper torció la boca ante tanto misterio. Ella era más sencilla que eso, más básica, no profundizaba en las cosas hasta esos términos.

—Yo solo veo a mi hermana pequeña. Pero sí, reconozco que es muy lista y se comporta como si fuese mayor. A veces, parece ella la mayor y yo la pequeña. —Quedó pensativa durante unos segundos, sintiendo la delicia de la mano de su hombre acariciándole un pecho.

—Sí, es cierto. Sería la delicia de Brandon. ¿Crees que la debemos llevar con nosotros?

—Por supuesto —afirmó la mujer, dando por hecho algo tan lógico. Jamás se separaría de su pequeña, como no lo haría de su hijo del alma. Ese hijo que le había hecho su hombre, su esposo. Ese niño que dormía en la cuna, cerca de ella.

—Pero igual, ella no quiere. —La mano de la mujer llevó hacia atrás un mechón de cabello rubio oscuro de su esposo y acarició la nuca con lentas pasadas, preludio del acto sexual que se avecinaba y que deberían hacerlo en silencio.

—Claro que quiere. Quiere controlarnos para que llevemos el camino correcto, pero, sobre todo, quiere estar cerca del crío porque piensa que no somos unos padres modelo —los susurros fueron dichos entre sonrisas.

—No me hace gracia que piense que soy un inepto —protestó el hombre, pero que, a pesar de ello, ya sentía cómo su miembro comenzaba a empalmarse. Y lo que era peor; no sabía si se debía al contacto del cuerpo de su mujer, o a la conversación que estaban manteniendo sobre la abrumadora belleza de su pequeña cuñada.

—Pues es lo que piensa, mi amor. Considera que tú, eres una cabeza loca, y que yo, te sigo el juego. Que somos tal para cual. Y perdóname, cariño mío, pero creo que algo de razón tiene, porque eres como un niño malcriado y yo me comporto, como la madre consentidora. —El hombre la miró fijamente, recreándose y mordiéndose el labio inferior, al tiempo que

iba acercando la boca hasta juntarla con la de ella.

La besó largamente, recorriendo con la lengua todo el interior, hasta hacerla suspirar. Cómo sabía lo que le gustaba, qué fácil era complacerla.

—Chis, no hagas ruiditos o se dará cuenta de que vamos a fornicar como conejos y tendrás que aguantar todas sus quejas. —Las manazas recorrieron los contornos del cuerpo femenino, para acabar entre los muslos y comprobar cómo se abrían para él.

La tocó, la acarició y al final, introdujo los dedos, haciendo que se corriese antes de montarse encima y clavándose dentro, hasta el fondo, no pudo evitar el pensamiento: cómo sería poder hacer el amor con esa perfecta y preciosa cuñada, cómo sería follarla, igual que se follaba a su mujer. Los gruñidos del bebé lo sacaron de sus sucios pensamientos, al tiempo que notaba la mano de Julia cogiéndole los huevos, para correrse en un santiamén.

Cuando la conoció, con casi quince años, no pudo dejar de admirar esa belleza, pero su mente y su cuerpo estaban con la hermana mayor. Se habían conocido una noche fría e inhóspita del mes de enero, cuando se acercó hasta la casa acompañando al padre, que ya estaba muy mal de salud y sus pulmones lo iban matando poco a poco. Se quedó a cenar, y desde ese momento, todas las noches, el mismo ritual. Trabajaba en los muelles, cargando y descargando barcos que llegaban del viejo continente y otros de la costa americana, y el viejo Mulligan, era contable de una empresa de exportación e importación. Le esperaba al salir, ya que el viejo siempre se retrasaba más de la cuenta, para que todo quedara atado y bien atado y de ese modo, cuando el jefe llegara al día siguiente, los libros estuvieran al día y todos los apuntes de entradas y salidas, exactos. Fue el trabajo que más tiempo le duró, y el motivo fue Mulligan y su hija, aparte de cenar caliente todas las noches, en un hogar humilde, familiar y muy agradable. Ese hecho, conocer a los Mulligan, provocó que siguiera en Boston, pues antes de ello ya le rondaba por la cabeza irse a otro sitio; Nueva York, por ejemplo. Pero nada de eso sucedió, sino que se casó con la mayor de las hermanas y el padre murió poco después de la boda, logrando que Jeremy ocupara el puesto de contable por recomendación del muerto. Tiene aptitudes de sobra, dijo Mulligan a su jefe, es listo, sabe de números y tiene una buena, muy buena educación. Seguro que hará mi trabajo, mejor que yo. Y la recomendación prosperó, y Jeremy entró en la empresa, pero como dijo el dueño: *«a tu suegro se le olvidó decirme una cosa, eres un gandul. Eres el holgazán más*

grande que he conocido en mi vida. Cuando madures, si es que eso sucede alguna vez, vuelve y a lo mejor tendré algo para ti». A la boca de Jeremy le vinieron toda clase de palabrotas, pero no salieron de su garganta, porque en el fondo sabía que tenía razón y que la culpable era su madre.

Y ahí fue donde comenzó un periplo de un trabajo a otro, con espacios en medio, de no hacer nada. Y donde Jennifer tuvo claro, que ese hombre, por muy simpático que fuese, por muy atractivo que se mostrara y por mucho que fuese el esposo de su hermana, era un caradura de tomo y lomo; un bribón. Un hombre poco dado al trabajo, porque según decía, no había encontrado el puesto que se acomodase a sus cualidades, a sus capacidades. Después de todo, había recibido una educación selecta y aunque no fue a la universidad por dejadez, tenía aptitudes de sobra para ejercer algo de altura, un puesto acorde a lo que él pensaba. Así se lo hizo saber a Julia: *«ahora que mi hermano me ofrece un trabajo, será cuando pueda demostrar todo lo que sé, todo lo que he aprendido en mi juventud y en mis viajes. Seguro que Brandon sabrá valorar y me dará un puesto a su lado. Su mano derecha. Estoy seguro. Aun siendo medio hermanos, y odiando como odia a mi madre, sé que me aprecia, igual que quiere a mi hermana. Además, Brandon no mezcla unos sentimientos con otros; es más, creo que nunca ha tenido sentimientos. Por eso ve las cosas de un modo diferente al resto del mundo. Con frialdad, con mente matemática, analítica, sin dejarse llevar por los melodramas que florecen a nuestro alrededor. Todos esos sentimientos no van con él. No dejará que te mueras de hambre, o que te pase un caballo por encima si puede evitarlo, pero si mueres, te enterrará y no derramará ni una lágrima por ti; ni te dedicará pensamientos en el futuro. Para él, estarás muerto y enterrado, por lo tanto, habrás dejado de existir, y por ese motivo no habrá cabida en su memoria».*

—¿Tan frío es? —fue la pregunta de Julia. La sonrisa de Jeremy no se hizo esperar, recordando al apuesto hermano.

—No es frialdad; es una forma de ser. —Julia pensó durante unos instantes, mordiéndose el labio inferior.

—Se ha acordado de ti. Te ofrece una vida mejor, si es eso lo que te interesa. No debe ser malo cuando un hermano, aunque sea medio, se acuerda después de tanto tiempo. —Un dedo del hombre hizo que dejara de morderse.

—Jamás diré que mi hermano es malo, eso nunca. Cuando era pequeño, pasaba mucho tiempo con mi abuelo, el padre de nuestro padre, y cuando enfermó, fue el que le dedicó más cuidados y más atenciones. Y al morir,

recuerdo que delante de la tumba, murmuró algo así: por ti, abuelo. Por ti la buscaré.

—¿Qué iba a buscar? —Julia sentía cada vez más curiosidad por ese cuñado que les ofrecía una vida mejor.

—¡Bah! Tonterías del viejo. Hablaba constantemente de una mina, una cueva o algo así. Recuerdo que mi padre, cuando era joven, la buscó, sin encontrar nada de nada. El abuelo bebía mucho y al final desvariaba; había sido trampero toda su vida y hubo un momento que lo dejó para buscar oro. Encontró algo, que le sirvió para montar una empresa de comercio de pieles y fue con lo que siguió mi padre. Pero estoy seguro de que todo eso eran cantos de sirena. —La pareja se quedó callada durante unos segundos.

—Tal vez la encontró —fueron las palabras de la mujer. Jeremy miraba al techo agrietado y apenas pestañeaba.

—Puede ser. O simplemente ha hecho dinero de otra forma. Brandon ha sido siempre muy inteligente, además de trabajador y persistente; muy persistente, y fue a la universidad, algo que le molestó muchísimo a mi madre, no porque él fuera, sino porque yo no fui. Siempre estaba con la murga de que tenía que ser mejor que él. —Volvió el atractivo rostro hasta su mujer y sonrió—. En fin, ya nos enteraremos cuando estemos en California. Entonces sabremos si es rico o muy rico. Si se ha hecho más rico que padre, a mi madre le habrá dado un ataque al corazón —afirmó entre sonrisas maliciosas.

Quería a su madre, pero sabía lo insoportable que llegaba a ser. Tanto era así, que escribía a su casa de vez en cuando y sin poner remite para no recibir contestación. Cuanto menos supiera de ellos, mejor que mejor.

—¿Tan mal se llevan? —Los hermosos ojos de Jeremy la miraron con amor. Eran de un azul celeste, deslumbrante y Julia se perdía en ellos cada vez que los miraba; el mismo color que había heredado el pequeño Jonah.

—Peor que eso, preciosa. Peor. Uno de los motivos por lo que me marché de casa, fue por no estar oyendo a mi madre todos los santos días, que debería darme vergüenza que Brandon fuese mejor que yo, ya que eso, desde su punto de vista, no era real. Yo era mejor que él en todos los aspectos, lo que ocurría es que no me daba la gana de demostrarlo. Ese era el argumento de mi madre. Me tenía hartó; y, por otro lado, aunque padre no dijese nada, sus miradas eran tan devastadoras, que me tenían hasta los huevos. —La esposa colocó unos dedos sobre los labios del hombre, para aplacarlo. Él clavó la mirada en ella y añadió—: Así que, no me hace gracia que tu

hermanita piense eso de mí. —Una vez que el esposo se ponía así, Julia Cooper, sabía cómo tranquilizarlo; y el sexo era la mejor manera, así que, se puso manos a la obra.

La vivienda de Margot se encontraba en Brooklyn, en Plymouth Street, y asomándose a la ventana del apartamento tenías una buena vista del puente de Brooklyn, como del jolgorio que dominaba las calles, entre transeúntes, vehículos y todo tipo de negocios ambulantes y fijos. En las calles York al sur y John al norte, estaban unas pequeñas tiendas donde vendían todo tipo de adornos y abalorios para el vestuario femenino y donde Jennifer se había buscado una pequeña fuente de ingresos. En John Street, llevaba bordados de todo tipo, para cuellos, puños, guantes, ropa de cama; y en York Street confeccionaba otro tipo de artículos, como cinturones de múltiples colores y cosía ropa de bebé, pero todo el trabajo lo hacía en casa y a los pocos días, iba a las tiendas para llevar el trabajo y recoger más. Y siempre, con el bebé pegado a su cuerpo, dentro de ese saco de cálida tela. Y si con eso no era suficiente, Margot le traía prendas de su señora para que las remodelase o añadiera algún adorno, y de esa forma, la prenda, blusa o vestido, pareciera otra.

Margot Duvall era una viuda de treinta y cinco años, pero aparentando diez más, mal llevados, sin hijos y poco agraciada. Era alta y flaca, con un pelo castaño sin lustre y no muy abundante y sabedora de sus carencias, por suerte o por desgracia. Trabajaba en el sur de Manhattan, en la casa de unos nuevos ricos y todos los días cruzaba el puente muy temprano, para volver al anochecer. Unas veces lo hacía por la plataforma peatonal elevada y otras, cuando no le importaba gastar unos centavos, lo hacía en tranvía. La dueña de la casa le había hecho una oferta, aumentándole el sueldo si se quedaba interna y era una cuestión que tenía que considerar, aun a riesgo de perjudicar a Jennifer. Se ahorraría el alquiler del apartamento, no tendría gastos relacionados con la comida y demás asuntos. Sí, de acuerdo que no tendría intimidad, esa intimidad que te da el tener una vivienda propia, pero, por otro lado, para qué quería ella algo así. No tenía esposo, ni hijos, ni nada en el horizonte que presagiara algo parecido, entonces qué; sería más lógico, más sensato, aceptar la oferta de su señora. Se ahorraría los viajes de ida y vuelta y se ahorraría los sustos que traían esos horarios, porque, aunque no fuera una mujer atractiva, era una mujer y eso ya era mucho para incentivar a más de un

borracho o pendenciero. Era el principal motivo por el que cogía el tranvía, ya que, a fin de cuentas, ella tenía buenas piernas y andaba ligera sin importarle las distancias. Por otra parte, Jennifer se había adaptado de maravilla y ganaba un dinero más que decente gracias a esas manos que tenía y sobre todo a esa imaginación, ya que los dibujos que hacía para convertirlos más tarde en bordados, salían de su cabeza y esta, era una fábrica de ideas. Y para no sentir tanto remordimiento, el casero, un buen hombre, judío, pero bueno, seguiría manteniéndole el mismo alquiler al menos durante ese año y el siguiente, por lo menos eso había prometido; y en el primer piso vivía un matrimonio húngaro con dos niños, que le podían echar una mano si por la noche tenía algún problema con Jonah. Sabía de sobra, que Jennifer era una muchacha muy responsable y muy formal, que tenía más conocimiento que el que habían tenido Julia y su marido, el guapo Jeremy, y que entendería las cosas. Además, ella le seguiría enviando trabajo de parte de su señora y de cualquier otro sitio que pudieran interesar los artísticos trabajos de Jennifer. Y aunque no había tenido noticias de la familia de Jeremy, no se perdía la esperanza, pudiendo surgir en cualquier momento. Estaba segura que ese Cooper contestaría.

Llegaba al portal de la casa de Plymouth Street, saboreando el medio día libre que su jefa le había dado, cuando, a pesar de toda la gente que inundaba la calle, se fijó en un hombre de unos cuarenta años, estatura media, bien vestido, y casi calvo. Los ojos con lentes recorrieron la fachada del edificio como si fuese un policía o un investigador privado o un recaudador de impuestos, vamos, cualquier cosa menos un nuevo y posible vecino. Y ella tuvo un presentimiento y normalmente no se equivocaba a la hora de reconocer y catalogar a la gente. Ya lo creo. Tenía muchos años a sus espaldas y muchas vivencias, sin contar con la cantidad de gente que conocía y había conocido, y este tipo... algo le daba que podía ser el que esperaban.

—Buenas, caballero. ¿Busca a alguien? Yo vivo aquí, si le puedo ayudar. —El hombre miró minuciosamente a la mujer de la misma altura que él, fijándose en las ropas sencillas, pero limpias, en ese sombrero con una pluma de ave tiosa como un palo, para terminar, clavando unos ojillos grises en el rostro corriente y más bien feo de la mujer, que, por otra parte, resultaba simpático y agradable. Las voces de los transeúntes sonaban de fondo y los ruidos de los carromatos, de los carruajes y de los caballos terminaban de llenar los huecos vacíos, si es que había alguno en esa ciudad.

—Pues tal vez. Busco a la señora Cooper, Julia Cooper. ¿La conoce? —

Margot intentó disimular el susto, la sorpresa y tal vez, la alegría de lo que esa visita significaba o podía significar. El hombre se dio cuenta de que algo se ocultaba tras esas muecas que hizo la mujer y dio por hecho, que la conocía o que se trataba de un familiar.

—Ya lo creo. Es mi amiga, vive en mi casa. Ella y su hijo. —La sonrisa desdentada, se mostró en toda su magnitud y al darse cuenta, la cubrió con una mano seca y áspera. Una mano, pensó el hombre, que lleva trabajando muchos años y que nunca ha tenido cuidados hedonistas—. ¿Es usted el señor Cooper? El otro señor Cooper, digo. El hermano del marido de Julia.

—No, no señora. Soy el señor Wells, abogado y representante del señor Cooper, del cuñado de la señora Cooper.

—¡Madre mía! —exclamó Margot, haciendo una media reverencia y abriendo la puerta del portal. Por el día permanecía abierta, ya que el casero no echaba la llave hasta el anochecer. Sujetó la puerta para que pasara el hombre y no permaneciera en la calle, ni un segundo más—. Por favor, pase usted. Pase, pase. —Continuó dirigiendo sus pasos a las escaleras y llevándolo hasta el piso segundo, mientras iba parlotando sin parar, diciendo que esperaba que su humilde vivienda no le resultara demasiado pésima, y que, si era así, intentaría contentarlo con un buen refrigerio, tanto de beber como de comer.

El abogado la escuchaba mientras subía la más que sucia escalera, procurando no tocar la baranda y, por supuesto, no acercarse a la pared, sin dejar de mirar dónde pisaba. Pero cuando la mujer abrió la puerta del pequeño apartamento, se encontró con una habitación, sala, cocina y seguramente dormitorio por la noche, limpia y reluciente, además de acogedora. Sus ávidos e inteligentes ojos vieron en una fracción de segundo, una sala pequeña, con cocina en una esquina y una cama estrecha cubierta por una alegre colcha de retales, unos cojines que parecían mullidos y unos preciosos visillos tapando las estrechas ventanas. Pero lo que llamó la atención del hombre fue una mesa llena de telas y bobinas de hilo y encorvada sobre ella una cabeza roja oscura y a su lado, una cunita de madera tosca, pero recia, donde dormía un bebé de cabello oscuro como la noche. La cabeza pelirroja se elevó, dejando de lado el trabajo que estaba haciendo y que, como pudo ver el hombre, se trataba de un laborioso dibujo de múltiples colores —una trenza, le pareció—, sobre un fajín ancho o cinturón de señora. Los ojillos grises no sabían dónde mirar, si a la obra de arte que estaba haciendo esa joven, o la joven que se levantaba de la silla y erguía toda la

belleza y juventud de la que era dueña.

Miró ese rostro femenino, y por unos momentos se quedó prendado y sin palabras ante tanta belleza, tanta perfección, pensando que su jefe le había dicho que la viuda Cooper tenía unos veintiséis años más o menos, y esta criatura no aparentaba ni veinte. Antes de que pudiera decir nada, la mujer de la calle habló como una cotorra, haciendo las presentaciones y poniendo a cada uno en su lugar.

—Julia, este es el señor Wells, el abogado del señor Cooper. Señor Wells, esta es Julia Cooper, antes Mulligan, nacida en Boston, pero descendiente de irlandeses y de algún escocés, y desde hace seis dolorosos meses, la viuda de Jeremy Cooper. —La mano blanca y delicada, de largos dedos y uñas perfectas, se despegó del lado derecho de su cuerpo y fue tendida hacia el caballero.

—Señor Wells, encantada de conocerle. Por favor —rogó haciéndose a un lado y ofreciéndole una silla, de donde quitó unas telas y las colocó encima de la alegre cama—. Siéntese, por favor. ¿Quiere una taza de té o alguna otra cosa que le podamos dar? —Los oídos del hombre se gratificaron con esa voz tan femenina, tan agradable, tan sensual... para llenarse de golpe y porrazo, con la otra más chillona.

—Tenemos bourbon, si lo prefiere al té. Y si quiere algo de comer, se lo hago en un momento —terció Margot, sabiendo de los nervios que ahora mismo tenía Jennifer y dándole tiempo a que se recompusiera, para no meter la pata.

—Gracias, gracias. Té. Un té será perfecto. —Miró hacia la cuna, inclinando ligeramente el cuerpo, ya acomodado en la silla, al tiempo que el bebé se despertaba y se revolvía hasta quedar boca arriba y abrir unos enormes ojos azules.

Wells se quedó mirando al crío, sorprendido a más no poder del parecido con su pagador. Eran los mismos ojos y el mismo cabello negro azabache. Podía pasar perfectamente por hijo de Cooper, de Brandon Cooper. Sus ojos se desplazaron por los brazos largos y esbeltos de esa belleza pelirroja que cogía al niño por debajo de las axilas, y al tiempo, cómo el crío no le quitaba la vista de encima. Lo miraba como lo que era: un intruso. Y de repente, cuando lo sentó en el regazo, ese bebé tan hermoso soltó una sonrisa desdentada al intruso, dejándolo desarmado. Y la buena de Margot, supo que se lo había metido en el bolsillo, por la forma de mirar al bebé. Pero, quién no se enamoraría de ese precioso niño, contemplando esa sonrisa, sin olvidar

esos ojos enormes con el mismo color que su padre.

—Como verá, Jonah Cooper es un niño muy simpático —soltó la mujer, mientras trajinaba con la vajilla, para elegir una taza y un plato que no estuvieran descascarillados, mientras pensaba que habían tenido suerte, al menos de momento, pues no olía ni a meados, ni a mierda, y eso, ya era un punto a favor, porque la mayor parte de los días, si no olía una cosa, olía la otra y eso que se abrían las ventanas enseguida para que se despejara el mal olor. El bebé seguía soltando risitas y mirando al visitante como lo que era: una nueva atracción, aparte de intruso, pero como le gustaba tanto la gente y no extrañaba a nadie, era feliz—. Y eso que ahora le están saliendo los dientes y se pone follonero —terminó de decir la mujer.

—Es un niño precioso —dijo el hombre, mirando al pequeño y a la joven madre.

Jennifer movió un poco las piernas para producir pequeños saltitos, que provocaban más risitas al bebé y parecían encantar al abogado, que también observaba con detenimiento las prendas que lucía. Unos pololos y una camisita blanca, con delicados bordados. Cualquiera podría pensar que lo estaban esperando para causar una buena impresión. Y lo cierto era, que lo estaban consiguiendo sin apenas esfuerzo. Prestó atención a las palabras de la pelirroja, e intentó no mirarla como un estúpido.

—Sí. Además, es muy bueno. Comer, dormir, jugar y poco más. Solo sufrimos cuando se pone enfermo, bueno y con los dientes. Pero no es para tanto —dijo la joven, esperando algún tipo de interrogatorio por parte de ese hombre. Porque si era el representante de Cooper, querrá saber, se dijo a sí misma. Tendrá que cerciorarse de muchas cosas.

—No se le parece —añadió, dejando de mirar al niño y enfocando la mirada miope en el rostro de Jennifer.

—No, para nada. —Tenía muy preparado todo lo que tenía que decir, cualquier contestación, para cualquier pregunta, estaban más que estudiadas—. Pero lo más curioso, es que a Jeremy tampoco se parece mucho. Los ojos son iguales, por descontado, pero este cabello tan oscuro —hizo una pausa y siguió hablando, sintiéndose observada por ese hombrecillo que parecía estudiarla minuciosamente—... al principio, cuando nació, no tenía pelo y todos estábamos convencidos de que pronto le saldría una pelusa rubia. Pero cuando murió Jeremy, seguía igual; y hace un par de meses le comenzó a salir un pelito oscuro y fíjese ahora —terminó, mostrando una perfecta sonrisa, mientras alborotaba los rizos negros del bebé y este se reía a

carcajadas.

El hombre se mostraba encantado, pero no por ello suspicaz. No había pensado que se iba a encontrar algo semejante, aun sabiendo la historia y conociendo de oídas a los personajes. Pero dentro de su composición de lugar, no era dado a imaginar cómo eran o dejaban de ser las personas que tenía que conocer o investigar, pero no podía evitar que su imaginación vagara libremente; y cuando lo hizo, cuando Cooper le puso en antecedentes, nunca pensó en una belleza semejante, con un niño tan parecido a su jefe y en un humilde apartamento, pero lleno de vida y sumamente acogedor, aparte de lleno de hilos y trabajos magistralmente elaborados.

—¿Se gana usted la vida con esto? —Su calva cabeza giró sobre su cuello, abarcando todos los retales, prendas y demás artículos que llenaban la estancia.

En esos momentos, la mujer de más edad, le puso una lustrosa taza con su platillo correspondiente y un humeante té, que debería dejar enfriar, si no quería quemarse los labios, la lengua y todo el interior de la boca. No se decidió por un pensamiento en concreto; si la mujer quería ser agradable, o, por otro lado, quería escaldarlo. Al final optó por la amabilidad.

—Sí señor. Mi amiga Margot nos ayudó al principio y nos sigue ayudando, pues el apartamento lo paga ella. Y gracias a ella, también, tengo trabajos en varias tiendas de ropa y alguna otra cosilla que sale entre medio. El trabajo de costura y bordado es muy entretenido pero no guarda secretos para mí, con lo cual, no me da quebraderos de cabeza y solo es cuestión de dedicarle horas y teniendo a mi hijo no puedo permitirme el lujo de un trabajo en el que me tenga que desplazar a diario y cumplir un horario de nueve o diez horas, o más; de este modo y teniendo en cuenta que Jonah no alborota mucho, puedo trabajar muchas horas al día y aún me da para hacer las tareas de casa .

La voz de Margot se entrometió sin problema ninguno.

—Tiene unas manos prodigiosas. Los bordados y cualquier tipo de costura, surge de la nada y se convierte en la prenda más primorosa y bonita que haya visto. Ya ve, mire, mire. —Las callosas manos cogieron varias prendas y se las acercó hasta los ojos, haciendo que el hombre echase hacia atrás la cabeza ante ese avasallamiento.

Jennifer decidió intervenir y acabar cuanto antes con la situación, mostrando una hermosa sonrisa y dándose cuenta de cómo la miraba el abogado.

—Margot, por favor, ¿por qué no te llevas a Jonah un ratito y así puedo hablar tranquilamente con el señor Wells? —La mujer la miró sin moverse durante un par de segundos, para dejar las prendas encima de la mesa y coger al pequeño entre sus delgados pero fuertes brazos, haciendo las delicias del bebé, que le daba golpecitos en la cara con sus regordetas manos.

—Ya lo creo. Voy a llevarme a este pequeñajo a dar una vuelta por el barrio y ver qué logra que nos regalen con esta cara tan preciosa. ¿A que sí, chiquitín? ¿A que eres el más guapo de todos los niños de Nueva York? —Miró al abogado y se despidió con un movimiento de cabeza, al tiempo que cogía la manita del pequeño y la movía en señal de adiós.

Al quedarse solos, el hombre volvió la cabeza para mirar otra vez a esa pelirroja tan llamativa. Sus ojillos se quedaron clavados en esa boca pequeña, pero de labios gruesos y rojos, que menos discreta, era cualquier cosa. Estaban a finales de verano, un día agradable, pero no muy caluroso, y a pesar de ello, notó cómo la nuca se le humedecía y seguidamente la calva hacía lo propio. No estaba acostumbrado a tratar con mujeres tan hermosas y él, no era de piedra, como tampoco era un carcamal; hacía nada que había cumplido los cuarenta. Solo era un poco más viejo que su jefe. Sin querer movió la cabeza, para ahuyentar tales pensamientos.

Por Dios, ¿cómo se le pasaba por la mente compararse con Cooper?

—Supongo —la voz sensual y acariciadora llenó sus oídos—, señor Wells, que tendrá que hacerme algunas preguntas. —El silencio se hizo entre ambos, ya que el hombre no contestó de inmediato, pensando que no tenía que hacer ninguna pregunta. Que todo estaba dicho y visto, sobre todo, visto. Pero ese no era su proceder, y no iba a comenzar ahora; no se iba a dejar atontar por una belleza irlandesa de lo más inusual.

Carraspeó y abrió la cartera que llevaba, para sacar un sobre de la misma. Los ojos dorados, siguieron todos los movimientos de esas manos cuidadas y algo recias.

—Vera, señora Cooper, he hablado con su cuñado, el señor Cooper y estoy al corriente de todo lo sucedido. Tuvo que ser algo horrible perder a su esposo de esa manera. —La muchacha no quitó la mirada del hombre y pensó inmediatamente en su hermana, para, al momento, llenarse los ojos de lágrimas.

Era la manera más rápida, porque si pensaba en Jeremy, eso no sucedía. No es que el marido de su hermana no le importase, pero no era lo mismo. Jeremy no fue malo... ni bueno. El abogado, al ver esos extraordinarios ojos

llenos de lágrimas y al momento, caer sobre esos pómulos blancos e inmaculados, se aceleró un poco.

—Oh, señora Cooper, lo siento mucho. No quiero causarle más dolor, no quiero recordarle la tragedia, pero...

—No, no se preocupe, señor Wells —suspiró la muchacha—. Es que el dolor es muy reciente. Todo está muy vivo dentro de mí y, por si fuera poco, mi pequeño me lo recuerda a cada momento. Además, no sé si sabrá, que mi querida hermana también falleció en ese incendio. Los dos. —Una verdad, como un palacio de grande.

—Cuánto lo siento, de verdad. Es una gran tragedia, una enorme tragedia.

—Sí señor, así es. Quién nos iba a decir que encontrarían la muerte ese día, de esa forma. —Tragó saliva y pasó las manos por la falda gris oscura, alisándola y sin darse cuenta de que el hombre miraba esa prenda gastada y subía los ojos hasta la blusa negra, abrochada por detrás y sencilla al máximo, pero que no ocultaba el contorno de unos esplendorosos senos.

Alabado sea el Señor, mirar a esta joven era demasiado para él. Desvió la mirada al rostro, sintiéndose como un mirón y pensando en lo que diría de él, su jefe y pagador, para volver a oír la voz embriagadora de esa mujer; mujer por edad, porque por físico... Jesús, si parecía una cría. Bueno, no exactamente; una cría muy desarrollada. Por Dios, Wells, deja de pensar tonterías...

—Pero eso ya lo sabrá. Supongo que querrá ver algo más —esa voz ligeramente ronca y por ello más sensual, lo trajo de nuevo al lugar donde viven los mortales, para contemplar cómo ese cuerpo alto, esbelto, con carne en los sitios precisos, y grácil como un junco mecido por el viento, dirigía los pasos hasta un pequeño baúl, de donde sacó unos papeles que le entregó.

El hombre, dejó de pensar estupideces y leyó el documento, una partida de nacimiento a nombre de Julia Mulligan Kennedy y un acta de matrimonio católico, que declaraba la unión de Jeremy Cooper Miller y Julia Mulligan Kennedy.

—¿Se convirtió el señor Jeremy al catolicismo? —la pregunta era crucial, pero todo estaba controlado, se dijo Jennifer.

—Sí, así fue. Él no era muy religioso, todo sea dicho y por supuesto no profesaba la fe católica, pero mi padre que era un católico acérrimo, le dijo que si no se convertía no se casaría con su hija. Yo le hice ver que no era necesario forzar las cosas, que de qué serviría que se hiciese católico si no era

creyente, pero mi padre, que en gloria esté, era muy cabezota, como buen irlandés, y no se bajó del burro. Jeremy no tuvo ningún problema, porque lo cierto era que, si le hubiese dicho que se hiciera judío, lo habría hecho igual. No es una crítica, es simplemente una realidad. Jeremy era así. —El hombre movió la cabeza en señal de asentimiento. Ese carácter concordaba con lo que Cooper le había contado del hermanastro.

—Ya. Y dígame: ¿por qué dejaron Boston? Porque, según tengo entendido, tanto su hermana como él, están enterrados ahí, supongo. —Jennifer se limpió una lágrima perdida, de una forma delicada y femenina, haciendo que según pasaba el tiempo, Wells pensara que esa muchacha era pobre, pero sobrada de clase, cultura y educación. No se le escapaba detalle, e igual que a la otra la había calado al momento, a esta preciosidad, según pasaban los minutos iba viendo lo que se escondía debajo de ese físico deslumbrante, si es que uno lograba pensar con la cabeza fría delante de tanta belleza.

—Pues veré, la casa donde vivíamos era de alquiler y debíamos más meses de la cuenta. Margot se vino enseguida para aquí... y sinceramente... me encontraba demasiado sola en Boston. Aparte, en cuanto me quedé viuda, varios hombres comenzaron a asediarme, a querer brindarme su protección, sin olvidar a otros que decían tener deudas impagadas de Jeremy, y me sentí demasiado agobiada. Así que, no lo pensé mucho. Sin familia y sin verdaderos amigos, acepté el ofrecimiento de Margot y me vine sin más contemplaciones. —La cabeza del hombre se balanceaba hacia delante y hacia atrás, dándole la razón y comprendiendo los motivos. ¿Qué amparo podía tener, una mujer joven y tan bella como esta, sola, viuda, desprotegida y con un bebé? Sí, ciertamente había hecho lo correcto—. Antes de salir de Boston, escribí la carta al señor Cooper y le di esta dirección —dejó de hablar, pensando que si quería saber más cosas, que las preguntase él.

—Hizo usted bien, muy bien, señora Cooper. Veré, yo estaba en Chicago cuando le llegó la carta al señor Cooper desde Sacramento; de hecho, él mismo iba a venir para conocerla y llevarlos consigo, pero surgieron ciertos problemas y no pudo ser. Fue entonces cuando me encomendó esta tarea y muy a regañadientes, puesto que tenía todo preparado para desplazarse hasta Nueva York. —El sobre, que permanecía en sus manos, fue manoseado ligeramente y Jennifer evitó llevar los ojos hasta ahí. Mantuvo su mirada dorada sobre el rostro anodino del hombre, sabiendo que estaba cautivado por su belleza, al tiempo que pensaba, que para algo bueno

debía servir todo ese envoltorio que admiraban los hombres y que las mujeres envidiaban—. Tenga, señora Cooper —añadió, dándole el sobre y evitando tocar la mano de la joven.

—¿Qué es esto, señor Wells? —preguntó con una voz encantadora, al tiempo que sus largos y delgados dedos agarraban el sobre, dándose cuenta de lo abultado e imaginando el contenido.

—Es un dinero que el señor Cooper me dio para usted. Gástelo como lo considere oportuno; es suyo. —El silencio se hizo entre ellos y ella temió lo peor; que ahí se acabase todo. Que, con algo de dinero, quedara saldado un asunto ingrato.

—Pero... no entiendo muy bien. Me da este dinero... ¿y ya? —El rostro de la muchacha denotaba preocupación y después de unos largos segundos, que el hombre había dedicado para clavar la mirada en esa boca tan descarada, le explicó la situación.

—Oh, perdone querida, no me he explicado correctamente. A veces me acelero más de la cuenta. Este dinero es para usted y su hijo, para que lo gasten como quieran, donde quieran y lo que quieran; bueno, usted. El bebé es muy pequeño para eso —añadió con una sonrisa nerviosa, ante la contemplación de esa criatura que parecía sacada de un cuadro de Tintoretto o de Tiziano o de algún otro pintor italiano—. La semana que viene, partirán para Chicago donde les espera el señor Cooper. Porque, de eso se trata, ¿no? De ir a vivir con la familia de su esposo. —La muchacha movió varias veces la cabeza y un mechón rojo se escapó del moño, haciendo que los ojillos del hombre siguieran el movimiento de ese mechón brillante y de rizo grueso, para quedar graciosamente colocado a un lado de ese cuello blanco como el nácar.

—Sí, claro. Ese es mi deseo. Si puede ser. Si el señor Cooper no se siente molesto con mi petición —dijo mientras se fijaba en el corte austero del traje masculino. ¿Sería de confección o hecho a medida? Parecía de confección; tal vez diez o doce dólares, por el traje completo. Quince, como mucho. Estaba nerviosa y por eso pensaba en el precio del traje.

—Por supuesto, querida señora. El señor Cooper mantiene su palabra, y ahora con más motivo, sabiendo que la esposa y el hijo de su hermano están solos en el mundo. No tenga ninguna preocupación por ello, se lo puedo asegurar. El señor Cooper es un hombre muy, muy ocupado, pero tenga en cuenta que, no se olvida de ustedes, por supuesto que no. —Jennifer soltó el aire disimuladamente y el hombre cogió la taza de té y de un sorbo vació el

contenido.

—¿Vendrá usted? —Los enormes ojos dorados lo miraron con anhelo, y el hombre alucinó con esas pestañas tan negras.

—¿A dónde? —la pregunta fue hecha al tiempo que dejaba la taza sobre el platillo, con un chasquido de porcelana que casi le hizo rechinar los dientes. Volvió a clavar la mirada en la joven, fijándose en el borde negro de esa pupila dorada.

—A Chicago. —La risilla masculina mostró lo a gusto que estaba en esos momentos, pensando que se podría quedar así, toda la eternidad, contemplando a esa exquisitez de mujer. Toda la vida. Estaba seguro que su jefe se iba a llevar una sorpresa, una sorpresa mayúscula. Ya lo creo. Cuánto le gustaría ver la cara que pondría al contemplar semejante belleza; dando igual lo acostumbrado que estuviera a ver y codearse con mujeres hermosas, aparte de disfrutarlas.

—No, querida, no. Vendré a por usted y su pequeño con un vehículo para que lleve todo lo que necesite. No es necesario que deje nada. Hay sitio de sobra en el tren y tendrá compañía. Una vez que lleguen a Chicago, alguien les estará esperando. No debe preocuparse por nada. Por nada —repitió para la tranquilidad de la joven, mientras sacaba un blanco pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se lo pasaba por la sudorosa nuca, no una, sino varias veces.

Y no era el calor, el causante de esos sudores. Por Dios, que no. Ni por lo más remoto, hubiera imaginado esta situación. Estar hablando con semejante mujer, haciendo esfuerzos para pronunciar las palabras correctas y no dejarse atontar por esos ojos dorados, por esa boca indecorosa y por todo lo demás.

—¿Y después de Chicago? —Estaba ansiosa por saber. Quería tener todas las respuestas a todas sus preguntas, pero no podía parecer la Inquisición española, no podía demostrar demasiado anhelo. Y la sonrisa del hombre, antes de dar una contestación, no la sacó de sus misterios.

—No se preocupe por eso, señora Cooper. Una vez que llegue a Chicago, su cuñado se hará cargo de usted y de su hijo y ya nada deberá preocuparle; se lo aseguro. —El rostro del hombre era condescendiente y la mirada protectora, ante cierto nerviosismo de la joven, que, por otra parte, veía normal. Decidió ser generoso y añadir algo más—. La vivienda familiar está en Sacramento, pero no sé el tiempo que le llevarán sus negocios de Chicago. Usted no se preocupe.

—Ya, pero no queremos ser una carga para él. Es lo último que deseo. Yo puedo buscarme un trabajo allá donde vayamos. —La sonrisa pasó a bobalicona y otra vez condescendiente. Y esa mueca decía mucho de la situación, si ella hubiera sabido cómo era Brandon Cooper Hawksmoor. Pero claro, ella era una inocente en ese tema; igual de inocente que su bebé.

—Querida —añadió al tiempo que se levantaba y cogía una mano de la muchacha, para inclinarse y besarla suavemente, comprobando que ahí, tampoco había pecas—, todo, absolutamente todo, está controlado por el señor Cooper. No se preocupe de nada, por nada. Gaste el dinero en comprarle cosas a su hijo, en algún capricho o necesidad para usted, y no se preocupe en absoluto. Puede estar tranquila, su porvenir y el de su hijo están resueltos. —La mirada de la pelirroja no demostró lo que estaba pensando.

¿Qué entrañaba eso de que el porvenir estaba resuelto? ¿Tan rico era Cooper? ¿Tan espléndido? ¿Por qué no le podía contarle algo más y no ser tan encripto? Le habría hecho decenas de preguntas, pero no se atrevía, no quería parecer una cotilla. Si él no quería, o no podía decir más, pues había que respetarlo.

El hombre se dirigió hasta la puerta y antes de que abriera, ya lo había hecho Margot con el niño en brazos. El bebé le echó los bracitos y él rio nervioso. Jamás había cogido a un crío en brazos, ni había tenido el deseo o tentación.

—Qué encanto de niño —dijo a modo de despedida, pero antes se volvió y fijó sus ojillos en esa belleza deslumbrante—. Dentro de una semana, a las diez de la mañana, estaré aquí. Por favor, le ruego esté preparada y lleve consigo todo lo que necesite.

—Así lo haré, señor Wells —contestó mostrando una amplia y preciosa sonrisa y fijando la mirada en esa figura que desapareció por el hueco de la escalera.

Miró a Margot y al pequeño, para seguidamente, clavar los ojos en el sobre e ir abriéndolo despacio, mientras oía los pasos bajando las escaleras. Sus ojos se abrieron al máximo y se mordió el labio inferior durante casi un minuto, sin querer creerse lo que había dentro, pero sabiendo que no era un sueño; no, era una realidad en papel moneda. Jamás había visto tantos billetes juntos, era lo que pensaba mientras le enseñaba el contenido a Margot, sin creérselo del todo, para comprobar que esos billetes eran buenos, que no era una broma de mal gusto. Por todos los santos del cielo y por todos los demonios del infierno, pensó la joven, quinientos dólares. Quinientos dólares

para gastar en lo que le diera la gana, o para no gastarlos y guardarlos por lo que pudiera pasar. Las dos mujeres se miraron asombradas, mientras el pequeñín quería meter la manita dentro y coger esos papelitos verdes tan bonitos que tenía su mamá. Margot la miró asombrada y lo único que salió de su boca, fue:

—¿Has firmado un recibo? —Mientras la preciosa pelirroja negaba con la cabeza, para, al momento, mostrar esa radiante sonrisa que hipnotizaba a todos.

CAPÍTULO 2

Los almacenes *Bloomingdale's*, en la década de los setenta, se encontraban entre la Tercera Avenida y la 56, y vendían prendas de vestir como faldas, blusas, corsés y muchos más artículos, aparte de muebles. En esa época, el East Side era un barrio obrero, de clase trabajadora, con casas en no muy buenas condiciones, más de un vertedero de basura y bastantes bodegas. La mayoría de los clientes y de la competencia, se hallaba en el Upper West Side y las tiendas más respetables estaban especializadas en un comercio, no en un popurrí de cosas varias, como se podía encontrar en *Bloomingdale's*.

Cuando Jennifer y Margot se acercaron a los almacenes, estaban en la 59 con la Avenida Lexington, su nueva ubicación, y para Jennifer, era un placer mirar esas ventanas espaciosas donde se mostraba algo de la mercancía que allí se vendía. Recordó cómo había pensado en acercarse a la tienda para ofrecer sus servicios, con una buena colección de muestras de todo lo que hacía, si en un tiempo determinado no tenía noticias del señor Cooper o de alguien de la familia de Jeremy, ya que no podía estar esperando eternamente.

Tal vez, no habría sido muy difícil hacerse un hueco en ese mercado, pero ahora no lo iba a saber, ya que Margot y ella iban a dar una vuelta por el interior de la tienda y adquirir alguna cosa, gracias a los dólares del señor Wells, bueno, del señor Cooper. Sabía que no causaba muy buena impresión llevar al bebé como ella lo hacía, pero era cómodo, a pesar de que el peso de Jonah iba en aumento, y aparte, ella no tenía dinero para comprar un coche de bebé. Eso era para las clases ricas, las clases altas, para esas madres que no se ocupaban demasiado de sus hijos y tenían niñeras que se encargaban de sacar de paseo a los niños en esos artilugios que parecían muy confortables, pero no estaba segura de que fueran de fiar, siendo tan grandes. ¿Y si por un descuido, el vehículo volcaba, o si el bebé era grandote y revoltoso y lo hacía caer? Seguro que los críos irían muy cómodos y calentitos cuando hacía frío; además de poder dormir en posición horizontal, pero la seguridad y el calor de su cuerpo, no tenían comparación.

Jennifer era una muchacha que se reafirmaba en sus propias teorías y,

sobre todo, en sus vivencias, teniendo muy claro sus pensamientos y confiando en su marcada personalidad. De ese modo, su pequeñín estaba protegido y confortable en esa bolsa, aunque ella acabara con la espalda dolorida, y en esos momentos, Jonah dormía plácidamente, acomodado sobre los pechos de la joven, pues a fin de cuentas, tenía la barriga llena, el pañal limpio y ese contacto tan cercano, era lo que él quería y necesitaba; porque para ese pequeño, su mundo giraba en torno a la hermosa pelirroja que lo miraba con adoración y que se lo comía a besos, aparte de hacerle cosquillas y de darle de comer, de abrazarlo, de dormirlo y de calmarlo cuando algo malo le pasaba. Esa pelirroja era su madre y sentía adoración por ella, porque la verdadera, Julia, ya no existía para él. Se removió un poquito y gruñó otro poco, como era habitual en él, para seguir durmiendo como un tronco, sin ser consciente de las miradas que le lanzaba Margot y de los pequeños toquecitos en el pompis que le daba Jennifer.

Hoy el pañuelo era de color claro y de tejido más ligero pero resistente, para que no le diese mucho calor, pero atado y bien atado para que no se aflojase con el peso en aumento del bebé, que asomaba la cabecita morena como el carbón y una manita que casi rozaba el cuello femenino, haciendo que Jennifer se sintiera feliz. Ese niño llenaba su vida, evitando sentirse sola en el mundo, porque por muy fuerte que pareciese, se sentía muy sola; porque aparte de ese bebé y de Margot, no tenía a nadie más.

No tenía pensado gastar mucho dinero. Después de comprar unas cositas para el bebé, tela para hacer más pañales, otra encerada para evitar que calase y unos polvitos de talco, que en un principio iba a comprar sueltos, pero se lo pensó mejor y adquirió una talquera de peltre, porque las de plata eran muy caras, que sería muy práctica para espolvorear el culito del niño, aparte de estar bien guardados y evitar que se le cayeran al suelo. Si no hubiera contado con ese dinero, desde luego que no la habría adquirido, guardando el talco como siempre, en un tarrito de barro o de cristal y espolvoreándolo con la mano. Pero como le dijo a Margot, había cosas que eran muy útiles cuando se disponía de dinero, y todo lo que hiciera más comfortable la vida de un niño, de su niño, era bien recibido. De esa manera, gastó más dinero en telas de algodón fuerte y resistente y otras más ligeras, para hacer camisetas interiores y pololos y algo de lana para tejer cualquier prenda imaginada por ella para su pequeñín, ya que crecía por momentos. No pudo resistirse a la tentación de comprar hilos para sus labores y una buena colección de agujas de coser, y otra de lana, de diversos calibres. Cuando Margot le dijo que se comprara

alguna cosa para ella, como un corsé nuevo, pues siempre venía bien tener más de uno y a poder ser picante, pues ya que tenía que vestir de negro o gris oscuro, cuando las prendas negras no estaban disponibles, bien venía tener un corsé, de esos que subían las tetas hasta la boca y que a los hombres tanto les gustaban, o un polisón de esos que se ponían las señoras en el trasero, eso siempre le daba categoría al atuendo, ya fuera falda o vestido, a Jennifer casi le da un ataque de risa oyendo esos comentarios y el bebé hizo un movimiento retorciendo su cuerpecillo, en señal de protesta.

—No digas tonterías, Margot. No me voy a vestir como una señora rica, porque no lo soy. Además, esos artilugios en el trasero tienen que ser incómodos, sin contar con que los veo ridículos. Ya llevo un bulto en la parte delantera, ¿coloco otro en la trasera? Y seguro, que pronto pasará esa moda y vendrá otra, para que las señoras pudientes gasten más dinero en renovar su vestuario. Y de los corsés, mejor ni hablamos. —Margot se quedó mirando el bulto; el precioso bebé. Sí, de acuerdo, tenía razón, esta chica siempre tenía razón, Pero lo elegante, siempre, siempre, era elegante. Y los polisones eran elegantes, era una manera de distinguir unas mujeres de otras. Vale, lo del corsé estaba fuera de lugar, pobrecita mía, si era soltera y no había conocido varón.

—Ya, pero a lo mejor, ese señor Cooper se codea con gente de alta alcurnia y te vas a reunir con él y con el resto de la familia. —Los ojos de la mujer la miraban atentamente, dando énfasis a las palabras, sin contar con que se habían parado en medio del pasillo y las personas que andaban por ahí, en su mayoría mujeres a esas horas del día, debían esquivarlas.

Jennifer se dio cuenta al momento y se apartó hacia un rincón, haciendo que su amiga la siguiera, pero sin dejar de hablar, de dar su opinión.

—Ten en cuenta, que no sabes lo que te vas a encontrar. Eso, sin añadir que no sabes nada del hermano de Jeremy, ni cómo es, ni el carácter que tiene, nada de nada. Y la primera impresión, cuenta mucho.

—Sé lo que me contó Julia, que fue lo que le contó Jeremy —fue la contestación de la pelirroja, cargada de razón.

—Que es... nada. Porque saber que se fue a por oro, que es muy serio y trabajador, que se lleva fatal con la madrastra y que no dejaría a sus hermanos a la deriva... eso es, casi nada. Tienes que causar buena impresión y no vas a ir hecha una mendiga, por muy guapa que seas. Te vuelvo a repetir, que la primera impresión cuenta y mucho. Muchísimo. Y yo sé de lo que hablo, que cuando veo a mi señora vestida con sus mejores galas, parece algo y no vale

un pimiento. Ya lo creo, mucho adorno y mucha historia, pero al marido no lo engaña. Ese sabe lo que hay y lo que no hay —dijo con énfasis—, debajo de esas faldas y esas blusitas llenas de perifollos. Es más fea que yo, ya te digo, y cuando se arregla parece... casi guapa. Por lo menos de cara a la galería. Además, para algo te ha dado ese dinero. —La hermosa boca de Jennifer se curvó en una sonrisa. Le dio una palmadita en el brazo y mirándola a los ojos, eran de la misma altura, le aclaró las cosas.

—Me importa un pepino. Yo soy como soy, y el que quiera que lo acepte y el que no, que se vaya a paseo. Mira, vamos a ver esas medias. Eso sí que me voy a comprar y están a buen precio. —Se acercaron al mostrador donde una dependienta las miró detenidamente, pero se abstuvo de hacer ningún comentario; pero viendo cómo esa pelirroja con un bebé encima de su pecho, se acercaba y cogía unas medias de las más baratas y las tocaba con delicadeza. Esas valían cinco centavos. Después cogió otras y vio cómo las calibraba, esas costaban siete; optó por acercarse y decir algo, porque tal vez, solo tal vez, tuvieran dinero para comprar.

—Esas son de buena calidad, señora —se atrevió a decir, aunque la palabra “señora” le costó pronunciarla. Fue en ese momento cuando la cabeza de la pelirroja se elevó y la dependienta la vio perfectamente, dejándola sin palabras.

—Sí, tiene usted razón. Parecen muy buenas y necesito que duren —contestó con una deslumbrante sonrisa, dejando ver unos dientes blancos, pequeños y perfectos.

La dependienta, acostumbrada a ver gente todos los días y de todas las condiciones sociales, no recordaba haber visto una belleza semejante, y lo que era más llamativo, sin ningún adorno que pudiera elevar la belleza natural de una mujer. Ni sombreros, ni cosméticos, ni postizos, ni ropas elegantes. Claro, que quién necesitaba adornos con esos labios y esos ojos y sin olvidarnos de ese cabello tan llamativo, que dejaba ver el pequeño sombrero. Y para colmo parecía muy joven y vestida de negro. Claro que ella misma, también vestía de negro o de oscuro la mayoría de las veces, siendo lo más práctico, sobre todo cuando no tienes criadas que te laven y blanqueen la ropa. Clavó la mirada en el bebé, que seguía espatarrado y dormido como un tronco.

—¿Es suyo? —la pregunta fue hecha con discreción, mirando ahora a la muchacha y seguidamente a la cabecita negra como el carbón, Jennifer volvió a sonreír y se fijó atentamente en la dependienta, que no sería mucho mayor

que ella.

—Sí. Tiene seis meses. —La empleada sonrió, sin dejar de mirar esos rizos negros.

—El papá debe ser muy moreno. —Jennifer no se molestó en sacarla de su error, pero ya se encargó Margot.

—El padre era rubio como el oro —exageró la mujer—. Murió, el pobre. Pero la familia del difunto está llena de morenos. —Jennifer la miró, pensando de dónde se había sacado esa idea, al tiempo que observaba la forma que tenía la dependienta de observar a su amiga. Dirigió la dorada mirada a la empleada y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Me llevaré dos pares de las más gruesas y dos, de las más finas. —La dependienta cogió las medias negras y las envolvió separadamente: las gruesas por un lado y las finas por otro.

—Se va a Chicago —intervino Margot, sin venir a cuento—, y ahí, hace mucho frío, como aquí, en invierno por lo menos; pero luego, se va a California y allí hace más calor. —La mirada de la empleada se desplazaba de la mujer mayor, mientras pensaba qué parentesco les uniría, hasta la bella pelirroja. ¿Sería pelirroja de verdad? Sí, se dijo a sí misma. Ese color no se conseguía con potingues. Y ese brillo deslumbrante, sin contar con esos mechones más claros que lucía en las sienes, que eran como cobre pulido, menos. Una vez envueltas las medias y cobradas, clavó los ojos en ella y casi le susurró:

—Un poco más adelante, puede encontrar prendas muy buenas y a unos precios bajísimos. Son faldas y blusas y algo de abrigo también, que, por ser tallas pequeñas, no se han vendido y hay más prendas oscuras que de color. Usted tiene una cintura muy pequeña, seguro que le vale cualquier cosa. Además, hay prendas de verano y de invierno —terminó con una sonrisa.

Pero antes de despedirse, Margot tuvo la última palabra.

—No se crea, tiene una cintura minúscula pero un buen par de... —Y se señaló la delantera, provocando que Jennifer moviera la cabeza y que la dependienta se mordiera el labio para evitar reírse. Antes de dirigirse al lugar indicado, le dio las gracias dedicándole una hermosa sonrisa, haciendo que la empleada pensara en lo simpática y educada que era esa joven, pero pensando también, que, a pesar de ello, era la clásica muchacha digna de admirar, pero, sobre todo, de envidiar. Especialmente de envidiar, para qué engañarse, las mujeres pecaban de ese defecto; la envidia era algo malo, malísimo, pero inevitable en la mayoría de los casos. Ya lo creo, quién pudiera ser ella,

pensó la joven dependienta mientras veía a las mujeres dirigirse hacia el lugar que les había aconsejado y pensaba en lo grande que era ese bebé. En otras circunstancias no lo habría hecho, pero no sabía bien por qué, esa muchacha le había caído bien y no era lo normal, porque lo corriente es que las mujeres que son tan perfectas te caigan mal al momento. La empleada volvió la mirada a su quehacer, dedicándose a colocar unas bonitas medias llenas de calados en una zona que se viera bien, antes de que la encargada le echara la bronca, pero sin olvidarse de la pelirroja y de ese bebé tan moreno.

A pesar de sus ideas, claudicó. La dependienta tenía razón y esos precios eran bajísimos, con lo cual compró: dos faldas negras, una más gruesa y otra más fina. Para Illinois y para California, como decía Margot. También se llevó dos blusas, porque al precio que tenían, interesaba más comprarlas, que comprar la tela y hacerla. Y como le dijo Margot, si te queda muy justa alrededor de los melones, siempre le puedes quitar las pinzas; lo que provocó que la pelirroja moviese la cabeza; su amiga no tenía arreglo. Sabía de sobra que era muy delgada, sin nada de grasa en ninguna zona, ni espalda, ni cintura, ni cadera, nada. Pero como bien decía Margot, tenía unos pechos grandes, tiesos y duros, una cintura minúscula y un trasero redondo, firme y en su sitio, sin olvidar, unas piernas largas y torneadas, que no tenían que envidiar al resto de su cuerpo.

Con buen ojo, mirando las blusas sin probárselas, ya que no tenía pensado despertar al bebé, calculó que le quedarían perfectas, sin ajustarse demasiado al pecho. Lo que sí se probó fue una chaqueta, que no era negra, pero lo parecía, pues era de un azul tan oscuro, que a no ser que se pusiera a la luz del sol, no se apreciaba y al ser de un tejido no demasiado grueso, combinaba a la perfección con las dos faldas. La probatura fue rápida. Margot la ayudó a ponérsela y viendo que le quedaba perfecta de hombros, decidió quedársela. Al quitársela, Jonah se removió un poco y gruñó levemente. Margot se fijó en un abrigo negro con unos bonitos botones dorados y viendo el precio que marcaba, cinco dólares, la convenció para que se lo llevara. Ahora era verano, pero el invierno estaba a la vuelta de la esquina, dijo Margot, y no sabía cuánto tiempo estaría en Chicago; en realidad, no sabía nada de nada, así que, cómo no llevarse ese precioso abrigo, que no entraba en un cuerpo normal y estaba tirado de precio. Dime, le decía, cuándo has tenido un abrigo tan bonito, nunca, pues ahora es el momento. Lo ideal sería lucirlo con una buena piel al cuello, pero bueno, en su defecto nos conformaremos con esos echarpes de lana que tejes. No cabe duda que son

originales y muy hermosos, que no se piense el hermano de Jeremy que eres una pobretona y para colmo, que no tienes gusto. Y antes de irnos, podrías comprar unos botones negros y cambiarlos. Ya sabes, una viuda debe ir como corresponde. Pero no los pierdas, porque luego más adelante, se los puedes poner otra vez.

Y se lo llevó, gastándose más de lo que había previsto, pero menos, mucho menos de lo que cualquier mujer corriente habría hecho. Al final, después de pagar las últimas compras, se dieron una vuelta por la sección de muebles, en su mayoría traídos de Europa, y Jennifer se embobó mirando un secreter lleno de cajoncitos, o los torneados de los postes de esas camas enormes que ocuparían la mitad del apartamento donde vivían, o esas mesas de roble y otras más lujosas, de caoba con sus sillas correspondientes, que daban cabida a más de diez comensales y donde se podrían celebrar todo tipo de acontecimientos, desde el día de acción de gracias, hasta la cena de Nochebuena o cualquier otra festividad. Al final, pasaron por la zona de pianos y otros instrumentos musicales y al ver que Margot ya se impacientaba, salieron de la tienda, mientras pensaba lo mucho que le hubiera gustado saber tocar uno de esos maravillosos instrumentos de música, el que fuera, hasta un violín habría sido perfecto. La joven no añoraba la riqueza, pero no era tonta y admiraba las cosas bonitas y aunque la casa en la que había pasado la mayor parte de su infancia y juventud en Boston había sido un sitio confortable y hogareño, gracias a las habilidades del padre, que no del yerno, no se podía decir que hubiera sido lujoso; ni de muebles, ni de adornos, ni nada de nada. Tenían lo básico de todo y algún añadido gracias a las manos de las dos hermanas, que podían tejer, coser o bordar, cualquier cosa. En especial Jennifer, que era la más habilidosa, sin contar con la imaginación desbordada a la hora de crear cualquier dibujo o de hacer la prenda que fuera. El traje de boda de Julia, lo bordó ella en secreto, como regalo de boda, logrando con ello que Julia estuviese llorando durante diez minutos, y que después se pasara la siguiente media hora alabando las manos de su pequeña hermana, al tiempo que decía lo lejos que iba a llegar con ese talento, y que tenía que abrir una tienda de costura, a poder ser en Beacon Hill, en cuanto creciera un poco, y que las damas de la alta sociedad de Boston se la iban a rifar.

Sí, ese sueño se le había pasado más de una vez por su cabecita, pero en cuanto se dio cuenta de que el cuñado que se había acoplado a la familia era más gandul que ninguno de los gandules y gandulas que conocía, supo que

ese deseo debería permanecer en un rincón de su memoria, y cuando años más tarde nació el pequeño Jonah, entonces desapareció por completo. Volvió a resurgir, ahí en Nueva York, con todos los trabajos que estaba haciendo, pensando que, si la familia de Jeremy no daba señales de vida, ella podría intentar ampliar su trabajo hasta convertirlo en negocio. Pero para ello contaba con la inestimable ayuda de Margot, y ahora sabía, porque a raíz de la visita del señor Wells se lo contó, que su deseo era vivir en la casa donde trabajaba y de ese modo, ahorrarse un suculento dinerito, además de los viajes de Brooklyn a Manhattan y viceversa. Sí, no podía basar su vida, ni su futuro, aprovechándose de la amistad de una amiga, de una amiga que nada tenía, ni esposo, ni hijos, solo un trabajo y que como casi todo, no era seguro.

Los días pasaban y ella terminaba los encargos a ritmo acelerado y sin dejar de pensar en lo que les esperaba en Chicago. ¿Cómo sería el hermano?, ¿qué haría en esa ciudad?, ¿cómo la trataría, cómo trataría al bebé?; no dejaba de dar vueltas a esos pensamientos y cuanto más pensaba, más nerviosa se ponía. Por otro lado, sintió cierto gusto mezclado con algo de amargura, al ir llevando las prendas acabadas y comunicar a las dueñas de los negocios que ya no podría seguir trabajando para ellas. La de la calle York, le había ofrecido más dinero para que siguiera trayéndole prendas, incluso ponerlas a la venta, las hechas por ella, aparte de las de encargo, llevándose la mayor parte de los beneficios y la dueña una pequeña comisión. Vaya, pensó la joven, no hay nada como abandonar el barco, para que surjan salvavidas como setas en otoño; a lo mejor en California también podría labrarse un porvenir con sus manos y sus diseños. Uf, le molestaba mucho tener esa incertidumbre, ese no saber lo que se iba a encontrar, a pesar de la sonrisa y de las palabras de ese abogado que no le había contado nada de ese hombre, del Cooper mayor, y a pesar de esos quinientos dólares que había recibido. Sentía una comezón que no la dejaba dormir y que cuando lo lograba, le provocaba pesadillas que la despertaban a los pocos minutos, viendo hombres, muchos hombres, que eran copias de Jeremy, pero que no eran él; que la miraban como si fuese un bicho raro y luego se reían de ella a carcajadas y dándole una patada en el trasero, la echaban a la calle y se quedaban con el niño, bueno con los niños, porque cada copia de Jeremy tenía colgando de su mano, como si de un trapo se tratara, a un bebé como Jonah. Era entonces cuando se despertaba, sintiendo cómo el corazón le palpitaba a un ritmo desmesurado, para tranquilizarse despacio, oyendo la respiración reposada del bebé y relajándose con un eructo o una serie de

ventosidades, preludio de lo que venía después. Encendía una lámpara, lo cambiaba sin que se despertara, e intentando no despertar a Margot, y volvía a dejarlo en la cuna para seguir durmiendo a pierna suelta, mientras ella volvía a dar vueltas y más vueltas en la estrecha cama, sintiéndose cada vez más intranquila y deseando que amaneciera.

Cuando llegó el día, todo estaba preparado mucho antes de las diez, de modo que cuando el señor Wells hizo acto de presencia, acompañado de un hombre fornido, mostró una radiante sonrisa al ver que no tendría que esperar. Que la bella pelirroja, lo tenía todo dispuesto. Eso le gustó y mucho, ya que una cosa que odiaba de las mujeres era la tardanza habitual en ellas. Vio cómo las dos mujeres se despidieron en el portal de la casa y cómo la mayor, se limpiaba las lágrimas y le decía a la joven que no se olvidara de escribir, que, aunque ella supiera poco, ya encontraría quien le leyera las cartas y quien contestara con sus palabras. Jennifer le prometió que así lo haría, que todas las semanas o cada diez días, le mandaría una carta contándole los progresos de Jonah y las vivencias de ella. La mujer cogió al crío en brazos y se lo comió a besos, hasta que el bebé se molestó de tanto besuqueo y lo hizo notar, provocando que Margot se lo devolviera a Jennifer y esta, lo volviera a colocar en su saquito de tela. En cuanto todo estuvo dispuesto en el carro, el hombretón subió al pescante, no sin antes dirigir la decimonovena mirada a esa preciosidad y ponerse en marcha hasta la estación de trenes. Jennifer, prudentemente, esperó instrucciones del abogado y viendo que un coche de caballos se aproximaba a ellos, supo que era ahí donde iban a ir. Una vez dentro, Wells le informó que el viaje hasta Chicago, aunque largo, se le haría cómodo, ya que dispondría de un vagón para ella y su bebé. La muchacha disimuló el desconcierto y la sorpresa que ese comentario le produjo. ¿Había entendido bien? ¿Había dicho un vagón para ellos solos? Y así fue. Cuando llegaron a la estación, se dirigieron al tren que ya estaba estacionado, yendo directos al último vagón donde un chino les estaba esperando y la joven vio cómo el hombre de la carreta terminaba de subir los últimos bultos. El abogado le presentó al chino, diciendo que era un empleado del señor Cooper y que haría el viaje con ellos. Cómo dijo que se llamaba... Lín Yu, sí eso, Lín era el apellido y significaba bosque, y Yu el nombre. Así se lo explicó ese chino vestido con ropas orientales y una gran trenza, primero el apellido y después el nombre; pero que ella podía llamarlo como quisiera: Lín Yu, Lín, Yu... y para no liarla demasiado, le dijo que el señor Cooper le llamaba Lín Yu, porque consideraba que tanto el nombre

como el apellido por separado, eran demasiado cortos. Así que usted puede llamar como quiera, le explicó el simpático chino, algo más alto que ella, pero no mucho, y que parecía fuerte y en plena forma. Era la primera vez que veía a un oriental tan cerca y no supo calcular los años que tendría, pero a lo largo del viaje se enteró de la edad, tenía cuarenta y dos años y llevaba trabajando para el señor Cooper desde que fue en busca de la mina, que se habían conocido en San Francisco y que llevaba en el país veinte años.

Mientras subía al vagón, ni su mente, ni sus ojos, estaban preparados para lo que vio. Todo el lujo estaba concentrado en ese vagón de tren; desde caras maderas y ricas telas forrando las paredes, hasta los pocos, pero lujosos muebles, que en su mayoría estaban anclados al suelo, hasta las preciosas tapicerías de los asientos, cortinas de las ventanillas, y como pudo ver después, ropa de cama. Cuando el abogado Wells se despidió de ella, deseándole buen viaje y diciendo que estaba en buenas manos, Lín Yu le mostró todo lo que había que ver, desde una pequeña cocina, donde él tenía una litera, el salón que fue lo primero que vio, y especialmente, un camarote con litera, donde dormiría ella y el bebé, con un aseo, que tenía todo lo necesario. La muchacha no daba crédito a lo que estaba viendo y sus ojos iban de un sitio a otro, sin ningún pudor, ahora que el abogado ya no estaba con ella y no sentía esos ojillos observándola en todo momento. El chino sonreía ante la sorpresa de la joven, pero, sobre todo, miraba a ese niño que parecía el hijo de su jefe, aunque sabía que ello era imposible, puesto que esa preciosa mujer era una desconocida para el señor Cooper. Le mostró una chimenea radiador que estaba en una esquina del salón y le dijo, que ahí se podían poner los pañales del bebé, para una vez lavados, secarse con los carbones que él colocaría para ese menester, y por supuesto, para cuando hiciera fresco. Jennifer llevó los ojos hasta el rostro del chino, mirándolo como si fuese un rey midas. Ni por asomo se le había pasado por la mente, que el viaje fuera a transcurrir de ese modo, con esas comodidades tan lujosas. Ni en el mejor de los sueños.

—Oh, eso es genial. Muchas gracias, Lín Yu, muchas gracias. —El hombre sonrió de oreja a oreja, pues no estaba acostumbrado a que le dieran las gracias y menos, una señora tan preciosa como esta. Madre mía, cuando el señor la viera. Con lo que le gustaban las mujeres al amo, las mujeres hermosas como esta joven mamá.

—No dar gracias, señora Cooper. Yo hacer todo lo que esté en mi mano, y si no está, yo hacerlo también. —Para llevar veinte años aquí, hablaba un

poco raro, pensó Jennifer. Conocía extranjeros que, en dos o tres años en el país, hablaban perfectamente, a no ser por un ligero o marcado acento. Lo que ella no sabía, es que el chino hablaba perfectamente el inglés, pero hacía mucho tiempo que se había dado cuenta, que a la mayoría de las personas no les gustaba que un extranjero, o, mejor dicho, un chino, hablase el idioma, mejor que más de un nativo; de esa manera, Lín Yu consideraba que todo permanecía en equilibrio; el equilibrio y el orden, que cada cosa, situación o persona, necesitaba; sobre todo, si vivías en un país extranjero. Fue algo que aprendió muy pronto, sin necesidad de mucha experiencia.

—Da lo mismo —replicó Jennifer con una sonrisa de oreja a oreja—. Yo le daré las gracias, todas las veces que sea necesario. —El hombre no quiso mirar en exceso a la muchacha, pero no lo pudo evitar. No solo por la belleza que poseía, sino por la amabilidad y simpatía, que parecía natural y generosa.

Tosió un poco y le contó más cosas, desviando la mirada hasta el saquito donde llevaba al crío; era como una mamá canguro. ¿Conocería ella los canguros?

—Llevamos todo lo necesario para el bebé, al menos eso creo. Hay leche en polvo, de la mejor calidad, y todo tipo de alimentos para hacerle papillas o gachas, purés, o lo que usted desee. —Debía tener más cuidado y no embobarse con esa belleza, porque este comentario le había salido demasiado bien. Esperó que la bella pelirroja no se hubiese percatado.

—Eso es perfecto, señor Lín Yu, porque me he devanado mucho los sesos pensando en todo lo que tenía que traer para Jonah. Y lo de la leche en polvo está genial. Él come muy bien con cuchara, pero le gusta mucho la leche y yo ya no tengo —dijo de corrido, sin mirarle a los ojos.

No le contó, que una mujer de la calle donde vivían y que estaba amamantando a un hijo, le daba también a Jonah todos los días, por un módico precio, que unas veces era en dinero y otras en ropitas para sus hijos. O dinero, o trueque, según se terciase el asunto. Y el chino tampoco le dijo que, puesto que el abogado no se atrevió, o no se acordó de preguntar por algo tan íntimo, le pidió que gobernara todo lo necesario para un bebé de seis meses. Y a Lín Yu, no se le pillaba en un descuido, con lo cual, cubrió hasta el último detalle.

—Bueno, usted, no preocupar por nada. Llevamos comida de sobra, para ese hermoso bebé y para usted. Y espero que le guste cómo cocinar yo, porque el señor Cooper dice: que no ha visto a un chino cocinar tan bien

como hacerlo yo. —La joven sonrió de una manera encantadora y disimulando su nerviosismo le dijo al chino que ella podía ayudar en todo lo que hiciera falta.

—No, no, por favor. Las señoras no hacer tareas de cocina, ni de limpieza. No. Usted cuidar de su hijo y decir lo que desea, y ya está. Y por favor, no llamar señor, solo Lín Yu. Y ahora, usted acomodarse y hacer lo que tenga que hacer. El vagón está a su disposición y cualquier cosa que necesite, solo pida —diciendo las últimas palabras, se acercó hasta una mesa y abrió uno de los dos cajones que poseía, sacando un sonajero grande y de muchos colores. Se lo ofreció al bebé y este, con ojos enormes y fijos en el artilugio de madera, dio un gritito y extendió la manita para coger ese juguete que hacía tanto ruido y lucía semejantes colores, provocando que la muchacha se moviera más de lo normal para mantener el equilibrio, y de paso, evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas y que ese hombre se diera cuenta.

Pero no resultó, porque a Lín Yu no se le escapaba detalle de ningún tipo y especialmente de esta mujer, que, por órdenes del jefe, tenía que observar, estudiar y analizar, sin que se le escapase ningún detalle, pues una vez en Chicago, las preguntas volarían una detrás de otras y debía contestarlas de tal manera que el señor Cooper quedara conforme y satisfecho.

La cunita del niño se había colocado en un rincón del salón, ya que en el dormitorio había otra, adquirida por el chino, que se colocó al lado de la cama litera, y aunque dicha cama era ancha y podía dar cabida a la madre y a al bebé, consideró que era mejor tener las dos opciones.

El hombre le dijo que podía dormir donde quisiera, pero que él le aconsejaba la litera de abajo, para más seguridad y de paso, tener a mano la cunita con el bebé. Ella estuvo de acuerdo. De hecho, todo le parecía perfecto y solo le faltó abrazarlo, para que ese hombre pudiera entender lo contenta que estaba. Y con esa alegría y ese entusiasmo, el tren se puso en marcha, y ante el vaivén y los paisajes moviéndose a través de las ventanas, Jonah dio un gritito, haciendo que Jennifer se acomodara en un confortable sofá, al lado de una de las ventanillas, para ver pasar la vida. Las personas que se quedaban en la estación, pasajeros que esperaban a familiares, otros que llegaban para acercarse a las taquillas y preguntar sobre próximos viajes o sacar los billetes en ese momento, trabajadores de las vías, de las tiendas, de las taquillas y el propio edificio que albergaba todo un mundo de vivencias en

torno a los ferrocarriles y que hacía posible la unión entre ciudades y pueblos en un país tan grande. Sonrió para sí misma, mientras miraba los ojos de sorpresa del bebé ante ese movimiento constante, mientras pensaba que el ferrocarril era uno de los mejores inventos del mundo moderno, sobre todo si eras rico y te podías permitir este lujo de vagones. Estaba visto que el hermano de Jeremy había encontrado el oro o algo parecido; o tal vez era tan inteligente y trabajador, que había logrado todo esto con algo de suerte, la suerte era primordial, y mucho trabajo... bueno, ya se iría enterando. Seguro que el oriental le diría algo, sin imaginar que una vez en Chicago sabría lo mismo que en esos momentos porque el chino no contó nada de nada.

Una vez que salieron de la urbe, contemplaron el paisaje boscoso y verde, mientras los grandes ojos del bebé se movían sin parar y sus manos regordetas golpeaban el cristal en señal de entusiasmo y sobre todo de nerviosismo, ante algo mágico y único: una ventana en que todo se movía, desapareciendo unas cosas y apareciendo otras. Pero a pesar de ello, o a causa de, no tardó mucho en dormirse, cosa que aprovechó la joven para dejarlo en la cunita del salón y aprovechar para echar un vistazo al coche cama y figonear con tranquilidad todo lo que allí había. El cuarto de aseo la llenó de satisfacción. Un cuartito donde podía hacer sus cosas, sin necesidad de utilizar los engorrosos, aunque prácticos, orinales; un lavabo de porcelana precioso, encastrado en un mueble de roble con sus cajoncitos y puertecillas para guardar todo lo necesario. Y como el viaje duraría varios días con sus noches, se dedicó a colocar parte de sus cosas y de las de Jonah, en los armarios y cajones correspondientes; y una de las cosas que guardó, fue la Biblia de la familia, la que perteneció a su padre y antes, a su abuelo. Vio que la fotografía seguía en su sitio y la metió hasta el fondo, hasta encajarla en la unión de las páginas, para evitar que se moviera. Esa foto no debía verla nadie. Absolutamente nadie. Era para Jonah, para cuando fuera mayor y pudiera contarle las cosas y que él las entendiera. Una vez que terminó, sonrió satisfecha. Iba a ser un viaje placentero y sumamente cómodo, que aprovecharía para coser, para leer y para jugar con su pequeño; pensando en tantas cosas, le llegó el olor a comida y su sonrisa se hizo más grande y su estómago gruñó de satisfacción venidera. Si ese chino cocinaba igual de bien que había organizado todo, podría darse con un canto en los dientes, de lo perfecto y satisfactorio que estaban saliendo las cosas. Después de todas las noches en vela, después de dar vueltas y más vueltas a su cabeza, por lo menos el viaje sería perfecto; sí, perfecto. Ahora solo faltaba, llegar igual de

bien que habían salido y encontrarse con un señor Cooper que fuese igual de perfecto que todo lo que le rodeaba en esos momentos.

El estofado de carne y verduras estaba delicioso y así se lo hizo saber, no una, ni dos, si no tres veces, relamiéndose de placer y provocando sin querer, las risas del Lín Yu, que la miraba discretamente cada vez que le servía, ya fuese para llenar la copa de agua, pues vino no quiso, o para llenarle el plato por segunda vez. Ella le había preguntado por qué no comían juntos en la mesa del salón, y él contestó, que era un criado y eso no entraba en cabeza alguna. Ella se rio encantadoramente y le dijo que nadie iba a saberlo, y que a ella no le importaba. Que no era rica, ni clasista, que podían comer juntos sin ningún tipo de problema y, además, sería más entretenido. Pero el chino se mantuvo fiel a su comportamiento diciendo: no poder ser, señora, no poder ser, señora. Ella se encogió de hombros y terminó el plato, pasando un trozo de pan por el fondo y dejándolo limpio como una patena, sin ser muy consciente de que el hombre no perdía detalle de todos sus actos. Cuando la muchacha se puso a recoger los platos y cubiertos, él le dijo que no era necesario, que ella no tenía que hacer nada, solo sus labores y cuidados del bebé. La pelirroja lo miró fijamente, pero sin soltar nada de lo que llevaba en la mano. Lo que faltaba.

—Lín Yu, recogeré la mesa cuando me apetezca, y haré lo que tenga que hacer, cuando tenga que hacerlo, y usted, no protestará. ¿De acuerdo? — El hombre correspondió a esa mirada dorada, bordeada de espesas y largas pestañas negras, y sonrió sin poder evitarlo. No había duda de que esta hermosa muchacha era toda personalidad y no se iba a dejar intimidar por nada.

¿Ni por Brandon Cooper?

—Muy bien. La señora hacer lo que plazca, pero el chino comer solo. — La carcajada de la joven llenó el espacio del suntuoso vagón, imponiéndose por encima del ruido lejano de la locomotora del tren.

El rostro de Jennifer volvió a mostrarse serio, con mucho esfuerzo y dando media vuelta terminó de recogerlo todo, guardar el mantel y barrer el trozo del precioso suelo de madera que se hallaba debajo de la mesa de comedor. Una vez que terminó, Jonah se despertó de su larga siesta, era como si el traqueteo del tren le aletargara, y le dio una papilla de leche y harina de maíz con un poquito de miel, que se la comió tan ricamente mientras miraba a Jennifer durante los segundos en que iba la cuchara a la boca, para mirar después por la ventanilla del tren y ver cómo corrían esos paisajes delante de

sus asombrados ojos azules. El crío siempre estaba feliz, o casi siempre, pero ahora sentía una felicidad mezclada con una alteración nerviosa, observando todo lo que había a su alrededor, queriéndolo tocar, pero especialmente fascinado por esa ventana prodigiosa en la que todo se movía sin parar, y sin olvidar a ese hombre de ojos rasgados y una trenza tan larga como el cabello de su mamá, o más. No paraba de hacer ruiditos y de hablar en su propia lengua con la boquita llena de papilla, mientras con su manita regordeta señalaba el paisaje en constante movimiento. Cuando terminó de comer, empezó a chillar de entusiasmo, señalando la lluvia que comenzaba a caer y que llenaba el cristal de regueros de agua, mientras Jennifer le hablaba, poniendo nombre a todo lo que esos ojazos veían, mientras le cambiaba el pañal y le limpiaba el trasero, diciéndole que era un niño muy cochino, al tiempo que le hacía cosquillas en la barriga, haciendo que el bebé riera a carcajadas.

Y de esa manera, fueron trascurriendo los días y las noches, y tanto en unos como en las otras, Jennifer tuvo tiempo de pensar en el futuro y de recordar el pasado, siendo muy consciente y especialmente juiciosa, de que estaba en un cambio radical de su vida, de que, de una forma literal, se estaba trasladando al futuro. Pero, sobre todo, sentía el peso de la mentira y eso no le gustaba, porque ella no era así, sin embargo, era lo que había: el pequeño Jonah y ella, protegidos por una mentira, iban a presentarse delante del hermano del gandul de Jeremy, como la triste y desconsolada viuda y el pequeño huérfano. Les dio vueltas y más vueltas a sus pensamientos, acariciando la idea de una vez que se enfrentara al señor Cooper, decirle la verdad. Las mentiras, tarde o temprano, salen a la luz y cuanto más tarde, peor. Pero, por otro lado, el no saber nada de ese hombre, no tener ni la más remota idea de cómo pensaba, de cómo actuaba, de cuánto estimaría a su difunto hermano y, por ende, a la familia de este... tenía tanto miedo de sentirse desprotegida, de que le quitaran a su sobrino, de que le dieran una patada en el trasero y ya no pudiera estar con él...

No. No. Y no. No podía arriesgarse. Porque si al menos hubiera recibido una carta de él, podría haber averiguado muchas cosas, o al menos, unas pocas. La gente, por regla general, muestra parte de su forma de ser cuando escribe, cuando contesta a una petición o ruego, o al contar sus vivencias con sus penas y alegrías; y si él hubiera escrito, aun siendo una carta formal de presentación, como ella hizo, y contestación a lo que ella pidió, podría haber sentido algo viendo el tipo de letra y las palabras empleadas, o las ausentes.

Sí, a ella le gustaban las cartas, escribirlas y recibirlas, pero no había tenido ese placer, que en ese caso en particular habría sido una ventaja. Y estaba la madre de Jeremy, esa que él mismo dijo, era una mujer muy absorbente, aparte de mandona y vete a saber cuántas cosas más; por no añadir qué tipo de relación tendría el señor Cooper con esa mujer. No, no podía salirse del plan establecido. No le quedaba otra. Después de todo tenía una enorme ventaja, que se iba a otro lugar, donde nadie les conocía, donde nadie podría decir: ¡Mira, la pequeña de Mulligan! ¡Mira, el hermoso hijo de la difunta Julia y la pelirroja de su hermana! Sí, así la llamaban los que fueron compañeros de trabajo de su padre y los hombres que trabajaban en los muelles, cuando se acercaba a llevar el almuerzo a su padre, o para hacerle una visita, sabiendo que el jefe no estaba. La pelirroja, la llamaban. Cuando era cría, pelirrojilla, cuando se hizo mayor, la pelirroja a secas, aguantando las miradas lascivas de esos hombres, que duraban mucho más que lo que tardaban en decirlo. Tanto era así, que cuando cumplió los quince su padre le prohibió ir a los muelles; ni para una urgencia, le ordenó seriamente. Manda a cualquiera, pero tú ni te acerques, fueron las bruscas palabras del padre. En un principio se preguntó el porqué de ese castigo, pero más tarde, la explicación llegó de la boca de Julia y supo lo que pasaba por las mentes de los hombres, de ciertos hombres en especial. Y ante la queja de la jovencita, de por qué la hermana mayor sí podía acercarse a los muelles y ella no, la voz pausada y tranquila de Julia, le dijo que todas las mujeres no eran iguales para los hombres, aunque en un momento dado pareciera que sí. Le dijo, que ciertas mujeres o muchachas, llaman más la atención por algo en especial, por el cabello, por la figura, por el rostro, que unas pasan más desapercibidas y otras, queriendo o sin querer, hacen que los hombres, sobre todo los que no tienen cultura ni una pizca de educación, se queden mirando como idiotas y que alguno, que no esté muy bien de la cabeza o que haya bebido de más, pueda cometer una barbaridad.

De esa manera, a Jennifer le quedó muy claro, que en ella todo llamaba la atención: el rojo cabello, el cuerpo sinuoso y una cara perfecta y fuera de lo normal; hasta su voz hacía mover las cabezas de los hombres. Así que, recalcó Julia, si no quieres ser pasto de esos hombres, si no quieres ser violada por uno o por varios de esos hombres, mantente alejada de los muelles y de salir a horas intempestivas. Y a Jennifer le quedó claro como el agua, y siendo como era, una muchacha formal, sensata e inteligente, no actuaría a tontas y a locas. Y ahora, en la situación actual, se presentaría ante

Brandon Cooper como la viuda de Jeremy y no se hable más.

El viaje no se le hizo largo, ni pesado, faltaría más, encima que lo hacía en un vagón de lujo y que Lín Yu le proporcionaba todo lo que le pedía y lo que no, también. Ese viaje, sola, con un bebé de seis meses, habría sido muy complicado, con riesgo de que le robasen sus pertenencias en cualquier descuido, y teniendo que depender de la buena voluntad de la gente, sin contar con lo incómodo de hacer ese trayecto en un vagón lleno de todo tipo de personas, fastidioso, pues los asientos de madera para un rato no estaba mal, pero para días y noches era un suplicio, con malos olores en cuanto fueran pasando los días y muchas más cosas desagradables, que prefería no pensar en ellas. No era lo mismo viajar en primera que en tercera y este vagón, era mucho más que primera clase. Las paradas en las estaciones y también en medio de la nada, eran simples anécdotas y Lín Yu le había dejado claro que no podía bajar sola y que, si quería hacerlo, él los acompañaría. Eso siempre y cuando fuese una estación, si la parada era en medio de la nada, las puertas del vagón permanecerían cerradas a cal y canto y ellos dentro y sin salir bajo ninguna excusa. Le explicó que a veces se producían asaltos a los trenes y que había que actuar con cautela, de hecho, él iba armado por lo que pudiera pasar, a pesar de que las armas de fuego no le gustaban, pero eran órdenes expresas del jefe. Añadió que los asaltos eran más comunes en el medio oeste y en el oeste, pero, aun así, uno no se podía confiar y si le pasaba algo malo a ella o al bebé, el señor Cooper sería capaz de matar al chino.

Uf, tenía mucho que agradecer al señor Cooper y todavía no lo conocía, pero lo de matar al chino, dio por supuesto que estaba exagerando. Con todo y con eso, le daría las gracias en la primera oportunidad, por haberle proporcionado un viaje de lujo para ella y el bebé y por supuesto, le haría saber que Lín Yu los había tratado de forma maravillosa y gentil, y que nunca, nunca, olvidaría todo lo vivido. Sí, Jennifer Mulligan, serás una mentirosa, pero una mentirosa agradecida y honrada por el trato recibido.

Cuando llegaron a Chicago y descendió del vagón con el bebé atado a su cuerpo, sintió los fuertes olores de las locomotoras, el ruido de máquinas y transeúntes y todo el barullo que se formaba con la llegada de un tren lleno de gente, con sus parientes o amigos esperando en el andén; el andén de la estación de una ciudad que rondaba el millón de habitantes y que seguía creciendo a pasos agigantados, según le contó Lin Yu, como también le dijo, que todo ese rápido y próspero crecimiento fue a partir del incendio del 71,

provocado por la caída de una lámpara de queroseno, que unos decían que se produjo en el establecimiento de Patrick O'Leary, cuando una vaca con el rabo había tirado la lámpara; pero la versión más creíble era que, en la noche del 8 de octubre de 1871, un grupo de hombres jugaban a los dados en un pajar en el centro de Chicago. Los juegos de azar estaban prohibidos una vez se ponía el sol y cualquier sitio donde se producían, era una timba ilegal, dando lo mismo un pajar, una casa particular o cualquier otro sitio. El caso es que, uno de los hombres, un tal Louis M. Cohen, en un descuido fatal, golpeó la lámpara tirándola al suelo y provocando uno de los peores incendios conocidos. El fuego ardió poco más de dos días, consumiendo miles de viviendas, locales y fábricas, que quedaron reducidas a cenizas, matando a casi 300 personas y otras cien mil que lo perdieron todo. En esa época, toda edificación del tipo que fuera, destinada a viviendas, negocios o fábricas, era de madera, dando lugar a que el fuego avanzara veloz, ayudado también por el viento y la sequedad del verano previo.

La muchacha desplazó esa mirada dorada por todo el entorno, pensando que habían pasado unos cuantos años desde ese devastador incendio, que veinticuatro años habían dado mucho de sí. Lín Yu la observó atentamente, notando el nerviosismo y le dijo que no se impacientara, que no se pusiera nerviosa, que él se encargaría de llevar sus pertenencias al hotel donde se hospedaba el señor Cooper, de modo que ella llevase consigo solamente lo necesario para el bebé, al menos para una hora, que sería más o menos el tiempo que él tardaría en llegar.

Un cochero la acompañó hasta la salida, llevando una bolsa de viaje, y ella lo siguió hasta un carruaje donde se acomodó en el lujoso interior, notando el cosquilleo en el estómago, ante lo desconocido de la situación que estaba viviendo. Y el chiquitín también parecía notarlo, porque, aunque no lloraba, no dejaba de moverse, de parlotear, incluso de gruñir cada dos por tres. Intentó calmarlo frotándole la espalda, canturreándole al oído, pero ni por esas. Estaban los dos igual de nerviosos. Por fin, el coche se paró y alguien que no era el cochero, abrió la portezuela y la ayudó a salir, viéndose ante un edificio grande, de diez plantas, que pareció engullirla. Más tarde se enteraría, que estaban en la avenida Michigan y que ese edificio albergaba un hotel, aparte de oficinas de toda índole y otros negocios. Desde estudios de arquitectura, hasta empresas de importación y exportación, consultas de médicos y tiendas. Le faltaban ojos para ver todo lo que la rodeaba, mientras seguía a un criado y entraban en un ascensor, que les llevaría hasta sus

habitaciones; y cuando eso ocurrió, cuando ese muchacho dejó la bolsa de viaje encima de una banqueta de una lujosa habitación, para que, al segundo, entrara una doncella o criada, no sabría cómo llamarla, y le dijera que estaba a su disposición, tanto para hacerle cualquier recado, como para quedarse cuidando del niño si ella tenía que salir por cualquier motivo. Fue entonces cuando se dio cuenta, de que una de dos, o ese hombre era muy rico o todo era un simulacro para parecerlo, pero su intuición le dijo, que la contestación a esa disyuntiva era la primera afirmación y no supo por qué, pero comenzó a sentir miedo, miedo de verdad, esperando y temiendo el momento en que conociera al señor Cooper.

Unas horas más tarde, el bebé dormía en su cuna y ella se paseaba intranquila por la lujosa habitación. Estaba en el piso octavo y de vez en cuando se paraba enfrente del gran ventanal, movía la pesada cortina y miraba hacia la avenida y el cielo que comenzaba a oscurecer y ese lago inmenso, que más que lago parecía un mar. Se estaba nublando y oía cómo el viento comenzaba a soplar, anunciando lluvia, o amenazando lluvia, según el ánimo de cada uno, y el ánimo de ella estaba... un poco por los suelos, porque cuanto más tiempo tardaba en encontrarse con el señor Cooper, más nerviosa se ponía. Y para colmo, ya no había visto a Lín Yu, unos muchachos le trajeron todas sus cosas y volvieron a quedarse solos. También había cenado, una sopa ligera pero muy sabrosa, y pollo asado con patatas que le supo a gloria, pero que apenas pudo terminar, ya que llegó un momento en que se le hizo un nudo en el estómago y le fue imposible tragar un bocado más. Hubo otro momento, cuando la doncella retiró la cena, que le preguntó si sabía si el señor Cooper estaba en el edificio, y la joven, muy amable, le dijo que no se preocupase, que le avisaría en cuanto el señor estuviera disponible.

Cada vez que Betty, así se llamaba, entraba en la habitación, no podía evitar dirigirse hasta donde estaba el bebé, ya fuera en la cuna, encima de la gran cama o en los brazos de Jennifer, para mirarlo sin parpadear y decir lo guapo que era. Le hacía carantoñas, a las que el crío correspondía con movimientos de su cuerpo regordete, hacia delante y hacia atrás, al tiempo que agitaba los brazos con frenesí, intentando tocar la cara de esa muchacha que acababa de conocer y de paso, poder agarrar los pelos castaños, o enganchar ese gorrito que llevaba para taparlos en buena parte. Pero no tenía esa suerte, porque cada vez que creía que iba a pillar algo, un poco de carne de esa cara sonrosada o un mechón de pelo, o ese gorrito blanco, la muy

astuta se separaba y él se quedaba con las ganas, pero sin llorar, manteniéndose alerta y sin dejar de mirarla, esperando que volviera a acercarse para decirle cosas que él no entendía, pero que sabía que eran buenas, que no le estaban riñendo. Y la muchacha se prendaba de esos ojos enormes y azules como un cielo de primavera, y ese cabello rizado y sedoso, negro como el carbón, preguntándose cómo era posible que ese niño fuese igualito que su jefe. Si parecía su hijo, pero todos sabían que eso era imposible. Que era el hijo del hermano, que hacía años que no veía y que no conocía a la familia que había formado.

Cuando se aproximaban las diez de la noche, acabó de cambiar al bebé y este dormía plácidamente, se preguntó si no sería hora de plantearse dormir como el pequeño, y fue en ese momento, cuando entró Betty y en susurros le dijo que el señor Cooper la esperaba arriba y que ella se quedaría con el niño. Jennifer movió la cabeza en señal de asentimiento y sin más, sin coger la chaqueta que estaba encima de un sillón, salió de la habitación y vio a un criado que la estaba esperando para acompañarla a su destino. Entraron en un ascensor, para subir dos pisos y el criado, muy amable, le dijo que las dos últimas plantas eran las del señor Cooper, pero que realmente no eran las últimas porque había una más, que era donde estaban las máquinas de los ascensores, al igual que la instalación de la calefacción estaba en los sótanos.

Una vez que le abrió la puerta de ese cubículo, se encontró en un hall alfombrado y con las paredes forradas de lustrosa madera y ante una puerta doble de madera de arce, que brillaba como si le hubieran frotado todas las ceras del mundo y que, al abrirse, daba paso a las habitaciones privadas de Brandon Cooper. Las palabras del criado fueron escuetas y formales, póngase cómoda señora Cooper, el señor Cooper estará enseguida con usted. Ella sintió un acaloramiento en su bello rostro ante esas formalidades y se sintió más intrusa que nunca, y, sobre todo, más mentirosa que nunca. Oyó cerrarse la puerta a sus espaldas y aprovechó para respirar profundamente y de paso morderse el labio inferior hasta martirizarlo, mientras escuchaba la lluvia detrás de esas enormes ventanas. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, dejó de morder al momento, pues era un signo de nerviosismo y era muy consciente de ello y se dispuso a moverse por esa enorme habitación, que era un salón con varios sofás enfrentados y unas mesas bajas en el centro, además de otros muebles a cuál más bonito, que daba ganas de pasar los dedos por encima de esas superficies tan brillantes, para comprobar que no tenían ni una mota de polvo. A la derecha, unas enormes ventanas a las que

se acercó, sin poder evitar mirar entre las cortinas y comprobar que daban a la avenida Michigan igual que la suya, y que llovía con fuerza, golpeando los cristales, sintiendo un poco de miedo ante tanto cristal y esa fuerte lluvia. Los nervios la estaban matando y a pesar de que sentía un poco de frío en los brazos, las mangas de esa blusa negra eran de fina muselina, sentía un calor sofocante en las mejillas y en el interior de su cuerpo.

Una incongruencia, pero era así cómo se sentía, con frío por fuera y calor por dentro.

CAPÍTULO 3

Si Jennifer hubiese mirado hacia arriba, habría visto el alto techo ornamentado de volutas de escayola y una lámpara grande, con múltiples cristales de bohemia y a la parte contraria del ventanal una baranda de madera color miel, bellamente moldeada; ahí era donde estaba el hombre que la esperaba. Una mano grande y bronceada, que hacía destacar el blanco de la manga de la camisa, se apoyaba de manera perezosa en la balaustrada de roble, contemplando a esa mujer que se movía nerviosa por el salón y en momento alguno, se le ocurrió elevar la mirada. No era de extrañar, le pasaba a la mayoría de los que entraban en esa habitación por primera vez. Se sentían intimidados, subyugados o simplemente curiosos, por las dimensiones de la sala, por los ricos tejidos de las cortinas, o las tapicerías; o se encandilaban con el intrincado dibujo de las carísimas alfombras persas, incluso los más avispados miraban las pinturas que colgaban en una de las paredes, sin saber que eran obras de arte con siglos de antigüedad, piezas europeas y grabados japoneses y eso estaba haciendo esa mujer, en esos momentos. La esposa de su hermano, la viuda de Jeremy, miraba esos cuadros con verdadero interés, pero sin percatarse de que un hombre la estaba observando minuciosamente. Los fríos ojos azules se clavaron en ese color de pelo; rojo oscuro, recogido en un sencillo moño, que parecía querer desmoronarse de un momento a otro.

Su hermano casado con una pelirroja. Quería recordar que le llamaban más las rubias, pero mirando a esa hembra desde donde estaba, tenía que reconocer que tenía un porte elegante, aunque sus ropas fueran sencillas. Alta, delgada, entrecerró los ojos y los clavó de manera depredadora en el busto y en el contorno de la falda, que no llevaba relleno extra. Parecía tener carne en los sitios adecuados, si no, estaría demasiado delgada. De todas formas, iba de negro y ese color siempre adelgazaba; lo mejor era verlo al natural: desnuda, tal cual. Es tu cuñada, cabrón, la viuda de tu hermano, la madre de tu sobrino, que por cierto aún no conoces, pensó con sorna. Se movió como un felino y fue hasta las escaleras que daban a la zona de atrás y

si no te habías fijado en la balastrada, no sabrías que allí había una escalera alfombrada, que evitaba que sus botas o cualquier calzado, hicieran ruido alguno. Y cuando hizo acto de presencia en el salón, ella sorprendida, se volvió y se miraron frente a frente.

Los dos se quedaron sin palabras. Ella tragó saliva y miró esos ojos azules, igualitos a los de Jonah, a los de Jeremy, sin pestañear y sin decir palabra. Sus gruesos labios se entreabrieron ligeramente y la mirada del hombre se clavó en esa boca fascinante, mirándola más tiempo de lo que sería correcto en un caballero. Cooper pensó que era la primera vez que una mujer le dejaba sin palabras, tal vez fuera, porque esa mujer había pertenecido a su hermano, pero, sobre todo, porque era de una belleza asombrosa y exótica, que él, acostumbrado a poseer mujeres, acostumbrado a tener a las más hermosas, a hacer con ellas lo que le daba la gana, sintió unos tremendos y obscenos deseos, al contemplar esos labios carnosos y oscuros. Era una boca bella, pero, sobre todo, de una magnitud exageradamente sexual. Lo que haría él con esa boca; de todo.

Joder, Wells le había dicho que era una joven muy hermosa, que no aparentaba la edad que tenía y que parecía muy hacendosa, trabajadora y una buena madre, palabras muy parecidas a las que dijo Lín Yu, pero el oriental se había explayado más, haciendo hincapié en lo de madre amorosa, mujer simpática y dispuesta a ayudar en lo que fuera, cosa que él no permitió. El chino era cosa aparte, pero él conocía de sobra al abogado y sabía que la mayoría de las mujeres le parecían guapas, o atractivas, o interesantes. Especialmente si eran jóvenes, se le iban los ojos detrás de todas, de camareras, de sirvientas de todo tipo, de niñas... todas menores que él y alguna de su edad también, por qué no decirlo. Era un hombre hambriento de sexo, pero, sobre todo, de cariño femenino. Qué cabrón, cuando cruzara la palabra con él, le diría que por qué no le dijo que era tremendamente bella, que tenía una boca para jugar y disfrutar durante horas y unos ojos extraordinarios.

Dónde demonio había visto ojos dorados..., así, en una mestiza hacía un par de años. Una de esas negras, que tienen más sangre blanca que oscura, una que tenía el cabello rizado y negro, pero no tanto como sus antepasados, que poseía unos ojos como el buen brandy y unos labios lascivos que le sorbieron la polla hasta dejarlo seco. Ya lo creo. Pero por todos los putos infiernos, esta criatura era pelirroja, con una piel blanca, perfecta, sin una sola peca. ¿Y cómo era posible que sus pestañas fuesen negras? Se acercó un poco

más, sin dejar de mirarla y sin que ella pestañease, sin moverse ni un ápice, sin dejar de mirar a ese hombre igual que él la miraba a ella. Brandon observó la blusa negra, era impresionante cómo ese color resaltaba la piel como el alabastro y el rojo cabello. Por Dios, daba ganas de llevar una mano a ese cuello níveo y otra, a esas llamas rizadas.

Pero no hizo eso.

La muchacha vio una mano grande y morena, de dedos largos, fuertes y bien cuidados, que se acercaba a su cuerpo, y como si estuviera hipnotizada por ella, la vio moverse como a cámara lenta y coger su propia mano, que tal vez temblaba algo, para acercarla a la boca y posar un suave beso, que apenas lo notó. Y entonces, escuchó una voz grave, varonil, un poco ronca, y sintió un cosquilleo en el estómago y un temblor en su cuerpo. Este hombre no se parecía a Jeremy, a pesar de tener el mismo color de ojos. Este hombre era más alto, más fuerte y más guapo.

Muy guapo, demasiado guapo.

—Tristes circunstancias para conocernos, señora Cooper. —El vello de todo su cuerpo se erizó ante ese sonido masculino, era una voz hermosa, que con solo oírla enamoraba y eso hizo que sintiera una extraña sensación de que ese hombre la llamase así.

Soy una impostora, se dijo, no me estoy portando de una forma decente. Se mordió el labio inferior, para rectificar al momento, al ver cómo él, clavó los ojos azules en su boca. Tragó saliva, y logró que su voz saliera de su garganta y no sonara demasiado débil, ni demasiado potente, tampoco ñoña y por favor, Dios no lo quiera, demasiado chillona; porque ese hombre la miraba de una forma, que la hacía sentir pequeña e insignificante.

—Ciertamente, señor Cooper. Son muy tristes, demasiado tristes y funestos pues, lo sufro todos los días desde que Jeremy falta, pero... es el destino. —Pensó que había sonado demasiado fría, pero ya era tarde para arrepentirse. Y a pesar de que estaba intimidada por ese hombre, no dejó de mirarle, de tener la vista elevada para poder mirarlo a los ojos y haciendo esfuerzos sobrehumanos para no desplazar la vista por el resto del rostro presa de curiosidad, pero que, a pesar de ello, su cerebro absorbió.

Una boca grande, bien dibujada, con labios ni gruesos, ni finos, con una mandíbula cuadrada, dura, y una barba oscura, de un día, o tal vez dos, fuertes pómulos, nariz con carácter y algo torcida, señal de habérsela roto alguna vez... y el cabello... negro como el de su niño, pero no rizado como el bebé, sino ligeramente ondulado y algo largo y peinado hacia atrás,

dejando la frente alta y despejada. La tez, oscura, como si estuviera la mayor parte del tiempo al aire libre; con unas leves arruguitas alrededor de esos ojos tan hermosos, que en el rostro de Jeremy habían resultado bellos, pero simpáticos y zalameros, juveniles incluso, pero en este hombre, en este rostro, reflejaban dureza, inteligencia y algo más, que no sabría decir, tal vez... oscuridad. Pero eran tan hermosos, tan bellos...

Para perderse en ellos y no volver a la realidad.

—Por favor —sonó la voz grave, al tiempo que una mano grande, elegante, le señalaba un sofá para sentarse. Ella obedeció como si estuviera en trance, sin llegar a creerse que ese hombre fuese el hermano del golfo de su cuñado.

Madre mía, era grande, muy grande. Llevaba unos pantalones negros que marcaban unas caderas estrechas, un chaleco, negro también, que se ajustaba como un guante, a un torso plano y estrecho en la cintura para ir ensanchándose según ascendía, hasta llegar a unos hombros anchos y fuertes, que llenaban una camisa blanca, confeccionada con el mejor algodón. Esas ropas eran hechas a medida. Ese pantalón y ese chaleco no pertenecían a un traje de diez dólares; ella entendía de eso, ese hombre era alguien muy importante. Si después de hacer el viaje en un vagón lujoso y exclusivo, para ella y el bebé, no había pensado en la riqueza del hermano de Jeremy, ahora, viéndolo y sintiéndose observada de manera curiosa, tal vez inquisidora, se daba cuenta de que no era la situación con la que había pensado batallar.

Ahora sentía que estaba en desventaja ante ese espécimen de hombre, pero lo que era peor, sintió miedo, mucho miedo. Venga Jennifer, no seas cobarde, no te dejes amedrentar por unos ojos que te miran como si fueras un bicho raro. Sé valiente y saca tu vena irlandesa y, sobre todo, sobre todas las cosas, no dejes que se percate de lo nerviosa que estás.

—Gracias, señor Cooper. Es usted muy amable —moduló las palabras con esa preciosa voz, decidiendo que debía ser amable y encantadora, para que ese hombre tan bello, se llevara una buena impresión y no los dejara en la estacada. O peor, se llevase al niño y a ella la dejara a la deriva.

No pienses eso, Jenny. No seas tonta, se dijo, mientras su mente no paraba, mientras sus ojos dorados seguían los movimientos del hombre, que se acercó a un lujoso mueble y cogió una licorera. Ya se había fijado en las joyas que lucía: un reloj de oro en el chaleco y unos gemelos, también de oro.

—Supongo que a estas horas ya habrá cenado. ¿Desea un licor? —Ella negó con la cabeza, haciendo que un mechón cobre dorado se escapara del

recogido, para llevarlo detrás de la oreja al momento.

Los ojos del hombre no perdieron detalle... de nada; igual que sabía que esa pelirroja no le quitaba ojo. Parecían medirse mutuamente, parecían sentirse atraídos el uno por el otro, por la unión que existía entre ellos: el hermano muerto, el marido muerto.

—Gracias, pero no bebo —contestó de manera cortante, para rectificar al momento—. Quiero decir que no he bebido nunca. —Las cajas oscuras se elevaron, mostrando sorpresa. Con un vaso en la mano, se dirigió al sofá y se sentó frente a ella.

—Qué curioso. Si no recuerdo mal, a Jeremy le gustaba beber; incluso demasiado, en más de una ocasión. ¿Se había reformado, tal vez? —La media sonrisa que surgió en ese rostro oscuro, le recordó a Jennifer a un lobo. El lobo de Caperucita.

Carraspeó un poco y decidió encauzar y enderezar una conversación que comenzaba y no sabía cómo iba a acabar. Pasó las delgadas manos por su falda, dándose cuenta de que no se había puesto una de las nuevas, sino una que tenía desde antes de la muerte de su padre y estaba gastada por los bordes del bajo. Justo la zona donde esos ojos penetrantes, miraban ahora mismo. Sin querer, intentó esconder las piernas debajo del sofá, sin conseguirlo, como si de esa manera, quedara más oculto el ruedo de la falda. Brandon dominó una sonrisa, que quería convertirse en carcajada.

—Sí, tiene razón. A veces abusó de la bebida, pero mi... mi padre decía que era muy gracioso cuando ocurría, que no era como esos hombres que hacen mala bebida y se ponen violentos y groseros. —La realidad era, que eso lo decía Julia, el padre callaba y encogía los hombros, resignado a los pecados de los hombres y en especial a los de su yerno, que, sin ser malo, había defraudado las expectativas que tenía para su hija mayor.

—Sí. Le gustaban mucho las bromas y... la buena vida. Dígame, ¿en qué trabajaba? —No dejaban de mirarse y a él le agradó que esa preciosidad le aguantara la mirada.

Estaba erguida, sentada en el borde de ese cómodo sofá, con los pies escondidos al máximo, debajo de este, para ocultar los bordes de la falda, pero sin darse cuenta de que no lo conseguía. Era orgullosa la muchacha. ¿Cómo era posible que tuviera veintiséis o veinticinco años? Con esa piel tan tersa, casi infantil y esa expresión dulce, juvenil, una carita de comenzar a vivir.

—Bueno, últimamente no trabajaba —contestó con cautela. No quería

tratar mal al difunto, pero le fastidiaba tener que mentir y mentir, y, a fin de cuentas, este hombre era su hermano, sabría de sobra de sus defectos y virtudes.

—¿Ah, no? —Los hermosos ojos dorados lo miraron de una forma arrebatadora y él, siguió el contorno negro del iris y después, esas pestañas tan negras que daban la sensación de que estuvieran pintados, igual que hacían las mujeres del medio oriente para dar más exotismo a la mirada y hacer perder el sentido a los hombres.

Por Dios, podría estar mirando a esa hermosura durante un buen rato. Estaba nerviosa, lo notaba. Era como que, sabía de sobra cómo era Jeremy, pero le diera pudor hablar de los defectos del muerto por temor a lo que él pudiera pensar o decir.

Tenía miedo.

—No encontraba un trabajo que le llenara —fue la prudente contestación, mientras jugueteaba con esos deditos largos y delgados, sin retirar la mirada de él.

Decidió ayudarla un poco, que soltara la lengua.

—Julia, se llama Julia, ¿no es así? —Ella movió la cabeza y él sonrió—. Dígame, Julia, ¿cuántos años han pasado desde que conoció a Jeremy? —Brandon observó esas preciosas manos, dándose cuenta de la ausencia del anillo de boda.

—Unos cinco años. —Ella no dejaba de mirar todo lo que él hacía.

Llevaba los ojos a esa mano que sujetaba el vaso con el brandy, observó uno de los gemelos en el puño de la prístina camisa, dándose cuenta de que eran unas iniciales; una B laboriosa, dentro de una sencilla C. Miraba el profundo azul de los ojos, deslizaba la dorada mirada por esa barba oscura y la clavaba descaradamente en los labios, cuando él hablaba. Y cuando él torcía un poco esa seductora boca, pareciendo que iba a mostrar una sonrisa, ella se quedaba fijamente mirándola, casi sin darse cuenta de que lo estaba haciendo, de que algo así no lo hacía una mujer decente; pero estaba esperando que surgiera. Que surgiera una sonrisa.

Y el deseo se cumplió, fue en ese momento, cuando mostró una dentadura blanca como el marfil y fuerte, como una roca y ella se encandiló como una tonta. Y cuando salieron las palabras, ella despertó del sueño, del tonto encantamiento que estaba teniendo.

Chica, espabila, no te comportes como una estúpida que no ha visto un hombre atractivo en la vida.

—¿Cuántos trabajos tuvo en esos cinco años? —Ella no contestó al momento.

Al final decidió decir la verdad; por lo menos en eso. Tragó saliva y se dispuso a hablar, sin tener la menor idea de lo que ese hombre estaba disfrutando; de que, si llega a saber que semejante cuñada lo estaba esperando, habría vuelto antes de sus quehaceres.

—Jeremy era un poco especial para los trabajos. Cuando lo conocí, trabajaba en los muelles de Boston. Un día, se topó con mi padre y lo acompañó a casa. Por aquel entonces, papá tenía la salud muy delicada, sus pulmones lo estaban matando poco a poco, y Jeremy lo acompañó a casa... se quedó a cenar y las demás noches también. Cuando padre murió, ocupó su puesto. —La mirada azul no pestañeaba, no perdía detalle de cada palabra que salía de esos labios tan rojos, tan llenos, tan sensuales, sintiendo la entrepierna tirante, sintiendo ganas de llevarse una mano ahí y apretarse un poco para calmar el escozor—. Estaba de contable en una empresa de importación y exportación y le había hablado al jefe muy bien de su yerno, diciendo que era un hombre honrado y culto, que sabía de números y del funcionamiento del puerto y demás cosas. Pero, lo cierto —hizo una pausa y fue en ese momento cuando dejó de mirar al hombre y bajó la mirada hasta sus juguetones dedos—, lo que ocurrió, es que no duró en ese trabajo. Él decía que tenía que encontrar lo que realmente le gustaba, para lo que estaba preparado, pero eso nunca ocurría. Cuando llegó su carta, prácticamente dejaba un trabajo, para coger otro, o estar meses sin hacer nada. Decía que usted sabría sacar provecho de él.

—Ya. Y mientras tanto, ¿de qué vivían? —la pregunta sonó áspera y la muchacha dio un pequeño respingo, pensando si habría sido demasiado sincera y se habría molestado.

Jugueteó con los pies y al momento paró. Ese hombre se fijaba en todo lo que hacía y ella estaba hartándose. Seguro que también habría visto sus desgastados botines; por lo menos, los llevaba limpios, brillantes, casi tanto como las botas de él. Oh, Dios, ¿cuánto iba a durar el interrogatorio? Quería salir de ahí y dejar de sentir esa mirada abrasadora y no hacer esfuerzos mayúsculos para no mirar ese cuerpo a placer. Estaba subyugada por un hombre, algo inusual en ella, pues opinaba que todos eran iguales y que no había conocido a uno que se salvara, a excepción del padre, por supuesto.

La primera vez en su vida que le pasaba algo así y estaba desbordada.

—Mi hermana y yo hacíamos trabajos de costura y bordados. Nos

ganábamos la vida y padre nos dejó algunos ahorros.

—Ahorros que Jeremy se encargó de gastar, ¿me equivocó? —Ahora ese hombre ya no mostraba ningún comienzo de sonrisa, pensó Jennifer, parecía enfadado. Bueno, lo dicho, dicho estaba y no se iba a echar para atrás. La mentira ya era demasiado grande, como para añadir más.

—Sí. Le gustaba jugar y cada vez que lo hacía, estaba convencido de que iba a duplicar, o triplicar el dinero.

—Y así encontró la muerte —la afirmación retumbó en los oídos de la joven. Recordaba la versión que le dio en la carta.

—Sí, señor. —No pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas. Por su hermana.

Elevó los ojos y las controló, pero no miró al hombre que sabía que la observaba sin piedad. ¿Se daría cuenta de que estaba mintiendo?

—¿Y su hermana también? —la voz se suavizó algo, mientras acariciaba el grueso vaso con esos largos y bronceados dedos.

—Sí —contestó, mirando los movimientos de esos dedos, pensando que le gustaría ser un vaso, ese vaso.

Volvió de golpe a la realidad y elevó la cara y los ojos hasta el muy atractivo rostro. Bendito sea el Señor, no debería ser tan guapo.

—¿Encontraron los cuerpos? —la pregunta la espabiló de golpe y dejó de pensar en la belleza, al menos por el momento.

—No. Todo quedó calcinado. Ninguna de las personas que se hallaban en esa casa salió con vida y solo hallaron dos cadáveres, los hijos del que organizaba las partidas. Unos muchachos de diez y doce años.

—Y entonces decidió irse a Nueva York, ¿por qué? ¿No tenía familia, amigos?

—Familia, no, y... mi amiga Margot se fue a Nueva York. Un conocido le había buscado un trabajo muy bueno en una casa y ella decía que deseaba cambiar de aires y que yo tendría que hacer lo mismo. Que Boston tenía más malos recuerdos que buenos, y... al quedarme viuda, varios hombres me ofrecieron su protección y comenzaron a comportarse de una forma... molesta, agobiante, incluso llegando a decir que Jeremy había dejado deudas pendientes. —Volvió a bajar la mirada, para seguir contemplando la mano con el vaso, al tiempo que sentía calor en las mejillas—. Eran amigos y conocidos de mi padre y algún amigo de Jeremy. Yo no estaba a gusto y decidí seguir a Margot y comenzar una nueva vida. Fue cuando le escribí. Y cuando apareció el señor Wells, llevábamos tres meses y tenía trabajo...

trabajo en casa. —Volvió a mirar al hombre y al sentir esa abrasadora mirada, sintió que enrojecía como una fresa dispuesta para ser cogida.

El hombre apuró el contenido del vaso, lentamente, sin dejar de mirarla. Dejó el vaso encima de la mesa que les separaba, con mucha suavidad; tanta, que no hizo el más mínimo ruido y ella pensó en un ave de presa, un águila volando por encima de su próxima víctima, planeando en silencio y dejando caer las garras, para volver a elevarse y desaparecer en el horizonte.

—Es usted de admirar, señora Cooper. Mucho más que el holgazán de mi hermano. —Al ver que ella iba a decir algo, él levantó una mano—. No, no lo defienda. Sí, está muerto y a los muertos, mejor dejarlos descansar en paz. Pero la realidad, es que Jeremy no había cambiado. Seguía siendo el mismo que cuando estábamos juntos: vago, irresponsable, vividor y soñador. Pero era irresistible para algunas mujeres. Simpático, adulador, guasón y embaucador. Y usted calló en sus redes y enamorada, se lo consintió todo y se lo perdonó todo. —La muchacha tragó saliva y se mordió la lengua para no gritar a los cuatro vientos, que eso lo hizo la tonta de su hermana, que ella, Jennifer Mulligan no consentía ese comportamiento en un hombre, porque ella no se fijaría jamás en un golfo de ese calibre, por muy simpático que fuera, ni por muy buena planta que tuviese. Aunque fuese como ese hombre, de perfecto, si no era bueno con ella, si no era un hombre de los pies a la cabeza, no consentiría todas esas historias.

Ella quería, había querido con toda el alma a su hermana, pero nunca aprobó al golfo de Jeremy. Bien que le repateaba las tripas tener que trabajar para mantenerlo; porque, a fin de cuentas, la que sacaba la tarea adelante, la que sabía resolver cualquier problema de la costura, la que hacía los bordados más complicados y los terminaba a tiempo para que los encargos siguiesen su curso, era ella.

—Sí, así fue. Para mal o para bien, así fue —fueron las palabras dichas por la muchacha, para finalizar el tema de Jeremy.

No quería seguir hablando de él. Estaba hasta el moño de Jeremy, que Dios la perdonara. Y por suerte, pareció que el señor Cooper también había terminado con ese interrogatorio. Mostró una sonrisa y echó ese cuerpo grande hacia adelante, entrelazando los dedos, para oír y ver, el suspiro que ella soltó. Sintió compasión de esa preciosidad y quiso compensarla.

—Bien. Eso es historia. Ahora comienza otra etapa. Ahora, tiene una familia y de lo único que debe preocuparse, es de criar a su hijo. —Esa mirada no pestañeaba y no dejaba de mirar el rostro de Jennifer—. Pasaremos

un tiempo en Chicago, no mucho, unas semanas o algo más, y después, partiremos para California donde conocerá al resto de la familia. Sabe de la existencia de ella, ¿no?

—Sí, señor. Jeremy mencionó una madre, un padre, una hermana... y a usted. —Hizo una pequeña pausa y al ver que ese hombre no decía nada, pero la miraba con tanta intensidad, continuó, sabiendo que estaba otra vez enrojando y sintiéndose más pudorosa que nunca—. También contó algo de un abuelo, de ustedes. —Brandon hizo un movimiento leve con la cabeza.

Tenía ganas de pasar los dedos por esos pómulos encendidos, para después, frotar con ellos los labios rojos y meterle el pulgar en la boca.

—¿Sabrá que somos hijos de padre? —Ella afirmó en silencio—. La madre de Jeremy es una mujer muy autoritaria. Le gusta organizar la vida de todo el mundo; ese fue el motivo principal por el que Jeremy se largó. Aunque la madre no lo reconocería ni en mil años. No quiso venir conmigo, por la sencilla razón de que íbamos a trabajar duro. Yo quería encontrar una mina de oro, de la que hablaba ese abuelo que usted ha mencionado, y para ello, no íbamos de excursión. Decidió ir a ver mundo, como él mismo dijo. Su madre puso el grito en el cielo y mi padre le dio un buen fajo de billetes, pensando que una vez que se le acabasen, volvería al hogar y trabajaría en el negocio familiar. Pero no fue así. Yo me fui enterando, según me llegaban las cartas de mi hermana o de mi padre; Jeremy iba de un sitio a otro, recorriendo los estados, escribiendo desde un pueblo o ciudad, pero sin poner dirección para que su madre no pudiera contestar, o lo que era peor, presentarse. Cuando supe que estaba en Boston y que había sentado la cabeza, fue cuando le escribí y me alegró que aceptase el volver a California. Les habría mandado dinero, incluso podría haber ido a Boston y agilizar todo el proceso, pero no quise ser como su madre. No quería que él sintiera que le estaban organizando la vida, quería que él hiciera lo que deseaba y cómo lo deseara, pero creo que me equivoqué.

—Oh, no, no se eche la culpa, señor Cooper. Jeremy se comportó hasta el último momento, como quiso, como le dio la gana. Yo diría, que siempre hizo lo que quiso, aun sabiendo que no era lo correcto, que no aprovechaba el tiempo... que lo desperdiciaba, pero era así, nadie le forzó a ello y usted no tiene la culpa de lo que sucedió. Nada de nada. —El hombre sonrió, haciéndole gracia la rotundidad de la joven.

La sofocante mirada, hizo que la muchacha volviera a sentirse insegura y nerviosa y lo que él dijo a continuación, le molestó enormemente, hiriendo

su orgullo.

—Mañana vendrá un equipo de modistas para tomarle medidas y hacerle un guardarropa completo. Elija lo que guste, sin reparar en gastos. — Vio cómo esa garganta blanca como la nieve, tragaba saliva, y la muselina de las mangas de esa preciosa blusa, se movían por el ligero apretón de manos que se estaba dando ella sola, para hablar al momento como un tren descarrilando por un puente, cayendo en aguas turbulentas.

—De eso ni hablar. No pienso hacerme un guardarropa; es más, no lo necesito. Tengo lo necesario, no me hace falta más. —Él clavó los ojos en esa boca, que ahora se mordía el labio y sonrió cínicamente para mirarla a los ojos.

—Como siga mordiéndose de esa forma, se va a lastimar —la voz varonil sonó seductora y ella no supo interpretar por qué sonreía así, y por qué había dicho eso, después de que ella hubiera dicho lo otro. Pero enseguida se puso los puntos sobre las íes—. Vera, Julia, la cuestión es muy simple, usted ha pedido venir aquí, y usted y su hijo, son los que se van a integrar en esta familia. Y esta familia, para bien o para mal, tiene un estatus. Y usted va a formar parte del mismo. Por lo tanto, no puede presentarse como la esposa pobre de Jeremy, y por supuesto, mantenerse en esa posición. La gente que la conozca en Sacramento, o en San Francisco, no va a ver a una mujer vestida como una criada o como mucho, una institutriz. —Vio los colores de las mejillas y a punto estuvo de levantarse, acomodarse a su lado y coger esa cara entre sus manos. Por Dios, qué belleza. Qué tentaciones le daban—. Es tan simple como eso, ¿lo entiende?

—Lo entiendo perfectamente. Pero no veo la necesidad, ni creo que sea una deshonra ser más humilde, menos rico que otros, o pobre como una rata. El valor de las personas no debe cimentarse en el lujo de las ropas, o en las joyas que lleve; especialmente las mujeres. Yo soy como soy y deben de aceptarme como tal. Y si a la madre de Jeremy no le gusta, o no le gusta, pues lo siento. —Brandon dejó pasar unos segundos, preguntándose si toda esa parrafada era real o fingida. Si se estaba haciendo la estrecha, o si realmente era así de genuina.

¿Se había encontrado alguna vez, con una sola mujer que rechazara el lujo?

No, categóricamente no.

—Dígame, Julia, ¿se ha gastado el dinero que le dio Wells? —La muchacha volvió a sonrojarse y él volvió a disfrutar. Una cosa estaba clara,

esos rosetones no eran fingidos. Eran unas tonalidades de rosas, que no llegaban al rojo, pero casi.

—Algo —susurró, sin bajar la mirada y haciendo esfuerzos por no mirar la boca del hombre.

—¿Cuánto? —No le preocupaba lo más mínimo el fin de ese dinero, pero sí sentía curiosidad por el destino que le había dado. La muchacha estaba nerviosa y a él le agradaba de una manera inexplicable, sintiéndose malo, muy malo.

Terriblemente malo.

—Pues, no mucho. Bueno, le di a Margot cien dólares, qué menos, y otros cincuenta que gasté en Bloomingdale's. Ya está. —Hizo una pausa y al no poder aguantar esa mirada y ese silencio, continuó—: Le di a Margot ese dinero, porque se lo merece. Porque es una buena amiga y no se merece cien, sino mil. Si hubiera podido se los habría dado. Ella no quiso cogerlos, pero después de insistir hasta la extenuación, decidió quedárselos. Y el resto lo tengo guardado por lo que pueda pasar. —La carcajada masculina le hizo dar un brinco y mirando cómo ese hombre se ponía en pie, estirando ese largo y fuerte cuerpo que a ella le imponía desde el principio, yendo a llenar otra vez el vaso, se pasó la mano por el rostro, aprovechando que no la miraba y resopló silenciosamente, deseando acabar esa entrevista para poder ir a la habitación, meterse en la cama y dormir durante diez horas, si es que lograba cerrar los ojos.

Vio cómo Cooper volvía con el vaso, igual que observó, que el contenido era apenas un dedo de licor. Respiró profundamente al ver cómo él, se sentaba a su lado. Ella se giró para mirarlo de frente y disimuladamente, intentó ensanchar el espacio entre ellos. Miró cómo apuraba de una vez lo servido, colocaba el vaso en la mesa, apoyaba un brazo en el respaldo del sofá, demasiado cerca de su hombro para su tranquilidad y la devoraba con esa intensidad azul. Esos ojos eran más azules que los de Jeremy, o es que ella los miraba de otra manera. O es que no se acordaba de las miradas que le lanzaba su cuñado cuando no estaba Julia delante, para devolvérselas con el ceño fruncido. Pero con este hombre era distinto, era superior a ella, no controlaba lo que sentía, si era bueno o malo, sí debería buscar una iglesia católica y confesar algo, que no sabía de qué se trataba.

Uf, quería salir de ahí. Necesitaba salir de esa habitación, que, aun siendo enorme, la sentía como si fuese una caja de cerillas; y todo por ese hombre, por esos ojos que la estaban matando, por ese cuerpo grandote que la

estaba torturando, por esa fragancia que le llegaba a la nariz, a jabón y a loción masculina, que la estaba embriagando.

Contrólate chica, por el amor de Dios y la Virgen Santísima.

Contrólate.

—Vera, Julia, las cosas son muy simples y no hay negociación que valga. Mañana vendrán las modistas y usted, les dirá todo lo que desea y cómo lo desea; es tan sencillo como eso. O si no, se vuelve a Boston con su hijo y yo le enviaré un dinero todos los meses —lo dijo con una sonrisa.

Una sonrisa lobuna.

Ella, mirando esa boca y luego esos ojos, que los tenía tan cerca, que sin necesidad de estirar el brazo podría tocar esas facciones tan masculinas, proyectó el busto hacia delante, provocando que el hombre se fijara en su pecho, y no precisamente en los primorosos bordados de la pechera, que a pesar de ser negra se dejaban ver con claridad, pero sin haber buscado ese resultado. Simplemente era un suspiro apagado, una congoja que se le estaba haciendo en el corazón, porque no estaba preparada para esto. Maldita sea, solo tenía diecinueve años. En muchas cosas, aún se sentía una cría. Cuántos años tendría este hombre, se preguntó. Recordó que era mayor que Jeremy y este murió a los treinta, entonces, tendría treinta y cuatro. Julia dijo en una ocasión, que era cuatro años menor que el hermano que fue a por oro. Era un hombre adulto, en toda la extensión de la palabra, pero, sobre todo, era un hombre con mucha vida corrida; con vida que ella desconocía prácticamente en su totalidad. ¿Por qué demonios, Jeremy no habló más de su hermano mayor?

Maldita sea, Jennifer, no digas palabrotas.

—No le puedo hacer eso a Jonah —la voz, casi fue un susurro—. No sería justo para él —añadió, mirándolo.

Él afirmó lentamente. Estaba disfrutando de lo lindo; estaba jugando al gato y al ratón y deseaba que llegara el momento de comer.

—Estoy de acuerdo con eso. El muchacho tiene derecho a conocer la familia de su padre, como también tiene derecho a disfrutar de lo que quiera darle su tío, ¿no le parece? —Ella afirmó, moviendo la cabeza despacio, mientras él miraba esos mechones más claros, brillantes como hilos de cobre, que resaltaba todavía más el rojo caoba y ese moño que a duras penas aguantaba una cabellera espesa... y curioso, pensó el hombre, porque daba la sensación de que era más lisa en el comienzo, para irse ondulando hacia los medios y acabar más rizada en las puntas.

Estaba deseando comprobarlo; habría soplado si con eso hubiera hecho caer las horquillas y desbordado esa melena.

—Pero no quiero que lo malcríen. No sale nada bueno de ello — murmuró sin moverse ni un milímetro. Sabiéndose estudiada por ese hombre y deseando, en el fondo, que no la viera como una pobretona insignificante.

—Estoy de acuerdo con eso. Nada de malcriar. —Si se acercaba un poco más, podría capturar esa opulenta boca. Pero como si le hubiera adivinado el pensamiento, ella se levantó de golpe y se alejó, marcando distancias.

—Bueno, pues a pesar de que estoy en contra, accedo a sus deseos. Pero no quiero nada excesivo. No va conmigo, ¿me comprende, señor Cooper? — El hombre se levantó y se acercó hasta ella, pero guardando una distancia prudencial, que no la perturbara más de lo que ya estaba.

Sintió compasión, aunque no supo exactamente por qué, o de qué. Se la veía fuerte, pero al mismo tiempo frágil. Había hecho un largo trayecto hasta él, y ahora, al ver dónde se había metido, tal vez le había entrado el pánico o el miedo a lo desconocido, a lo que vendría después, o tal vez le tuviera miedo a él. Sí, eso parecía, ya que tenía un comportamiento un tanto errático, tan pronto se mostraba más enérgica, como al momento siguiente sus ojos dorados se entrecerraban poniéndose en guardia, esperando las palabras que él dijera. Incluso, tenía la sensación de que meditaba lo que iba a decir, o las contestaciones que daba, sopesándolas para no incurrir en ¿errores? Pensando en ello iba a contestar a la pregunta, pero antes de que abriera la boca, ella continuó hablando:

—No deseo avergonzar a su familia, ni a usted, aunque mi atuendo no creo que provoque semejante situación. Sinceramente —añadió, bajando la cabeza y mirando su indumentaria.

De acuerdo, la falda estaba un poco gastada, pero la blusa era un primor; se la había hecho ella y le había dedicado más de una semana a los bordados de la pechera.

—No creo que vaya tan mal. Además, estoy de luto y el negro es un color que da mucho de sí para unas cosas, pero para otras... —Los ojos del hombre también miraron esos bordados, o, mejor dicho, lo que tapaban esos bellos bordados, sin saber qué pensar de las últimas palabras pronunciadas.

—Tiene usted razón —la voz sonó pausada y un pelín arrastrada, pero la muchacha no lo notó. Frente a frente, marcándose la diferencia de altura entre ellos, ella se sintió pequeña, aun sabiendo que no era baja, pero si ese hombre

la envolviera con sus brazos y ella podría quedar cobijada en ellos, sin encogerse—. Es usted preciosa y las ropas más sencillas, se vuelven sublimes en su cuerpo, aun siendo negras. —Te has pasado, Cooper, te va a dar un bofetón de un momento a otro.

Pero eso no ocurrió. Ella lo miró con esos ojos enormes, mostrando todo ese oro y ese carbón que eran sus pestañas y el iris de esas maravillas y volvió a enrojecer. Pero para su asombro, se alejó de él y carraspeando la voz, dijo, bajando la mirada:

—No es necesario que me adule, señor Cooper. Y ahora, si ya hemos terminado, me gustaría retirarme. Estoy algo cansada.

—No la adulo, señora Cooper. Creo que sabe de sobra lo que posee y que, con las ropas más sencillas, sería usted la más mirada, entre otras mujeres más acicaladas. Pero ¿cree que es demasiado tarde para que conozca a mi sobrino? —la pregunta emocionó a la joven, haciendo que la expresión del rostro cambiara en un segundo y se olvidara de vestidos, trajes y del color negro, o de la ausencia de color.

—¿Desea verlo? ¿Ahora? —fueron las preguntas hechas con tal dulzura, que él sintió la miel en los labios.

—Sí. Lo deseo. —Como te deseo a ti, dulzura. Te deseo de tal manera, que no recuerdo este sentimiento, de esta forma, con tantas ganas.

La mente de Brandon no paraba, pensando que las mujeres tardaban un chasquido de dedos en corresponder a sus deseos, que en cuanto estaban en su órbita, si él no daba síntomas, ellas eran las que coqueteaban descaradamente para que supiera que estaban allí, que estaban disponibles para su provecho. Pero esta preciosidad era otra historia.

—Pues vamos. Estará dormido, pero podrá verlo. Vamos —repitió, moviéndose hacia la puerta y sintiendo que la seguía. Hicieron el recorrido inverso al que había hecho con el criado, siendo conscientes el uno del otro.

Ella pudo comprobar la galantería de él, en todo momento, abriéndole las puertas, dejándola pasar y adaptando sus pasos a los de ella. Por fin, cuando llegaron a la habitación, Betty salió a su encuentro diciendo que lo acababa de cambiar y que el crío, al ver que no estaba la madre, no le había sentado muy bien y estaba lloriqueando; todo esto lo dijo, mirando de reojo a su jefe y un tanto sorprendida de que estuviera allí y a esas horas tan intempestivas.

—No te preocupes, Betty. No le pasa nada. Tranquila. —Se acercó a la cuna y los lloriqueos se calmaron totalmente al ver a la pelirroja.

Lanzó los bracitos al aire para que lo cogiera y sus deseos fueron órdenes. Fue en ese momento cuando el hombre lo vio, y se quedó clavado en el sitio. Esperaba un bebé rubio, con los ojos azules, pero rubio; o tal vez pelirrojo como la madre, pero no esto. Era su vivo retrato, era igual que él a esa edad. Tenía un retrato en su casa de Oregón, en brazos de su difunta madre. Por todos los santos, no estaba preparado para semejante visión. Vio a la hermosa pelirroja girarse con él en brazos, y el cuadro que formaron lo dejó sin habla. Eran la perfección absoluta, el niño como tal y ella... cojones, ella era una maravilla, una aparición.

La joven sonrió, mostrando unos dientes pequeños y blancos, una sonrisa preciosa y él, como un pasmarote, estaba sin palabras. ¿Desde cuándo le pasaba algo así?, desde nunca, por supuesto, ninguna mujer había conseguido enmudecerle la lengua.

Ninguna.

—Mira, Jonah, este señor es tu tío Brandon. El hermano de tu papá. — El hombre dejó de mirar a la muchacha, dirigiéndola al bebé, y este le soltó una sonrisa donde asomaban unos dientecillos y le echó los brazos para que lo cogiera, soltando una verborrea que nadie entendió, pero que todos sabían qué significaba. Estaba contento y feliz de ser la atención de todos, pero, sobre todo, estaba con su mamá, con la pelirroja que llenaba su mundo y que ahora le traía otra persona nueva a su universo; un hombre grande como una montaña y que deseó escalar.

Y ese hombre, alargó los brazos y lo cogió y el pequeñín se sintió feliz y la falsa mamá, enrojeció por enésima vez, cuando uno de esos brazos, rozaron sus senos como quien no quiere la cosa, pues en ningún momento la miró y pareció que él no se había percatado de esa intimidad.

—Vaya, eres todo un chicote. Grande y fuerte como un toro. —El crío rio al oír esa voz y tocó con sus regordetas manos esa barba oscura y picosa, dando saltitos en sus brazos y lanzando grititos de satisfacción al verse en una posición tan alta, dominándolo todo y bajando la vista para ver a su mamá y a esa del gorrito blanco, pero, sobre todo, notando la diferencia de estar en brazos masculinos. Le gustaba, sí. Este hombre lo cogía de otra manera, menos delicada, pero segura y a él le gustó y así lo demostró. Agitando su cuerpecito, moviendo sus manitas para tocar toda la cara del adulto, sobre todo, esa barba que miraba como algo nuevo, extraño y maravilloso y unos ojos como el azul del cielo, que llamaban su atención.

—Creo que será mejor que lo acostemos —dijo la joven, al ver cómo se

revolucionaba el pequeño—. Me parece que usted le gusta demasiado y no va a querer dormirse otra vez. —El hombre la miró intensamente, para mostrar una sonrisa; y ella, temblándole las piernas, estaba segura de no poder aguantar tanta masculinidad.

—No extraña —fueron las palabras de Brandon, mientras hacía las delicias del bebé. Para sorpresa de la joven, besó la frente del niño y con habilidad lo dejó en la cuna, cosa que no le gustó demasiado al pequeño—. Mañana más, pequeño Jonah —al oír esa voz, hizo un gorgorito y se quedó mirando a ese hombre, que mientras hablaba con su mamá, se iba durmiendo con el sonido de las voces. La de la pelirroja, que era la más escuchada, la que estaba grabada en su memoria y soñaba con ella, conociendo todos los estadios: dulce, juguetona, formal, enfadada, incluso llorosa; pero era la voz más bonita y atractiva para sus oídos. Y ahora, añadía otra voz: oscura, potente, grave, pero seductora para sus ingenuos oídos, provocando que los enormes ojos azules se movieran al compás de ese sonido, que le producía el mismo placer que la voz de la pelirroja. Eran el contrapunto y por eso mismo, eran llamativas para él. Una suave y dulce, menos cuando se enfadaba, y la otra, dura, fuerte y protectora; sí, al pequeñín le gustó esa voz, como le gustaron esos brazos fuertes que lo mantenían en alto y le permitían moverse todo lo que le daba la gana, incluso lo incitaban a ello.

—¿Quién decidió el nombre? —fue la pregunta hecha, mientras miraba al niño que cerraba esos enormes ojos, para volver a abrirlos y cerrarlos de nuevo, haciendo esfuerzos para no dormirse, pero sin conseguirlo.

—Era el nombre de mi padre. Fue Jeremy el que dijo de llamarlo así. En recuerdo a él. —Brandon desplazó la mirada hasta ella y volvió a fulminarla de esa manera tan profunda, sabiendo que la preciosa cuñada estaba hecha un manojo de nervios y que por mucho que intentara disimularlo, no lo conseguía.

—¿Hace mucho que murió? —Ella tragó saliva, pero le mantuvo la mirada, echando la cabeza hacia atrás, pues estaban demasiado cerca. Y aunque quería separarse, mantener una distancia mayor, sus pies no le obedecían.

—Al poco de la boda —contestó, contemplando ese azul que la cautivaba, que le hacía perder el control de las cosas. Como él no dijo nada, pero sus miradas seguían enganchadas, ella continuó hablando; de forma nerviosa y sin poder evitarlo—: Jeremy le apreciaba mucho, y padre siempre dijo que Jeremy era un buen hombre, que solo tenía un defecto: la vagancia.

—Una sonrisa torcida se mostró en el rostro oscuro, pero no llegó a los ojos.

—Persona inteligente, su señor padre. —La muchacha tragó saliva; esa voz le provocaba unas sensaciones tan extrañas.

—Sí. El irlandés era bueno y noble —contestó muy seria.

Por Dios, que se vaya, haz que se vaya. No aguanto más.

—¿Se parece usted a él? —No dejaba de observarla, de analizarla.

No pestañeaba.

Se la comía con los ojos.

—Mi padre era rubio —fue la escueta respuesta y él no preguntó nada más.

Permanecieron callados sin dejar de mirarse, durante unos veinte segundos y entonces se despidió.

—Descanse, Julia. Mañana será otro día. —Betty, que permanecía en un rincón y había presenciado esa conversación, sabiendo lo que sabía del señor Cooper, se apretó más contra la pared, intentando desaparecer, hacerse invisible; pero no fue así—. Ocúpate de que la señora tenga todo lo necesario y sal con ella a cualquier parte de la ciudad. En coche si vais lejos, nada de ir andando por ahí.

—Sí, señor. Lo que usted diga —contestó, mirando al suelo y viendo las puntas de esas botas lustrosas y el bajo de los pantalones negros. Como todos los empleados, adoraban a su jefe, pero también le temían.

Al quedarse a solas, despidió a Betty diciendo que no la necesitaba y fue entonces, cuando respiró. Por Dios Santo, qué hombre. Jamás, jamás, habría imaginado algo así. Se tumbó de golpe en la cama y contempló los dibujos del techo, pero sin mirarlos, sin molestarse en valorar las horas que habían tardado los pintores en realizar esos bellos dibujos de un azul oscuro lleno de estrellas plateadas, unas grandes y cercanas y otras minúsculas, dando la sensación de lejanía. Solo veía ese rostro, esos ojos, esa boca, esas manos... ese cuerpo. Se tocó el lado del pecho que había rozado, sintiendo que todavía le ardía, que palpitaba. Madre mía, tenía que controlarse, ella no era así, nunca había tenido estos pensamientos tan impuros, tan guarros. Sí, Jennifer, son cochinos, son indecentes. Una buena católica no piensa estas cosas, no desea a un hombre que no es su esposo. Cerró los ojos con fuerza, e hizo un acto de contrición. Respiró con tal ímpetu, que el bebé se removió haciendo ruiditos. Estaría soñando con ese hombre que lo tomó en brazos, ese hombre grande y poderoso que lo protegería siempre; y a ella, ¿también la protegería?

La muchacha se levantó, se desnudó y cogiendo su recatado camisón,

hecho por ella, se lo puso para meterse en la cama, taparse hasta los ojos y tardar más de dos horas en dormirse, sin dejar de pensar en él.

Primera Carta de Jennifer a Margot, desde Chicago:

Querida Margot:

Sé que te cuesta mucho esfuerzo leer, pero por favor, no des esta carta a nadie, léela tú, aunque te cueste. Esfuérzate y de ese modo repasarás lo que te enseñé y no lo dejarás en el olvido. ¿Por dónde empiezo?, me faltan palabras para poder expresarme, para contarte todo lo vivido hasta ahora; pero lo primero que te diré, es cómo es, o quién es, Brandon Cooper. Dios del cielo, es el hombre más guapo que he visto en mi vida, y tú sabes, que no soy dada a piropos y que no me dejo embaucar por caras bonitas (acuérdate de Jeremy). Pero Brandon Cooper es... hermoso, bello, perfecto, como un ángel caído... y frío como... una tormenta en pleno invierno. Sí, aunque su amabilidad al principio te haga creer lo contrario, su amabilidad y su educación, pero según lo trato, veo una maraña de humores según vaya el día. Si viene enfadado por algo, te da miedo mirarlo, es más, si puedes, desapareces. He visto y oído cómo les habla a los empleados cuanto está de ese humor y aunque lleve razón, resulta frío y despiadado. Les amenaza... sin dudarlos ni un momento, con echarlos a la calle, aunque luego no lo ejecuta, al menos eso dice Betty (la criada que me han adjudicado). Pero yo pienso que cuando las cosas se pasen de tueste sí lo hará, porque no es hombre que admita dos veces el mismo error. A veces me da miedo y no debería tener motivos, porque siempre me trata con educación y amabilidad, pero me mira de una forma... sí, ya sé, tú dirás: como todos, pero no es eso. Él no lo hace como todos, no me mira de forma estúpida, boba o encendida, él es otra historia; su mirada me traspasa y me siento insegura, hasta creo que desconfía de mí, que va a descubrir la mentira. Cuando está con el pequeño, podrían pasar por padre e hijo, son iguales. Tiene el cabello ondulado, negro como ala de cuervo y los ojos más azules que haya visto en la vida. Sí, sí, más bonitos que los de Jeremy y acuérdate, siempre decíamos lo mismo: como los ojos del zalamero de Jeremy, ningunos. Luego vinieron los de Jonah, que son una copia de los dos hermanos. Pero los de Brandon Cooper, los supera. Cuando el bebé sea grande, será como este hombre. Los ojos de Jeremy eran guasones, simpáticos, provocadores y pícaros, los de Brandon son fríos como una gélida noche de invierno al borde del océano

Atlántico, aunque el azul sea como un cielo de primavera; qué contradicción, ¿verdad? Cuando me miran, me tiemblan las piernas y la mayor parte, notó cómo enrojeczo ante ese examen al que me somete cada vez que nos vemos. Eso provoca que tenga unos deseos locos de confesar la verdad, porque pienso que, si se entera, entonces sí que me hará temblar de lo lindo, entonces sabré lo que es bueno; como decía padre cuando era pequeña, antes de darme una tunda por mal comportamiento. Pero mi boca permanece sellada, a pesar de no dejar de pensar en ello. Pensarás que solo digo estupideces, pero es cómo me siento. Estúpida. Muy estúpida. Es más alto que Jeremy, tres o cuatro centímetros, o cinco, delgado, pero fuerte, muy fuerte, con anchos hombros, estómago plano como una tabla de lavar y manos grandes, de dedos largos, fuertes. Son unas manos bellas, como todo lo que posee este hombre. He visto cómo dibuja y me ha dejado sin habla. Fue a la universidad, es arquitecto o ingeniero, o las dos cosas y algo más, escuela de negocios o algo así. Descubrió la mina de oro, después de volver de París y de enterrar a su abuelo, más o menos cuando Jeremy se fue a su viaje particular. Betty me ha contado que después de pagar todos los gastos de extracción y demás, le quedó un millón de dólares limpio de polvo y paja. ¿Te imaginas, Margot? Un millón. Para una sola persona. Pero no se conformó con eso y ese dinero lo invirtió en diversas empresas y ahora es mucho más rico. Te escribo esta carta, desde la habitación de un hotel, de su hotel. Construido por él, diseñado por él, en la avenida Michigan, se llama Hotel Oregón y tiene diez pisos; bueno, diez pisos, más otro donde está la maquinaria de los ascensores, y los sótanos donde se encuentra la calefacción y la zona de lavandería y un montón de cosas más, pero bueno, las habitaciones de él están en las dos últimas plantas, sin contar esa última de las máquinas. Y no te puedes imaginar cómo son, grandes, enormes, con unos techos altísimos... fue donde me recibió por primera vez. Todo es de un lujo apabullante, con ricas maderas, cortinajes de terciopelo, tapicerías de damasco y alfombras tan gruesas que podrías dormir sobre ellas y seguro que al día siguiente no te dolería la espalda. Los muebles son de Europa, más lujosos que los que vimos en Bloomingdale's y otros, son del país, hechos por los mejores ebanistas. Tiene luz eléctrica y ascensores, como ya te he mencionado, porque si no, para subir diez plantas, bueno once, imagínate; teléfono y baños en las habitaciones y por supuesto, chimeneas, hasta en el baño de mi habitación hay una, que, por cierto, tiene el techo pintado de estrellitas, sí, como si fuese de noche. Y unos preciosos

radiadores de hierro en todas las habitaciones, hasta en los pasillos, que Betty dice que sale carísimo. Ah, me olvidaba, tiene un vagón de tren. Sí, como lo estás leyendo. Cuando el señor Wells me llevó a la estación y me dejó instalada en el último vagón y al cuidado de un chino muy simpático, llamado Lín Yu, que también es empleado del señor Cooper, no me lo podía creer. Lujo por todos los sitios y una cama litera, en un apartado, con aseo incluido, imagina, así da gusto viajar. El chino tenía todo lo necesario para el bebé, hasta leche para hacerle papillas o para tomarla sola y todo lo necesario para hacer la comida para nosotros; no permitió que le ayudara y cocina de maravilla. En fin, los días que duró el viaje pasaron en un abrir y cerrar de ojos, de lo cómodo que se dio todo, y teniendo en cuenta que Jonah no protestó y no enfermó, fue perfecto. Pasé el tiempo, leyendo, cosiendo o bordando y mirando por las ventanillas, viendo pasar ante mis ojos unos parajes hermosos, viendo amanecer y viendo atardecer, con sol radiante o con lluvia y haciendo paradas en donde menos te lo esperabas. Sí, porque no solo paraba en las estaciones, hubo veces, que, debido a la caída de algún tronco u otro tipo de obstáculos, parábamos hasta que todo estaba en orden y volvíamos a la marcha. Pero en esos momentos, no nos movíamos del vagón, así lo dijo Lín Yu, que debíamos de estar dentro y no salir a curiosear, por si las moscas. Volviendo a Chicago, es una ciudad muy grande y sigue creciendo como la espuma. Le pasa como a Nueva York, aunque no tenga mar, tiene mucho negocio de todo tipo y el lago Michigan es enorme, parece un mar. Imagínate, un lago tan grande que dos estados lo rodean, o son tres, tengo que consultarlo. El río se llama como la ciudad y están cambiando su curso porque desembocaba en el lago y este se contaminaba, especialmente los años de atrás que se echaban todas las suciedades al río y moría mucha gente de cólera y fiebres y con el nuevo canal, irá a juntarse con el Misisipi. Qué cosas, ¿no? Te diré también, que me están haciendo un guardarropa, porque a pesar de que yo no quise, el señor Cooper insistió y tuve que claudicar. Me acordé de tus palabras. Le dije que no quería nada del otro mundo, pero me da que le ha dicho a la jefa de las modistas, que no me haga ni caso. La jefa me miró como si fuese un bicho raro, cuando le dije que no quería telas ostentosas, ni laboriosos vestidos pues estoy de luto, y cuando elegí telas sencillas y negras, solo le faltó poner los ojos en blanco y llamarme estúpida. Un día de estos los traerán para las primeras pruebas, porque Cooper dijo que todavía estaríamos un tiempo en esta ciudad. Bueno, he dejado lo gordo para el

final, y no sé por qué me fastidia tanto... está casado. Sí, como lo estás leyendo. Casado con una mujer de San Francisco, según me contó Betty. Ella la ha visto una vez, la única vez que ha venido hasta aquí, porque dice que Chicago es inhóspita, hostil, fue las palabras que empleó, dice que hace mucho frío en invierno y mucho calor en verano, que hace mucho viento y el viento no lo aguanta; que su delicada persona, no está preparada para vivir (aunque sean temporadas cortas), en una ciudad semejante, con un clima devastador. Fue como me lo contó Betty y así te lo escribo. No quise preguntarle cómo era, físicamente, porque no quiero saberlo. Ah, Betty me dijo que no tiene hijos, que no sabe si ahora estará esperando, porque ya ha tenido varios abortos. Bueno, Margot, no voy a seguir escribiendo de este hombre, ni de su esposa, ni del resto de la familia; te diré que Jonah está hermoso como siempre y creciendo de un día para otro y está feliz. Y también te diré, que Chicago no es inhóspita, ni hostil, pero lo del viento sí que es verdad, ya lo empiezo a notar. Cuídate, mucho, mucho, amiga, y escribe cuando puedas. Te queremos y te añoramos.

CAPÍTULO 4

A los ocho días de llegar, fue la primera prueba, y cuando la joven vio los vestidos, no se lo podía creer. Pensó que Cooper habría dicho lo que quería, pero no se imaginaba esto. Vestidos de mañana, vestidos de tarde, vestidos de noche, por todos los cielos, hasta trajes de montar, ella no necesitaba tanto. Pero encima, aparte de la ropa de luto, había más, mucho más. Había modelos confeccionados en tejidos veraniegos para el clima de California y de invierno para Chicago y Oregón, dijo la jefa de las costureras. ¿Es que iban a ir a Oregón? Se sintió como una tonta de remate y en vez de agradecerlo y ponerse contenta ante tanto despilfarro, estaba furiosa al máximo. Sedas y satenes, que era pecado ver cómo brillaban, suaves terciopelos que apetecía tocar y llevarte a la cara, algodones ligeros como una nube y muselinas para hacerle compañía, puntillas de todo tipo y tules y encajes tan hermosos, que le dieron ganas de mirarlos más de la cuenta para fijarse en los intrincados dibujos... no podía aceptar semejante dispendio, ella no estaba acostumbrada a vestir así, con todo ese lujo y esa cantidad indecente. No iba con ella.

Esa noche, fue a las habitaciones de Cooper sin avisar. Al entrar, se encontró con el salón iluminado, pero la estancia vacía. Esta vez sí miró hacia la baranda, pero solo percibió oscuridad. Movida por la curiosidad, se movió por el salón y descubrió el resto del piso inferior, un despacho y una sala de juntas que también hacía las veces de comedor, donde en las esquinas opuestas había dos estatuas, un Apolo y una Venus de Antonio Canova, escultor italiano. La que había en el hall del hotel, era una Venus recostada en un diván, pero tapada con una ligera gasa, suponía que debía de tratarse de algo así, para que se le marcaran los pezones; realmente era preciosa y llamaba la atención de los visitantes, porque en ningún momento podía resultar vulgar ni obscena, al contrario, era puro arte. Estas del comedor, estaban de pie y mirarlas la hizo enrojecer, ya que la Venus mostraba los pechos, pero tapaba los demás con una túnica caída, pero el Apolo estaba desnudo, mostrando sus atributos y aunque estos no eran grandes, abultando

más los testículos que el pene, ella quitó la mirada enseguida y enfocó hacia la escalera, sabiendo que arriba estaba la alcoba de ese hombre; fue encendiendo las luces y subió.

¿Por qué se estaba comportando así?, no podría contestar, porque ni pensó en ello. Solo se estaba dedicando a curiosear, a riesgo de que Cooper se presentara en cualquier momento y la pillara fisgoneando en sus dominios. ¿Qué le diría?, ¿qué excusa pondría, para explicar qué hacía en el piso de arriba, en su alcoba? Pero siguió a lo suyo, era como si no pensara en las consecuencias, o tal vez enfadada por las ropas que se había probado, creía que estaba en su derecho, comportándose de esa manera. Allí había otro despacho, con una mesa grande donde estaban planos estirados y otros enrollados y una preciosa biblioteca llena hasta los topes, por donde pasó el borde de sus dedos, jugueteando con los lomos de los libros. Tendría que pedirle permiso para coger alguno, si es que no le importaba. Una puerta cerrada marcaba el límite; al no oír ruido, abrió. La habitación se encontraba encima del salón haciendo esquina con la calle Washington, pero la ventana corrida que daba a la avenida Michigan, desde donde se veía la Torre del Agua, edificio que había sobrevivido al gran incendio, era la que estaba viendo en esos momentos, pues las cortinas estaban ligeramente entreabiertas y había luna llena en un precioso cielo estrellado, dando más iluminación a la gran avenida, al jardín que ahora existía, porque antes del incendio el lago llegaba hasta ahí y con parte de los escombros de las ruinas de esos edificios se había rellenado y se habían creado los jardines de la avenida Michigan, haciendo un precioso bulevar, con las fachadas de los edificios a un lado, y esos jardines y el lago, al otro. Desde esa altura, era un gozo mirar hacia cualquier lugar, contemplando el lago y el río al norte y sentirte en la cúspide. Desplazó los ojos por la habitación, viendo una enorme cama con dosel, con mullidos cojines blancos como la nieve, sobre una gruesa colcha rojo rubí. Sintió que el corazón le palpitaba, ya no se recreó en los demás muebles de lustrosa y vetada caoba, ni en las alfombras persas que cubrían el suelo de madera, ni las hermosas lámparas, ni el largo radiador negro de hierro fundido con filigranas adornándolo, ni la puerta que daba al baño, ni la preciosa chimenea, ni el biombo chino...

Salió a paso ligero de allí, mientras se decía a sí misma que era tonta, apagando las luces y llegando al salón, cuando en esos momentos escuchó voces; la de él y la de una mujer. Enfadada y nerviosa por si la pillaban, palpitándole el corazón, escuchándolo como si de un tambor se tratara, se

ocultó detrás de la cortina, pegándose a la pared y a la ventana, pero para su desgracia, no de la forma correcta. La respiración se le aceleró al ser consciente de que los dueños de esas voces ya estaban en el salón y de que esa mujer reía de forma llamativa, tonteando con el señor Cooper, provocándolo, pero eso duró poco, porque lo siguiente que escuchó, fueron roces de ropas, risitas de ella y sonidos guturales de él.

Por todos los santos, por la Virgen Santísima, lo estaban haciendo allí, delante de sus narices, no daba crédito. Quiso taparse los oídos, cuando escuchó la voz de él, diciendo que se diera la vuelta y que apoyara las manos en el respaldo del sofá y cuando ella contestó, que haría lo que él mandase con tal de sentirlo dentro, que anhelaba su polla dentro de su coño, o de su culo, donde él quisiera, pero que no se pusiera esa cosa, ¿qué cosa?, que deseaba un hijo suyo, creyó morir de la vergüenza.

Hubo un momento de silencio mientras parecía que el hombre hacía algo y de la boca de la mujer salía soniditos como de quien hace pucheros y murmullos que no logró entender, pero que el hombre acalló con un manotazo en el trasero; porque ella supo que ese sonido había sido eso, estaba segura. Y cuando los gemidos de ella inundaron la habitación, el corazón se le puso a mil y cuando él le preguntó si le gustaba, si lo quería más fuerte, ella le dijo que sí, que la partiera por la mitad, que la inundara con su carne hasta hacerla gritar, que así era la mujer más feliz del mundo al ser poseída por el hombre más hombre de todos los que conocía y de los que podría conocer. Pasaron unos minutos y cuando todo acabó, Jennifer tenía el corazón en la boca y sentía las mejillas ardiendo, como si hubiera estado al lado de un volcán, no, al lado no, dentro.

¡Por Dios! Estuvo atenta y al oír unos pasos y la voz del hombre que decía, sube a la habitación y arréglate, dio por hecho que desaparecerían de ahí y ella podría escapar. Lo último que deseaba era que la pillaran. Madre mía, qué vergüenza, era estúpida por haber estado curioseando por las habitaciones, tendría que haberse ido al momento, al ver que él no estaba.

Tonta, más que tonta; no se puede ser más estúpida. Dejó pasar unos minutos y al no oír ruido alguno, asomó la naricilla, no había nadie, bien, salió del escondite y se dirigió hasta la puerta, pero cuando fue a poner la mano en la manivela, otra más grande lo hizo por ella. El susto que se llevó fue tremendo, envarando su cuerpo como si se hubiera tragado una espada, pero, aun así, intentó disimularlo y al escuchar esa voz profunda y algo ronca a su espalda, no tuvo valor para volverse y mirarlo a la cara.

—¿Deseaba algo, señora Cooper? —esa voz, la recorrió por dentro como si fuese un látigo de nueve colas, activando todos los sentidos, sacando a la luz sentimientos desconocidos para ella; cosas que no había sentido en su joven vida, pero que sí había oído contar a Julia, creyéndola una exagerada. Porque cuando su hermana quería ilustrarla sobre ese tema, ella retorció sus bellos labios y le decía que no deseaba escuchar intimidades y menos de ella y Jeremy.

Las gorrinadas que hagáis, le reprochaba la muchacha, quédatelas para ti.

—Nada que no pueda esperar, señor Cooper —la contestación no mostró el nerviosismo que sentía, pero él notó el temblor de esa esbelta espalda que, si no rozaba con su cuerpo, era porque no quería abochornarla más de lo que ya estaba.

Qué traviesa la pelirroja, escondida detrás de la cortina y escuchando cómo se follaba a esa mujer. Había pegado la espalda a la ventana, en lugar de a la pared y la punta de esos botines desgastados asomaba entre la caída de las pesadas cortinas. Apenas la punta de uno y un poco más del otro. El hombre sonrió ante ese recuerdo, sintiendo la espalda de la joven y el leve temblor, porque él seguía detrás, casi pegado a ella, con la mano sobre la manivela y ella, se notaba a la legua, quería escapar de allí.

La cabeza morena descendió hasta casi rozar el lóbulo de la oreja y le murmuró con esa voz que la fascinaba y al mismo tiempo la asustaba.

—Venga mañana a cenar. La estaré esperando, tenemos mucho de qué hablar. —Fue entonces cuando por fin abrió la puerta, y ella, sin mirar atrás, salió disparada como si huyera del mismo diablo.

La carcajada de él resonó en el vestíbulo y la muchacha, al doblar una esquina, se pegó a la pared y respiró despacio, intentando calmarse, sobre todo para no caer por las escaleras al dirigirse a su habitación, queriendo olvidar esa bronca carcajada y sin saber, sin tener la más remota idea, de que ese hombre ya sabía la verdad, que su secreto estaba al descubierto. Si hubiera sabido lo que le esperaba, tal vez habría cogido al niño, una bolsa de viaje y los trescientos cincuenta dólares, largándose lo más lejos posible.

Tal vez.

Se le hizo el tiempo largo y eso que intentó hacer todo lo habido y por haber, para que pasara más rápido, pero ni por esas. Cuidó del bebé, cosió, bordó, leyó unos números atrasados de Harper's Bazaar, que le gustaron muchísimo, incluso salió a hacer unas compras con Betty, igual que cuando

lo hacía con Margot, andando y con el crío pegado a su cuerpo, llamando la atención de los muchos transeúntes con los que se topaban y esquivaban, admirando la belleza de ambos. La gente miraba primero a la pelirroja, después al bebé, para posar las miradas otra vez en la muchacha. A ella le importaba un pimiento y solo intentaba distraerse con el parloteo de la criada y mirando los artículos de las tiendas donde entraron, todas en la avenida y alrededores. Ni la una ni la otra se dieron cuenta de que Cooper estaba hablando con un hombre cuando las vio pasar por delante de sus ojos. Se llevaba un cigarro a los labios, cuando sus oídos captaban las palabras de uno de los capataces de obra y sus ojos se clavaban en la pelirroja con el niño pegado a su pecho, en ese saco de tela, igual que una india. El cabello brilló descaradamente al sol y esos mechones más claros danzaron a su antojo debido a la falta de sombrero, pero especialmente al viento, al que ella no le hacía ni caso. Por Dios, qué hermosa era, pensó el hombre, sin dejar de mirarla entre el montón de gente que circulaba por la calle y que gracias a su altura no perdía de vista, a pesar de los toldos de los comercios, mientras asentía al trabajador que gesticulaba constantemente y no paraba de hablar, contestándole a todo lo que preguntaba y dando solución a los problemas, sin quitar esa penetrante mirada de la cabeza pelirroja, entrecerrando los ojos por el sol y viendo cómo desaparecía dentro de una librería.

Y fue en esa librería, donde de repente, curioseando entre las montañas de libros y antes de dirigirse al mostrador para comprar papel, la muchacha se acordó de la biblia. Cuánto tiempo llevaba sin leerla, cuánto tiempo hacía que no la había visto, tocado o controlado. La cara de susto fue vista por la criada, que preocupada le preguntó:

—¿Ocurre algo, señora? —La pelirroja clavó los dorados ojos en la sirvienta y entre los estantes y las mesas llenas de libros, habló en susurros, como si hubiese descubierto un horrible secreto y nadie, absolutamente nadie, debería descubrirlo.

—Creo que me dejé la biblia de mi familia en el vagón del tren. —La criada la miró con asombro.

Le fascinaba ese color de ojos, igual que le sorprendía esas espectaculares pestañas negras como noche sin luna y qué decir de esa piel blanca, perfecta, sin una peca. Y se preguntaba cuánto tiempo iba a tardar el señor en seducir a la joven cuñada. ¿Respetaría el parentesco? ¿Le echaría para atrás el haber sido del hermano? ¿El llevarla con el resto de la familia? ¿Con su esposa?

—Oh, no pasa nada, señora. El vagón estará donde siempre, mientras no lo utiliza el señor. Su biblia no se perderá, estará en el sitio donde la dejó; hasta puede que Lín Yu la haya visto y se la dé el día menos pensado.

—¿Podemos ir allí? —Betty la miró como si hubiese perdido la cabeza. No dándose cuenta del nerviosismo de la joven, le explicó los motivos. Le dijo que estaba en una vía muerta, dentro de una nave donde se guardaban los vagones o máquinas de tren que no se utilizaban. Pero que no se preocupara, ella misma, en cuanto viese al chino se lo diría, pero si le corría mucha prisa, podía hacerlo llamar para que fuera a por la biblia.

—Pero no debe preocuparse, todo lo que se queda en ese vagón, ahí permanece. Lín Yu es de suma confianza, casi, casi, es la mano derecha del señor Cooper.

—¿Qué quiere decir, casi, casi? —La pelirroja estaba tan nerviosa, pensando en la fotografía que había dentro, que su deseo era salir corriendo para la estación y buscar ese sitio para recuperar la biblia sin que nadie se enterase.

—La gente dice, que el señor es tan suyo, que no necesita mano derecha, que con la propia le vale; no sé si me entiende. Pero teniendo en cuenta que Lín Yu es chino y que lleva con él muchos años, por algo será. Por lo menos eso es lo que dice todo el mundo —sentenció la muchacha, mirando a la joven señora.

Tampoco era para preocuparse tanto, sí, de acuerdo, era la biblia de su familia, pero si la había olvidado en el vagón, no había problema alguno.

Compraron el papel y cuando Jennifer se quedó mirando un libro de un autor francés, un tal Zola, la criada le dijo que el señor tenía muchos y que allí dónde irían más pronto que tarde, poseía muchos más, ya que cada poco tiempo le mandaban las últimas novedades, unas desde Nueva York y otras desde Chicago y no solo en inglés, sino escritas en otros idiomas que ella ni conocía. No era necesario gastar ni un dólar en libros, para qué, si el señor los tenía todos, le dijo la criada, muy cargada de razón, sin contar con que ella pensaba que era una pérdida de tiempo dejarse los ojos pegados en esas páginas de letras y más letras. ¿Dónde estaba la gracia? Leer alguna de esas revistas, bueno, y más que leerla, ver los preciosos dibujos y las fotografías y como mucho, ver las recetas de cocina o algún truco de costura, pero poco más.

Cuando salieron de la librería, el sol se había ocultado y el viento era más molesto y así lo hizo saber el pequeño, que ocultó la cabecita debajo del

cuello femenino, agradeciendo que su mamá lo tapase con el grueso pañuelo, cerciorándose de que el gorrito estuviera en su sitio y le tapara los oídos. Betty cerró el cuello de su chaqueta y vio cómo Jennifer rodeaba al bebé con sus brazos para darle más calor, pero ninguna de ellas fue consciente de la mirada azul que las seguía y que había permanecido en el mismo sitio, esperando, hasta que salieron del establecimiento, mientras se fumaba el cigarro tranquilamente, sin prisa y sin dejar de pensar en esa pelirroja, observando sus movimientos, la clase y la personalidad que desprendían, pero sobre todo, esa sobreprotección que tenía con el bebé. En su rostro viril, se formó un indicio de sonrisa mientras pasaba sus largos dedos por el brillante cabello negro, sabiendo a ciencia cierta, dónde estaba el talón de Aquiles de la muchacha.

Al llegar la noche, estaba hecha un manojo de nervios e intentó calmarse mientras se cambiaba de ropa. Eligió una de sus mejores blusas y estrenó la falda gris oscuro, a fin de cuentas, podía pasar por negra y la chaquetita que valía para invierno y entretiempos. Betty le ayudó con el pelo, recogidos en una multitud de trencitas, con la raya al lado, siendo unas más gruesas que otras, para acabar todas enrolladas en la nuca, en forma de media luna. Le gustó el resultado, lo pondría en práctica ella sola, aunque no resultaría muy sencillo sin ayuda. Cuando llegó la hora, el bebé ya había tomado su papilla de leche, harina de maíz y un poco de fruta todo muy triturado y dormía plácidamente, mientras Betty cosía una prenda propia, sentada enfrente de la cuna. Se despidió y fue hasta la penúltima planta, sin usar el ascensor, puesto que solo se trataba de un piso, notando el miedo en su cuerpo y los nervios a flor de piel y sin dejar de pensar en la dichosa biblia.

Le abrió la puerta un criado, que la condujo hasta el fondo del salón donde estaba dispuesta la mesa para ellos. Copas del más fino cristal, vajilla de porcelana blanca con borde dorado y las iniciales de Cooper en la parte superior, cubertería de plata, manteles y servilletas de lino bordado, centro de flores frescas... Todo perfecto, todo impecable, pero él no estaba. El criado le dijo que el señor llegaría enseguida; no añadió que estaba en la alcoba aseándose, pues acababa de llegar de uno de los edificios que estaban construyendo. La espera fue corta, apenas seis o siete minutos, cuando ese hombre bajó por las escaleras vestido con un traje negro de corte impecable, una camisa blanca y en lugar de corbata, lucía un pañuelo gris perla alrededor del duro cuello de la camisa. Ella se quedó sin habla, mirándolo más de la

cuenta; más de lo correcto.

¡Pero por todos los santos! No se podía ser más guapo y cada vez que lo veía, se alteraba de una manera escandalosa. Por Dios, Jenny, por la Virgen Santa, es un hombre casado y aunque él lo olvide, aunque sea un adúltero en toda regla, tú eres una buena católica desde el día que naciste. Bueno, tampoco pasa nada, ¿no? Solo admiro una belleza, igual que si mirase un cuadro, o esas estatuas tan hermosas, quiso creérselo, pero solo fue por un segundo porque sabía que estaba descolocada en todo lo referente a este hombre, sintiendo cosas que la asustaban y actuando de manera intuitiva unas veces y otras, mostrándose fría, incluso arisca, todo por disimular la fuerte atracción que sentía por él. No estaba preparada para ello. Por Dios, que no. Jamás había lidiado con un hombre así.

—Está preciosa —fue el saludo de Brandon mirándole las trencitas y llevándose la temblorosa mano a los labios. Esta vez, sí notó la boca, esta vez, los labios se dejaron caer y besaron con todas las consecuencias, mientras esa abrasadora mirada no dejaba de observarla, de analizarla minuciosamente, mirando sus ojos y después, clavándose en la boca.

—Gracias, es muy amable. —Él sonrió ante la contestación.

No era dado a piropear, era más de miradas abrasadoras, sabiendo lo desconcertante que resultaban, especialmente si se trataba de mujeres decentes. No era amabilidad, no era buena educación, era una realidad apabullante, pero no se lo explicó, no iba a perder tiempo en más halagos. Esa noche, no. Al menos de momento. La condujo hasta la mesa colocando su mano sobre la espalda femenina y sonriendo al notar, que ella se tensaba ligeramente y sujetando la silla hasta que se acomodó, para él hacer lo propio en la cabecera. Había dicho a los criados que la quería a su lado, a su derecha, y ahí la tenía, donde quería en esos momentos. Jugaría un rato con ella, hasta ponerse serio, hasta averiguar qué estaba ocurriendo, que contase todo lo que ocultaba y por qué había llegado hasta esta situación; no estaba enfadado y no sabía muy bien por qué, puesto que la mentira o la ocultación de los hechos, o las verdades a medias, no le gustaban en absoluto. Tal vez era la belleza tan especial de esta criatura, lo que le hacía ser más permisivo, o ese aire de inocencia que veía cada vez que miraba esos bellos ojos, o el instinto maternal tan acusado que poseía, pero con todo y con eso, se tomaría su premio; era su pensamiento, mientras veía a la joven observar la mesa tan bien colocada. Ahora descubriría cómo se desenvolvía en una situación semejante, si cogía el cubierto correcto y sus modales en la mesa. Pero para la

buena verdad, no esperaba nada fuera de lo común, tal vez no estuviera acostumbrada a comer en mesas lujosas, pero no creía que se fuera a mostrar maleducada. Y efectivamente no le defraudó, aun haciéndose el tonto cuando ella miraba por el rabillo del ojo el cubierto que él iba a coger, ante el cambio de un plato a otro.

Primero, una crema de langosta, que a la chica le resultó exquisita, pues no dejó nada en el plato, pero se abstuvo de hacer comentario alguno, para seguir con salmón ahumado y guarnición de verduras, que también le supo a gloria y después cordero al horno con unas deliciosas patatas asadas bañadas en salsa agria, todo en pequeñas cantidades como le gustaba al jefe, cosa bien sabida entre los empleados de la cocina del hotel. De postre, tarta de arándanos; por supuesto, ella no quiso vino, solo agua (tendría que cambiar eso) un poco de vino siempre era agradable, en especial, en las mujeres. Normalmente las desinhibía, haciendo que se volvieran más juguetonas, más lascivas o más tontorronas. Cómo resultaría el alcohol en esta belleza. Pronto lo sabría; pronto sabría muchas cosas, aunque ya se imaginaba más de una. Y por lo pronto, le gustó y mucho, que fuese de buen comer; no aguantaba a las melindres.

La cena concluyó y él, colocando una mano grande sobre la espalda femenina, la llevó a uno de los sofás y sin preguntarle, fue hasta la licorera para llenar una pequeña copa de jerez, que le entregó. Ella iba a negar con la cabeza, pero él habló mostrando una amplia sonrisa.

—No me diga que no. Debe acostumbrarse a beber un buen jerez. El alcohol, en su justa medida, puede ser un placer; en exceso, una fatalidad, y una persona adulta, sea hombre o mujer, debe saber cuándo, cuánto y hasta dónde. —La muchacha lo miró con esa mirada dorada, sin pestañear y sin palabras, alargó la mano y tomó la copa, teniendo mucho cuidado de no rozar los dedos del hombre. Sorbió un traguito y no dijo nada, pero Brandon se quedó mirando fijamente esa punta de lengua sonrosada que humedeció los gruesos labios, para después dar otro traguito y volver a sacar la lengua, relamiéndose como un gato.

Tuvo que contenerse una barbaridad, para no agacharse y capturar esos labios entre los suyos, para devorarlos a su antojo y saciar su lujuria. Pero las palabras que salieron de su boca no demostraron lo caliente que estaba su cuerpo y su mente.

—Muy bien. Me gusta tener compañía cuando bebo y me gusta que beban conmigo, sean hombres o mujeres. —Ella no sabía qué pensar, pero lo

que era peor, se había quedado sin palabras, cosa que le ocurría demasiadas veces estando cerca de ese hombre.

—No está mal —dijo, sin saber cómo llegó esa frase a su boca.

Cooper se sentó en el sofá de enfrente, para guardar las distancias y comenzar la conversación, teniendo una panorámica de esa lozana belleza, que estaba deseando probar y disfrutando del espectáculo, y, sobre todo, deseando ver cómo saldría la muchacha de la encerrona que le esperaba.

—¿Ahora puede decirme qué es lo que quería anoche? —la voz grave, hizo que a la joven se le removiera el estómago. Mirando un grabado japonés que se encontraba en la pared del fondo, a la izquierda de la cabeza del hombre, y sin evitar la rojez del rostro, se aclaró la voz.

Virgen Santa, qué vergüenza, haber sido testigo de las intimidades de ese hombre... y esa mujer, quien quiera que fuese. Si no se hubiese comportado como una curiosa maleducada, no estaría en esta situación.

—No era nada importante. —No seas tonta y di la verdad, porque si te callas, si te muestras receptiva a todo lo que él haga, vas lista—. Bueno, sí es importante. Vine... vine —repitió deprisa—, porque había tenido las pruebas de los vestidos y me pareció excesivo. Realmente excesivo. Todo, la cantidad de vestidos y qué decir de los colores... Por eso vine. —Ahora sí lo miraba y él, intentaba no sonreír, viendo cómo ella le daba traguitos al jerez, saboreándolo entre curiosa y suspicaz, pero bebiéndolo poco a poco, sintiendo que la animaba, que le daba fuerza para encararse a él.

—Ya, o sea que era por eso, por lo que se escondió detrás de la cortina. —Ella tragó saliva, no sabiendo cómo lidiar con una situación tan embarazosa.

Optó por la humildad, intentando no acordarse de esa mujerzuela delante de ese adúltero, de los ruidos de las ropas, de los grititos que daba ella, sin olvidar las obscenidades y para colmo, esos otros ruidos más roncocos que salían de la boca del adúltero.

Sintió que sus mejillas ardían y volvió a tragar saliva.

—Lo siento mucho, señor Cooper. Siento haber estado aquí en esos momentos, de verdad. Me iba a ir, cuando ustedes entraron y me dio vergüenza que me encontrara aquí, esperando y que otra mujer me viera. Por eso me escondí. De verdad que lo siento —él la miraba, pero decidió no decir nada, quería saber hasta dónde iba a llegar. Quería oír esa preciosa voz y contemplar esos labios tan carnosos, perfectos para besar... y para otras cosas... otras cosas que él deseaba hacer con esa boca pecaminosa—. Estaba

un poco enfadada por tanto despilfarro. Ya le dije que no quiero nada suntuoso, ni lujoso, ni excesivo, ni todos esos colores... Señor Cooper, estoy de luto y parece que lo han olvidado y la modista se ha pasado mis deseos por donde le ha dado la gana y supongo que obedece órdenes. —Se miraban, se medían uno a otro, pero la pelirroja no sabía que tenía la partida perdida desde el principio. Desde el momento que escribió esa carta pidiendo ayuda. Carta que la ataba a Brandon Cooper, tal vez, de por vida.

—Por supuesto. Todo eso está claro como el agua. —Vio cómo el labio inferior de la joven era martirizado. Se estaba conteniendo para no saltar como una gata.

De una, se tragó el resto del jerez y dejó la delicada copita en la mesa del centro, sin tener ni la más remota idea de que ese comportamiento estaba excitando al hombre de una forma peligrosa.

—Pues que sepa, que no pienso ponerme la mitad de esos vestidos —sonó altanera y eso a él, le gustó.

Con que, provocándolo, ¿eh? Esta niña no sabía con quién estaba jugando. No, no lo sabía.

—Es posible —esas dos palabras, hicieron que la muchacha se quedara callada mirándolo, sin comprender por dónde iban los tiros—. El otro día, Lín Yu trajo algo que debe ser suyo. —Se levantó, pero ya había visto la cara de sorpresa de la chica.

Jennifer observó todos y cada uno de los movimientos de ese hombre, acercándose al precioso mueble donde estaban las bebidas y abriendo un cajón. Al volver, llevaba en su mano la biblia de su familia. Intentó pensar rápido, si hablaba de esa manera y en ese tono, no debía de saber nada, no habría visto la fotografía. No se habría puesto a registrar las páginas.

Seguro que no, pensó, mientras él se la entregaba.

—Oh, gracias, muchas gracias. La verdad, no me había dado cuenta hasta hace poco. Pensaba que la tenía en el baúl y de repente recordé que la dejé olvidada en el tren. —Él no decía nada, solo la contemplaba y se recreaba con las palabras que surgían a borbotones, de esa boca de pecado—. Lo cierto es que normalmente leo la biblia todos los días, un poco, o bastante, depende de las cosas que tenga que hacer y de las ganas que tenga una vez que termino con mi trabajo, pero desde que llegué aquí... bueno... no he sido muy buena católica, esa es la verdad. Una puede sacar diez minutos al día para leer las escrituras y yo, tengo que decir, que no lo he hecho. Y también tendría que decir, que me he encandilado con todas esas revistas tan bonitas

que me ha traído Betty. Son muy entretenidas, ya las había visto anteriormente, pero no tantas y tan diversas, ni dedicándole tanto tiempo. Pero tal vez sean algo pecaminosas; estoy segura de que eso le parecerían a mi padre. Diría que eso es perder el tiempo, que, si hay que leer, que sean libros para aprender o la biblia, él nos inculcó leerla todos los días, era una norma, aunque también un placer. Ya sabe, se aprende mucho de la biblia, aunque esos magazines también tienen temas interesantes; pero bueno, mi padre no los aprobaría, seguro. —Esos preciosos ojos dorados lo miraron con candor y él la deseó como hacía mucho que no deseaba a una mujer.

Se pasó lentamente una mano por el rostro, sin rastro de barba y vio cómo ella seguía ese gesto y se quedaba mirándole la boca, más tiempo del correcto; suponiendo que fuera correcto embobarse con los labios de un hombre.

Con que buena católica, ¿eh?, fue el pensamiento de Brandon.

—Opino que se aprende más de la vida —sugirió con voz profunda, obligando a que la chica volviera a mirarle a los ojos.

—Sí, sí, por supuesto. La vida es lo único que cuenta en estos momentos; es la realidad de todo. Mi hermana, algunas veces decía, que la biblia le parecía una acumulación de cuentos. Pero nunca, delante de nuestro padre, por supuesto, no quería disgustarlo. —Se hizo el silencio entre ambos, pero esa mirada azul era como una llama para ella. Decidió, que, si no había nada más que decir, cogería el libro y se despediría.

Cuando iba a llevar a cabo el plan de salida, la pregunta que le hizo, la frenó en seco.

—¿Cómo se llamaba su hermana? —¿Por qué demonios quería saberlo? Contesta rápido, como que no le das importancia.

—Jennifer. —El hombre movió la cabeza sin dejar de mirarla, sabiendo que la estaba poniendo nerviosa.

Así que, ese es el nombre de la preciosa pelirroja. Jennifer. Bonito. Fue entonces cuando se llevó una mano al interior de la chaqueta, dejando ver el chaleco de seda negra y la cadena de oro del reloj, y sacó la fotografía poniéndola sobre la mesa.

—¿Quién es esta? —Ella se quedó lívida, mirando la fotografía de la boda de Julia y Jeremy.

Tenía que decir la verdad, no podía enredar más todo esto, aunque le trajera problemas. Esa voz, esa tranquilidad que mostraba el hombre, podía ser una impostura y de sobra era concedora de cómo se las gastaba. Igual la

ponía de patitas en la calle.

¡Ay, madre!

¡Ay, mi niño Jonah!

—Julia. Es Julia y Jeremy el día de su boda. —Hizo una pausa, pero él permaneció callado y esperando.

Se veía que no estaba dispuesto a decir nada, al menos por el momento y por mucho que lo intentara, no se podía imaginar lo que estaba pensando. El rostro bronceado era de granito y no reflejaba emoción alguna. Su cincelada boca era una línea recta, dura y sus ojos fijos en ella, fríos como la noche. La joven tragó saliva y se dispuso a decir la verdad, intentando evitar males mayores.

—Julia hacía lo que quería Jeremy, le reía todas las gracias y disculpaba todos sus defectos; era como si estuviera adoctrinada por él. La solución a todos los problemas estaba en manos del hermano de California, pero el orgullo le impedía pedir dinero para el encuentro. Julia decía, que en cuanto estuvieran con usted, todo se arreglaría, que así se lo había dicho Jeremy. Yo le pregunté en una ocasión, qué mal había en pedir dinero para el viaje si luego se devolvía, o se descontaba del sueldo, y ella dijo que Jeremy era demasiado orgulloso para eso, que después de todo el tiempo que llevaba alejado de casa, era una vergüenza no tener dinero para un viaje de vuelta. —Hizo otra pausa, mirando al hombre, pero este seguía callado y sin apartar los ojos de ella. La joven bajó la cabeza y él contempló el peinado de trencitas y el brillo de ese cabello, que sería espeso y sedoso en sus manos. Estaba deseando cogerlo, enredar sus dedos en esa masa caoba y bronce—. Total, que decidí ir a ese antro de juego ilegal. Fueron los dos y yo me quedé al cuidado del bebé. —Volvió a hacer otra pausa y con disimulo se limpió una lágrima que resbaló por uno de esos pómulos de diosa—. Cuando pasó todo, organicé mi vida y como Margot, mi única amiga se iba a Nueva York, decidí ir también. Ya nada me ataba a Boston y, además, algunos hombres a los que Jeremy les debía dinero comenzaron a acosarme. Decidí escribirle la carta, porque pensé que no era justo para Jonah no ponerme en contacto con la familia paterna, pero, por otro lado, Jeremy le había dicho a Julia, que su madre era un poco especial... y yo... pensé que era mejor hacerme pasar por la mamá de Jonah... para que no me lo quitaran. —Se volvió a pasar las manos por los ojos, arrastrando las lágrimas que no pudo contener.

Y por fin, él habló.

Y la pregunta, la descolocó.

Otra vez.

—¿Cuántos años tienes? —Era la primera vez que la tuteaba y eso, no sabía si sería bueno o malo, porque esa voz sonó dura como un pedernal.

—Diecinueve —fue la contestación, elevando el rostro y mostrando los ojos llorosos.

Él supo que no era fingido. Que sufría.

—¿De qué vivíais cuando Jeremy no trabajaba? —En eso no había mentido la vez anterior, pero prefirió no recordarlo.

—Del trabajo de costura. Y Jeremy se encargó de gastar los pocos ahorros de mi padre. No quiero hablar mal de él, no era malo, pero a mí no me gustaba. Cuando llegó a casa, yo no había cumplido los quince y a todos nos encandiló con sus ojos azules y su simpatía; Julia cayó rendida a sus pies y no varió su postura, pero a padre y a mí... pronto nos dimos cuenta de lo que había. Pero bueno, como mi hermana era feliz y después, quedó embarazada... pues aquí paz y después gloria. Entonces mi padre ya no estaba en este mundo y Julia siempre me estaba diciendo, con una sonrisa en los labios, que no teníamos de qué preocuparnos, que teníamos a un hombre en casa que nos protegía y que, si nosotras teníamos que coser y bordar el doble de lo que ya hacíamos, no pasaba nada, no había de qué avergonzarse. Cuando decía eso, me daban ganas de chillarle a la cara y recordarle que era yo, la que hacía la mayor parte del trabajo, que ella estaba siempre alrededor de las piernas de su marido para cumplir cualquier deseo que este le pidiese. Pero bueno, mi hermana era muy buena y yo al final me callaba, no decía nada. Bordaba o cosía más horas y se acabó la historia. —Volvió a hacer otra pausa, pero él siguió estático, y ella siguió hablando, mirando más tiempo sus temblorosas manos que el rostro del hombre que no pestañeaba, que la miraba tan fijamente que le producía temor... miedo... pánico—. Cuando nació Jonah, fue más de lo mismo y yo era la que pasaba más tiempo con él. —Elevó la mirada durante unos segundos, pero al mirar esos ojos, bajó la cabeza y clavó la mirada en la lujosa alfombra, para decir lo siguiente—: Si hubiera tenido leche en mis pechos, tendría que haberlo amamantado, tal eran las ganas de estar con su marido, que consideraba un incordio tener que hacer algo tan natural, como alimentar a su precioso bebé. Aunque quería mucho a Jonah, todo hay que decirlo, pero creo que Jeremy era más importante para ella. —Siguió con la mirada en la gruesa alfombra, siguiendo las filigranas de colores—. Por aquel entonces, ya había llegado la carta de usted y tanto Jeremy como Julia, estaban revolucionados, ansiosos por cambiar de vida, de

ciudad, de estado. Todos los días se hablaba de ello y Jeremy hacía planes sin parar, al tiempo que se preguntaba si usted habría conseguido el oro del que hablaba su abuelo y cosas por el estilo. Por aquel entonces, yo observaba lo poco o nada que mencionaba a su madre y eso, me dio mala espina. Fue uno de los motivos para falsear mi identidad. —Cayó de golpe y con mucho esfuerzo, levantó el rostro y se enfrentó a él.

Con miedo, con angustia, sabiendo que su futuro estaba en el aire.

—¿Y otro motivo? —esa voz profunda, no mostraba simpatía, ni amabilidad, ni sentimientos.

—Usted. Igual que desconfiaba de la madre de Jeremy, tampoco sabía nada de usted, o casi nada y... tuve miedo. Pensé mucho, antes de escribir la carta, pero lo hice. Ya está. Lo siento, no puedo decir otra cosa. Siento haberle mentado, pero todos mis actos han sido para proteger a Jonah. Nada más. —Los dos se miraron y después de unos instantes, él preguntó:

—¿Te iban a llevar con ellos? —La muchacha se mordió el labio inferior, sin darse cuenta de que cada vez que hacía eso, la penetrante mirada del hombre se clavaba en esa preciosa boca, en esos labios tan irresistibles.

—Sí. Julia nunca lo preguntó; lo daba por hecho. Y yo, nunca pensé en quedarme sola en Boston. Sí; no me iría con ellos al fin del mundo, pero a California, sí. —A Brandon le gustó ese toque irónico.

—Entiendo perfectamente tus sentimientos. Comprendo que tuvieras miedo ante lo desconocido y es de admirar que protegieras al niño, pero, a mí no me gusta la mentira, no me gusta que me oculten cosas. Aun así, entiendo tu comportamiento. Pero ahora tenemos un problema. —La mirada azul no se apartaba de ella y Jennifer sentía temor por lo que se avecinaba—. El problema es la madre de Jeremy, la esposa de mi padre. Si te presentas en Sacramento como la tía de Jonah, vas a ser un cero a la izquierda. Va a tomar el mando de ese niño, como si fuera suyo, aun lamentando que no se parezca a su hijo, lamentando que sea una copia de cuando yo tenía su edad. ¿Eso es lo que deseas? —La muchacha negó en silencio. Él vio ese brillo en los ojos dorados, de enfado, de rabia, de pensar que algo así pudiera ocurrir—. Pero, podemos evitar que suceda algo así. ¿Quieres saber cómo? —Ella afirmó con un ligero movimiento—. Seguirás siendo la viuda de Jeremy; ante todos. Solo tú y yo, sabremos la verdad y de esa manera, tendrás la autoridad sobre el pequeño porque yo, te protegeré. ¿Lo deseas? —Ella movió la cabeza tan rápida, que él tuvo que aguantar la sonrisa.

—Sí, por favor. No soportaría que me alejasen de Jonah. —Él echó el

torso hacia delante y apoyó los antebrazos en las rodillas, mientras evaluaba cada gesto de la chica, calibrando hasta dónde sería capaz de llegar, qué estaría dispuesta a hacer, para estar con el pequeño.

Y él iba a por todas, él no tenía escrúpulos de ningún tipo.

—Pero todo tiene un precio. —Esa frase la dejó confusa. Qué precio, ella no tenía nada y así se lo dijo, logrando una sonrisa en el rostro del hombre—. Si tienes, dulzura. Te quiero a ti. —Jennifer abrió los ojos al máximo.

—No, no le entiendo. —Sí entendía, pero no lograba comprender por qué un hombre como él, que tenía todo, que tenía a las mujeres más bellas y más ricas, la deseaba a ella.

Era consciente de su belleza, siempre lo había sido, porque siempre había alguien que decía lo bonita que era, o bella, o hermosa, o exótica, pero no se le pasaba por la cabeza que un hombre de la categoría de este, se encaprichara de ella, sin olvidar que estaba casado. Que era un pecador en toda regla, que su esposa estaría penando la pobre, mientras él fornicaba como un perverso.

—Sí lo entiendes, pelirroja. Quiero que seas mi amante y tendrás mi protección ante todo y ante todos. No te faltará de nada, nunca. Cubriré tus necesidades y tus caprichos, de por vida. —En esos momentos estaba viendo cómo las mejillas de la joven enrojecían como una fresa madura y vio también, cómo se levantaba de golpe y lo miraba furiosa.

¡Y por todos los demonios, por el puto Satanás, que eso le gustó y lo excitó de una forma abrumadora!

—¡No puedo hacer algo así! ¡Soy católica y solo me entregaré al que sea mi esposo! ¡No voy a venderme como una furcia cualquiera! —La carcajada resonó en todo el salón provocando el temblor de la muchacha, pero no se movió del sitio, mientras contemplaba tanta belleza, tanta pasión contenida; porque se estaba conteniendo.

—¿Eres virgen? ¿No te montó mi hermano? —Ella no dio crédito a sus oídos. Cómo se atrevía a decirle esas cosas, con quién se creía que estaba hablando; que hubiera mentido no implicaba que fuese una cualquiera, una buscona, una arrabalera—. No te sulfures; no sería la primera vez que un hombre se acuesta con dos hermanas y por la foto que he visto, tú superas con creces la belleza de tu hermana. —Ella no se lo pensó y como una tromba, se lanzó a por él.

Quería darle un tortazo, un buen sopapo en esa cara tan atractiva, pero el

hombre, al ver las intenciones, se levantó en medio segundo a pesar de su tamaño y cuando ella se abalanzó, la cogió entre sus brazos y la inmovilizó como si fuese un pajarillo.

—¡Eh, fierecilla! ¿A dónde crees que vas? Aún no ha nacido la mujer que me ponga una mano encima. —Ella intentó revolverse, pero era inútil, estaba agarrada por un brazo de acero que no dejaba movilidad alguna—. Tranquila, vamos, no te enfades. —Ella se sintió tonta e indefensa, sabiendo que no tenía nada que hacer, al tiempo que notaba ese cuerpo duro y fuerte, rodeándola, engulléndola.

Movió la cabeza en señal de asentimiento y él, la soltó despacio.

—Siéntate, hablemos. Todo se puede negociar. —Ella obedeció taciturna y volvió al sofá. Se pasó las manos por el cabello, sabiendo que tenía las trenzas alborotadas y sintiéndose como una niña pequeña y abochornada, por haber sentido ese cuerpo grande y duro, abrazándola.

Madre mía, le había gustado; le había gustado mucho.

No pienses cochinas, Jennifer.

No y no.

—No pienso perder mi virginidad, pero tampoco quiero perder a Jonah —susurró mientras se miraba las manos, muerta de vergüenza. Sintióse temblorosa, enrojecida y atemorizada por ese hombre, por lo que le provocaba, por esa cantidad de contradicciones que llegaban a su cerebro, de sí, de no, de sí... sí, sí... siempre sí.

—¿Tan importante es para ti? —la voz sonó acariciadora, envolvente, como el embaucador más hábil que hubiese conocido, como un encantador de serpientes que la engatusaría con esa mirada cautivadora, arrolladora.

—Sí. Una mujer debe entregarse por primera vez a su esposo, si no eres pura, mejor quédate soltera. No pondrás mejor arma en las manos de un hombre, para que te haga una desgraciada y te lo recuerde toda la vida —dijo en voz baja.

—He conocido mujeres que han llegado vírgenes al matrimonio y sus esposos las han tratado peor que a una prostituta.

Los dorados ojos lo miraron como si hubiera dicho una barbaridad; pero tenía su razón, para qué negarlo. El hombre que era un malnacido, no necesitaba excusa para tratar mal a la esposa, o a los hijos. Las hermanas Mulligan siempre habían dicho que tenían mucha suerte de tener un padre bueno y que, si su pobre madre hubiera vivido, habría sido feliz.

—Podemos llegar a un trato. —Ella lo miró con suspicacia.

No se fiaba ni un pelo. Era mayor que ella, tenía mucha experiencia, demasiada, y seguro que la engañaría como una tonta inocente; pero no iba a dejar que eso ocurriera.

—¿Cuál? —Los ojos estaban entrecerrados, como si esperase el ataque del enemigo y él jugaba con ella a su antojo.

—Yo respetaré tu virginidad y tú, me darás tu cuerpo. —Ella movió la cabeza sin comprender.

¿Qué clase de trato era ese?

—No sé qué quiere decir eso. Lo uno va con lo otro. —¿Pero qué estaba diciendo este hombre? No entendía nada.

—No tiene por qué. Podemos jugar, te puedo dar placer y nadie lo sabrá. Y cuando llegue el esposo perfecto para ti, estarás intacta, inmaculada para sus ojos. No lo sabrá, no lo sospechará, porque él será el que rompa esa barrera, el que se lleve esa flor, el que penetre en tu cuerpo por primera vez.

—No entiendo lo que dice. Los hombres y las mujeres o lo hacen o no lo hacen. —Él sonrió gustoso.

Era así de ingenua o se lo hacía. ¿No se había besado con un novio, un toqueteo, un manoseo, unas caricias en esos opulentos pechos? ¿Unas manos metiéndose entre sus muslos para tocarla y hacerla gozar?

—¿No has tenido novio, pretendientes? —Ese interrogatorio lo estaba poniendo cachondo, algo llamativo a estas alturas, pues él lo había vivido todo e incluso, estaba asqueado de muchas cosas. Harto, se podría decir.

—No. Me pasaba el tiempo trabajando, no tenía tiempo para tontear y en especial, desde que apareció Jeremy y teníamos otra boca que alimentar —replicó enfadada, mirándolo furiosa al tiempo que deseaba culparlo por ser el hermano del muerto.

Cooper disfrutaba, viéndola, oyéndola y se preguntaba, cuánto habría deseado su hermano tirarse a esta criatura. Estaba convencido de que ese pensamiento habría pasado por la cabeza de Jeremy varias veces... al día.

—Las parejas pueden hacer muchas cosas sin llegar hasta el final, sin riesgo de embarazo y disfrutando de ello. Dame eso, y tendrás todo lo demás. No te puedes imaginar hasta qué punto te puedo hacer falta, cuando estés en Sacramento.

—Yo solo quiero estar con Jonah, que no me lo quite nadie —dijo con lástima, casi un ruego dirigido a él.

—De acuerdo, eso tendrás. —Ya sentía su boca sobre esos labios, su lengua lamiendo el interior de esa boca.

—¿Y me protegerá? —Estaba dentro de la trampa y como un animal de presa, se regodeaba con la víctima antes de comérsela. Era tal el deseo que sentía por esa criatura, que estaba dispuesto a aceptar tamaña estupidez, con tal de tener su cuerpo, de tocarlo a su antojo, de comerse esa boca hasta magullarla y estrujar esos pechos con sus manos y tocarla, saborearla... por todos los rincones.

Por todos los demonios, Cooper; ¿estás comportándote de esta forma, por comerte un coñito pelirrojo?

—Sí, claro que te protegeré —lo decía en serio. Lo uno no restaba lo otro. La protegería con su vida, si era necesario, o hasta que se aburriera.

—¿Siempre? —fue más una súplica, que una pregunta, mientras lo miraba con esos maravillosos ojos, mientras él se deleitaba con esa visión perfecta, esa fruta madura que nadie había degustado.

—Siempre y ante todos. El tenerme de tu parte, te dará el respeto de todos desde el principio.

—¿Y de verdad seguiré siendo virgen? —No terminaba de creerse eso. Le sonaba como una gran mentira, como un cuento colosal que ese hombre, astuto como un zorro, le estaba contado.

Ese hombre que la miraba de esa forma...

—Palabra de honor. —Y, sorprendentemente, estaba dispuesto a cumplirlo. Por estúpido que pareciese, cumpliría.

—No me fío de su honor. Júremelo por su vida. —Él contuvo una sonrisa, sin dejar de mirarla.

—Te lo juro, por mi vida —las palabras fueron dichas despacio, muy despacio y sin dejar de mirarla ni un solo segundo.

Ella, con los ojos clavados en esa boca, con los oídos llenos de ese juramento, se lo pensó durante cinco segundos, solo cinco segundos, y afirmó. Ya se veía ardiendo en los infiernos, ofendiendo a su padre que la estaría mirando desde el cielo. *Papá querido, lo hago por el bebé, tengo que estar con él y protegerlo de cualquier persona que no lo quiera.*

¿Era la excusa para probar lo prohibido? Por supuesto que no. Solo para proteger al niño.

—De acuerdo. Ahora me voy. —Se levantó y cuando iba a coger la biblia, las palabras del hombre la paralizaron.

—Ah, no. No puedes irte ahora. Necesito un premio, un adelanto, necesito ver lo que voy a poseer. —Se levantó y fue a su encuentro, tomándola por los hombros desde atrás, con suavidad, con delicadeza—.

Quiero verte desnuda —la seductora voz, sonó cerca del oído femenino, produciendo un escalofrío en todo su cuerpo. Y esa voz siguió hablando y esas palabras la hicieron enrojecer, porque ese hombre sabía de lo que hablaba—. Quiero saber si tu cuerpo es tan hermoso como todo lo que está a la vista. Quiero saber si tus pechos son tan plenos y turgentes como aparentan y llenan mis manos queriendo desbordarse. Quiero ver tus piernas y calibrar tus nalgas para valorar si están firmes y prietas. —Por Dios, pensó la joven, escandalizada, pero al mismo tiempo ligeramente excitada.

Qué cosas decía, qué manera de hablar y qué calor sentía donde esas manos grandes se apoyaban, rodeando sus esbeltos hombros y queriendo ascender hasta el cuello. Ella no se movió, no contestó, porque la lengua se le había paralizado, porque estaba exaltada, sintiendo una especie de morbosidad ante esa voz, ante esas manos, ante esas palabras. Él tomó el silencio como una aceptación y sin más preámbulos oratorios, deslizó sus manos hacia arriba, acariciando el cuello y toda la mandíbula para terminar en los labios. Esa caricia fue tan lenta, tan suave, que a ella se le cortó la respiración durante unos segundos, para coger aire cuando los dedos llegaron a la boca.

En ese punto se recreó, tocándolos, bordeándolos con las yemas de sus dedos y notando, cómo ella apoyaba la espalda sobre su pecho, dejando caer la cabeza y cerrando los ojos, sintiendo el deleite de esos dedos sobre su boca. No quiso correr, no había necesidad y tampoco quería asustarla, así que, mantuvo la mano en ese rostro delicado, al tiempo que agachó la cabeza y fue dejando caer pequeños besos en el cuello mientras le decía entre susurros, que su piel era tan suave que no se cansaría de acariciar, que era una mujer tan hermosa que las flores más bellas marchitarían de envidia, que jamás había visto un cabello tan rojo, tan hermoso, tan brillante, que sus ojos eran los más extraordinarios que había visto en mujer alguna, con ese color ambarino y esas pestañas tan negras y espesas, que su padre y su madre cuando la hicieron, no sabían que estaban creando al ser más hermoso de la tierra; en ese momento, ella respiraba agitada y en ese momento, él le dio la vuelta y capturó la boca, agradeciendo que era una chica alta comparada con la mayoría y eso no le obligaba a tener que doblar su cuerpo en exceso. Cogiendo entre sus labios, el labio inferior de ella, soltándolo y volviéndolo a coger, lamiéndolo con suavidad, despacio, escuchando sus jadeos, sus suspiros y... comprobando su inexperiencia.

Esta preciosa niña no sabía besar, dejándose totalmente para que él la

guiase, para que él hiciera lo que le viniera en gana, a su propio antojo, a su santo capricho. Por satanás, ningún hombre había besado a esta criatura, iba a ser toda para él y él, iba a disfrutarla, a saborearla, a jugar con ella hasta cansarse; iba a respetar su juramento, conformándose como mucho, a meterle los dedos en su virgen y prieto coñito; pero quién sabe, a lo mejor, la muchacha cambiaba de idea.

—Abre la boca, pequeña —las palabras fueron apenas un murmullo, pero ella obedeció y abrió los labios, pero cerró los ojos, muerta de vergüenza.

Él contempló esa boca tan apetitosa y esos párpados cerrados, palpitantes y nerviosos, surgió esa sonrisa torcida y se dirigió en picado a por su premio. Primero fue delicado, saboreando esos labios gruesos, pero según se fue calentando, penetró con la lengua y le hizo un barrido por todo el interior, lamiendo el paladar y el interior de los labios, que produjo en la joven un suspiro profundo y un encogimiento del cuerpo. La tenía bien cogida, una mano en la nuca y la otra en la cintura, sujetándola y pegándola contra él, moviendo su boca experta sobre la de ella, excitándola al máximo para que supiera lo que le esperaba cada vez que estuviera en sus manos. Los jadeos de la muchacha lo alegraron en demasía y el beso se hizo más profundo y absorbente, sintiéndose como Drácula, pero en lugar de chupar sangre, se embebía los jugos de esa niña... y fue entonces, cuando notó que esa lengua rosada se movió y fue a su encuentro de forma tímida pero segura y su miembro saltó de alegría al ver lo receptiva que era.

Virgen sí, pero estaba hecha para el sexo sin lugar a duda, sus gemidos y suspiros eran buena prueba de ello, pues en ningún momento opuso resistencia, al contrario, estaba deseosa pero también miedosa, y esa combinación era para él de lo más excitante que había tenido en mucho tiempo. Y lo siguiente, fue la confirmación de sus pensamientos, el orgasmo que le provocó ese beso, esa comida de boca, ese barrido interior y que, al no saber qué era, hizo que sus manos se colocaran en la pechera del hombre, agarrándose con fuerza y pidieran clemencia, sin tener idea de lo que estaba ocurriendo, al tiempo que agradeció sin palabras que esos brazos la sujetaran para no caer, pues habría caído, ya lo creo que sí, habría caído al suelo como una muñeca de trapo.

Él dejó un espacio entre ellos, pero sin soltarla, mirándose a los ojos y viendo esa mirada brillante, de sorpresa, incrédula, perdida en algo desconocido...

—No sé lo que me ha pasado. Era, era como si me cayese al vacío, como si mi mente y mi cuerpo no me respondieran —susurró sin apartar la vista de ese hombre que le había provocado esas sensaciones tan extrañas, pero tan, tan placenteras.

Brandon sonrió satisfecho. Era muy interesante haberse encontrado con este premio.

—Yo sí sé lo que te ha pasado. Eso es placer, muchacha. Ese calambre que ha recorrido tu cuerpo hasta el centro de tus muslos es el placer en su punto más alto. Esa sensación de caída en tu cerebro y de tensión en tu cuerpo, es lo que te voy a dar cada vez que quieras y cuando no quieras, también. —Bajó otra vez la cabeza, volviendo a besarla, para ver cómo ella correspondía y cómo aprendía.

Y mientras se comía su boca, le quitó la chaqueta en un segundo, para después ir desabrochando los botones de la espalda de la blusa y cuando ella quiso darse cuenta, se la quitó de una, dejando el corsé a la vista y parte de esos magníficos pechos al aire. Ella sintió el frío en su piel, pero no supo por qué, si era por no haberse puesto una camisola debajo del corsé, o tal vez se debía al ambiente del gran salón, o a esa mirada azul que miraba fijamente sus pechos, sin decir palabra. ¿Serían de su agrado? Y como si la voz que salió no fuese suya, como si las palabras que pronunció, las hiciese otra persona, preguntó:

—¿Le gustan? —Él la miró a los ojos y llevando las manos hacia atrás, al tiempo que aprisionaba ese tierno cuerpo entre sus brazos, aflojó el corsé, mientras contestaba a la tímida pregunta.

—Ahora te lo diré. —Dejó los pechos libres, al natural, sin sujeción, sin engaños para los ojos masculinos, al tiempo que el corsé resbalaba de sus dedos, cayendo sobre la alfombra, sus ojos calibraron de manera crítica y experta, esas cumbres llenas, tiasas, con esos pezones ideales, que no eran ni demasiado gruesos, ni demasiado pequeños y que tenían un color rosa subido —. Realmente hermosos, perfectos. —Mirándola, le preguntó—: Tienes los pezones duros. ¿Me dejas tocarlos? —Y ella, respirando profundamente y sin poder articular palabra, afirmó con la cabeza y casi al momento, notó esas manos grandes abarcar los contornos de los dos senos, despacio, con una suavidad embriagadora, sopesarlos y deslizar los pulgares por los pezones, que como él había dicho, estaban duros y así los sentía la joven, como sentía esas manos grandes acariciar tan lentamente, que fue una tortura, al tiempo que una sorpresa, ver y sentir cómo se endurecían los senos, rivalizando con

los pezones, haciendo que los ojazos dorados se abrieran al máximo, sin comprender realmente qué estaba pasando, por qué sentía esa embriaguez que hacía que su cuerpo se licuase como la nieve al comienzo de la primavera.

Pero ella sabía, que todas las mujeres no sentían estas sensaciones, ella había oído a más de una, Margot, por ejemplo, que los hombres iban a su apañío y que la obligación de ellas era abrirse de piernas para que este hiciese lo necesario y la naturaleza siguiera su curso; y que la mayoría de las veces, la mujer no se satisfacía, pero el hombre, siempre. Entonces, ¿qué estaba ocurriendo aquí? ¿Por qué ella se encontraba obnubilada por ese hombre? ¿Por qué cuando sus pechos quedaron libres, el único deseo fue que esas manos grandes se colocaran en sus carnes, tocaran sus pechos, frotaran los pezones que parecían tener vida propia y se endurecían como riscos del campo?

Esas manos que le ponían la piel de gallina, pero al mismo tiempo la complacían tanto y esa boca, ¡madre mía!, esa boca la volvía loca, tan loca, que le daban ganas de gritar, de gemir y de pedir más, más y más, aunque eso la llevase a perder la cabeza, a perder todo signo de razonamiento, a olvidarse de la educación que había recibido, y que era ser una muchacha virtuosa, casta y decente para llegar al matrimonio como marcaba su religión.

Y de repente, él le levantó la falda y le bajó los calzones, viendo cómo ella se asustaba. Pero la calmó, le dijo que confiara en él, que iba a respetar el acuerdo y que lo único que deseaba, era darle placer. Y por algún extraño motivo, ella creyó en esas palabras y se dejó quitar los calzones y las enaguas y después la falda, quedando solo con las medias negras y los zapatos, sintiendo esa mirada azul, recorriendo todo su cuerpo, sintiendo que lo único que estaba tapado, protegido, eran las piernas hasta medio muslo, por las medias que se compró en Bloomingdale's; sintiendo cómo ese hombre miraba su pubis de rizos rojos oscuros, cómo seguía la longitud de los muslos y volvía a mirar el triángulo velloso, subía hasta la minúscula cintura y clavaba los ojos en los pechos enhiestos, para darse cuenta de que tragó saliva despacio y sin más preámbulos la tomó por los hombros y la giró, poniéndola de espaldas a él, para seguir deleitándose con esas vistas.

La muchacha no vio la sonrisa maligna que surgió en la boca del hombre, al ver el temblor de la joven, pero, sobre todo, al contemplar ese culo... precioso. Tenía unas nalgas redondas, gorditas, duras, respingonas y una espalda grácil y esbelta como la de una bailarina. Era perfecta, la mujer más perfecta que hubiese visto hasta ahora.

¡Y estás hinchado de ver mujeres desnudas, cabrón! Ya te has olvidado de todas las que llevas probadas, de todas las cosas que has hecho con ellas, hijo de la gran puta, pero este bocado, es la perfección absoluta, es el sueño de cualquier hombre que esté sobre la faz de la tierra y que no sea maricón.

La mueca que surgió en su boca se podía interpretar como lasciva, como placentera, pero sobre todo era, depredadora, avariciosa, pura lujuria; y sintiéndose como lo que era, un vicioso pervertido, un saboteador de la condición femenina, se arrimó a la espalda de la muchacha, acariciando esas nalgas, agachando la cabeza para adaptarse a la altura de la chica y diciéndole al oído: que jamás había visto un cuerpo tan perfecto, tan bello como el que estaba tocando en esos momentos. Y ella se dejó, sin oponer la menor resistencia, notando esas manos en su trasero, recorriéndolo despacio, acariciándolo, colocándolas debajo de esas pompas deliciosas, y agarrándolo fuerte, pero sin hacerle daño, para después, deslizar los dedos por los costados, haciéndole cosquillas y sonriendo al oír la risita de ella. Pero esa risita enmudeció, cuando esos dedos se acercaron hasta la unión de sus muslos, pero no avanzaron, se quedaron jugueteando por los alrededores, martirizándola durante varios minutos, mientras la boca le besaba el hombro, el cuello, el lóbulo de la oreja y le recorría la nuca, con labios y con lengua, pero despacio, sin avasallar, para que ella sintiera todas y cada de sus terminaciones nerviosas, para que se diera cuenta de lo que él podía darle; él, y no otro.

Y entonces ella, dando un suspiro, sin poder seguir aguantando esa tensión, ese placer que le producía esa boca y ese martirio que le producían esas manos, se abrió de piernas y se pegó más a él y fue entonces cuando la mano se colocó encima de los rizos rojos y el dedo corazón se acomodó en el centro, en toda la rajita, y el hombre volvió a sonreír al notar la humedad.

Cielos, estaba mojada, tan mojada, que le produciría un orgasmo en unos momentos, y con ese pensamiento, deslizó el dedo arriba y abajo, masajeando el clítoris, pero abarcando toda la carnosa vulva con los otros dedos y sintiendo para su regocijo, pero también para su calvario, que ese culo respingón se pegaba contra su miembro que estaba tieso como el mástil de un puto barco.

Esas fricciones duraron unos minutos y al pasar ese tiempo, ella dio un gritito, juntó los muslos y colocó en pompa el trasero, más de lo que ya estaba, haciendo las delicias del hombre, que aprovechó para restregarse contra ese culo magnífico, como si fuese un viejo pervertido.

Jennifer estaba descolocada, febril, pero, sobre todo, abochornada. ¿Qué estaba pasando, qué había pasado, qué estaba haciendo, qué estaba sintiendo...? ¿Era esto lo que sentían, lo que hacían las prostitutas, era esto lo que no se debía hacer, era esto lo que castigaba tu alma al más horrible y caliente de los infiernos? Sí, esto no se hacía, porque las parejas, los matrimonios hacían las cosas al amparo de unas mantas, de una cama, que como mucho crujiría más o menos, mientras el hombre embestía y la mujer recibía; algo que duraría unos minutos, que haría al hombre disfrutar y a la mujer quedarse embarazada y se acabó la historia. Pero esto no había sido para tener niños, esto era una cochinada... le faltaban las palabras, porque lo sentido y vivido, superaba cualquier pensamiento, cualquier información que tuviese.

Se dio la vuelta muy despacio, aprovechando para coger aire y se enfrentó a él, vergonzosa de las palabras que iba a pronunciar y de su propia desnudez, ante el hombre que permanecía vestido y que le había provocado esos placeres tan lascivos y pecaminosos, primero con la boca y después con la mano.

Por Dios Santo, Jennifer, vas a ir derechita al infierno, nada de purgatorio, derecha al infierno. Madre mía, si mi querido padre me está viendo desde algún lugar del cielo; porque seguro que él está en el cielo, Julia y Jeremy no lo sé, pero padre, sí. SÍ. No pienses en eso, no pienses, por lo que más quieras.

—Esto no se hace. La iglesia las castiga, las prohíbe, ¿verdad que sí? — la voz salió susurrante y él tuvo que leer en los labios lo que sus oídos creyeron escuchar.

Y él se recreó con esa visión y deslizó un dedo por la suave piel de la mejilla. Era quince años mayor que ella y degustaba en su boca la sensación de estar pervirtiendo a una criatura inocente, a una ferviente católica, a una pudorosa niña; y se sintió vivo, más vivo que nunca. Por Dios que sí, esto era lo que necesitaba en estos momentos para darle un aliciente a una vida llena de trabajo, estudio y follarse a todas las mujeres que tardaban cinco segundos en abrirse de piernas; las prostitutas no contaban y la esposa tampoco.

—La iglesia no nos ve, nadie lo sabe, ni lo va a saber. Quiero que goces como lo has hecho, porque me agrada, porque disfruto de cada momento, disfruto de cada gemido que sale de tus labios cuando te corres y quiero que seas así, como eres. Tú misma, tú al natural. Esto será un secreto entre los dos y te puedo asegurar, que no va a caer ningún rayo encima de ti por dejarte

querer, por disfrutar del placer que te den mis manos, o mi boca, por el placer que se apodere de tu cuerpo y de tu mente, ¿entiendes lo que te digo? —Vio titubear a la muchacha. Diecinueve años de ferviente religión católica no se borraban de un plumazo; pero él lo iba a intentar y estaba seguro, o casi, que lo conseguiría. Sin contar con que esto, le añadía un plus a su vida. Hasta que se hartase de ella.

—Sí —volvió a susurrar sin dejar de mirarlo.

Él la cogió de las manos y la sentó en el sofá. Y ante el desconcierto de ella, de esos ojos que lo miraban como si fuese un dios, o por el contrario el mismo diablo, se colocó de pie, enfrente de ella y se tocó el bulto de su erección.

—Tócame —la orden fue hecha con suavidad, pero era una orden.

Ella, con los ojos abiertos de par en par, miró ese bulto en los pantalones, sabiendo de sobra lo que significaba. No era tan tonta en ese sentido. Pero a pesar de que sentía cierta repulsión, también sentía una curiosidad malsana que hizo mover su mano y acercarla despacio a ese bulto. Tocó con recato, con delicadeza y miró el rostro del hombre que se mordió el labio inferior, igual que hacía ella muchas veces.

—¿Duele? —preguntó con temor. Pero al ver la torcida sonrisa, supo que no y supo, que eso a él, le gustaba.

—No, cariño. No duele nada, solo es el comienzo del placer que se avecina. ¿Quieres tocarla? —Nerviosa como estaba, no se daba cuenta de que ahí sentada, con esos pechos redondos, esos pezones duros y esos muslos largos y prietos, queriendo esconder los rizos sin conseguirlo, lo ponían ardiendo como una antorcha.

A él, que había tenido a varias mujeres al mismo tiempo, que mientras se comía la boca de una, la otra le comía la polla; a él, que había compartido mujeres con otros hombres, que mientras uno se la follaba, el otro recibía una felación... ahora, con esta muchacha, estaba más cachondo que en esas ocasiones ya vividas y casi olvidadas, porque esas mujeres eran unas putas en toda la extensión de la palabra, aunque no ejercieran la profesión, pues más de una, tenían maridos e hijos y, sin embargo, estaban dispuestas a cualquier orgía que les alegrara su vida de perfectas anfitrionas y castas esposas.

—Abre la bragueta —pidió la voz raspando el aire y para su asombro, ella obedeció sin rechistar, desabrochando los botones y sacando un miembro largo, gordo y duro como una piedra, pero suave como la seda, que tenía la tendencia de irse hacia arriba y contra el propio cuerpo de él.

Ella miró ese apéndice, asombrada, curiosa y sorprendida; y él, se maravillaba de cómo esos enormes ojos miraban su verga como si fuese algo extraordinario, algo nunca visto, que podría producir curiosidad y rechazo a partes iguales.

—¿Nunca habías visto una? —Una, repitió ella mentalmente.

¿Era femenino o masculino? Ahora, justo en ese momento, se dio cuenta, de que a veces, a escondidas escuchó frases sueltas en las que se mencionaba esa parte masculina, y la manera ordinaria era llamarla «polla» y la forma más fina o elegante, era pene o miembro, pero desde luego, una mujer decente jamás emplearía ninguna de las tres.

A la pregunta hecha por el hombre, desplazó la mirada hasta ese rostro tan atractivo y negó con la cabeza, para volver a mirar esa cosa que crecía de esa manera y como si la mano no le perteneciera, acarició desde la punta hasta la base, provocando que el hombre respirara profundamente y notando que le gustaba. Y a ella, ¿le gustaba también? La respuesta fue sí. No solo era curiosidad, era atracción, era un placer morboso el que sentía en acariciar ese miembro asombroso y al mismo tiempo abrir sus muslos para que los ojos azules mirasen el interior. Era como si sus manos fuesen solas, era como si esas caricias que le iba a regalar fuesen tan perturbadoras, tan embriagadoras, que volvía a sentir un tremendo hormigueo en sus partes. De manera, que no se lo pensó más, y así lo hizo. Pasó sus dedos largos y delgados, esos dedos acostumbrados a trabajar los bordados más elaborados y delicados, o a atender a un bebé en los cuidados fraternales, deslizándolos de arriba abajo, para luego abrazar con sus dos manos y acercarla a la boca entreabierta, mirando la punta rosada.

Brandon estaba en ascuas, aguantando la respiración, creyendo por un momento que se la iba a meter en la boca por iniciativa propia, pero no, no iba a ser así, porque ella la miraba con una curiosidad fuera de lo normal. Era más bien, como si estuviera investigando con los ojos, pero sin soltarla de sus manos, asombrada por su tamaño, a lo ancho y a lo largo, mirándola sin pestañear y sintiendo que se excitaba otra vez y sintiendo deseos de actuar de manera vulgar. Y fue en ese momento cuando abrió esos muslos gloriosos, de par en par, sin vergüenza alguna, con esas medias negras que le llegaban por encima de las rodillas al estar sentada, y mostró esa vulva enrojecida e hinchada, rodeada de rizos rojos como brasas, mientras sus manos seguían tocando el pene con una suavidad que volvía loco al hombre. Y ya, sin poder aguantar ni un segundo más, contemplando esos pechos y esos muslos

abiertos, mostrándole toda la carne de pecado, soltó un chorro de esperma salpicando la carita de sorpresa y manchando esos magníficos pechos, que habían pasado con mucho sus expectativas.

Muda de asombro, ella siguió mirando la punta goteante y las manos, que en momento alguno soltaron el pene, se movieron por el recio tronco, mojándose con el semen, jugando con el líquido lechoso y disfrutando, de que siguiera tieso y duro. Elevó la cara hacia él, para ver que respiraba despacio y que no dejaba de mirarla, sorprendido, pero de forma distinta a la de ella.

—¿Esto es lo que hace los bebés? —la pregunta fue hecha con tanto candor, con tanta inocencia, que resultaba fuera de lugar.

Ahí, prácticamente desnuda, con los hermosos pechos, tiesos, salpicados con su esperma y esos muslos largos, esbeltos pero fuertes, pero ahora cerrados, dejando ver, solamente la cumbre de esos rizos... y esa boca, ¡qué boca por Satanás!, preguntando si la puta leche que acababa de soltar por la puta polla, era lo que hacía bebés. Estaba sorprendido, extasiado y una palabra le vino a la mente: feliz.

Cuánto tiempo hace que no te sientes así, cabronazo, cuánto; y lo que es peor, cuánto tiempo te va a durar... hijo de la gran puta.

—Sí —fue la seca respuesta.

Retiró las delicadas manos de su todavía enhiesto miembro, para encerrarlo a cal y canto dentro de los pantalones. Sacó un pañuelo de un bolsillo para limpiar el rostro de la muchacha, los pechos, pero sin entretenerse demasiado y después esas manos delicadas que había sentido abrazando su miembro como la más fina de las sedas.

—Anda, sube a mi habitación y arréglate. En el baño tienes todo lo necesario y si te hace falta algo, no tienes más que pedírmelo. Vamos, pequeña, eres demasiado tentadora para seguir desnuda delante de mí y quedarme de brazos cruzados. —Ella lo miró con esos ojazos y se levantó despacio sin quitarle la mirada de encima, al tiempo que sentía el azul de esa mirada, recorrerla entera.

Recogió sus ropas y se las colocó en un brazo, siendo muy consciente de cómo el hombre observaba todos sus movimientos, sin moverse del sitio, sin mover ni un músculo y sin pronunciar palabra. Una vez que llevaba todas sus prendas, menos la chaqueta, se giró y se dirigió hasta el fondo de la sala para dirigirse a las escaleras, mostrándole toda la retaguardia y sin ver, sin pensar, cómo él miraba esas piernas gloriosas, la esbelta espalda y ese precioso y

cimbreado culo, hasta que desapareció. Pero lo que sí supo, es que antes de girarse para irse, se fijó en la bragueta del hombre y vio que el bulto, ese bulto enorme, seguía ahí.

Y eso, eso era por ella.

CAPÍTULO 5

Bajó nerviosa, toda primorosa, pues había retocado las trencitas, solo por encima, con un poco de agua de rosas para recolocar algunos mechones, porque poco se podía hacer sin deshacerlas, refrescado el rostro con agua fría y colocado en orden sus ropas, pero sin olvidar ni un ápice de lo sucedido, sin dejar de pensar en ello constantemente, sintiendo el acaloramiento en su bello rostro, aun a pesar de que hacía algo de fresco y a más pesar, de haberlo refrescado varias veces en el cuarto de baño. Al llegar al salón, vio a ese magnífico hombre levantarse despacio del sillón donde esperaba y acercarse hasta ella, mirándola de esa forma tan apabullante que la dejaba sin aliento, que la aturdí y provocaba que su genio irlandés se escondiera no sabía dónde. Tímida a más no poder, temiendo que pudiera burlarse de ella después de lo sucedido, tal vez incluso insultarla para decirle que se había comportado igual que cualquier prostituta de la calle, se sorprendió al ver y sentir cómo tomaba su mano y posaba un dulce beso en la palma, que le produjo tantas sensaciones como lo vivido hace un momento. Sus mejillas enrojecieron al máximo y esa mirada azul la devoró sin decir palabra y sin soltar la mano. En silencio como estaban, llevó la otra mano al rostro y lo acarició con ternura, deslizando los fuertes dedos por la mejilla, para seguir por el perfecto óvalo y acabar rodeando la boca.

La falta de palabras hacía que Jennifer no entendiera qué estaba pasando, qué buscaba ese hombre en concreto, por qué la trataba de esa forma tan especial. Porque esas caricias le sabían a gloria y a pesar de ello, no sabía qué pasaría, cuál sería el próximo movimiento de ese misterioso hombre, que cada vez le resultaba más enigmático y... peligroso. Estaba en la cuerda floja y así lo sentía. Y cuando esa hermosa boca se movió, ella clavó la mirada en esos labios, esperando las palabras, esperando no sabía qué.

—Eres preciosa. Eres tan bella, que cuesta un trabajo enorme quitarte los ojos de encima. —Hubo una pausa y sin dejar de mirarse, él siguió acariciando la suave mejilla—. Pero no solo eres hermosa por fuera, eres inteligente, valiente y astuta. —Volvió a hacer otra pausa, sabiendo que la

muchacha esperaba más y que estaba nerviosa temblando como una montaña de nata, después de lo sucedido y pesando en el futuro—. No me defraudes, no te dejes influenciar por libros escritos hace más de mil años, sigue tu instinto, es lo único que debes hacer. Pero no olvides una cosa, he prometido protegerte, al niño y a ti; y yo cumplo mis promesas. —Hizo una pausa y la gravedad de su voz, preguntó—: ¿Cumplirás tú las tuyas? —Ella cogió aire y sin retirar la mirada, ardiéndole la mejilla donde él tocaba, decidió que haría lo que ese hombre le pidiese, aunque ardiera en el infierno.

Qué se le iba a hacer, pues se hallaba en una vorágine que no podía controlar, que era superior a todo lo vivido, que apenas era nada, y a todo lo imaginado, que nada tenía que ver con lo que había experimentado.

Perdóname, Virgencita, perdóname, porque acabo de descubrir la perdición; este hombre será mi perdición. De verdad que lo siento, de verdad de corazón, pero esta puerta que se abre, quiero traspasarla, de hecho, he entrado en tromba, y perdóname Señor, pero me ha gustado. Mucho. Me siento pecadora, sí, pero una pecadora feliz.

—Sí. —Según sus labios pronunciaron el sí, la cabeza morena se agachó despacio y capturó su boca, besándola con suavidad. Lamió sus labios, cogiéndolos entre los suyos, primero uno y luego el otro, saboreándolos a placer. Con esfuerzo la dejó, se separó de ella y cogiendo la chaquetita se la puso.

—Vete. Vamos —le ordenó con suavidad, viendo cómo ella no titubeó, y fue hasta la puerta, la abrió y antes de salir y cerrar, miró al hombre que permanecía en el mismo sitio y que no dejó de mirarla en ningún momento, sin un pestañeo por leve que fuera.

La biblia había quedado abandonada encima de la mesa y el hombre, al quedarse solo, se movió despacio, la cogió, la contempló durante un buen rato y se la guardó en un bolsillo de la chaqueta.

Al día siguiente, cuando la joven vio la biblia encima de la mesita de noche, la guardó en el fondo del baúl, sin comprobar si estaba la fotografía. Pensó que era mejor dejarla de lado, al menos por el momento, en estas circunstancias, no era cuestión de martirizarse leyéndola, siendo consciente de lo pecadora que era, de que leerla, sería como ensuciar esas páginas que había tocado su padre miles de veces, y de esa manera, escondiéndola en el fondo del baúl, podía sentirse menos mala y olvidarse por un tiempo del libro

de cabecera de la familia que ya no estaba con ella.

Y debería decirle a Betty, que ahora no era el momento de visitar la iglesia, la iglesia católica a la que la criada la iba a llevar. No, lo siento, no es el momento y no voy a comportarme como si nada pasara, no voy a ir a la iglesia a confesarme con un cura que no conozco, por muy católico que sea. Además, he dado mi palabra y tengo que cumplir con lo acordado, eran sus pensamientos, su forma de convencerse para que la situación pareciera menos sucia. No iba a comportarse de forma hipócrita, no se daría golpes de pecho, ni pensaría que era una inocente muchacha a la que habían engañado, porque no era así. Ese hombre puso las cartas sobre la mesa y boca arriba, no había engaño de ningún tipo; protección por placer, o placer por protección. Bueno, fuese como fuese, ella tendría protección y a la vez recibiría placer, de eso no cabía duda, ya había tenido una muestra, pero ahora, le preocupaba el presente, la realidad palpable, los seres humanos; ni los muertos, ni los personajes de la biblia, que como había dicho su hermana más de una vez, ¿quién nos dice que las cosas aquí escritas sean ciertas?, ¿quién nos dice que fue algo inventado para manipular a las personas...?, pero, sobre todo, lo que más le mantenía los nervios a flor de piel, era esa sensación de que a partir de esa experiencia, se movía entre dos aguas. Esperaba la llamada de él, y cuando esta no se producía, acabando el día y llegando la noche, la desilusión la inundaba de una manera extraña. Ella sola se mentalizaba, de que así eran las cosas, de que había entrado en un mundo peligroso y que debería mantener la cabeza fría y no dejarse llevar por sentimentalismos. Él, debería cumplir su promesa: respetar su virginidad; ella debería darle el resto, lo que fuese, lo que significara cualquier cosa que no entrañara la pérdida de su virgo. Hasta que él se cansara, porque una vez que eso ocurriese, punto y final. Pero teniendo para siempre su respaldo, siempre su protección, pues así lo había dicho.

Por descontado, no podría permitirse debilidad alguna, ni ser tan tonta de pedir más, o dejarse llevar por la pasión y acabar con un embarazo no deseado y, sobre todo, no enamorarse de ese hombre. Eso no debía ocurrir jamás. Nunca, ni por todo el oro del mundo. Nunca. A pesar de ser el hombre más atractivo del mundo, a pesar de sentir esas cositas en el estómago cada vez que pensaba en él, a pesar de pensar en él cada momento, no podía perder el sentido común, ni por esos ojos, ni por esa boca, ni por esa voz, ni por esas manos... ni por lo otro.

Jennifer, pecadora, arderás en el infierno cuando mueras, en lugar de ir

con mamá y papá, con Julia, arderás entre las llamas más horribles por ser una mujer débil y pecadora. Por ser sucia de pensamiento y de obra... por comportarte como una vulgar mujerzuela... aunque ese hombre no llegue hasta el final...

Pero, por otro lado, eso quedaba muy lejos, la muerte quedaba muy lejos, pues tenía buena salud y a no ser que ocurriera una desgracia, pensaba vivir mucho tiempo, con lo cual, debía de pensar en una personita: Jonah; y si todo este pecado servía para proteger a su niño, pues que así sea. Estaba decidido, era su destino proteger a ese niño, que era su vida, lo más importante que tenía; así que, dejaría que ese hombre disfrutara de su cuerpo y si no podía evitarlo, ella gozaría con él. Ese fue su pensamiento final, su propia sentencia, mientras cosía uno de sus preciosos fajines con idea de regalárselo a Betty, que siempre se quedaba prendada viendo la destreza que tenía con la aguja, cuando de repente, esta entró en la alcoba como una tromba, haciendo que el bebé dejara su llamativo sonajero y mirase a la criada con una sonrisa, que como decía la misma Betty, daba ganas de comérselo a besos, no una, sino montones de veces. Pero esta vez no se paró enfrente de la cuna para contemplar al bebé y decirle tonterías.

—¡Ay, señora! ¡Qué susto! ¡Pero qué susto! —La pelirroja dejó la tarea y la miró esperando que siguiera hablando—. ¡Dios Santísimo que estás en los cielos! Menos mal, que al final todo se ha quedado en un susto... porque si no, menuda desgracia, tremenda, pero tremenda desgracia. —Jennifer ya estaba de los nervios y se levantó de un brinco para preguntar.

—¿Qué ocurre? Habla, vamos —le recriminó. La criada, cogió aire y haciendo una caricia al bebé, pero mirando a la señora, le explicó de manera entrecortada.

—Ha habido un accidente en la obra. Estaban... estaban en el último piso y uno de los obreros ha tropezado con algo y sin más... iba directo al vacío, desde el noveno piso, imagínese. Pero el señor Cooper, que estaba ahí, se ha lanzado a por él... Dios del cielo... justo cuando caía y el hombre se ha quedado colgando y el señor Cooper agarrándolo por un brazo, hasta que han llegado en su auxilio. Si no es por el señor, se habría matado, y así, ha terminado con un brazo roto... y el señor también lleva el suyo, con el que lo ha agarrado, en cabestrillo por orden del doctor. Le ha dicho algo de la liga no sé cuántos y que tiene que llevar el brazo cobijado en el pañuelo durante una temporada. Hasta que se cure el hombro. Ay, señora, toda la ciudad habla de ello. Unos dicen que el señor está loco, que a quién se le ocurre, que no

será el primero ni el último que se cae de un edificio en obras, que eso ocurre cada dos por tres... y más ahora que hacen esos rascacielos, que cada vez añaden más y más plantas. —Betty seguía hablando, sin percatarse del miedo en los ojos dorados y de otra cosa más... asombro y turbación y excitación. Ese hombre era un héroe, había salvado a un pobre obrero, a riesgo de perder su propia vida... y eso le gustó, produciendo en su interior un hormigueo que le recorrió todo el cuerpo, una excitación excesiva.

—¿Seguro que el señor Cooper está bien? ¿Estás segura? ¿Lo has visto? —el bombardeo de preguntas hicieron sonreír a la criada. Se permitió poner la mano encima del brazo de la joven, para calmarla, para que no se preocupara.

—Tranquila, señora. Está bien. Yo no lo he visto, pero otros sí; el de los ascensores, el recepcionista de turno y camareras del hotel. Las camareras. —Dejó los ojos en blanco, sin ser consciente de la mirada de Jennifer—. Santo Dios, se lo comen con los ojos cuando él no se da cuenta. O sí se da cuenta, se hace el tonto, porque son unas... qué palabra utilizar, cuál sería la más correcta... descaradas, eso es lo que son, por no decir otra cosa. En fin, donde no hay vergüenza... ha sido así durante toda la vida. —Parecía que hablase más consigo misma que con la asombrada Jennifer. Y como volviendo a la realidad de todo el meollo, la criada miró esos llamativos ojos y continuó—: Me han dicho que llevaba unos rasguños en la mejilla, que se lo hizo al tirarse al suelo y lo del brazo y ya está —fue terminar esa frase, cuando se escucharon pasos y de repente, él estaba en la habitación.

Jennifer se quedó mirando como una boba y la criada se apartó a un rincón, intentando desaparecer. El bebé se excitó ante la imagen del hombre y gateó hasta los barrotes de la cuna para llamar su atención. Cooper miró al crío y le hizo unas cuantas carantoñas y Jonah rio a carcajadas, pero lo que él quería eran brazos, y eso no iba a poder ser. Llevaba el brazo izquierdo acomodado en un pañuelo burdeos, que ataba al cuello. Sin chaqueta que cubriese esa espalda, que tapase ese torso cubierto con un elegante chaleco marrón oscuro.

La muchacha dejó vagar los ojos por esas caderas estrechas, ese estómago plano y esa anchura de hombros, que la hacía suspirar. No fue consciente de que Betty se deslizó en silencio para desaparecer de la habitación, pero él, sí. Se acercó hasta ella, mientras oía los grititos de enfado del chiquitín y con la mano libre, la cogió de la nuca y la besó en profundidad, saboreándola despacio con su ávida lengua, demorándose en esa

boca que aparecía en sus sueños y lo que era peor, en sus pesadillas. Ella suspiró y colocó las manos en la pechera del hombre, no pudiendo aguantar ese deseo que la embargaba.

Se miraron sin pestañear y ella logró decir, no supo cómo, pero lo dijo:

—Me alegro de que esté bien. Me alegro mucho. —El azul de esos ojos brillaba de una manera especial, pero sus labios no dijeron nada; solo, siguieron mirándola, devorándola y deseándola, hasta que el pequeño se puso a llorar, decidiendo que era la mejor manera de que ese hombre grande le prestara atención de una vez por todas.

—¿Qué pasa, pequeño? No te hago caso, ¿eh? Solo tengo ojos para tu mamá —ante esas palabras, ella enrojeció y él lo vio y sonrió—. Cógelo, Jennifer —ordenó esa voz ronca y varonil, mientras miraba al bebé, sin saber lo que ese sonido producía en el interior de la chica, o tal vez sí.

Que la llamara por su verdadero nombre y que hubiera utilizado la palabra mamá, la llenó de gozo. Ella obedeció y al ver que él le ofrecía el brazo libre, donde la manga de la camisa estaba enrollada hasta cerca del codo y dejaba ver un antebrazo fuerte, con un suave vello oscuro y unas gruesas venas marcándose por el interior, colocó al bebé ahí, intentando no mirar demasiado esa parte descubierta, como si fuese un pecado, como si no hubiese visto otras venas marcadas en un órgano más íntimo, algo que no debía ver una mujer soltera; una mujer decente. Desvió esos pensamientos, mirando al bebé y sonriendo al oír las risitas que salían por esa adorable boquita, mientras tocaba la cara del hombre, y pasaba los deditos por dos arañazos sin importancia, para seguidamente fijar sus ojazos azules en ese pañuelo donde estaba el otro brazo y recordando el suyo, el de la pelirroja, donde él iba metido, quiso meter sus piernecitas, con gran destreza y con ánimo de conseguirlo al precio que fuera.

—No, Jonah —fueron las palabras de la joven—, no puedes meterte ahí. No es tu pañuelo y le harás daño. —El hombre la miró de manera enigmática y ella volvió a enrojecer, mientras tocaba las piernecitas regordetas del bebé.

—Tranquila, no me hace daño. —Sus ojos se miraron durante unos instantes, más era imposible, pues el pequeño requería toda la atención del hombre y al sentir que ese brazo fuerte lo elevaba como por encanto, soltó una carcajada que hizo reír a la pareja. Quien los viera así y no los conociese, pensaría que eran una familia, una hermosa pareja con un bebé tan hermoso como ellos; fue el pensamiento que pasó por la mente del hombre y no supo por qué, ya que no era dado a sentimentalismo y lo que sentía por esta

preciosa pelirroja era un deseo sexual fuera de lo normal, nada más. En cuanto se cansase de ella, todo volvería a la normalidad, a la rutina de todos los días, con los problemas que surgían a cada momento... y ella, quedaría en el olvido o como mucho, como un succulento recuerdo.

Nada más.

—Esta noche vendrá un criado a buscarte para cenar conmigo y unos invitados. ¿De acuerdo? —Qué iba a decir ella... pues lo que salió por sus labios, lo que él deseaba oír. No se reconocía, comportándose de esa manera, igual que una cortesana, que una esclava, o como una tontorróna de remate que no sabía manejar a un hombre de semejante calibre.

—Sí —susurró, sin dejar de mirar el azul del hombre y el azul del niño, sintiendo lo mismo de todas las veces que los veía juntos; que podría pasar por padre e hijo.

En esos momentos, que Jonah quería agarrar el pañuelo, él se inclinó y besó la boca de la muchacha, de una manera tan suave, tan electrizante, que le temblaron las piernas. El bebé, al ver cómo juntaban las bocas, comenzó a gritar y a dar palmaditas en las caras de ambos, loco de contento, pues algo así no lo habían visto sus inocentes ojos y le gustó. Tanto le gustó, que el pequeño también quiso juntar su carita.

—Este pequeñajo no me va a dejar hacer lo que más me gusta, besarte, aparte de otras cosas. —Ella estaba atontada ante las palabras del hombre, hechizada ante esos besos y como una tonta, se echó a reír.

—Quiere ser el protagonista —dijo, al tiempo que extendía los brazos para que se lo diera—. Pesa mucho, déjemelo. —Él obedeció y al dejarlo en sus brazos, rozó los pechos de la muchacha, con toda la mala intención, y ella, ya no pudo aguantar la mirada.

Ruborizada, se puso a recolocar la camisola del bebé, no viendo la sonrisa que afloró al semblante del hombre.

—Te veo esta noche. —Bajó la cabeza y volvió a besarla, mientras notaba las manitas del crío enredando en su negro cabello.

Besó al pequeño en la frente y dedicándole una mirada más a la pelirroja, abandonó la habitación, siendo muy consciente de la turbación de la muchacha y sin pensar lo más mínimo que podía hacerle un daño irreparable.

¿Qué era la ética para él?, ¿existía para él, o solo para el resto del mundo? A Brandon Cooper no le importaba en absoluto la ética, qué estaba bien, qué

estaba mal, esto se hace, esto no se hace. Ser un mal hombre estaba mal, irse de putas también, no cuidar de tu familia, tener una amante, o dos, practicar orgías, no tener escrúpulos, no ser religioso, blasfemar, no creer en nada, amasar dinero a mansalva... no le preocupaba nada de eso; porque él, se iba de putas, podía ser el más canalla del mundo si se lo proponía, se acostaba con las mujeres que le daba la gana, se había emborrachado hasta caer al suelo y había probado otras muchas cosas, de las que no estaba orgulloso, pero lo había hecho, porque era un hombre que actuaba de dos maneras opuestas, o pensaba mucho algo, o no lo pensaba nada. Por ese motivo, cuando vio a ese obrero que tropezaba con una tubería y que, dando un traspiés, iba directo al vacío, no se lo pensó y fue a por él, sin pensar que podían caer los dos, que podían matarse, simplemente lo hizo, porque a él le gustaría, que, de verse en una situación semejante, alguien hiciera lo mismo por él. Ni se sentía un héroe, ni quería el reconocimiento de por vida, ni por un momento; de hecho, eso ya había pasado y le molestaba que se lo estuvieran recordando o que los empleados del hotel lo mirasen como si fuese un dios, especialmente las doncellas y camareras. No se congratulaba con su forma de ser, simplemente era así y no le daba más importancia, fuese malo o bueno, y personalmente, no se consideraba buena persona, en todo caso, se consideraba pragmático.

Carpe diem.

Sin más.

Su padre se dedicaba al comercio y tenía varias tiendas en Sacramento, varios almacenes, un pequeño hotel y algunos inmuebles, todo cimentado en una pequeña fortuna que hizo el padre de su padre con el comercio de pieles y algo de oro encontrado en los ríos, cuando descansaba del oficio de trampero. Al cumplir quince años se fue a Oregón, a la universidad de Corvallis y a los diecisiete puso rumbo a París para estudiar ingeniería y arquitectura. Pero el tiempo que estuvo en Oregón, donde él y su padre habían nacido, hizo otras cosas además de estudiar. Fue seducido por una viuda, quince años mayor, que le enseñó todo lo que había que aprender sobre sexo, sin tapujos de ninguna clase y como una forma de disfrutar de la vida, sin reparos ni miramientos, y cuando llegó el momento de irse a Europa, la mujer montó en cólera, exigiéndole que se quedase o que la llevara con él. En aquella época, Brandon aparentaba cuatro o cinco años más de los que tenía y su carácter ya mostraba la falta de ética y muchas veces, de sentimientos. Esa mujer era muy, pero que muy atractiva, y sabía cómo

complacer a un hombre de cien formas distintas, sin ningún tipo de pudor, utilizando las manos, la boca, la vagina, los pechos, todo su cuerpo, cualquier cavidad, hendidura o elevación, para dar placer y para dárselo a ella misma, pero Brandon pensaba que, igual que ella habría otras, y si esas no sabían, ya les daría las pautas a seguir. No estaba enamorado de esa mujer; encoñado sí, durante un tiempo, los primeros meses, pero según pasaba el tiempo, era cada vez más absorbente y lo que era peor, histérica y controladora, comportándose unas veces como si fuese su madre y otras, como una auténtica cortesana del placer, obsesionada con el sexo, pero, sobre todo, obsesionada con él; y ambas cosas le empezaban a cansar. Para él, el haber tenido una amante mayor, lo consideró una experiencia, una forma muy placentera de conocer el carácter de las mujeres, porque al final, todas eran iguales. Con las que eran de su edad o algo menor, ni se le pasó por la cabeza consumir el acto, ni loco, como mucho, besos y toqueteos y se acabó, aunque más de una quiso llegar al final para agarrarlo por lo huevos y cortar su libertad por lo sano. Pero eso no era problema para él, ya que tenía muy claro las prioridades en su vida, y en esos momentos no entraba para nada una relación de pareja y menos de matrimonio e hijos. Ni loco. De esta manera y con este enfoque, el acostarse con una mujer mayor que él, pero atractiva y muy complaciente en la cama, era una buena opción y sabiendo que era viuda y no tenía hijos, estaba al corriente por haber escuchado a la criada cuchicheando con el jardinero sobre los hijos que tuvo el marido, pero que ella fue incapaz de concebir, le daba la libertad de liberar su miembro dentro de ella, con la plena seguridad de que no se quedaría embarazada. Y a pesar de su juventud, sabía que tarde o temprano tendría problemas, siendo consciente de la obsesión que estaba anidando en el cerebro de esa mujer y que los celos y la diferencia de edad, harían acto de presencia tarde o temprano.

La tormenta se desató antes de irse y la sórdida historia que ella escondía, fue puesta al descubierto. Era la hermana pequeña de su madre, es decir su tía y cuando los oídos de Brandon escucharon esa barbaridad, no quiso creerlo; pero cuando ella le dijo: *«pregúntale a tu padre, él me conoce bien, no creo que se haya olvidado de mí. Cuando tus padres se casaron, yo tenía quince años y estaba locamente enamorada de tu padre, pero él no estaba por mí, solo tenía ojos para mi hermana, tu madre, que ya estaba encinta, así que, me fui, me alejé de ellos y de todo lo que representaban, yendo a parar a Luisiana y casándome con un hombre que me dio todo lo*

que quise, pero no lo amé, solo amé lo que representaba, el valor material de lo que me dio. Cuando enviudé, decidí volver y me enteré de que mi hermana murió al poco de tenerte y que tu padre se volvió a casar... y supe de ti, y te vi, y decidí que serías mío, que seducirte sería una de las mejores experiencias de mi vida... y no me arrepiento. Lo único que siento es no haberme quedado embarazada, pero eso ya lo imaginaba. Mi marido tuvo varios hijos, tres o cuatro, pero todos murieron en la infancia, de modo que sabía dónde estaba el problema, en mí. Una pena, pero así son las cosas. Cuando era casi una niña, intenté acostarme con tu padre, pero el hombre era muy honrado, amaba a mi hermana más que a nada, y a pesar de frotarme contra él como una perra en celo, de rozar mis pechos contra su brazo o su espalda cuando pasaba a su lado, como una puta caliente y deseosa, no quiso cuentas conmigo. Odié a tu madre con toda la fuerza de mi ser, a pesar de ser buena y cariñosa con todo el mundo, incluso conmigo; le deseé la muerte mil veces para que tu padre se fijara en mí, para ocupar su puesto y en lugar de eso, se quedó embarazada de ti y fue superior a mis fuerzas, entonces me marché sin decir nada. Han pasado muchos años de eso, pero cuando supe de ti, cuando te vi, supe que tenías que ser mío; sería casi, casi, como si me acostara con tu padre. Aunque eres más bello que él y con lo que te he enseñado, eres el amante perfecto. No hay nada como tener una prostituta, para que te enseñe todas las técnicas amorosas; y eso es lo que fui desde que me instalé en Nueva Orleans, hasta que mi difunto esposo me sacó de ese lupanar. Así, si en el futuro le das placer a las mujeres, las haces gritar de gozo con tus manos, con tu boca y con tu polla, como haces conmigo, debes decir que se lo debes todo a las enseñanzas de tu tía materna, de tu tita querida».

Terminó el relato, haciendo un mohín con sus labios.

Brandon escuchó atento, sin interrumpirla, sin un movimiento de esas pestañas largas y negras que rodeaban esos preciosos ojos azules, que ya entonces podían ser fríos como el hielo o cálidos como el trópico, y las palabras que salieron por su boca, fueron pocas y explícitas: *eres una puta, peor que una puta, una degenerada.*

Ella se rio en su cara, le provocó y le irritó a partes iguales, pero el entonces muchacho, con cuerpo de hombre, aguantó estoicamente y ante sus amenazas de contarle a la familia, le dijo que le daba igual, que hiciera lo que quisiera, que a él no le importaba. Se iría a Europa y no quería volver a verla en la vida; si te vuelves a cruzar en mi camino, le dijo sin levantar la voz y

clavando esa mirada azul en el todavía hermoso rostro, te destrozaré, te haré quedar ante todos como la puta arrastrada que eres.

Y con esas palabras, salió de la bonita casa que ella había comprado a las afueras de Corvallis, y desapareció de su vida. Se suicidó con una combinación de pastillas para la tos, que llevaban cocaína y bórax, mezclado con unas tabletas de heroína y un jarabe recomendado para el asma y bronquitis que contenía: alcohol, opio y arsénico; machacó las pastillas para la tos y varias tabletas de heroína en un mortero, para después echarlo al jarabe y mezclarlo bien. No titubeó ni un momento, llevando la botella a la boca y tragando de una todo el contenido. Fue una muerte mala, muy mala, horrible sería el adjetivo más apropiado, pero nadie escuchó sus ahogados gemidos, ni, aunque hubieran sido gritos, pues no tenía vecinos y los criados con los que contaba, tenían el fin de semana libre. Fue la criada la que encontró el cuerpo sin vida de la mujer, gritando histérica y haciendo que el viejo jardinero fuese a su encuentro. Los síntomas de envenenamiento eran más que evidentes para el médico que firmó la defunción, y pronto se supo, por qué había acabado con su vida de esa manera, pues dejó una carta firmada por ella para las autoridades; pero no se conformó con eso, puesto que antes de tomar ese brebaje escribió una larga y explícita carta al padre de Brandon, dando cuenta de todas las cosas que había hecho con su hijo, siendo tan clara y detallada, sabiendo que cuando el padre leyera esa carta, esas frases, enrojecería hasta las raíces de los cabellos. Con ese acto, esperaba manchar la imagen del muchacho y aunque el padre y el abuelo siempre estuvieron de su parte, la madre de Jeremy utilizó esa información para difamar al hijo de su esposo, para decir a todo el que quisiera escuchar, que era un degenerado, que sabía de sobra quién era esa mujer y que no le importó hacer algo, que el mismo diablo se pensaría dos veces antes de practicar semejante aberración. Ella no pudo leer la carta de la muerta, pues el esposo la quemó una vez leída, sabiendo que, si esas sórdidas letras eran vistas por su esposa, aumentarían el odio que ya sentía por el chico. De modo que cuando Brandon se fue a Nueva York y partió para Europa, la madre de Jeremy pensó que no volvería más y cuando después de tres años, regresó hecho un hombre en toda la amplitud de la palabra, el odio y el rencor eran tales, que tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para que el esposo no fuese consciente de que tenía una mujer tan horrible. Después, el viejo Cooper murió y ella se alegró y más se alegró al ver que el hijo mayor se iba en busca de esa quimera, de esa cueva o mina de oro que constantemente

repetía el viejo y que ninguno creía que existiera. Deseó que le pasara cualquier desgracia, que no volviera nunca, que se rompiera una pierna en algún sitio desierto y muriese solo y abandonado, o mejor la crisma y así no habría posibilidades de que alguien lo encontrase con vida; pero eso tampoco ocurrió.

Lo que ocurrió fue, que su hijo querido, su hijo del alma, se marchó de su lado, diciendo que deseaba conocer mundo, que quería buscar su sitio y que hasta que no lo encontrara, no volvería. Pero ella no era tonta y sabía que su hijo estaba desbordado, que constantemente lo comparaban con Brandon y siempre salía perdiendo; sin olvidarse que ella puso su granito de arena, o más bien un buen puñado, cada vez que le decía: tú eres mejor que Brandon, si tú quisieras, podrías ir a la universidad, a cualquiera y superarías con creces a Brandon, vales más que él, él es un degenerado, no tiene sentimientos, no quiere a nadie, a nadie y tú, tú eres cien veces mejor, mil veces mejor.

Cuando Jeremy dijo que se iba, y no precisamente a estudiar, a ella por poco le da un ataque, calmándose un poco cuando el esposo comentó con voz pausada, que no se preocupase, que cuando gastara el dinero que le había dado, volvería al hogar. Pero eso no ocurrió. Ansiaba que llegara el correo, que llegara una carta del hijo desagradecido, y cuando eso ocurría y leía lo escrito, contándole cómo iba recorriendo pueblos, ciudades y estados y que no pensaba volver de momento, ella rabiaba y se amargaba más y más. Comenzó a odiar igual que a desear esas cartas, porque ninguna llevaba remite, ninguna le daba opción de poder ir alguno de esos lugares, porque sabía de sobra que cuando escribía, partía para otro lugar y no se molestaba en decir cuál. Estando las cosas de esa manera, cuando un día llegó el esposo, con una sonrisa de oreja a oreja, diciendo que Brandon había descubierto la mina del viejo, o eso pensaban y que después de deducir los gastos de extracción era millonario, el rostro de la esposa no se puso verde, porque era imposible y no soltó sapos y culebras por la boca, porque no era lo correcto, pero la rabia, la envidia y el rencor eran tales, que pensó que iba a explotar, que le iba a dar un ataque de un momento a otro. Pero lo que mostró al amado esposo, fue una radiante sonrisa y un: mira, qué suerte ha tenido, y todos que pensábamos que tu padre estaba como una cabra; a lo que el marido contestó, no ha sido suerte querida, ha sido trabajo, persistencia y mucho razonamiento.

Jamás quiso a ese niño y eso que cuando se casó con el viudo, el

pequeño no llegaba a los tres años y era tan hermoso y bueno, que habría sido el orgullo de cualquier madre. Pero esa madre no era ella, ese niño no lo había parido ella, esa simiente no había estado dentro de su cuerpo. Ella quería comenzar desde cero, quería formar su familia y por nada, quería criar al hijo de otra, especialmente, cuando sabía que su esposo había amado a la muerta con todo su ser y que, aunque no lo dijera, no la amaría con el mismo amor y la misma pasión que sintió por la primera. Y ese niño con el cabello negro, brillante y unos ojos azules grandes e inocentes, le recordaba todos los santos días que ella no iba a ser la primera y la única en darle hijos a su esposo. Que sus hijos, los que fueran, nunca estarían por delante de ese crío.

La señora Paterson era una mujer de estatura baja, llena de curvas y de rostro agraciado. Su cabello era de un rubio amarillo canario, seguramente aclarado con algún producto químico, con la finalidad de hacerlo más llamativo, y recogido en una catarata de rizos artificiales, con postizo incluido, que movía constantemente para que los demás se fijaran en ellos. A Jennifer le habría caído bien, a no ser porque en cuanto escuchó esa voz aflautada, la reconoció como la voz femenina de esa noche que se escondió detrás de la cortina. Quiso que la tierra se la tragase, ahí tienes bobita, compartiendo mesa y mantel con la amante del hombre que ha tocado tu cuerpo, pero eso sí, respeta tu virginidad... y encima con su marido. El señor Paterson, era un arquitecto que trabajaba para Cooper, algo más alto que su mujer, con el cabello castaño clareando por las sienes y por la coronilla, delgado como un palillo y con el atractivo justo para no desentonar con la regordeta rubia. Debían de ser de edad parecida a Cooper y este los trataba como lo que eran, un trabajador del más alto nivel y su esposa. En ningún momento notó familiaridad y ella, la rubia, se mostró educada y correcta, además de muy amable con Jennifer, preguntando por el bebé y lamentando la pérdida del esposo, dejándola sola y con un hijo tan pequeño y alabando que Brandon Cooper estuviera ahí para socorrerla. Esto último, le pareció a Jennifer que sonaba con segundas intenciones, pero lo dejó pasar. La indiferencia en muchas ocasiones era lo mejor. La conversación discurrió más tarde por otros derroteros, como la heroicidad que había hecho el magnate a riesgo de perder la vida y de la que todo el mundo hablaba hasta cansarse, adornando la historia de mil formas distintas.

—Ha sido temerario, Brandon —dijo Paterson, mientras se llevaba un

trozo de tarta de limón a la boca y miraba constantemente a la pelirroja, preguntándose si ahora dejaría de follarse a su mujer, teniendo a esa llamativa hembra a su lado, que le daba mil vueltas a la suya y hasta a la remilgada y estirada esposa que no quería vivir en Chicago—. Podría haberse matado. — Los ojos verdes de la señora Paterson miraban a Cooper, pero sin perder de vista a esa hermosa pelirroja, mientras pensaba cómo podía ser tan perfecta y si el hombre más hombre de la tierra se la estaría beneficiando, a pesar de ser la reciente viuda de su hermano y sabiendo que a Cooper nada ni nadie le frenaba.

—Déjelo pasar, Paterson. Estoy harto de ese tema y no tengo intención de recordar la experiencia —repuso el héroe, mientras le hacía una seña al camarero para que retirase los platos, fijándose en la pelirroja que apenas había hablado y se mantenía cabizbaja. No era tonta y estaba seguro de que había reconocido la voz de la mujer.

—Sí, sí, por supuesto. Pero no me negará que ha sido excesivo y si le hubiera pasado lo peor, imagínese —insistió el arquitecto a sueldo, dando a entender sin palabras, que habría sido el final laboral de mucha gente, si él hubiera muerto.

El imperio de Cooper era muy grande, pero todo dependía de él, todo lo controlaba él, aunque tuviera personas en diversas ciudades que le pasaban informes constantemente, por medio del telégrafo, del teléfono, e informes escritos, al final, la última palabra la daba él y a nadie se le ocurría actuar por cuenta propia, a no ser que tuviera un papel firmado por el jefe. Y sin olvidar, que era un hombre que pagaba bien, que no explotaba a la gente, lo mismo daba que tuvieran estudios o que no, reconociendo el trabajo que hacía cada uno y valorando personalmente la calidad y la cantidad de lo hecho.

—Vamos a tomar café y no aburramos a las damas con esta conversación. —De esta manera zanjó el tema, al tiempo que se erguía en toda su estatura, notando la mirada de la mujer de su arquitecto y pensando que debería ser más discreta y ayudando a Jennifer para que se levantara de la mesa, mientras Paterson hacía lo propio con su mujer y esta, trasladaba la mirada a la pelirroja, fijándose en cada gesto, en cada movimiento y sobre todo, envidiando esa figura esbelta pero con una buena delantera y esa estatura que la hacía grácil y elegante, a pesar de ir vestida de negro.

Vaya, le costaba trabajo reconocerlo, pero a esa pelirroja le favorecía el negro de una manera asombrosa, pero lo que era peor, estaba segura de que le pasaría lo mismo con cualquier color, imaginándose con vestidos rojos,

verdes o amarillos, ya fueran sedas, damascos, tules o encajes; seguro que hasta vestida de rosa estaría despampanante. Pero, sobre todo, ¿cómo podía tener esa piel tan blanca, tan condenadamente perfecta, sin una peca por minúscula que fuera, ni un lunar?, pues había observado cada detalle de esas esbeltas manos y de ese rostro tan llamativo como hermoso, y si no había pecas en esos lugares, era improbable que hubiera cualquier mácula por pequeña que fuera en ese cuerpo alto y esbelto, pero lleno de curvas. Por Dios Santo, si tenía unos labios tan gruesos que podían ser comparados con los de una negra y, sin embargo, en ella resultaban de lo más atractivo y por qué no decirlo, vicioso, pero no por ello, vulgar. Y con esos dientes blancos, perfectos, del tamaño justo, ni grandes, ni minúsculos que resultarían ridículos al rivalizar con esos labios; y para colmo, tenían un color rojo, como si se los hubiera pintado, pero no, no estaban pintados, porque después de comer de todos los manjares puestos para el disfrute de los comensales y de limpiarse delicadamente la boca con la servilleta de hilo, esos labios seguían igual de rojos que al principio y la servilleta no presentaba restos de carmín.

Cooper no iba a dejar escapar este bocado, estaba segura. Deseaba hablar con ella a solas, para observarla a sus anchas y sobre todo poder sonsacarla; pero se iba a quedar con las ganas al oír esa voz del este, modulada a la perfección, educada al máximo y un pelín fría; al menos eso le pareció a la que trataba de pasar por ser una mujer de rancio abolengo, pero criada en un hospicio y sin saber sus orígenes. Tal vez la preciosa muñeca sabía de su relación con el gran hombre, y estaba un poco celosa, tal vez quería ocupar un puesto importante en la vida de Brandon, pero que no olvidase la pelirroja de ojos dorados, que ese hombretón ya estaba casado y bien casado y que la esposa era una arpía con carita de ángel, que había sabido pescar al mejor partido de los Estados Unidos. Sí, no envidiaba a la pelirroja en ese aspecto, cuando tuviera que integrarse en esa familia, que segurísima estaba, no la iban a recibir con los brazos abiertos, en especial las mujeres, pero, sobre todo, la estirada y pretenciosa niña de papá, que era la esposa de Brandon Cooper.

—Me van a perdonar, pero tengo que irme. Mi hijo estaba un poco febril esta tarde y es probable que le haya subido la fiebre, y en esas condiciones se pone insoportable si no estoy a su lado. —No llegó ni a sentarse en uno de los cómodos sofás.

Brandon dejó que se despidiera de los invitados, viendo cómo Paterson se entretenía más de la cuenta en besar la preciosa mano y miraba más de lo

correcto la boca de la joven, y cómo la regordeta y lasciva esposa, la agarraba por las muñecas, cuando el marido la soltó, y echaba la cabeza hacia atrás para mirarla a los ojos y le decía con una sonrisa, que tenían que tomar el té una tarde o juntarse una mañana e ir de compras.

Brandon no perdió detalle de nada y notó la tirantez de esa larga y esbelta espalda y la falsa amabilidad de esa preciosa voz, que para los invitados resultó de lo más seductora.

—Es muy amable, señora Paterson y se lo agradezco. Pero estoy en un momento en que nada de eso me apetece, espero que lo comprenda y no me tache de maleducada, pero ahora, solo me dedico a mi hijo y a ir asimilando la falta de mi esposo. —Brandon no dejó de mirarla mientras pensaba lo bien que mentía la pelirroja.

—Oh, claro, querida. Lo comprendo perfectamente. Pero, de todos modos, si nos vemos por el hotel, me gustaría mucho conocer a su hijo. Los niños me enloquecen, me encantan y que, por desgracia, no tenemos. De modo que me agradaría sobremanera conocer a su pequeño, si no le molesta. —La sonrisa de la mujer era franca y Jennifer hizo un movimiento para soltar sus manos, recordando que esa mujer deseaba un hijo de Cooper.

—Por supuesto, señora Paterson. —Se dirigió hasta la puerta, seguida por Brandon.

Este abrió y una vez que quedaron ocultos a las miradas del matrimonio, él cogió una de sus manos y se la llevó a los labios, mirándola fijamente.

—No cierres la puerta esta noche. No te asustes cuando llegue. —Ella enrojeció ligeramente, mientras él volvía a besar los nudillos. Cuando la soltó, recogió el vuelo de su nuevo vestido de seda negra y desapareció tan deprisa que Cooper no pudo evitar una media sonrisa.

Bien, ahora aguantaría un rato, máximo una hora con los Paterson, para relajarse después.

Se movió con el mayor silencio, aunque una vez que ese pequeñajo dormía, era difícil despertarlo. Guardó el hermoso vestido en el armario y se puso su austero camisón, sin poder evitar un temblor que le recorrió el cuerpo entero. Sus pensamientos no cambiaban y no dejaba de imaginarse a esa mujer y a él, haciéndolo en el salón. Santo Dios, qué poca vergüenza, en el mismo sitio donde iban a tomar café, ella con su marido, con él, ahí, donde habían fornicado. Estaba furiosa, enfadada y deseosa de echar la llave; pero no hizo

tal cosa. ¿Por qué Jennifer, por qué le tienes miedo?, afirmó para sus adentros, le deseas, quieres que te desee, quieres quedar por encima de la señora Paterson, y al final, ¿qué?, ¿qué vas a conseguir con esto?

Movió la cabeza varias veces y siguió recogiendo. Déjalo estar. Jonah es el único que cuenta. Que él cumpla su promesa y yo cumpliré la mía. Con ese pensamiento, cerró las cortinas de la cunita, se metió en la cama y apagó la lámpara de la mesita.

Cuando oyó la puerta abrirse, no supo cuánto tiempo había pasado, pues se durmió nada más poner la cabeza en la almohada, a pesar de sus lúgubres pensamientos. Su cuerpo se puso en tensión al oír esas pisadas amortiguadas por la gruesa alfombra, y como si él tuviera ojos de gato, no tropezó con ningún mueble, notando cómo se acercaba hasta la cama, se sentaba en el borde, se quitaba los zapatos y se metía dentro, a su lado y vestido.

En la cena no había llevado el pañuelo para dar cobijo al brazo magullado y ahora tampoco, imaginaba ella, puesto que la oscuridad era casi total, pero el calor de ese cuerpo grande y fuerte era muy real. Notó las manos del hombre en su cabello, que a pesar de que lo trenzaba para dormir, esa noche lo había dejado suelto, y sintió un placer extremo al notar esos dedos masajeando el cuero cabelludo, para luego enredar los mechones en su mano y llevárselos a la cara, lentamente, despacio, sin prisas, aspirando el olor de esos rizos gruesos y sedosos. Las grandes manos jugaron con ese cabello durante unos minutos, embriagándose con ese tacto, con esa espesura, notando lo largo que era, agarrándolo con fuerza, pero sin lastimar, para evitar que ella se durmiera con esos toqueteos. Pero eso no podía ocurrir, porque Jennifer estaba en tensión, sin saber cómo actuar, qué hacer, si es que debía hacer algo o simplemente quedarse quieta y que él hiciera a su antojo.

Pronto lo supo. Sus labios rozaron la oreja y el áspero susurro le dijo que se quitara el camisón; lo habría hecho él, pero el hombro le molestaba. Le agradó de forma mayúscula, que actuase rápida y sin mojigaterías, quitándose de una el grueso camisón y acomodando la espalda desnuda a su cuerpo vestido. Ese contacto era erótico, era morboso. Pasó un brazo por debajo del cuerpo de la muchacha y el otro por encima y se dedicó a jugar con esos pechos duros, con esos pezones que ya estaban pidiendo guerra, aunque ella no lo supiera, a tocarlos, a acariciarlos, más suave unas veces y otras con un poquito de brusquedad, comprobando que eso le gustaba a la pelirroja, que apretaba ese culo firme y redondo contra su miembro y que ello, le causaba un gran placer y una inmensa tortura. Pero no importaba, su fortaleza estaba a

prueba de todo, incluso a prueba de ese culo perfecto, porque estaba seguro de que tarde o temprano sería todo suyo; ella, toda suya.

Los jadeos de la muchacha le dieron a entender que el sobeteo en los pechos había hecho su efecto, ya que restregaba su cuerpo de una forma descarada, aunque tal vez, no fuese muy consciente de ello. En esos momentos, podría haberse montado encima y haberla hecho suya, pero no era eso lo que le había prometido y no supo por qué, era tan importante mantener la honradez con ella, al menos, en ese detalle.

Jugaba con los pezones, que estaban duritos como piedras y besando la suave piel del cuello, sintiendo en su rostro sin afeitar, la suavidad de ese cabello, la maravilla de esa piel, cuando deslizó una mano por el estómago plano y siguió por el vientre redondito, jugueteando con el ombligo, haciendo como que bajaba, para volver otra vez al ombligo, al tiempo que sentía cómo esos muslos se abrían y se abrían, deseando que la mano del hombre llegara a ese rinconcito. Y al final, tuvo compasión de ella y colocó su mano grande encima de la vulva, abarcándola entera, aplastando los rizos y provocando con ello, que la muchacha soltara un suspiro ahogado y él una media sonrisa contra el sedoso cabello y mordiera suavemente el lóbulo de la orejita, mientras sus expertos dedos jugaban con el clítoris y ella se mordía el labio inferior para no gritar de placer.

No tardó ni dos minutos en tener un orgasmo, en tensar sus piernas y, sobre todo, sus pies, sin darse cuenta de ello; y fue tan fuerte, tan bestial, que se pegó a él con saña y suspiró entrecortadamente, sin terminarse de creer lo que ocurría en su cuerpo. Pero él no tuvo piedad, y metiendo un dedo dentro, notando cómo se tensó y diciéndole que no le iba a hacer daño, que su dedo no la desvirgaría, le hizo el acto sexual, metiendo y sacando el dedo corazón, para que ella fuese aprendiendo cómo sería tener algo dentro de su vagina, cómo esa sensación tan placentera iría despertando todos sus instintos para que tarde o temprano, quisiera más, para que fuese ella la que lo pidiera y así, no ser él, el cabrón. Y con ese vaivén, con ese mete y saca, con esa fricción en el clítoris, con esa mano y ese dedo que la martirizaba sin compasión y sin pausa, volvió a correrse tensando el cuerpo por completo y pegándose al cuerpo masculino como si fuesen uno solo. Y él disfrutó al ver que no ponía trabas a su sexualidad, siendo tan desinhibida, la pequeña católica. La abrazó rodeándola por completo, envolviéndola con su cuerpo, como si él fuese un caparazón protector, hasta que la respiración, poco a poco, se acompasó y entonces, la movió para ponerla frente a él y sin apenas verse, pues solo una

rendija entre las cortinas dejaba pasar el pequeño resplandor de una luna en cuarto creciente, fue pasando los dedos por el rostro, quedándose alrededor de la boca... y para su sorpresa, ella abrió los labios y chupó el pulgar. Él metió más el dedo, notando cómo esa lengua lo lamía una y otra vez y lo succionaba con esos labios gruesos que tanto le gustaban, sabiendo que ya estaba preparada para otra arte amatoria, pero no esa noche.

Sacó el dedo y frotó esos hermosos labios con la saliva de ella, bajó la cabeza y besó la boca entreabierta, saboreándola despacio, muy lentamente. Sabía que los besos le gustaban, sabía que llegaba a correrse con ellos y eso lo ponía muy cachondo, así que, se recreó con esa boca, lamió todo el interior, recorrió el paladar y los dientes con su lengua, para jugar eternamente con esos labios tan indecentes, tan llamativos, tan lujuriosos, acordándose cómo los había mirado Paterson; lamiéndolos, chupándolos, cogiéndolos con los suyos y tardando en soltarlos, mientras sentía las manos de ella en su pechera, los dedos agarrando la camisa y tocando los pectorales, como queriendo saber lo fuertes que eran, lo duros que estaban... y fue entonces cuando le vino otra vez y ella se derritió en sus brazos y él, sonrió satisfecho y un tanto asombrado.

Asombrado por él.

¿Dime cuándo has provocado placer a una mujer para no obtener recompensa? Nunca.

NUNCA.

Pero bueno, todo a su tiempo, todo llegaría y él estaba de vuelta en la vida; podía esperar y sin saber por qué, quería esperar, para saber en qué acabaría todo esto, si esta preciosa criatura era tan perfecta como aparentaba o simplemente era un espejismo. Y de repente, él se quedó quieto y ella, con las manos encima de esos pectorales, creyó quemarse las yemas de los dedos después de haber sentido esa marabunta de placer, esas sensaciones tan desbordadas que, por ley, deberían estar prohibidas.

A pesar de estar muerta de vergüenza y de sentir esas manos alrededor de la cintura y de la cadera, ella no movió las suyas, sintiendo el latido del corazón del hombre, sintiendo esa calidez que emanaba a través de la tela de la camisa y sintiendo esa dureza y esa amplitud del torso masculino. Entonces, la voz del hombre llegó a los oídos:

—¿Qué es ese olor? —fue la pregunta hecha en un tono bajo y casi rozando su oreja.

Ella también lo había notado.

—El bebé se ha hecho caca —fue la respuesta susurrada, mientras notaba esas manos acariciando su trasero de una manera lenta; recorriendo toda su amplitud hasta colocarlas debajo de esas hermosas redondeces, con una suavidad impropia en un hombre tan masculino, provocando que la joven no se moviera ni un ápice esperando el siguiente movimiento o palabra.

—Pues deberías cambiarlo. Anda, hazlo, quiero verte —fue el mandato del hombre. Ella se movió y encendió la pequeña lámpara y fue a coger el camisón. Pero una mano rápida se lo quitó—. Desnuda. Sin ropa —resonó la orden sin pizca de suavidad y ella enrojeció ante tal descaro.

Eso no era correcto, nada correcto, pero obedeció.

Se levantó y los ojos del hombre la recorrieron entera, fijándose en todos los detalles, calibrando ese cuerpo desde todos los ángulos y disfrutando con ello, al ver que, aunque se pusiera como una fresa, erguía su cuerpo en todo su esplendor, echando los pechos hacia adelante y moviendo esas piernas largas y torneadas de una manera provocadora, genuina y sensual. Los ojos azules no pestañeaban, no perdían detalle al ver cómo esos brazos delgados corrían las cortinas del dosel de la cuna y esas esbeltas manos quitaban las prendas al bebé dormido, mientras los pechos se balanceaban suavemente y las piernas estaban separadas dejando ver la mata de rizos rojos, o la hendidura de ese culo, según el ángulo o la postura que se colocaba durante esas maniobras, manipulando al bebé que seguía dormido como un tronco. Cuando terminó, él ya se había levantado y se encontraba a su espalda. Le rodeó la minúscula cintura con un brazo y la besó en el cuello, entreteniéndose, saboreando a placer, jugando con ella a su antojo, a su capricho, apretándose contra ese trasero redondo y duro, porque ese era su deseo, su juego... hasta cansarse. Como un juguete.

—Eres la criatura más hermosa que han visto mis ojos —le murmuró al oído—. No me importaría contemplarte el resto de mis días, después de hacerte el amor hasta agotarte, hasta que pidieras clemencia. Y si algún otro hombre quisiera lo mismo que yo, en estos momentos, sería su último pensamiento. —La volvió a besar en la delicada piel del cuello, sabiendo que dejaría rojez con su incipiente barba, pero le daba igual, necesitaba marcarla de alguna manera, para que ella recordara que ahora, era de él.

Notando el temblor de la muchacha, se separó y lanzando una mirada larga y oscura, salió de la habitación, sabiendo que estaba poniendo patas arriba el mundo de la pelirroja y no importándole lo más mínimo. Era la vida y había que estrujarla todo lo posible antes de que llegara lo malo; sin

olvidar, que otro tipo de sentimientos, no tenían cabida en Brandon Cooper.

CAPÍTULO 6

Él no le había dicho nada, pero se rumoreaba que pronto se irían de Chicago, pues así se lo contó Betty, añadiendo que llevaba mucho tiempo separado de su esposa, más de tres meses, y que debía hacer acto de presencia si no quería que las lenguas se desataran ante tanto abandono. Y el tiempo pasaba, Jonah ya tenía siete meses pasados y estaba tan grande que llamaba la atención de todo el mundo, incluso había rumores de que ese precioso bebé era hijo ilegítimo de Cooper, y a pesar de que los empleados del hotel se encargaban de sacar a las personas de su error, que al ver al bebé y a la pelirroja por el vestíbulo del hotel murmuraban: es el hijo de Cooper. Pero daba lo mismo, porque cuando la gente quiere creer algo, da igual las negaciones que haya al respecto; la voz se corre y uno cree la versión más interesante, o la más escandalosa.

Jennifer no estaba al corriente de todos esos chismes, cuando un criado se presentó con un cochecito de bebé en su habitación, dando lugar a un silencio total y una mirada escrutadora de esos maravillosos ojos, del artilugio en concreto, acordándose de los que había visto en Nueva York. Miró detenidamente el interior de ese habitáculo, comprobando que estaba acolchado y que era amplio y cómodo. Cuando un poco después apareció él, sonrió ante la inseguridad de la chica y ante la desconfianza que mostraba por ese cochecito de bebé.

—No me fío de esto. ¿Y si se me cae y le pasa algo? —se quejó mirándolo con esos ojos dorados, al tiempo que tocaba la capota del coche. Brandon sonrió y aprovechando que estaban solos y que el bebé dormía, le pasó una mano por el rostro.

—No debes preocuparte. El coche tiene una estabilidad perfecta, es difícil volcar —le aseguró sin dejar de mirarla.

—Pero no imposible —murmuró la muchacha, sintiendo calor en donde él posaba esos dedos largos, notando cómo movía la mano y la llevaba a la nuca acariciando el nacimiento del cabello, abarcando toda la zona.

—El niño pesa mucho, demasiado para que lo lledes en ese pañuelo que

te pones, que va a encorvar tu preciosa espalda. Ya verás cómo a él le va a gustar y tú manejarás este cochecito a la perfección.

—Pero es que él se mueve mucho y a lo mejor no va a querer ir acostado. —Él la devoraba con ojos de águila.

—No te preocupes, mira. —Dejó de tocarla y le enseñó que la parte trasera de la base se podía levantar de modo que el niño fuese sentado y que gracias a que el coche tenía profundidad, era muy difícil que le pasara nada malo. En ese momento, el bebé se despertó y al oír la voz masculina comenzó a gruñir para llamar la atención. Brandon aprovechó para coger al crío y colocarlo en el interior del coche, ante la mirada de sorpresa de la joven y la alegría del bebé que, al sentirse en ese nuevo juguete, se quedó quietecito, sentado y mirando a los dos adultos con devoción. Al ver que ellos lo miraban con gran atención, él se agitó un poco haciéndole gracia que esa cosa se moviera como si fuese un balancín o casi. Y eso sirvió para que Jennifer viera que tenía estabilidad y que parecía seguro y, sobre todo, que no lo extrañaba.

—Parece que le gusta —dijo mientras miraba al bebé y volvía a observar al hombre que sonreía a placer.

—Pues claro que le gusta. Solo ten en cuenta que este vehículo es para pasearlo, para llevarlo sin que te machaques la espalda. Una vez que estéis aquí, lo sacas y a la cuna o al suelo, ¿de acuerdo? —preguntó, volviéndola a tocar, mientras con la otra mano agarraba los dedos regordetes de ese crío que ya lo consideraba suyo.

Ella asintió, esperando algo, y ese algo llegó cuando el hombre bajó la cabeza y la besó lentamente, con pereza, relamiendo esos labios generosos y juntando las lenguas en un baile sinuoso. Cómo le gustaba que ella aprendiera tan rápido, que no le diera vergüenza ni se mostrara ñoña ante la sexualidad. Apartándose con desgana, volvió a hablar:

—Te espero esta noche para cenar. —Ella volvió a asentir, para ver cómo acariciaba la cabeza del bebé y salía de la habitación, dejándola sola y con una sensación de vacío.

Ya tenía casi todo el vestuario y estaba escandalizada de tanto derroche. La ropa de color estaba guardada en varios baúles y el resto del guardarropa en los armarios, pero solo se ponía cuando iba a cenar con él, el vestido de seda negra. Era sencillo y austero, pero ella lo lucía como si fuese la prenda más

llamativa, a pesar de tener un cuello alto y las mangas ajustadas y cerradas en unos puños largos, que bien podría haber sido el vestido de una institutriz, si no fuese porque estaba hecho con la mejor seda del mercado. Pero cuando se movía por la habitación, Betty la miraba embobada y le decía que parecía una reina, a lo que Jennifer sacudía la mano, como diciendo: no digas tonterías. Pero esa tarde, antes de la hora de cenar, bajó a la recepción del hotel para ver la estatua de Venus que tanto le gustaba y de paso, mover las piernas al tiempo que intentaba calmar los nervios, sabiendo que se acercaba el momento de partir y temiendo lo que se iba a encontrar: la madre de Jeremy, pero, sobre todo, la esposa de Cooper. Cuando el joven encargado del ascensor le abrió la puerta para que saliera, ella le dedicó una hermosa sonrisa al tiempo que se despedía llamándole por su nombre y el muchacho la miró con cara de tonto, sin quitar los ojos de ese cuerpo vestido de negro, cimbreándose de una forma natural y elegante, hasta que llegaron unos clientes y lo devolvieron a la realidad.

La joven se movió por el amplio hall, dando una vuelta alrededor de la estatua y fijándose en el pulido final que daba el artista a sus obras, detalle que le había contado Cooper, sabiendo que Canova era uno de sus escultores preferidos. Una vez satisfecha su visión de la bella Venus, tumbada de forma sensual sobre ese banco de mármol, se dirigió a la zona de tiendas, que tenían entrada por la calle y por el interior, es decir, el mismo hall, y sabiendo que estaban cerradas se satisfizo mirando los primorosos escaparates, sin hacer caso de las miradas que atraía. Mientras contemplaba la exposición de mercancías, desde artículos para caballeros, como paraguas, guantes, chisteras o pañuelos, hasta frascos de colonia para las damas, bellos pañuelos de encaje, pequeños bolsitos, que utilidad tenían poca, pero presencia mucha, y otra serie de objetos para regalar o para regalarse. Y mirando un precioso chal de ganchillo, no fue consciente de que Brandon estaba hablando con un hombre, pero al estar de espaldas a ella no la había visto; fue el caballero en cuestión, un ingeniero de edad madura que había estudiado en París igual que Brandon, pero en época anterior, él que se quedó mirando por encima del hombro del magnate durante más tiempo de lo correcto. Cooper se volvió para ver qué demonios le llamaba la atención y entonces la vio. Una mano se apoyaba en el cristal y la frente también, mientras movía esos deliciosos labios contando los puntos que llevaba ese chal. El cabello rojo, estaba recogido en un moño alto y brillaba como el sol y la piel de las manos y del rostro, eran como alabastro pulido. No supo por qué, pero Brandon sintió un

ramalazo extraño, le molestó que su amigo la mirase de esa forma, pero igual se molestó, por las miradas que recibía de otros caballeros que iban sin mujeres y que clavaban la mirada, antes de llegar hasta ella, al pasarla y a veces, se volvían descaradamente para dar el último vistazo. Cuando vio la mirada de asombro de su amigo y escuchó la voz de barítono decir:

—¡Santo Dios, qué mujer más hermosa! Si tuviera diez años menos, sería mi futuro perfecto. —Brandon rechinó los dientes, pero el colmo llegó, al ver que un huésped del hotel se acercaba a ella y sonriendo de oreja a oreja, le decía algo, inclinándose demasiado cerca de esa orejita que él besaba cada vez que rondaba por su cuello. Fue en ese momento cuando sus piernas se pusieron en movimiento y se dirigió hasta ella, sabiendo que su amigo le miraba sin moverse del sitio y con toda la atención del mundo.

Al aproximarse, pudo oír esa preciosa voz que decía: más le vale que deje de molestarme o se oirán mis gritos en todo Chicago. Y el individuo, que llevaba unas copas de más y tal vez se imaginó lo que no era, se llevó un dedo al sombrero y le pidió disculpas, sin darse cuenta de que tenía a sus espaldas a un hombre que le sacaba la cabeza y aun con el hombro dolorido, lo cogería por las solapas de la chaqueta y lo estamparía contra el escaparate. Pero no hizo falta utilizar la violencia, porque cuando iba a poner un dedo sobre el hombro del individuo, este ya se había movido y desaparecía dejando a la muchacha en paz y el espacio libre para que los dos se mirasen sin decir nada.

Él se fijó en cómo ese precioso y delicado cuello, tragaba saliva y cómo los altos pómulos enrojecían ligeramente. La voz del hombre sonó dura, pero ella no le dio importancia o eso pareció.

—¿Te estaba molestando? —La muchacha hizo un ligero encogimiento de hombros y le mostró una radiante sonrisa que le tocó el corazón, órgano que creía no tener.

—No, para nada. Lo tenía controlado. —Y a pesar de que estaba molesto, de que por primera vez en su vida se había puesto celoso, esa contestación, ese movimiento de esos delicados hombros, le hizo sonreír para seguir con una bronca carcajada que no pudo, ni quiso evitar.

Las personas que pasaban por su lado miraron al hombre y sonrieron. Todos lo conocían, todos sabían que era el dueño de ese edificio y de otros en la ciudad; y todos miraron a esa hermosa pelirroja, unos sabiendo quién era, otros pensando que era la amante y otros desconociendo el tema por completo, pues acababan de llegar a la ciudad; pero más de uno la había visto

paseando por la avenida Michigan, con un bebé pegado al pecho, como si fuese una india, que era la viva imagen del millonario ingeniero y arquitecto.

Brandon cogió a la acalorada muchacha por el codo y la llevó hasta donde estaba su amigo, con idea de decirle que una vez hecha la presentación desapareciera de ahí y le esperase en sus habitaciones, pues no quería que siguiera rondando por el hall, que los hombres se la comieran con los ojos y que él tuviera que soportarlo. Pero no le dio tiempo, porque el ingeniero se acercó al momento y sin quitar la vista de la joven, desplazando la mirada por la boca, el cabello, los ojos y otra vez la boca, esperó la presentación. Brandon respiró pausadamente y diciéndose a sí mismo: relájate, contrólate, no es tuya, maldita sea, ya te casaste antes de tiempo y ahora no puedes casarte con esta preciosa criatura. Por Judas, ¿qué tonterías estás pensando?

—Turner, te presenté a Julia Cooper, la viuda de mi hermano. Julia, Josh Turner. —La cara de sorpresa del hombre de cuarenta y nueve años, fue todo un poema. Pero pronto se recompuso y cogiendo la mano de Jennifer la besó delicadamente y Brandon vio cómo la muchacha calibraba al amigo.

Era un hombre a punto de cumplir los cincuenta, pero sin duda, todavía atractivo, con su buena estatura, solo tres o cuatro centímetros menos que Cooper, delgado, pero sin la musculatura del más joven, un espeso cabello canoso, ojos grises y una bonita y profunda voz.

—Siento su pérdida, señora Cooper. —Brandon no pestañeaba, mientras miraba esa mano blanca, de largos y gráciles dedos, desaparecer dentro de la mano del hombre, para luego posar su boca haciendo pleno contacto y dejar un beso.

Volvió a rechinar los dientes, encontrándose molesto, tieso como un palo y con las manos cruzadas a la espalda, a pesar de que esa postura molestaba a su maltrecho hombro, observando hasta el mínimo detalle, tanto del admirador, como de la admirada.

Demuestra que puedes pasar por inglés, demuestra que tienes esa flema inglesa que todo lo aguanta y nada le importa, tus antepasados eran ingleses, ¿no, cabrón?, si no contamos a los indios.

—Es muy amable, señor Turner —fue la contestación corta y correcta, para oír la voz de Brandon, explicándole que el señor Turner era un ingeniero retirado, que vivía a las afueras de la ciudad y de vez en cuando se pasaba por el hotel para comer o cenar y pasar una velada entre amigos.

Ella miró al hombre maduro con esos ojos dorados como el ámbar y le mostró una de sus sonrisas, dejándolo más encandilado de lo que ya estaba y

para enfado de Cooper, deleitándose con esos preciosos ojos y terminar clavando la mirada en esa boca voluptuosa, más tiempo del correcto. Pero claro, cómo criticarlo si él era el primero en entenderlo, el primero en mirar esa boca y comérsela en cuanto tenía ocasión.

La preciosa voz de la muchacha hizo que dejara de pensar en comerse esa boca, o en cuánto faltaría para hacerlo.

—No conozco mucho la ciudad, pero creo, por lo que he visto, que este hotel y este edificio, es uno de los más bonitos dentro de toda esta construcción apabullante que se viene haciendo en Chicago. Total, y clara competencia con Nueva York, sin duda, pero marcando una notable diferencia en los diseños.

—Me alegra que diga eso, señora Cooper, pues yo mismo fui uno de los que trabajé codo con codo con Brandon en este edificio; por eso me gusta pasarme de tarde en tarde, porque fue mi último trabajo y me gusta mantener fresco el recuerdo. —Los ojos grises la miraban sin pestañear y ella decidió que era hora de irse, pues estaba viendo en ese hombre, lo mismo que en todos.

—Bueno, pues que disfrute de su velada. Me alegro mucho de haberle conocido —se despidió con encanto.

—¿No quiere quedarse a tomar algo?; así podríamos comparar edificios de las dos ciudades —la sugerencia sonó a suplica y ella sonrió amablemente, pero siendo muy consciente de la mirada de Cooper, que le preocupaba más que la de Turner, pues la de este era de deseo, pero la otra... no creía que le apeteciera hablar de edificios con ella presente.

—Gracias señor, pero no puedo. Tengo un hijo pequeño y requiere mi atención. —Vio cómo el hombre adelantaba la mano y se vio forzada a dársela otra vez, para sentir sus labios en el dorso. Una vez que la soltó y le dijo que era un honor haberla conocido, hizo un ligero movimiento de cabeza a los dos hombres y se fue hasta los ascensores, como diría Betty, caminando como una reina, aunque más que eso, a los hombres les pareció una diosa; una diosa en el esplendor de la juventud y con la belleza más perfecta que se pudiera hallar en la tierra.

—¡Por todos los demonios, Cooper! Qué callado lo tenías. Dios del cielo, qué cosa tan bonita; no creo recordar una belleza semejante. ¿Has conocido alguna vez, una pelirroja con esa piel, con esas pestañas, con esos ojos? ¡Y qué decir de esos labios! ¡Por Dios, qué boca tiene! Es como una moderna Lilit, una devoradora de lo masculino —murmuró, más para sí

mismo, sin percatarse de la mirada glacial de su anfitrión—. ¿Desde cuándo está aquí? —Brandon no dejó de mirarlo, intentando no mostrar su desagrado y molestándose con cada uno de los piropos.

Joder, se encontraba molesto y rabioso.

—Creo que te contestaré la última pregunta, algo más de un mes. Cuando me enteré de la muerte de mi hermano, hice que la trajeran aquí. —El hombre miraba los ojos azules, sabiendo la fama de mujeriego que tenía y que no respetaba mujer, que no se dejase respetar. ¿Sería esta pelirroja una mujer decente, para no caer en las redes de Cooper? O, por el contrario, ¿era una reencarnación de la mítica Litit, dispuesta a engullir al mujeriego de su amigo?

—¿Se va a quedar en Chicago? —El rostro de Brandon se suavizó un poco, intentando no mostrar el malestar que sentía ante esas preguntas, ante la curiosidad que despertaba la muchacha.

Pero claro, ¿acaso podía ser de otra manera?

—Por supuesto que no. No tiene familia, está sola con un crío de meses. La llevaré a California, con la madre de mi hermano y el resto de la familia. —Y sin más historias, ni más explicaciones, volvió al tema que hablaban cuando Turner se fijó en «su» pelirroja.

Cooper llevaba varios edificios construidos en Chicago y en el año en curso, pensaba poner fin a ello, pues él no era solo el arquitecto e ingeniero de las obras, era el dueño; y no eran construcciones para satisfacer su ego (que también), eran principalmente una fuente de negocios, de ingresos contantes y sonantes, ya fuesen viviendas u oficinas, bancos, grandes almacenes o pequeños comercios y todo, de alquiler. Era una forma de amasar más dinero, de agrandar las empresas Cooper y, sobre todo, era la manera de mantenerlo ocupado, distraído, pero sobre todo de llenar su vida, que la sentía vacía por muchas cosas que llevara en curso. Y Chicago hasta el momento, había cubierto esa ansiedad que sentía, pues la corriente más vanguardista de la construcción, de la arquitectura, estaba en esa ciudad. Gracias al desarrollo de la red ferroviaria, después de la guerra civil, St. Louis perdió el protagonismo como consecuencia del decaimiento del tráfico fluvial y ese lugar, lo fue ocupando de forma lenta, pero progresiva, la ciudad de Chicago. Antes de que la pelirroja hiciera acto de presencia, los dos hombres recordaban como el invento del ascensor a vapor primero, luego el hidráulico y finalmente el eléctrico, había sido primordial para los pequeños rascacielos que se habían construido y se seguía haciendo. De hecho, Cooper ya

imaginaba edificios en las décadas siguientes, de 20, 30 o 40 plantas, a lo que su interlocutor añadía, que no corriese tanto. Turner era más comedido, sin embargo, Cooper era visionario y sabía a ciencia cierta que ese era el futuro de la construcción, grandes rascacielos, de verdad, que hicieran honor a su sobrenombre. El Oregón era un edificio más ornamentado que otros, en especial el chaflán, donde estaba la entrada principal y las exuberantes cornisas que rivalizaban con los proyectos de Sullivan, afamado arquitecto de la Escuela de Chicago. Pero sus otros edificios, eran más sencillos, de plantas diáfanas con ventanas importantes para aprovechar la luz natural, diseñados con una disposición en planta en forma de E, para capturar toda esa luz y donde el travesaño central albergaba la caja de ascensores; sin olvidar que algunos no tenían tabiquería interior, de modo que fuesen los propios inquilinos, quienes tomaran sus propias decisiones para adaptar esos espacios a su libre albedrío. El último, donde había ocurrido el accidente, era de ese tipo y como él se iba sin haberlo terminado, quería que Turner controlase el fin del proyecto con el resto del equipo de su estudio. Al hombre le gustó la idea, porque desde que se había retirado por la enfermedad de su esposa, que al final murió, tenía necesidad de mayor actividad y la construcción de edificios le gustaba tanto, como la de los puentes. Y ahora que había conocido a esa preciosa cuñada de Cooper, le interesaba más aún, el estar asociado con él. Pero se dio cuenta de que su joven amigo ya no quería seguir hablando de arquitectura ni de estructuras y pensó que seguiría los pasos de esa llamativa pelirroja, cosa que por otro lado entendió a la perfección.

Por todos los santos, tener esa belleza por cuñada y encima viuda y para colmo cerca de tus pantalones... no tocar ese premio, ese juguetito, era algo así como ser célibe de por vida y eso era imposible en Cooper. Turner había sido fiel a su esposa, bueno, tal vez una media docena de canas al aire, en casi veinte años de matrimonio no tenían importancia, pues ni recordaba las caras y menos los nombres de esas mujeres, eso sin contar las prostitutas, porque esas tipas no contaban. Y como hombre de mundo y mayor que Cooper, entendía perfectamente la condición masculina, y siempre que no fueras maricón, una belleza como esa, era para seguirla como un perro faldero y dedicarse a lo mismo que el nombrado, a lamerla y chuparla hasta dejarla agotada y cuando volviera en sí, repetir la operación hasta extenuarla o morir en el intento. Sonreía pensando en ello, mientras estrechaban las manos en un fuerte apretón, quedando para el día siguiente en el estudio y ultimar hasta el más pequeño de los detalles.

Turner vio alejarse al hombre que causaba sensación en la ciudad y penetrar en el mismo ascensor que había cogido la más que preciosa muchacha, sin dejar de pensar si habría algo entre ellos y planificando, que una vez acabado el edificio, bien podría pasar una temporada en California, más concretamente en Sacramento, pues, a fin de cuentas, nada le ataba a Chicago.

La cena se desarrolló como siempre, sin contratiempos y saboreando los sabrosos platos, mientras él contestaba a las preguntas de la chica, ya que fue el mismo Brandon el que sacó el tema. Y el tema era: Joshua Turner.

Cooper le contó que se había retirado por la enfermedad de su esposa y una vez muerta, se dedicó a llevar sus tierras.

—Qué bonito, ¿verdad? —El hombre la miró fijamente, recreándose con esa voz tan femenina, tan dulce en esos momentos.

—¿Qué es bonito? —Ella tomó la servilleta de suave hilo de algodón y se limpió con delicadeza esa boca que lo traía loco, deseando en algunos momentos, cuando había otros hombres presentes, que no fuese tan llamativa, pero gustándole de una manera que lo sobrepasaba, sintiéndose a veces, molesto, incómodo de verse superado por esa atracción física.

—Pues eso de abandonarlo todo para cuidar de su esposa. Yo lo veo muy bonito, un acto de amor. No todos los hombres hacen algo así, porque, o no están preparados o no les da la gana de estarlo —le explicación sonó con dos matices, positivo lo primero, negativo lo segundo.

Brandon, comiéndosela con los ojos, sonrió ligeramente.

—Sí. Turner estaba enamorado de su mujer, muy enamorado, la verdad. Y cuando los médicos le dijeron que tenía cáncer y que no aguantaría mucho tiempo, no se lo pensó. Me dejó en la estacada. —Al ver la carita de ella, rectificó—. Es broma, solo una forma de hablar. No hay nadie indispensable. Lo sabes, ¿verdad? —Ella afirmó en silencio, sintiendo una punzada en el corazón, pensando en lo que esas palabras entrañaban—. Se encerró en su casa de campo y con ayuda de unas enfermeras, estuvo con ella hasta el final. Hasta su muerte. —Al hombre le llamó la atención que esos preciosos ojos se humedecieran; al final, todas las mujeres eran unas románticas.

—Pobrecitos, los dos, ella por morir y él, por tener que sufrir toda esa angustia. —Él se cruzó de brazos mientras el camarero recogía los platos y ponía el postre, mirándola, intentando profundizar en su interior.

—Sí, son situaciones extremas. Pero no vayas a pensar que fue un santo en su matrimonio; se comportó como la mayoría de los hombres, por no decir

todos —esas palabras fueron dichas con un ligero encogimiento de hombros.

—¿Qué es? —la pregunta fue hecha con malicia, provocando que él la siguiera mirando de una forma intensa. Fascinado, se podría decir.

—Dímelo tú. Pareces tener la contestación —ironizó, mientras miraba como cogía la copa de vino y le daba un sorbito.

—¿Egoísta? ¿Machista? ¿Abusando del poder que por ley tiene y de la fuerza que la naturaleza le ha dado? —El hombre no pudo evitar una sonrisa, dejando ver los blancos dientes y viendo cómo la muchacha clavaba la mirada ahí.

Mira la preciosa pelirroja por dónde salía.

Dejó que siguiera, pues le encantaba contemplarla y le gustaba oírla.

—Tal vez, considerando que el hombre, o sea el macho, está muy por encima de la mujer, o sea, la hembra, y que las pobrecitas mujeres solo sirven para dar placer a los hombres, traer hijos al mundo y por supuesto, llevar una casa y criar a los hijos, aparte de ser las siervas de ellos y cumplir con todos los antojos, deseos y órdenes que salgan por sus bocas.

—¿Es una pregunta o una afirmación? —preguntó aguantando la risa, sin dejar de mirarla, comiéndosela con los ojos.

—Una afirmación, por supuesto. Creo que es posible que pueda haber algún hombre por el mundo que respete a la mujer y que incluso piense que son iguales, pero no sé dónde está. —Brandon retiró el postre sin acabar y clavó la penetrante mirada en la muchacha, gustándole que ella, no retirase la suya.

Valiente la chica, pero es tan joven, está tan tierna a pesar de tener esas ideas, pero que no se equivoque, que puede jugar con fuego. Ya estaba jugando con fuego.

Él, era el fuego.

—Verás, la cuestión es que el hombre y la mujer no son iguales; lo mires por donde lo mires y desde el ángulo que quieras. Mírate tú, mírame a mí. ¿Acaso somos iguales, acaso nos parecemos? —Esperó la respuesta, notando cómo los ojos le brillaban y quería salir el genio que frenaba, que aguantaba en su interior, para no ser grosera, maleducada. Para no soltar por la boca lo que realmente pensaba del tema, del abuso al que eran sometidas la mayoría de las mujeres.

—Sabe de sobra lo que quiero decir. No estoy hablando de lo que tiene usted y de lo que tengo yo.

—¿Y qué es lo que tienes tú, que no tenga yo? O al revés. —Ella se

mordió el labio y miró con rapidez al criado, para mirar su pastel de manzana que estaba sin empezar.

Brandon se dirigió al criado y le dijo que se fuera, que al día siguiente recogería. El hombre movió la cabeza y se fue de las habitaciones, mientras Brandon recordaba las palabras cruzadas con Betty, días atrás: me enorgullezco de tener los mejores empleados de la ciudad, le había dicho, porque son trabajadores y cooperativos entre ellos, pero, sobre todo, porque son fieles y eso, es primordial.

—Creo que tú eres así por ese motivo, espero y deseo que lo seas con la señora Julia y que a la hora que llegue a su habitación por la noche, no sea cuestión de habladurías. ¿Está claro?

Y la pobre criada, nerviosa como un flan, que por otra parte no se le habría ocurrido decir nada malo de la preciosa señora, lo único que salió por su boca fue:

—Como el agua, señor Cooper, claro como el agua.

—Estamos solos. Habla a tus anchas, tienes plena libertad. —Ella mantuvo el silencio durante unos instantes sin dejar de mirar esos ojos azules que la traían por la calle de la amargura.

—¿No se enfadará conmigo? ¿No habrá represalias? —Él soltó una carcajada, que provocó el temblor de la joven.

—Por Dios, Jennifer. —Oír su nombre en su boca, le producía un placer inmenso y pronunciado con esa familiaridad, más—. Puedes decir lo que quieras, lo que te dé la gana. No soy un ogro. Además, quiero saber lo que piensas. Me interesa mucho. Pero no evadas la pregunta, ¿en qué somos iguales tú y yo? —Había movido la silla y apoyaba el brazo izquierdo en la mesa, no se ponía casi nunca el cabestrillo y el bueno, en el respaldo de la silla Luis XV.

Ella también se movió, para mirarlo de frente y recogiendo un mechón de cabello detrás de la oreja, se dispuso a hablar, sin darse cuenta de que el hombre observaba todos sus gestos como si fuese lo último que iba a hacer en la vida, como si no hubiese contemplado mujer antes de conocer a esta y recordando la comparación de Turner. Lilit, perversa Lilit.

—No tergiverse las cosas. Usted y yo no somos iguales, ya lo sé. Yo soy una mujer, usted un hombre. —Vio cómo Cooper movía la cabeza en señal de afirmación y aguantado la risa, y eso, la enfadó—. Una mujer puede tener hijos, y los hombres no. No me interrumpa porque sé lo que va a protestar. Los hombres hacen hijos, lo sé. Por lo tanto, somos complementarios, pero

no superior uno de otra, llamándonos el sexo débil y cosas peores.

—Yo solo he dicho que somos diferentes, que no somos iguales. No he dicho nada de superioridad, ni debilidad; pero si quieres, podemos entrar en ello —repuso con la mirada clavada en ella, devorándola, deseándola.

—Bien, pues entremos. Adelante, diga lo que tenga que decir. — Brandon estaba disfrutando a sus anchas.

—De acuerdo. ¿Puedes hacer lo mismo que yo? —Ella titubeó, moviendo su preciosa cabeza y escapándose otro mechón de ese moño flojo, que cada vez lo estaba más, y él estaba desando deshacer y soltarlo todo lo largo, para que la cubriera como un manto. Para que tapara sus pechos y cogerlo entre las manos y enredarlo alrededor de sus brazos.

—Yo no puedo ser arquitecto porque no he estudiado para ello; y tampoco puedo sujetar a un hombre colgando del vacío, porque no tengo fuerza para esa heroicidad. Pero estoy segura de que usted no podría bordar como lo hago yo, aunque le enseñara la más experta bordadora. —El hombre volvió a sonreír, deseando acabar la conversación y pasar a otra cosa.

—¿Lo ves? Me estás dando la razón. No somos iguales.

—Lo que quiero decir... —Él le puso un dedo sobre los gruesos labios y ella tembló de placer, sintiendo esa mirada.

—Estoy seguro —comenzó, mientras quitaba el dedo de esos labios antes de que le quemasen las yemas—, que se me daría muy mal el bordado, pero más de una puntada he dado, incluso en mi propio pellejo. —ella escuchó con toda la atención, preguntándose en qué parte de su cuerpo estaría esa puntada—. Con relación a los hijos, desde un punto de vista machista y egoísta, creo que es más placentero hacerlos que tenerlos; pero los hombres no tenemos la culpa de ello, la naturaleza ha sido más generosa con nosotros. Viendo la diferencia de caracteres, creo que la mujer en general es más ladina y malévola, y el hombre, en general, puede ser el más violento y destructor. Y si entramos en la biología, dulzura mía, somos lo más opuesto el uno de la otra. —La ardiente mirada masculina la devoró sin piedad y esa boca se torció en una sonrisa de poder.

Al quedarse callados durante medio minuto, ella se aclaró la voz, temerosa, excitada.

—Lo que yo quiero decir, es que precisamente por esas diferencias, la mayoría de los hombres piensan que tienen derecho a burlarse de las mujeres, a abusar de ellas, a reírse de ellas, a considerarlas unas esclavas sexuales, o unas criadas de por vida, sin pizca de consideración, ni de amor, ni de

respeto. Nada de nada. —La sonrisa del hombre desapareció de una.

—¿Tú padre era así? —Pero lo que sus labios no pronunciaron fue: ¿crees que yo soy así?

—No, mi padre no. Pero pensaba que el hombre estaba por encima de la mujer, porque eran ellos los que mantenían la casa y más fuertes físicamente. Aunque le diré, que he conocido a mujeres que le sacaban una cabeza al esposo y de un tortazo los mandaban de la taberna a casa y sin un rechisto que saliera de las bocas de ellos. —Ese comentario hizo sonreír al hombre, que también había conocido a más de una mujer así. Permaneció callado y mirándola con deleite, mientras seguían saliendo palabras por esa boca—. Cuando Julia se casó con Jeremy, yo le dije si seguía pensando lo mismo, y su contestación fue, que en la viña del Señor tenía que haber de todo y que, si Jeremy no fuese un holgazán, nosotras no tendríamos que trabajar. Pero como vio que yo iba a protestar, puesto que también lo hacíamos antes de la llegada de Jeremy, entonces añadió que no era malo que la mujer ayudase en la economía familiar. Y fue entonces cuando le dije: mira qué bien, las mujeres tienen hijos, los crían, atienden a los maridos y la casa, y encima trabajan por un salario más bien pequeño, porque encima nos explotan laboralmente, para ayudar a la economía del hogar. Fue entonces cuando me dio un sopapo y me dijo que controlase lo que decía si no quería verme en más de un lío por tener la lengua tan suelta. —Se hizo el silencio entre ellos, sin dejar de mirarse.

Brandon se levantó y cogiéndola de la mano se dirigió hacia las escaleras y despacio, subieron a las habitaciones. La puerta de la alcoba estaba abierta y una lámpara de pie en una esquina, daba la luz necesaria. Entraron y él notó el temblor de la muchacha. Cerró la puerta y la colocó a los pies de la cama, mientras le quitaba las horquillas y dejaba que esa cascada de rizos rojos, cayeran por su espalda hasta llegar a la cintura, sin poder dejar de pensar en los pensamientos verbalizados de Turner y en la deseosa mirada de los ojos de su amigo.

—Te voy a decir en qué somos diferentes, tú y yo —la voz grave sonó tan profunda y embriagadora, que la muchacha sintió esas mariposas en el estómago, sin contar que todos los vellos de su cuerpo se pusieron de punta. Los dedos tocaban el cabello, colocando esa espesa melena detrás de las orejas, mientras miraba los ojos dorados.

—Tú, eres una maravilla de mujer. Una delicada hembra, con una piel suave como la seda, que no me canso de tocar, de acariciar, de besar —las palabras surgían lentas, casi murmuradas, y esa mirada azul, oscurecida por

las espesas pestañas negras, estaba fija en ella, devorándola, dándose cuenta del temblor de la muchacha y recreándose en ello—. Tu cuerpo está lleno de curvas deliciosas que son la perdición de cualquier varón y tu rostro, es de tal perfección, de tal belleza, que jamás encontrarás en un hombre, por muy bello que sea. Posees una voz dulce, sensual, femenina y ligeramente profunda, una voz que sirve para calmar el llanto de un bebé o para calentar la sangre de un hombre y ponerlo como un volcán en plena erupción. Pero no puedo quedarme en eso nada más, porque alguien como tú diría: es un egoísta, un machista, mirando solo el envoltorio, el exterior, todo aquello que tarde o temprano se ira, envejecerá; por eso, añadiré, que una mujer como tú, no merece respeto por poseer semejante belleza, porque a fin de cuentas tú no lo has elegido, te ha tocado en suerte, con lo cual, mereces todo el respeto por ser mujer, sin más, por el simple hecho de existir, porque todos somos dignos, honrados y nobles, al menos, hasta que dejamos de serlo.

—Sí... eso es —susurró la joven, sintiendo esas manos acariciar sus brazos y las piernas flaqueando, sin pensar en la manipulación de esas palabras, en que él, estaba dispuesto a tenerla contenta, para poder jugar y jugar con ese cuerpo y con esa cara, hasta cansarse de ella, hasta que ya no fuera un desafío, hasta que llegara la indiferencia y dejara de excitarle, como siempre ocurría. Siempre era así, y con esta preciosa muchacha sería igual.

—Pero el respeto, no es sinónimo de igualdad. No lo es, ¿estás de acuerdo? —Las manos se dirigieron a la parte trasera y notó cómo en cuestión de segundos, desabrocharon la espalda del vestido.

—Sí —volvió a susurrar, mordiéndose el labio y viendo cómo la mirada azul se fijaba en la boca, mientras le bajaba el vestido, agachándose para que sacara las piernas y se quedara con el corsé y las enaguas.

—Por eso, quiero que disfrutes y que sientas tanto placer como puedas soportar —iba diciendo, mientras le quitaba las enaguas y los pololos, bajaba los tirantes de la camisola y se recreaba con el corsé, mirando el nacimiento de esos pechos firmes, mientras iba soltando los ganchos, para dejarlos libres y ver que los pezones ya estaban duros, listos para metérselos en la boca. Y así lo hizo, mientras le quitaba la camisola, pero solo fue un aperitivo, una pasada de lengua y una pequeña succión con los labios, para hacerla gemir y dejarla con más ganas.

Se agachó y le bajó las medias tan despacio, arrodillado a sus pies, acariciando la sedosa piel, notando el pequeño temblor de ese cuerpo lascivo y mirando esos rizos rojos que querían tapar la vulva sonrosada pero sin

conseguirlo, para desplazar los ojos hasta los pechos enhiestos y luego la carita ligeramente enrojecida, para volver a mirar ese triángulo de pecado, al tiempo que pensaba que no había visto vulva tan hermosa como la que admiraban sus ojos y que estaba deseando probar, comer, chupar, morder.

Continuó hablando, para que sus palabras la calmaran un poco y desapareciera ese miedo que él notaba claramente.

—Porque hay hombres, que solo se preocupan de su satisfacción, que piensan que las mujeres no deben sentir algo parecido a lo que ellos sienten, porque si es así, las comparan con prostitutas o las temen; porque el placer es un arma de doble filo. Y si ese placer no lo controla el hombre, viene la catástrofe, la desconfianza y al final, la cólera. —Hizo una pausa, mientras deslizaba las manos por los firmes y suaves muslos, rodeándolos, abrazándolos con sus fuertes manos y comprobando con placer que estaban fuertes, turgentes, sin vello alguno—. Ni te imaginas el placer que provocas en mí, no puedes imaginar lo que es tocar esta piel tan suave, mirar esos pechos tan perfectos, metérmelos en la boca y chuparlos hasta ponerlos rojos. Porque me gustaría ser como el lobo, el lobo del cuento. —La respiración de Jennifer era una sacudida ante esas manos y, sobre todo, esas palabras.

No llegaba a entender qué es lo que ocurría en su cuerpo, en su mente, para sentirse de esa forma, para desear tumbarse en esa cama y abrirse de piernas para él, para que hiciera lo que le diese la gana, aunque doliera, aunque fuese su perdición. Y en esos momentos, él la tumbó, en todo el centro, sobre la colcha rojo rubí, con la espesa melena extendiéndose alrededor de ella, mezclándose el rojo caoba con el rojo rubí y destacando el blanco de esa piel perfecta, con las piernas colgando en la zona de los pies de la cama. Y tuvo miedo, porque pensó que iba a ocurrir lo que hacía un momento había pensado y ya no se sintió tan valiente. Y él... él parecía el lobo del cuento. El lobo malo.

Muy malo.

Que se la tragaría de un solo bocado.

—No te asustes, pequeña. Confía en mí —las roncadas palabras, hicieron que lo mirase como si se tratara de un Dios, o de un demonio. No supo con qué quedarse. Pues tanto una como otra, le parecieron abrumadoras.

Pero cuando le hizo que apoyara los pies en el borde del colchón, dejando los muslos abiertos de par en par, para mostrarle toda su intimidad, sintió que se ponía roja como un tomate maduro y más, cuando él la miró a los ojos, para seguidamente bajar la cabeza y clavar los penetrantes ojos en el

centro de sus muslos. ¿Qué estaba mirando en ese lugar?, esa zona de su cuerpo que ella, solo tocaba para lavarse, que no había mirado nunca, pero que él devoraba con esos ojos azules de una forma calculadora, penetrante y, sobre todo, obscena, solo faltaba que se relamiera... Pero cuando vio que acercaba la cabeza, que la boca iba a ese sitio, quiso cerrar los muslos y quiso gritarle que eso no se hacía, ¿o sí? Y entonces, lo tuvo claro. Supo que era un demonio. Un demonio de los pies a la cabeza.

—Quieta, solo voy a darte placer. Vamos, mi niña, confía en mí. Verás, cómo te gusta. Ábrete, dulzura, ábrete para mí. —Y ella se abrió.

Mirándolo sin pestañear, viendo cómo esa cabeza morena se colocaba entre sus muslos y cómo, en un segundo, notó la lengua y la boca de él, ahí, toda la boca, por todos los santos, notaba los labios dando mordisquitos, chupetones y la lengua recorriendo toda la zona, en ese sitio, en ese lugar de pecado, queriendo meterse por el agujerito. Esa zona que era para lo otro y para que después salieran los bebés, pero no para que el hombre hiciera algo así. ¡Dios bendito! Pero lo único que salió de su garganta, no fueron quejas, ni palabras prohibitivas, ni se acordó más de Dios, ni el resto de la sagrada familia, ni de los santos; lo que salió fue un suspiro desde lo más profundo de su ser, para convertirse en una serie de quejidos y más suspiros, según el hombre se iba comiendo ese manjar. Notaba los lametones, notaba los chupetones que parecían querer absorberla entera; fue torturada de tal forma con los labios, con la lengua y con los dientes que pensó que todo eso no estaba ocurriendo, que era un sueño o tal vez, que estaba borracha por el poco vino tomado en la cena, o que no estaba en su sano juicio. Y cuando le vino, una y otra vez, cuando sentía esos calambres recorriendo su cuerpo, tensando sus piernas, sus pies, y llegaban al cerebro y le producían un ligero mareo, él seguía y seguía martirizándola, agarrándola de los glúteos, saboreando su sexo de tal manera, que llegó un momento que no pudo aguantar más y que se oyó a sí misma pedir clemencia, sin ser responsable de sus palabras, porque quería que siguiese, pero sabía que no lo podría aguantar, porque esa boca seguía haciéndole unas cosas que eran ajenas a ella, que ni por lo más remoto podría haber pensado que existiesen, pero que la estaban volviendo loca. Y cuando por fin, él tuvo piedad, cuando se incorporó con una sonrisa en su hermosa boca, como el gato que se acaba de comer al ratón, o el lobo que se comió a Caperucita, porque se la comió, ¿no?, o el diablo que te ha ofrecido la vida eterna por vender tu alma, fue entonces cuando ella clavó la mirada en ese espécimen de hombre y viendo cómo llevaba las manos a la

bragueta, desabotonaba despacio los botones, sacaba con sus dedos ese falo tieso, grande y duro, que tenía que sujetarlo con la mano para que no chocara contra su cuerpo, sin apartar la mirada, ella supo lo que tenía que hacer. Estaba muy claro, él le había dado placer, un placer asombroso, inmenso e intenso, que le mantenía el sonrojo que ello le había producido, ahora ella, debía hacer lo mismo.

Quid pro quo, o lo que era lo mismo, algo por algo.

Fue así cómo lo pensó y sin dudarlo, se incorporó para quedar sentada, desnuda como él la había dejado en un principio, antes de hacer esa cochinado que la había dejado noqueada y miró primero al hombre, que seguía quieto, esperando, y clavó la mirada en ese miembro que le llamaba tanto la atención. Llevó una mano y la colocó encima de la mano de él, para llevar la otra y colocarla encima. Qué grande es, fueron sus palabras, y él no añadió nada, pues la muchacha seguía mirando el pene y no parecía estar hablando con él. La mano del hombre movió la de la chica, enseñándola a subir y a bajar por el tronco, con suavidad, pero con pericia y enseguida la dejó sola, contemplándola, viendo esos ojos dorados cómo miraban curiosos y esa delicada mano se deslizaba por toda la largura del miembro y rodeándolo en todo su grosor. Estaba caliente, cachondo como un animal en celo, estaba deseando que se la metiera en la boca, pero quería que fuese ella, que llevase la iniciativa, que no se viera forzada, si no, no sería lo mismo. Y él quería ver cómo esos labios gruesos jugaban con su polla, quería que se la metiera entera y lo dejara seco; joder, lo deseaba con todas sus fuerzas y fue entonces cuando se sorprendió al notar una de sus manos, abajo, en la base de los testículos, pero solo lo que sobresalía entre la ropa, mordién dose la boca por dentro para no demostrar lo que estaba sintiendo, deseoso de arrancarse los pantalones, algo que no hizo, aguantando mientras ella sopesaba con sus deditos, queriendo morir del gusto y no estando seguro de cuánto podría aguantar. Y en esos momentos, abrió esos labios de fresa, sacó la punta rosada de la lengua y lamió como una gatita; como una dulce y provocadora gatita. Se mordió el labio, para no gruñir como un animal salvaje, para no berrear como un ciervo antes de la cópula, pero sin evitar echar la cadera hacia adelante, no mucho, un poco, pero suficiente para que esa preciosa muchacha se metiera la polla en la boca y él soltara un gemido, que la asustó y le hizo dar marcha atrás, creyendo que lo estaba haciendo todo mal.

—No pares, cariño. No pares. Lo estás haciendo muy bien —fueron las roncas palabras.

Y fue suficiente; sobre todo por ese apelativo cariñoso que le llegó muy adentro. Pensando en ese «cariño», volvió a ello, metiéndosela hasta la mitad, chupando y lamiendo, recordando todo lo que él le había hecho. Chupar, lamer, lamer, chupar y jugar con la lengua, con la punta unas veces y con toda, otras. Un mordisquito suave, una lamida más grande, otra chupada gigante, mientras se daba cuenta, que una suave piel se echaba hacia atrás y dejaba otra piel más suave todavía, y que esa cabeza rosada, redondita, como una hermosa ciruela, tenía una abertura... pensó que era como la del bebé, pero a lo bestia, y siguió lamiendo y chupando, y metiendo la punta de la lengua por esa ranurita y se la tragó un poco más, al tiempo que escuchaba los gruñidos del hombre y sabiendo que le tenía que gustar mucho, a pesar de gruñir como un oso, porque la mano de él estaba sobre su cabeza, y no la apartaba, al contrario, la guiaba una y otra vez, al tiempo que esos dedos la acariciaban... y se la tragó un poco más, notando cómo llegó hasta la campanilla y casi se atragantó, pero no, lo pudo controlar y volver a chupar como a ese hombre le gustaba.

Y no supo cómo, pero intuyó que le iba a venir, que ese líquido blanco saldría por donde ella estaba dale que te pego, pero no se apartó, a pesar de que él ya no la sujetaba por la cabeza, dejándola en libertad. Pero lo que hizo, fue agarrarse a esas caderas estrechas, pero sin llegar a tocar los glúteos, no se habría atrevido a tanto, cerrar sus puños agarrando la tela negra de los pantalones y seguir chupando hasta notar que el interior de la boca se le llenaba de semen y tragárselo de una, sin pensarlo, mientras seguía chupando y notando cómo el hombre seguía moviéndose más despacio y le agarraba del cabello con suavidad, pero llenando sus grandes manos con los mechones rojos, mientras ella siguió rodeando con sus labios ese miembro, que aún seguía duro, que ella se negaba a soltar, tal vez porque la erección seguía y pensaba que iba a soltar más semen.

La respiración del hombre se fue tranquilizando, asimilando ese placer que le había dado, controlando su cuerpo y sobre todo su mente, se movió un poco y colocando una mano en la barbilla de la chica, hizo que dejara de chupar. Brandon estaba alucinando, por todos los diablos, jamás le habían hecho una mamada así, tragárselo todo de una, la primera vez, sin aspavientos, ni remilgos... hasta dudó de ella. Pero al mirarla a los ojos y contemplar esa inocencia, ese rostro candoroso, supo que era la primera vez que hacía semejante cosa. Algo que era muy raro que una mujer decente hiciese, algo que un hombre decente, no le pediría jamás a su esposa, incluso

algo que, si una mujer decente se lo insinuaba a un esposo decente, este pondría el grito en el cielo, pensando que su esposa estaba poseída por el demonio, o que estaba loca, antes de pensar que podría tener a una casquivana en su hogar, como madre de sus hijos.

Sin dejar de mirarla, recorriendo cada centímetro de esa piel desnuda, sedosa y perfecta, se guardó el arsenal dentro de los pantalones, mientras Jennifer no perdía detalle y volvía a pensar que ella siempre acababa desnuda, pero él, siempre permanecía vestido.

¿Por qué? Fue la pregunta que se hizo la chica.

El hombre sacó un bolsillo del pantalón y limpió una gota de la barbilla de la muchacha.

Un rato más tarde, estaban acostados en la gran cama y ella seguía desnuda y él vestido; quería preguntar, pero no se atrevió y cuando iba a decir que tenía que irse, que ya era muy tarde, notó la mano de él recorriendo su costado, llevando una mano a los pechos, para tocarlos con suavidad, con una suavidad enervante. Y así, pegados, la espalda de ella al torso del hombre, comenzó a excitarse otra vez y mordiéndose los labios, primero uno y luego el otro, pensó que eso no estaba bien, que eso no podía ser bueno. Notó cómo la mano iba hacia atrás, acariciando el trasero para continuar por la hendidura y llevar los dedos hasta el centro de su sexo, y ella no aguantó más y soltó un gemido lloroso, y medio se giró hacia el colchón, para quedar casi boca abajo y que esos dedos siguieran dándole placer. Pensó que se estaba comportando como una auténtica fulana, pero no lo pudo evitar, era tan agradable lo que esa mano le estaba haciendo, bueno, era más que agradable, era demasiado bueno para ser solo agradable, y casi sin darse cuenta, fue poniéndose a cuatro patas, apoyando los codos y la cabeza sobre los antebrazos. Y fue consciente de que el hombre se incorporaba de rodillas y se ponía detrás de ella y seguía tocándola y metiéndole el dedo, hasta que se corrió de golpe, sin control, sin avisar, sintiendo que su cuerpo se convulsionaba. Pero las manos de él, no dejaron que se aplastara contra el colchón, le dijo entre susurros que quería que siguiera en la misma posición, que quería jugar con ella, restregarse contra su precioso culito, que no le iba a hacer daño, que confiara en él, que solo quería conseguir lo que ella estaba disfrutando. Y la muchacha obedeció, pensando que era toda una desvergonzada, pero que no le importaba porque le gustaba una barbaridad lo que el hombre le hacía; y moviendo la cabeza, vio cómo él volvía a sacársela y jugaba con su trasero, deslizando la punta por el interior de los glúteos y frotándola por la

hendidura. Hubo un momento, que pensó que iba a hacer algo extraño, no supo qué, pero le dio miedo y lo demostró, contrayendo las nalgas. Pero él, acariciando una nalga, le dijo, quieta, cariño, quieta, no te voy a hacer daño, solo quiero frotarme contra ti, rozarme, sentir el placer que me da tocar tu piel con mis manos y con el pene, emborracharme con tu contacto, con tu olor, con tu presencia...

Y entonces lo notó, notó ese miembro largo y grueso, recorrer la hendidura y llegar casi hasta el otro sitio, y no supo por qué, tal vez porque había repetido la palabra cariño, ya no tuvo miedo y abrió las nalgas al máximo con sus manos para que él jugara y jugara hasta cansarse, pero lo que no sabía, es que el hombre tuvo que hacer esfuerzos para no dejar que la punta siguiera el camino que el instinto le pedía, que era penetrar, penetrar el agujero que fuera, uno u otro, así que, mordiéndose el labio, controlando su cuerpo y su mente, se conformó con golpearse contra esa carne prieta, contra una nalga y luego contra la otra, para después, poner sus manazas sobre las de ella y cerrar los cachetes del culo, para aprisionar su verga y correrse en ese lugar, sintiendo cómo la polla se desbocaba como un caballo salvaje, para, en cuestión de unos momentos languidecer entre esas nalgas duras, prietas, lozanas, soltando todo su esperma como si fuese el río Colorado entrando por el Gran Cañón.

Por todos los demonios, masculló el hombre mientras dejaba caer su cuerpo vestido sobre ella, pero aguantando el peso con los brazos para no aplastarla. Se recompuso al momento y sacando el mismo pañuelo del bolsillo de su pantalón, la limpió diciéndole que estuviera quieta, sonando un poco brusco y provocando que la muchacha se quedara con el culo en pompa y un tanto abochornada por ello. Respirando despacio, se dejó limpiar, notando cómo esas manos pasaban envueltas en el pañuelo por el interior de su culo, acercándose a la vulva, haciendo una parada para doblar el pañuelo y volver a pasarlo para que no quedaran rastros de humedad. Notando el olor acre del semen y esos pases que daban los largos dedos para limpiarla, ella volvió a excitarse y a pesar de que intentó moverse para cambiar de postura y que él no se diera cuenta, no lo consiguió, notando cómo esas manos la agarraban de las caderas, tiraban el pañuelo al suelo y volvían a tocar en todos los puntos calientes.

Ella se quiso resistir, pero él no la dejó, chistando para silenciarla al tiempo que le decía al oído, que no debía avergonzarse por lo que su cuerpo sentía, que él estaba para darle placer de la manera que fuera, con los dedos,

con la boca o con lo que ella pidiese, si quieres que algún día te haga el amor, le dijo, el amor de verdad, no tienes más que decirlo y estaré encantado de que conozcas todas las maneras de disfrutar, porque sería el hombre más feliz de la tierra si me dejaras penetrarte, no te puedes imaginar cuánto lo deseo... Y ella volvió a tener un orgasmo que la revolucionó por completo y se maldijo por ello, por no controlar su cuerpo, por dejarse ir, quedando como una muñeca de trapo, respirando frenéticamente y acalorada como si estuviera cociéndose en un horno de pan. En cuanto su respiración se apaciguó, intentando que fuese rápido, se levantó de la cama y clavó esos ojos dorados en el hombre, que se tumbó en la cama apoyando la cabeza sobre el brazo bueno, con una sonrisa de suficiencia y mirándola en todo su esplendor.

¡Dios, cómo le gustaba esta chica!

—Prometió que respetaría mi virginidad —fue la protesta, sosteniendo la mirada, contemplando cómo ese cuerpo masculino ocupaba todo el largo de la cama, sin poder eliminar esa atracción tormentosa que sentía por ese hombre.

—Y lo estoy cumpliendo —contestó con sorna.

Ella se estiró en toda su altura y Brandon se recreó mirando esos pechos, esa cintura tan pequeña que abarcaba con sus manos y esos rizos rojos adornando la unión de los muslos. El cabello caía a los lados, una esplendorosa mata de suaves rizos que acariciaban las caderas y sonrió con lascivia. Esa Lilit pecaminosa, era suya, suya y de nadie más, por mucho que la deseasen el resto de los hombres.

Era suya.

—Pero ha dicho... antes ha dicho —soltó enfadada y él volvió a sonreír y a disfrutar del espectáculo. Por todos los infiernos, estaría empalmado toda la puta noche viendo a esta maravilla de mujer y se la follaría por todos los agujeros que la naturaleza le había dado.

Santo Cristo, estaba notando cómo se le endurecía otra vez.

—Anda, vístete. Y lo único que he dicho, es que cuando tú quieras, cuando sea tu deseo, te haré el amor. Nada más. Me conformo con esto. Te lo he prometido. Vamos, vístete de una vez. —Se miró la bragueta y la volvió a mirar—. ¿No ves que me estás poniendo cachondo otra vez, como un animal en celo? ¿No te das cuenta de que me excitas hasta límites extremos, que contemplar tus pechos, tus muslos, tu trasero, tu coñito me pone al rojo? Por favor, no te ruborices como si estuviera diciendo una barbaridad. —Ella,

abochornada, acalorada, se volvió de golpe y fue desnuda al baño, meneando ese trasero que Brandon miró con lascivia y cerrando la puerta de golpe. Brandon se levantó despacio y sin dejar de sonreír, dejó pasar unos minutos. Oyó correr el agua y trastear con las toallas, imaginando que estaría limpiándose y orinando. Al poco salió, con una toalla rodeando su hermoso cuerpo y él se compadeció de ella.

—Ven aquí —le ordenó con suavidad, viendo que había llorado. Ella se acercó y se cobijó en sus brazos, dejándose acariciar y llorando a borbotones —. No llores, vamos, no quiero que llores. No era mi intención molestarte. — La separó un poco y la miró a la cara, pero sin soltarla—. No me tengas miedo. Te juro que no te haré nada que tú no quieras, puedes confiar en mí. No hablo por hablar. —Ella se limpió las lágrimas y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos, sintiendo cómo él jugaba con las puntas de su cabello y sin poder imaginar qué pasaba por la cabeza de ese hombre.

—No es por eso. Es que no quiero que piense que soy una cualquiera por la manera de comportarme. Por excitarme de esa manera, sin poder controlarme. No puede ser bueno y por descontado, que no es el comportamiento que debe tener una buena mujer, sea católica o de cualquier otra religión; da lo mismo. —Los dedos masculinos se deslizaron por la barbilla y rodearon los labios, mirándola con cariño y compadeciéndose de ella.

—No pienso eso, en ningún momento lo he pensado. Sé diferenciar una dama de una fulana, al momento.

—¿Ni cuando me he puesto a cuatro patas y me he comportado de esa forma? —lloriqueó sin perder el contacto visual.

—Claro que no. Me ha gustado mucho que hicieses eso; no sabes cuánto. Me gusta que disfrutes y me gusta que me hagas disfrutar. Ven aquí. —La llevó al borde de la cama y sentándose primero, la acomodó encima de sus rodillas, sintiendo que tenía que aclararle algunas cosas—. No se te ocurra pensar que no eres una dama —dijo mientras le colocaba el cabello detrás de la espalda. Ella, con las manos en la unión de la toalla para que no se soltara, elevó la mirada enfurecida.

—Pero es que no soy una dama. No lo era antes, por mi condición social, pero por lo menos era una muchacha decente y ahora, ahora no soy nada, nada de nada. —Bajó la mirada, sujetando con una mano la toalla y con la otra limpiándose los ojos, incómoda de que ese hombre la mirase de esa forma y más incómoda de estar sentada sobre sus piernas y casi desnuda.

Pero qué más da, Jennifer, si ya te ha visto de todas las maneras, de todas las posturas. Por Dios, no vengas ahora con remilgos.

Quiso levantarse, pero esas manazas lo impidieron, haciendo que ella retorciera los labios enfurruñada.

—Me quiero ir. Suélteme. Ya hemos hecho bastantes cochinas esta noche. El cupo ya debe estar lleno —terminó con amargura y sin llorar.

Él quitó las manos de esa cinturita y las elevó, como diciendo, vale, ya estás libre, vete. Y fue lo que hizo la muchacha. Cogió las ropas y se fue detrás de un precioso biombo chino, donde comenzó a vestirse sin sentir sobre su cuerpo esa intensa mirada azul y esa sonrisa cínica, que parecía reírse de ella a todas horas.

—¿Quieres que te ayude? —la pregunta fue hecha de forma natural, pero la contestación fue brusca y contundente.

—No me hace falta. Gracias. —El hombre sonrió. A él no le remordía la conciencia, pues no tenía; estaba convencido de que se le pasaría. De repente, se le cruzó por la mente algo y sin pensarlo, lo soltó.

—¿Vas a estar con el mes? —El silencio se hizo en la habitación. Ni ruido de ropas, ni de movimientos de ningún tipo. Fue entonces cuando salió, con el vestido puesto, pero sin terminar de abrochar, pues no llegaba a la mitad de los botones.

—¿Cómo se atreve a preguntarme algo así? —Él se mordió la lengua para no soltar una carcajada.

Estaba tan hermosa, con esa melena cayendo por la espalda, ese rostro acalorado y esos ojos dorados echando chispas. Salvaje, era la palabra, brava también. Qué rápido se le había ido el llanto; desde luego, no era una muchacha que acostumbrara a explotar esa faceta tan femenina: lloros y más lloros. Bien, porque a él las lloronas no le gustaban y estando casado con una, tenía de sobra.

Brandon se dejó de miramientos, la enganchó por la cintura, le dio la vuelta y abotonó los pequeños botoncitos de la espalda, mientras le hablaba con toda la naturalidad del mundo. Como si fuese un amante complaciente.

—A ver si te enteras, que eso que tenéis las mujeres todos los meses, es lo más natural del mundo, aunque a muchos hombres les cause reparo o asco y otros piensen que las mujeres en esos días, poco menos que están apestadas. Es algo natural, es la llave de la vida, si las mujeres no menstruasen se acabaría la humanidad. Pero por si no lo sabes, porque eres demasiado joven y no tienes madre, y tampoco hermana, cuando vais a estar con esos días, el

temperamento se pone un poco más alterado, y creo que eso es lo que te está pasando —terminó y le dio la vuelta, para encontrarse con esa preciosa cara, que apretaba los labios para no decir algo de lo que se pudiera arrepentir—. Venga, recógete el pelo que te acompaño a tu habitación. —Ella se revolvió de una, separándose, y buscó las horquillas.

—No necesito que me acompaño. Sé de sobra el camino —rugió, mientras se enroscaba el cabello y lo iba agarrando con las largas horquillas, mientras él la miraba sin perder detalle de esos movimientos tan femeninos.

Brandon, debes de estar perdiendo facultades, pensó, esta niña no te respeta, no te obedece, es una fierecilla cuando se crece y piensa que va a salirse con la suya. Pero cómo le gustaba ese carácter, esa personalidad tan variable. Dios, le gustaba mucho.

—He dicho que te acompaño y eso haré. No va a venir una mocosa de diecinueve años a decirme lo que tengo o no tengo que hacer. —Ella lo miró con rabia a través del espejo y él disfrutó con el momento.

—Hago todo esto por Jonah, no lo olvide. —Esa carcajada portentosa y masculina, sonó en toda la habitación y ella se volvió hacia él, con los brazos en jarras, respirando acaloradamente y asesinandolo con los ojos.

—¿Los orgasmos también los tienes por Jonah? —Deseaba matarlo. En esos momentos era odioso.

—¿Su esposa sabe que tiene un marido pervertido? ¿Infiel? ¿Obsceno? ¿Manipulador? ¿Chantajista? —Déjalo ya, Jen, déjalo ya, lo estás enfadando, te vas a arrepentir.

Pero no, no se enfadó. Primero se mostró serio y después, su hermosa boca formó una sonrisa, que la hizo temblar, pues no era una sonrisa franca, era un arma de doble filo.

—No tengo nada de qué hablar contigo, que esté relacionado con mi esposa —la frase fue dicha de una manera fría y ella, sintió el helor recorrer todo su interior. Se había pasado de la raya—. Hicimos un trato, tu cuerpo para mi disfrute y tu virginidad a salvo. Y no olvides algo muy importante, yo no te considero una fulana y soy partidario de que la mujer disfrute igual que el hombre, pero la mayoría de los hombres no piensan así; son egoístas, machistas, que se consideran mejor que cualquier mujer, desde cualquier punto de vista y si por algún motivo, se supiera lo que ocurre entre nosotros, la que saldría muy mal parada serías tú. No yo. —Ella se puso los zapatos y sin dirigirle una mirada, salió de la habitación agarrando las faldas con las dos manos y bajando las escaleras más deprisa de lo correcto.

Que vea que no soy una dama, que se entere de una vez, pensaba, mientras trotaba por la escalinata, notando la presencia del hombre detrás y escuchando sus zancadas. Como ya estaba caliente, decidió soltar lo que tenía en la lengua y al llegar al salón se volvió y lo enfrentó, haciendo que él se frenara en seco para no llevársela por delante y mirándola desde su altura, algo que no la amilanó.

—Creo que no debe ser muy feliz cuando se comporta de esta manera. —Él la observó minuciosamente, pero Jennifer le mantuvo la mirada, intentando disimular su miedo, aguantando valiente.

Así, durante segundos que parecieron horas, se calibraron mutuamente. Y cuando ella estaba a punto de claudicar, de bajar los ojos y salir corriendo, esa voz le provocó mariposas en el estómago.

—Si tú fueras mi esposa, estoy seguro que no necesitaría a ninguna otra. —Ella se quedó sin palabras, notándose la confusión en su rostro.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, porque no supo qué decir, no tenía nada que decir, porque la invadía una sensación de plenitud y al mismo tiempo de vacío y lo que era peor, de dolor. Sus ojos vieron cómo esa mano grande, bronceada, se adelantaba y se dejaba caer sobre la manilla, al tiempo que notaba su presencia detrás, rozando su espalda y provocando múltiples sensaciones.

—¿De verdad no quieres que te acompañe? —la pregunta acarició el aire, llenando el espacio libre entre esa boca masculina y la orejita de ella.

—No es necesario. Ya le he dicho que sé el camino. —Él abrió la puerta y ella salió como una tromba de agua en una tormenta tropical. Pero, según daba los pasos, según bajaba las escaleras para llegar al pasillo que llevaba a su habitación, oía esas zancadas detrás de ella, y antes de llegar a la puerta, la enganchó por un brazo, para rodearle la cintura, pegándola a su cuerpo, y deslizando los labios por el cuello, acariciando con la boca esa piel sedosa.

—Esta noche no nos hemos besado. Y lo echo en falta. Lo necesito como el aire que respiro —murmuró en la penumbra del pasillo—. Adoro esa boca que tienes, adoro todo lo que tienes, todo lo que representas. —Se abalanzó sobre esos labios, y se alegró al notarlos entreabiertos y a ella temblando.

Le gustaba mucho producir esas sensaciones en la chica, le gustaba ser el primero en todo, bueno, en casi todo; le producía una sensación de poder, de pertenencia, de querer llegar hasta el fondo de su alma, si es que existía tal cosa... La besó profundamente, enredó la lengua con la de ella, lamió sus

labios por dentro y por fuera y repitió lo mismo varias veces, dejándola abochornada, acalorada... excitada. Al terminar, le acarició la mejilla y acercando la boca al oído, le susurró:

—A mi esposa no la beso de esta forma. Nunca la he besado así. —La soltó y se fue a paso lento, mientras ella miraba esa figura grande y oscura que se alejaba, la pregunta que le vino a la mente fue: ¿Eso es bueno, o es malo? Sin saber qué pensar y cada día más confusa, entró en la habitación.

Jonah lo notaba, pues estaba revolucionado, intuyendo que se iban y acusando el nerviosismo de la pelirroja, con lo cual, él gritaba eufórico, pataleaba y daba manotazos a todo lo que tenía cerca y, sobre todo, no dejaba de hablar en su idioma. Ya quería decir «mamá», pero lo que salía por su boquita era un *mamamamamama* continuo y con papá, le ocurría lo mismo; pero lo que hacía mucha gracia a todos, menos a Jennifer, era que cuando veía a Brandon le salía instintivamente el *papapapapapa* sin parar, poniéndose nervioso y echándole los brazos para que lo cogiera, algo que el hombre hacía como sumo gusto, provocando la felicidad del bebé y una enorme sonrisa en el rostro masculino, que ya lo quería como si fuese suyo. Pesaba diez kilos y medio y medía 74 cm., y Brandon lo llevaba como si pesara un gramo, y eso motivaba mucho al pequeño porque era sumamente divertido que ese hombre grande lo manejara de esa forma, haciendo que riera constantemente, al tiempo que no dejaba de parlotear para que Brandon se diera cuenta de cuánto le gustaba estar en sus fuertes brazos, y de paso, entretenerse mirando esos ojos azules y esa barba oscura, que cuando pasaba los dedos le rascaba de lo lindo.

De esa forma, cuando se acomodaron en el carruaje para ir a la estación, Jonah iba en sus brazos contento y feliz, moviéndose todo lo que le daba la gana, para seguidamente quedarse quietecito y fijándose en los blancos y fuertes dientes, cada vez que hablaba o mejor, que reía, para meter su manita dentro y reír a carcajadas cuando Brandon hacía como que le mordía; eran unos momentos, que se olvidaba de su mamá pelirroja. Pero cuando se cansaba, cuando el sueño o el hambre hacían su aparición, entonces movía esos ojazos, movía esa cabecita llena de rizos negros, buscándola y en cuanto la veía, echaba los bracitos para que su mamá lo tomara, sin saber, que entonces el hombre sonreía, se lo pasaba a la pelirroja rozándole los pechos y cruzándose de brazos se quedaba quieto mirando ese cuadro tan hermoso, mientras pensaba que jamás se había entretenido en mirar a una mujer y su

bebé, jamás le había interesado... hasta ahora, hasta que esta muchacha se había presentado en su vida y cada cosa o palabra que hacía o pronunciaba esa preciosa chica, le intrigaba, queriendo profundizar en su mente, queriendo saber todos sus pensamientos. Queriendo jugar con ella.

Brandon sentía lo mismo que cuando era pequeño y su padre o su abuelo le traían un regalo, algún juguete por muy rústico que fuera, que le alegraba y emocionaba a partes iguales, haciendo de él, el crío más feliz de la tierra. Porque no era por el regalo en sí, sino por quién se lo traía, porque su padre y su abuelo eran las personas a las que más amaba y los que más lo querían. De esa manera, cuando había ese plus de regalo, era como el sumun del amor, ese amor filial que los mantenía unidos de una forma invisible. Esos juguetes formaban parte de él y los analizaba una y otra vez, porque no los quería para jugar, no, los quería para mirar a través de ellos y sentir las manos de su padre o del abuelo, las miradas de esos hombres que eran profundas y cálidas cuando lo observaban con atención y siempre con amor, los brazos que lo sujetaban para hacerlo brincar en el aire o para abrazarlo en el sueño. Y el juguete que ahora tenía, era de carne y hueso, era una mujer, y no se lo había traído ni el padre, ni el abuelo, se lo había traído sin saberlo, su hermano Jeremy. Y él quería analizar ese juguete, manejar y doblegarlo a su antojo, atesorarlo para él solo y conocer hasta el último rincón, del exterior y del interior; porque a fin de cuentas, no necesitaba llegar hasta su hermano a través de ella, porque sabía cómo era Jeremy, lo que habría pensado, lo que habría sentido, y estaba convencido de que aunque hubiera estado enamorado hasta las trancas de la hermana mayor, habría deseado a la menor, como también sabía, que si no hubiera actuado tan rápido, o si la pelirroja no hubiese sido una cría cuando la conoció, habría querido casarse con la pequeña.

Las pertenencias, baúles y enseres, habían salido a primera hora de la mañana y en el carruaje iban los tres solos. Cooper pensó en decirle a Betty que fuera como doncella de la muchacha, pero se lo volvió a pensar y decidió que no; de ese modo la tendría para él solo, durante todo el tiempo que duraba el viaje.

Lín Yu, no contaba.

El chino era de total y absoluta confianza.

Luego, más adelante, si Jennifer quería tenerla con ella, mandaría traerla sin problemas. Pero en este viaje quería darse el placer de tenerla para él todas las noches, ya que había decidido, que cuando llegaran a Sacramento se

acabaría la perversión. Dejaría el juguete. Él tenía a su esposa, que debía embarazarla de nuevo, a ver si de una vez por todas, el siguiente embarazo llegaba a buen término; sin contar con que, tanto en la ciudad como en el rancho, habría muchos ojos mirando, y si alguien se daba cuenta de que había algo entre ellos, la reputación de la muchacha quedaría por los suelos; y él no era tan cabrón.

CAPÍTULO 7

Había bordado y cosido en el tiempo que llevaba en California, más que en toda su vida, al menos esa era la sensación que tenía la muchacha. Estando de luto debía guardar cierto recato a la hora de salir y de aceptar ciertas invitaciones, así se lo había comunicado la madre de Jeremy, pero a ella le importó poco, pues tenía muy claro que no iba a salir más de lo necesario pues no le apetecía ni pizca. Porque lo que ella deseaba no lo tenía, porque pensaba cada minuto, cada segundo del día y de la noche en él, sintiendo un ahogo en el pecho, un ahogo constante por no poder verlo. Dios del cielo, por qué tendría que tener este vacío, por qué esa desazón, por qué esos malditos celos, antes de conocer a la esposa y después. En los meses que habían transcurrido, solo lo había visto una vez, una vez que duró una eternidad porque no estaban solos, porque fue una cena previa a Navidad en la lujosa casa de los padres de Jeremy, donde ella vivía, y donde había acudido toda la familia, Brandon y esposa incluidos y los padres de esta. Se le hizo eterna, queriendo llevar la mirada hasta él constantemente, pero frenándose en cada momento para no sucumbir, para que nadie pudiera pensar que existía algo entre ellos, o que hubo existido, mirando su plato más de lo habitual y sonriendo educadamente a cada comentario que le hacían unos y otros, contestando cuando era necesario y mirando a todos, menos a él.

Estaba tan condenadamente guapo, tan atractivo... se había dejado una barba muy corta y perfilada, que le daba una dureza a esos espectaculares ojos azules y que, al mismo tiempo, era como un imán para querer mirarlos, contemplarlos... perderse en ellos. Su hermanastra bromeó con ello, diciendo que si no fuera por las ropas impecables y porque esa barba era más corta y trabajada, parecía el mismo que llegó después de descubrir la mina del abuelo; que más de uno se apartó de su paso, temiendo por su bolsa o por su vida; por descontento lo dijo en tono de broma, pero todos sabían que eran palabras ciertas al mil por mil, incluso la forastera, como sabía que la llamaban en la ciudad, la forastera o la pelirroja, como si fuese la única, como si no hubiera más pelirrojas en esa ciudad de California. Y la pelirroja, deseó

tocar esa barba, embobarse con ese azul y besar esa boca, y se maldijo por ello, por no controlar sus bajos instintos, por desear a ese hombre de una forma anormal en una mujer decente, aunque ella ya no se consideraba decente, para qué engañarse, si aunque siguiera manteniendo la virginidad, tenía la sensación de que se la había entregado cada vez que dejó acariciar su cuerpo por esas manos que tanto deseaba, que tanto añoraba; cómo iba a ser decente con todos los pensamientos tan intensos y obscenos que llenaban su mente. Era algo imposible y ella lo sabía de sobra, pues no cabía en su cerebro otra cosa que no fuera él. Anhelando cada momento pasado con ese hombre, deseando esas manos bellas, grandes y fuertes sobre su cuerpo, otra vez, necesitando repetir todo lo vivido una y mil veces más, y por qué no, llegar hasta el final, hasta donde un hombre y una mujer llegan. Habría sido lo ideal, que él le hubiera quitado la virginidad.

Qué bruta eres, Jennifer, si padre te está viendo desde el cielo... fue en ese momento cuando se pegó un pinchazo, ahogó una exclamación para no despertar al bebé y se metió el dedo lastimado en la boca... y chupándose el dedo, se acordó por enésima vez, del viaje, de las últimas noches y de las primeras, de cada detalle por pequeño que fuera, relacionado con ese hombre que la hacía enfermar; de ese hombre que había eliminado cualquier razonamiento sensato, cualquier partícula de decencia, ese hombre, que le había abierto las puertas del infierno y que ahora no quería saber nada de ella.

Nada de nada.

Dolía, cómo dolía.

Habían añadido un coche más, donde él dormiría y donde se retiraría varias veces al día para trabajar, para leer, para dibujar y para dar vueltas a sus pensamientos; pensamientos que ella desconocía. No sabía lo que ya había decidido: que el tiempo que durase el viaje, que todas sus noches, él acudiría a ella, para luego, dejarla, abandonarla, en el confort de una lujosa mansión que tenía de todo, incluido un suegro agradable y cariñoso y una suegra falsa, egoísta y amargada. Brandon no se abrió para nada, dejando que ella descubriera cómo era cada cual y quién, una vez se instalara en Sacramento. Los días transcurrieron sin contratiempos, ya que los pequeños percances que surgían a nivel ferroviario eran los habituales de todos los viajes, sobre todo de los trayectos largos. Pero el hombre se sorprendió a sí mismo, estando más tiempo en el vagón común que en el añadido donde iba su cabina dormitorio y el gran despacho de trabajo. Una vez que la mesa quedaba libre después de las comidas, se acomodaba en ella con sus papeles,

libros y demás enseres, con idea de trabajar, cosa que hacía, pero encandilándose con todos los ruidos y ruiditos que hacían esa preciosa pelirroja y ese bebé que era una copia de él a su edad. Levantando la vista cada dos por tres, devoraba a la muchacha con esa mirada predadora, intensa y profunda, mientras le daba la papilla al crío, cambiaba los pañales o le cantaba una nana, disfrutando con la imagen maternal y teniendo en mente la noche venidera, al tiempo que sonreía pensando y dando gracias, de que ese crío fuese tan dormilón.

Al principio pensó que era la novedad, el estar en un vagón de tren, encerrados y sin poder hacer otra cosa, pero según pasaban los días, comprendió que le gustaba demasiado y para su enfado interno, repetía todos los días la misma rutina. Eran muchas, las veces que las miradas de ambos se juntaban, acabando siempre igual: el rubor de la joven coloreaba esos pómulos perfectos, bajando los ojos hasta el bebé, o la costura, o el libro, o lo que estuviese haciendo. La observaba constantemente, y le llamó la atención el trato que tenía con Lin Yu; era simpática, dulce, bondadosa, generosa y cabezona hasta decir basta, logrando sacar los colores al chino, cada vez que ayudaba en cualquier cosa, desde poner la mesa, recoger o limpiar el polvo. Brandon disfrutaba con todo ello, con el azoramiento del chino, con las amenazas de que se lo iba a decir al jefe, provocando una amplia sonrisa en dicho jefe que estaba presente, repitiendo hasta la saciedad que ella debía ocuparse de su hijo y de sus labores y de nada más. Al segundo día, desistió, diciéndole que hiciera lo que gustase, pero que no se le ocurriera meterse en “su” cocina, porque eso no se lo iba a consentir. La risa de la pelirroja sonó como cascabeles en los oídos de Brandon, oyendo, además, que daba su palabra de honor, levantando su delicada mano, que respetaría la cocina pasara lo que pasara. Y ese segundo día, viendo cómo la muchacha, después de dar su palabra, volvía a sentarse al lado de la cuna donde estaba Jonah alterando el orden con su vistoso y ruidoso sonajero, y cogía un primoroso bordado que estaba acabando, recordó la noche anterior, la primera del largo viaje.

Ni se molestó en desnudarse, quitándose la chaqueta y el chaleco, nada más, sabiendo de sobra, que no podría estar desnudo al lado de esa belleza pues no respetaría su palabra, ya que, si sus pieles se rozaban, no controlaría ni su mente, ni su cuerpo y se la follaría una y otra vez hasta que su cuerpo quedara satisfecho y ya no se empalmara por mucho que lo deseara. Esperó durante un rato fumando un cigarro, calculando el tiempo que el pequeño

tardaba en dormirse; al dar la última calada, apuró el trago de whisky que esperaba encima de la mesa y con paso lento, se dirigió al otro vagón y entró directo a la cabina donde estaban los dos: ella en la litera inferior y el bebé en la cuna, cerca, muy cerca. La luz era mínima, solo la que penetraba por la ventana, a través de las blancas cortinas de encaje, pero sabía que ella estaba despierta y que le había oído. Bordeando la cuna y oyendo claramente la fuerte respiración del bebé, no pudo evitar una sonrisa. Sí, de acuerdo, pensó, eres un auténtico cabrón, un hijo de la gran puta, aunque tu madre fuese una santa, pero qué le voy a hacer, sí soy un perverso sexual, si es tal el deseo que siento por esta muchacha que no me importa que un bebé de pecho esté en la misma estancia.

Se acercó hasta la litera, sentándose en el borde y notando la respiración acelerada de la chica, provocando una sonrisa en él, al tiempo que iba metiendo una mano por debajo de la manta, tocaba el camisón y seguía la incursión por debajo de la prenda, tocando la suavidad de esas piernas, acariciando la firmeza de esos muslos y encontrándolos juntos, cerrados a cal y canto, muy apretaditos. Le dieron ganas de soltar una carcajada y lo habría hecho si ello no hubiera despertado al bebé; en lugar de eso, siguió acariciando despacio, lentamente, mientras sus ojos miraban a la joven, aunque no se viesan con claridad. Y en cuestión de un par de minutos, esos gloriosos muslos comenzaron a entreabrirse y él volvió a sonreír, intentando pensar si alguna vez tuvo una mujer tan dispuesta como esta, de forma tan natural, tan sensual y que no fuese una prostituta, o una dama harta de un marido vejestorio y deseosa de ser montada, o de montarse en un joven semental. Sus dedos se acomodaron en la vulva y el ruidito que hicieron al encontrarse con la humedad y frotar con ahínco, hicieron que su miembro se empalmara de golpe. No sabía que la joven estaba colorada como una fresa, al escuchar los sonidos que salían de su cuerpo, estando tan mojada y temiendo que Jonah se despertara por causa de ello, pero era tal la excitación, era tal la pericia de ese hombre para llevarla hasta el infierno con la habilidad de sus dedos, que ni podía, ni quería cerrar las piernas. Al contrario, deseaba tocar, deseaba hacer lo mismo que él, y decidida, llevó su mano hasta la entrepierna del hombre, tocando un muslo duro como una roca y llegando hasta el bulto que llenaba el pantalón de forma llamativa, mientras intentaba controlar la respiración mordiéndose el labio y sin pensar, sin darse cuenta del efecto que producía en él, del poder que tenía en esos momentos.

Y así, se masturbaron mutuamente, él con sus manos, con sus dedos y

ella, tocando y frotando contra la tela del pantalón; y mientras el hombre seguía torturándola y provocando un orgasmo tras otro, aprovechó para sacar el pene en los pequeños intervalos que la muchacha hacía cada vez que le venía, para dejarlo libre, para que esa grácil mano lo tocara directamente, para sentir cómo rodeaba con su pequeña mano el tronco de su masculinidad y se deslizaba arriba y abajo. Y cuando ella cerró los muslos porque era imposible aguantar más placer, dejó que se recuperase durante unos segundos para decirle que siguiera, pasando la lengua por la palma de la delicada mano, para ensalivarla a conciencia y que fuera aprendiendo más habilidades; y ella no perdió tiempo, acariciando el tronco de la virilidad varias veces, hasta que la saliva se evaporó y colocándose de rodillas en la litera, para sorpresa del hombre, dobló el cuerpo y bajó la cabeza hacia la verga necesitada de consuelo.

Y menudo consuelo, por Satanás, fue el juramento del hombre. Esos labios carnosos rodearon el falo como unas abrazaderas de algodón, jugando, acariciando, succionando de una forma tan erótica, tan embriagadora, que no pudo evitar un gemido que salió de lo más profundo de la garganta; pero al notar la lengua lamiendo su polla de abajo a arriba, chupetear la punta y tragársela entera, ¡joder!, tuvo que morderse el interior de la boca para evitar un aullido que habría despertado al bebé y al mismo Lín Yu. ¡Hostia puta! Cómo podía aprender tan rápido y tan bien, sintiéndose en el mismo cielo y perdiendo el control por completo. Así pasó, que no aguantó, que se desbordó como una catarata y soltó el chorro de esperma dentro de esa preciosa y cálida boca, que se lo tragó todo y hasta se lo hubiera tragado a él y eso fuese posible.

Era tal la tensión sexual y nerviosa que tenía el hombre, que una vez que la muchacha se retiró, él se abalanzó sobre ella y le devoró la boca, saboreando su propia esencia en esa lengua y en el interior, al tiempo que le magreaba los pechos sin piedad, sin control, pellizcando y retorciendo los pezones y deseando montarse como un animal y follarla hasta cansarse. Fueron los lloriqueos del bebé, los que le paralizaron durante unos segundos, haciendo que su mente se aclarase y abandonando esos labios, intentando dominar esa pasión descontrolada y sintiéndose como un caballo desbocado.

Jennifer escuchó la respiración profunda, quedándose quieta y temiendo no sabía qué. Pero la intuición le decía, que algo fuera de lo común había pasado y que, por un momento, ese hombre le pareció más temible de lo habitual. El pequeño ya no lloriqueaba, había sido un sueño y el hombre, se

levantó despacio, se guardó el pene que se había puesto duro otra vez, obligándose a controlar la situación y mentalizándose a que ya había recibido su recompensa esa noche. Habría más. Hasta que llegaran a Sacramento, habría mucho más. Todas las noches se saciaría de la manera que fuera, pero lo haría.

Ella no sabía lo que el hombre pensaba, lo que sentía, pero sabía de sobra que él sí conocía sus sentimientos; era hombre, mayor que ella y con una experiencia que la dejaba en mantillas. Y estando así, Jennifer se sentía en la cuerda floja. Durante el día, intentaba llenar todos los huecos, principalmente con el bebé, con sus labores y algo de lectura, además de ayudar a Lín Yu, pero esperando que él mantuviera una conversación con ella, que le contara cómo eran las personas que iba a conocer, que le hablara de Sacramento... lo que fuera, pero que hablara con ella. Pero eso no sucedía, pues las conversaciones eran cortas y siempre controladas por él y estando el bebé, siempre había una interrupción cada dos por tres; y lo que era peor, ella no se atrevía a preguntar, porque estaba cada vez más acobardada, sintiendo que él se cerraba a cal y canto, según transcurría el viaje, según se acercaban al destino, pero ese acobardamiento desaparecía al llegar la noche y cada cual se retiraba a sus cabinas. Entonces se volvía promiscua, se dejaba hacer y hacía. Como esa noche que tenía entre sus muslos la cabeza morena, y se mordía los labios hasta hacerlos sangrar para no gritar de gozo y entonces el tren se fue parando, poco a poco, pero ella no fue consciente hasta notar cómo la lengua diabólica dejaba de moverse y la cabeza se retiraba de sus muslos. Entre susurros, la voz masculina le dijo que no se moviera, que iba a ver qué ocurría y antes de irse, pasó una mano por la hinchada vulva, y le murmuró al oído: mantenla así, mojada y gordita para cuando vuelva y termine de comérmela.

Y la muchacha, enrojecida y excitada, esperó anhelante y sintiendo pasar el tiempo se puso nerviosa, quitándose la excitación de golpe. ¿Qué pasaría, por qué tardaba tanto y cuánto tiempo había pasado realmente? Se levantó de la litera y desnuda asomó la cabeza por la puerta, intentando oír algo. En ese momento llegó el hombre y la agarró de la cintura, sin molestarse en quitarse la cartuchera y los dos revólveres que llevaba a la cadera, besándola en el cuello y preguntando por qué no estaba acostada y con los muslos abiertos y ella volvió a excitarse y girándose, restregó el trasero contra el bulto del hombre. Este la acomodó mejor contra su miembro, restregándose como dos animales en celo, pero siendo ella la que

más presionaba y retorció ese culo que a él tanto le gustaba, aunque ella no supiera de la misa la media. El hombre sacó el miembro y lo restregó contra la hendidura, mientras tocaba los pechos y deslizaba la mano hasta el sexo femenino, mientras ella notaba esa dureza acomodada entre sus glúteos. Estaba apoyado contra la puerta y ella acoplada a él, y cuando la muchacha tuvo el orgasmo, se encorvó más de lo que estaba, dando lugar a que el hombre casi, casi, cayera en la tentación de penetrar en ese orificio, y de una soltó el esperma, deseando aullar, aunque fuese un segundo, pero tragándose los sonidos para no despertar al crío.

Cogió el trapo que siempre dejaba colgado en los barrotes de la cuna y la limpió primero a ella, para después hacer lo propio con el pene, guardárselo y dándole un beso en la boca, se fue sin más miramientos, dejándola vacía y sola, muy sola.

Al día siguiente Lín Yu le dijo que el tren paró a eso de las doce de la noche, porque un enorme tronco atravesaba la vía, a lo que la muchacha preguntó que cómo era posible, si estaban cruzando las praderas de Nebraska y no había ni un árbol, fue entonces cuando Brandon intervino, diciendo que tenía toda la pinta de ser un sabotaje y dando por zanjada la cuestión, para no decirle que dos hombres murieron esa noche, los individuos que colocaron el tronco para atracar el tren, pensando que sería coser y cantar y sin tener en cuenta que iba defendido con hombres armados en todos los vagones. Ella, recordando el episodio nocturno y creyendo que él estaba ocupado y distraído con sus libros de contabilidad o de lo que fuera, no se atrevió a preguntar nada más, bajando la mirada hasta su libro, intentando meterse en la trama de *Moby Dick*, pero sin conseguirlo.

Al llegar a Denver, el tren estuvo parado durante varias horas y él desapareció, quedando los tres solos. Cuando Lín Yu vio cómo la muchacha bajaba al andén para estirar las piernas y hacer tiempo hasta que el señor Cooper volviera, movió la cabeza nervioso y mirándola fijamente, pensó que era una joven muy testaruda y a pesar de decirle que el señor Cooper se enfadaría con él por dejarla bajar, ella mostró la más bella de las sonrisas, diciéndole que cuidase del bebé, que solo iba a dar un paseo a lo largo del tren, nada más.

—No te preocupes, Lín Yu, vuelvo en cinco minutos, en serio.

Y bajó.

Mientras el chino miraba con un ojo la cuna del crío, que jugaba con unos muñequitos de trapo y con el otro, a la joven que andaba despacio,

paralela al tren y que en cuestión de segundos desapareció de su vista. Hacía un día de sol radiante, pero el aire que se levantaba cada dos por tres, era fresco y anunciaba lluvia, aunque no sería mucha, lo suficiente para embarrar y ensuciar más el paisaje. La muchacha decidió volver al vagón, pues había mucha gente en el andén y casi todos hombres. La mayoría habían subido en Omaha, inmigrantes muchos de ellos, que habían pagado más de setenta dólares por coche cama compartido, para llegar a San Francisco en una semana si no se complicaba el viaje, aspirando a mejorar sus vidas, incluso acariciando la idea de hacerse ricos. Y esos hombres la miraron con curiosidad al principio y con lascivia al momento siguiente, deseosos de poseer lo que nunca podrían tener y ella, sintiéndose observada en exceso, decidió que lo mejor era volver a la seguridad del vagón, a la compañía de Lín Yu, antes de que Cooper la descubriera, sabiendo que se enfadaría con ella; pero antes de cumplir sus deseos, notó cómo una mano grande la agarraba del codo haciendo crujir la seda de la manga, y por un momento pensó que se trataba de Cooper. Nada más lejos de la realidad. Los ojos que la devoraron con ansia, eran marrones y el rostro oscuro y arrugado, aunque su dueño era joven. Sin soltarla del codo, bajó la cabeza y le echó el pestilente aliento, mostrando unos dientes sucios, amarillentos y con caries, en una sonrisa de superioridad, de machito alfa que va a conseguir algo, aunque sea un beso robado de una hembra tan bella.

—Mira lo que me he encontrado —dijo para todos los que quisieran oírle, al tiempo que otros sacaban la lengua y relamían los labios reseco—. Un bocadito precioso y tierno para llevarme a la boca, ¿eh, preciosa? ¿O prefieres ser tú la que se llene la boca con otra parte de mi cuerpo? —añadió groseramente, oyendo las risas de los otros hombres y más de uno frotándose la entrepierna.

La joven hizo un movimiento brusco para soltarse, pero sin conseguirlo, ya que él la tenía bien agarrada y estaba bajando la cara para besarla en la boca. Ella protestó, pero no le sirvió de nada, pues los hombres que se habían congregado alrededor deseaban lo mismo que él que había osado cogerla y no entraba en sus mentes salvar a una damisela en apuros. La muchacha le soltó una patada, pero a pesar de dar de lleno en la espinilla, esa abrazadera no soltó su brazo y ella temió lo peor.

—¡Ah, una gatita salvaje! —Y Jennifer no se dio cuenta del murmullo que salió de las bocas de los hombres que los rodeaban, pero en esos momentos, los asustados ojos de la muchacha vieron cómo esa mano la

soltaba de una vez, y ese cuerpo joven y fuerte se estrellaba contra la pared del tren con un ruidoso golpe y un quejido del individuo, viendo cómo Cooper lo agarraba por la solapas de la chaqueta, golpeándole repetidas veces contra el vagón, como si fuese un peso pluma, mientras le gritaba que si es que no sabía respetar a una dama.

Jennifer sintió un miedo atroz, al ver cómo ese hombre se revolvía e intentaba pegar a Brandon, pero este, acostumbrado a las peleas desde pequeño, le lanzó un derechazo en plena cara, sin llegar a romperle la nariz, pero haciendo que sangrara con fuerza. El tipo quedó espatarrado en el suelo, pasando la mano por su apéndice ensangrentado y mirando al hombre que le había causado tal daño, valorando con una sola mirada el tamaño de su oponente y sabiendo que podía causarle mucho más.

—¡Joder, hombre! ¡Me cago en la puta! —exclamó, quejándose y reparando que tenía toda la atención de los hombres que les rodeaban y que disfrutaban del espectáculo.

Total, que más daba de qué se tratara; un acorralamiento a una mujer o una buena tunda entre hombres, lo mismo daba. Y todos eran muy conscientes que ese tipo moreno, grande, vestido elegantemente y con un par de Colts a la cadera, no era moco de pavo.

—No sabía que tuviese dueño —continuó el joven, que no tenía más de veintiocho años—. Y no le he hecho nada malo, hostia —añadió bajando el tono y tocándose una y otra vez la nariz—. Creo que me la has roto. —Brandon lo miró despectivamente, sin perder de vista a la chica por si acaso se le ocurría salir corriendo del susto.

Pero no, ella se mantenía quietecita en el mismo sitio, mirando con ojos de susto al asaltante y con ojos de adoración, a su salvador, sin darse cuenta de cómo las miradas de los hombres se deslizaban por su rostro, luego recorrían ese cuerpo envuelto en seda negra y volvían a mirar esa cara, en especial la boca.

—No te he roto la nariz cabrón de mierda y tienes suerte de que no te rompa las piernas por haber tocado a mi mujer. ¿Te queda claro? —Los ojos oscuros se entrecerraron por los rayos solares, mientras escuchaba ese tono amenazante y miraba desde el suelo al tipo que le había sacudido, maldiciendo el momento que puso la mano sobre ese bombón.

Era más grande que él, y fuerte como un toro y con una cara de mala hostia, que parecía estar deseando darle una tunda de campeonato. Joder, no quería líos, quería llegar entero a San Francisco. Movi6 la cabeza en se6al de

asentimiento y dio gracias a Dios, al ver cómo agarraba a esa belleza pelirroja por la cintura, llevándola hasta los últimos vagones. Mira que soy estúpido, se dijo a sí mismo, cómo puedo haber pensado que esa mujer tan bella podía ser una buscona, si no va vestida como tal y para nada me ha dado a entender que lo fuese. Solo lo podía achacar a las ganas de hembra que tenía, pero, sobre todo, a que nunca, nunca, había visto una preciosidad como esa. Nunca, en la vida; en su puta vida, pensó mientras miraba a los hombres, que a su vez seguían con la mirada a la pareja, viendo cómo esa mano grande agarraba la cinturita minúscula y haciéndose la boca agua, imaginando las cochinas que podrían hacer esos dos.

—Hijo de la grandísima puta —murmuró para sí mismo—, qué suerte tienes, cabrón —terminó de murmurar mientras se levantaba y pasaba una mano manchada de mugre y sangre para comprobar que ya apenas sangraba, y pellizcándose el puente de la nariz, no sintiéndola rota, pero jurando que dolería durante unos días.

Las fuertes manos de Brandon no dejaron que subiese los escalones por sí misma, aupándola de golpe, como si fuese una muñeca y pesase lo mismo, dejándola en el interior del vagón con delicadeza, sin lastimarla. Miró hacia atrás y comprobó que todo volvía a la normalidad y que el tren enseguida se pondría en marcha, subiendo y cerrando la puerta tras él, notando cómo las nubes tapaban el sol y pronto cubrirían el cielo por completo trayendo algo de lluvia. Su mirada felina se deslizó por el interior, viendo al pequeño que jugaba dentro de la cuna y a Lín Yu, que poco faltaba para que se retorciera las manos y sacara los huesos de su sitio, esperando la reacción del jefe. Por último, sus ojos se clavaron en la joven, que permanecía quieta, al lado de la mesa de comedor. Volvió a dirigir la mirada al oriental.

—Controla al pequeño. Tengo que hablar unas cosas con la señora.

El chino afirmó varias veces, mirando más al suelo que a su jefe, pero viendo con el rabillo del ojo cómo enganchaba de la mano a la joven y se la llevaba al otro vagón. Jonah también miró a los adultos cuando pasaban por su lado, pero al momento bajó la cabecita para contemplar todos sus juguetes y coger con sus regordetas manos uno de los cubos huecos de madera, que le había dado Lín Yu, para hacer edificaciones y mirarlo desde todos los ángulos, para después mirar al hombre y este, se acercó y los colocó como cuando estaban solos esperando a la mamá, uno encima de otro, para que el pequeño, después de mirar atentamente, les diera un manotazo y destruyera la torre riendo a carcajadas, al tiempo que escuchaba las palabras de Lín, pero

sin entender su significado.

—Me parece que tu mamá, no se estará riendo en estos momentos. No, por el semblante del jefe, no creo que se ría nada, pero nada de nada.

El palmeteo de Jonah, hizo que volviera a construir la torre, para que el bebé volviera a tirarla, haciendo sus delicias.

La llevó de la mano, pero al encontrarse en el vagón donde él dormía y tenía su despacho, la soltó y se la quedó mirando fijamente sin decir palabra. Ella mantuvo sus ojos clavados en el rostro oscurecido por la barba de un par de días y no pudo evitar tragar saliva ante el silencio del hombre y esa mirada que la desarmaba, la atemorizaba y la encendía.

—Que sea la última vez que haces algo así —no levantó la voz, no hacía falta, pues sus palabras sonaron frías y amenazantes, provocando que la muchacha volviera a tragar saliva, al oír esa voz bronca y áspera.

—Lo siento, solo quería estirar las piernas —fue la disculpa que salió por esa boca que él no se cansaba de besar y que deseaba a cada momento.

Los ojos azules se clavaron en esta, y ella no supo qué decir o qué hacer. El hombre dejó de mirar esos labios y se centró en los ojos, sin tener muy claro si enfadarse con ella o explicarle un par de cosas; optó por lo segundo, mientras se quitaba la chaqueta y la tiraba con descuido encima de la mesa y seguía con la cartuchera, dándose cuenta cómo esos ojos dorados lo miraban desatar los cordones de los muslos y después la hebilla, para coger el conjunto de las armas y munición y dejarlo sobre la mesa, con más cuidado del que había empleado con la chaqueta.

—Jennifer, estamos en el oeste y debes saber que esto no tiene nada que ver con el este. Nada. Dentro de unos días, si no hay contratiempos, llegaremos a Sacramento y no se parece a nada de lo que has conocido hasta ahora. No quiero decir con esto, que te vayas a encontrar con lo peor, pero sí con algo diferente. Y teniendo en cuenta tu belleza y juventud, debes de protegerte más que otra que no llame tanto la atención, aunque en un momento específico, cualquier hombre puede mancillar a cualquier mujer, más bonita o menos. ¿Me entiendes? —Ella afirmó con un movimiento de cabeza, recordando las palabras de su hermana cuando el padre le prohibió ir a los muelles—. Y no va a importar que lleves luto; eso puede frenar algo, al principio; para darle más morbo al momento siguiente, ¿me estás comprendiendo? —No esperó contestación, pues la chica no tenía un pelo de tonta—. Lo mejor es que salgas acompañada, siempre; especialmente al principio. Tendrás a mi hermana, alguna criada o incluso a la madre de

Jeremy. —Los dos notaron cómo el tren se ponía en movimiento y ella, perdiendo ligeramente el equilibrio se balanceó y fue a colocar las palmas de las manos sobre la blanca pechera del hombre y Brandon, instintivamente la agarró de la cintura con fuerza y bajó la cabeza, llevando la boca hasta el cuello de la chica.

—Si ese hombre llega a posar su asquerosa boca en ti, lo habría molido a golpes —fueron las secas palabras, mientras besaba suavemente la delicada piel del cuello y ella respiraba profundamente, sintiéndose protegida entre esos brazos y recordando las palabras que había dicho: «por haber tocado a mi mujer».

Su mujer, volvió a repetir su mente. Pero la realidad era otra, otra muy distinta y, aun así, sintió esa excitación, esa ansia por él que la volvía loca, que la descolocaba y la alteraba de manera inapropiada. Notando el traqueteo del tren, agarrada por esos poderosos brazos, se dejó besar abriendo la boca para que él penetrara, moviendo su lengua para jugar con la del hombre y chupando sus labios igual que él chupaba los suyos, entre jadeos y suspiros de ella y gruñidos de él. Y durante ese beso que duró varios minutos, volvió a sentir el máximo exponente del placer, a sentir su cabeza como si volara por los aires y gimió más contra su boca y se atrevió a subir las manos y tocar ese rostro viril, esa mandíbula cuadrada, esa barba rasposa, notando cómo él se pegaba contra su pelvis y restregaba la erección, llevando una mano al trasero y apretándola contra su estrecha cadera, intentando calmar su deseo.

Los dos escucharon el sonido de la lluvia, pero era un sonido de fondo para su juego erótico, para la pasión que los embriagaba, igual que el ruido de sus ropas, el frufú de la seda negra contra el paño de los pantalones y el algodón de la camisa, mientras sus bocas seguían devorándose. Fue Brandon el que decidió parar, separándose de ella, pero sujetando esa preciosa cara con sus fuertes manos y mirándola tan intensamente, que a la muchacha le dio miedo. El cerebro de Jennifer asimiló que la lluvia había quedado atrás, pero era algo que en esos momentos poco o nada importaba, ya que sus ojos no pestañeaban esperando las palabras de él.

—Me traes loco, loco —murmuró roncamente, sin dejar de rodear esa cara. Se miraron durante unos instantes más, y él bajó las manos y mentalizándose para controlar su cuerpo y que esa parte de él, que actuaba por cuenta propia, se fuera calmando—. Anda, vete con el bebé. Más tarde te contaré cosas de Sacramento, ¿de acuerdo? —Ella lo miró con adoración y afirmó en silencio, para girarse y andar despacio hasta el otro vagón, mientras

la mirada azul no la perdía de vista, pensando cómo se las iba a ingeniar para prescindir de ella cuando llegaran a Sacramento.

Apretó los labios, mientras pensaba en ello; no será tan difícil, idiota, no vas a vivir bajo el mismo techo y a esa casa no vas casi nunca, pues te ves con tu padre en el rancho o en cualquier otro lugar, con tal de no ver a esa hija de la gran puta. Y vas a estar viajando constantemente y pasarás muchos días en San Francisco. Vete haciéndote a la idea. Será lo mejor. Para los dos.

Esa noche, después de cenar y contemplando a la muchacha con el niño en brazos que se dormía oyendo la voz masculina, le contó algunas cosas del lugar a donde se dirigían. Le dijo que cuando viera la ciudad, tal vez, se llevaría una decepción pues las construcciones que imperaban, nada tenían que ver con lo que ella había conocido; Boston, Nueva York o Chicago, no se parecían en nada a California. Empezando con que las ciudades o pueblos que habían sido fundados por los estadounidenses pertenecían a un tiempo cercano, y remontándose más atrás, cuando el territorio llamado Nueva España allá por el siglo XVI, menguó la población indígena de once millones a seis, en treinta años, gracias a los conquistadores españoles, a las misiones y sus misioneros; algo que escandalizó a la muchacha, pues sabía que estos eran católicos y que algo así, desde su punto de vista, era imperdonable. No solo trajeron enfermedades europeas, algo que no era su intención, pero que por lógica sucedía, sino que encima explotaron hasta la muerte a los pobres indios.

—Para ser sinceros, no le echemos la culpa solo a los españoles, o a los misioneros españoles, no importa la religión cuando se trata de explotar a los débiles; hasta se buscan disculpas de cualquier tipo para enmascarar las desgracias. —Hizo una pequeña pausa, admirando esos ojos que le devolvían la mirada, esperando que continuara—. Cuando México se independizó de España, los sistemas de misiones se convirtieron en ranchos, ya que el gobernador de California, que entonces pertenecía a México, repartió las tierras entre amigos y socios, a pesar de haber prometido dar la mitad a los nativos y la otra mitad a los que las solicitaran para trabajarlas. Al final, se entregó 26 millones de acres a unos 800 solicitantes y lo que ocurrió fue, que estos asaltaron las misiones y pusieron a trabajar a más o menos 600 nativos por rancho, como siervos, por supuesto. Algo parecido a las plantaciones sureñas; pero en lugar de tener esclavos negros, africanos, eran los propios nativos, los que ya estaban antes de llegar cualquier colonizador. —La joven atendía todas las palabras que decía Brandon, moviendo la cabeza en señal de

asentimiento, mientras el pequeño dormía plácidamente en sus brazos, con la cabecita pegada al pecho.

La mirada del hombre se desplazaba por el bello rostro, continuaba por el bebé y de paso admiraba esos pechos que también conocía, para volver a mirar esa cara, sintiéndose a gusto, muy a gusto, mientras se deleitaba con esa belleza de mujer y de niño y esos carnosos labios que se movían para hablar.

—Es malo traer a hombres y mujeres de otras tierras para tenerlos como esclavos, pero también es malo ocupar tierras que ya están ocupadas; que son de otros desde siempre. Y usurparlas. Quitarlas. Robarlas —fueron las palabras de Jennifer, mientras se levantaba y dejaba al niño en la cuna del salón, para volver a sentarse y continuar escuchando la voz de ese hombre, sin percatarse de que esa mirada azul no la perdía de vista ni un solo momento.

—Sí, todo es malo. Pero así ha sido y seguirá siendo. Lín Yu lo sabe bien. Compatriotas suyos trabajaron en la construcción de este ferrocarril y se les pagaba menos salario por ser chinos y en los trabajos más arriesgados, cuando se hacían voladuras con nitroglicerina, los enviaban a ellos para poner las cargas. —Los preciosos ojos dorados miraron al oriental que estaba sentado con ellos y con un aleteo de sus frondosas y oscuras pestañas, se lamentó.

—Vaya, lo siento mucho, Lín Yu. No sabía nada de eso. —Brandon no pudo evitar la sonrisa ante la dulzura de la chica y la cara de circunstancias que puso el oriental, sin saber dónde meterse y bajando la cabeza, para no soportar esa preciosa mirada.

Era demasiado consciente de la mirada de su jefe a la joven y lo único que deseaba, era desaparecer.

—Cosas que pasan, señora Julia. En mi país también se explota al más débil, aunque se tenga el mismo color de piel y la inclinación de ojos sea la misma. No hace falta salir de tu país para ser explotado —contestó moviendo la cabeza. La muchacha movió también su cabeza despacio, para mirar de nuevo a Brandon.

—Y entonces, ¿cómo llega California a ser de los Estados Unidos? Creo recordar que hubo una guerra. Con México.

—Eso es. Una cruenta guerra, como todas. Si le preguntas a los mexicanos sobre la entrada de las tropas estadounidenses en la capital, te dirán que destruyeron manzanas enteras, que mataron a hombres, mujeres,

niños y ancianos. Que saquearon todo lo que estuvo a su alcance, sin compasión, entrando en iglesias, comercios, cantinas, viviendas... y que ultrajaron a las mujeres, sin importarles edad o condición, dejándolas desnudas a las más viejas y violando a las jóvenes y no tan jóvenes. —La muchacha lo miraba arrebolada ante semejantes palabras, pensando que la condición femenina se llevaba la peor parte de todo. Clavó la dorada mirada en la boca del hombre y terminó de escuchar sus palabras—. Pero el mismo relato que hicieron los mexicanos, también lo hizo algún soldado estadounidense, seguramente asqueado del comportamiento humano, de la actuación de sus compatriotas; suponiendo que él no hiciese lo mismo. Al final, México se rindió y fue obligado a firmar el Tratado de Guadalupe Hidalgo, cediendo casi la mitad del territorio a los Estados Unidos. Y poco después, se descubrió oro y todo se convulsionó.

—Vaya, eso tiene que ser muy interesante. —El hombre soltó una pequeña carcajada, ante la curiosidad de la chica y escuchó cómo gruñía el bebé, pero sin despertarse, removiéndose en la cuna y cambiando de posición—. Pero no debieron de acabar con todo, porque usted descubrió oro mucho más tarde —fueron las palabras pronunciadas por esa boca tentadora y el hombre, volvió a sonreír.

—Se descubrió en el Valle de Sacramento, en el rancho Sutter. Fue un tipo llamado Marshall que estaba construyendo un aserradero para su patrón cuando descubrió oro, en el mismo año que México se rindió, exactamente el 24 de enero de 1848 y ese hecho, cambió la historia de California. —Él dejó de hablar, pero no de mirarla, como si estuvieran solos y ella, ansiosa y clavando los ojos en el atractivo rostro, pensando que era el hombre más viril del mundo, preguntó entre tímida e imprudente, sin darse cuenta de que el chino se levantaba silenciosamente y se iba a la cocina.

—¿Y cómo cambió la suya? ¿Dónde encontró su oro? ¿O debo decir, el de su abuelo? —salieron todas las preguntas en tropel, viendo cómo el hombre se levantaba y se sentaba a su lado, haciéndola enrojecer.

—Sí, dices bien. El de mi abuelo. Así lo considero —contestó, mientras sus dedos cogían un mechón rojo y lo colocaba detrás de la orejita y seguidamente, acariciaba debajo, en la suave piel del cuello—. La mina está en el norte de California, muy cerca de Oregón, en una zona boscosa y montañosa. Primero la buscó mi padre y, o no tuvo suerte, o no le puso mucho empeño. Siempre he pensado, que nunca creyó al viejo, pensando que sus constantes borracheras le hicieron alucinar, imaginándose algo que

deseaba con toda su alma, pero que nunca había existido. Pensando de esa manera, mi padre no buscó con ahínco y no le dedicó mucho tiempo ni dinero, y al no encontrarla, reforzó su hipótesis, provocando una gran decepción en su padre. Mi abuelo, que en diversos accidentes se había roto las dos piernas, quedando con una cojera llamativa y dolorosa, no estaba en condiciones óptimas para ir con su hijo, sin contar con que no tenía muy clara la localización de la mina. —Ante esa caricia constante, ella se movió un poco para que dejara de tocar.

—Pero ¿cómo no iba a tener claro donde se encontraba la mina? La había descubierto él, ¿no? —Él sonrió, ante la pregunta y ante la pequeña separación que había producido entre los dos, sabiendo que la ponía nerviosa, que un color le subía y otro le repetía, ante esa mirada azul y esos largos dedos que jugueteaban con su oreja, con su pelo.

—Sí, pero fue en una época que bebió mucho, muchísimo. Él me contó, que entró en una cueva que se hallaba en el suelo, como un pozo natural, ¿entiendes? —Ella movió la cabeza. Estaba tan atenta, como si fuese una niña ante un cuento nocturno—. Penetró dentro agarrado a una cuerda y dando gracias a estar delgado, pues la abertura era estrecha, al hacer pie observó a su alrededor y vio dos pasadizos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Tomó el de la derecha, decidido a andar hasta que la cuerda tirase, pero no hizo falta. Antes de que el recorrido de la cuerda se acabase, vio la veta.

—¿Llevaba luz? —la pregunta fue hecha en un tono susurrado, pues Jennifer veía perfectamente al abuelo en esa cueva.

—Por supuesto. Jamás debes de entrar en una cueva sin luz. Es una norma universal —se burló Brandon, pero a ella no le importó, pues quería saber el resto de la historia. Es más, quería saber toda la vida de él y de sus antepasados.

—¿Qué más? Siga, por favor. —Él se mantuvo en silencio unos instantes. La deseaba, pero sentía una satisfacción extraña al contarle cosas de su vida. Cosas, que su esposa, por ejemplo, no sabía; porque nunca se había molestado en preguntar.

—Entonces, volvió sobre sus pasos y tomó el camino de la izquierda.

Ella lo interrumpió, hablando a borbotones:

—Claro, es lo que yo hubiera hecho —fueron las palabras cargadas de razón—. Siga, por favor. —Él estaba sonriendo, ante esa curiosidad que no se había dado cuenta que tuviera, y mirando esa carita esperando la continuación del relato, le dieron ganas de hacerla rabiarse, de tomarle el pelo como si se

tratara de una cría pequeña.

—¿No tienes sueño? ¿No quieres acostarte? Es un poco tarde. —Ella hizo un puchero con esos labios pecadores y él clavó la vista en ellos. No, cabrón, no es una niña, es toda una mujer que te la pone tiesa con solo mirarte.

—Oh, por favor, siga. Se lo ruego, quiero saber el resto. —Él pasó un dedo por el labio inferior y lo frotó suavemente. Sonrió.

—De acuerdo —añadió, retirando el dedo para no arder—. Siguió el camino de la izquierda y le pasó lo mismo; antes de acabar el recorrido de la cuerda vio otra veta, pero esta le pareció más grande.

—¿En serio? —Los ojos abiertos al máximo, rodeados de esas pestañas tan hermosas, le hicieron sentirse extraño.

—En serio. Salió de la cueva y mirando el entorno, pensó que todo estaba controlado, pues creyó saber la situación exacta, para volver en cuanto le fuera posible con el material necesario, ayuda, y, por supuesto, antes de nada, registrar la mina a su nombre. Para su desgracia, sufrió un ataque antes de llegar al campamento donde estaba con otros tramperos, porque a eso se dedicaba el viejo, al comercio de pieles. —Hizo otra pausa y ella se mordió el labio y entrecerró los ojos.

—¿Quién le atacó? ¿Los indios? ¿Sus compañeros? —Él se sorprendió de que fuera tan lista o de que tuviera tanta imaginación.

—Los indios. Mi abuelo estaba casado con una india y tenía de todo, amigos indios y enemigos indios.

—Madre mía —susurró la joven—. Qué historia más emocionante. Y entonces, ¿qué ocurrió? No, no me lo diga, seguro que, por el golpe, la conmoción y el susto, todo junto... se olvidó del asunto, no se acordó de la cueva. —Brandon estaba disfrutando de la conversación, de una forma extraña, sintiéndose cómodo y al mismo tiempo excitado y no recordando una conversación de estas características con ninguna mujer.

—Tuvo una conmoción cerebral. Muy fuerte, de hecho, estuvo un par de días inconsciente y cuando despertó, sí recordaba la mina, pero no el sitio donde estaba. Como tuvo que estar guardando reposo durante un tiempo y después fue al norte de Oregón, cuando volvió al lugar, por más que buscó no dio con ella, produciendo tal desazón, que creyó volverse loco. El tiempo fue pasando y la bebida hizo estragos en él. Mi padre fue en busca de la mina, un poco por curiosidad y otro poco para que dejara de decirle todo el tiempo que tenía que encontrarla, que era su obligación. Yo creo que mi padre no le puso

mucho interés... pero bueno, no era fácil y por aquella época, él se había casado y yo estaba a punto de nacer y no, no tenía ganas de separarse de su esposa. —Ella no le interrumpía y no dejaba de mirarlo, ahora a los ojos, ahora a la boca, contemplando esos dientes blancos y fuertes y deslizando la mirada por esa mandíbula oscurecida por la barba—. Y así, fue pasando el tiempo, el viejo se volvió un borracho en toda regla y la historia de la cueva, quedó en leyenda, pero no cayó en el olvido. Ya se encargaba él mismo, de recordarla constantemente.

—¿Y su abuela? ¿La india? —La curiosidad y la pregunta, llevó uno de sus dedos al espeso cabello del hombre, tocándolo, pero sin meter la mano en la espesa cabellera.

Era como una tentación, pero no se atrevió a tanto.

—Murió al poco de nacer mi padre —contestó raspando el aire.

Ella siguió tocando el cabello negro como ala de cuervo.

—¿Por eso su cabello es tan oscuro? —Ni ella misma comprendía cómo se había tomado esa libertad.

—Seguramente. Como lo es el de Jonah. —Jennifer retiró la mano y enrojeció levemente, pero siguió mirándolo.

—Siempre me pregunté de dónde había salido ese color. Me quedé de piedra cuando vi asomar una pelusa oscura como la noche y después unos rizos tan negros y brillantes. Pensé que la madre de Jeremy era morena.

—No. Era rubia. El color negro viene por parte de la madre de mi padre; la india. —La miraba sin parpadear.

—¿Y con quién se crio su padre? —preguntó con timidez, pero sin dejar de mirarlo a su vez.

—Con una hermana del viejo —contestó, acariciándola con la mirada y deseando poner las manos encima de esos pechos.

—¿Y su abuelo nunca temió que otros encontraran la cueva? —El hombre sonrió mostrando la perfecta dentadura y viendo cómo ella volvía a clavar la mirada en su boca, sin pudor, provocando en él todo tipo de emociones.

—Ya lo creo. Y, de hecho, en los momentos que estaba lúcido, investigaba si se había registrado alguna mina por la zona. Comprobaba todo el norte de California, a veces, hasta el sur de Oregón, pensando que pudiera tener otra entrada o salida, que fuese una cueva tan grande que ocupara la frontera entre los dos estados.

—Pero no fue así, ¿o sí? —Mirar esos ojos provocaban que la quisiera

proteger de por vida, y esa boca, Dios qué boca...

—No, dulzura. No fue así —las palabras sonaron acariciadoras, provocando un cosquilleo en la barriga de la joven.

—Y entonces, usted fue en su busca y la encontró —soltó con una hermosa sonrisa que lo dejó atontado... y tocado.

—Bueno, no fue tan rápido, ni tan sencillo. Estuve a punto de tirar la toalla, después de estar recorriendo la zona durante dos meses. Me puse de plazo tres, y si en ese tiempo no conseguía nada, seguiría con mi vida. Cuando estaba a punto de cumplir ese tiempo, llámalo suerte, casualidad o lo que quieras, me fijé en una zona a unos tres o cuatro metros de una pared rocosa, con mucha vegetación, como te digo, la vista se me fue derecha a una losa grande y pensé si se había desprendido de la pared o tal vez de la cima y había caído allí. Me acerqué y vi una ranura y el corazón me dijo que esa era la cueva del viejo. Tenía el campamento relativamente cerca y al día siguiente me acerqué con Lín Yu, movimos la piedra y me deslicé en el interior... y vi lo mismo que vio mi abuelo, más de veinte años atrás. —Dejó de hablar, pero no de contemplar la expresión de la muchacha.

—Eso ocurrió cuando usted ya había estudiado. Cuando continuaría con su vida si no la encontraba.

—Sí. Había vuelto de Europa, con la idea de buscar la cueva y si no había suerte, ponerme a trabajar en lo que fuera. Pero todo cambió cuando mis ojos vieron lo mismo que el viejo tozudo. —Los ojos dorados no podían estar más abiertos.

—¡Vaya! Tuvo que ser muy emocionante contemplar semejante visión —las palabras de Jennifer sonaron sinceras.

—Casi tanto como contemplar tu belleza —la voz del hombre sonó ronca y el deseo se palpó en el ambiente, haciendo que las mejillas de la chica se incendiaran ante ese piropo.

Él bajó la cabeza y llevando una mano a la nuca, acariciándola, despacio, de manera tan lenta y sin dejar de mirarla que ella tembló por dentro y por fuera, posó sus labios sobre la generosa boca y la devoró con delirio, saboreándola y recreándose con ello. Se paró durante unos segundos, para ver la rojez que le había producido con la barba y entonces, desabrochó los botones de la blusa y dejó al aire los pechos sujetos por el corsé y tapados por esas delicadas camisolas. Agachó la cabeza y los tomó en sus manos, dejando los pezones al aire, para chuparlos hasta hacerla gemir, hasta enrojecer esas elevaciones rugosas, igual que había enrojecido sus labios y la

piel cercana a ellos, oyéndola suspirar y mirándola a cada momento, para ver ese rostro acalorado y excitado, para ver cómo se mordía el labio y cómo sacaba la punta de la lengua para mojarlo y volverlo a morder. Pero no paró allí, recostándola en el sofá y metiendo la mano por debajo de la falda para llegar a la ropa interior y meter los dedos por una rendija y darle placer hasta que le vino una y otra vez, besándola en la boca, chupándole los pezones y saboreando esa vulva jugosa, para penetrarla seguidamente con los dedos.

Él sabía cuándo pedía clemencia, por su respiración diferente y por sus movimientos, especialmente cuando cerraba los muslos como diciendo: no puedo más, algo que sucedió en ese momento. Dejando que se recuperase, él vio que sus dedos estaban manchados de sangre, imaginando que le estaba bajando el periodo y que probablemente, ella aún no se había dado cuenta. Con ese pensamiento y sin dejar de mirarla, la joven se metió entre sus piernas y se arrodilló en el suelo, esperando que él hiciese el siguiente movimiento, pero como no fue así, pues él permaneció estático, sin dejar de mirarla, ella llevó sus delicados dedos a la bragueta del hombre y despacio, mirándose mutuamente, sacó el miembro hinchado y duro y se lo llevó a la boca. El hombre se recostó contra el respaldo y soltó el aire contenido, al notar esa lengua recorriendo todo el tronco y esos labios succionando. Se mordió el labio de puro placer y la dejó hacer a sus anchas, sin ponerle ni una sola falta, pues era tal la pericia que había adquirido para ese menester, que tenía que hacer un esfuerzo constante para no correrse a la primera lamida, a la primera succión de esa boca generosa, a esas manos cogiendo su miembro para sujetarlo y dirigir los lametones a la punta enrojecida o al tieso y duro tronco, o para rodear con la boca caliente y húmeda todo el grosor de la verga y deslizarla arriba y abajo, unas veces más despacio y otras más deprisa, y él, clavar su hipnótica mirada azul en todo lo que esa criatura le hacía, para no perder ni un solo detalle. Como cuando se la introducía en la boca, tragándosela casi entera y produciéndole un placer extremo, al tiempo que miraba el rubor de sus mejillas cuando las miradas se encontraban.

No quería olvidar nada, no quería que ningún detalle por minúsculo que fuera, desapareciera de su mente en un futuro, cuando ya no la tuviera, cuando todo fueran recuerdos y ya no estuviera a su alcance. *Disfruta el momento, cabrón, hijo de la gran puta, disfruta y deja que esta preciosidad te lama hasta morirte de gusto, te chupe hasta dejarte seco, para que luego en tus momentos de soledad, que los tendrás, te la menees recordando esta boca, esta lengua y estos ojos que te miran de esa forma tan especial, que no*

sabes lo que están pensando de ti, pero que algún día y no muy lejano, te maldecirán más de una vez. De eso, puedes estar seguro.

Y así, con esos pensamientos, disfrutando de ese momento, gozando de esa boca, se desbordó en su interior sin molestarse en apartarla, notando cómo se lo tragaba todo, para después lamer las últimas gotas de la punta. Las miradas estaban clavadas una en la otra, y ella, mostrándose como la más experta de las cortesanas, aun siendo virgen, lo miró con avaricia mientras todavía tenía el miembro entre sus manos y pasó la lengua por la punta, de manera lasciva. Por Dios y por todos los santos, fue el pensamiento del hombre, a pesar de no creer en nada, recorriendo con uno de sus largos dedos el contorno de la suave mejilla y haciendo que soltara la presa, para cogerla por las axilas y sentarla de nuevo en el sofá.

Se arreglaron las ropas y él la volvió a besar; fue un beso de despedida, pero ella no lo sabía. ¿Cómo lo iba a saber? Si era un juguete en sus manos.

Brandon cogió al crío y lo llevó a la cuna del dormitorio de la joven, dejándolo con delicadeza y tapándolo como habría hecho si fuese su hijo. Antes de irse, se pegó a ella y la acarició amorosamente, pero las palabras que dijo avergonzaron a la muchacha.

—Estás con el mes. ¿No te has dado cuenta? —Al ver el rubor, sonrió—. No te dé vergüenza, cariño, no hay motivo. ¿Te duele el vientre? —Ella negó en silencio y entonces notó el olor acre, y vio que esos dedos que la acariciaban estaban manchados de sangre seca; no mucha, pero lo suficiente para dar la nota—. Bueno, pues ya lo sabes. Toma las precauciones oportunas. —Se alejó y ella no pudo evitar que unas lágrimas saltaran de sus ojos, sin saber que no serían las últimas, ni las peores. Que vendrían otras más dolorosas, otras que nada tienen que ver con el celo, con el deseo salvaje y obscuro que te provoca un hombre.

Otras, que dejarían una cicatriz en su alma para siempre.

CAPÍTULO 8

Recordando todas esas vivencias, anhelando a ese hombre de una forma dolorosa, odiando a esa esposa de una manera que ella nunca había conocido y menos sentido, no escuchó llegar a la madre de Jeremy. Parecía mentira, que, siendo tan grande, tan voluminosa, sus pasos fuesen sigilosos en muchos momentos, como en ese. Por Dios, qué manía le tenía a esa mujer. Era antipática, era hostil, era áspera, era cualquier adjetivo negativo.

—Estás aquí —fue el saludo de la mujer, mientras Jennifer pensaba cómo el señor Cooper se había enamorado de esa mula; qué le habría visto treinta años atrás o los que fueran.

Por todos los santos, no la tragaba y el sentimiento era mutuo. Cierto era que el comportamiento de esta, cuando estaba el esposo delante, cambiaba mucho, mostrándose más cordial y casi agradable con los demás; por descontado, el comportamiento con el marido era considerado, atento y solícito en todo momento, notándose a la primera, que estaba locamente enamorada de él y que solo le faltaba besar el suelo que él pisaba. Ya se había dado cuenta, que el hombre sabía de sobra cómo era su esposa, que para nada lo engañaba y que asumía ese carácter que mostraba y el que escondía; igual que sabía, que no quería nada, absolutamente nada, a su hijastro y no porque los hubiera visto juntos, que no era el caso porque él no aparecía por la casa, a excepción de esa cena, sino porque cuando alguien, su hija por ejemplo o cualquier otra persona mencionaban a Brandon, ella hacía como que no había oído nada de nada, y cuando no le quedaba más remedio que contestar, viéndose entre la espada y la pared, el comentario era cualquier cosa menos cariñoso, admirativo o similar; pero, eso cambiaba cuando estaba el esposo delante. Era entonces cuando hacía esfuerzos para sonreír ante un comentario gentil sobre el hombre que había hecho que su esposo fuese más rico de lo que era y que seguía haciéndole partícipe en muchos de los negocios que tenía el primogénito. Como se fue enterando Jennifer, poco a poco y asombrándose cada vez un poco más de la enorme fortuna que poseía el hombre que amaba. Sí, no le quedaba más remedio que reconocerlo; amaba a

ese hombre y estaba segura de que no podría amar a nadie más, o por lo menos, igual.

Dejando de lado sus pensamientos, fijó sus ojos dorados en esa mujer, esperando alguna queja o alguna crítica, ya que era a lo máximo que se atrevía, seguramente por miedo a su hijastro.

—No conozco a nadie que cosa tanto como tú —se quejó la madre de Jeremy, sentando su pesado cuerpo cerca de la muchacha y mirando el chal que estaba tejiendo en esos momentos y la costura que descansaba encima de la mesa—. Ahora estás tejiendo, ¿a ver? —Estiró la mano para tomar la prenda y mirar con detenimiento el laborioso e intricado dibujo, sin fijarse en su nieto que la miraba intrigado, pero sin hacer señales amistosas.

Ni la abuela, ni el nieto se habían caído bien, algo que satisfacía a Jennifer enormemente, y la joven sabía por qué. Suzanne Cooper había esperado un niño rubio de ojos azules, pero no, una copia de su hijastro y de su esposo. Ella había sido rubia y ahora tenía el cabello gris, los ojos pardos, de buena estatura, como Jennifer, pero con un peso excesivo, sobrándole más de quince o veinte kilos. Por más que la miraba, no le veía parecido con el hijo muerto. Jeremy había heredado los ojos de su padre y también la estatura y complexión, pero a excepción del color del pelo, no veía más parecido con la madre. La hija, Catherine, de veintidós años, según decían era muy parecida a la madre con esa edad, pero también tenía los ojos azules, aunque no tan llamativos como los de Brandon y el difunto Jeremy.

Los astutos ojos de la mujer miraban el chal sin pestañear.

—Es hermoso, la verdad —dijo de manera pragmática, sin pasión, simplemente recalcando una realidad—. Pero te vas a dejar la vista en todas estas labores. —La miró detenidamente, de una manera descarada y fuera de lugar, cosa que hacía cada vez que estaban a solas; incluso, cuando había gente delante y creía que nadie se daba cuenta, también la observaba como si fuese un animal extraño.

Pero Jennifer era consciente de cada mirada de esa mujer, desde la primera hasta la última del día. Por ese motivo, cuando la hermana de Jeremy la invitó a pasar un largo fin de semana en el rancho, no tardó ni medio segundo en aceptar, provocando la risa de Catherine que con veintidós años y casada un año antes, se encontraba muy cercana a la nueva cuñada.

—¿Has preparado tus cosas y las del niño? El coche ya está listo.

—Sí, ya lo tengo todo —contestó la muchacha, recogiendo la labor y guardándolo todo en su gran bolsa de labores.

—No creo que te haga falta eso. Hay cosas más interesantes que hacer en un rancho. —Se habían puesto de pie al mismo tiempo y Jennifer pensó, que unas veces se movía muy rápido y otras más lenta, dependiendo de con quién estuviese, del genio que tuviese en esos momentos o de cualquier otro motivo que la muchacha desconocía y que, por otra parte, ni le importaba, ni le interesaba, pues era una mujer que no le provocaba ningún sentimiento positivo.

—No tengo intención de llevar costura de ningún tipo. Catherine ya me ha puesto al corriente. —Las conversaciones eran frías entre ellas, especialmente si estaban a solas.

Suzanne Cooper miró al niño, que en esos momentos estiraba los bracitos para que lo cogieran, aunque fuese esa señora grande y malhumorada. Los pensamientos de la mujer volaban al pasado cada vez que posaba sus ojos en ese crío y siempre volvía a lo mismo; si ella hubiese sido la primera, Brandon no existiría, este crío que era su nieto, si es que lo era, tampoco estaría aquí... y su hijo querido... habría formado una familia como Dios manda y llevaría los negocios de la familia al lado de su padre. De su amadísimo esposo.

La muchacha agarró de las axilas al bebé y lo sacó de la jaulita sin techo, donde jugaba, poniéndose de pie, dando unos pasitos, tirándose al suelo y gateando por todo el perímetro de ese parque particular. Estaba acolchado por completo, suelo y paredes, de modo que si se caía, no había problema; solo se quedaba parado durante unos segundos, mirándose con esos ojazos, piernas y brazos para ver si seguían en el mismo sitio, y mirando a su alrededor, comprobando que esas flores grandes (la tela que envolvía el acolchado), seguían en su lugar y con los mismos colores llamativos, para ponerse manos a la obra, levantarse haciendo esfuerzos con el culo en pompa, ayudándose con sus piernas regordetas y llevando los bracitos algún lugar seguro para agarrarse y volver a lo que estaba haciendo, que era... investigar.

Investigar todo lo que estaba a su alrededor y a su alcance, en especial ahora que vivía en esa casa grande, que tenía tantas cosas para ver, pero sobre todo para tocar. Y no solo las cosas, también estaban las personas, que había muchas, con voces dulces como la de su mamá y otras broncas, pero agradables como la de ese hombre que ya no veía. Pero a pesar de que la casa era un centro especial para la investigación, él se conformaba por el momento con ese parque grande, donde las caídas estaban amortiguadas y tenía tantos juguetes, que cuando se cansaba de uno cogía otro y si no, todos a la vez. Y si

se cansaba de ellos, siempre le quedaba la opción de retirarlos todos, tumbarse y dormir mientras oía la voz de la pelirroja contándole un cuento o cantándole una nana. La jaula, el parquecito, se colocó en esa habitación que estaba en la planta superior, al lado de la habitación de Jen y para que cupiera el recinto se quitó un gran sillón, dejando otros dos y una hermosa mesita de madera de cerezo. Cuando la joven supo que esa jaula para juegos la había mandado hacer Brandon, todo su cuerpo se alteró, pensando que se acordaba de ellos o por lo menos del bebé, creyendo que vendría algún día para ver cómo disfrutaba Jonah de su patio de recreo. Pero no fue así. Se ve que el gran hombre estaba muy ocupado, o simplemente, ya no le interesaban.

La habitación se podía decir que era la del bebé, pues tenía una hermosa cuna de madera de roble pintada en blanco, y varios armarios y cómodas de madera de cerezo. Las paredes estaban enteladas en seda verde claro con unas finas rayas doradas, contrastando con las molduras y puertas de la caoba más brillante que hubiese visto la muchacha. Toda la casa mostraba el lujo que da el dinero y el buen gusto que tenía la familia Cooper, tanto en los hermosos muebles, como en cada detalle de la decoración. Sí, la bruja que no deseaba coger al bebé más hermoso de la tierra tenía un gusto impecable, pero era más mala que el veneno de una serpiente cascabel. Nunca había visto una serpiente, pero la expresión la había oído más de una vez desde que estaba en Sacramento, especialmente a Catherine.

Las lágrimas se le agolparon en los ojos, notando esos bracitos que le rodeaban el cuello, pero no queriendo darle el gusto a la madre de Jeremy, viéndola llorar. Antes muerta que darle ese placer a la vieja pécora. Y fue en ese momento, cuando la señora Cooper no pudo contenerse más y soltó la pregunta que rondaba su lengua desde que vio a esa hermosa muchacha y al niño, que era el hijo de su hijo. ¿O no?

—Dime una cosa. Cuando vivías en Boston, ¿no fue Brandon por ahí? ¿Nunca se acercó a ver a su hermano? En alguno de los muchos viajes que hizo a Nueva York, ¿no se vieron? —Los ojos pardos la perforaban, queriendo intimidarla para que soltara lo que ella quería oír.

Jennifer ya no tenía ganas de llorar y le devolvió la mirada sin achantarse ni un segundo. La voz de la joven sonó alta y clara, mirando frente a frente, a la suegra de su hermana. De la que te has librado, Julia. No habrías durado ni dos rosarios, al lado de esta mujer.

—La primera vez que vi a Brandon, fue en Chicago, en septiembre del año pasado. Y Jeremy no tuvo contacto con él, porque por el motivo que

fuese, no quería saber nada de ustedes. De hecho, la gente que nos rodeaba pensaba que no tenía familia, puesto que en alguna ocasión dijo que su familia éramos: su esposa, su suegro, su cuñada y más tarde, su hijo. Y le diré una cosa, si Jonah se parece a Brandon, no es nada del otro mundo, porque a fin de cuentas ellos eran hermanos, hijos del mismo padre. Y que yo sepa, este niño es igual que su esposo, ¿o no? —El rictus de Suzanne era cualquier cosa, menos amistoso.

Las miradas de ambas se midieron sin compasión, sin atisbo de cariño, mientras el bebé permanecía callado, mirando a su mamá y seguidamente a la señora que no le hacía mucho caso, como si supiera que el ambiente estaba enrarecido y era mejor no enfadarlas más.

—Conozco muy bien a mi hijastro y conozco muy bien a las mujeres. A todas. A las decentes y a las que son capaces de hacer cualquier cosa por conseguir un hombre, el que sea, aunque ello dure poco tiempo. Y me pregunto, si entre tú y él, no hubo algo durante el tiempo que estuviste en Chicago. Una mujer tan joven, o que aparenta menos edad de la que tiene, tan llamativa como eres y un hombre sin escrúpulos como es Brandon. —La risa de Jennifer resonó en la lujosa habitación y provocó que el pequeñajo se riera también, pero de forma falsa, como su mamá.

Algo pasaba y lo estaba poniendo intranquilo, porque notaba el nerviosismo de ella y su cabecita no enlazaba nervios con risas.

—Vaya, señora Cooper, ahora pasamos de hijo ilegítimo a juego amoroso. Pues ni lo uno, ni lo otro. Y no pienso aguantar este tipo de cosas. Si lo que desea es verme fuera de su casa, vernos fuera de su casa —rectificó, sujetando con fuerza al pequeño—, no tiene más que decirlo. Supongo que no habrá problemas en buscarnos otro sitio para vivir.

—Yo no he dicho eso. Puedes estar aquí el tiempo que quieras y si tu deseo es tener una casa propia, para tener más intimidad, supongo que Brandon hijo te buscará una que cumpla tus expectativas —todo fue dicho de forma ladina, con segundas intenciones, en especial lo de tener más intimidad. Miró esos ojos dorados, con esas pestañas tan negras, recordando cuando la vio por primera vez y pensó que ese color de pelo era artificial, que era morena de piel blanca y se coloreaba el cabello.

Pero con el tiempo pudo comprobar que no había raíces oscuras, que ese cabello seguía siendo rojo oscuro por más días que pasaran y por más que lo mirase, esos mechones laterales como el cobre bruñido, seguían ahí, perennes. La miraba en esos momentos, igual que la primera vez, ese cabello,

esa boca indecente, boca de negra, esos pómulos altos y tersos y esa piel tan perfecta, tan blanca e inmaculada, que no pudo evitar odiarla. Porque no era la que ella habría elegido para su hijo, porque era demasiado perfecta, porque era la mujer que todo hombre desearía y que cualquier mujer odiaría por envidia, por celos, porque con solo mirarla una sabría que sería una fulana en la cama, estaba segura de ello, una de esas golfas que estaban dispuestas a dar y hacer todo lo que haría una prostituta de burdel, todo lo que un hombre sin honra quiere de una mujer. Y el tonto de su hijo habría perdido la cabeza por una Jezabel como esta, una Lilit impúdica y manipuladora, con ese cabello rojo y esa boca de pecado, y por supuesto, lo que esas ropas ocultaban, que estaba segura, sería todo igual de perfecto para rivalizar con esa cara y ese pelo, con todo lo que quedaba a la vista.

Maldita fuera, no la necesitaba aquí, ni tampoco a ese crío que no era para nada lo que ella había imaginado. Ella habría querido un bebé rubio, con los ojos azules o pardos como los de ella, o incluso verdes como los de su difunto padre, o marrones como los de su querida madre, pero no una maldita copia de su hijastro. ¡Bruja manipuladora de hombres! Sí, eso es lo que le habría hecho a su pobre Jeremy, le habría absorbido el poco seso que tenía, al meterse la primera vez entre sus piernas. Solo de pensarlo, le daba un asco que se moría y de esa forma, decidió meter el dedo en la llaga, por si acaso acertaba.

—Puedes hacer lo que quieras, no tendrás problemas de dinero. Lo que no pague mi marido, lo pagará Brandon, aunque no creo que a su esposa le guste. Sophie está enamorada de Brandon, muy, muy enamorada y sé que no le gustas. Ella sabe que los hombres como Brandon tienen muchas tentaciones y que cae en más de una, y lo acepta. Pero lo que no iba a consentir, ni ella, ni su familia, ni por supuesto nosotros, es que pienses que ese hombre es para ti. Más te vale comportarte como una mujer decente, o lo lamentarás.

—Está loca. No dice más que tonterías. No tengo relación con su hijastro, no lo he visto en mucho tiempo. Pero le diré algo, es un hombre íntegro. —La risa de la mujer brotó de golpe, asustando al crío que dio un brinquito en los brazos de Jennifer y con el gesto serio y esos ojazos azules miró a la que era su abuela, al tiempo que rodeaba el cuello de Jen.

—Íntegro. ¡Por todos los santos! Ese hombre es un perverso, un hombre que lo ha probado todo, que ha bebido hasta caerse borracho al suelo y que, excusándose en el trabajo y en los constantes viajes, aprovecha para

retozar con prostitutas, con mujeres de amigos y conocidos, sin respetar nada y vete a saber qué más cosas hizo los años que estuvo en Europa. Se acostó con la hermana de su madre, ¿lo sabías? ¿No? —Los ojos de Jennifer brillaban mientras miraba a esa mujer, viendo la crueldad que entrañaban esas palabras y el daño que podía hacer o que ya habían hecho. Con razón, Jeremy no hablaba de ella, con razón se había separado de la familia, de ella.

—Fue antes de irse a Europa, estuvo meses acostándose con ella, en Oregón, en la casa que la mujer tenía a las afueras de Corvallis. Y cuando se cansó de ella, cuando le dijo que era demasiado vieja para él, la abandonó. Y ella, ¿sabes qué hizo ella? Se suicidó, se quitó la vida, de la manera más dolorosa, envenenándose. Pero bueno, tampoco hay que compadecerse de esa mujer, pues sabía que era su sobrino, sabía que era el hijo de mi esposo, del que estuvo enamorada cuando era una jovencita, pues ya entonces era una golfa que le gustaba ofrecerse a los hombres, a mi esposo. Pero la diferencia entre mi esposo y su primer hijo es que el primero tiene integridad y el hijo, no. Porque Brandon no tiene alma, no tiene vergüenza, cogiendo todo lo que está a su alcance y disfrutando de ello para luego tirarlo como si fuese una basura que ya no sirve para nada. —Acercó la cara hasta el rostro impasible de la muchacha, para añadir—: La oscuridad es lo único que rodea a ese hombre y es imposible confundir integridad con oscuridad. Pero a lo mejor, a ti, te gusta lo oscuro y perverso. —En ese momento, un dedito pequeño y regordete fue a tocar el cabello gris recogido en un prieto moño, pero el movimiento brusco de la pelirroja se lo impidió, viendo cómo revoloteaba por la habitación, cogiendo el sonajero que le regaló Lín Yu y saliendo de la habitación, pero diciendo la última palabra.

—No sé por qué pierde el tiempo contándome esas historias que ni me van ni me vienen. Mi única preocupación es mi hijo y por él, estoy dispuesta a lo que sea. Lo demás, ni me da frío ni calor. Espero que le quede claro.

La señora Cooper miró el bamboleo de la falda del vestido negro y sin querer, pensó que esa joven era elegante de cualquier forma o manera. Con un crío en los brazos que pesaba de más, se movía con la misma gracia que una dama inglesa en un salón de té; y pensando de ese modo, tuvo más claro que nunca que entre su hijastro y esa belleza tuvo que haber algo durante el tiempo que estuvieron en Chicago. Además, había dicho que, por su hijo, era capaz de cualquier cosa y si eso era cierto, cosa que no dudaba, Brandon lo sabría y si él era sabedor de algo así, se habría aprovechado de ello. No le cabía la menor duda.

Al tiempo. Sus ojos se entrecerraron en dos rendijas, mirando la puerta por donde había salido.

Cientos de naranjos y limoneros, o tal vez miles, llenaban la visión de sus asombrados ojos y recogiendo las faldas de su vestido negro, se movió lentamente para seguir caminando por el sendero que llevaba al establo. El bebé se había quedado en la gran casa al cuidado de una encantadora criada hispana y ella, estaba curioseando por los alrededores mientras Catherine permanecía en el establo. Era la primera vez que acudía a ese lugar y no por falta de invitaciones, ya que la hermana pequeña de Jeremy la había invitado varias veces, hasta que cansada de los rechazos dejó de hacerlo, diciéndole que cuando deseara salir y tomar aire fresco de verdad, no tenía más que decirlo. Y no ocurrió de ese modo, sino que la cariñosa joven le mandó una nota, diciendo que ya era hora de que conociera el rancho y de que ella y el bebé salieran de su aislamiento. Jennifer se alegró de haber aceptado y llenándose los pulmones con el aire fresco de la mañana, se recreó la vista con el verde paisaje del valle y recordó lo que Catherine le había contado la noche antes. Ese rancho habría sido de Jeremy y de Catherine, y ahora era de Catherine y del pequeño Jonah. Cuando Brandon descubrió el oro del abuelo, la familia Cooper poseía unas hectáreas con naranjos y limoneros, poco tiempo después, Brandon fue comprando las tierras de los alrededores y construyó la casa. Una bonita edificación de dos plantas, de madera blanca y pilares de piedra, y un inmenso establo para dar cabida a un buen número de caballos, afición de los hermanos pequeños, algo que Jennifer desconocía y por supuesto, Julia también, pues Jeremy nunca habló de que le gustasen los caballos y mucho menos, que quisiera criarlos. Pero como bien dijo Catherine, es probable que no hablara de sus sueños de juventud igual que no lo hacía de la familia, y, además, en las circunstancias y en la zona donde vivías, no habría sido factible y especialmente sin dinero, para emprender negocio semejante. A lo que Jennifer respondió, que, en realidad, sabía tampoco de Jeremy que casi era como si no lo hubiese conocido.

Bueno, dijo entre risas la hermana, sin saber que ese comentario venía de la cuñada de Jeremy y no de su esposa; no tanto, la muestra la tienes en tus brazos, recalcó al tiempo que extendía los suyos para que ese precioso bebé se inclinara hacia ella y cambiara de manos con una facilidad pasmosa y una enorme sonrisa en esa boquita que ya lucía varios dientecitos. El pequeño era

heredero de un bien que Brandon se había encargado de agrandar, de construir, de gastar su propio dinero para dárselo a sus hermanos y ahora a su sobrino. Estaba anonadada, sintiendo que, a pesar de la dureza y la frialdad de la madre de Jeremy, el pequeño tendría el porvenir resuelto, gracias al abuelo, pero sobre todo al hombre que ya no veía. Sintió una pena grande, por el hecho de que su cuñado muriese sin saber que su hermanastro miró por él, que más allá de tener madres distintas, de haber sido el niño más mimado y consentido por el hecho de que esa madre solo tenía ojos para sus hijos, no albergó odio hacia los hermanos, al contrario, les había legado una fortuna en vida. El reparto era así: el rancho, con el establo, demás inmuebles, caballos y todo lo concerniente a ello, era para los hermanos y descendientes; los cientos de hectáreas de frutales eran de Brandon, de su padre y los hermanos recibían beneficios anuales. La gran casa tenía muchos dormitorios, de los cuales, uno estaba asignado a Brandon, que podía aparecer en cualquier momento y quedarse una noche o siete, según le viniera en gana, o le dejasen sus otras obligaciones. La grandeza de las edificaciones eran llamativas por sí solas y mientras Jennifer miraba el exterior del establo, se le vino a la cabeza el Eagle Teatro de Sacramento, que era una sencilla edificación de planta baja y un tejado a dos aguas, curioso de por sí, pues el lado derecho era más largo, creando una asimetría que lo hacía especial y repitiendo ese mismo tejado unos metros al fondo, pero a una altura superior y con unas escaleras externas y una pequeña puerta, más pequeña que la principal y sin más adornos que un simple rótulo; bueno, pues el establo de los Cooper era tres veces más grande que ese teatro. Con eso quería decir que el establo era enorme, y sí, el teatro de la ciudad no era nada del otro mundo si lo comparabas con los de la costa Este. Como bien le dijo Brandon en el tren, Sacramento no se parecía en nada a una ciudad del Este y tampoco a Chicago. Con sus pintorescas calles, sus aceras de tablones de madera elevadas sobre el nivel de la calzada, esos edificios de dos o tres plantas, unos de madera, otros de ladrillo, otros de ambos materiales y algunos de piedra; con los soportales de madera igual que las aceras, que estaban muy bien pensados para aguantar las horas de sol o las lluvias, ya que no había toldos como en los comercios de Chicago o Nueva York, y las terrazas superpuestas a esos tejados, que muchos edificios tenían en el piso superior y que en algunos se podían acceder por unas escaleras exteriores, igual que las llamativas cornisas frontales que tenían otros y que siendo de la misma altura que sus vecinos, parecían un piso más alto, llamaron la atención de la muchacha en cuanto bajó del tren, descubriendo

como le dijo Brandon en esos momentos, una auténtica ciudad del Oeste americano.

Y qué decir del río, grande, hermoso, culebreando por todo el valle, acariciando la ciudad e inundándola cuando le venía en gana. Ya le habían contado que en el 50 se desbordó a su antojo, sin respetar nada ni a nadie, porque eso es lo que hacen los ríos y cuando son grandes, con más motivo; como volvió a hacerlo doce años más tarde, convirtiendo a la ciudad en un lago, moviéndose los vecinos en piraguas y traspasando las funciones de capital del estado a San Francisco hasta que las aguas volvieron a su cauce, provocando que se hiciera algo al respecto para evitar que siguiera repitiéndose los mismos episodios catastróficos cuando la naturaleza así lo deseara. La temporada de lluvias era larga, de octubre hasta abril y aún quedaban una docena de días de lluvia para los meses de junio o septiembre, pudiéndose tratar de tormentas considerables, pues, a fin de cuentas, la naturaleza era impredecible y las estadísticas estaban para romperse. A Jennifer le gustaba mucho lo que veía y si no fuese por el dolor que tenía en su corazón, estaría contenta de comenzar en un sitio nuevo y encima, con todas las comodidades que le rodeaban; debería de activar el positivismo y dejarse de lamentos.

El hombre que deseas no puede ser para ti, pertenece a otra mujer y no hay nada más que decir. Se acabó la historia. Sí, así era. Seguramente, ese pensamiento, esa idea, comenzó a anidar en ella, el día anterior cuando esa mujer odiosa le dijo esas cosas, cuando habló con tanto rencor, destilando veneno por la boca al hablar del hijo de su esposo. Debería darle vergüenza, seguía pensando la muchacha mientras sus ojos lagrimeaban sin querer y se recolocaba el sombrero, una mujer que es madre, que dice amar tanto a su esposo, no puede albergar esos sentimientos tan malignos por el hijo mayor, solo porque no es de ella, porque otra mujer llegó antes y le dio un hijo. Lo que estaba claro para la muchacha, es que esa mujer era mala y que tendría que proteger a Jonah de ella; no creía que lo fuera a dañar, físicamente, pero se puede hacer mucho daño con los gestos y con las palabras, o con la ausencia de las mismas. Pero para soltar todas esas maldades, es mejor la ausencia.

La joven se arrebujó dentro de su chaquetón y entrecerró los ojos pensando en esa tía materna. ¿Sería cierto? ¿Se acostó con la hermana de su madre? Eso era incesto y era pecado, y de los gordos. Aunque pensando, pensando, en la Biblia se hablaba de ello, pues en antiguas culturas era

práctica común, incluso los romanos lo hicieron, pero claro, los romanos eran unos degenerados, que hacían orgías y toda clase de cosas... la muchacha siguió dándole vueltas al tema, ¿él habría hecho cosas de ese tipo? ¿Las seguiría haciendo? Tal vez era mejor que el asunto con él hubiese terminado, que él hubiese cumplido su promesa, pues después de todo, a pesar de las cochinas que hicieron, ella seguía siendo virgen y podría casarse decentemente, cuando llegara el momento; estaba casi segura que él no diría nada, no contaría nada de lo que sucedió entre ellos, porque lo que dijo la madre de Jeremy sobre una relación entre ellos, solo eran suposiciones, malos pensamientos de una mujer malvada, aunque fuesen ciertos; era malvada y punto.

Dejó de lado todos los pensamientos negativos y volvió al presente, a recorrer con los ojos el valle. El rancho se encontraba al norte de la ciudad de Sacramento, a casi dos horas en coche de caballos y las tierras abarcaban ambos lados de ese río llamado Río de los Sacramentos, primer nombre que le puso su descubridor, un español llamado Moraga, para acortarlo más tarde y dejarlo en Sacramento. Catherine le había dicho que por algunas zonas estaba contaminado debido a la explotación minera y a la agricultura masiva, pero añadía, que puesto que la fiebre del oro había pasado a la historia y gracias a que el río era el mayor de California y procedía de las montañas Klamath, recogiendo además el caudal de otros muchos afluentes, consideraba que ya no quedaría tantos residuos y que la mayoría estarían en el océano Pacífico desde hace una eternidad. Teniendo en cuenta lo optimista y lo alegre que era la hermana de Jeremy, no era de extrañar que siempre viera lo bueno de las cosas y la botella medio llena, porque como ella misma decía, era la mejor opción. Jennifer consideró que su nueva amiga tenía razón y reconoció que Sacramento no le había decepcionado, aun siendo tan diferente a lo ya conocido, y en esos momentos, volvió a sentir el aire más que fresco de finales de enero.

Cuando salió por la mañana temprano había unos cuatro o cinco grados y algo de niebla, ahora había subido algo la temperatura, pero la humedad del entorno, con el río tan cerca, no daba la sensación de subida; pero nada que ver con el frío de Chicago o de Boston y Nueva York, en invierno. Catherine ya le había dicho que se preparase para disfrutar del verano, porque eran mucho más moderados que los del Este gracias a la brisa del delta, explicándole que esa brisa llegaba a través del río Sacramento y el delta del río San Joaquín, todo ello desde la Bahía de San Francisco. También le contó

que era muy raro que nevase, pero de vez en cuando ocurría, como el 4 de enero del 1888 que cayó un récord histórico de 14 centímetros, algo que provocó la risa de Jennifer, pero que se preparase, que las tormentas primaverales de lluvia intensa y granizo le daban más de un susto al más valiente de los mortales. Recordando las palabras de la encantadora Catherine, contempló el inmenso establo pintado en un rojo oscuro y llamativo, con las puertas y ventanas del mismo blanco que la casa, que relativamente cerca, contrastaba con esta: madera de pino rojo, pintada de un blanco reluciente, grandes ventanas alargadas, de guillotina, un porche grande, lleno de plantas, con sus mecedoras y mesas para tomar limonada o naranjada al atardecer y los pilares de cantos rodados de río.

Volvió a pensar en él, sintiendo una opresión en el pecho. Maldita sea, Jennifer, olvídate de ese hombre, olvídate de todo lo que te hizo, de todo lo que te enseñó, olvídate de sus ojos, de su boca, de ese cuerpo alto y fuerte, olvídate de esas manos... Se mordió el labio ante todas las imágenes que se agolpaban en su mente y recordó otras palabras de Catherine, diciendo que si ibas por el valle hacia el norte, más y más, y entrabas en Oregón, llegarías al valle de Willamette donde su hermano tenía más tierras y más casas, incluso dijo algo de una cascada antes de llegar a esa zona, desviándote al este, cerca del lago Klamath... movió la cabeza varias veces, asimilando todo lo nuevo, todo lo que significaba ese hombre y respirando profundamente, se dirigió a la entrada del establo, viendo las iniciales grabadas encima de las puertas dobles, una C más grande y dentro una B, igual que los gemelos que llevaba Brandon en más de una ocasión y que ella vio por primera vez en Chicago. Estaban abiertas de par en par y escuchó la alegre risa de Catherine y las quejas del bueno de su esposo.

Mathew Hill era un tejano, criado en Oregón y amigo de Brandon a pesar de la diferencia de edad, pues Mat contaba con veintinueve años, cinco menos que Brandon. Era alto y fuerte, con el cabello castaño claro y abundante y unos dulces ojos marrones. Estaba locamente enamorado de Catherine y solo le faltaba besar el suelo que ella pisaba, pero por suerte para él, la muchacha lo quería de la misma forma y no tenía ni un ápice de la maldad de su madre, de esa manera, la relación entre ellos era perfecta, a falta de tener familia, nada más.

Un poco más tarde, estaba en su habitación y miraba el traje de montar que le habían hecho las costureras de Chicago y que descansaba encima de la cama. Se trataba de una falda pantalón y una chaquetilla de un suave

terciopelo, en un tono verde oscuro, tan oscuro, dijo Catherine, que puede pasar por negro; un sombrero de ala ancha y unas botas altas de reluciente piel negra, configuraban el atuendo. Sin más pensamientos, se desnudó y se lo puso con una de sus blusas negras y una vez hecho, se miró en el espejo de cuerpo entero, haciéndole gracia la falda pantalón. Era tan ancha, que, si no abrías las piernas en extremo, uno no se daba cuenta del truco, pero era lo ideal para montar a caballo, cosa que se disponía a hacer, pues Catherine le había dicho que montaría una yegua tan mansa, que segura estaba, en menos de dos horas pediría un caballo, para montar como Dios manda.

Y el fin de semana pasó y Jennifer se sintió a gusto y en paz; y cuando Catherine le dijo que se quedase una temporada y así podría perfeccionar la monta y Jonah tendría aire fresco y todo lo que conlleva un rancho, pues se ponía como loco cuando veía a los caballos, y quería correr detrás de las gallinas, y miraba con atenta curiosidad a los cerdos, que tenían lejos de la casa para que no les molestase el olor, y las vacas lecheras provocaban que abriera esos ojazos hasta lo imposible, al ver cómo un empleado sacaba leche de las ubres y luego le enseñaba el cubo lleno, queriendo meterse dentro si Jennifer no lo tuviera cogido; aceptó encantada. Pero las dos jóvenes sabían, que el mayor motivo para quedarse en el rancho era dejar de lado a la señora Cooper. Y no representó ningún problema, ya que Catherine era muy consciente de cómo era Suzanne, igual que supo desde el primer momento, que esa belleza pelirroja no era santa de devoción de su madre y que la viuda de su hermano tampoco sentía predilección por la “encantadora” Suzanne Cooper.

Fue al viernes siguiente, cuando por la mañana temprano, mientras desayunaban, Catherine le dijo que tenían cena familiar esa noche. Su hermano, con la esposa, los padres de esta y los padres de Catherine, cenarían y pasarían el fin de semana. La pequeña de los Cooper, no supo lo que recorrió el estómago de Jennifer, solo vio la hermosa sonrisa y el asentamiento de su cabeza, al tiempo que pensaba si sería conveniente inventar algún dolor del tipo que fuera, para no acudir a esa cena.

Pero no lo hizo así, no tenía por qué ocultarse de nadie, ni de él, ni de esa mujer odiosa, ni de esa muñeca de porcelana. Sí, eso fue lo primero que pensó cuando vio a la esposa; la primera y la única vez. Pequeña y menuda, con una cara redondita, como la de una muñeca, y cómo no, rubia, oscura, pero rubia natural y con los ojos azul pálido. Medía poco, no llegaba al metro cincuenta y a pesar de llevar tacón, seguía siendo baja, por ese motivo,

Jennifer la comparó con una muñeca de porcelana, de rasgos bonitos, pequeña y delicada con riesgo de romperse al menor descuido; y no supo cuánto acertaba hasta que Catherine fue soltando pequeñas perlas, de vez en cuando, no todas juntas, estaría feo; pero al final, cuando ya había hecho la siembra, el resto vino rodado, porque con Jennifer sintió un apego desde el mismo momento que la vio, porque desde el momento que cruzaron las primeras palabras y las primeras sonrisas salieron de modo involuntario por las dos partes, ya no hubo duda.

Como dijo la joven, una tarde de lluvia mientras tomaban un té y miraban a Jonah jugar:

«No es que no aprecie a mi cuñada, que la aprecio, pero realmente creo que nos engañó un poco al principio, lo que no sé es si engañó a Brandon, tal vez él sabía de sobra cómo era, me refiero a lo caprichosa que es, sin dejar de lado sus brotes de mal humor y sus puntos histéricos, que yo entiendo que vivir con Brandon no es fácil, bueno, vivir no, mejor diría no vivir, porque él le dejó bien claro lo que era y lo que hacía y que le gustaría que su esposa fuese con él a todos los lados, y ella dijo que sí, que por supuesto, que con él al fin del mundo, pero enseguida se quedó embarazada y ya tuvo excusa para quedarse al lado de mamá y cuando dos o tres meses después abortó, tuvo que seguir con mamá para que la consolase y meses más tarde se vuelve a quedar en estado y vuelve a abortar, creo que ya tenía muy claro, que con abortos o sin ellos, no se iba a mover de las faldas de su madre. No quiero que pienses mal de mí por contarte estas cosas, pero qué quieres que te diga, soy de la opinión de que hay que estar al lado del marido, porque si no... malo, algo malo pasará tarde o temprano, luego vienen los llantos y las escenas, que si tienes amantes, que si no me quieres como antes, que si me odias porque no te doy un hijo... no sé, pero me da la espina que mi hermano se casó precipitadamente, demasiado rápido para su forma de ser, no es que piense mal, pero creo que le dijo que estaba embarazada y luego, una vez casados, le dijo que fue una falsa alarma, y eso no se hace, pero qué le vamos a hacer, cada uno es como es, de hecho, intentó buscarse una aliada conmigo, pero yo soy fiel a mi hermano y los trapicheos de ese tipo no me gustan, además, tampoco me gusta que ronde por las piernas de Mat poniendo esa vocecita de niña que no ha roto un plato, intentando sonsacarle para ver si le dice cosas de Brandon, faltaría más, no puedo con esas tontunas, mira cómo a mi madre no se acerca para preguntarle, primero porque sabe que lo que va a decir madre sobre Brandon va a ser de todo menos bonito, y ella sabe de

sobra cómo se llevan los dos, además ella no quiere saber cosas del pasado, que ni le importan, quiere saber lo que hace su marido cuando está en Chicago, o en Nueva York, o si tiene una amante en San Francisco o en Sacramento, o en algún sitio del estado de Oregón, así, de esa manera intenta sonsacar información de personas de la casa, imagínate, hasta lo intentó con Lín Yu, pues menudo hueso duro de roer es él, no le sacó ni una palabra, bueno sí le sacó, ya sabes lo que hace Lín Yu cuando no le interesa el tema, empieza a balbucear, a hablar fatal, que yo sé que tiene un inglés perfecto, y a decir que él no sabe, que él sentir mucho, pero él no sabe, en fin, no quiero que tengas un mal concepto de Sophie pero tampoco te voy a engañar, a mí, no me cae demasiado bien... Y su familia, por mucho dinero que tengan, que tampoco es tanto, tampoco me hacen tilín, pues la madre es ahora, lo que Sophie será en el futuro, tanto físicamente como de carácter, tal vez de carácter sea peor la hija, ya se verá, y el padre, ese es un golfo de cuidado, que se beneficia de los negocios de mi hermano y le dora la píldora todo eso y más, por eso, cuando la hija le pregunta a su padre intentando saber más de lo que sabe, el otro solo dice lindezas de su yerno y critica los histerismos de la hija, diciéndole que de esa manera, lo único que va a conseguir, es que Brandon termine aborreciéndola, pero que no solo es por el dinero que Henry pueda ganar con mi hermano, es también porque los dos son hombres y el padre de Sophie siempre ha sido un mujeriego y no le parece mal que Brandon haga lo mismo, porque es machista y el respeto a la mujer solo existe o lo practica cuando le interesa, que suele ser, pocas veces. Y como su mujer sabe y acepta todo eso y más, pues escucha a la hija y la aconseja para que lleve las cosas lo mejor posible, haciéndole ver que, si quiere llevar una vida de lujo y sin preocupaciones, debe aceptar el comportamiento del esposo como un mal menor del matrimonio. Si lo piensas, tampoco es nada del otro mundo, pues al final casi todos los hombres actúan de la misma manera y lo mismo pasa con las mujeres. Yo sí sé cómo actuaría si mi esposo se fuese de burdeles, que seguro lo ha hecho antes de casarse, pero en la actualidad, si me entero de algo semejante le saco los ojos y se los echo a los cerdos, cierto es, que yo soy la dueña de mi fortuna y no tengo que aguantar humillaciones de ningún tipo, pero la mujer que no tiene dinero o que quiere todo lo que le da el esposo, no le queda más remedio que tragar y hacerse la tonta, o si no, va lista».

Después de toda esa parrafada y al ver que la hermosa pelirroja no preguntaba nada, no sentía curiosidad por ampliar más la información, la

conversación derivó por otros derroteros y al final acabaron riendo a carcajadas, viendo al pequeño Jonah levantarse, dar unos pasos por el redil de los caballos, como llamaba Catherine a ese corralito traído de la casa de Sacramento, caerse, mirar las manos y las piernas muy serio, y volver a levantarse para repetir la operación, volverse a caer y escuchando las risas alborotadas de las dos muchachas, reír a trompicones como ellas, feliz y contento.

CAPÍTULO 9

Se puso un vestido de un suave terciopelo negro, con un escote profundo, pero cubierto con una espesa gasa negra que, a pesar de no dejar ver gran cosa, producía el efecto contrario y los ojos de las personas cercanas mirarían más de una vez queriendo vislumbrar el nacimiento de unos imperiosos pechos. El espeso cabello se lo recogió la criada que cuidaba de Jonah, en un laborioso trenzado en la nuca, quedando precioso y haciendo que Jennifer le diera las gracias y alabara las manos de la joven muchacha. Sin joyas, ni tan siquiera anillo de casada, pues como explicó a la suegra, no hubo dinero para comprar anillo de boda, utilizando el de boda de su madre que más tarde se vendió; para evitar contar que el anillo desapareció en el incendio junto con la dueña del mismo.

Antes de salir de la habitación, Catherine hizo acto de presencia, vestida con un precioso vestido de seda azul celeste, que resaltaba el color de sus ojos y el hermoso cabello rubio recogido en una cascada de tirabuzones. Le entregó unos bonitos pendientes de perlas para que los llevara esa noche, pero Jen no los aceptó, diciendo que las joyas no le importaban, que no tenía y que no iba a llevar nada.

—¿Tan orgullosa eres? ¿Me desprecias la ofrenda que te hago? —preguntó la muchacha entre curiosa y sorprendida.

—No, no pienses nada de eso. No desprecio nada que venga de ti, pero no quiero que te sientas obligada a prestarme joyas o cualquier otra cosa —explicó Jennifer, temiendo haberla ofendido—, porque no necesito nada de eso. De verdad. No soy vanidosa, por lo menos siempre lo he creído así y la ausencia de joyas o de cualquier cosa lujosa, no me preocupa. Este vestido que llevo se hizo en Chicago por orden de tu hermano y cuando le dije que me parecía excesivo y que no necesitaba tanto, contestó que debía estar al mismo nivel que la familia de Jeremy. —Catherine escuchaba atentamente, aguantando la risa—. Estás a punto de reírte en mis narices, Catherine —protestó la pelirroja—, pero hablo muy en serio. Soy como soy y las joyas o la ausencia de ellas, no me van a cambiar, ni para bien, ni para mal.

—Bueno, pues ahora que los he traído, no me los voy a llevar. Y me parece perfecto que no seas vanidosa, porque la vanidad es un pecado horrible y las mujeres vanidosas son odiosas y sé de lo que hablo, porque la mujer de Brandon es más que vanidosa, es requetevanidosa. Así que, pónelos si no quieres que me enfade. —Las amigas se miraron y al mismo tiempo, sonrieron con ojos luminosos.

Catherine miró cómo su cuñada se colocaba las perlas y le gustó el efecto que producía en esa piel perfecta, contrastando con el tono caoba del cabello.

—Perfecto. Estás guapa a rabiar. Voy a tener que ir recogiendo babas y cerrando bocas masculinas. Qué barbaridad, creo que eres la única mujer que está guapa vistiendo luto. Ah, tengo que decirte, que mi cuñada Sophie no ha venido. —No dijo nada más, esperando que Jennifer se diera la vuelta y la mirase a los ojos.

Eso sí que le interesaba, no los piropos y demás sandeces.

—¿Y eso? ¿Tu hermano y sus suegros tampoco? —Intentando que la pregunta sonara de lo más inocente.

—Solo Brandon y el suegro. Ellas se han quedado en San Francisco. — Se acercó a ella y la tomó de las manos, al tiempo que bajaba la voz—. Parece ser, que mi cuñada, está de nuevo embarazada y su médico le ha dicho que guarde reposo para ver si de una vez por todas, este llega a buen puerto. Y claro, la madre se ha quedado con su niña —dijo con sonsonete.

Jennifer no demostró los sentimientos que la inundaron. Qué rápido se quedaba embarazada, o, cuántas veces lo hacían para que se quedara tan pronto; si apenas hacía unos meses que había tenido el último aborto. No quiso sentirse celosa, pero fue algo inevitable y doloroso. La imagen de esa pareja, desnuda, abrazados y haciéndolo, la llenaba de congoja.

—Julia. —Ese nombre hizo que prestara atención y que se olvidara de sus anhelos y sueños rotos, y mirase a la encantadora y bonita Catherine, que la volvía a coger de las manos y la miraba muy seria.

—Sí, dime —contestó clavando su mirada dorada sobre ese rostro delicado, que ya quería como a una hermana.

—El suegro de Brandon, es un mujeriego y cuando se toma más copas de la cuenta, se piensa que cualquier mujer bonita está a su disposición. Así que, tienes todo el derecho del mundo a ponerlo en su sitio si se toma confianzas contigo. Ni te molestes en pensar en las consecuencias, le paras los pies y se acabó la historia. —Los dorados ojos mostraron sorpresa.

—¿Estando en tu casa, es capaz de sobrepasarse? —El rostro de Catherine se movió con rapidez.

—¿Sabes qué ocurre?, que tú eres viuda y que los hombres piensan que una viuda está necesitada de cariño y este es tan estúpido, que se cree que tiene treinta años y que todas las mujeres caen rendidas a sus pies. Además, no quiero que te enfades, pero hay rumores que dicen que Brandon podría haberte seducido en Chicago y su suegro puede creer que él también puede conseguir lo mismo que su yerno. —Al ver los extraordinarios ojos dorados mostrando sorpresa y algo más que no supo discernir, se apresuró a continuar —: No hagas caso de todo eso. La gente es muy cotilla y mal pensada y no debes hacer ni caso, de verdad. Yo solo quiero que estés sobre aviso para que no te veas en un aprieto. Igual no te molesta. Tal vez mi hermano lo haya puesto en su sitio y no pase nada; pero como lo conozco y no va a tener ni a la esposa ni a la hija para guardar las apariencias y para que se frene, si te ves en un aprieto, ya sabes, actúa en consecuencia y si tienes que recurrir a mí o a mi esposo, no lo dudes.

—De acuerdo. Es bueno saber que tengo el respaldo vuestro —contestó Jennifer, mientras salían de la habitación.

—Por supuesto. Eso no lo dudes nunca. Aquí, en mi casa, la casa de tu hijo, puedes hacer lo que te dé la gana.

—Gracias, Catherine —añadió emocionada, parándose y mirándola a los ojos. La otra sonrió con sinceridad.

—No se merecen. Además, esta casa, es tuya también. —Uf, Jennifer ya estaba incómoda ante tanta generosidad. Se sentía una impostora y le molestaba mucho tener que engañar a su nueva amiga. Una amistad que se basa en una mentira no llegará a buen puerto, nunca—. Esa carta que he visto, ¿es para tu amiga, la de Nueva York?

—Sí. Cuando alguien vaya a la oficina de correos se la puede llevar, ¿verdad?

—Claro. No hay problema —zanjó Catherine, enlazando el brazo de su cuñada y yendo juntas hasta el salón.

La joven ya estaba acostumbrada a los mejores manjares desde que llegó a Chicago y seguían en la actualidad. Tanto en la casa de los suegros, como en el rancho, siempre había lo mejor y si en muchas comidas se practicaba la frugalidad, no era por ahorro, sino por moderación y por salud, como decía Catherine, que no quería ponerse gorda como su madre, que ni era atractivo, ni sano; porque si encima de que te haces vieja, te salen arrugas,

se te pone el pelo blanco o gris, que es peor, y se te agría el carácter, decía la joven entre risas cuando hablaba con Jennifer, si encima de todo eso, te pones como una vaca, lo que faltaba, mira mi padre qué guapo está, se le ve un hombre maduro, pero atractivo, pero eso es porque se cuida más que mi madre, aunque ella no lo va a reconocer ni muerta, ella dice que come poquísimo y que todo es por la edad y la mala herencia que lleva en la sangre, pero te digo yo que eso no es así, más de una vez la he pillado comiendo dulces o empanadas de carne en su gabinete y la excusa que ha dado siempre ha sido la misma, que se encontraba floja y necesitaba tomar algo y después terminaba diciendo, más vale que tengas la boca cerrada si no quieres saber lo que es una madre mala de verdad. Pero no le cubro las espaldas, no te vayas a pensar, mi padre está al tanto.

Pero esa noche no hubo ni una pizca de frugalidad y Henry Watson dio prueba de ello, saboreando el marisco que había llegado esa misma mañana de San Francisco y dando cuenta de las mejores carnes, aderezadas con las más espesas y sabrosas salsas, redondeándolas con unas patatas asadas que dejaba caer en las succulentas salsas para que no quedara nada en el plato, y si quedaba algo, para eso estaba el pan y todo regado con los mejores vinos, mientras no perdía detalle de lo que hacía la hermosa pelirroja.

Como llevaba la ostra hasta sus labios y comía el manjar de manera tan delicada, que provocaba mirar esa boca que resucitaría a un muerto, mientras él se comía tres y hablaba con los hombres de temas diversos, pero sin perder de vista a la preciosa viuda. De vez en cuando desviaba la vista hasta las otras damas, en especial a Suzanne, que era una zorra de cuidado y siempre se fijaba en cualquier detalle por mínimo que fuese y podría irle con cuentos a su esposa, algo que le traía al fresco, pues él era el que mandaba en su casa, pero, aun así, era mejor evitar situaciones embarazosas, sabiendo que a Martha le molestaban. Además, qué cojones, su esposa se hacía la tonta ante los escarceos amorosos, porque tenía que cumplir con la bruja de Suzanne, se dijo, para pensar a continuación, que no era la mujer de Cooper la que le preocupaba, que era su yerno el que podría ponerlo en un aprieto, pues parecía ser que era el protector de esa preciosidad.

Watson era arquitecto como Brandon y con cincuenta y siete años, todavía creía que estaba en la flor de la vida. Era alto, pero no tanto como el yerno y estaba algo entrado en carnes, pero él pensaba que eso se disimulaba con el corte impecable de sus trajes. Estaba convencido de que su abundante cabello oscuro y vetado de blanco, era sumamente atractivo para las

mujeres, y que las profundas arrugas de su rostro bronceado le daban carácter, más del que tenía, y acentuaba el azul pálido de sus ojos, pues así se lo hacía saber la amante de turno; y era tan engreído, que jamás se le pasaría por la cabeza que una mujer lo adulase por o para conseguir algo. Con todo eso, desde que vio a esa pelirroja, había tenido fantasías sexuales con ella y en esos momentos, se la imaginaba debajo de él, encima de él, y de rodillas entre sus piernas, llenándose esa boca tan llamativa con su polla. Por todos los santos, no le importaría tenerla como amante, es más, lo deseaba; aunque tuviera que cubrirla de oro estaba dispuesto a ello. Las mujeres así no abundaban y el hecho de que fuese la viuda de Jeremy le daba más morbo. Pero conociendo a su yerno, algo le daba que las cosas no iban por lo derecho. Y qué raro le parecía, que no se hubiese beneficiado a esa belleza.

Brandon sabía cómo era su suegro y sabía lo que estaba pensando en esos momentos, exactamente lo mismo que él; con una gran diferencia: que él sabía lo que se hallaba debajo de ese vestido, que él había probado esa boca tantas veces, que llegó a creer, que ya se había saciado. Qué iluso. Creía que la tenía olvidada, pero para nada. Ahí estaba, tan hermosa, tan perfecta, con ese vestido negro que la favorecía de una manera imprudente, que marcaba esa diferencia entre la blancura de su piel y el terciopelo negro, que debajo de esa espesa gasa negra, estaban los pechos más espléndidos que había tocado, amasado, estrujado, los pezones más eróticos que había chupado de manera glotona, de forma lasciva, con ansia, con avaricia. Ese cabello resplandeciente, espeso, que había enredado en las manos, en las muñecas, que había llevado a la boca, que lo había olido hasta embriagarse, permanecía recogido en un laborioso moño, que la hacía parecer fría y más bella, si es que eso era posible. Sabía que esa frialdad, solo era el arma que ella utilizaba para protegerse, igual que sabía que su hermanita la adoraba, la admiraba y para nada la envidiaba. Sabía, por las palabras empleadas y porque la conocía mejor que nadie, que esa «cuñada», sí le gustaba.

Y como la vez anterior, esos preciosos ojos habían evitado mirarlo todo lo posible, sabedora de que la arpía de Suzanne estaba atenta a cada movimiento de la joven, a cada palabra y a cada mirada.

—No puede ser. —Escuchó la bronca voz de su suegro, haciendo que saliera de sus pensamientos—. Con una sola semana de aprendizaje ya eres toda una amazona. Tengo que verlo para creerlo, pues perdóname, pero no he conocido a mujer alguna que en solo una semana domine el arte, y, sobre todo, que no tenga miedo de subir a monturas diferentes. Tengo que verlo con

estos ojos que Dios me ha dado y entonces, creeré —remató con una sonora carcajada.

La pelirroja no había dicho nada, fue Catherine la que informó a los presentes, a los de fuera, pues Mat sabía lo mismo que ella. La voz potente de la joven anfitriona volvió a salir en defensa de su pupila, dándose cuenta de cómo la miraba su madre, igual que todos, pero ella, de distinta manera. Pero a Catherine le importaba un pimiento la opinión de su madre.

—No lo dude, Henry, Julia lo lleva en la sangre y esas cosas siempre salen. Su padre era irlandés y tenía tierras y caballos en Irlanda. —Miró a su amiga—. ¿A que sí, Julia? —Brandon se mordió la boca por dentro para no echarse a reír, sabiendo que cuando su inquieta hermana tomaba a alguien bajo su protección, era capaz de pegarse con cualquiera. Se fijó en el pequeño rubor que se formó en los altos pómulos de Jennifer y en cómo volvía a esquivar su mirada.

—Sí. Mi abuelo tuvo muchos caballos antes de arruinarse y mi padre era buen jinete. —Sabía que todas las miradas estaban puestas en ella, pero la mirada que más nerviosa la ponía, era la del azul más brillante, el azul más hermoso, la mirada más profunda e inteligente que la traspasaba y la dejaba tocada y hundida—. Una vez en los Estados Unidos ya no hubo oportunidad de montar. Se dedicó a trabajar y trabajar, nada más.

—Podría haberse trasladado al campo —fue la voz de Suzanne, la que intervino en ese momento—. Trabajar en una granja o algo así, de ese modo habría estado en contacto con caballos. —Catherine miró a su madre.

—Madre, tú sabes que muchas veces no se puede elegir. La vida te impone las cosas. —Suzanne le devolvió la mirada muy seria, pensando que tendría que haberle lavado la boca con jabón cuando era pequeña.

Fue Jennifer la que intervino, dándose cuenta de la situación y no queriendo ser motivo de que madre e hija tuvieran un enfrentamiento.

—A mi querido padre se le daban muy bien las cuentas y nada más llegar a Boston, comenzó a trabajar en una empresa de exportación. No se le pasó por la cabeza irse al campo. Siempre nos dijo que el campo y todo lo que rodea a la vida en ese entorno, es agradable cuando tienes posesiones, pero cuando tienes que trabajar para otros, pierde todo el romanticismo. —La risa portentosa de Henry Watson sonó en el coqueto y lujoso comedor.

—Bien dicho, sí señora. Tú padre tenía mucha razón. Irlanda tan verde y tan hermosa. Romántica, sí, un buen apelativo, pero para tener tus propias tierras, claro que sí. Aunque eso también se podría aplicar a cualquier lugar.

Aquí mismo, o en Oregón. ¿Qué dices tú? —Miró a Brandon con una enorme sonrisa.

—Creo que el padre de Julia tenía mucha razón —su voz grave y varonil, removi6 el interior de Jennifer, provocando esas maripositas que sentía cada vez que pensaba en él, cada vez que recordaba sus besos, sus caricias, sus palabras embriagadoras—. El padre de mi padre —explicó, haciendo referencia al famoso abuelo—, comenzó siendo dueño de un pedazo de tierra y cuando se encontraba allí, era el hombre más feliz del mundo. Y el único techo que tenía era el de una cabaña, que cuando llovía, y eso era más común que el respirar, tenía goteras cada dos centímetros cuadrados y, sin embargo, seguía siendo el hombre más feliz de la tierra. —La risa de Catherine llenó toda la sala, provocando que su esposo la mirase con adoración, mientras su madre retorció los labios ante tanto dispendio, tanta alegría.

—Es verdad. El abuelo era de lo más especial —dijo con orgullo y sin importarle un comino lo que su madre pensara.

El padre de los hermanos intervino en ese momento, haciendo que Jennifer mostrara una preciosa sonrisa.

—Estoy seguro, Julia, de que mi padre habría disfrutado mucho contigo. Siempre dijo que las pelirrojas eran de dos clases: o feas o hermosas, que no había término medio, pero que cuando una salía hermosa, superaba todo lo terrenal. Creo que, si te hubiese conocido, le habrían faltado las palabras, y si subida a un caballo eres tú la que manda, lo habrías dejado mudo de por vida. —La risa de Catherine se volvió a oír y ese sonido hizo que los hombres no se percatasen del gesto de Suzanne, todos menos Brandon, que, si vio el rictus amargo de esa boca y supo los pensamientos de esa mente celosa y mal pensada, sabiendo que le molestaba los piropos del esposo a la muchacha.

—Qué razón tienes, papá. El abuelo Cooper se lo habría pasado genial con Julia y habría disfrutado con Jonah, como nadie, estoy segura —y con esas palabras pasó a contar anécdotas del pequeño, diciendo lo listo que era y lo mucho que le gustaban los animales, fuesen de la especie que fuesen. A lo que el abuelo añadió, que en eso era igual que Jeremy, ya que desde pequeño sintió especial admiración por los caballos, perros y cualquier animal de cuatro patas. Eso trajo que a la madre se le humedecieran los ojos y que el esposo colocara una mano encima del hombro de la mujer para darle ánimos y quitar importancia al asunto, mientras Jennifer clavaba la vista en su plato, notando la mirada de Brandon y del suegro.

Pronto se cambió de tema, para hablar de las cosechas y de lo que había beneficiado el ferrocarril y en especial los vagones refrigerados, para el transporte de los cítricos y el resto de las hortalizas hasta la costa Este, mientras las mujeres se acomodaron en los confortables sofás del salón y escuchaban a los hombres, que seguían sentados a la mesa, fumando y bebiendo licores, hasta que un rato más tarde y con los vasos en las manos se acomodaron junto a ellas. En todo ese tiempo, los ojos de Suzanne no perdieron de vista ningún detalle, calibrando las miradas de su hijastro hacia la pelirroja, porque las que lanzaba constantemente Henry no le importaban lo más mínimo. Sabía de sobra cómo era su consuegro, o lo que fuese, estando al tanto de que siempre tenía una amante de turno, e incluso siendo así, también sabía que visitaba los burdeles. En eso, como en muchas otras cosas, ella era una afortunada pues su esposo le era fiel y lo sabía con total certeza; pondría la mano en el fuego y no se quemaría. De hecho, ya no tenían sexo, pues su marido siempre había sido un hombre tranquilo en la juventud y ahora, en la madurez se conformaba con cariños y poco más, tampoco estaba en edad para idioteces, aunque algunos no fueran conscientes de ello, como el imbécil de Henry. A ella le venía muy bien que el esposo fuese tranquilo, porque tampoco había sido muy fogosa y, además, como hija de clérigo pensaba que la unión de hombre y mujer solo tenía la finalidad para la que se había creado, para procrear, no para retozar como animales, o peor, pues los animales lo hacían para perpetuar su especie y las hembras salían en celo en un momento determinado, nada más. No como algunas mujeres que eran unas golfas en potencia, sí, algunas lo hacían por dinero, por complacer al hombre, por tener una vida mejor; pero otras, otras eran unas rameritas en toda la extensión de la palabra, y a ella le daba la sensación de que esa pelirroja con la que se casó su tonto y cabeza loca de su hijo, era una mujer promiscua, una pecadora en toda regla. Lo llevaba escrito en ese rostro y en ese cabello rojo imposible, con esos mechones cobrizos en la zona delantera que le daban más luminosidad al rostro, ¿más?, ¿es qué acaso le hacía falta? Por favor, qué mal repartido estaba el mundo, unas tanto y otras tan poco. Y por supuesto, la figura alta y esbelta, pero con curvas más que necesarias para que un hombre perdiera la cabeza. Pero por más que lo intentó, por más fuerza mental que empleó para que ocurriera, no pudo ver nada más allá de lo habitual. Una cosa era innegable, y esa era la belleza de la joven, hasta su esposo la miraba más de lo normal, incluso al buenazo de su yerno se le iban los ojos hasta esa cara perfecta, aunque para su opinión tenía

los labios muy gruesos y ella consideraba que no era bonito, pero con todo y con eso, veía que las miradas de ellos siempre iban a los ojos y a la boca; los ojos eran hermosos, exóticos y llamativos por partes iguales, entonces, tal vez los hombres, encontraban una boca como la de esta chica, más atractiva que unos labios finos. Bueno, podría ser, pues, a fin de cuentas, las mentes más calenturientas, las más perversas y las más obscenas eran la de los hombres. Contempló a su hijastro y no pudo sacarle ni un solo defecto, aunque eso no lo diría ni muerta. Era un hombre masculino como ninguno, sin faltarle ni un solo atributo, altura, fuerza y belleza. Era una copia de su esposo, pero mejorada hasta lo más alto; solo el ligero torcimiento de la nariz, pues se la había roto en dos ocasiones, hacía que no pareciese un dios, más terrenal, pero ese defecto, lo hacía más atractivo porque le daba más masculinidad. Y qué decir de esos extraordinarios ojos y ese cabello negro, espeso y brillante y para colmo, esa seguridad que siempre había tenido en sí mismo, desde jovencito, incluso más chico... te miraba de una manera tan ladina, tan astuta, que a veces daba miedo porque no sabías lo que estaba pensando... sí, no podía negar lo evidente, lo externo y lo interno y eran motivos más que suficientes para odiarlo sin misericordia. Un odio que había aparecido nada más verlo, cuando era un bebé, cuando era un ser inocente, precioso y cariñoso, necesitado de una madre, ya lo rechazó, por la sencilla razón de que ella hubiese querido parir ese niño y como no fue así, su mente fue creando maldad hacia ese ser puro como un angelito. Recordaba como si fuese ayer, cuando tenía cuatro o cinco años y la mirada del crío ya era de inteligencia, una mirada que sentía que la traspasaba, que todavía no mostraba maldad, pero que no consideraba normal en un niño tan pequeño, de ese modo, iba acrecentando el alejamiento que se iba produciendo entre ellos. El pequeño Brandon nunca se quejó al padre, nunca lloraba y se conformaba con las caricias de las nanas, las criadas y, sobre todo, las de su progenitor y cómo no, del abuelo, que cuando lo tenía cerca, le hacía cosquillas, lo abrazaba sin pudor y le enseñaba a pescar, a cazar, a poner trampas, cualquier cosa, pues ese niño estaba ávido por aprender lo que fuera. Y cuando nació Jeremy, con sus mismos ojos y el pelo casi blanco, él no sintió celos ni nada parecido, solo curiosidad y una especie de apego a ese ser pequeñito, pues su padre lo quería y su abuelo también. Pero la relación con la mujer de su padre, según iban transcurriendo los años, se hacía cada vez más ausente y cuando tenía ocasión de irse con el abuelo, no lo dudaba ni un momento, prefiriendo estar en cualquier lugar de Oregón, antes que en el condado de Sacramento. Ella lo

sabía y él también. Ella entendía que, si mañana moría, él no sentiría nada; y él intuía, que, si moría mañana, ella se alegraría de no volver a verlo. Nunca más. Así, estaría la balanza equilibrada, un hijo perdido, el de ella, y otro hijo perdido, el de la otra.

En paz.

Cuando la velada finalizó, cuando cada uno se retiró a sus habitaciones, Brandon anduvo dando vueltas alrededor de la gran cama. Nervioso, excitado. La deseaba más que nunca y ese deseo lo alteraba de una forma desconcertante, porque lo que él había planificado, no se había cumplido. Pensó que la dejaría en el olvido y no fue así, pensó que al pasar el tiempo y volver a sus andanzas, no tendría esa necesidad. Qué equivocado estaba. Cuántos deseos de ir a su habitación y tomarla de una vez por todas. Pero no podía hacer algo así, no en esa casa, con su padre y la bruja de su mujer, con su hermana y el esposo y con su suegro, todos en la misma planta. Era algo impensable. Soltó una risa, amarga, silenciosa al pensar en su suegro, el muy cabrón, seguro que está pensando lo mismo que yo, que está deseando follarse a la muchacha, e incluso pensará el muy iluso, que ella lo desea. Según esos pensamientos se agolpaban en su cerebro, el miembro se le ponía duro como una piedra y pasando la mano por encima de la tela del pantalón, acariciándose de manera lenta, volvió a ver esa boca deliciosa y esos ojos inocentes, o quién sabe, tal vez ya no fuesen tan inocentes, y cómo se le coloreaban esas preciosas mejillas a la menor ocasión. Dios, qué guapa estaba, qué bien le quedaba ese vestido de luto, sabiendo lo que ocultaba esa tupida gasa y viendo cómo el suave terciopelo moldeaba ese talle de sirena y como ese corsé elevaba los pechos que ansiaba en esos momentos; los pechos, la boca deliciosa que tantas veces se había comido y ese otro manjar que engulliría durante horas si pudiera. Metería la cabeza entre esos rizos rojos y se lo comería todo hasta hacerla gritar, volviéndola loca con la lengua, con los labios, dándole chupetones y mordiscos, hasta que se corriera una, dos, tres y más veces, para después, clavarse dentro de ella y mandar al carajo la puta virginidad. Con un gemido, se abrió la bragueta y sacó el pene hinchado y palpitante, se acarició los testículos con saña y agarrado al poste de la cama, se masturbó con brutalidad hasta soltar un chorro de esperma que saltó con furia sobre la alfombra. Sudoroso, respirando con fuerza, pensó cuando se había masturbado por última vez y no lo recordó. No necesitaba hacerlo. Siempre tenía una mujer que calmara esos apetitos, si no era la propia, siempre había una amante, una puta o una criada de algún hotel o casa

donde estuviera. Y en ese momento lo decidió. Tenía que buscar la manera de sacarla de ahí y ponerle una casa para ella sola, para ella y el crío. Y hacerla su amante. ¿Por qué no? La quería para él, la deseaba más que nunca y no podía permitir que otro la tuviera. Podría instalarla en San Francisco, o en alguna de sus casas de Oregón, y la llevaría con él a los viajes, a cualquier lugar que fuera, ella y el bebé, irían con él. Sí, estaba decidido. Pero se tomaría su tiempo, no había necesidad de correr. Planificaría las cosas con cuidado, para que cuando su mujer diera a luz, si es que este embarazo llegaba a puerto, tenerla ya en algún lugar de su elección. Tendría que hablar con ella en algún momento, para tantearla y hacerle la proposición, convenciéndola de que era lo mejor, de que con él no le faltaría de nada, protegiendo al niño como si fuese suyo y a ella... a ella amándola hasta la muerte, ¿no?, eso era lo que ellas querían oír: amor, fidelidad y más amor. Pues le diría todo eso y más, con tal de hacerla suya. Mentiría todo lo que hiciera falta para gozar de ese cuerpo, besar esa boca a su antojo y hacer todo lo que deseaba con ella. Y conociéndola como creía que la conocía, ya se había dado cuenta que no había hecho migas con Suzanne, con Catherine sí, y siendo de esa manera, ella comprendería al momento que no podía vivir con una joven pareja, que por muy cariñosos y amigables que fuesen necesitaban intimidad y en especial, aumentar la familia. Ella sobraba, estaba claro y con su padre y Suzanne, no sería feliz; por lo tanto, su lugar estaba con él. Con esa idea constante en su cabeza, se dirigió al cuarto de baño y tomó una pequeña toalla para limpiar la prueba de su lascivia y no dejar un recordatorio de por vida en la lujosa alfombra.

Al día siguiente, cuando la joven montó la nerviosa yegua que uno de los mozos le preparó, no daba crédito a lo que estaba viendo. Cualquiera pensaría que llevaba montando desde pequeña, viendo la templanza con que dominaba a la briosa yegua, manteniendo en todo momento la espalda recta y manejando los brazos de la manera más elegante que hubiera visto; pues, su pequeña hermana era una fenomenal amazona, pero era una salvaje y muy poco ortodoxa, perdiendo los estribos más de una vez y tirándose del caballo como si le fuese la vida en ello. Tan pronto decía que prefería la doma natural, porque era lo mejor para los caballos, como que cambiaba de idea y se aferraba a lo doma clásica, porque era lo mejor para poder amansar a esos caballos salvajes que traían de las praderas; en pocas palabras, era un torbellino.

Pero la pelirroja los había dejado sin palabras. A todos.

Su suegro la miraba con la boca abierta, su padre con suma admiración y Suzanne con una expresión indescriptible. Y una cosa era innegable, tenía mano con los caballos. Antes de subir en la hermosa yegua, la acarició durante unos minutos y pareció que le susurraba unas palabras al tiempo que le daba una zanahoria. Después, poniendo un pie enfundado en una bota negra en el estribo, se elevó de una sin necesidad de ayuda, para caer en la silla con precisión y sin moverse un pelo de su recogido, que cubría con un sombrero para evitar el sol, que salía y se volvía a ocultar tras las nubes. Controló al animal en todo momento, llevándolo al paso, al trote y al medio galope, pero sin salir del recinto, haciendo saber quién era la que mandaba para que la yegua, de por sí impetuosa, no se saliera de madre; y vaya si lo consiguió. Él sabía que esa Mustang había pastado por las praderas hasta hacía menos de un año, salvaje en compañía de una manada de veinte caballos, de los cuales habían capturado cinco, los cinco más hermosos: tres hembras y dos machos. Uno de los sementales, el que más genio tenía, el otro todavía era un potro, era el que montaba él. Un cruce entre caballo español y portugués, tal vez, pues era difícil discernir después de años y años mezclándose entre sí, todos esos caballos que escaparon de ranchos y haciendas, caballos que habían adquirido los indios, dando lugar a un cambio sustancial en sus vidas y convirtiéndoles en cazadores y nómadas.

La sangre de comanches corría por las venas de Brandon y verla sobre esa yegua, dominando y luciéndose, aunque no lo pretendiera, sacudió las entrañas del hombre, gustándole cada vez más lo que veía, lo que descubría, sintiendo un algo extraño, que lo descolocaba, lo traicionaba, incluso lo malhumoraba. Desvió la mirada y la clavó en su hermana que traía uno de los muchos caballos que montaba, porque ella no tenía montura fija, montaba lo que se le antojaba y cuando se le antojaba, encaprichándose ahora de uno, luego de otro, y de esa manera, mientras el marido de Catherine abría el picadero para dar salida a la pelirroja, las dos muchachas tomaron rumbo norte llevando a los caballos al trote, al tiempo que oían la voz de Mat gritando a su mujer que no se demoraran demasiado y las risas de las chicas se perdieron con el viento.

Estaba harto de tener a su suegro pegado todo el día, calentándole la oreja sin parar, hablando de su hija, de su mujer, de negocios, vuelta otra vez con su niña. A ver si de una vez por todas, este embarazo llegaba a buen puerto y de una maldita vez lo hacían abuelo, y por fin, habló de lo que le escocía en la lengua; de la pelirroja.

—Entiendo perfectamente que hayas caído en las redes de esa preciosidad, en el tiempo que estuvisteis en Chicago. Cómo no sucumbir a tal belleza. No te culpo, pero no es de extrañar que mi querida niña se ponga celosa y mucho. —Brandon dejó lo que estaba haciendo, que era refrescarse el torso después de una larga cabalgada con su cuñado, y miró al suegro con mal talante.

Henry vio estirar ese tórax en toda su magnitud y no pudo evitar la envidia, pues ni en sus tiempos jóvenes había tenido semejante cuerpo. Ese tono cobrizo de piel marcaba su ascendencia india, pero era más sutil que en un indio puro. Como Brandon decía más de una vez en tono de broma, soy como esos Mustang, con la diferencia de que ellos son más puros que yo. Henry dejó de mirar esa musculatura apabullante y dirigió la mirada a los ojos azules.

—Te estás equivocando, Henry. Entre esa mujer y yo, no hay nada. Nada. Y guárdate mucho de mancillar su nombre —las palabras sonaron duras y afiladas como un cuchillo y provocaron que los hombres se mirasen fríamente—. Se lo dije a Sophie en su momento, después de aguantar una de sus muchas pataletas y te lo digo a ti.

—Bueno, hombre, no te enfades. Tampoco sería nada del otro mundo que probases a esa viudita. Pero... digo yo que, si a ti no te interesa, tal vez... yo podría. —Al ver la mirada de Brandon, cerró la boca de golpe.

Desnudo como estaba de cintura para arriba, imponía tanto o más que cuando estaba vestido. Los pectorales grandes, cubiertos por un ligero vello oscuro y los abdominales duros y lisos, junto con los hombros anchos, daban respeto a cualquiera y esos brazos, Henry sabía que eran demoledores. No, no eran mero adorno, no era solo para provocar envidia en el propio sexo y deseo en el femenino, eran un arma de matar; y sabía muy bien que su yerno no los lucía ni los mantenía por presumir.

—Respetar a esa mujer. Forma parte de mi familia y como tal, ni se le toca un solo pelo de la ropa, ni se habla de ella. Te lo dejo muy claro; me importan unos cojones que seas mi suegro. Si le pones una mano encima, si la rozas apenas, te muelo a palos. —Con esa declaración, Henry supo que su yerno estaba interesado en esa mujer. No le cupo ninguna duda. Tanto sus ojos, como la dureza de la voz, decían más que las palabras que había soltado, y para colmo, supo a ciencia cierta que sería capaz de molerlo a palos sin importarles que fuese su suegro, sin importarles la esposa, es decir su hija, su niñita.

—Tranquilo, no pienso hacer nada molesto para nadie. Solo he preguntado, nada más. Nada más. Todo claro, clarísimo como el agua —dijo mientras se separaba de su yerno y salía despacio del establo con las manos en los bolsillos y la cabeza al frente.

Brandon vio cómo desaparecía de su vista y maldijo por lo bajo. No le gustó amenazar a su suegro, pero le había tocado algo muy adentro. Y lo que consideraba suyo, era suyo. Y nadie, nadie, iba a coger lo que era suyo. Ningún hombre, joven o viejo, rico o pobre, listo o tonto, tendría a esa mujer. Y si al imbécil de Henry le jodía, pues que le jodiese, le importaba una mierda. Siempre había hecho lo que le había dado la gana, y ahora, a estas alturas de su vida, no iba a ser diferente. Molesto, decidió seguir en los establos mientras cepillaba el hermoso semental, algo que lo relajaba, pero sin dejar de pensar en lo sucedido y en el futuro próximo. Sin querer, le vino a la mente su esposa, sintiendo que, si no hubiese tenido tanta prisa en formar su propia familia, ahora estaría soltero y apto para quedarse con la pelirroja de la manera más legal del mundo: el matrimonio.

Si se hubiera guardado la polla dentro de los pantalones, la astuta de su mujer no le habría ido con el cuento de que podía estar embarazada, cuando no fue así. Pero, por otra parte, él se hubiese casado igual, pues la había desvirgado y se trataba de la hija de un amigo, de un socio menor. De acuerdo que él se consideraba un cabrón, pero desde el momento que comenzó a cortejar a Sophie supo que se iba a casar con ella, pues ya había decidido que quería una familia, su propia familia. En fin, males peores había. El presente estaba así y así había que llevarlo. Terminó de acicalar al animal y comprobó que tuviera agua y comida, al tiempo que escuchó pasos, que no le parecieron masculinos. Asomó la cabeza y la vio. Estaba sola, con el traje de montar que llevó horas atrás cuando les hizo la exhibición, y al encontrarse con él, así, desnudo de cintura para arriba, la muchacha enrojeció ligeramente.

—Oh, perdón. Creía que Catherine estaba por aquí —se excusó tontamente, queriendo no mirar ese torso y sin conseguirlo. Los ojos se desplazaron por toda su extensión y se fijaron en una cicatriz que adornaba el costado izquierdo, encima de la cintura. Siete o tal vez, ocho centímetros, y la pregunta se le escapó sin querer, sintiendo las mejillas enrojecidas y una vergüenza atroz porque él se daba cuenta de cómo lo miraba—. ¿Fueron esas las puntadas que se dio? —El hombre, sin dejar de mirarla, sonrió sin enseñar los dientes.

—Sí. ¿Recuerdas todas las conversaciones que hemos tenido? — preguntó con voz acariciadora, viendo cómo ella lo miraba a los ojos, pero enseguida volvía a mirar el torso desnudo y rápido, volvía a elevar esos ojazos.

—Más o menos —contestó remolona.

Era como un imán. Sus ojos parecían tener vida propia y a pesar de la vergüenza se recreaban en recorrer esa masa de músculos compactos y duros, ese color tostado de piel y fijándose en la poca cantidad de vello corporal que tenía, a pesar de ser un hombre de pelo tan negro y tan tupido y barba cerrada y oscura.

—Catherine debe estar en los corrales. Una vaca ha parido un ternero y tiene que darle el visto bueno —explicó mientras se acercaba.

En un segundo, la cogió desprevenida y la besó con ansia, con un deseo que le salió de las entrañas, mientras la introducía en uno de los boxes vacíos y devoraba esa boca tan añorada. Ella se resistió, pero solo al principio, para después abrir la boca y dejar que las lenguas se juntaran, bailaran entre ellas, para al final, dejar que él se comiera la suya con una pasión desenfrenada. Y ella volvió a sentir todo lo vivido con ese hombre y se excitó de manera violenta y dejó que él la sentara en el suelo mientras resbalaba la espalda contra la pared del habitáculo vacío, sin dejar de comerse esa boca. Y notó cómo llevaba una mano por debajo de la falda pantalón y la tocaba ahí, palpándola, acariciándola y metiéndole un dedo primero y después dos, haciendo una penetración en toda regla. Pero no duró apenas, porque el hombre notó cómo se cerraba, cómo juntaba los muslos y se retorció y cómo esas manos que se habían dejado caer sobre su torso, ahora hacían fuerza para apartarlo. Pero él era muy fuerte, unas manitas delgadas y frágiles como esas no podían disuadirlo, no evitarían tomarla. Le murmuró que estuviera quieta y cuando la volvió a besar, notó el mordisco con todas las de la ley y al momento la sangre.

Se separó sorprendido, sin apartar los ojos de ella, para ver cómo se levantaba veloz, rápida como una liebre y lo miraba a los ojos y le escupía las palabras.

—No vuelva a tocarme.

Se dio media vuelta y salió pasillo adelante mientras se estiraba la chaquetita, sin mirar atrás y dejándolo con una erección dolorosa y con cara de estúpido; porque era así como se sentía.

Escupió la sangre acumulada en la boca y con la punta de la lengua se

tocó el labio mordido. Por todos los diablos, esto no se lo esperaba. Maldita sea, qué cojones había pasado, estaba caliente, no dejaba de mirar y de admirar su musculatura, aunque se resistió al principio, enseguida aceptó los besos y los devolvió, estaba mojada y ese chochito estaba gordo y caliente, bien dispuesto para su mano, para sus dedos.

Me cago en la puta, me ha mordido la muy zorra y encima me dice que no vuelva a tocarla. ¿Será posible?

Frotó con los dedos la barba corta y bien cuidada y decidió que se la quitaría, para evitar dañar esa piel tan delicada. Porque, por todos los putos demonios de los putos infiernos, que iba a tocarla otra vez y a hacer con ella lo que le diera la gana. Por Satanás, que así lo haría.

CAPÍTULO 10

Se dirigió veloz al dormitorio, esperando no encontrarse con nadie, en especial con Suzanne. Una vez dentro, apoyó la espalda contra la puerta cerrada y respiró despacio, llevándose una mano a los labios doloridos, tocándose la piel de alrededor, sintiéndola ardiente y escocida. Dio gracias a que Jonah estaba con las criadas y se dirigió al tocador, sentándose en el taburete y mirándose en el espejo. Sus ojos brillantes, mostraban la excitación y el enfado a partes iguales. No era justo, no estaba bien que la tratase así, como si fuese una fulana cualquiera, para cogerla de ese modo y abusar de esa manera. No podía permitirlo. Ese hombre la excitaba, ese hombre la volvía loca, pero no era justo, ella estaba en desventaja. Además, había desaparecido de su vida, solo lo había visto dos veces con esta, desde que la dejó en Sacramento y ahora, ahora la tomaba como si fuese una criada cualquiera, una mujer sin decencia. No, no le iba a dar el gusto, ni a él, ni a la mala pécora de su madrastra que ya la trataba como si fuese una perdida. No. A pesar de amar a ese hombre, a pesar del placer que le dio, no volvería a repetir, no se dejaría embaucar. Dejaría pasar el tiempo y cuando un hombre bueno y decente se le acercara, le ofreciera matrimonio, se casaría, como manda la Santa Madre Iglesia. Y si el hombre no era católico, pues tampoco pasaría nada. No iba a ir con delicadezas ni miramientos, por religiones y otras historias. Ya estaba decidido. Seguía con los ojos clavados en su propia imagen y sacudiendo la cabeza, se levantó y se dirigió al baño de la habitación para refrescarse la cara y, sobre todo, mojar una y otra vez la piel que rodeaba la boca y calmar la irritación. Por Dios Santo, Virgencita, que no me haya dejado marca, que no me haya dejado marca.

Y tuvo suerte, la rojez desapareció al rato y esa bella boca no mostró signos de haber sido ultrajada. Tanto en la comida como en la cena, evitó mirar al hombre que la alteraba como un huracán, y cuando Suzanne a la hora de la cena, preguntó tanto al padre como al esposo, cómo estaba la nuevamente embarazada, escuchó lo mismo que los demás, pero sin apenas levantar la mirada de su plato y masticando lentamente la comida, que

parecía querer anudarse en la garganta y quedarse ahí para siempre. Fue la bronca voz de Henry, quien explicó que su niñita estaba entusiasmada a pesar de que su médico le había exigido, repitió la palabra dos veces, reposo total y obligatorio. Estaba convencido de que esta vez, su preciosa hija única le daría un nieto y el tan deseado heredero a Brandon. Luego bromeó con que su yerno no tenía problema alguno para hacer bebés, ordinariamente que molestó a la madre de Jeremy, haciendo un gesto con las cejas, pero sabiendo que al consuegro de su esposo le daba igual. Ahora le toca a mi pequeña cumplir con su parte, así que, sabe de sobra que tiene que obedecer al doctor y a su madre, pero me temo que para Brandon será un suplicio.

El aludido no dijo nada y agradeció mentalmente que su hermana metiera baza, diciendo que, seguro que esta vez llegaba a buen puerto y que tendría un niño o niña, hermoso y sano.

—Será un varón —dijo la voz de Henry—, estoy seguro, y si no es así, rápido la preñará mi yerno hasta que traiga un heredero —soltó con una risotada.

La voz de Brandon padre, intervino al momento, sabiendo que su hijo estaba molesto por algo y que no le gustaba que se hablasen de temas tan íntimos y menos, en una cena. Y qué decir de su esposa, que algo así lo consideraba de los más vulgar, y con razón. De ese modo, la conversación derivó y acabaron hablando de caballos y después del ternero que había parido una de las vacas lecheras y otras dos más, que estaban a punto. Mientras unos hablaban y otros escuchaban, Brandon miraba a la pelirroja cada poco tiempo y pensaba en la táctica que emplearía para engatusarla y evitar que le pegara otro mordisco. Tenía que partir hacia el valle de Oregón y también debía ir a Chicago, pues había tenido noticias de Turner, diciendo que el edificio ya estaba terminado. Había que hacer papeleo y cerrar contratos. Entre unas cosas y otras, tal vez estaría fuera mes y medio o algo más. Una vez pasado ese tiempo, comenzaría su labor de abordaje, pero antes de marchar, tendría que cruzar unas palabras con ella, o se volvería loco.

La ocasión le llegó a la mañana siguiente, de la mano de la criada que llevaba al pequeño Jonah. Brandon se paró delante de ellos, y el pequeño se le quedó mirando como si hubiera visto a un dios. El hombre sonrió y el crío se puso nervioso, comenzó a decir palabras intraducibles y estiró los bracitos para que el hombre lo cogiera. La carcajada masculina sonó en el vestíbulo de la primera planta, y cogiendo al pequeño lo abrazó y lo elevó hacia el techo varias veces, haciendo las delicias del bebé y provocando una carcajada tras

otra, creyendo que iba a chocar contra ese cielo de color azul claro, lo que provocó que Jennifer saliera de la habitación para ver qué ocurría. La estampa la dejó perpleja, temblando y nerviosa. Ver a ese hombre jugando con el pequeño, y ese niño que era su vida, riendo como loco, le tocó el alma, el corazón y le dieron ganas de llorar, de impotencia, de dolor y de amargura. Las palabras que pronunció el hombre hicieron que la criada desapareciera, dejándolos solos. Con el bebé agarrado a su cuello, se dirigió a la habitación de la joven y sin cerrar la puerta, depositó al niño en la cuna. Sentado. Pero el pequeñajo no tardó en levantarse agarrado a los barrotes y mirando con adoración al hombre.

—¿Ya anda? —fue la pregunta que lanzó al aire, sin mirarla. Contemplando al niño igual que ella.

—Sí. Va más deprisa con el pensamiento que con sus piernas y acaba en el suelo cada dos por tres —la voz femenina sonó clara, pero desconfiada.

Él se volvió y la miró, y ella a su vez, se fijó en la pequeña hinchazón del labio inferior.

—Me voy dentro de un par de horas. —Hizo una pausa mientras la recorrió entera—. Estaré fuera algo más de un mes y cuando vuelva, tenemos que hablar. —Ella tragó saliva nerviosa, pero no le retiró la mirada. Recreándose con ese rostro viril, pero manteniendo la mente fría.

—No voy a ser su puta —susurró—. Ni lo sueñe. Lo nuestro... lo que hubo... se acabó.

—Cuando vuelva hablaremos. Me escucharás lo que tengo que decir, lo que tengo que ofrecerte.

—No. No quiero oír nada. —Él apretó los dientes para no cogerla por los brazos y zarandearla.

Miró hacia afuera y comprobó que nadie escuchaba, sabiendo que su madrastra estaba llenando la panza con un succulento y abultado desayuno. Mientras el pequeño jugaba con la mano del hombre, cogiendo los dedos y tirando de ellos, agarrando la muñeca para levantarse y volver a sentarse y levantarse otra vez, para agarrar de nuevo esos fuertes y largos dedos queriendo sacarlos de su sitio y riendo feliz de tener ese entretenimiento.

Esa mano era mejor que sus juguetes.

—No me enfades, Jennifer. No me gustó nada que me mordieras y no te di unos azotes en ese precioso trasero que tienes, por una milésima de segundo. Así que no me enfades, porque soy capaz de cerrar esa puerta y delante del niño, hacerte el amor hasta que grites de placer como una loca —

esas palabras no eran ciertas, pero la muchacha las creyó a pies juntillas. Y para no enfadarlo más, rectificó y con voz melosa, le dijo lo que deseaba oír. Era lo mejor.

—De acuerdo. Escucharé lo que tenga que decirme. Cuando vuelva de sus viajes. —Él la observó atentamente, queriendo entrar en la mente de la muchacha, dejando vagar la mirada por ese bello rostro, deslizándose por la nivea piel del cuello hasta llegar al comienzo de las clavículas, para desaparecer debajo de la blusa negra.

—Te deseo, Jennifer. No dejo de pensar en los momentos tan sublimes que me has regalado. Creía que podría prescindir de ti, olvidarme de ti, pero no lo consigo, y sé, que tú tampoco —las palabras provocaron que la respiración de la joven se acelerara, que el busto erguido, se hinchara... y él no pudo evitarlo.

Arriesgándose, con la puerta abierta de par en par, la tomó por la nuca y bajando la cabeza la besó despacio, saboreándola, mientras notaba los tirones del crío en su otra mano y oía los grititos eufóricos. El beso duró un largo minuto, siendo húmedo, sabroso... y con gran pereza, se separó de ella.

Cogió a Jonah por las axilas y lo sacó de la cuna, haciendo que la habitación se llenara de los gritos de alegría que lanzaba el pequeñín, que no apartaba los ojos de ese hombre, de ese dios y que con sus bracitos regordetes se abrazaba a su cuello.

—Voy a llevármelo a dar un paseo. Luego te lo traigo. ¿Te parece bien? —Ella, atontada por ese beso y mirando embobada a las dos personas que más quería en el mundo, afirmó en silencio. El hombre giró sobre sí mismo haciendo que el bebé riera de gozo y salieron de la habitación, mientras la mirada dorada los seguía, sin pensar que sería la última vez que los vería juntos. Sin imaginar que su vida volvería a cambiar por completo.

Cuando llegó la noche, en la intimidad de la habitación y con Jonah dormido, lloró. Él ya se había ido, otra vez. Y a pesar de que volvería, de que tenía que hablar con ella y se imaginaba de qué, las lágrimas inundaron sus ojos y se deslizaron por las mejillas llegando a sus labios y tragándoselas en su mayoría. Deseó con todas sus fuerzas que la esposa abortara otra vez. Y después de soltar todas las lágrimas que tenía, recapacitó y consideró que ese pensamiento no era de una buena católica. La esposa no tenía culpa ninguna, la esposa era la que debía beneficiarse de todo lo bueno que tenía el matrimonio, la única que podía disfrutar de ese hombre, la única que, ante Dios, ante la Iglesia, pertenecía a ese hombre y ese hombre a ella.

Jennifer Mulligan, eres una advenediza, una usurpadora de la identidad de tu hermana, una degenerada que deseas el esposo de otra mujer, eres de lo peorcito que hay. Con esos pensamientos, con ese vacío en su alma se durmió lentamente, hipando y pensando en ese hombre, en la esposa y en el hijo que, anidado en el vientre de su madre, había engendrado el hombre que la había hecho gozar, que le enseñó todas esas cosas que una mujer decente no debe saber, el hombre que, con solo mirarla, le partía el corazón en mil pedazos, provocando tanto dolor, tanto, tanto...

Cinco días más tarde, comenzó la tragedia. Y esa tragedia, solo necesitaría otros cinco días para llegar al final, para romper con todo y volver a cambiar su vida. La fiebre comenzó por la noche, pero no le dio importancia, o no quiso darle importancia; después de todo, pasando la noche en vela al lado de la cuna y ya casi en el amanecer, comprobó que la frente del niño estaba fría y la fiebre había desaparecido. Sintió que se le quitaba un peso de encima. Seguramente habría sido la garganta, o tal vez un diente... pero al día siguiente, vomitó, en el desayuno, en la comida, en la cena y volvió a tener fiebre. Al tercero, vino el médico de la familia y reconoció al bebé, pero no vio nada anormal. Dijo que le dieran agua, mucha agua, leche y papillas suaves, que no estuvieran espesas para que su delicado estómago las asimilara mejor y para restituir todo lo que echaba por la boca. Pero todo empeoró en horas, y ya no solo vomitaba hasta con el estómago vacío, sino que comenzó a tener diarreas; y con una impotencia tremenda, sin poder hacer nada, vio cómo el niño se apagaba. Lo sentía dentro de ella, algo le decía que ese bebé tan hermoso se le iba, pues no podía olvidar a esos niños de Boston, cuando ella tenía once o doce años, eran hermanos gemelos y no tenían el año. La fiebre se los llevó, y las diarreas, en cuestión de pocos días. Y ahora miraba a su bebé, con esos rizos negros humedecidos sobre su cabecita, con los hermosos ojos azules apagados, sin chispa y veía a los gemelos. Hay que bajarle la fiebre, decía el doctor, hay que darle líquidos, repetía constantemente, y era lo que se hacía, porque el pequeño hacía por tragar y no protestaba cuando Jennifer le ponía compresas frías en su frente y en los bracitos, mirándola con esos ojitos azules y el rostro blanco como el papel. A Jennifer se le partía el alma viendo ese cuerpecito lacio, sin fuerza y más de una vez, pensó que Dios, su Dios, la estaba castigando por todo lo hecho. Y a pesar del miedo, al colocar esos paños fríos sobre el cuerpecito de

su niño y que no fuese lo acertado, lo hacía, y cuando al amanecer veía que la fiebre casi había desaparecido, respiraba con algo de tranquilidad, para más tarde volver a lo mismo. Jonah no retenía el alimento y se iba deshidratando de una forma alarmante, hasta que la última noche entró en convulsiones y murió una hora más tarde. No lloró, se quedó mirando el cuerpo inerte y alzándolo, lo abrazó y lo acunó en sus brazos susurrándole una nana. Catherine, con los ojos llenos de lágrimas, la acompañó durante una hora, mirando cómo lo abrazaba y cuando hizo movimiento para quitárselo y volverlo a dejar en la cuna, fue cuando lloró, desconsoladamente, desbordándose por completo, mientras el resto de la familia miraba impotente a la pelirroja, escuchando sus lamentos, su dolor. Fue Brandon padre, quien tomó el mando diciendo que la joven se acostara un rato y que Catherine la acompañara, mientras se hacían los preparativos para amortajar el cuerpo del bebé y todo lo concerniente al entierro; pero Jennifer se negó. Se limpió las lágrimas, se aclaró la voz y mirando al padre del hombre amado, del hombre ausente, dijo que no era necesario. Que ella se encargaría del cuerpo de su pequeño y que ella sería la que cerraría la caja. Y ante la seguridad y la claridad de esas palabras, el señor Cooper no se negó, siendo testigo como todos los demás, de la fortaleza, entereza y dureza de esa joven mujer. Ya no derramó ni una lágrima, al menos en presencia de ellos y en el entierro, se mantuvo fría cuando nadie le hablaba, pero cálida cada vez que recibía palabras cariñosas de alguno de ellos. El suegro de Brandon hizo presencia en el entierro, junto con el resto de la familia y los trabajadores del rancho y el médico. Y para sorpresa de la muchacha, vio a la madre de Jeremy derramar unas lágrimas, cuando caía la tierra sobre el pequeño féretro. Tal vez se acordaba de su hijo, tal vez era en ese momento, cuando se dio cuenta de que, con la muerte de ese niño, ya no habría conexión de ningún tipo; ya, su hijo y su descendencia habían acabado. Seguramente Catherine no tardaría en darle nietos, pero de su hijo, ya no habría nada.

Esa noche, ya en Sacramento, cuando se retiró a su habitación, mientras se desnudaba y sin quitar los ojos de la cunita, supo lo que tenía que hacer. Con ese pensamiento, se acostó, pensó en Brandon, en los telegramas que había puesto el padre para decirle que volviera y sabiendo que por mucha prisa que se diera, ya nada sería igual. Recordando esa carita tan hermosa, esos ojos grandes, inocentes, bellos a más no poder, esos rizos negros como el carbón y esa lengua de trapo que no paraba ni un momento, lloró en silencio, sintiéndose más sola que nunca y sabiendo que tenía que sacar

fuerzas de donde fuera y continuar viviendo. Pero por encima de todo, tenía que labrarse un porvenir y dar un giro a su vida.

La mañana era fresca y la niebla no había levantado, pero la visibilidad era más que suficiente. El camino era corto, desde K Street, donde estaba la mansión de los Cooper, hasta J Street, donde estaba el hotel Sacramento, no había pérdida pues eran paralelas y teniendo cuidado al bajar o subir las altas aceras de madera, todo estaba bajo control. Así, cuando penetró en el pequeño y lujoso hotel de los Cooper, se desabrochó los botones del chaquetón que se compró en Nueva York, sin soltar las dos bolsas que llevaba consigo. Se acercó al mostrador de recepción y preguntó con una sonrisa si podía ver al señor Cooper, que su nuera deseaba hablar con él. Si el empleado se sorprendió de que la hermosa nuera del señor Cooper estuviera en el hotel para hablar con él, teniendo en cuenta que vivían en la misma casa, no lo demostró; y devolviéndole la sonrisa, para al momento ponerse serio y darle su más sentido pésame, le pidió que le siguiese.

Así lo hizo, fue detrás del amable empleado por un pasillo estrecho y alfombrado y al llegar al final, la única puerta que había, tocó con los nudillos y asomó la cabeza para decir que la señora Cooper deseaba verle. En cuestión de segundos, Brandon estaba en la puerta cogiendo del brazo a la muchacha y pidiendo al empleado que trajera café y algo más. Jennifer nunca había estado ahí, pero se dio cuenta que imperaba el mismo lujo discreto y elegante que en la casa, y que en ese pequeño despacho no cabía ni un alfiler. La mesa era grande y pesada, de caoba oscura casi negra, las dos butacas de la misma madera y con los asientos de piel, enfrente, eran confortables y grandes, para dar cabida a una delicada dama, o a un corpulento caballero, dos de las paredes estaban ocupadas por librerías de roble llenas de libros y archivadores, otra la ocupaba un precioso mueble bar y la puerta de acceso y la cuarta, una ventana grande desde donde se veía un jardín interior y debajo, un sofá de cuero marrón muy gastado, que parecía a punto de rajarse por algunos sitios, algo, que no iba a suceder.

Si el hombre se sorprendió de la visita y a esas horas intempestivas, no lo demostró y en cuestión de unos segundos estaba sentada en una de las butacas y unos minutos más tarde, tenía un café en la mano y un bollito enfrente, encima de un platito de porcelana china. La joven tenía hambre, pues había salido sin desayunar, y dio cuenta del bollito en un santiamén;

cuando Cooper le preguntó si quería otro, ella con una sonrisa se lo agradeció, pero con uno tenía suficiente. Dio un pequeño sorbo al café y lo depositó con suavidad sobre la mesa de caoba, clavando la mirada en el suegro de su querida hermana. El hombre contempló esos ojos, viendo las ojeras que daban cuenta de lo pasado, al tiempo que pensaba que no restaba belleza a la muchacha, para desplazar la vista a las bolsas de viaje que habían quedado en el suelo, al lado de la butaca. Lo primero que pensó es que volvía al rancho y lo segundo, no le gustó. Le había cogido cariño a la joven.

—Qué sorpresa, Julia. Creo que es la primera vez que vienes por aquí y eliges una mañana tan fría como esta y a una hora tan temprana. ¿Estás bien, querida niña? —preguntó con candor.

Ella tragó saliva y le sonrió débilmente.

—Me llamo Jennifer Mulligan Kennedy. Julia era mi hermana mayor y era la esposa de su hijo. Los dos murieron en el incendio y yo me quedé con Jonah. —Los ojos dorados no pestañearon, no dejaron de mirar esos otros ojos que eran iguales que los de las personas que más quería en el mundo—. Siento mucho haberles engañado, de verdad que lo siento, pero siempre pensé que hacía lo correcto. —No bajó la mirada en ningún momento y los ojos de ambos se escrutaron de maneras diferentes. Cooper, sorprendido de tal confesión y aunque desde que la conoció, pensó que parecía mucho más joven de la edad que decía tener, no se le pasó por la cabeza que fuese una impostora. Incluso a Suzanne, que era desconfiada por naturaleza, jamás se le pasó por la cabeza que esa muchacha no fuese la viuda de Jeremy. A fin de cuentas, la había traído Brandon.

—¿Lo sabe mi hijo? —Hasta qué punto estaba involucrado Brandon, cuánto sabía de esta chica, quiso saber de verdad.

—No. No, señor. —No supo decir porqué, pero no quería comprometer al hombre que la había descubierto y que la había chantajeado diciéndole que era mejor seguir con la farsa y que a cambio él los protegería siempre. Y Brandon padre no terminó de creerse que su hijo no supiera la verdad; pero bueno, si ella lo decía...

—¿Qué edad tienes? —preguntó, mirándola de manera diferente. Mirándola con admiración.

—Diecinueve. —La muchacha se mantenía recta, envarada se podía decir, no estaba cómoda, pues a fin de cuentas estaba descubriendo una mentira.

Una mentira protagonizada por ella.

—Ya decía yo que me parecías muy joven. Suzanne y yo lo comentamos al principio de conocerte, pero tampoco es raro encontrarse con personas que aparentan menos edad de la que tienen, y otras, al revés. De hecho, yo diría que más. Pero dime, ¿tanto miedo tenías de nosotros? —preguntó con suavidad, pensando que el estado de la chica era demasiado frágil después de lo pasado; de todo el sufrimiento, que él sabía de sobra, seguiría dentro de ella.

—Sí, la verdad. —Y le fue explicando las cosas, reflejando los sentimientos de Jeremy y la poca información que daba de su familia, y de cómo, al ocurrir la tragedia y quedarse solos ella y el bebé, la primera idea fue seguir con lo que les deparase la vida, pero después consideró que no era justo para Jonah romper lazos con la familia del padre. Y ante la duda, ante el miedo a lo desconocido, decidió montar la farsa y hacerse pasar por su hermana.

El padre de Brandon la escuchó atentamente, sin interrumpirla y tomando su café de manera pausada, como era él; un hombre tranquilo, observador y poco dado a manipular a la gente.

Nada que ver con su hijo. El físico era lo más parecido entre padre e hijo. Nada más. Seguramente por eso, se llevaban tan bien.

—Bueno, Jennifer, no pasa nada —habló con calma, pensando que ese nombre le pegaba más a la bella pelirroja, al tiempo que también pensaba en lo que diría su mujer cuando supiera todo esto. Pondría el grito en el cielo; como si no la conociera—. No debes preocuparte. Lo entiendo perfectamente y no te culpo por algo que seguramente si yo me hubiese encontrado en tu situación, habría actuado igual. —La muchacha lo miró con adoración y murmuró unas gracias y el hombre siguió hablando—. Ahora debes recuperarte y pasar este momento tan triste y cuando transcurra algo de tiempo, volver a ser la muchacha que, por las circunstancias, dejaste de lado. Nosotros te ayudaremos. No te quepa la menor duda. —El hombre vio cómo la preciosa muchacha negaba con la cabeza.

—Oh, no, señor Cooper. Eso no va a ocurrir. Me vuelvo al Este, no voy a seguir aquí. De todos modos, le agradezco enormemente su consideración, pero este no es mi sitio y ahora que Jonah no está —tragó saliva en ese momento y no pudo evitar que los ojos le brillasen por la acumulación de las lágrimas—, ahora que no está, menos todavía. Comienzo otra etapa y no voy a retrasarla, pero de todo corazón le doy las gracias. —Vio cómo Cooper se levantaba y se acercaba a ella, apoyando la cadera sobre la mesa y sin retirar

la mirada ni un momento.

—Pero, querida niña, no puedes estar hablando en serio. Eres de la familia, eres la hermana de la esposa de mi hijo, eres la tía de Jonah, la que lo ha criado desde el principio, la que le ha dado todo el amor que una madre puede dar; incluso más. No vas a ir a ningún sitio, te lo prohíbo. Tu casa está ahora aquí y tu familia seremos nosotros —amonestó con una dulce sonrisa.

La joven se la devolvió con tristeza, al tiempo que sorprendía ante la generosidad del hombre.

—No, señor Cooper. No me quedo. Usted sabe de sobra, porque no es tonto y se ha dado cuenta, que con su esposa no me llevo muy bien y ahora, en cuanto se entere de quién soy, nos llevaríamos peor. Se lo agradezco, de verdad. Pero ya tengo el pasaje de barco para esta mañana y cuando llegue a San Francisco, tomaré el primer tren que salga para el Este.

—Mira, escúchame atentamente, no es necesario que te quedes en casa, no es necesario que veas a Suzanne, sí o sí. Tengo un par de casas vacías, podrías alojarte en alguna, incluso podrías poner un negocio y dedicarte a eso que haces también, esas cosas tan bonitas que bordas y tejes. —Los preciosos ojos de la muchacha lo miraban con adoración, entendiendo que Catherine sintiera adoración por ese hombre—. Podrías poner la tienda en la planta baja y la vivienda arriba y también podrías contratar a chicas para que hicieran el trabajo más corriente y tú dedicarte a lo laborioso. Venderías todas esas prendas sin lugar a duda. Te las quitarían de las manos. Sé de qué hablo. Llevo en el comercio desde que era un crío y mi padre puso la primera tienda. Él desaparecía durante temporadas, ya sabes que comerciaba con pieles y yo atendía la tienda. Bueno, pues te puedo asegurar, que con tus habilidades y mis contactos... —La muchacha alzó una de sus esbeltas manos y dedicándole la más bella de las sonrisas, lo interrumpió.

—Se lo agradezco de corazón, no sabe cuánto se lo agradezco. De verdad. Es usted tan bueno que me entristece enormemente que Jonah no esté, que no haya podido disfrutar de usted, de su abuelo. —El hombre pasó una mano grande por la mejilla de la joven, acariciándola, sabiendo que ella también era una buena chica.

—Bueno, no pienses en ello. Las cosas pasan por algo y estoy seguro de que el pequeño está en el seno del Señor. Estoy completamente seguro. —La muchacha tragó saliva y se limpió las lágrimas que escaparon de sus ojos—. Ahora, hay que vivir el presente y tienes que planificar tu nueva vida y tu nuevo negocio. —La sonrisa de la joven surgió entre lágrimas y gesto triste.

—No, señor Cooper. Se lo agradezco de todo corazón, que sea tan amable y generoso. Es algo que no olvidaré en la vida, pero no me quedo aquí. Vuelvo al Este y es allí donde continuaré, donde retomaré lo que dejé por traer a Jonah con ustedes. En Nueva York trabajaba y volveré a recuperar lo que tenía y haré más cosas. Seguir aquí, solo me traerá malos recuerdos. — La mirada del hombre fue profunda y quieta.

—¿Estás totalmente segura? —preguntó muy sorprendido de que esa muchacha rechazara el ofrecimiento que le hacía. Estaba convencido de que habría aceptado y de que le satisfacía que alguien, en este caso él, le solucionase el futuro y le quitara problemas de en medio. Porque él, le daría todo lo necesario para que trabajase en su propio negocio, pondría el dinero y todo lo que hiciera falta, sabiendo que esa preciosidad pronto se casaría y por supuesto, el hombre que fuera su marido no estaría descalzo, haciendo de ella una señora de la alta sociedad de California. Ese era el futuro que él había previsto en cuestión de unos minutos, para esa muchacha que consideraba casi, casi, como una hija y que lo único que deseaba para ella, era todo lo mejor.

Pero no, esa valiente muchacha, rechazaba todo lo que le ofrecía. O tal vez, no era tan valiente, sino una inconsciente. Era muy joven para estar danzando sola, cruzando todo el país hasta llegar al este.

—¿No quieres esperar a que venga Brandon? He enviado varios cables a sitios diferentes y seguro que ya debe estar al tanto de lo que ha pasado y a punto de llegar —se aventuró a nombrar a su hijo, para ver si de esa forma cambiaba de idea.

—No, no quiero ver a su hijo. No quiero revivir el calvario que he sufrido, no quiero contarle cómo ha muerto mi pequeño. Solo quiero irme. — Volvió a limpiarse las lágrimas y cogió el pañuelo que él le daba, murmurando gracias.

—Te vuelvo a preguntar, ¿estás segura? ¿Totalmente segura? Es un largo viaje para una mujer sola.

—Totalmente, señor Cooper. No tengo la menor duda. Y no pasa nada por ir sola. No me moveré del tren, no se preocupe por mí. —Terminó de limpiarse los ojos y sacó un sobre del bolsillo del chaquetón. Se lo entregó—. Le agradecería que le diera esta carta a su hija. Se ha portado de maravilla conmigo y siento que le debo una explicación.

—¿No quieres decírselo de viva voz?

—No. Prefiero las palabras escritas. Prefiero que guarde este recuerdo

mío y que entienda por qué lo hice. —La muchacha se levantó, le devolvió el pañuelo y cogió sus bolsas de viaje.

El hombre sabía que dentro, no podía llevar mucho, de hecho, nada de su vestuario de lujo.

—Espera —ordenó, yendo a la mesa y abriendo un cajón, sacó un fajo de billetes y se lo ofreció—. Ten, no quiero que te veas en apuros. —La muchacha miró los billetes y negó con la cabeza.

—No necesito dinero, señor Cooper. Tengo parte del dinero que su hijo nos hizo llegar con el abogado de Nueva York. Me sobra con eso. —El hombre negó en silencio y con su corpachón se colocó delante de la puerta.

—No vas a salir de aquí, si no coges este dinero. Es lo único que tengo que añadir, tú decides. —Se miraron durante un rato y ella se mordió el labio para evitar echarse a llorar a moco tendido, no unas lagrimitas como hasta ahora, si no a trote y moche, para no parar en toda la mañana.

Tragó saliva y elevó la mano para agarrar los billetes.

—De acuerdo, señor Cooper. Lo acepto porque no me queda otro remedio.

—Exactamente. Y me tienes que prometer una cosa. —Esa mirada azul, envejecida, pero de un azul radiante, se clavó en los ojos dorados con profundidad y con algo de pena. Sintiendo que la estaba fallando, que debería insistir más. Y sintiendo por encima de todo, que su hijo se iba a enfadar muchísimo.

—Usted dirá. —La muchacha miraba al padre del hombre amado, contemplando esos ojos que le recordaban a él.

—Quiero que te pongas en contacto conmigo, si te ves en apuros. Del tipo que sea. Una llamada de teléfono, o mejor y más seguro, un cablegrama, porque esos aparatos no son de fiar. Fallan mucho y oídos ajenos están al tanto. ¿Me lo prometes? —La joven movió la cabeza ante la insistencia del hombre y afirmó, mientras sus ojos no pestañearon.

Era para complacerlo, para que ese hombre tan bueno la dejara ir.

—Lo haré. Lo prometo. —Pero algo le dijo al hombre, que esa orgullosa muchacha no cumpliría tal promesa.

—¿Seguro? —preguntó, sin dejar de mirarla, esperando que se echase a llorar y cambiara de idea. Pero eso no ocurrió.

—Sí, seguro, señor Cooper. —El hombre recordó las veces que le había dicho que no lo llamara así, que Brandon sobraba y bastaba y que, si quería llamarlo padre, ya que había demasiados Brandon, se sentiría muy honrado.

Pero no, la joven nunca se tomó confianzas y siempre le llamó así y ahora entendía por qué; aunque algo le daba, que esta chica no era de las que se tomaban confianzas, ni haciéndose pasar por Julia Cooper, ni siendo Jennifer Mulligan.

Brandon, sin poder o sin querer evitarlo, abrazó a la muchacha, notando cómo se cohibía, se envaraba, pero al momento soltó las bolsas al suelo y se abrazó al hombre, refugiándose en el ancho pecho. Y por un momento, se sintió segura.

—Gracias, gracias de corazón. Jamás le olvidaré, jamás —las palabras llegaron al corazón al hombre y cuando estaba preparado para intentar convencerla otra vez de que se quedara, sintió cómo se separaba de él, cogió las bolsas rápidamente y abrió la puerta. Se giró durante un segundo y mostrándole una sonrisa temblorosa, volvió a repetir—: Gracias. Nunca le olvidaré, señor Cooper. —El hombre, impotente, contempló a esa delicada y joven mujer, sabiendo que el envoltorio nada tenía que ver con el interior. Sabiendo, que esa hermosa criatura era más fuerte que la mayoría de las mujeres que había conocido, incluidas las de su propia familia.

Jennifer salió del hotel y comprobó que la niebla ya casi había levantado. Apretó con fuerza las asas de sus bolsas de viaje y se dirigió calle abajo, hacia el muelle, sin percatarse de las cabezas que se movían a su paso, de curiosidad o admiración, o las dos cosas, pareciendo tan altiva, aunque no lo fuese, derecha como un junco y discreta con esas ropas sencillas, nada lujosas, y, sin embargo, llevando tras de sí las miradas de todos con los que se cruzaba, ya fueran hombres o mujeres.

Pero ella no lo sentía de esa forma, saludando a las personas conocidas, de manera amable, pero distante, para que no la parasen, para que no le dieran el pésame, poniendo su mente en el futuro inmediato. Echó una última mirada al Eagle y tomó rumbo a los muelles. Iría a San Francisco, y una vez allí se informaría de cuándo salía el primer tren a Chicago, o a Nueva York, pensando que tal vez tendría que ir a la primera y hacer transbordo para llegar a la segunda.

Bueno, no te preocupes Jennifer, paso a paso. Seguro que en el barco le informarían. Margot, amiga, pronto estaré cerca de ti, para darte la tabarra y que tú me la des a mí.

Pronto.

Muy pronto.

CAPÍTULO 11

No aguanto a esta mujer. No la aguanto. Maldita la hora en que se me pasó por la puta cabeza casarme con ella. Cómo me engañó la muy hija de puta, en qué cojones estaba pensando cuando creí que era una mujer dócil, tranquila, manejable y que no me daría disgustos, ni quebraderos de cabeza, solo hijos y buenos momentos, que se dedicaría a criarlos, a vivir y disfrutar del lujo y las riquezas y nada más. Joder. Me cago en la puta. Vivir a todo trapo, sí lo sabe hacer bien, darme hijos, eso es otra historia; gasta el dinero a lo tonto, como si cayera llovido del cielo y encima tengo que aguantar sus histerias y las de su puta madre. Maldita sea. Puta fortuna. Lo tenía todo y no tenía nada. Puta mierda.

—Es injusto, Brandon —lloriqueó Sophie sentada en la cama, arrugando con el movimiento el carísimo cobertor de seda china, mientras miraba a su atractivo marido que pateaba con grandes zancadas, la gruesa alfombra persa, como un león enjaulado, como un dragón en una mazmorra.

Se paró en seco, girando ese imponente cuerpo hacia ella.

—Me hartas, Sophie. Me hartas mucho —murmuró, aunque lo que deseaba era gritarle a esa carita de muñeca tonta, que estaba hasta los mismísimos cojones de aguantarla. Que no la quería, que nunca la había amado, que no la deseaba, que solo pensar en follarla le echaba para atrás y que daba gracias al médico que le había recomendado estar un año o algo más sin intentar un nuevo embarazo, para ver, si de ese modo su cuerpo reaccionaba de forma positiva.

Clavándole esa mirada gélida, fría como un témpano, la estudió detenidamente y no evitó poner gesto asqueado.

—¡Oh! Eres injusto. Muy injusto —repitió, mientras se limpiaba los ojos y lo miraba implorante, al tiempo que pensaba cómo esos ojos podían ser en un momento dulces, acariciadores, pasionales y en otro, en ese precisamente, gélidos como el más crudo invierno.

Añoraba esos tiempos, cuando la trataba como si fuese su muñeca, cuando la mimaba constantemente, pero eso duró tan poco, parecía que

habían pasado siglos; hasta el último embarazo había sido concebido de forma fría y rápida. Ni tan siquiera después del último aborto se mostró atento o cariñoso. Sus palabras fueron, no te preocupes, obedece al médico y ya veremos qué nos depara el futuro. Nada más. Ni una caricia, ni un regalo ostentoso para quitarle el berrinche. Nada. No era el mismo hombre, y en los últimos meses era peor. Estaba siempre con un humor de perros y un genio terrible, saltando por cualquier cosa y mirando con ojos de asesino.

—Te he dicho que no voy a ir a esa estúpida cena. Que me voy mañana a Oregón —volvió a repetir, tieso como un palo y mirándola con desdén, por no decir asco—. Dedícate a lucirte por las casas de los demás, a lucir todos esos vestidos, a cuál más caro, toda tu colección de joyas delante de esas mujeres envidiosas, gastosas y presumidas como tú. —Ella rompió a llorar con ganas, deseando que la abrazara como hacía antes, que la envolviera entre esos brazos fuertes y la arrebujase contra su pecho, que la mirase con esos ojos tan azules, pero de manera cálida y dulce, como él hacía cuando quería, cuando estaba de buen talante, pero cómo ese hombre tan atractivo, ese hombre que se había casado con ella, ese hombre que provocaba tantas envidias en el género masculino y las mismas en el femenino, pero de otra índole; que logró que sus amigas y conocidas la envidiaran por haberlo pescado, cómo ese hombre, repito, no estaba por la labor, comenzó con la misma cantinela, la misma historia desde el último aborto.

—Me echas la culpa, eso es lo que pasa, me consideras la responsable de que no te dé un hijo, pero yo no tengo la culpa, no la tengo... —Y en el momento en que se limpiaba los ojos y se sonaba la nariz, escuchó las duras palabras del esposo.

—No, la culpa la tengo yo.

Pero lo que no escuchó fue lo siguiente: por haberme casado con quien no debía.

A pesar de no oír esas durísimas palabras, que fueron murmuradas pero que quisieron ser gritadas a pleno pulmón, la esposa lloró con más fuerza, con más ahínco, sin darse cuenta de que con ese comportamiento enervaba los nervios del hombre, o sí. Claro que sí, ella lo sabía, lo sabía muy bien y no se daba cuenta de que esas escenitas no la beneficiaban en absoluto, de que estaba tentado a la suerte, de que el esposo, cuando le tomaba manía a alguien, a ella en este caso, no habría vuelta atrás; y la mujer estaba tan convencida de su posición a pesar de la tensa situación, creyéndose a salvo de todo.

Nada más lejos de la verdad.

—¡Quiero paz! ¡Maldita sea! Quiero una puta tranquilidad, joder — terminó murmurando, sin dejar de mirar a la llorona de Sophie.

Ella se puso más histérica, pues le molestaba, le horrorizaba ese vocabulario soez y vulgar.

—No me hables así. Eres un caballero. Eres un hombre rico y culto, por favor te lo pido, no hables, así. —Él acercó la cara hasta la de ella y bajando el tono de voz, mirándose a los ojos, con las narices casi pegadas, le contestó:

—Hablo como me sale de los cojones, ¿está claro? No vas a venir tú, ni nadie, a decirme cómo tengo que hablar, ¿entiendes? —Ella le mantuvo la mirada. Ojos azul pálido y acuosos, rodeados de rubias pestañas, frente al azul más azul de los azules y con las pestañas negras como el carbón y largas y espesas como las de una mujer.

—Pues no tengo por qué oírte. No pienso oírte, que lo sepas. Si te comportas como si fueses un hombre corriente y vulgar, hablando de la manera más soez, no quiero oírte. —Se miraron frente a frente y él dijo la última palabra, mientras se erguía y se separaba de ella, deseando salir de esa atiborrada habitación, de esa habitación que no era la suya y en la que no había dormido nunca, ni tan siquiera follado.

Porque él, nunca había hecho el amor.

Nunca.

—Tal vez sería mejor, separarnos. Sí, creo que sería lo mejor, dadas las circunstancias. Ni tú me aguantas, ni yo a ti. Creo que estamos a la par. — Dando media vuelta, salió, ocupando con sus anchas espaldas el espacio y faltándole poco para rozar el dintel con su cabello negro, salió con calma, pero antes de cerrar, escuchó lo que salió por esa pequeña boca.

—¡Eres odioso! ¡Odioso! Estás así desde que supiste de la muerte de ese crío, desde que esa... esa mujer se fue. Cada vez estoy más convencida de que ese niño lo engendraste tú. ¡Tú, maldito seas! Por eso era una copia tuya. Y si piensas que voy a pedir el divorcio, estás muy equivocado. ¡Muy equivocado! —Cerró la puerta, con toda la suavidad del mundo, algo que enfadó más a Sophie, mientras oía esos gritos chillones que le hacían rechinar los dientes, gritos, que también estarían oyendo los criados.

Todos.

Bah, le importaba una mierda.

Estaba hasta los mismísimos cojones, no la aguantaba, estaba más a gusto en cualquier lugar, que cerca de ella. Sin darle tiempo al mayordomo de

que le abriera la pesada y elaborada puerta principal de su mansión victoriana y mucho menos cerrarla, dio un portazo con ganas y se fue caminando, bajando Powell Street hasta las oficinas de Marina, mientras su cochero se adelantaba hasta los muelles, deseando que hiciera algo más de fresco y poniéndose de peor humor a cada momento, con cada zancada, sin importarle el largo paseo hasta Marina, sin que las subidas y bajadas de las colinas en las que estaba asentada la ciudad, le importasen lo más mínimo y saludando con gesto poco amistoso cuando se cruzaba con conocidos. Por supuesto que estaba de un humor de perros. Todos los putos días, todos los malditos días, desde que volvió, desde que supo al abrir los cables atrasados, que el pequeño Jonah estaba enfermo, que ese crío que era su vivo retrato había muerto después de una breve enfermedad, que ese crío que amaba, aunque no se hubiese dado cuenta, ya no lo vería más, ya no oiría esas carcajadas infantiles cuando lo volteaba en el aire, ya no sentiría esas manos regordetas enredar en su pelo o querer meterse en su boca, ya no volvería a oír ese lenguaje indescifrable y gracioso, que soltaba constantemente, acompañado de pequeños gritos o no tan pequeños, estuviera solo o acompañado. Pero lo que no podía esperar, lo que no se le habría pasado por la cabeza, ni en la más oscura y loca borrachera, es que ella no iba a estar, que se había ido, que lo había dejado como si tal cosa. Era el colmo. Estaba dispuesto a poner el cielo a sus pies, y ella, se había largado.

Todavía recordaba cuando llegó a Sacramento y se dirigió al hotel, esperando encontrar a su padre ahí, para no ver a Suzanne y poder hablar con tranquilidad, que le contase todo lo ocurrido, que le dijese cómo se encontraba la muchacha. Como tenía un buen trayecto desde Powell Street hasta los almacenes del puerto y le apetecía estirar las piernas, se recreó amargamente con los recuerdos de ese día. Recordó la lluvia, a cántaros llovía ese maldito día, chorreando la pelliza que llevaba puesta y goteando un hilillo de agua por el ala de su sombrero, pues había hecho el trayecto desde San Francisco a caballo. Bajó de un salto sin importarle que sus botas hiciesen contacto con el barro y salpicasen los pantalones mojados y ató el hermoso semental negro en el poste, subiendo de un salto a la acera de madera sin escuchar el sonido que hacían sus espuelas de plata contra los tablones. Entró sin miramientos, quitándose la pelliza y el sombrero en el hall y tirándolos en un precioso sofá, de donde los cogió un botones antes de que la tapicería se mojase y los llevó a buen recaudo, mirando al hijo del jefe de reajo y sabiendo que no había estado en el entierro del nieto del señor

Cooper. Ni se molestó en saludar a nadie y enfiló como una flecha india hasta el despacho de su padre, dejando agua y barro por partes iguales en el suelo de madera, hasta penetrar igual que una tromba de agua. Faltaba poco para la hora del almuerzo y encontró a su progenitor escribiendo una carta. Las miradas de los hombres se juntaron al mismo tiempo, haciendo que el padre dejara la pluma y mirase al hijo con sorpresa y con cautela.

—Por todos los diablos —fueron las primeras palabras del más joven—. Te juro que me he dado toda la prisa que he podido. Pero estaba en la puta cabaña y cuando llegué a Portland me dieron los cables que mandaste. No me lo podía creer. Sigo sin creérmelo —repitió, dejándose caer en uno de los sillones, enfrente de su padre—. Ese precioso crío, maldita sea una y mil veces. ¿Qué cojones pasó, padre? ¿Qué puta enfermedad se lo llevó? —El padre apretó los dientes, sabiendo que cuando su hijo se enfadaba, que cuando el genio se le disparaba, le perdía la boca, olvidándose de toda su buena educación.

Juntó las manos, esas manos tan parecidas que tenían, encima de los papeles, dejando de lado la carta que estaba escribiendo y mirando a su hijo sin pestañear.

—No lo hemos sabido, Brandon. La enfermedad comenzó con algo de fiebre, pero al día siguiente estaba mejor, luego empeoró, con vómitos, más fiebre y diarreas. El médico dijo que no se trataba de algo que le hubiera sentado mal, ni de calenturas por los dientes. Algo anidó dentro de él, y se lo llevó en menos de cinco días. Fue horrible, la verdad. Un niño tan sano, tan fuerte, con ese aspecto tan estupendo... todos nos quedamos de una pieza. —El rostro del hijo estaba tenso, serio y con la mirada clavada en el padre—. Ya sabes que la mortalidad infantil está a la orden del día y aunque los pequeños parezcan fuertes, estén hermosos y grandes como estaba Jonah, nunca se está a salvo. Nosotros, hasta esta fatalidad, hemos tenido suerte, pues a mí no se me ha muerto ningún hijo, pequeño, quiero decir —aclaró, sin mencionar el nombre de Jeremy—, pero tuve la desgracia de perder a tu madre y tampoco supe de qué, porque, simplemente, llegó la enfermedad y se la llevó. Sin más. Sin darme tiempo a despedirme, pensando ignorantemente que iba a mejorar, que una mujer tan sana hasta ese momento, tan bella y tan amada, no se la iba a llevar la muerte por unas pocas fiebres. —El hombre calló sin dejar de mirar a su hijo. Brandon sabía muy bien que el amor de su vida, el amor de su padre fue su madre. Suzanne apareció más tarde y, se podía decir que lo acomodó. Algo así, como que ya no volvería a tener a su

esposa y se conformaría con una mujer atractiva, que le diera más hijos y cuidara del que ya tenía—. En fin, hijo, qué quieres que te diga. Fue tan rápido, que nos dejó fuera de juego.

—¿Y ella? ¿Cómo lo llevó? ¿Cómo está? —preguntó sin apartar la mirada, esperando ansioso.

—¿Te refieres a Jennifer? —Brandon se envaró, arrugó el entrecejo y acercándose a la mesa, colocó los brazos encima.

—¿Lo sabes? —El padre afirmó en silencio, sin perder de vista el rostro de su hijo, sus gestos, su mirada.

—Y por lo que veo, tú también. Ella lo negó. Dijo que no sabías nada, que nadie sabía nada.

—¿Qué te contó? —fue la áspera pregunta, sin querer aclarar nada.

Lo que pasó entre ellos, era de ellos.

Solamente.

—Qué va a ser, Brandon, que tomó la identidad de la hermana cuando ellos murieron porque tenía miedo de nosotros. ¿O tendría que haberme contado algo más? —A Brandon no le gustó el tono. Se levantó y se paseó por la habitación.

El padre se fijó en las perneras mojadas y en los restos de barro que iba dejando en la alfombra. Sabía que habría espoleado la montura hasta la extenuación. No le dio importancia. La suciedad de una alfombra se limpia, la del alma no.

—¿Me quieres decir cómo ha llevado todo esto? ¿Cómo afronta la falta del pequeño? —inquirió, parándose y clavando los ojos en el rostro envejecido, pero todavía atractivo y galante.

Brandon padre, no contestó al momento. Sin dejar de mirar a su hijo, juntó sus largos dedos en pirámide y se golpeó suavemente la nariz, viendo cómo el hijo hacía esfuerzos por no perder la paciencia. Nunca lo había visto así; por una mujer, nunca.

—Pues la verdad, si te soy sincero, no he conocido a una mujer tan fuerte como ella. Permaneció al lado del pequeño, desde el principio hasta el fin. Ella lo hizo todo. Hasta amortajó el cuerpecito, mientras se le caían lágrimas como el puño, pero no dejó que lo hiciese nadie. En el entierro, tuvo tanta entereza que me dio una pena horrible, porque a pesar de ello, estaba sola, muy sola, y eso que todos la rodeábamos y Catherine cogió su mano todo el tiempo, para que no se sintiese tan triste. Que supiera que tenía una familia, que todos la apoyábamos y la acompañábamos en la pena. Entonces

creía que era la viuda de mi hijo. —El hijo mayor intuyó en ese momento que algo andaba mal, que pronto vendría algo desagradable. Que el padre le iba a comunicar algo que no le iba a gustar.

—¿Cuándo te lo dijo? —Ya estaba en guardia, esperando. Algo no cuadraba y las tripas le decían que las cosas no iban por buen camino, por el camino que él había trazado. Que todo se estaba yendo al carajo.

—Antes de irse. —Brandon padre vio el cambio en el rostro del hijo y supo con total certeza que sentía algo por ella. Conocía a su hijo tan bien, que a veces sabía con antelación cómo iba a actuar.

A veces.

—¿Se ha marchado? —preguntó con demasiada calma y sin quitar la mirada del progenitor.

Esos ojos tan parecidos, pero, sin embargo, tan diferentes; pues eran más fríos cuando se ponía serio y más todavía, cuando se enfadaba; y peor cuando no controlaba la situación, cuando las cosas se le iban de las manos, como en ese momento, mostrando la dureza en ese rostro oscuro, bello, pero muy masculino.

El atractivo del padre era más relajado, menos complicado.

—Sí. A los dos días del entierro, vino aquí, temprano, para decirme quién era y despedirse. Cogió un barco y se fue a San Francisco, con idea de coger el primer tren que saliera para la costa Este. —Los dientes de Brandon se apretaron con fuerza y durante unos segundos no dijo nada.

Con ritmo pausado, volvió al asiento y acomodó su largo y tenso cuerpo, sabiendo que su padre no dejaba de observarlo, analizando cada gesto, cada movimiento y en ese momento, la ausencia de palabras. Ya no llevaba barba, pero su cuadrada mandíbula presentaba el aspecto de varios días sin rasurar. Las patillas, largas en forma de hacha, necesitaban un repaso.

Soltó el aire que había estado conteniendo y frotó con rabia, con esa mano grande y bronceada, el oscuro y rasposo maxilar, intentando controlar su furia.

—¿Se puede saber por qué la dejaste ir, por qué demonios dejaste que se fuera?, joder, solo tiene diecinueve años, diecinueve años, padre, es más joven que Catherine. A pesar de esa fortaleza que dices, es débil, me cago en la puta —hablaba para el padre, hablaba para sí mismo, pero el padre supo muchas cosas en ese momento. Conocía muy bien a su hijo, reconocía el temperamento de su padre en él, la sangre comanche recorriendo sus venas... incluso algunas cosas de la madre, de su amor; y podía decir muy alto,

aunque no lo haría, que esas expresiones en su hijo, ese gesto de dolor, no lo había visto ni cuando Sophie tuvo los abortos, ni cuando un negocio salía mal... solo cuando era pequeño, cuando su mujer le hacía el vacío, cuando no se sentía querido y, sobre todo, cuando estaba solo y no sabía que el padre lo observaba.

—Te diré una cosa. Esa muchacha, tendrá diecinueve años, pero tiene las cosas muy claras, y una de ellas, era que no quería seguir viviendo aquí. Para nada, y eso que le ofrecí casa propia, ayudarla a montar un negocio, lo que ella quisiera. Pero dijo que no, que se iba al Este, que era allí donde quería estar, de donde procedo, dijo. No sé qué me ocultas, Brandon, y si no lo quieres decir, estás en tu derecho, pero ella quería irse y se fue. Y yo no soy quién para impedirselo, se llame Jennifer o Julia. —Brandon dejó vagar la vista a través de la ventana, contemplando el jardín interior durante unos minutos, cómo la lluvia castigaba las plantas y los árboles; igual de castigado que él se sentía. Sin hablar, sin mirar a su padre, oyendo la respiración de ambos y el sonido de la lluvia en el exterior.

Después carraspeó, pero sin mirarlo y con la vista perdida, con el recuerdo de esa cara preciosa, de esos ojos exóticos, esa boca maravillosa y ese cuerpo sinuoso.

—¿Le diste dinero? —la voz pareció salir de las cavernas, de lo más profundo de su garganta, sintiéndose como nunca se había sentido. Una mezcla de dolor, traición, engaño... la muy puta le había hecho creer que le iba a esperar, para hablar, para escucharle... qué necio has sido, qué creído te lo tenías, pensando que esta niña era igual que todas las mujeres que has probado.

Tenía unas ganas terribles de golpear algo, lo que fuera. De destrozarse los nudillos, de notar la sangre, su olor y su visión, pero sabía que eso no servía para nada. Has perdido, pedazo de imbécil, has perdido lo que tan creído tenías ganado. No la has tenido nunca, cabrón, nunca. Dejaste su virginidad intacta, porque ella te lo pidió, no porque tú quisieras, grandísimo hijo de la gran puta. Te has dejado manipular, creyendo que eras tú el que manejabas los hilos, payaso de mierda. Pero nunca fue así. Ella marcó los pasos de baile y tú, bailaste a su alrededor.

—Sí, por supuesto. Aunque te diré que costó que aceptara. Me dijo que no lo necesitaba, que todavía tenía la mayor parte del dinero que le hiciste llegar con el abogado de Nueva York. Tuve que amenazarla con no dejarla salir de aquí, si no cogía el dinero. —El hijo movió la cabeza, mientras seguía

mirando la lluvia y su mente estaba más lejos todavía.

—Siempre tan orgullosa. Orgullosa y valiente. Es inteligente y dura. Pudo aprovecharse de su situación y no lo hizo en ningún momento —murmuró, al tiempo que se levantaba y miraba a su padre desde su considerable altura—. Bueno, esa ha sido su decisión, ¿no? Como tú bien dices, no podemos forzar a nadie, no estamos en la puta época de la esclavitud. Porque si fuese así, la habría encadenado a la pata de la cama, pero ella ha decidido, ella ha elegido. Pues que así sea —las palabras eran amargas, cargadas de rencor, de dolor.

El padre no quiso preguntar, no quiso indagar por qué su hijo de la noche a la mañana era partidario de la esclavitud, al menos para esa muchacha; no quiso meter el dedo en la llaga. Pero bien sabía que había encontrado algo que no sabía que existiera, es más, creía que Brandon no era consciente de que esa furia que sentía, ese dolor que traslucían sus palabras, solo lo producía el amor. Y esa furia se agranda cuando ese amor lo has perdido, pero, sobre todo, cuando te das cuenta de lo que está pasando, cuando eres consciente de que no eres una isla, de que las cosas o las personas, no te resbalan como si fuese agua, de que puedes ser vulnerable por alguien.

—¿No quieres hablar?, ¿no quieres contarme qué es lo que ocurre? —Padre e hijo se miraron. Los ojos azules de ambos se sondearon y una sonrisa torcida, cínica y atractiva a su pesar, se dibujó en el rostro del joven.

Al ver ese gesto, ya supo la contestación.

Volvía a ser el hombre frío y duro de siempre.

—No tengo nada qué contar, padre. Nada. —Volvía a ser el de siempre, o al menos quería parecerlo—. Dime, ¿dónde está enterrado? —preguntó, sabiendo la respuesta.

—En nuestro panteón, por supuesto. Se ha hecho la inscripción en la lápida de tu hermano. —Brandon asintió brevemente.

El abuelo y la abuela india, padres de Brandon senior, estaban enterrados en Oregón, la amada esposa también, pero en el valle de Sacramento, no lejos de la casa del rancho estaba su propio cementerio, rodeado de sauces, magnolios y viejos robles, donde estaban enterrados los padres de Suzanne, sus hermanos, y una lápida recordando a Jeremy. En la misma se había añadido el nombre del pequeño, la fecha de nacimiento y la de su muerte. Y por deseo de la que entonces creían madre, las palabras: *siempre en mi corazón*.

Quién les iba a decir a los Cooper que, en ese lugar, en esa tumba vacía, encontraría el descanso eterno un bebé, el hijo del hijo amado.

—Bien, ya nos veremos en el rancho —se despidió yendo hacia la puerta. La voz de su padre le detuvo.

—¿Y tu esposa, cómo está? —Brandon, con la mano en la manivela, no se volvió.

Contestó un, supongo que bien, y salió de la habitación, deseando estar fuera, deseando respirar aire fresco y seguir mojándose como un perro abandonado, pero, sobre todo, deseando matar a alguien y deseando, desde lo más hondo de su ser, quitarse la imagen de esa mujer.

Cuando a los dos días volvió a San Francisco, se puso en contacto con el abogado de Nueva York. Tuvo contestación a los cinco días y el telegrama decía: *sin noticias stop la amiga no sabe nada stop espero órdenes stop*. Pero esas órdenes no llegaron. Ella había elegido y él no iba a ir en su busca. No iba a correr tras ella, no iba a gastar dinero y esfuerzos en localizarla, no iba a ir detrás de una mujer porque no lo había hecho nunca, aunque sintiese el vacío más grande.

Los meses pasaron y en esos momentos que pateaba las calles en dirección a los muelles, esquivando a los transeúntes, cruzando calles por las que avanzaban los tranvías eléctricos, queriendo olvidar ese episodio, pensó que había mucha humedad en el ambiente y que para estar en el mes de junio hacía un calor sofocante, impropio de la ciudad, ya que el clima de San Francisco era agradable y benigno, si se obviaba ese viento que podía aparecer en cualquier época del año. Llovería y el ambiente refrescaría y cuanto antes mejor, o su carácter se pondría peor y estallaría en menos que canta un gallo, con cualquier nimiedad.

Contrólate hombre y piensa en la fiesta a la que vas a acudir esta noche, piensa en todas esas bellezas a las que te vas a tirar y cuál elegirás para que su boca rodee tu polla. Doblando la esquina del edificio donde tenía los almacenes y las oficinas, oliendo el mar y con esos perversos pensamientos en la cabeza intentando hacer desaparecer los otros, notó la agradable brisa marina y casi se alegró, hasta chocar con el chino, o el chino con él.

—Maldita sea, Lín Yu. ¿Por qué cojones no miras por dónde vas? —El oriental sonrió mirando a su jefe.

Para ser chino era alto, no tanto como Brandon, pues pocos le igualaban, pero no se veía muy forzado a echar la cabeza hacia atrás y elevar la mirada para que esos ojos azules lo analizaran meticulosamente, y eso era mucho, de

modo que se separó sin prisas, pero sin pausa, guardando las distancias y de esa forma, no elevó los ojos en exceso, como hacía el resto de los mortales. Clavado enfrente de Brandon, lo miró con la misma sonrisa que no se había borrado de su amable rostro, aun sabiendo que su jefe estaba enfadado como todos los días y que lo mandaría a paseo o algo peor.

—¿Qué cojones te pasa? ¿Vas a echar raíces, o quieres que te quite de en medio con un puñetazo? —La sonrisa se hizo más grande, pues sabía que su jefe no hablaba en serio; no podía controlar ese carácter endemoniado que siempre había tenido y que desde que la preciosa señorita pelirroja los abandonó, era más endemoniado todavía, si es que eso era posible. Ese humor de perros que lo embargaba día sí y día también, hacía que trabajase sin parar, sin tomar un descanso, solo para acudir a esos sitios donde hacían fiestas privadas, fiestas para hacer todo lo que estaba prohibido, para consumir placeres ocultos, para hacer cosas que ni en un prostíbulo se hacían, pues partiendo de la base que en los burdeles había putas y en las fiestas privadas, eran las esposas de otros, todo se desmadraba por fuerza natural. Y el oriental sabía, que acudía a esas fiestas para desfogar, para llenar espacios vacíos, porque él no se podía pervertir más, pues ya lo había probado todo y lo que de verdad había deseado, querido, no lo tenía a su alcance. Pero es que nada lo ponía contento, ni tan siquiera los múltiples negocios que no dejaban de darle beneficios, ni tan siquiera el proyecto de un nuevo edificio o mansión, o la construcción de un nuevo barco para la red del transporte marítimo, nada de nada. Y ahora, lo que tenía que decirle, no estaba seguro si le gustaría o, por el contrario, lo enfadaría más de lo que estaba.

¿Más?

Imposible, pensó Lín Yu.

—Tengo que hablar con usted. Tal vez no sea importante, o tal vez sí. Tal vez sea muy importante, o tal vez no, quién puede saberlo. —Brandon, sabiendo cómo era y cómo se expresaba, no le dio importancia y le indicó con un gesto de cabeza que se moviera y los dos anduvieron a la par, para entrar en el interior del fresco edificio.

—¿Ha visto el correo de hoy? —preguntó sin más.

—Vengo de casa, no he pasado por las oficinas. —Se referían a las de la ciudad, donde trabajaban varios contables y secretarios, donde tenía el estudio de arquitectura y los delineantes trabajaban dando forma a lo que él imaginaba, donde dejaban el correo para que los empleados lo abrieran,

leyeran y archivaran, a no ser que la palabra confidencial o personal, figurase en una esquina del sobre, siendo Brandon el que abriría esa correspondencia.

—Entonces no sabemos si ha recibido algo confidencial —fueron las palabras del chino, haciendo que Brandon se parase en seco y mirase a su empleado más fiel.

La escrutadora mirada azul, quiso penetrar en ese cerebro, pero sabía que ello era imposible; con un gesto de cabeza subieron las escaleras, el jefe primero y detrás el oriental. Entraron directamente en el despacho, después de pasar por la gran sala, saludando a todo el que se iban encontrando y a los que trabajaban en las mesas. Como Lín Yu llevaba tanto tiempo con Cooper, nadie se extrañaba de verlo, solo o acompañando al jefe; su alta y fuerte figura, envuelta en bastas vestimentas chinas y su larga trenza, formaban parte de las empresas Cooper y todos, todos sin excepción, lo respetaban. La mayoría sabían que tenía una vivienda en Chinatown, encima de una tienda de comida, que regentaba un matrimonio chino, amigos de Lín Yu, que también vivían encima, pero lo que la mayoría no sabían era que no solo la tienda, sino todo el edificio eran de él, pues a lo largo de todos los años que llevaba con Cooper, su trabajo y su fidelidad habían sido muy bien remuneradas, adquiriendo el edificio unos años atrás y montando la tienda de alimentos para que sus amigos la llevaran por unos buenos sueldos y pingües beneficios a final de año. El edificio tenía cuatro plantas y en la tercera y cuarta, las viviendas estaban alquiladas, cuatro por planta, de modo que por ahí también cogía rentas; pero a pesar de ello, jamás se le pasó por la cabeza abandonar a Cooper. Aparte de que les unía un lazo invisible, las mafias chinas no se inmiscuían en sus negocios, ni alteraban la vida del matrimonio chino, pues sabían de los contactos de Cooper, de su poder y sobre todo de su mal carácter, de esa manera, el chino vivía entre las dos culturas de la manera más natural, seguía trabajando para Cooper, pero viviendo en su casa y teniendo su independencia, sin contar que a la señora Cooper no le agradaba mucho tenerlo cerca, y él lo sabía.

Una vez dentro, Brandon abrió una de las ventanas y agradeció la tenue brisa, seguidamente se acercó a la bandeja de las bebidas y llenó un gran vaso de agua bebiéndoselo de un trago. Se acomodó en el sillón giratorio de su escritorio y esperó a que Lín Yu lo hiciera enfrente, cosa que solo hacía cuando estaban solos, sin testigos, porque al hombre no le gustaba que luego la gente dijera que se tomaba muchas confianzas, aunque, por otro lado, sabía de sobra que a Cooper le guardaba el bulto todo el mundo, pero, aun así, Lín

Yu actuaba de una forma y era inamovible.

—A ver, tengo mucha curiosidad —dijo Brandon, medio en broma, medio en serio. Ya casi tenía olvidada la discusión con Sophie y el humor podía mejorar algo, no mucho, solo algo—. Suelta por esa boca, amigo.

—Su suegro y sus amigos —fueron las primeras palabras, y esas palabras captaron su atención al momento—, han recibido unas cartas. Y no solo ellos, por lo visto deben tener cartas varios señores de la ciudad, así como de Sacramento, San Joaquín y tal vez de más sitios y de otros estados. —Los astutos ojos azules miraron al hombre que lo acompañaba desde antes de encontrar la mina del abuelo. Era la persona más fiel, en la que podía confiar plenamente. Y era astuto e inteligente como pocos. De modo, que sin saber a dónde iba a parar, puso toda su atención.

—¿De qué cartas hablas, Lín Yu? ¿Por qué no comienzas desde el principio?, estoy seguro de que esto tiene un principio y tú lo sabes al dedillo. —El oriental movió la cabeza varias veces, lentamente. Sonriendo.

—Sí, señor Cooper. —Malo, pensó Brandon. Cuando lo llamaba señor Cooper en lugar de jefe, algo importante estaba pasando, algo importante tenía qué decirle—. Parece ser que han recibido cartas del burdel de madame Berry. —La carcajada retumbó por las paredes de ese despacho austero y práctico, nada lujoso, nada que ver con el del centro de la ciudad; un despacho para recibir a personas importantes, para hacer negocios a lo grande, donde no faltaba ningún detalle, pero en este, el de Marina, como todos lo llamaban, era para trabajar exclusivamente, nada de visitas superfluas, ni de pérdidas de tiempo hablando del último chismorreos o apareciendo alguien de la familia de su mujer para hacerle perder el tiempo, incluida ella.

La mirada de Brandon lo taladró, qué demonios iría a decirle, qué comadreos habría oído, de putas, celestinas o vete tú a saber. Pero no, Lín Yu no perdía el tiempo en chismorreos de esa índole. Aun así, no lo dijo y lo que sus labios pronunciaron fue una parrafada sobre lo que pensaba en esos momentos, pero esperando, esperando...

—¿Eso es tan importante?, por Dios Lin Yu, me importa unos cojones que mi suegro y sus amigos se vayan de putas; o que madame Berry le haga llegar unas invitaciones. Seguramente habrá traído putas nuevas y está promocionándolas, y seguramente, como tú bien imaginas, tendré también una de esas cartas. No sería la primera, ni la última.

—Seguramente, señor Cooper, seguramente será lo que usted dice —

algo en la forma de hablar del chino, hizo que lo mirase fijamente y que se le quitara la sonrisa de una.

La espera llegaba a su fin.

—¡Venga, habla y suelta lo que sabes! No me toques los cojones con acertijos.

—¿Comienzo desde el principio? —fue la pregunta hecha con cierta condescendencia, lo que hizo que Brandon se pusiera más alerta, pues sabía que al hombre le daba igual el vocabulario que emplease; de hecho, le traía al fresco la cantidad de tacos que soltase por la boca, pues, a fin de cuentas, después de su padre y el difunto abuelo, el chino era el que mejor lo conocía y no le inmutaba lo más mínimo, todo el repertorio de tacos y blasfemias que podía soltar en cualquier momento.

Armándose de paciencia y moviendo una mano en el aire dándole paso teatralmente, le alentó.

—Por favor, me tienes en ascuas. —El oriental movió varias veces la cabeza, pensando que cuando escuchara lo que tenía que decir, se le iban a quitar de una, todas las ironías y cinismo al que era tan dado su jefe.

—Usted sabe, que tengo un compatriota que trabaja en el club donde usted va, donde van sus amistades y su suegro y amigos también. —No esperó contestación, ya que no quería enfadarlo más, y continuó hablando y captando su atención.

El amigo de Lín Yu trabajaba en el lujoso club desde hacía varios años, normalmente estaba en las cocinas, pero apareció por uno de los salones porque se había caído una licorera y los cristales esparcidos por el suelo podían dañar las suelas de los zapatos de cualquiera. El hombre, bastante más mayor que Lín Yu, permanecía arrodillado en el suelo, mientras recogía los trocitos de cristal con una escobilla de rabo corto y un recogedor, mirando y remirando por debajo del mueble y sus alrededores, ralentizando el trabajo para oír la conversación, para no perder ni una de las palabras que se estaban diciendo, pues consideró que ese coloquio entre esos adinerados caballeros, era de lo más interesante.

—Maldita sea —fue la voz del suegro de Brandon, la que dijo entre sonrisas y tragos de licor—, aun me acuerdo de la última.

—Ya lo creo —añadió uno de sus amigos—. No llegaste a ir, ¿no? Una cagalera o algo así —soltó entre risas y todos le acompañaron. Henry no se molestó, pues sus amigos eran uña y carne, sabiéndolo todo de él. O casi.

—Vaya que sí. Y mira que tenía ganas. Me apetecía tirarme a una

virgen, como beber agua en el desierto. Además, si alguien hubiera pujado más que yo, daba igual, con las chicas tan bonitas que tiene Berry, te follas a cualquiera de esas preciosas nenas y te quedas en la gloria. Te dura la felicidad varios días, incluso semanas si te han hecho una buena mamada. ¡Ah!, en este momento siento una añoranza extrema —terminó llevándose otra vez el vaso a los labios.

—Eso es cierto —apostilló otro—. Guapas y sobre todo limpias. Pero —añadió frotándose la frondosa barba gris que lucía y mirando a cada uno de sus amigos—, si no recuerdo mal, esa puja comenzó en trescientos dólares, pero esta, por todos los infiernos, es a partir de mil. Mil dólares —fue la voz de Henry, la que volvió a intervenir.

—Estoy seguro de que tiene que ser una maravilla para esa salida. Seguro. Y me juego lo que sea, a que los pelitos del chochito serán rojos como ese mechón que manda Berry. —Sonriendo, volvió a mojarse los labios.

—Entonces, ¿vas a ir? —preguntó el de la barba. La sonrisa de Henry fue grande, enseñando todos los dientes.

—No lo dudes, amigo. Estaré allí y si no puedo llevarme el premio, porque se salga de lo que tengo pensado, me cogeré a una de las chicas y haré que me la chupe hasta que me deje seco y feliz, hasta que no pueda más.

—¿Quién, ella o tú? —fue la pregunta hecha por otro. Las carcajadas de los hombres se unieron, mientras la imagen de la felación se dibujó en cada cabeza, siendo cada uno el receptor de esa cochinateda, que jamás se atreverían pedir a la esposa.

—He visto a Joshua Turner —dijo el de la barba—. ¿Habrás recibido la carta?

—Seguro —contestó Henry—. Turner es cliente. Siempre que ha estado por aquí, acude al burdel de Berry. Le gustan las putas, aunque en el pasado fuese de esposo ejemplar. Ya lo creo que le gusta una buena puta que sepa follar, que se deje penetrar por todos los sitios y que sepa utilizar la lengua, igual o mejor que el coño. Y seguro que mi yerno también estará invitado, aunque jamás ha pujado por una virgen. Total, ¿para qué?, tiene todas las que quiere el cabrón —fue en ese momento cuando el empleado chino había barrido toda la zona y su jefe salió para ver si estaba todo en orden.

Desapareció de la lujosa sala, oyendo las risas de los amigos, mezclada con las conversaciones de otros socios que dejaban pasar el tiempo hasta que llegara la hora de ir a sus hogares, con sus familias.

Brando no dejó de mirar a Lín Yu. Su rostro no mostraba nada, ni cinismo, ni enfado, ni curiosidad... nada de nada. Cuando dijo lo del mechón rojo, tampoco demostró nada, pero a la mente le vino la imagen de la frondosa melena y cómo no, los rizos rojos oscuros entre esos muslos tersos, firmes, largos y suaves.

—¿Cuándo fue esa conversación? —la pregunta sonó grave, pero sin emoción.

—Ayer. —El chino no quitaba la vista del hombre y sabía lo que estaba pensando, a pesar de la ausencia de gestos.

—Bien, pues como dice mi suegro, la invitación debe haber llegado o estará a punto; porque no creo que se haya extraviado, y veré lo que dice. —Dejó de hablar y sin dejar de mirar a su empleado y amigo, esperó.

—Sí —fue la escueta expresión, mientras seguía con la mirada clavada en Cooper y este en él.

—¿Qué?, ¿qué cojones piensas? No, no me lo digas, creo que lo estoy adivinando. —No continuó, esperando las palabras del chino.

Este carraspeó y se dispuso a dar su opinión, aún a riesgo de que el jefe se enfadase más de lo que estaba.

—Yo no soy adivino —menos mal, dijo Brandon—, pero creo que habría que investigar. El abogado dijo que la señorita no está en Nueva York, que esa amiga no sabe nada de ella, que la última carta que recibió estaba sellada en Sacramento y desde entonces nada de nada. —Calló y no quiso decir nada más.

Como que él habría jurado ante la Biblia de los cristianos, que la muchacha que había conocido no sería virgen, pues siempre pensó que el señor Cooper se la había beneficiado; pero teniendo en cuenta que cosas más raras había visto, otro pensamiento había anidado en su cabeza unas semanas antes, y era, que tal vez, el señor Cooper se había dedicado a jugar con ella sin llegar al final, como el perro de caza que juega con su presa pero sin llegar a matarla, y por ese motivo, estaba más encabronado desde que había desaparecido y especialmente, desde que Wells comunicó que no estaba en el Este.

—¿Estás insinuando que pueda estar en un burdel y que la van a subastar como si de cualquier puta se tratara?, vamos Lín Yu. Seguramente estará casada con algún petimetre y con probabilidad se habrá comunicado con la amiga y le habrá dicho que no diga nada. Estará viviendo en algún pueblucho del Este, o puede que, en el medio oeste, y hasta es posible que

esté esperando un hijo —soltó de una, sin creerse sus palabras, para levantarse y ponerse otro vaso de agua, que no de alcohol, pues quería tener la mente clara y lúcida, ante algo que solo sería una coincidencia, seguro.

—Ahora el adivino es usted —fue el comentario del oriental, pero dicho con calma y con un tono neutral, incluso apaciguador.

Brandon se giró, apoyó la cadera en el mueble y sin dejar de mirarlo, permaneció en silencio. Después de varios minutos y de beberse el agua despacio, a pequeños sorbos, habló.

—Tengo que leer la carta, invitación o lo que sea. Y si no la he recibido, hay que conseguir una. ¿Está claro?

—Sí, jefe. Como el agua. Y si quiere, yo se la puedo dar ahora mismo. —El rostro de Brandon no mostró sorpresa ante esa afirmación, y viendo cómo su hombre de confianza sacaba un sobre del bolsillo escondido en esa túnica marrón de basto algodón que usaba, no pestañeó ni una sola vez, hasta que le entregó el sobre, con mucha parsimonia.

Brandon se tuvo que contener para no arrancársela de la mano, considerando estúpida la idea que Lín Yu le había metido en la cabeza.

—¿De quién es? —la pregunta se hizo antes de que los largos y fuertes dedos, cogieran la carta y vieran el nombre del destinatario.

Lín Yu no perdía de vista a su jefe, sabiendo que la semilla que había plantado estaba germinando.

—De su suegro. Se quedó entre el cojín, en la zona del reposabrazos. Mi amigo la encontró cuando sacudía los sillones y cayó al suelo. En un principio se la iba a dar al mayordomo, pero se lo pensó mejor y me la entregó. Ya sabe que se gana algunas monedas contándome cosas que la mayor parte de las veces no sirven para nada.

El silencio imperó y Brandon miró el sobre desde todos los ángulos. Color azul celeste, con una flor pintada en la esquina superior izquierda, un aro rojo o flor de primavera, le pareció a Brandon, y debajo, en oblicuo, la palabra personal escrita con pulcra y bonita caligrafía. El nombre de su suegro y la dirección del estudio de arquitectura que poseía; nada de direcciones personales, de viviendas, donde esposas curiosas pudieran ver y adivinar. Porque solamente el sobre ya decía que era de mujer, que era femenino y aunque en el remite pusiera: *Berry & Company*, seguramente la tentación y la curiosidad, sería demasiado fuerte como para no mirar el interior, sin olvidar que más de una dama había oído hablar de madame Berry y su lujoso salón a unos cuantos kilómetros al sur de San Francisco, cerca del

océano Pacífico. Además, ¿desde cuándo una empresa imprimía flores en los sobres de la correspondencia y los impregnaba con un ligero perfume?

Los dedos se movieron ágiles y rápidos y al levantar la solapa y sacar la cuartilla, el rizo rojo calló lentamente, zigzagueando, para posarse sobre el suelo desnudo. La mirada azul lo miró hipnotizado, se agachó y lo cogió con el índice y el pulgar, viendo que estaba atado con una estrecha cinta de raso, color rosa, haciendo más llamativo el mechón. ¿No decían que una pelirroja no debía vestir de rosa?, ¿o era de naranja? Qué más daba, pues el lazo de raso decía lo contrario, porque los ojos se fijaban en el contraste para quedar clavados en el grueso rizo rojo oscuro, pero lo que hizo que su mandíbula se tensara, fue ver los hilos de cobre.

Dejó el mechón sobre la mesa y miró a Lín Yu, pero no dijo ni una palabra, sabiendo que estaban pensando lo mismo. Desdobló la carta y sus ojos recorrieron las palabras. Deprisa al principio, más lentamente después. La caligrafía perfecta, grande, elaborada, con terminaciones rizadas; daban cuenta de exquisitez y elegancia; pero la realidad era otra, pues su finalidad era captar la atención del cliente y que cada una de las palabras escritas, penetraran dentro de cada cerebro, que todo quedara claro como el agua, desde la mercancía que se ofrecía, hasta el último detalle de las condiciones de venta.

«Es de mi agrado escribirle esta carta, esta invitación para ser más exactos, puesto que a esta subasta no puede acceder cualquier caballero. Solo unos cuantos, los más selectos y por supuesto... los más ricos. Sus ojos no podrán creer lo que van a ver, la mujer más hermosa que haya visto en mucho tiempo, tal vez, no vuelva a ver algo así, aunque viva muchos años. El rostro más perfecto, exótico y hermoso, y el cuerpo más sinuoso, sensual, concupiscente y erótico.

Puede pensar que exagero, puede pensar que añado atributos de más para justificar la salida de puja, pero de ningún modo no hay ni un ápice de exceso, nada de fantasía, en todo caso, sería la fantasía de cualquier hombre hecha realidad; pero teniendo en cuenta a lo que me dedico y sabiendo los años que llevo en el negocio, puedo decirle que yo, jamás he visto tal perfección. Ni pechos tan rotundos y exuberantes, que no necesitan corsés para subirlos, tan solo las grandes manos de un hombre para acariciarlos, para estrujarlos, coronados con unos pezones rosados creados para el placer, para lamerlos con ganas, para chuparlos con ansia; ni piernas tan largas, tersas y firmes, para rodear las caderas de un hombre, para hacer que penetre hasta el

fondo y llevarlo al delirio; ni nalgas tan respingonas, plenas de carne prieta para que las manos masculinas, tal vez las suyas, las pellizquen, las azoten, las acaricien, para que juegue con esos golosos glúteos y coloque su miembro entre ellos y algo más, lo que guste, lo que le apetezca, lo que su mente perversa desee, y por supuesto, no verá otro jardín más rojo, con una vulva tierna, sonrosada y jugosa, dispuesta a dejarse penetrar llevándose la virginidad y una vez cumplido ese requisito, ya puede pensar en jugar con ella, de todas las maneras posibles, recuerde lo de la mente perversa, todas las veces que su cuerpo aguante, porque durante toda esa noche será dueño de esa belleza para hacer con ella lo que le dé la gana, lo que se le antoje, lo que su imaginación y su cuerpo... esté dispuesto a pedir y a soportar. Porque tal vez, solo tal vez, usted no pueda estar a la altura de semejante belleza y la noche tenga que darle respiros para poder seguir disfrutando de tanto derroche de sensualidad. No exagero, se lo prometo. Solo expongo una realidad.

La puja será a partir de mil dólares y subirá de cien en cien; tal vez piense que es excesivo, si es así, ni se lo plantee. No venga. Será perder el tiempo. Si, por el contrario, piensa que puede merecer la pena, que una mujer como la que yo tengo es algo que no se ve, ni se verá en mucho tiempo... venga, no se lo pierda, y por favor, traiga dólares contantes y sonantes, nada de pagarés, solo efectivo. Ya sabe, son siempre las mismas normas. No cambiamos.

Todo aquel que quiera participar, deberá dejar en depósito la cantidad de mil dólares, que le serán devueltos si no se hace con el premio, después de ser descontados (naturalmente), de los servicios que hayan requerido (bebidas y/o chicas).

Espero verle por mi humilde casa, señor Watson, y si es así, deseo que, aunque no se lleve el premio, disfrute con las otras golosinas que adornan esta sencilla morada y que siempre están dispuestas a satisfacer cualquier deseo, de cualquier índole.

Atentamente, Berry».

Las manos de Brandon plegaron la cuartilla con lentitud, sin dejar de mirar el papel celeste, la introdujo en el sobre y la guardó en un cajón de la mesa. Mirando a Lín Yu, le ordenó que fuera a las oficinas del centro, comprobara el correo y si había una similar, la trajera inmediatamente. El chino salió disparado, cerrando la puerta con suavidad, mientras la profunda mirada azul permanecía estática. Unos segundos más tarde, dirigió su cuerpo

hasta la ventana abierta y respiró el aire del mar, una agradable brisa que mejoraba el día y reflejaba realmente cómo era el tiempo en esa ciudad. Una fresca brisa, que podía ponerle a uno de buen humor; a uno, pero no a él. Su mente daba vueltas y más vueltas a lo leído y a sus oscuros pensamientos, mientras veía a Lín Yu subir al cupé y el cochero obedecía sus órdenes. ¿Cuándo fue la última vez que estuvo en el burdel de madame Berry?, pensó haciendo memoria; no necesitó mucho tiempo, al poco de llegar a Sacramento con la muchacha. Sí, se folló a una rubia rojiza, tetona, de hecho, no recordaba su rostro, solo las enormes tetas y sus carnes rollizas, pero sí recordaba que se la chupó con ganas, con maestría, jugó con sus tetas y se volvió a correr entre ellas después de otra mamada y un rato más tarde, se la folló. Y durante todo ese tiempo, solo pensó en la pelirroja que vivía en casa de su padre, en todo lo que le había hecho, en todo lo que le había enseñado.

Berry estuvo tan amable y negociante como siempre. Para que estuviera como en casa, le agasajó con el mejor whisky escocés, nada de los matarratas que te servían en la mayoría de los salones de juego, tabernas o burdeles del oeste; porque la madame sabía muy bien a quién tenía que darle lo mejor y sin cobrar, ya que al final, Brandon dejaba una propina que superaba con creces lo que se había bebido. Sí, Berry sabía que él era uno de los hombres más ricos del país y que en más de una ocasión, le llevaba clientes, que esa vez pagaba él, ya que los invitaba, pero que más tarde o más temprano, volvían solos o acompañados por otros, para beber y follar. Y a esa mujer, madura, que seguramente fue prostituta en sus tiempos jóvenes, lo que más apreciaba era los clientes con dinero y teniendo reservado el derecho de admisión, gracias a cuatro hombres negros enormes que actuaban como guardianes del local, solo admitía a los mejores; los muy ricos y los ricos a secas, sin olvidar que en este grupo podían entrar jueces, políticos, médicos, abogados, arquitectos, etc. Y solo entraba uno de menor alcurnia, si iba acompañado por otro de los anteriores.

Se le pasaron muchas cosas por la cabeza y cuanto más rumiaba, de peor humor se ponía. Si había recibido una invitación, tendría que verla, a ver si era una copia de la que había leído. Dejó de mirar por la ventana y se acomodó en la mesa para mirar los registros de las mercancías que iban a salir y de las que iban a entrar. Barcos propios llevaban frutas y hortalizas a lo largo de la costa, llegaban hasta Alaska pasando por Newport, Astoria, a veces Portland, Seattle y volvían a San Francisco con más mercancía, desde ostras y mariscos, fresas o setas de Newport, hasta salmón de Portland,

bacalao de Alaska o madera de los bosques de Oregón o del estado de Washington, también bajaban hasta el sur de México, incluso se adentraban en alta mar hasta las islas Fiji o Hawái. Tenía negocios tan diversos que asustaba. Muchos opinaban que era un loco, que arriesgaba demasiado, otros decían que tenía una mente prodigiosa y que olía un negocio a la primera, antes que nadie, otros pensaban que había tenido mucha suerte descubriendo la mina que, si no fuese así, otro gallo cantaría, pero lo cierto era que tenía los pies sobre la tierra y sabía muy bien lo que hacía. El riesgo siempre estaba ahí, las cosas podían torcerse, para cualquiera, pero su ímpetu, su genio y sobre todo su inteligencia, no le permitían estar ocioso, ni conformarse con un solo negocio, ni dedicarse a proyectos de edificios solamente, eso era aburrido una vez que ya había construido el hotel y los edificios de Chicago, sin olvidar las mansiones de California.

Comprobó todas las cargas salientes, todo lo que se esperaba de vuelta, lo que entraría dentro de unas horas y lo que iba a salir un poco más tarde; pero a pesar de llenar su cabeza de números, de hacer cuentas de beneficios y de gastos, de entradas y salidas, no dejó de pensar en la maldita invitación. De tener presente a la hermosa pelirroja, pareciéndole imposible que algo así fuese cierto. Cómo una mujer como ella iba a vender su virginidad en un puto burdel, si cualquier hombre que se le acercase, aparte de querer follársela, se la querría quedar para él y la mejor manera era casándose. Cuando terminó con los libros, bajó al muelle y estuvo hablando con el capitán de uno de sus barcos, el Hawksmoor, una goleta de tres mástiles, nuevecita, pues solo había hecho tres viajes. El nombre era el apellido de soltera de su madre, el primer barco que tuvo, que todavía tenía, se llamaba Jean, el nombre de su madre. No había ninguno que se llamara Sophie, no se le pasó por la cabeza en ningún momento, ni tan siquiera cuando estaban recién casados. Nombres como: Oregón, California o El Dorado, eran más adecuados que el de la esposa.

Cuando Lín Yu estuvo de regreso, volvía a estar en el despacho y escuchó la llamada discreta y la puerta que se abría sin esperar contestación. El chino se encontró con su jefe de pie, con los brazos extendidos y las palmas de las manos apoyadas en la mesa mirando los planos del nuevo barco que iban a construir en un astillero de Eureka. Brandon, al verlo, no quiso impacientarse y no habló, no preguntó, simplemente dejó de lado los planos y fijó esa mirada penetrante en el empleado. No hubo palabras, no eran necesarias, simplemente Lín Yu volvió a sacar otro sobre de su bolsillo

escondido y se lo entregó.

—Ha llegado esta mañana —le dijo, dirigiéndose a la puerta para salir del despacho y dejarlo solo.

—Siéntate —fue la orden seca y brusca.

Lín Yu, sin molestarse, obedeció. Su jefe era así, se dijo por centésima vez esa semana, mientras veía cómo iba a su sillón de cuero viejo y agrietado con el sobre en las manos, se sentaba y lo observaba detenidamente, queriendo saber qué estaba pensando. Pero eso era difícil, muy difícil; por eso era buen jugador de póker.

Brandon miró el sobre. La flor no era la misma que la anterior, esta era una rosa roja esplendorosa, más grande que el aro rojo, y se preguntó si entrañaba algún mensaje. Despegó la solapa y sacó la cuartilla, desplegándola muy despacio, como si se fuera a romper y no quisiera que eso ocurriera ni por lo más remoto. El mechón estaba entre los pliegues y con cuidado, lo cogió entre los dedos, lo miró durante unos segundos, para depositarlo sobre la mesa con cuidado, mucho cuidado, pero Lín Yu veía el enfado en ese gesto.

Leyó la carta, sin que su rostro se alterara, viendo que era una copia de la otra, pero al llegar al final, la cuadrada mandíbula se tensó, y Lín Yu supo que algo lo había perturbado.

Más.

«Espero que venga, señor Cooper. Espero que pase un buen rato en mi humilde casa, pero, sobre todo, creo que esta subasta es de sumo interés para usted. Sí, ya sé que no acude a este tipo de eventos, y es lógico, tiene todas las mujeres que desee sin necesidad de pagar, bueno, algún regalo tendrá que hacer, pero no un dineral como el que se dará en esta subasta, pero algo me da, que debería pujar. Tal vez me equivoque, y algo que no quiso coger gratis en su momento, ahora, no esté dispuesto a pagar por ello... pero nunca se sabe. Además, no me lo perdonaría nunca no haberle comunicado dicha subasta. Atentamente, Berry.

P.D.: Mañana tengo que hacer unas compras en San Francisco, almorzaré en el Palace y nada más terminar, me iré para ultimar los detalles, los flecos que siempre quedan sueltos, usted ya me entiende. Si desea verme, ya sabe dónde».

—Será puta —murmuró, sin molestarse en que su empleado lo oyera—. Será

puta —volvió a repetir y no se refería a madame Berry precisamente. Ahora todo estaba claro. Dobló la carta, por los mismos dobleces y cogiendo el mechón se lo guardó en el bolsillo interior del chaleco, sin dejar de pensar, dándole vueltas y más vueltas a la cabeza.

La jodida subasta era mañana por la noche, la carta le había llegado hoy. Berry sabía de sobra que él se movía mucho, que pasaba temporadas fuera de California y se preguntaba, si se habría informado de sus movimientos o lo había dejado al azar. Le extrañaba mucho, pues era una mujer inteligente, pragmática y muy buena para los negocios. Elegía las chicas de lo mejor, las mantenía limpias en todos los sentidos, teniendo un médico que las reconocía cada dos por tres para evitar males mayores, servía bebidas de todo tipo, de buena calidad y muy buena calidad, la casa donde estaba el burdel era una gran mansión, renovada y ampliada hacía unos años de otra más pequeña, imperando un lujo ostentoso, pero no vulgar, donde los hombres se sentían cómodos y las prostitutas lucían mejor. No, no creía que lo hubiera dejado al azar, pues si piensas que un hombre que no asiste a subastas de vírgenes puede tener un interés especial en una, una en particular, ya te encargas de dejarlo claro, muy clarito, en la particular invitación.

La orgía prevista ya quedó fuera de lugar. Ahora solo tenía en mente una cosa, volver a conseguirla y hacerla sufrir, vaya que sí, le iba a enseñar las consecuencias de haberse largado sin más, y encima, acabar en una casa de putas. Tenía un enfado de mil demonios y no se lo quitaría hasta que la tuviera consigo, amarrada si fuese necesario; *porque, por todos los putos demonios, que no voy a dejar que te vayas de mi lado, una vez que te tenga, una vez que te haya follado hasta hartarme. Hasta satisfacerme y ver qué ocurre.*

CAPÍTULO 12

Alana Berry hacía mucho tiempo que había cumplido los cincuenta, pero, aun así, era una mujer todavía atractiva, delgada, con el cabello castaño y algunos mechones blancos que le daban clase, que resultaban elegantes. Nadie diría que era una madame, pero lo era y de las buenas. Lo que más impresionó a Brandon cuando la conoció, años atrás, fueron los ojos. Verdes, grandes, con frondosas pestañas, que le recordaron a su madre, a los ojos de esa madre desaparecida. Si sus recuerdos no hacían justicia, el cuadro que mandó pintar el padre de su esposa con el bebé en brazos cuando tendría siete u ocho meses, reflejaba esos ojos, ese verde profundo, junto con el resto de la belleza morena. Por lo demás, para Brandon, madame Berry era una mujer elegante, al menos cuando estaba en público, educada, haciendo un esfuerzo, puesto que si la conversación se alargaba ibas viendo la personalidad subyacente que imperaba por salir, tanto en sus gestos, como en su vocabulario. Era lógico por otra parte. No puedes regentar un prostíbulo si eres una mujer blanda y delicada, que no está acostumbrada al vocabulario soez, al comportamiento vulgar de los hombres en esos ámbitos, a situaciones extremas, donde una mujer decente no sabe cómo actuar y lo más fácil es que acabe desmayándose.

Cuando el hombre hizo acto de presencia en el reservado donde la mujer tomaba un café después de un ligero almuerzo, ambos se calibraron y de maneras diferentes hasta ese momento, en esas circunstancias. Ella, porque conocía algunos pequeños detalles de la vida íntima del hombre más rico de California, de los más ricos del país; y él, porque ya no la miraba como a la regente de una casa de putas, sino como a una astuta, muy astuta mujer de negocios, que no sabía de qué forma, con qué artes, malas o buenas, se había hecho con algo suyo. Y en esos momentos, era de lo que iban a hablar: de negocios. Los dos, a solas y sin que nadie supiera de esa reunión. Muy galante, caballeroso en extremo, Brandon besó la mano de la mujer y la piropeó sutilmente, al tiempo que se sentaba enfrente y ella agradecía el cumplido y le preguntaba qué deseaba tomar, para pedir y que el camarero no

les molestase en la conversación que iban a mantener. El hombre pidió un café, hablando de banalidades mientras le servían, siendo muy consciente de la mirada especuladora de la mujer.

Alana observó con astuta mirada al hombre, viendo que seguía manteniendo ese atractivo viril y sumamente masculino, a pesar de ser tan guapo. Un hombre arrebatador, que según pasaban los años, lo hacían más y más atractivo. Ella era mayor, pero seguía teniendo ojos en la cara y su cerebro funcionaba como cuando tenía treinta años, y ese hombretón era de los gustosos para follarlo, lo mirase desde donde lo mirase, pues ese cuerpo grande y alto, fuerte, sin una pizca de grasa, era el deseo de cualquier mujer y si ya lo redondeabas con el dinero que tenía, por Dios, quién quería más. Pero lo que de verdad le atraía a la mujer, era algo que por muchos años que pasaran seguiría ahí y aumentada a la máxima potencia, y eso era la inteligencia, algo que era tan interesante como el propio atractivo de la juventud, pero que no se perdía con los años y que, para suerte de los hombres, les beneficiaba y, sin embargo, a las mujeres, ¿quién quería una mujer inteligente a su lado?; ¿inteligente y vieja? No, gracias, dirían la mayor parte de los hombres. Y si para colmo, eran más inteligentes que ellos y ellos eran conscientes, tírate al río y saldrás ganando. Pero, y este espécimen masculino, ¿valoraría la inteligencia de la hermosa pelirroja? ¿Sabría darle la relevancia necesaria cuando no tuviera la polla dura contemplando ese cuerpo perfecto y esa cara de diosa? Recordó la conversación que tuvo con la bella pelirroja, cuando descubrió la relación habida entre ellos. La sonrisa apareció en sus finos labios y el hombre imaginó que se estaba regodeando con algo que ella sabía y él no, pero sabía quiénes eran los protagonistas, o al menos, la protagonista.

—Bueno, esto es muy simple, querida muchachita —fueron las palabras de Alana Berry, mientras sus ojos verdes no perdían detalle de todos los gestos de esa preciosa criatura. Estaban en la habitación que ocupaba la joven desde que la trajo enferma y desnutrida, delgada como un palillo, desde la pensión del marido de su antigua criada en San Francisco. No se cansaba de mirarla, y no le gustaban las mujeres, nunca le habían gustado y eso que en muchas ocasiones había tenido sexo con una o varias a la vez, mientras el cliente o clientes miraban y se masturbaban o terminaban uniéndose a ellas.

Pero esta muchacha era de tal perfección, que en esos momentos que ya había recuperado la mayor parte del peso perdido y que su piel volvía a ser luminosa y escandalosamente perfecta, no se cansaba de mirarla y observarla

como si fuese un animalito de circo.

—Si quieres ganarte la vida honradamente y pasarte los próximos cincuenta años, bordando y cosiendo, es tu elección. Pero por lo menos, si lo haces para ti, con un negocio propio, siempre será más fructífero, más satisfactorio que tener que trabajar para otros, que al fin y a la postre son los que se llevan los beneficios. Eso ya lo sabes, ya lo has vivido, por lo tanto, no te estoy contando nada nuevo. Pero la manera más rápida de abrir un negocio, ya sea en el oeste o en la envidiada costa este, es teniendo un padrino que te ponga el montante, o teniendo tú ese dinero.

—Pero sí hacemos eso —fueron las tímidas palabras de la muchacha, con sus dorados ojos fijos en los de la mujer que la había cuidado—, sería solo una vez y con un hombre nada más. Solo un hombre. —Alana no pudo evitar sonreír, era tan encantadoramente tímida, era tan perfecta, que parecía de cuento, de leyenda, de fantasía. Por todos los cielos, cuánto dinero podría ganar con ella en solo unos años. Dos o tres y luego se irían a otro estado, y otros dos o tres años más y se podrían retirar las dos y vivir tranquilamente lo que le quedase de vida y la preciosa Jennifer, casarse con un buen partido y olvidarse del pasado. Claro, que cuando te queda mucho tiempo de vida, el pasado siempre vuelve.

—Sería una noche, cariño y en una noche, depende del potencial del hombre; de lo joven que sea, principalmente y de su capacidad como amante en segundo lugar. Será una noche, las veces que él quiera y como él quiera. No hay reglas. Pero si eres lista y sigues mis consejos, lo puedes dejar K.O., a la segunda como mucho. Los hombres son muy bocazas y a más viejos, peor. Se les va la fuerza por la boca. Así que lo ideal, es uno mayor, a fin de cuentas, son los que más dinero tienen y los que peor funcionan. Y si es joven, lo único malo que puede pasar es que te lo deje irritado y algo dolorido y eso, se cura solo. No tiene la menor importancia. —La mujer contempló esos ojos dorados. Color parecido lo había visto en alguna mulata, pero nunca en una pelirroja y nunca tan espectaculares y se preguntó en qué estaba pensando. No hizo falta preguntar, pues la muchacha estaba ávida de información y con una curiosidad desbordada por el sitio donde estaba.

—¿Ninguna regla? ¿Todo está permitido? —Elevó las cejas al hacer las preguntas y los ojos verdes siguieron las curvas.

—Ninguna. Por supuesto, el maltrato no entra en juego. Para nada. No admito que ningún hijo de puta ponga la mano encima de mis chicas. —Jennifer soltó un, pero, y la madame la cortó en seco—. Mira, déjame a mí.

Esto llevará un tiempo. Tengo que mandar invitaciones a ciertos hombres. Todos con dinero, algunos con mucho dinero que no viven en este estado. De manera que hay que dar lugar a que reciban las cartas y que tengan la «bondad» de acercarse a San Francisco, hasta aquí para ser exactos. Todos son clientes, todos han venido en algún momento y tengo sus direcciones para contactar con ellos. Las direcciones de sus negocios, por supuesto. Nada de particulares. Nada que pueda llegar a manos de las esposas. Para esas damas, no existimos con rostro o nombres, solo somos un conjunto de mujeres de malvivir, somos un mal menor, que están ahí no porque nosotras lo deseemos, sino porque es el hombre el que lo desea, el que solicita ese servicio y cuando la esposa es joven y sospecha que el esposo acude a nosotras, llora, patalea y se disgusta; pero cuando esa esposa es mayor, como yo o con menos años, agradece, aunque no lo diga, el que existan las prostitutas, aunque no lo dirá nunca, aunque no le gusten, para que a ella la dejen en paz. Para que no le vayan a provocar un embarazo tardío y no deseado, que sería algo de lo más inoportuno, pero sobre todo para que no acudan a ellas y no tengan que seguir abriéndose de piernas... para nada. El sexo para muchas mujeres es sucio y repelente.

—¿Todos los clientes están casados? —La muchacha estaba en un mundo nuevo, nuevo y peligroso y quería saberlo todo.

—La mayoría. Casados y viudos. Pero también los solteros acuden a las putas, por supuesto, lo que ocurre es que esta casa tiene el listón muy alto y hace falta mucho dinero para acudir aquí, y los jóvenes, en su mayoría, no disponen de mucho dinero a no ser que sean hijos de ricos. De modo que, a esta clase de subastas, solo entra un tipo de hombre: mayor de treinta o cuarenta años y con fortuna en mayor o menor medida. Alguna vez aparece alguno que gasta todo lo que tiene en una mujer, locos hay en todos los sitios, pero no es lo normal. En la última subasta, fue un viudo el que se llevó el premio. La chica era una rubia impresionante, que pensó que el viudo caería rendido a sus pies y que después de esa noche se la llevaría, se casaría con ella y todos felices. Pero no fue así. El hombre pasaba de los sesenta y con la cabeza bien amueblada, sabía de sobra que no podría manejar a una hembra de esas características, veintidós años, temperamental como una potra salvaje, caliente como una tea y con la educación justa para un saludo correcto y poco más. Tenía la boca más sucia que he oído en mi vida, y mira que llevo oído, incluso la mía se lleva la palma cuando se me va el traste, pero por Dios Santo, esa chica tenía de vulgar, todo lo que tenía de belleza. Una barbaridad.

Así que, a los dos días, cogió el dinero y se fue a Luisiana, porque le habían dicho que allí, había hombres más ricos y más tontos.

—¿Y qué fue de ella? —preguntó sin dejar de mirar a la mujer, sin mover un músculo facial.

—Ni lo sé, ni me importa. Pero lo más probable es que esté abriéndose de piernas y chupando pollas todas las noches, en algún tugurio de Nueva Orleans o alrededores. —Jennifer estaba escandalizada por ese torrente de explicaciones, pero al mismo tiempo la curiosidad le podía y era más fuerte que la vergüenza.

—¿Y de mí piensas lo mismo? —Esos ojazos no pestañeaban, mirándola con admiración por ser tan dura, tan fuerte. Era como si se comiese el mundo, era como si cualquier problema del tipo que fuera, ella lo iba a solucionar. Parecía que el miedo no existiera para esa mujer y teniendo en cuenta que le había salvado la vida, que había hecho algo que no muchos estarían dispuestos a hacer, y sin conocerla, debía devolverle el inmenso favor.

—No, tesoro. Tú estás hecha de otra pasta. No te pareces a ella ni de broma. La belleza te sobra por todos los lados, te mire desde el ángulo que te mire. Eres de tal perfección que asustas y para colmo, tienes una educación, una clase y una feminidad, que desarmas a cualquiera. Y si te soy sincera, aunque me gustaría que trabajases conmigo, no creo que estés hecha para este trabajo. Pero ojo, sí creo que estás hecha para el placer, pero para dar placer a un solo hombre. Y para recibirlo, por supuesto. ¡Ah, ya salió ese rubor! —exclamó al ver el rosa de los altos pómulos—. Hasta enrojecida eres hermosa, condenada —dijo con cariño—. Soy zorra vieja y conozco el mundo y la condición humana, mucho más que tú. Y sé que, aunque eres virgen, ya has conocido el deseo, ya has disfrutado el placer. Apostaría lo que me quede de vida a que es así, ¿o no? —La muchacha afirmó lentamente, en silencio. La mujer sonrió—. ¿Cuántas veces te has corrido? —la pregunta brusca y ordinaria, hizo que Jennifer enrojeciera más todavía, pero no se cortó en contestar.

—Muchas. —Los ojos verdes no pestañeaban, no perdían detalle, dispuesta a sonsacar todo lo que pudiera.

—¿Con los dedos, con la boca? —La muchacha, a pesar de las preguntas, a pesar de la timidez, mantuvo la cabeza alta.

—Sí. Con ambas —contestó claramente, viendo la amplia sonrisa de Alana y el chispeo de esos ojos verdes.

—Entonces ya conoces lo mejor del pastel, solo te queda el resto. Si tienes suerte y también te corres con la polla de un hombre dentro de ti, entonces será la guinda del pastel. Porque un orgasmo producido por una estaca dura, gorda y larga, puede ser de lo más apabullante, de lo más placentero. Sientes tu vagina inundada, llena hasta rebosar y quieres engullirla, aspirarla para que no te abandone y parece que el cuerpo te va a estallar de placer, de gloria bendita, y tu cabeza, va a volar como si cayera desde la montaña más alta, o desde una nube, blanda, algodonosa, y caes, lentamente o muy deprisa, depende de la habilidad del hombre y te inunda tal placer, de tal magnitud que piensas que eres de gelatina, que no te sientes el cuerpo, que has muerto y has resucitado en el paraíso más hermoso y lujurioso —las palabras surgían de esa boca de labios finos, dientes algo amarillentos y pequeñas arruguitas sobre el labio superior y Jennifer la miraba, para luego fijar la vista en esos ojos verdes como las esmeraldas y saber que esa mujer no hablaba por hablar, que ella había disfrutado de ese placer, no una, ni dos, sino montones de veces. Pero de pronto, la mirada profunda cambió de expresión y los grandes ojos se entrecerraron y Jennifer supo, por esos cambios, por esos gestos, que ahora llegaba la parte negativa, esa que muchas mujeres vivían—. El problema surge cuando la mujer no obtiene placer con la penetración, les pasa a muchas, muchísimas. Mala suerte, qué se le va a hacer, aunque mi opinión personal es que en muchos casos tiene la culpa el hombre. De hecho, hay muchos que se corren a la primera de cambio y a ellas, no le da tiempo a nada. Porque, por regla general, la mujer es más lenta para el sexo, para llegar al placer, y como dé con un rápido, con un egoísta que se piensa que como ellos son los que se corren con un chorro de leche y la mujer no, ya está todo hecho y dicho. En fin, habría mucho qué decir sobre el tema, pero abreviando, en esos casos, lo mejor es fingir, fingir todo el tiempo y nada de gimoteos, ni blanduras; eso nunca. A los hombres les revienta. Ellos quieren oír que son los mejores, que es imposible que su polla esté más gorda y más tiesa y que es el mejor amante del mundo. Fingir, fingir y más fingir. Esa es la clave para que todo fluya como debe. Para que las mentes estrechas de los hombres, de algunos, de la mayoría, se queden conformes. Es así. Qué le vamos a hacer —los ojos de la pelirroja no dejaban de mirarla—. Aún no se han dado cuenta, que somos más listas que ellos; y lo que es peor, muchas mujeres tampoco lo saben.

—Mi hermana estuvo casada y se lo pasaba muy bien —se aventuró a

decir y continuó ante la atenta mirada de la madame—. Nunca se quejó de nada. Siempre estaba pegada a los pantalones del marido. Era feliz. Dichosa. Nunca estuvo tan satisfecha, como cuando él apareció y se fijó en ella. La boda fue la culminación de su felicidad. Y tener al marido contento y feliz, obviando todo lo negativo, era su logro diario —lo contó como algo que sucedió y que vio y vivió en primera persona. Sin ánimo de crítica.

—¿Y qué pasó? ¿Ya no está casada? —La mujer intuyó que, si ella estaba allí, la hermana debía estar muy lejos.

—Murió. Los dos murieron en un incendio —contestó con la mirada fija en los ojos verdes.

—Oh, cariño, cuánto lo siento. —Pero ella quería ir al meollo de la cuestión—. ¿Y quién te enseñó? ¿Tu cuñado?

—¡No! —contestó escandalizada—. Yo jamás traicionaría a mi hermana. Pero, de todos modos, él nunca intentó nada fuera de lugar. Solo me miraba fijamente alguna que otra vez, pero solo eso. Nada más.

—Ya —dijo Alana, pero seguro que te hubiera follado si tú te hubieras insinuado, fue el pensamiento de la mujer—. Entonces, ¿quién fue el afortunado? —La muchacha bajó la mirada hasta sus manos.

—No importa. Ya casi ni me acuerdo. —Sí, sí, pensó Alana, y yo veo en este momento burros volando.

—¿Vive en este estado? —La chica la miró asustada y afirmó.

—¿Tiene dinero? —Silencio por respuesta—. Tal vez debería saber de quién se trata. Igual es uno de mis clientes y recibe una invitación. ¿Es eso lo que deseas? —La cara de susto, contestó antes que las palabras.

—No, no, no. No deseo eso.

—¿Quién es? —No quería parecer curiosa, para que la muchacha dijera la verdad, pero habría pagado por saber la respuesta.

—Brandon Cooper. —El rostro de la mujer no demostró el alborozo que sintió. Su mente analítica se puso a trabajar.

—¿Cooper? Conozco de oídas a un Cooper, pero debe tener sesenta años y no es cliente mío —mintió a medias, pues, de hecho, al padre solo lo conocía de oídas, mientras su mente ya había puesto en marcha la maquinaria. Vaya, vaya, la niña había probado el principio de las mieles con uno de los hombres más ricos y para colmo de los más guapos. Y por sus chicas sabía que de los más expertos y eso que las putas no estaban para recibir placer, sino para darlo. Le picó la curiosidad. Aunque cierto era, que él no acudía a su establecimiento todo lo que a ella le hubiera gustado, pues

sabía por boca de ciertos clientes, que Cooper hijo acudía a fiestas privadas donde las que se ofrecían como putas eran señoras casadas, bien casadas y sus maridos también participaban en las orgías. Menuda pieza estaba hecho Brandon Cooper. Por eso motivo le llamaba más la atención que hubiese dejado a esta hermosura virgen; ¿qué pasó?, tal vez el gran hombre se había enamorado, o tal vez lo pilló en la hora baja, no, todo esto era muy extraño.

Sí, muy raro.

—¿Y cómo conociste a ese hombre? Y lo que es más importante, ¿cómo te viste en la situación que te encontré y no estaba él para ayudarte? —La muchacha bajó los ojos y tragó saliva.

—Eso no importa, Alana. Ese hombre forma parte de mi pasado y yo quiero volver al Este.

—Sabrás que está casado, ¿no? —Ya conocía bastante a la chica, como para saber que cuando se cerraba en banda, no había nada que hacer.

Igual que sabía que un dolor muy grande la inundaba por completo.

—Sí. Pero y tú, ¿cómo lo sabes? —Se puso alerta, pero no para desconfiar de su benefactora.

—Bueno, haciendo memoria, he recordado que el Cooper que conozco de oídas tiene un hijo muy rico, que viaja mucho y que está casado con una señorita de buena familia de San Francisco. Lo que no sé es si tienen hijos. — Ahora los ojos dorados se movían de un sitio a otro. Se la veía nerviosa, incómoda, incluso dolida.

—No lo sé, ni me importa.

¡Ay, Dios! ¡Estás enamorada, enamorada hasta las trancas! Pobrecita mía.

Sintió deseos de abrazarla, de consolarla, como a la hija que no tuvo, que pudo haber tenido.

—Bueno, no te preocupes. Tengo clientes de sobra, con los bolsillos llenos de billetes. —Fue entonces cuando Jennifer volvió a mostrar curiosidad, dejando de lado el dolor y queriendo saber hasta el último detalle.

—Pero es mucho dinero. Comenzar con mil dólares es una barbaridad. —La sonrisa de la mujer mayor se hizo más amplia.

—Tesoro, a los hombres que tienen dinero, les gustan las cosas lujosas, las cosas que no puede tener cualquiera, y tú, eres una de esas cosas, eres una mercancía, perfecta, maravillosa, que hará que se le caiga la baba a más de uno, y al resto que los ojos se les salgan de las órbitas y la polla se les ponga dura dentro de los pantalones. Ese será el mejor aliciente para calentar

motores. Serán como un barco cuando empieza a navegar, despacio pero seguro, y según los motores vayan cogiendo temperatura, será entonces cuando les piquen tanto los huevos que estarán dispuestos a rascarse los bolsillos para ser los dueños del premio. Quién sabe, incluso puede que a ti te pase lo que no le pasó a la rubia que se fue a Nueva Orleans. —Ante la cara de susto que puso, la mujer rio a carcajadas—. Igual te gusta el hombre que te toque, igual te ofrece matrimonio y te lleva consigo y te olvidas de complicarte la vida con negocios de hilos, bordados y costuras.

—No necesito a ninguno —contestó muy segura, pero sabiendo que Alana no se lo creyó—. Se pueden ir todos al infierno. Si no hubiese tenido la desgracia de enfermar, y la mala suerte de que me robasen, ahora estaría en Nueva York, trabajando y planificando mi futuro. —Alana la observó sin pestañear.

Juventud, qué hermosura y qué poco dura.

—Bien, pero la realidad es que estamos aquí y que tenemos muchas cosas que hacer, ¿estás de acuerdo?

—Sí, estoy de acuerdo. Haremos las cosas como tú desees, eres la que sabe de estos negocios y, además, confío en ti —con esas palabras, colocó las esbeltas manos sobre las de la madame y esta sintió un pequeño ramalazo de ternura.

—Muy bien. Pues manos a la obra. Ya tengo el diseño de lo que vas a llevar el día de la subasta y tenemos que planificar la fecha, para que no estés con el mes. —Y sin más contemplaciones, se pusieron con ello, mientras Jennifer intentaba olvidar al hombre que la había engatusado, y Alana planeaba cómo hacer para que ese hombre supiera a quién iba a subastar.

La mujer volvió al presente, fijando sus ojos en los de Cooper, en ese azul tan brillante, tan exageradamente azul. Por Dios, solo con mirarlos te enamoraban; ay, si ella fuese más joven, ese hombre no se le escaparía.

—Creo que deberíamos hablar de negocios. —Escuchó la voz profunda, varonil, pensando que hasta esa voz era condenadamente atractiva. Qué cabrón, un cabrón millonario, guapo a rabiar y un artista con las mujeres.

—Estoy de acuerdo, señor Cooper. Aquí me tiene, abierta a cualquier negociación, siempre y cuando me beneficie. Por supuesto. —La mirada de Brandon era escrutadora, calibradora y para nada, despreciativa.

—Por supuesto. Cuento con ello. Sé dónde piso y estoy dispuesto a

llegar hasta el final.

—Lo doy por hecho —añadió la mujer, admirando con descaro la impecable vestimenta del hombre.

Traje oscuro y chaleco burdeos, que sobre ese cuerpo quedaba de vicio; la camisa blanca como un copo de algodón realzaba ese rostro bronceado, esa barba queriendo salir, que aún oscurecía más el rostro, haciendo más llamativos esos ojos azules como un cielo de verano o de primavera. Madre mía, cómo no se iba enamorar esa criatura de este hombre, que hacía que los ojos se te salieran de la cara y que la lengua se te enrollara en la boca sin saber qué decir. A ella no, por supuesto, ya era perra vieja... y por ello, se los imaginó masturbándose uno a la otra, se imaginó esa cabeza morena metida entre los blancos muslos de la pelirroja, lamiéndola entera, haciéndola gozar hasta que gritase de puro éxtasis... la voz masculina la sacó de sus ensoñaciones y la rotundidad de esas palabras le constató lo que deseaba oír.

—La quiero para mí. —Sentado de lado, una mano descansaba sobre la mesa, las largas piernas cruzadas, el tobillo encima de la rodilla y la otra mano, sobre esa rodilla. La mirada penetrante no se despegaba del rostro de Alana y esta, le aguantaba la mirada. Desafiantes, midiéndose y dispuestos a negociar hasta el final.

—¿Cueste lo que cueste? —Aquí había un negocio de altura. De muchos dólares.

—Cueste lo que cueste. —La mujer lo miró en silencio. Ambos se miraron en silencio.

—¿Cómo la dejó escapar? —La curiosidad mató al gato, pensó Alana, pero no se pudo resistir.

Él no tardó en contestar:

—Digamos que fue el destino —pero la respuesta fue demasiado escasa para la curiosidad de la mujer.

—Siempre es el destino.

—Pues entonces, digamos que fue la confianza en uno mismo. O debería decir, el exceso de confianza. —La sonrisa torcida que mostró no reflejaba alegría. Brandon quería ir al grano y no deseaba contarle su vida a una madame, ni a nadie.

—Ah, conozco el término. Suele ser un pecado común, masculino y a veces femenino. Es la condición humana, ¿no cree? Pensamos que todo lo tenemos controlado, y para nada, qué ilusos.

—Pero ahora estamos en el presente y negociando el futuro más cercano

—puntualizó, sin dejar de mirarla.

—Así es. ¿Qué quiere que haga? Y, sobre todo, ¿cuánto voy a ganar?

—Aparte de la puja —las palabras sonaron hoscas, graves; pero qué esperaba. Ella era una mujer de negocios y él sabía lo que eran los negocios y las negociaciones. Además, ¿de qué iba él, si era peor que ella cien veces?, pensó el hombre.

—Ese negocio es entra ella y yo. Usted no entra. —Brandon movió la cabeza, tocado, sí señora, todos mis respetos.

—Cierto. Bien, digamos que usted pujará por mí, como si pujase por un cliente que no está presente. Subirá todo lo que haya que subir y del total, el cinco por ciento para usted. —La mujer no se inmutó. Era un buen porcentaje, sería un buen porcentaje, pero decidió tentar a la suerte.

—Un diez. —La mirada azul la taladró. Estaba acostumbrado a negociar, a regatear, pero lo que andaba en juego era demasiado importante para él; aunque a veces, no lo quisiera reconocer.

—Un seis.

—Un siete y no se hable más —fueron las palabras de la madame más famosa de California.

—Contésteme a una pregunta. —Descruzó las piernas y apoyó los brazos encima de la mesa.

—Usted dirá. —Alana, con la mirada fija en él, cogió la taza y bebió lo que restaba de café.

—¿Cómo está? —Ante esa pregunta, la mujer dejó delicadamente la taza y sonrió ampliamente.

—Bella como una diosa. Si la hubiese podido convencer, me la habría quedado. Jamás he tenido una mujer como ella. Pero esa hermosa niña, no está hecha para pasar de unas manos a otras, para ser poseída por tres o cuatro o cinco hombres por noche, ¿no le parece? —Él no contestó, pero no dejó de mirarla—. ¿Me puede contestar a una pregunta?

—Hágala y ya veremos. —Por Dios, no me quita la mirada de encima ni un solo momento, es como si quisiera leerme el pensamiento, como si quisiera saber si digo la verdad o si oculto algo.

Qué hombre.

—¿Por qué la dejó intacta, por qué no se aprovechó y se comió ese dulce bocado? —El rostro del hombre se endureció y la mirada pareció oscurecer. Pero solo lo pareció, porque esos ojos no se oscurecían, solo se enfriaban o calentaban.

—Digamos, que me pilló en la hora tonta —esas palabras indicaban mucho para una mujer experimentada como Alana.

—Ella se lo pidió y usted accedió. —El rostro de la mujer madura mostraba cierto beneplácito.

—Más o menos. Digamos que me conformé con lamer el pastel, porque estaba convencido de que me lo iba a comer. Todo. Entero. Sin dejar ni una sola miga. —Hizo una pausa, mientras los dos se calibraban, sin dejar de mirarse, de manera astuta—. Pero me equivoqué, si no, madame Berry, no tendríamos esta conversación.

—Bueno, pues ahora, por un módico siete por ciento, puede volver a ser suyo. —Hizo una pausa y en vista de que él no dijo nada, ella se atrevió a añadir—: Si es que alguna vez lo fue, el pastel... —Debería morderse la lengua, pensó, el hombre parecía estar molesto y se podía ofender.

Calla la boca, Alana. Este hombretón no es como la mayoría de los mortales.

—El siete estará bien. —Si hubiera estado sola, habría resoplado, habría saltado de alegría, aun a riesgo de fracturarse una rodilla, pero en su lugar, mostró una sonrisa. Aunque hubiera saltado más, si hubiera sabido que él estaba dispuesto a dar el diez, incluso más. Ella se removió un poco en la silla, sus piernas necesitaban movimiento y ya quería irse.

—Le diré una cosa, señor Cooper, esa muchacha está hecha de una pasta especial, y le comentaré más, su mayor atributo, su mayor atractivo, no es la apabullante belleza que posee, lo mejor de ella está en su interior. Aunque creo que usted ya lo ha descubierto, o no estaría aquí. Total, un virgo no es para tanto, porque me da la sensación que, si esa muchacha la hubiese desvirgado otro, usted seguiría interesado. —Esa mirada ya la estaba poniendo nerviosa, una sensación que tenía olvidada. Y por descontado, él no ratificó, ni rectificó la última frase.

—Hay algo que invade mi pensamiento desde que vi ese rojo mechón en la invitación. —Ella sonrió maliciosa.

—Supongo de qué se trata. Quiere saber cómo llegó hasta mí, ¿no es así?

—Exactamente.

—Bueno. Se puede decir que fue el destino. Totalmente. No hay ninguna duda. Pero el modo, las circunstancias... eso es mejor que se lo cuente ella. Si la chica quiere. Porque debo informarle que el deseo de esa joven es coger su dinero y largarse al este para montar un negocio. No quiere

ser propiedad de ningún hombre. Parece muy dolida.

—Ella se fue con dinero. Dinero de sobra para llegar a Nueva York y comenzar de nuevo. No tenía necesidad de vender su virginidad como una puta cualquiera. —Se estaba enfadando, sin levantar la voz, sin que un solo cabello negro se moviera de su sitio, pero la mirada era amenazadora y comenzaba a dar miedo, y la madame era muy consciente de ello, pero en especial, sabiendo que este hombre era un perverso, que lo único que se podía decir en su defensa, era que no le gustaban los niños, ni los hombres, pues eso, para ser cómo era, parecía que le jodía mucho que la muchacha fuera a vender su virginidad, que pudiera caer en manos que no fueran las suyas. Que otro se la pudiera beneficiar, saborearla a sus anchas, incluso que la pudiera lucir ante los demás, incluso que le pudiera dar hijos. Estaba claro, clarísimo, ese hombre se había enamorado de verdad, pero, o no se había dado cuenta o no lo quería reconocer o consideraba que él estaba por encima de esas banalidades. Lo mejor era dar por terminada la conversación. Pero antes de levantarse, le contestó:

—Le robaron, señor Cooper. Le quitaron todo y en esos momentos... bueno, qué cojones, que se lo cuente ella si es que aguanta con usted. Haga su trabajo, que yo haré el mío y las cuestiones privadas, son cosa suya. —Ya había perdido los modales, se había cansado de imitar a las damas de la alta sociedad. Una vez que salía el vocabulario soez, todo se iba al garete. Se levantó y el hombre hizo lo propio, marcando una diferencia de estatura, que obligó a la mujer a echar la cabeza hacia atrás y ver la sonrisa torcida en ese rostro moreno y el brillo en esos ojos tan divinos—. ¿Le hago gracia, señor Cooper?

—Para nada, Alana. Solo me congratulo de que ella esté a su lado, porque a pesar de las circunstancias, a pesar de que esté en un prostíbulo, volverá a ser mía y esta vez, de verdad. Confío en usted —fueron las últimas palabras y a su pesar, entrañaban una amenaza.

Y ella se dio por aludida, ni borracha, se le ocurriría traicionar a ese hombre. Todo lo que tenía de atractivo, lo tenía de amenazador en cuanto mostraba su lado oscuro, en cuanto dejaba aparcada su buena educación y su saber estar. Ese hombre, era de los que no tardaban en lanzar el puño si las cosas se torcían, y en retorcer el brazo de una mujer si le tocaba muchos los cojones, al menos eso era lo que estaba pensando Alana en esos momentos.

—Por supuesto que puede confiar. Regento una casa de putas, pero mi palabra es tan válida como la suya.

—Confío en ello. —Y sin más diálogo, extendió esa mano grande, morena y se la ofreció. Ella la miró durante unos segundos y alargó su delgada mano enfundada en unos delicados y preciosos guantes negros de ganchillo calado, que le había hecho Jennifer, además de un fajín maravilloso y un chal de un verde limón, que hacía que sus ojos verdes se vieran más profundos de lo que eran. Pero rápido dejó de lado esos pensamientos, y vio cómo ese cuerpo grande, esos hombros anchos como un armario, se doblaban ligeramente y dejaba caer un imperceptible beso sin rozar el guante. Le dieron ganas de decirle que esos preciosos guantes estaban hechos por la pelirroja, que las bellas manos de la joven habían manipulado esos hilos de algodón, hasta convertirlos en lo que era ahora; pero se abstuvo. No venía a cuento.

—Será mejor que yo salga primero —dijo la mujer—. No es cuestión de que nos vean juntos. —Él afirmó con un ligero movimiento de cabeza y vio cómo salía muy digna del pequeño reservado que habían ocupado.

—No me falle, madame Berry —dijo para sí mismo—, o le faltará estado para correr.

Los amigos de Henry también habían acudido y con idea de pujar. Todos habían hecho el depósito de los mil dólares y en esos momentos estaban dando cuenta de unos vasos de buen whisky, invitación de la casa. Como se iba a juntar una buena cantidad de dinero, Alana no quiso correr riesgos y los fue guardando en la caja fuerte de su despacho y un guarda apostado en la puerta, por si acaso alguien tenía ideas nocivas, pues no sabía uno cuándo podía aparecer el amigo de lo ajeno, especialmente en el oeste. De manera, que había apostado hombres fuera de la casa y dentro, armados con revólveres y rifles, para que se vieran bien y se calmaran los ímpetus. Alana no temía por sus clientes, que eran hombres de bien en su totalidad, pero nunca se sabía cuándo podían surgir tiranteces de cualquier tipo, ya fuese por negocios, por envidias o por asuntos familiares. Lo mejor era adelantarse a la situación y tener todos los frentes controlados y en eso, ella era una experta.

La mansión era grande y la parte frontal era la que todos visitaban, por la que entraban para perderse en el vicio del sexo, la bebida o el juego, o todo junto; la parte privada o vivienda, estaba a la espalda, pero había puertas secretas en algunas habitaciones que comunicaban ambos lados. El despacho estaba en la planta baja, de la parte trasera y si querías llegar allí sin ir por la entrada principal de la vivienda, había que estar detrás de la barra del bar,

pasar al pequeño almacén, donde había una puerta falsa y accedías a un pasillo que daba al despacho, cocina y otras habitaciones, unas escaleras que llevaban al sótano donde estaba el almacén y esas mismas que subían a las habitaciones que normalmente no ocupaban los clientes, ya que esas tenían acceso directo desde uno de los salones. En ese piso, estaba la habitación que ocupaba Jennifer y donde recibiría al que se llevase el premio, pero en esos momentos, estaba en la habitación de Alana esperando que llegara el momento de exhibirse ante la docena de hombres que asistirían a la subasta. Como se habían acercado clientes habituales y algún que otro curioso, estos no tendrían acceso al pequeño salón donde se había colocado una tarima y donde se celebraría la subasta. Y ante la decepción de aquellos, Alana, con la mejor de sus sonrisas y su saber hacer, les dijo que era primordial mantener la privacidad de la mujer, puesto que no sería trabajadora de la casa, y en consecuencia solo la verían los que iban a pujar y con el rostro tapado, ya que solo tendría ese honor el hombre que hiciese la puja más alta. Eso todavía encendió más los ánimos, pues hizo que aumentara la curiosidad y ninguno de esos clientes quisieron subir con las chicas, hasta saber quién o al menos por cuánto se habían llevado a esa virgen; de ese modo la venta de alcohol aumentó y las partidas de cartas y de billar dieron lugar a apuestas entre ellos. Pequeñas apuestas, por supuesto, porque la bebida y las chicas eran muy caras. En esos momentos también jugaban a las cartas, el suegro de Brandon y sus tres amigos, terratenientes los tres, mientras bromeaban con las chicas que rondaban alrededor dejándose meter la mano por debajo de las faldas y luciendo amplios escotes. También estaba Joshua Turner que hablaba con un petrolero tejano y otro dueño de fábricas de tejidos, y pronto se les arrió un ganadero californiano y un armador dueño de un astillero en Eureka. Solo media hora después llegó Brandon acompañado de los últimos, dos socios madereros de Seattle.

Sin contar a Brandon, los más jóvenes eran estos últimos, con algo más de cuarenta años, después todos rondaban entre los cincuenta y los sesenta y cinco. Turner seguía hablando con sus amistades, pero no perdía de vista a Cooper, creyendo que venía a la subasta, cosa que le extrañaba, pues sabía de sobra los gustos del hombre; pero teniendo en cuenta, que cuando recibió la invitación y cogió el mechón de pelo entre sus dedos, lo primero que pensó fue en la pelirroja que Brandon le había presentado, ahora en esos momentos se sintió algo confundido. Él daba por sentado que Brandon se había beneficiado a su cuñada, por lo tanto, ese mechón de pelo no podía ser de

ella, pero la chica ya no estaba con la familia Cooper, pues él ya se había encargado de comprobarlo cuando llegó a California y se acercó hasta Sacramento. Enseguida se enteró de las desgracias, que el hijo había muerto y que la joven había vuelto a Nueva York, puesto que nadie fuera de la familia, sabía de la impostura.

No, no creía que la virgen fuese la cuñada de Brandon, pero ¿por qué estaba esa noche si no era para pujar? Se disculpó y fue hasta donde estaba su amigo. Brandon lo saludó efusivamente y les presentó a los ricos madereros con los que tenía negocios. Una vez entrado en materia, preguntó si venían a la subasta y los socios, riendo con fuerza afirmaron al unísono, al tiempo que lamentaban el no poder pujar los dos como si fuesen uno y disfrutar de la virgen a la par; porque, como dijo uno de ellos, rubio y más alto, que no les importaba quién metía primero, que eso lo podrían echar a cara o cruz, pero que por todos los demonios, madame Berry había sido tajante en el asunto, nada de compartir, el premio era para uno solo y cada cual pujaba independientemente, y que si quería una chica para compartirla, no habría ningún problema, podían elegir entre todas las chicas, así que, eso es lo que haremos si ninguno se lleva a la virgen, nos lo montaremos con una, fue entonces cuando bajó el tono y dijo entre sonrisas, y mientras nos la chupe a uno, el otro le dará por detrás. Después de las carcajadas, Turner preguntó a Brandon.

—¿También vas a pujar? —Los ojos azules lo miraron risueño, mientras se llevaba el vaso a los labios y daba un pequeño trago, sabiendo que Turner estaba algo suspicaz y que los otros esperaban la contestación.

—¿Cuándo me has visto que pierda el tiempo y el dinero en estas cosas?

—Nunca. Pero como estás esta noche aquí...

—Me gusta visitar esta casa de vez en cuando. ¿O has olvidado que fui yo quién te la recomendó hace ya algunos años?

—Cierto —contestó mirando a los socios—. Recuerdo perfectamente las palabras que me dijo, si quieres probar unas buenas putas y que no se te caiga el rabo a trozos, ve a madame Berry. —Los socios soltaron estruendosas carcajadas y pidieron otros tragos, para seguir hablando de putas, vírgenes y demás femeninas, llegando a la conclusión, de que todas eran iguales, que más tarde o más temprano, todas se vuelven unas malas pécoras.

Un rato después, Turner vio cómo Cooper subía las escaleras llevando de la mano a una preciosa rubita, menuda y con un buen par de tetas y sin

dejar de mirar a su amigo, pensó que solo llegaría a los dos mil; si la cosa subía, abandonaría y haría como Cooper, coger una bonita muchacha y que le hiciera una buena mamada. Pero lo que no supo Turner, es que la preciosa rubia, una vez en la habitación, llevó a Cooper por el entramado secreto de la casa y en cuestión de unos minutos, bajó por una escalera interior y se encontró en una habitación que lindaba con el salón donde se iba a proceder a la subasta, viéndola por una mirilla en la pared. Y sus ojos lo vieron todo, especialmente el entarimado ya que lo tenía enfrente, aunque no muy cerca, y las cortinas en semicírculo que permanecían cerradas. No tardó en ver a Alana Berry, subir los peldaños del pequeño escenario, ataviada con un suntuoso traje de seda granate que no dejaba ver nada de piel, pues sus brazos estaban tapados y el cuello cerrado. Lucía un collar de rubíes, que nadie diría que era falso y su cabello castaño y blanco, se mostraba recogido en un sencillo y ahuecado moño. Sus ojos verdes eran cautivadores y su labia más, de modo que cuando miró a sus invitados, sentados cómodamente en sillones de madera, respaldos y asientos de cuero, todos le prestaron atención.

—Queridos amigos, en unos momentos van a contemplar a la hermosa mujer por la que van a pujar. Tal vez sufran una decepción, cuando vean que saldrá con la cabeza y el rostro cubierto, pero como es una mujer que no se va a dedicar al juego amoroso con hombres diversos, es algo que no tiene negociación. Ustedes podrán contemplarla con un liviano vestido, tan liviano que les dejará ver cómo es el cuerpo de una mujer perfecta, desde la punta de los pies, hasta donde comienza la barbilla; porque esa otra perfección, ese cabello y ese rostro, solo lo podrá contemplar, tocar, besar y hacer lo que le plazca, el hombre que más oferte esta noche. Espero que disfruten de la velada, tanto si se llevan a la virgen, como si no. Mi casa y mis chicas están para complacer cualquier capricho.

La mujer bajó de la plataforma desapareciendo en el fondo del salón y fue entonces cuando subió el doctor Williams, que sería el encargado de llevar la subasta. Se colocó detrás del atril y vio cómo los criados bajaban las luces del salón, para que la iluminación del estrado tuviera toda la relevancia. Los ojos de los hombres estaban fijos en las cortinas de terciopelo rojo de ese escenario, que permanecían cerradas. El silencio era total. Esperando y con los ojos muy abiertos.

Cuando ese cortinaje se abrió y una plataforma giratoria se mostró a los allí presentes, no se escuchó ni el vuelo de una mosca. Todos vieron a una sílfide de medio lado, alta y delgada, pero con carne en los sitios claves,

provocando una serie de curvas, que mareaban a los allí presentes. Unos ligeros silbidos de admiración, salidos de las bocas de los madereros, se oyeron en la sala y los ojos de los hombres no pestañearon, sobre todo, cuando la plataforma comenzó a girar muy despacio, para que todos vieran lo mismo. Esa belleza llevaba un vestido, por llamarlo de alguna forma, que era una gasa blanca y transparente, pegada totalmente al cuerpo, solo en la parte del pubis, se sobreponía un encaje también blanco, cosido sobre esa gasa de forma sinuosa, que iba de un extremo de la cadera al otro, tapando la mata de rizos rojos, pero sin cubrirlos totalmente, con lo cual provocó las exclamaciones de algunos hombres y los ojos saliéndose de sus cuencas... al resto. Los pechos se veían por completo, pues ese vestido de gasa que era como una segunda piel, tenía un escote tan profundo, que los pechos elevados y turgentes, parecían querer escapar, pero, aun así, los pezones se marcaban justo por debajo de ese escote, tiesos y duros como diamantes, pues ya había dado órdenes la jefa, de que la temperatura estuviera por debajo de lo normal, para que ese efecto se produjera.

Los hombres estaban sin habla, ni perdían tiempo con silbiditos, pues toda la atención estaba en la contemplación de ese cuerpo. Un estómago plano y un vientre ligeramente redondito, unas piernas largas, perfectamente proporcionadas, de tobillos estrechos y pantorrillas llenas, de rodillas redonditas para dar lugar a una largura de muslos turgentes y prietos, y cuando esa plataforma fue girando y mostraron la espalda y las nalgas, fue entonces cuando se escucharon unos resoplidos y algunas patas de los sillones rascaron el suelo de madera.

Por la parte trasera, esa gasa tapaba las piernas y el trasero y toda la espalda quedaba al aire. Pero daba lo mismo, si con esa transparencia podían ver el culo con toda claridad, podían ver unas nalgas firmes como rocas, gorditas y prietas, con una raja que parecía no acabar nunca. Unos hoyitos en las caderas, que hacían fijar los ojos en esa espalda preciosa, perfecta, sin grasa ninguna, para volver a clavar las pupilas en esos glúteos redondos, hermosos, sin blanduras de ningún tipo, tersos y marcando ese triangulito donde se unían los muslos y se proyectaba el sublime trasero, dejando una pequeña cavidad para mirar, o para meter unos dedos, o directamente, para colocar un miembro erecto.

Ahora ya no se controlaron, y los murmullos entre unos y otros llenaron el ambiente. No importaba que llevara una capucha de seda blanca, no importaba que el rostro estuviera tapado con una máscara blanca de tupido

encaje, no importaba en absoluto, porque todos confiaban en madame Berry, y, además, ¿cómo iba a ser el rostro de un cuerpo semejante?, pues perfecto, no había otra, tenían confianza total en la madame y si Berry así lo había dicho, así debía de ser.

Cuando quisieron darse cuenta, las cortinas se habían cerrado y esa diosa había desaparecido, mientras el doctor Williams llamaba al orden y hacía oír su vozarrón.

—Bueno caballeros, ya saben lo que está en juego. Ya se han podido deleitar los ojos y algo más con lo presenciado. Ahora, no perdamos tiempo, toca el siguiente paso: la puja. Se abre con mil cien, quién da mil cien, caballeros—con esas palabras se desató la marabunta.

En cuestión de unos minutos, había subido a dos mil quinientos, sin dar tiempo a nada. Los unos miraban a los otros, el que pujaba para subir recibía las miradas airadas de los otros, cuando otro subía, se repetía la misma situación, todos querían elevar la puja, todos querían darse el banquete con el festín que habían visto sus ojos, pero lo único que conseguían era que si uno levantaba la mano, el que tenía al lado elevaba la suya, para después que lo hiciera el de atrás o el del otro lado, y mientras el doctor no paraba de cantar cifras, no paraba de elevar la cantidad, mientras el ambiente se llenaba de humo de los cigarros y los vasos de licor permanecían sin tocar, abandonados en el suelo a los pies de las butacas. Turner había quedado cautivado como el resto de los que ahí se hallaban, pero hubo un momento que dijo basta, sabiendo que no podía competir con el petrolero, o con el de la fábrica de tejidos, incluso con los que habían acompañado a Brandon. Su posición económica era muy buena, pero esto tenía pinta de subir demasiado; aun así, tuvo la tentación de caer, de seguir pujando, pero al llegar a los tres mil quinientos, cerró la boca, mantuvo la mano quieta. Era mucho dinero, demasiado. Se fijó en que el suegro de Brandon y sus amigos, también habían dejado de pujar y ahora la riña estaba entre los más ricos. En cuestión de poquísimo tiempo, se elevó la puja a siete mil dólares y entonces, se fue ralentizando, calmándose el apogeo, mientras Turner observó que madame Berry estaba sentada en el fondo de la sala y también elevaba su delgada mano, cada vez que el petrolero, los madereros, el armador o el de los tejidos, pues el ganadero también lo había dejado, subían la puja. Pero estos también se dieron cuenta y fue uno de los de Seattle, el rubio, el más voceras, el que volviéndose dijo al oído de todos:

—Perdone señora, ¿pero usted también puja? —la pregunta fue hecha

con educación, pero con un matiz molesto, pues todos creían que los presentes eran los que votaban.

—Así es, señor Davis. Represento a un caballero que no podía estar presente por motivos personales. Me ha dado permiso para subir hasta una cantidad determinada. No creo que deba molestarles, ¿no les parece? — Todos la miraron y escucharon la pregunta que hizo el armador.

—Y dígame, madame, ¿cuándo va a recibir ese caballero su premio si es el ganador?

—Si alguno de ustedes se lo lleva, será en el acto. Pero si es el caballero al que represento, lo disfrutará cuando llegue, que seguramente será mañana. —Algunos movieron la cabeza, pero fue otra vez el de Seattle, el que volvió a preguntar.

—¿Y se puede saber quién es ese caballero? —Alana sonrió brevemente, para contestar amablemente, cuando en el fondo, lo que le hubiera gustado decirle a ese gallito rubio era: *no me sale del coño decírtelo, ¿te parece bien?*

—Por supuesto que no. Su deseo es permanecer en el anonimato y tengo que respetarlo. Deben comprender. —Siguió sonriendo y llevó la mirada al doctor para que continuara con la subasta.

—Creía que había que hacer acto de presencia —siguió dando la tabarra.

—No necesariamente, señor Davis. Este caballero no podía llegar a la hora programada para la puja y me mandó un cablegrama con instrucciones para pujar en su nombre. Nada más.

Davis siguió con el ceño fruncido y no dijo nada más.

Pero algo había cambiado, y el ambiente se había enfriado, a pesar de ello aún se subió hasta los siete mil ochocientos, pero ya todos estaban pendientes de la mano de madame Berry y pensando hasta dónde tendría el límite o si le habían dado carta blanca. Con tres golpes de maza, se cerró en ocho mil dólares, dejando un sabor agridulce entre los asistentes, agrio por no saber quién era el afortunado, pero dulce porque ninguno de sus adversarios iba a poseer a esa maravilla. Turner tuvo una alocada idea, pensando que Cooper estaba en ese lugar y que era más rico que todos los presentes. Y si él... no, qué tontería. Él pasaba de vírgenes, le gustaban las mujeres experimentadas, las que no le negaban nada, las que no le importaba participar en orgías, dejarse sodomizar por uno o dos hombres a la vez. Él también había participado en alguna de esas fiestas, en las que acababan hasta

los ojos de alcohol y se follaban a todo lo que se movía. Pero eso ya pertenecía al pasado, hacía tiempo que no acudía a una; especialmente porque su cuerpo de cintura para abajo, ya no era el de antes y para hacer el ridículo, mejor se quedaba en casa o como mucho acudía a un sitio como el que estaba en esos momentos. Además, cuando se desencantó al no encontrar a la pelirroja, comenzó a pensar en una viuda de Chicago, que le hacía ojitos cada vez que se encontraban.

Pero Brandon... no, para qué iba a querer una virgen, si ya estaba casado y aunque estuviera soltero, un hombre no busca una esposa en un sitio semejante. Además, él no necesitaba participar en este tipo de asuntos, cogía lo que quería y punto, pagando o regalando joyas, casas o incluso nada. No, él estaría ahora retozando con la rubia, dormiría luego a pierna suelta y al amanecer volvería a San Francisco. Optó por hacer lo mismo, había visto a una preciosa morena, con un buen trasero y un buen par de tetas, y aunque no fuera la perfección de la que había sido testigo, para su cuerpo y su edad, era la solución perfecta.

De esa manera, todos se fueron conformando, buscando y escogiendo la muchacha más a gusto de cada uno y subiendo a las habitaciones del primer piso, mientras Brandon permanecía impassible rememorando todo lo que había visto, todo lo que habían visto los demás. Sintiendo una especie de malestar, que no sabía cómo interpretar y al mismo tiempo, dando gracias a la madame, porque se le hubiera ocurrido lo de la máscara y la capucha, ya que, si esos hombres hubieran visto ese cabello o esa cara, no la habrían olvidado nunca. El dinero no le importaba en absoluto, pues si gracias a ello podía volver a tenerla, lo consideraba bien gastado. Además, parte volvería a su bolsillo, pero eso era otro cantar.

En cuestión de pocos minutos, llegó la bonita rubia y con una seductora sonrisa y un movimiento provocador de los pechos, le dijo que la acompañase. La siguió por pasillos y escaleras, mirando el bamboleo de las caderas, pero siendo inmune a ello, hasta que abrió la puerta de un precioso dormitorio y le dijo que se pusiera cómodo, que la muchacha llegaría enseguida. La puerta se cerró despacio, mientras la joven prostituta no dejó de mirar al hombre y de sonreírle, agachándose más de la cuenta para lucir los turgentes pechos.

Brandon miró a su alrededor y no le disgustó lo que vio. La cama, pegada a la pared, era grande y el colchón grueso, aunque eso le importaba poco, pues si se la tuviera que follar en el suelo, lo haría sin pensarlo. Se

quitó la chaqueta y la tiró en uno de los sillones gemelos que había en el fondo de la habitación, donde no llegaba la luz, donde él se sentó, cruzó sus largas piernas y se dispuso a esperar, sabiendo de sobra cómo la iba a recibir.

CAPÍTULO 13

Estaba nerviosa y temblando como un flan, a pesar de los consejos de Alana. Ella no valía para esto, no, no valía. Sería un completo desastre y lo más seguro es que el hombre pidiera la devolución de su dinero. Madre mía, ocho mil dólares, no me lo puedo creer, cómo un hombre puede pagar semejante barbaridad por obtener el virgo de una mujer. No lo entendía y como no lo comprendía, lo temía de una manera atroz.

—Ahora, cuando descubra que soy un fraude, se enfadará y pedirá que le devuelvas su dinero —le dijo a la madame—, por Dios Alana, me vas a odiar, vas a lamentar el día que fuiste a por mí, no voy a poder hacer frente a esto.

Las manos delgadas y algo ajadas de la mujer se deslizaron por el cabello suelto de la muchacha.

—No tesoro, esto no funciona así, ya te lo he dicho más de una vez. Ese hombre tomará tu virginidad y será tu dueño toda la noche. Tú déjate hacer, y procura gemir un poquito, después de llorar unas lagrimitas cuando se lleve el virgo. Pero solo unas pocas, eh, no te pases. Ya verás, todo se dará como la seda. Vamos, te acompaño hasta la puerta.

Y así fueron las dos, cogidas de la mano. Alana esperó a que ella abriera la puerta y entrara. Una vez cerrada, no escuchó nada, y pensando que ella ya había hecho su trabajo, se dirigió a las escaleras, para bajar despacio y por una de las puertas falsas ir al gran salón y comprobar cómo se iba dando la noche. La vida continuaba, la clientela había que tenerla satisfecha y ese, era su negocio.

Al cerrar la puerta, lo único que vio, fueron unas piernas cruzadas, enfundadas en unos pantalones negros y las punteras de unas botas que habían sido limpiadas recientemente, con prisa y sin entretenerse. Unas botas limpiadas sin quitar, por uno de los empleados de Alana, que ofrecía sus servicios a los clientes que habían llegado a caballo y traían el polvo del camino. No se veía nada más, pues la oscuridad en esa zona era predominante.

Ella tragó saliva y sin moverse del sitio, se cerró más la bata de seda blanca, no dejando ver nada de ese cuerpo que habían visto todos. Brandon vio cómo volvía a tragar saliva por segunda vez y cómo cerraba con fuerza los puños sobre el cierre de esa bata que le arrastraba, que la envolvía...

Pero no sintió pena por ella.

Nada de pena.

Al contrario, estaba muy enfadado. Demasiado. Cuando su voz sonó en el silencio de la habitación, dando una orden seca, escueta.

—¡Quítate la bata! —Ella dio un respingo y algo se activó en su mente.

Esa voz, se dijo, esa voz... pero, asustada, se desprendió velozmente de la bata, dejándola caer al suelo y mostrando la gasa que había lucido en la subasta.

Por todos los santos, pensó el hombre, si no deja nada a la imaginación, si hasta se le nota los rizos rojos del pubis, a pesar de llevar ese encaje para cubrir y no dejar tanto a la vista del ojo humano. Él, al haberla visto a través de la mirilla, no la tuvo tan cerca como la tenía ahora y no pudo apreciar con tal precisión todo lo que vieron los hombres que pujaron; y todavía se enfadó más. Un enfado que se prolongaba en el tiempo, un enfado que comenzó cuando volvió a Sacramento empapado por la lluvia y que se acentuó en su máxima expresión, cuando vio el mechón rojo, cuando comenzó a anidar en su cerebro la idea de que ella pudiera estar tan cerca, hubiera estado todo este tiempo, tan cerca.

Mirando ese rostro tan bello, agradeció que lo llevase tapado momentos atrás. Menos mal, que si no... recordó la mirada lasciva de su suegro y la de los amigos, cómo les brillaban los ojos contemplándola, cómo uno de ellos se llevó la mano a la entrepierna, dándose un pequeño apretón y tuvo ganas de estrellar el puño contra alguna nariz. Si Watson hubiera visto esa cara... todo se habría complicado de mala manera.

Sí, madame Berry se había ganado con creces su tanto por ciento, sin contar el acuerdo que tuvieran las dos.

Los ojos del hombre no dejaron de mirarla, de recorrer ese cuerpo sinuoso, esa obra de arte que para él no tenía precio; fue levantándose, al tiempo que hablaba, diciendo con dureza, con tono abrupto.

—¿Para esto te estabas reservando?

Fue en ese momento cuando la joven reconoció la voz, cuando supo quién la había comprado, cuando se dejó ver a la luz y la devoró con esa profunda mirada azul, que seguía invadiendo sus sueños, sus pesadillas y que

tanto, tanto, le recordaba a su querido bebé. Los ojazos de la chica mostraron tal temor, que no se atrevió a moverse, que no se atrevió a decir nada.

Solo lo miró sin pestañear, al tiempo que respiraba deprisa, porque le faltaba el aire y teniendo la desagradable sensación de que se iba a marear.

Escuchó las siguientes palabras y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—La virginidad es para el esposo. Una mujer debe llegar virgen al matrimonio. Es lo que manda la Iglesia. ¿Ya te has olvidado, Jennifer? —la voz era áspera, dura, pero seguía siendo la voz más hermosa que hubiera oído en su vida.

Las lágrimas fueron cayendo por esas tersas mejillas, los gruesos labios se entreabrieron ligeramente para que le entrara más aire y los pechos subían y bajaban por la respiración agitada. No se daba cuenta, que esa situación excitaba al hombre, que lo estaba poniendo caliente como la forja de un herrero, que verla llorar, verla sufrir le complacía al máximo. Que esa noche, disfrutaría martirizándola para que no olvidara en su vida cómo perdió la puta virginidad.

—Estás más hermosa de lo que recuerdo y creía que mis recuerdos eran nítidos y precisos. Se ve que eso de vender el virgo te complace enormemente para lucir así de bella, con lágrimas incluidas. —Ella intentó mantener el tipo. Fue dejando el llanto y se limpió las lágrimas con las manos. Cuando vio que una de esas manos morenas le ofrecía su pañuelo, lo cogió sin pensarlo y se sonó la nariz, intentando recomponerse, a pesar de que era difícil teniendo esa fría mirada, fija en su cara, en sus pechos—. Cómo es la vida, o, mejor dicho, cómo de tonto es uno. Juegas con una mujer, le das placer de casi todas las maneras, pero respetas su virginidad porque ella te lo pide. Porque no quieres hacerla una desgraciada, porque te ablandas de la manera más tonta y evitas hacerle el amor, para que más tarde llegue ese esposo y se encuentre todo en su sitio. Y estando todo en su sitio, será tan tonto que no pensará que otro tipo ha jugado con esas tetas, ha chupado esos pezones hasta atragantarse y se ha comido ese coño hasta saciarse; pero, todo sigue en su sitio. Y ahora, algo que podía haber cogido gratis, he tenido que pagar por ello. Algo que podría haber sido placentero para ambos, ahora, no lo será para ti. —Se quedó mirando el vestido de gasa y preguntó de manera vulgar, asustándola más de lo estaba—: ¿Cómo cojones te has puesto esto? —Ella creyó que la voz no le iba a salir de la garganta, pero contestó, temblando, asustada y no sabiendo cómo iba a acabar todo esto, pero temiendo lo peor.

—Me lo han cosido encima —la voz llegó débil, pero se entendió. Y girando levemente el cuerpo, enseñó las costuras que iban por los lados.

El hombre se fijó en las casi invisibles costuras, desde las axilas hasta las rodillas, al tiempo que se le iban los ojos a las redondas y prietas nalgas, y en un segundo, sus manazas fueron hasta los laterales del pecho, metió los dedos por las axilas y arrancó la gasa dejándola desnuda. Ella, a su pesar, estaba tan miedosa que ni se movió, pero notando en todo momento esas manos que hacían contacto con su piel, durante un breve momento.

Un breve, pero intenso momento.

—Total, estorba más que tapa —fue el susurro del hombre, viendo cómo temblaba y no de frío, precisamente.

Estaba preciosa, divina, era tan perfecta que no te cansabas de mirarla. Por todos los demonios, cuánto la había echado de menos, cuánto la había deseado, cuántas veces había soñado con ella, despertándose con el miembro duro y masturbándose con el recuerdo. Maldita puta. Endemoniadas mujeres.

Endemoniada mujer, rectificó, pues las otras no eran nada para él, no las necesitaba para nada, solo quería a esta; para él, para siempre.

—¿Dónde quieres hacerlo por primera vez? —No esperó contestación, pues ella estaba sin palabras, temblando de miedo y él lo sabía, y le satisfacía—. ¿Deseas la blandura del colchón para que te sea más leve, o prefieres la dureza del suelo amortiguado por la alfombra, para notar cómo entro dentro de ti, llego hasta el fondo y te inundo hasta que te duela? No te quejarás, te dejo elegir —las palabras dolían y ella sintió que las lágrimas volvían a inundar sus ojos.

Ya no pudo más. Estalló.

—Yo no quería esto. No lo quería. Las cosas sucedieron de una manera que no estaba planificada. Todo se puso en mi contra —gimoteó a su pesar, mientras el hombre agachaba la cabeza y le susurraba al oído.

—No me digas. Todo te salió mal, pobre. Te llenaste la cabeza de pájaros y los pájaros volaron. —Se separó y sin dejar de mirarla, fue desabotonando el chaleco. Se lo quitó y lo tiró encima de la chaqueta. Siguió con el corbatín y con la camisa, desabrochando los primeros botones y sacándosela por la cabeza, viendo cómo esos ojos dorados contemplaban su torso desnudo, recordando cuando lo vio en el rancho, cuando los ojos se le fueron detrás de esos músculos, cuando él la besó y la tocó y ella le mordió el labio. Ahora recorría esa anatomía, mientras él continuaba con las botas y su voz varonil y arisca sonó de nuevo—: ¿Por qué no te tumbas en la cama y te

abres de piernas para mí? Por lo menos, si veo dónde voy a entrar, puede que me olvide de las miradas que te han devorado esta noche y comience a calentarme. Porque hasta ahora... estoy frío como un tempano —las palabras le dolieron. Mucho. Inmensamente. Sin poderse creer que estaba pasando esto, temiendo al hombre más que nunca y sufriendo de una forma desconocida, obedeció.

Se tumbó en la cama y despacio, dobló las rodillas y se abrió de piernas, mientras él se quitaba los pantalones y los calzoncillos y mostraba todo su esplendor masculino, sin quitar los ojos de ese cuerpo y en especial, de ese triángulo de rizos rojos y esa vulva rosada. El pene estaba hinchado, tanto que le dolía, pero ella, que había cerrado los ojos, no lo había visto, pues estaba convencida de que ese hombre la odiaba, de que como había dicho, estaba frío como el hielo, de que, en las condiciones actuales, no valía nada, aunque hubiese pagado esa indecente cantidad de dinero. Estaba segura de que sentía repugnancia por lo que estaba sucediendo, por lo que ella había provocado. Por ella. Por venderse como cualquier prostituta.

Y ahora, ya nada sería igual, ya había tocado fondo; pues vender la virginidad en un prostíbulo, aunque no fueras a trabajar en un sitio así, era lo peor que podía sucederle a una mujer. Pero, nadie le había obligado, ella había elegido libremente, aun estando marcada por las circunstancias.

—Abre los ojos, quiero verte cuando te folle —fueron las crudas palabras y ella obedeció, pero no se atrevió a mirar otro sitio que no fuera los fieros ojos azules. Brandon subió a la cama y se colocó directamente encima. Sujetándose con los brazos, para no dejarse caer encima de ella, fue buscando el camino. Notó cómo se encogió cuando la punta comenzó a penetrar y las palabras llegaron bruscas, pero claras como el agua—. Relájate o te haré más daño. —El hombre se mordió el labio, al notar lo estrecha que estaba, deseando penetrar de golpe, de una vez, pero al tiempo no quería dañarla, aunque reventaría antes de que esas palabras salieran por su boca, pero era tal la sensación de placer, le proporcionaba tal gusto esa presión que ejercían las paredes de la vagina, que se dejó ir de una, deslizándose a pesar de que ella no estaba preparada y entró hasta el fondo, notando cómo se llevaba esa delicada y tenue barrera y oyendo la pequeña exclamación de la muchacha, mientras se perdía en esos ojos dorados, contemplando ese aro negro que rodeaba el iris y que hacía juego con las hermosas pestañas.

Se agitó dentro de ella, se movió dando embestidas saliendo y entrando, viendo cómo pequeñas lágrimas salían de los bellos ojos, pero no le importó.

Había deseado tanto este momento, que no le importó comportarse como un puto semental, como un caballo montando una yegua, como un hijo de la gran puta.

Estaba cachondo, notando esos tiesos pezones contra su torso, contemplando esa boca y deseando besarla, pero no lo iba a hacer, al menos de momento. Ahora era el turno de su polla, de disfrutar metiéndosela hasta el fondo, para casi salir de ella, volver a penetrar, notando cómo entraba entero, cómo la punta chocaba con la pared de la vagina una y otra vez, acumulando tal placer, pero conteniéndose para no llegar al final. Tal vez era porque tenía la sensación de que estaba cometiendo una violación, de que esa belleza estaba siendo ultrajada, ya que nunca se había follado a una mujer con tanto rencor, con tal mala hostia que lo convertía en el mayor canalla.

Su cuerpo se resistía a correrse, entrando y saliendo, gruñendo como un oso, pero hubo un momento que percibió un cambio, muy sutil, pero lo notó. Y de repente, ella dobló más las piernas y se abrió más de lo que estaba momentos antes y él resbaló dentro de ella una y otra vez, porque esa vagina estaba mojada. Y le pareció escuchar un jadeo, no un lloriqueo, un jadeo. Y de repente esos ojos ya no lloraban, lo seguían mirando, sin pestañear y sin llorar. Y volvió a soltar ese jadeo, que esta vez fue algo más fuerte. Y entonces él rugió. Sin salir de ella, agachó la cabeza, encorvó la espalda y le chupó un pezón y lo mordisqueó y fue en esos momentos cuando la muchacha ya no se controló y aupó las caderas una y otra vez y él se apoderó de su boca, lamiendo los labios, chupándolos, engancharo la lengua y comiéndoselo entera... y entonces lo sintió.

Sintió cómo ella se corría, cómo quería cerrar los muslos debido al placer y cómo estiraba las piernas y tensaba los pies; y de esa forma, él volvió a penetrar hasta el fondo y se corrió de golpe, haciendo que su miembro se vaciara dentro de esa cueva, se sacudiera como si tuviera vida propia, como si él no lo gobernase, saboreando el placer más deseado y necesitado de toda su puta vida.

Metió la cabeza en el cuello femenino y lamió esa piel sedosa, esa piel tan anhelada, besó el lóbulo de la oreja, besó el contorno del cuello y se dejó caer encima. Era como si se hubiese quedado sin fuerzas. Maldita sea, estaba sin fuerzas. Como si ella le hubiese aspirado la vida, como si lo hubiese dejado hueco, vacío. Pero enseguida se recuperó, incorporándose y mirándola a los ojos, queriendo penetrar dentro de ella; dentro de su mente. Su rostro se volvió a mostrar serio después del placer y sacó el miembro, mirándolo

detenidamente, comprobando los restos de sangre que lo cubrían y las pequeñas gotitas que cayeron en la sábana. Se colocó en el lado de fuera, dejándola al lado de la pared y viendo cómo se colocaba en posición fetal, pero sin darle la espalda, pero eso sí, separándose todo lo posible y mirándolo con temor, con esos ojazos tan hermosos, tan llenos de vida.

Sintió que algo se removía dentro, lo sintió en sus entrañas, de una forma anormal en él, dándose cuenta en ese momento de que la relación con la muchacha nada tenía que ver con lo que había vivido en toda su vida, de que las relaciones con las mujeres siempre habían sido interesadas, pero superficiales, cansándose antes o después. Incluso su matrimonio no tenía nada de romántico, ni ahora ni al comienzo, al menos por su parte, ya que lo único que hizo fue elegir una mujer acorde a lo que él creía que debía ser una esposa perfecta. Atractiva, dócil, de buena familia y que le diera hijos. Lo demás, ya lo buscaba en otras partes. El sexo salvaje, las mujeres promiscuas, las amantes fugaces, esposas de otros hombres, estaban a la orden del día. Pero tenía que reconocer, que desde que conoció a esta mujer, todo se había alterado poco a poco y cuando se largó, todo se puso patas arriba y aunque no quiso reconocerlo, quedó tocado y hundido. Volvió a frecuentar las fiestas privadas donde acababan todos en un salón ligeramente alumbrado, follando unos con otras, unos con otros y practicando sexo oral a diestro y siniestro, y cuando se iba, cuando ya estaba harto de haberse follado a una por delante, a otra por detrás y se había dejado comer la polla muchas veces por bocas femeninas y alguna que otra, cuando estaba borracho como una cuba, por la lasciva boca de un mariquita, que aparte de mamársela estaba dispuesto a ponerle el culo en cuanto se lo pidiera.

Pero que, a pesar de la borrachera, él nunca complació al maricón de turno, que muchas veces era el esposo de alguna de las que se había follado. Ya lo había hecho en un par de ocasiones, cuando estudió en París, pero era algo que no llegó a gustarle, prefiriendo que el culo fuese el de una mujer y no el de un mariquita. En esas orgías descubrías muchas cosas, porque todos estaban dispuestos a desinhibirse sin complejos de ninguna clase y si había algún tipo de escrúpulo, las drogas y el alcohol se encargaban de hacerlos desaparecer; y ahora, mirando esos ojos, queriendo profundizar en ellos, se daba cuenta de lo vacío que había estado, queriendo ser intocable, queriendo estar por encima de todo y de todos, pensando que él no necesitaba de los demás. Pero tenía que ser sincero consigo mismo y debía reconocer que sentía algo por esta joven mujer. No podía decir si era amor sin más, que

podiera ser, pero que no era inmune a ella estaba más que claro.

Ahora debía profundizar en sí mismo y debía hacer un esfuerzo para analizar fríamente lo que esta criatura le estaba haciendo, pero con todo y con eso, una cosa estaba clara. Se iba a divorciar y se casaría con ella. Con esos pensamientos, mirándose sin hablarse, volvió a notar que se ponía duro, que deseaba follarla o tal vez, deseaba hacerle el amor, no lo tuvo muy claro; pues era tal cantidad de sensaciones, de estímulos y de sentimientos encontrados, que parecía enfadado con el mundo y en especial con ella.

Llevó un dedo hasta la sien de la chica y acarició el óvalo, notando cómo temblaba y viendo el miedo que mostraban esos ojos. Colocó el cabello detrás de la oreja y deslizó los nudillos por el contorno de ese cuello de cisne, para bajar despacio y coger un pecho en el cuenco de su mano, notando la tensión de ese cuerpo tan hermoso, tan curvilíneo. Ella permanecía quieta, con la mirada enganchada a la de él, pero no era inmune a esas caricias y cuando vio esa cabeza morena que se movía y bajaba para meterse el pezón en la boca, no necesitó que las manos de él la pusieran boca arriba, lo hizo sin darse cuenta, dejando que él mamase de sus pechos, primero uno, después otro. Elevándose para que no dejara de hacerlo, gimiendo de puro placer, mientras él los ponía duros como riscos, mientras los amasaba con esas manos grandes, un poco ásperas, pero que a ella le resultaban de lo más suaves... con la respiración entrecortada, abriendo sus muslos, sintiendo que todo su cuerpo se burlaba de ella, pues lo único que deseaba era que la penetrara otra vez, pues lo anhelaba, lo necesitaba, quería sentir ese miembro erecto, duro, grande, dentro de su cuerpo, quería sentir esas embestidas otra vez, aunque la dejaran escocida, aunque sintiera su propia carne hinchada y dolorida... lo necesitaba.

Y sin saber cómo, salieron de su boca esas palabras, susurró:

—Penétrame, házmelo otra vez. —Y los ojos azules se clavaron en su rostro y ella notó cómo enrojecía hasta la médula, y esperó, sintiendo temor por ser rechazada, o porque se riera de ella; pero no ocurrió nada de eso.

Los hermosos ojos azules la contemplaron durante unos instantes y lentamente, la boca de él se fue acercando hasta posarse en los labios de ella. No necesitó decirle que abriera la boca, pues la joven, al sentir los labios del hombre, abrió la suya y dejó que le cogiera un labio y luego otro, que jugase con ellos, que los lamiera, que los chupara, que le hiciera un juego erótico con la lengua, consiguiendo que ella, repitiera lo mismo. Tanto se excitaron, que se comieron las bocas con furia, se tragaron los jugos como si fuera el

elixir de la vida eterna y mientras sucedía ese ritual, él se puso encima y fue entrando despacio, gruñendo y comiéndose esa dulce y deliciosa boca y dejando que ella se tragase su lengua, haciendo él lo propio, y mientras, aceleraba el ritmo y las embestidas se hacían más fuertes, ella llevó las piernas hasta las caderas masculinas y él ya no pudo más.

Estaba tan adentro, que eran uno solo, notaba esas largas piernas sobre sus nalgas, que no dejaban que saliese de ella, y aguantó, aguantó moviéndose en esa cueva que estaba hecha para él, para su puta polla, para entrar cuando quisiera, para disfrutarla el resto de su vida... y entonces ella gritó, un grito agudo, un grito femenino, de puro placer, y él disfrutó más todavía, porque ella se corriese, porque él fuese el que prodigaba ese éxtasis, porque quería dárselo todo y que ella se lo diese a él. Y con el final del orgasmo femenino, él se dejó ir deseando dejarla embarazada y con ello, se sintió feliz, se sintió pleno y se preguntó si eso es lo que él había estado buscando durante toda su vida adulta. Si ya le había llegado la hora de cambiar, de sentir algo especial por una mujer, no viéndola solo como un juguete sexual, sino como una compañera en el recorrido de la vida.

A su lado, no detrás, no a la sombra.

Cuando salió de ella, se dejó caer y clavó la mirada en las volutas de escayola que adornaban el techo, y con voz bronca le dijo que se durmiera. Ella obedeció, temerosa de esa voz dura y de esa mirada que volvía a ser fría, pero llena de placer. Y cerrando los ojos con fuerza, como los niños cuando hacen esfuerzos para dormir, se volvió a colocar de lado, hacia él y sin darse cuenta se durmió en menos de cinco minutos. No supo que él la contempló durante las dos horas siguientes, que siguió con la mirada esas pestañas como abanicos que descansaban sobre los pómulos, esas cejas perfectas que daban el contrapunto a los ojos más bellos que ninguna mujer podría igualar, que admiró esa boca voluptuosa, ligeramente entreabierta que soltaba pequeños suspiros, que devoró el principio de esos pechos, permaneciendo el resto tapado por la sábana, que recorrió esos mechones sedosos, largos, que se rizaban de manera envolvente, imitando las curvas de su cuerpo.

Mientras la miraba, mientras velaba su sueño, escuchó relinchos de caballos, clientes que se iban, risas de borrachos y exabruptos de hombres satisfechos y supo, que esa era su mujer, que la tenía que proteger de hombres como él, que no permitiría que se fuese de su lado. Nunca. Jamás. Y sin poder aguantar más, sintiéndose como un salido, porque eso era lo que esa preciosidad provocaba en su cuerpo, comenzó a acariciar las cumbres tapadas

con la sábana, y sonrió al ver lo pronto que se endurecían los pezones y cómo ella, todavía en sueños, se retorció levemente y su boca lasciva emitía gemiditos. Y cuando abrió los ojos y lo miró, él vio muchas cosas y la cogió por la cintura, tan rápido, montándola encima de él, que ella se vio de repente acoplándose a su miembro, deslizándose como en un tobogán y colocando sus manos sobre ese torso duro y suave a la vez. Mirándose, mientras las manos de él estaban en su diminuta cintura, con los cabellos desordenados cayendo en cascada, le indicó cómo debía cabalgar sobre él, sin palabras, solo con el movimiento de sus manos y el de sus caderas y esos ojos que no dejaban de contemplarla, de analizarla, o de lo que fuera. Ella se dejó llevar apoyada en esos pectorales tan musculados, montó como cuando aprendió en el rancho y lo trató como si fuese un potro y él se dejó hacer, disfrutando de que ella fuese tan receptiva, de que a pesar de las circunstancias, a pesar del enfado que tenía, en el fondo y en la superficie le gustaba que fuese así, que no se comportara como una remilgada puritana, o una estrecha católica que piensa que el sexo es un acto repulsivo y que la única finalidad es la de engendrar hijos. Porque él nunca lo consideró así, pensando que, si los cuerpos estaban hechos de esa forma, no solo era para perpetuar la especie, sino para jugar, para disfrutar y para hacer todo lo que diera la gana, y pensando así, masajeó los opulentos pechos, abarcándolos con las manazas y sobándolos a su antojo, sabiendo que le gustaba, contemplando esa cara de placer, esa boca entreabierta, esos ojos brillantes y esas mejillas acaloradas. Hizo que se inclinase sobre él, para meterse los pezones en la boca, para chupar uno y luego otro, con lascivia, con avaricia, rodeándolos con la lengua, succionando con la boca, sabiendo que los enrojecía, que los irritaba, pero que a ella no le importaba. Y entonces hizo, que sin salirse, llevase las piernas hacia delante y ralentizó los movimientos, para clavar la mirada en esos rizos rojos, en esa vulva enrojecida, para colocar las manos en el trasero y aupándola, mirar cómo su pene entraba y salía, despacio, volviendo a entrar y volviendo a salir, y cómo ella miraba también, con esos preciosos ojos llenos de curiosidad, llenos de deseo, sintiendo que la pervertía, que la hacía partícipe de lo que a él le gustaba; pero solo para él, nada más que para él. Porque mientras jugaban a ese juego, mientras sujetaba ese culo perfecto, para hacer la penetración más lenta y los ojos de ambos miraban la unión de sus cuerpos, para después mirarse a la cara y él ver cómo ella se mordía el labio de una manera lasciva, provocadora, ya sabía que si algún hombre osaba tocarla lo mataría, y si ella tenía la tentación de abandonarlo o de fijar

sus ojos en otro, la mataría. Con ese pensamiento negativo, lúgubre, volvió a la carga y haciendo que ella echara las piernas hacia atrás y cabalgase como si la persiguiera el mismo diablo, llegaron al orgasmo de una forma violenta y nada normal, para una virgen recién desvirgada.

Para una virgen dada al mejor postor.

La mantuvo encima durante un par de minutos, sabiendo que ella no se atrevía a moverse por miedo y transcurrido ese tiempo, la cogió por la cintura y la dejó en su lado, mientras él se limpiaba con la sábana y se levantaba de la cama luciendo su desnudez sin ningún tapujo; y ella, a su vez, recorrió toda la longitud de ese hombre, desde la punta del cabello hasta los pies. Era perfecto, todo músculo, sin grasa por ninguna parte. Era una maravilla. Era como esas esculturas que admiraba, pero con una gran diferencia; lo que tenía entre las piernas era grande, nada de abultar más los testículos que el pene, no, ahí abultaba todo, todo era grande y todo llamaba su atención. Ella ya conocía ese pene, ya se lo había metido en la boca y lo había mirado detenidamente, mientras lo rodeaba con su mano y seguidamente pasarle la lengua, pero ahora, visto en ese contexto, con una desnudez total, sin ropas que taparan el resto de la belleza más abrumadora, más masculina, tomaba otra dimensión... y a ella le gustó todo lo que estaba viendo. Los hombros tan anchos y las caderas estrechas llamaban tanto la atención, como ese culo perfecto. Por Dios Santísimo, le gustaba tanto que sintió pánico. Sus ojos así lo demostraron, pero él al mirarlos imaginó que esa mirada de cierva asustada era debido a lo que le esperaba, a lo que él pensaba hacer. Sus palabras sonaron claras y precisas, sin mostrar nada de cariño.

Seguía enfadado, a pesar del placer vivido, a pesar de que ya era suya.

Seguía muy enfadado.

—Vístete. Nos vamos. —No levantó la voz, pero la orden fue dada sin reparos y los ojos azules la taladraron.

No supo cómo, pero le contestó. De una forma valiente, pero estúpida tratándose de un hombre como Brandon. Pero, aun así, quiso dejar constancia de sus pensamientos y si no lo hacía ahora... ¿cuándo?

—No. Me voy a ir a Nueva York. Ya lo tengo decidido. Cuando madame Berry me dé mi dinero. —La carcajada sonó en toda la habitación, mientras terminaba de vestirse, pero no era de alegría, pues maldita la gracia que le hacía, que después de lo ocurrido siguiera con esa estúpida idea. Guardó la corbata en el bolsillo de la chaqueta, se puso esta y terminó de abrocharse el chaleco.

—Te vienes conmigo. Olvídate del Este de una puta vez. ¿Acaso crees que voy a dejar que desaparezcas con un posible embarazo, de un hijo mío en tus entrañas? No, dulzura. Tú te vienes conmigo. Y con relación al dinero, olvídate de ello.

Ella lo miraba con cara de asombro, con miedo, con enfado. Ahora sí que no se iba a librar de ser su amante, de ser su querida, su mantenida, su puta. Con hijo o sin hijo, es lo que sería y cuando se cansara de ella, ¿qué?

—Cuando te canses de mí, ¿me podré ir entonces? Cuando ya no me desees, o cuando creas que ya he pagado por no esperarte, ¿ya no querrás tenerme cerca? —Él la observó, sin querer decirle lo que sentía, pues ni él mismo estaba conforme con ese torbellino de sentimientos.

Y lo que era peor, no quería ser vulnerable ante ella. Algo así, era lo peor que le podía pasar a un hombre. Vulnerable por una mujer... antes muerto, hostia, pensó apretando los dientes.

—Te vienes conmigo. Vivirás conmigo y cuando esté divorciado, serás mi esposa. —Ella no podía creer lo que estaba oyendo. Seguro que decía eso para conformarla, para engañarla. Ella era católica y no podía casarse con un divorciado, pero él sí podía divorciarse, pues era protestante y no era extraño en esa gente. Se había quedado sin palabras—. Vamos, no te hagas la remolona. Levanta y ponte ropa decente. —Ella enrojeció, pero cerró la boca.

Vio cómo el hombre se acomodaba en el mismo sillón donde la había esperado y aunque no le viera el rostro, sabía que la estaba mirando, pues sabía que eso le gustaba y recordó en Chicago, cuando en su habitación después de haberla masturbado, se levantó para cambiar al bebé y le ordenó que lo hiciese desnuda. Bien, pues que mirase todo lo que le diera la gana, pues no se iba a esconder como si fuese una tonta mojigata, pues para qué, si ya no era virgen. Y así lo hizo, se comportó como si estuviese sola, estirando sus largas y torneadas piernas para levantarse, sin ocultar la mata de rizos y notando el bamboleo de los pechos, fue hasta el armario que se encontraba en la pared contraria a la cama y lo abrió para sacar una de sus sencillas faldas y una blusa oscura, también sacó un corsé, un calzón, una enagua, la camisola y medias negras. Lo colocó todo encima de la cama y se fue vistiendo. Unas veces le daba la espalda, mostrándole el culo en todo su esplendor mientras se colocaba el calzón, para después darse la vuelta y ponerse la delicada y transparente camisola y a continuación el corsé que se abrochaba por delante, colocándose los pechos como cuando estaba sola, incluso, acentuando los movimientos para que él fuese consciente de cada parte de su cuerpo.

Y ante ese espectáculo, las palabras del hombre no tardaron en llegar.

—¿Estás provocándome? —Ella, mirando esas piernas, siguió con su tarea y se puso la enagua, al tiempo que se humedecía el labio inferior y se disponía a contestar.

—Estoy obedeciendo órdenes. Me estoy vistiendo. No tengo culpa si se siente provocado por nada. —Había vuelto al usted.

—No vuelvas a llamarme de usted. No lo deseo, no me gusta. —Ella se sentó en el borde de la cama y cogió una media negra. La enfundó en el delicado pie y fue subiéndola despacio hasta llegar a medio muslo. Hizo lo mismo con la otra, mientras escuchó y vio, cómo el hombre descruzaba las piernas y apoyaba los antebrazos en los muslos, mostrando el rostro a la tenue luz.

La miró durante unos segundos, que a ella le parecieron horas.

—Eres lo más precioso que he visto en mi vida —las palabras rascaron el aire y ella sintió un cosquilleo en el vientre—. Si no tuviera ganas de abandonar este lupanar, te arrancarías la ropa y te follaría hasta que gritases, hasta que pidieras clemencia —las palabras eran groseras y ella era muy consciente, pero a pesar de ello, o tal vez por ello, se atrevió a ser deslenguada.

—Igual tendrías que ser tú, el que pidiera clemencia.

La carcajada retumbó en la habitación y ella se arrepintió de lo dicho, pues en ese momento él se había levantado y se acercó hasta ella, invadiendo su espacio, dando cuenta de lo hombre que era y de lo que ella sentía por todo lo que significaba.

Brandon cogió la falda y se la dio, sin dejar de sonreír, mirándola como si se la fuera a comer. Ella se la puso deprisa y cogiendo la blusa, se dio cuenta de que se abrochaba por la espalda. Metió los delgados brazos, deseando que dejase de mirarla de esa forma y se giró al tiempo que se recogía el espeso cabello a un lado, para que él le abrochase los pequeños botones. Y notando esa cercanía, notando esos hábiles dedos que iban cerrando la blusa y que al llegar al cuello se volvían más lentos, para permanecer a su lado más tiempo, sintió cómo agachaba la cabeza y se acercaba al cuello y le dijo al oído:

—No te he podido olvidar. Te he llevado en mi pensamiento desde que te fuiste y no voy a permitir que algo así, vuelva a suceder. —Dejó caer sus labios sobre esa piel, besando y lamiendo durante unos segundos. Sintiendo el temblor de ese cuerpo, colocó una mano sobre el talle y la rodeó hasta

quedar debajo de un seno, volviendo a colocar la cabeza en el hueco del cuello, al tiempo que le murmuraba—: Seré capaz de cualquier cosa, si intentas separarte de mí. Mataré a cualquier hombre que quiera algo contigo y te mataré a ti, si intentas aprovechar la ayuda que pueda darte algún tonto que se prenda de tu belleza y de tus palabras. Tenlo presente —amenazó, mientras acariciaba el cuello con sus labios, cuando salían esas palabras, que eran de todo, menos ficticias, sabiendo que no hablaba por hablar—. Te quiero a mi lado, siempre. Para poseerte cuando me plazca, para darte placer hasta que no lo aguantes, para contemplarte cuando esté saciado, para volverme a saciar cuando me dé la gana —las palabras roncas la encendían, pero las amenazas le daban miedo porque sabía que él no se tiraba faroles. Pero a pesar del miedo, la excitaba hasta un punto desconocido y quería seguir oyendo esas cosas que le decía. Como si él le hubiera leído el pensamiento, colocó la otra mano debajo del otro pecho, e hizo con ese acto que ella dejara caer la cabeza debajo de su hombro y cerrara los ojos para suspirar profundamente—. Quiero que seas mi compañera, mi amante, mi esposa... quiero que seas la madre de mis hijos. —En ese momento, los dos escucharon pisadas y él se separó despacio, dejándola atontada con las últimas palabras.

Abrió la puerta y vio a la rubia que, mostrando una sonrisita, le dijo que su cochero había llegado y que esperaba en la puerta trasera. Él le preguntó dónde estaba la madame y ella le dijo que esperaba abajo.

Sin más preámbulos, miró a Jennifer sin mostrar apasionamiento de ninguna clase, como si lo dicho anteriormente no hubiese sucedido. Como si esa voz dura, varonil, no la hubiese acariciado con las palabras más embriagadoras.

—Vámonos, si tienes que coger algo personal, hazlo ya. Por la ropa no te preocupes, donde vamos tienes todas tus cosas. —Ella se azoró, los nervios hicieron acto de presencia, pero intentó esquivarlos.

Se dirigió al armario y cogió una de sus bolsas de viaje. En ella guardaba ropita de Jonah y unas fotografías que mandó hacer el padre de Brandon, cuando todavía era un niño feliz y aún vivía. Había dicho, «tus cosas, donde vamos tienes tus cosas». ¿Se refería al guardarropa que le hicieron en Chicago? ¿No se había desprendido de ello? ¿Tanto se acordaba de ella para conservarlo? O tal vez lo guardó porque eran prendas costosas, muy costosas.

Pero no se atrevió a soltar esas preguntas, porque él volvía a estar frío, arisco y la miraba de una manera extraña.

—¿No te robaron? —fue la hosca pregunta que le hizo al reconocer la bolsa de tela tapicera que llevaba en su mano.

La rubia seguía en el mismo sitio y no perdía detalle de cada palabra, de cada gesto. Y debido a su experiencia, sabía que la dureza de esas palabras y de esa mirada, escondía la fuerte atracción que sentía por la pelirroja; incluso, algo más que una simple atracción pues, a fin de cuentas, ¿qué hombre en su sano juicio pagaba ocho mil dólares por un virgo? Aunque fueran cuatro mil, porque los otros no los pagaría ya que se llevaba el premio, sin contar con el acuerdo al que hubiera llegado con la jefa. La rubia meneó la cabeza y mirando a la pelirroja, esperó la contestación, sabiendo de sobra que estaba molesta por tenerla de testigo.

—Me robaron en la calle el dinero. —No quiso dar más explicaciones y el hombre dejó de mirarla, desplazando la vista hasta la rubia, dándose cuenta de que estaba incómoda por tener a la puta de testigo; incómoda y avergonzada.

—Dile a madame Berry que bajamos al momento. —La prostituta no remoloneó. Asintió con la cabeza, dio media vuelta meneando el vuelo de su bata de seda y desapareció escaleras abajo, mientras Jennifer cogía la otra bolsa.

—¿Ya está? —preguntó clavando los ojos en ella.

—Sí. —Una mano grande se estiró, dándole paso. La muchacha irguió su cuerpo y traspasó la puerta para llevar sus pasos a la escalera. Para llevar sus pasos, a otra etapa de su vida. A la incertidumbre total. Porque no terminaba de creerse todo lo que le había dicho. No se veía siendo la esposa de ese hombre.

Dentro del lujoso landó, se tapó con la manta. No es que hiciese frío, pero era una de esas noches que soplaba un viento desagradable, y aunque corriese el mes de junio, y faltase poco para el amanecer, la ligera blusa no le daba cobijo.

Cuando él subió, se acomodó enfrente y rápidamente se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. Una vez que él volvió a su asiento, vio cómo ella metía los brazos por las mangas y se envolvía en la prenda, casi desapareciendo dentro. Su boca se torció en una especie de sonrisa y no apartó los ojos de ella. Viéndola así, tapada con la manta, arrebuja dentro de su chaqueta, rememoró la despedida de las dos mujeres. Alana la había cogido entre sus brazos y después le había besado las mejillas, pero no logró enterarse de las palabras susurradas al oído de la joven. Igual que Jennifer,

una vez que ya estaba en el coche, no vio el dinero que él le dio, cuatro mil dólares, más el siete por ciento de ocho mil. Cuatro mil quinientos sesenta dólares. Tampoco escuchó las palabras de la mujer que la había cuidado en su enfermedad y que, a ciencia cierta, la había salvado de la muerte.

—Cúidela, señor Cooper, es una criatura especial, es la perfección absoluta, es la hija que me hubiera gustado tener, y es la esposa que cualquier hombre con un mínimo de inteligencia le gustaría poseer. Pero no olvide, que una mujer como la que se lleva no desplegaría todo su potencial con un hombre de cortas entendederas, pero uno como usted, ella podría ser la mujer más feliz del mundo y, señor Cooper, es usted el hombre más satisfecho de la tierra.

Cuánta razón llevaba, maldita sea. Alguna vez en su vida había pensado en que podría tener una mujer a su altura, una mujer a la que admirar y no solo para follarla, sino para amarla, para tratarla de igual a igual... era algo difícil de considerar, todo el conjunto, pues él, como todos los hombres, era dominante y consideraba a las mujeres más débiles, pero no menos inteligentes o menos astutas, pues lo que no tenían en fuerza lo potenciaban en malicia, o en otras malas artes femeninas.

Más de una vez había visto cómo una mujer le daba la vuelta a la tortilla para que el hombre creyera lo que ella deseaba y él había tragado y había pensado que era el más listo y el que llevaba la batuta. No. El hecho de ser machista o dominante, que no misógino, no quería decir que menospreciase al sexo femenino, pero iguales no eran, al menos físicamente y eso, marcaba el resto de la personalidad. Pero una cosa estaba muy clara para él, que Jennifer se salía del molde, que había sido una valiente al quedarse con el pequeño Jonah y al tramar el cambio de identidad para que nadie se lo quitara, nada más que la muerte; y después de esa desgracia, no había dudado en largarse con viento fresco sabiendo que podía haber vivido sin problemas. Pues, a pesar de las intenciones que él llevó en su momento de hacerla su amante, si ella se hubiese negado, no la habría forzado, pero tampoco la habría dejado en la calle si hubiera decidido recobrar su verdadera identidad.

Ella se fue, aprovechando su ausencia, con la pena auestas, tan reciente, para acabar como... eso quiso saber y quería hablarlo mientras duraba el trayecto hasta San Francisco, pero ella se había dormido como un lirón. Nada más meter los delgados brazos por las mangas de su chaqueta, se cobijó y se durmió en menos de dos minutos. Al principio, pensó que estaba haciéndose la dormida, pero nada más lejos de la verdad, de hecho, fue

resbalando hasta casi quedar acostada, cosa que él aprovechó para ponerse a su lado y acomodarla en su regazo, y ella, no despertó, al contrario, se acomodó a sus anchas, rozando con ese cabello frondoso su entrepierna y poniéndolo en una media erección entre placentera y dolorosa. Cuando llegaron a Marina, la cogió en brazos, la metió en la casa y eso hizo que despertase de golpe y que pidiera, muy avergonzada, que la dejase en el suelo. Sus palabras fueron claras y concisas:

—Aquí será donde estaremos por el momento. Un matrimonio cuida la casa y atenderá cualquier cosa que necesites. Lín Yu estará a tu cuidado. — Esos ojazos dorados, soñolientos, lo miraron sin pestañear y la cabeza pelirroja asintió varias veces, sin dejar de mirar esas profundidades azules.

Le quitó la chaqueta con delicadeza y sin poderse contener, pasó una mano por la tersa mejilla, acariciándola con lentitud.

Sin más, se fue.

CAPÍTULO 14

Esa madrugada, Lín Yu la llevó a la última planta, donde la escalera penetraba en una gran sala, una única habitación. Una cama enorme la esperaba en el fondo y ella ya no se fijó en nada más. Se fue hasta ese lugar de descanso, sonriendo para sí al encontrarse con una cama mullida y acogedora, mientras el oriental daba la vuelta y descendía las escaleras, con una gran sonrisa en los labios. Por fin, su jefe tendría paz, por fin, su humor mejoraría.

Por fin, todo parecía encauzarse.

Los ojos dorados miraban el horizonte por una de las tres ventanas que tenía esa sala-desván-dormitorio, pues cualquier uso era factible. La mirada de la joven recorría la entrada de la bahía de San Francisco, las islas de Alcatraz y de Yerbabuena, se veían con claridad, pues el día era luminoso con algo de viento procedente del océano, después miró más cerca, hacia abajo, el muelle donde estaba atracada una goleta y varios hombres subían y bajaban, constantemente, y otros en cubierta, estaban desplegando velas. Y entonces lo vio; salía de un almacén y le acompañaba otro hombre casi tan alto como él. Era el capitán de esa goleta, pero ella no lo sabía. Brandon dio órdenes a unos marinos y estos se pusieron a apilar grandes cajas, que enseguida subieron al barco y desaparecieron en la bodega. Jennifer no quitó la mirada de ese hombre, recorriendo su cuerpo vestido con una camisa blanca, pantalón negro y un chaleco abierto. Señor, era imponente, era perfecto, solo mirarlo le cortaba la respiración. El sol le daba en los cabellos, haciendo brillar ese color tan oscuro y una mano grande se deslizaba por esas ondas cuando el aire lo alborotaba. Siguió hablando con el capitán, le dio una palmada en el hombro y volvió al almacén, mientras el otro subía al barco. Ella suspiró.

Dejó de mirar el exterior y se concentró en la habitación. Los baúles con sus ropas estaban apilados en la pared contraria, la gran cama al fondo; debajo de las ventanas, una mesa grande ideal para trabajar, con varias sillas

y dos sillones de terciopelo, confortables, mullidos y grandes y enfrente de estos, un mueble de cajones estrechos, alto, apoyado en la pared, que casi llegaba al techo. En otra pared, un armario grande y una cómoda con un espejo barroco y el suelo, cubierto de alfombras indias. Pero lo que la dejó atónita, fue ver una máquina de coser nuevecita y descubrir el contenido de ese mueble de cajones.

Cuando se despertó esa mañana, ya eran las diez y su cuerpo y su mente, estaban un tanto atontadas. Pero rápido espabiló, sintiendo escozor en sus partes y acalorándose con los recuerdos de la noche pasada. Sus ojos hicieron un barrido por toda la habitación, gustándole lo que vio, pero quedando clavados en lo que le pareció una máquina de coser. Se levantó veloz y se dirigió hasta la mesa. La miró detenidamente, sin tocarla, y después de unos minutos, deslizó los dedos por la superficie brillante. Estaba nuevecita, parecía que no la había tocado nadie, ni tan siquiera tenía enhebrada la aguja. Una enorme sonrisa iluminó su cara y el corazón le palpitó más deprisa. La habría comprado para ella, se preguntó, no pudo evitar dar varios saltitos como si volviese a ser pequeña, como si hubiera encontrado regalos destinados a ella. Con la sonrisa en la boca, se dirigió hacia una puerta y la abrió, encontrándose un baño con lavabo, inodoro y una pequeña bañera exenta, perfecta para un baño placentero. Con la sonrisa permanente, cerró la puerta para hacer su aseo matinal y calmar algo ese escozor, aunque lo cierto era, que no le preocupaba lo más mínimo.

Un rato después, pensando en bajar y ver quién andaba por la casa, miraba por una de las ventanas, para hacerse una idea de dónde estaba. La casa de tres plantas, asentada sobre ocho pilares de piedra, se hallaba en la zona alta de Marina y tenía una panorámica de todos los alrededores, la bahía, los muelles y la parte baja. No era una zona lujosa, para nada, pues normalmente todo lo que rodea los muelles, sea de la ciudad que sea, no es así. Pero se fijó que el tranvía llegaba hasta ahí, y también el tendido de cables, marcando un paralelo de postes de madera en vertical, con las paralelas del tranvía en el asfalto. El almacén de la parte baja, también convivían con más de una casucha y las edificaciones mejoraban según subías, pero no eran muchas y estaban desperdigadas. Esa casa estaba en la zona más alta y al estar ella en la tercera planta, tenía una visión de casi 360 grados, viendo el océano, la bahía y la ciudad alrededor, pues dos ventanas se encontraban al oeste, hacia la bahía y la otra, hacia el este. No era lujosa, pero sí confortable, práctica y grande. Volvió a desplazar la mirada por dentro y

clavó esos ojos dorados en el mueble de cajones, llevó los pasos hasta ahí y se colocó enfrente. No supo por qué, pero le daba que no estaban vacíos. Abrió el primero de arriba y ahogó una exclamación, estaba lleno de hilos de todos los colores, abrió el siguiente, y más hilos, de más colores, de distintos grosores, hilos de plata, de oro, de seda, de algodón. Estaba anonadada. Continuó con el resto, viendo madejas de lanas y rollos de telas, para bordar, para coser, arpilleras para tapizar, encajes y abalorios de todo tipo. Agujas de todos los tamaños y distintos grosores, y una cajita pequeña, donde estaban las agujas de repuesto de la máquina de coser y otros artículos. Todo ordenado de manera pulcra, perfecta. Se notaba a la legua que había sido colocado y dejado ahí. ¡Vaya! La joven no daba crédito y de golpe se le llenaron los ojos de lágrimas, sería todo esto para ella, lo habría mandado comprar para ella, o tal vez pertenecía a la señora que llevaba esa casa, o a la dueña de esa casa. Se limpió los ojos y cerró todos los cajones, uno por uno, despacio, sin hacer ruido y más confusa que nunca.

No se dio cuenta, escuchó las pisadas cuando estaban subiendo el último tramo de las escaleras y al volverse, lo vio. Por Dios, por todos los santos, cómo podía ser tan guapo, cómo podía trastornarla de esa manera. Y al ver esa mirada recorriéndola de arriba abajo, dio gracias por haberse puesto un vestido de los que le hicieron en Chicago. Era oscuro, pues no le apetecía vestirse con colores claros, su alma seguía llorando todas las pérdidas, en especial, la del pequeño Jonah; pero ese vestido azul marino con pequeñas florecillas de color malva, se pegaba a su cuerpo, marcando esa cintura tan pequeña y esos pechos exuberantes. Y la mirada azul, dio cuenta de ello, recreándose a sus anchas, pero con el semblante serio, muy serio. Ella no se atrevió a decir nada, ni a moverse. Fue él, el que dio dos zancadas y se colocó frente a ella, obligándola a echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—¿Has dormido bien? —esa voz, recorrió todos los nervios de su cuerpo. Las mariposas de su estómago revolotearon como locas, sintiendo la cercanía del hombre, escuchando la voz grave y profunda y recordando la noche pasada.

—Sí. Gracias. —Él la observó despacio, desplazando la mirada por la boca, por los dorados ojos.

—Estás en una casa de mi propiedad. Puedes moverte a tu antojo, pero sin salir de aquí. Un matrimonio la cuida, trabajan para mí y están a tu entera disposición. Lín Yu también se queda, para cualquier cosa que necesites. — Hizo una pausa, devorándola con la mirada, viendo cómo esos pómulos se

ponían rosas y continuó—: Como se te ocurra escapar, darás lugar a que ese buen matrimonio que trabaja para mí desde hace años, se vea en la calle. Y el siguiente, Lín Yu. —Los ojos horrorizados de la muchacha no daban crédito. La estaba amenazando, no daba crédito, ¿por qué la trataba así?

—Yo no voy a escapar —susurró con miedo, dándose cuenta de cómo el hombre la miraba, la analizaba, queriendo penetrar en su mente. Pero ella no era una cobarde y no iba a comenzar ahora. Tragó saliva y estiró el cuerpo para dar más ímpetu a las palabras y que él viese que no se dejaría avasallar—. Pero no creo que sea buen camino amenazar y hacerme cargar con la culpa del porvenir de otras personas. Eso no es justo. Pero si la cuestión es hablar con franqueza, yo también lo haré. —Él no pestañeaba, no retiraba la mirada glacial de esa preciosa cara y ella, tuvo que tragar saliva, otra vez, sabiendo que eso era síntoma de miedo, de nervios, de inseguridad, pero no le importó y no se amilanó—. Estaré aquí hasta que me convenga. No voy a consentir que me maneje nadie; ya soy mayorcita como para que me digan lo que tengo que hacer y cómo lo tengo que hacer. —Pero ella no había contado que Brandon Cooper estaba para pocas bromas.

—Estarás aquí hasta que yo diga. Y cuando termine unos asuntos pendientes, nos iremos a Oregón. —La deliciosa boca de la joven, se entreabrió y la mirada del hombre se clavó ahí, en los labios, en la lengua rosada, en los blancos dientes. Dios, cómo deseaba besarla, abrazarla, comérsela entera. Deslizó la mirada, llevándola a los ojos y comprobando que la muchacha se había quedado sin palabras. Él, decidió suavizar el carácter y llevó una mano a la delicada barbilla, acariciándola y notando cómo temblaba—. Te dije que me voy a divorciar y que serás mi esposa. —Siguió acariciándola, viendo cómo se llenaban los ojos de lágrimas—. ¿Lloras porque me voy a divorciar, o porque no quieres ser mi esposa? —Pero ella siguió sin contestar y rompió a llorar de una. Él la abrazó, le frotó la espalda, le acarició la nuca—. Vamos, pequeña, no llores. ¿Qué pasa? Háblame. —Ella se separó, intentando recomponerse, limpiándose la cara como pudo.

—No puedo casarme con un divorciado. Soy católica. —Él la miró sin pestañear, sin creerse lo que estaba oyendo. De repente rompió a reír, soltando una carcajada que la asustó más de lo que estaba.

—Por todos los demonios, no he conocido una mujer como tú. En mi puta vida. De verdad que no. Haces que me arda la sangre cuando te veo, haces que esté enfadado meses por haberte perdido... y ahora que vuelvo a tenerte, ahora que eres mía de verdad, ahora me dices esa sandez. —Ella no

se atrevió a replicar, solo se dedicó a mirarlo con esos ojos brillantes por las lágrimas derramadas, con las largas y espesas pestañas mojadas.

—Yo no pienso hacerme católico, ya tengo bastante con una religión; de modo que solo nos queda la opción de que seas tú la que se avenga a mí. Luego, en la intimidad, puedes rezar a quien quieras, puedes tener las vírgenes que te dé la gana, no me importa. Pero serás mía, ante la ley, ante lo más sagrado y ante el resto del mundo.

Se quedaron callados durante un rato, mirándose, evaluándose y entonces, ella preguntó:

—¿Puedo utilizar la máquina de coser? —Él pareció confuso durante una milésima de segundo, para mostrar esos dientes blancos y fuertes y soltar una risotada.

Deseó tocarla, pero se contuvo. Jesús, qué esfuerzos tenía que hacer para no arrancarle la ropa y poseerla.

—Todo lo que hay aquí, en esta casa, es tuyo. Haz lo que desees. —Ella sacó la punta de la lengua y se humedeció los labios, sin saber que él se encendía con ese gesto. Y para colmo, seguidamente, se mordió ese delicioso labio inferior, antes de volver a preguntar—: ¿Los hilos y todo lo demás también? —Ahora no sonreía.

A pesar de que él rabiaba de puro deseo, veía la pureza de esa criatura, la franqueza y la inocencia, sintiendo un ramalazo en las tripas, sintiendo que tenía que protegerla con su vida, sintiendo que algo así, no le había pasado en la vida, ni le volvería a pasar, pues no había una mujer como la que tenía enfrente. ¿Era esto el amor? ¿Era la pasión desenfrenada que sentía por ella, además de la necesidad de sobreprotegerla y de que fuese únicamente suya, para siempre? Algo así, no había existido para él, entonces...

—Todo, Jennifer. Absolutamente todo —fue la contestación fría, contundente, pero por ese mismo motivo, ella la sintió franca, verdadera. Y esa manera de mirarla, provocaba que ella lo mirase igual.

—Gracias.

Las miradas, enganchadas, decían mucho. Si hubiesen tenido espectadores, todos sin excepción, habría dicho que esa pareja estaba enamorada, pero de una forma abrumadora, pasional y salvaje.

El hombre retiró la mirada y se dirigió a las escaleras y sin volver la cabeza le habló antes de irse:

—Baja a la cocina, la señora Tracy te ha preparado un succulento almuerzo. —Ella lo vio desaparecer y rodeándose con sus brazos, se quedó

quieta durante unos minutos.

Después, se dirigió a una de las ventanas y miró hacia abajo, viendo cómo él salía de la casa, hablaba con Lín Yu y por una casualidad, o no, elevó la mirada y se miraron durante un momento. La joven pegó la frente al cristal, mirándose, y cuando él dejó de hacerlo, dio media vuelta y emprendió el camino hasta los almacenes, ella lo siguió con la mirada todo el trayecto, hasta que desapareció al doblar una esquina.

La invadió una extraña sensación, sintiendo miedo, alegría y confusión, todo junto, pero decidiendo que no iba a escapar de ese hombre. Ahora, no. Estaba cansada de luchar contra el destino, estaba cansada de perder a seres queridos y deseaba con todo su ser, que ese hombre la amase, la protegiese, pero especialmente, deseaba amarlo con pasión, con devoción y entregarse a él, de todas las maneras. Con ese pensamiento, bajó las escaleras, dispuesta a conocer al matrimonio Tracy.

Henry estaba histérico, pero para adentro y no lo iba a pregonar a los cuatro vientos y menos ante las mujeres de su casa. Miró a su esposa y puso los ojos en blanco.

—Por todos los santos, haz que se tranquilice. No puedo aguantar tantos llantos —y bajando la voz, más para sí mismo que para las mujeres, añadió—: No me extraña que Brandon esté hasta los cojones. Esto se veía venir. Yo lo veía venir. —Fijó la vista en su hija que, hecha un ovillo en el sofá del lujoso dormitorio, lloraba a moco tendido—. Sophie, por el amor de Dios, deja de llorar y atiéndeme. —Nada, como si hablase a la pared y encima, para colmo, su esposa le pasaba una mano por la espalda, que solo la animaba a llorar más fuerte todavía.

Sin más preámbulos, soltó un berrido, logrando lo que quería. Las dos mujeres lo miraron asustadas, la hija con los ojos hinchados de tanto llanto y la esposa, sorprendida de que su marido fuese tan poco delicado en esos momentos.

—Deja los lamentos y compórtate con entereza. Sabes de sobra que Brandon no va a cambiar de opinión, que lo tiene muy claro, que no quiere seguir viviendo contigo. ¡Ni se te ocurra ponerte a llorar otra vez! Es imposible que tengas más lágrimas. ¡Por Dios! Vamos a ver, esto que está pasando, en parte, te lo has buscado tú solita. Sí, sí, no me mires así. Y no me refiero a los abortos, porque tú no tienes culpa de eso, pero con relación a la

manera que has llevado tu matrimonio, sí. Un sí rotundo. Mira que te lo dije, te lo dije desde el principio, desde la noche anterior a la boda: debes estar al lado de tu esposo, debes ir a todos los lados con él, debes tenerlo contento, te lo dije. Brandon es un hombre inquieto, nervioso, temperamental, era así cuando lo conociste y dijiste que irías con él a todos los sitios y luego, a la primera de cambio, comenzaste con las tonterías. Que si no tengo ganas, que si me encuentro indispuesta, que si Chicago no me gusta, que si los viajes en tren me cansan y en barco me marean. Los abortos han sido la culminación para que él vea que no eres la mujer que necesita, ¿no te das cuenta? Jamás te ha interesado lo que hace, no te has involucrado en sus negocios, en los edificios que ha construido... nada, solo te has preocupado de gastar y gastar, de presumir ante los demás y para colmo, dejarlo volar como un águila, solo, a sus anchas, cada vez más lejos de ti y no solo físicamente, sino enfriándose por momentos y haciéndose a la idea de que no tenía esposa. Esta manera de comportarte habría sido de recibo, si hubieras tenido hijos, uno al menos, porque de ese modo te habría dado la excusa para quedarte en casa, en la tuya o en la nuestra. Pero un hombre recién casado quiere a su esposa cerca, quiere una esposa que se involucre y que le dore la píldora si es necesario. Eso es así, siempre, desde que existen los hombres y las mujeres, ¿no te das cuenta? —preguntó, elevando las cejas canosas y abriendo mucho los ojos, mientras la hija lo miraba enfurruñada, más que eso, enfadada.

—Es horrible, eso es —gimió entre hipos—. Nunca me ha comprendido, no se ha dado cuenta de que una mujer no desea estar trotando para arriba y para abajo, pegada a sus pantalones y viendo cómo trabaja sin parar y aburriéndose constantemente. Es un egoísta. Y yo... yo una incomprendida. —El padre no dejaba de mirarla y sin saber por qué, le vino a la mente la imagen de la vida sexual que su yerno habría mantenido con su hija: sosa, aburrida, mediocre y pobre en todos los aspectos. La misma que él había tenido con la madre, con su esposa. Menos mal que existían otras, gracias a Dios.

—Está visto que no escuchas y tal vez deberías pensar detenidamente, quién es realmente egoísta.

La hija lo miró con los ojos llorosos, hinchados, de tanto llorar... y la madre... la madre pensaba que su esposo estaba siendo demasiado duro con su pequeña, con su niñita del alma.

—Y tú eres igual que él. Todos los hombres sois iguales. Interesados, egoístas, egocéntricos, que os unís para ponernos en ridículo. —El padre

levantó la mano, pues ya estaba harto de tanta idiotez; y menos mal, que la simple de su mujer mantenía la boca cerrada, que si no...

—Bueno mira, basta ya de tonterías, y da gracias que, dentro de lo malo, te va a dejar nadando en la abundancia.

—Pero si me ha dicho que si me vuelvo a casar pierdo la casa y la pensión mensual —gimoteó, lamentándose.

—Por supuesto, pues ¿qué te crees?, ¿qué Brandon es estúpido, qué va a dejar esta mansión que vale un riñón, para que la disfrute otro, o qué va a seguir pasándote una pensión para que un futuro marido se la gaste?, pues ni que fuese imbécil.

—¿Pero tú con quién vas? Pareces su abogado en lugar de mi padre, te comportas como si te fuera la vida en ello; parece mentira —susurró mientras se llevó el pañuelo a los ojos y se los restregó por enésima vez—. No se puede ser más desgraciada. —Él decidió ser un poco más considerado y se acercó hasta ella, viendo esos ojos rojos de tanto llorar y ese rostro de muñeca, abotargado. Se arrodilló a su lado, haciendo caso omiso a sus rodillas, a ver si de una puta vez la hacía entrar en vereda.

—Mira, tesoro, las cosas están como están y no hay vuelta atrás, no hay cambio de opinión. Brandon lo ha dejado muy claro, no quiere seguir casado y se acabó la historia. Te beneficias de todo lo que te da y si en el futuro te sale un hombre que te convenga en todos los aspectos, pues tan ricamente, y mientras tanto, disfruta de la vida, de los placeres que da el dinero, que no te va a faltar. Vas a seguir manteniendo tu tren de vida, lo ha prometido, lo ha firmado. ¿Acaso crees que yo no voy a velar por tus intereses?, por favor hija, no cojas ese camino, no es el correcto. —Vio los pucheros que hacían esos labios finos y le dieron ganas de largarse de ahí.

Lo hubiera hecho, si no llega a estar de rodillas.

—Tiene otra, estoy segura. —El padre movió la cabeza, armándose de paciencia—. Tiene una amante y se va a casar con ella.

—No hay otra, tesoro. No la hay. Eso es algo que yo sabría. Te puedo asegurar que, en estos momentos, no tiene ni amante, ni nada que se le parezca. —No le iba a decir a su hija lo de las fiestas a las que acudía su yerno, y que acababan en orgías. Algo así, no podía oír los tiernos oídos de su niña.

—Igual la tiene en Chicago, o en Oregón, o escondida en alguna de sus muchas casas —lloriqueó, sin saber que daba en el clavo. El padre la miró sin pestañear, armándose de paciencia para lograr su objetivo.

—Te digo que no. Está durmiendo en el despacho y las casas de la ciudad, las que ha vendido. Solo ha dejado la de Marina porque es ahí donde acomoda a los capitanes de sus barcos. Incluso ha pasado dos noches en el Palace. Y no le des más vueltas al asunto. Firma los papeles y deja que todo siga su curso.

—Voy a ser el hazmerreír de la ciudad, de todo el estado. Ninguna de mis amigas está divorciada. —Siguió lloriqueando, mirando a su progenitor con ojos de cordero lastimoso—. Mejor habría sido quedarme viuda, mucho mejor.

—Pues sí, cariño —le dio la razón el padre—. Pero no hemos tenido esa suerte. Así que, hay que coger el toro por los cuernos y dejarse de blanduras. Esto no tiene marcha atrás. —Ella volvió a mostrarse tozuda y el padre, levantándose y evitando hacer una mueca por haberle dado ese sufrimiento a sus pobres rodillas, se puso serio una vez más.

—Firma de una puta vez. —La esposa se llevó una regordeta mano a la boca, ante ese vocabulario—. No compliques más las cosas. Sabes que tengo negocios con Brandon y si te pones tonta, me vas a perjudicar. Y si me perjudicas, tu madre sale perjudicada, y si tu madre se perjudica, tú serás la siguiente en lo que tardo en hacer esto. —Hizo sonar los dedos, al tiempo que las dos mujeres lo miraban con los ojos como platos.

La joven no se lo pensó más, cogió la pluma y firmó los documentos, deslizándolos hacia su padre y mirándolo con ojos asesinos, pero sabiendo que tenía razón. Si Brandon se ponía en plan borde, les podía hacer mucho daño; ella quedarse con lo mínimo y su padre perder todos los beneficios que había adquirido desde que se prometieron. Había que ser consecuente. Su padre tenía razón, pero ella seguía pensando lo mismo. Su pronto exmarido, tenía que tener una amante, o al menos, una posible futura esposa en el horizonte, por eso tantas prisas. No era tonta, y sabía que Brandon la engañaba constantemente, desde el principio, desde antes de la boda; ilusa, pensó que cuando estuvieran casados él se conformaría solo con ella, qué tonta e inocente fue, pues Brandon necesitaba mucho en la cama, no se conformaba con poco y a ella, no le gustaba el sexo, solo besos y caricias, abrazos y poco más, lo que seguía, lo encontraba cochino y solamente necesario para poder tener niños. Y encima, mira, todos abortos. Qué mala suerte, pensó mientras veía cómo su padre guardaba los documentos en su maletín de piel, sin imaginarse que Henry en esos momentos daba gracias al cielo, porque las cosas se hubieran dado así de bien, después de aguantar

tanto llanto.

El hombre besó la frente de su hija y ni se molestó en hacer lo mismo con su esposa. Llevó sus pasos hasta la puerta y mientras salía de esa habitación y volvía a oír los llantos de su hija, sonrió. No se fijó en la fecha del documento firmado, mejor. Su yerno estaba deseoso de obtener el divorcio, con lo cual se había puesto la fecha de varios meses atrás y teniendo en cuenta que tenía amigos hasta en el infierno, no tardarían en dárselo. Lo que no podían las amistades, lo podía el dinero y si no, que se lo dijeran a él, se iba a embolsar diez mil dólares, contantes y sonantes. Los negocios eran los negocios. Era lo que Brandon le había prometido si Sophie firmaba y se avenía al acuerdo; y sabiendo que ese matrimonio estaba acabado, incluso comprendiendo que la falta de heredero era un hándicap, ¿por qué no se iba a beneficiar del asunto? Los melodramas los dejaba para las mujeres, el dinero para él. Saliendo de la casa de su yerno, o casi ex yerno, pensó en lo hablado momentos antes. Le había dicho a su hija que no había otra mujer, pero había mentido, pues él pensaba que Brandon tenía mucha prisa, de repente, de golpe, le habían entrado las prisas; y aunque él desconocía quién podía ser la amante, o incluso la futura esposa, pondría la mano en el fuego y no se quemaría. Pero la cuestión era, ¿quién? Los últimos meses había llevado el ritmo de siempre, trabajo, trabajo y más trabajo. Sabía de las fiestas privadas a las que acudía de tarde en tarde, hasta él intentó que lo invitaran, pero Brandon se hizo el tonto diciéndole que no sabía de qué le estaba hablando, y sin contactos, no podía entrar en esos ambientes. Se tenía que conformar con los burdeles, pero, aun así, le llamaba mucho la atención esas fiestas, donde todos y todas acababan en cueros y follando como conejos. Podía ser que hubiera conocido a alguna mujer en esas fiestas, pero no lo veía factible. Creía conocer a Brandon y sabía, que le gustaba el sexo y de una manera potente, pero casarse con una fornicadora en potencia no lo veía claro, tenerla como amante, tal vez, pero casarse... y lo que sí tenía claro como el agua, es que si solicitaba el divorcio era por algo, no para volver a estar soltero, no. Eso a él no le preocupaba, pues soltero hacía lo que le daba la gana y casado también. Claro, que también podía ser, que esa amante estuviera embarazada y de ahí las prisas, pensaba mientras arrugaba el ceño y entrecerraba los ojos, como si de ese modo expresara el cerebro al máximo y no se dejara nada en un rincón, mientras llevaba los pasos hasta la oficina de Cooper.

Y durante el trayecto, seguía absorto y venga a darle vueltas a la cabeza, al tiempo que saludaba con una amplia sonrisa a las señoras y una inclinación

de cabeza y se paraba con los caballeros más conocidos para cruzar algunas palabras y saludaba al resto, para seguir pensando. Y como quien no quiere la cosa, le vino a la mente la bella pelirroja. La bellísima cuñada que después de la muerte de ese niño tan hermoso, que su hija se empeñaba en decir que era hijo de Brandon, se había largado de Sacramento. ¿Dónde estaría, en Nueva York, en Chicago...? Podría ser que siguiera en contacto con Brandon, que fuesen amantes... pero, por otro lado, eso no cuadraba, porque si tienes a una hermosura como esa pelirroja, no estarías trabajando a todas horas, viajando sin parar, solo o en compañía de ese chino, todo este tiempo pasado. Lo sabía a ciencia cierta.

Vaya con la pelirroja, marcharse así, sin más, cuando podría haber vivido a cuerpo de reina, o al menos de princesa. De todos modos, era raro, siempre pensó que era raro, pues si el rancho o la mitad, era para Jeremy y el pequeño, al faltar los dos tendría que ser para la muchacha, la viuda, si no todo, algo. Tampoco es que supiera cómo estaba el testamento y cuando se le ocurrió preguntar a Brandon, este lo miró con cara de malas pulgas, diciendo que la chica se había largado por voluntad propia y que no tenía derechos, ni adquiridos, ni legítimos. Ahí había pasado algo, algo que solo sabría la familia y que no había salido de ese entorno. Puede ser que la chica se hubiera puesto farruca y le dieron puerta, con la bolsa llena, o puede que, con el dolor de la muerte del bebé, ella no quisiera seguir viviendo con ellos y también se fue con la bolsa llena, porque estaba convencido de que tanto Cooper padre como su yerno, no dejaban a una dama en la estacada; y por otro lado, si la chica no quiso seguir con ellos, era algo más que comprensible; porque aguantar a la madrastra de Brandon tenía un trago, y de los gordos. Menuda tipa, y eso que él se quejaba de la suya, pero al lado de esa bruja, su mujer era de lo mejorcito, bueno, tampoco había que exagerar. En fin, el tiempo diría, pero por lo pronto, se llevaría diez mil dólares y por descontado, ni su esposa, ni su hija, sabrían de ese dinero. Antes muerto. Subió las escaleras de la casa donde estaban las oficinas de su todavía yerno, dispuesto a entregarle los documentos y a mantener una relación, si podía ser, tan estrecha como antes, o tal vez más. No era rencoroso, y los negocios, a estas alturas de la vida, eran lo primero. Traspasó la puerta y desapareció en el interior de la mansión victoriana de California Street, saludando a todos los empleados con los que se iba cruzando, como si no pasara nada, como si todo siguiera igual que antes.

CAPÍTULO 15

Jennifer estaba intranquila, pues llevaba diez días en la casa y no había vuelto a ver a Brandon. Lín Yu le dijo que no se preocupase, que el jefe estaba muy ocupado y tenía que dejar todo solucionado antes de ir a Oregón. Cuando la muchacha quiso saber detalles, cosas de Oregón, Lín Yu como siempre, se escabulló diciendo que tenía mucho que hacer y que luego el señor Cooper le contaría. De manera que pasaba los días encerrada y el único aire que tomaba era cuando abría la ventana del desván y sentía los rayos de sol, la agradable brisa, o la niebla, o la lluvia tenue que venía del océano.

Con la señora Tracy hizo buenas migas desde el principio, pues era una mujer encantadora. Tenía la edad de la madre de Jeremy más o menos, y era regordeta, pequeña y con una cara bonita, pues no tenía ni una arruga y conservaba cierta lozanía gracias a los kilos de más. El señor Tracy, era todo lo contrario, alto, flaco, con el rostro chupado y arrugas profundas, pero a pesar del ceño fruncido y cara de pocos amigos, era un hombre bueno y amaba a su mujer profundamente, pues Jennifer, observadora como era, había visto las miradas que le lanzaba y cómo, en esos momentos, se le suavizaba la expresión. La señora Tracy lo sabía y se aprovechaba de ello, pero siempre sin maldad, pues se respetaban lo mismo que se amaban. Y de esa forma, acompañada del matrimonio y con Lín Yu danzando por los alrededores, pasaba el tiempo. Ayudaba a la señora Tracy, hacían pasteles mano a mano y cosían juntas algún rato, pero el resto del tiempo lo pasaba arriba, en su habitación como ella la llamaba. Le había cogido el tranquilo a la máquina de coser a la primera de cambio y en un par de días hizo unos vestidos para la nieta de la señora Tracy, que adornó con cintas de pasamanería, quedando preciosos y dejando a la señora Tracy con la boca abierta, y al esposo, mirando a Jennifer de distinta manera.

Tracy llevaba con los Cooper mucho tiempo, haciendo trabajos de todo tipo, pero años atrás, estando en la construcción de una nave en el valle de Sacramento, se cayó desde el tejado y se rompió una pierna. Desde entonces tenía una cojera, que trataba de disimular cuando había gente delante, pero

que le incapacitaba para muchas tareas; así que, cuando Cooper hijo le dijo que, si quería encargarse del mantenimiento de la casa de Marina y su esposa de las tareas del hogar, no lo dudó y aceptó. Tenían un sueldo más que aceptable y ningún gasto, viviendo en la casa, en la planta baja, con un dormitorio grande y cómodo, y lo que era más importante, su esposa estaba feliz. No necesitaba más.

De modo que, cuando Brandon se presentó con esa muchacha tan hermosa, supo que algo no andaba bien, o, al contrario, que andaba muy bien; según se mirase. Él, jamás había traído a una mujer a esta casa, pues era morada de capitanes de barco y de algún que otro invitado que le gustase la austeridad y no necesitara de los lujos de hoteles rimbombantes o de la casa de California Street donde estaban las oficinas. Tracy conocía a Sophie, igual que conocía al padre y sabía cómo era cada uno; la primera, una niña malcriada que cuando se casó, pensaba que Cooper iba a bailar sobre su mano y el padre, un interesado en sacar la mayor tajada posible de la relación con el yerno. Y esta pelirroja al cuidado de Lín Yu, solo podía significar que a Brandon le importaba, y mucho. Al principio, Tracy, de por sí reservado, observó a la muchacha, llevándose una sorpresa al ver su comportamiento, pues no solo parecía una dama, sino que se comportaba como tal, pero al mismo tiempo daba la sensación de que era una chica trabajadora, nada engreída, teniendo en cuenta ese aspecto tan despampanante y valorando las cosas en su justa medida. Era una belleza deslumbrante, pues todo en ella era perfecto, desde ese cabello hasta el rostro tan precioso y qué decir del cuerpo y qué decir de la mirada de Brandon cuando la trajo, o cuando estaba fuera de la casa y miraba hacia arriba, hacia las ventanas, buscando a la chica. Y cuando al chino se le escapó lo del divorcio, lo tuvo claro. Esta joven sería la nueva señora Cooper.

A los quince días, Lín Yu le dijo que preparase el equipaje pues salían al día siguiente para Oregón. Ella quiso saber más detalles, pero el chino, parco en palabras, no amplió la información. De manera que al día siguiente subió a una goleta de la compañía Cooper, que llevaba cítricos a Newport, después a Portland, Seattle y Alaska. Le asignaron un pequeño camarote, pero cómodo y acogedor, cosa que fue de agradecer, pues la joven se mareó una vez que empezó la travesía y no dejó de estarlo hasta que llegaron a Coos Bay, donde desembarcó con la compañía del chino que llevaba el pequeño equipaje, pues el resto viajaría hasta el valle donde ellos irían después de pasar unos días en la cabaña.

Brandon la vio descender y se fijó en lo pálida que estaba, pensando que la travesía no se le habría dado muy bien. Sin decirle ni una sola palabra, la cogió por la cintura y la introdujo en un landó de doble suspensión y cuatro caballos, que les llevaría a Roseburg. Le dio las últimas instrucciones a Lín Yu, que seguiría viaje en la goleta y este le comentó la indisposición de la muchacha durante el trayecto. Una vez que todo quedó resuelto, le hizo una seña al cochero y subió al coche de caballos para seguir la marcha y llegar al próximo destino. Sentado enfrente de ella, la miró a su antojo, la devoró como un depredador y cuando no pudo más, se cambió de sitio y cogió esa cara entre sus grandes manos, deslizando el pulgar por el grueso labio inferior y perdiéndose en los ojos dorados. Agachó la cabeza y la besó lentamente, saboreándola, regodeándose con esos labios, chupando esa lengua y recorriendo el interior de esa boca dulce como la miel. Ella jadeó, suspiró y al final, se agarró a las solapas de la chaqueta de piel, agradeciendo ese recibimiento, anhelando esos besos, sintiéndose en el paraíso. La voz grave le llenó los oídos, las palabras le llegaron muy adentro.

—Llevo deseando hacer esto desde hace mil años. Te deseo como nunca he deseado a una mujer. Si tardo más en tenerte a mi lado, me habría dado un ataque al corazón. —Ella logró sonreír y un tanto avergonzada y sonrosada, negó con la cabeza, sabiendo que mentía, que exageraba, que todas esas palabras pronunciadas, no podían ser ciertas; que ese hombre era tan fuerte, tan duro, que no necesitaba de nada y de nadie. Él la miró detenidamente, mientras la acariciaba, pasando sus dedos por las mejillas, bordeando el óvalo y rodeando la boca.

—Lín Yu me ha dicho que has estado indispuesta, ¿estás mejor? —La joven afirmó, temblando, pues sabía que la travesía no se había dado mal por un simple mareo, sino porque estaba embarazada, pues tres días antes de embarcar, había tenido náuseas mañaneras y supo por qué. Lo mismo le había pasado a Julia cuando se quedó de Jonah. Pero tenía miedo de decirlo, aun así, se dijo que se lo diría, no ahora, pero se lo confirmaría. Más adelante, cuando sacara fuerzas de algún sitio, cuando estuviera más segura, cuando confiara en él.

—No es nada. Se me revolvió un poco el estómago y no se pasó hasta pisar tierra firme. Pero ya estoy casi bien.

—¿Casi? —La mirada penetrante se la comía, la engulliría si ello fuera posible.

Jennifer era muy consciente de cómo la observaba ese hombre, de cómo

la analizaba minuciosamente o simplemente, la contemplaba.

—Sin casi. Ahora que estoy en tierra firme, estoy muy bien. —Y no añadió, ahora que estoy contigo está todo perfecto.

Él la volvió a besar, sin prisas, recreándose, gozando de esa boca, recordando lo que le excitaban los besos a esta preciosa mujer, y mientras se comía esos labios de manera salvaje unas veces y bajando la presión otras, escuchaba los jadeos y suspiros, notaba cómo ese cuerpo se apretaba a él, cómo le pedía más. La notaba tan ardiente, tan ansiosa como él, que le llenaba de gozo, y fue directo al meollo, a ese lugar que, si eres hombre, te vuelve loco, te gusta tanto, que lo devoras con las manos, con la boca o con la verga.

En cuestión de segundos, metió la mano por debajo del vestido, llegando a los calzones y encontrando la abertura, notando cómo se envaró, pero al momento, apenas unos segundos, se relajó, incluso abrió ligeramente los muslos, para que él entrara con los dedos, jugara con el clítoris y le consiguiera el primer orgasmo.

—Dios, tengo que entrar dentro de ti o moriré de un calentón —las palabras sonaron bruscas, enfadadas, pues estaba tan deseoso de ella, que no podía, ni quería esperar.

Le arrancó los calzones, rajándolos, le levantó las faldas y sacando su miembro erecto, la sentó encima y fue introduciéndose en ella, sin dejar de observarla, despacio para no hacerle daño y para no hacérselo él, pues estaba tan estrecha como la noche que la desvirgó. Sintió tal placer, que le dieron ganas de aullar y viendo la expresión de ella, más todavía, pues esa carita mostraba el éxtasis de la unión, el placer reservado para los amantes, para los conocedores de lo más supremo... y a él le gustaba tanto que ella disfrutase, que los dos participasen de la misma manera, que ella fuese tan receptiva, que todo lo vivido en un pasado no había sido una farsa, un sueño, que se mantenía igual de activa, que demostraba y mostraba su gusto por el sexo y que provocaba con ese comportamiento, que él tocara el cielo con las manos.

A pesar de que no había estado con ninguna desde que la desvirgó, pues ninguna le interesaba, ninguna le motivaba como ella, a pesar de que deseaba correrse sin más, esperó a que la muchacha llegara antes, notándolo al instante, pues la cabalgada se ralentizó y se agarró a su cuello y enredó los dedos en el cabello del hombre y llevó la cara hasta ese lugar, gimiendo y apoyando esos labios contra la piel del hombre, apretando los muslos, para seguir con la vagina y cuando los músculos de esa zona se cerraron para

abrazar el pene de forma gloriosa, él no pudo aguantar más y se vació dentro de ella, agarrándola por la cintura y murmurando su nombre una y otra vez.

Se quedaron en esa postura, notando el traqueteo del carruaje, húmedos y resbaladizos, ella sin atrever a moverse y él, sin querer salir de ella, porque sabía lo que iba a pasar. Él volvió a endurecerse, estando dentro y con las manos en la pequeña cintura, la miró a los ojos, sonriendo ante el rubor de la muchacha, moviéndola un poquito para que resbalase sobre su miembro y disfrutando del momento.

—No has pronunciado mi nombre. Nunca. Esos labios tan hermosos, jamás lo han mencionado. Y eso, me duele. Mucho. —Ella, moviéndose al compás que él marcaba y con el movimiento del carruaje, muerta de vergüenza, por estar hablando como si tal cosa mientras él estaba dentro de ella, mientras notaba esa humedad que había entre ellos, que hacían ruiditos, pero que gracias al sonido de las ruedas y de los caballos quedaban amortiguados, menos mal, sacó la lengua y se humedeció el labio.

Él esperaba, viendo esa punta rosada y ese labio mojado.

—Brandon —susurró la joven—. Brandon —volvió a repetir.

Ese tono que empleó, esa voz tan preciosa y esos labios vocalizando su nombre, lo sacaron de sus casillas y llevando una manaza a la nuca de la chica la besó con fiereza, comiéndose la boca de una manera obscena y provocando que ella respondiera igual.

Jennifer perdió la compostura, ya le dio igual lo que él pensara, pues era tal el deseo, que se dejó llevar; y mientras Brandon devoraba su boca, ella hacía lo mismo, comiéndose mutuamente y gimiendo como dos animales.

—¡Oh, Dios mío! No sé por qué me siento así, Brandon, no sé qué me provocas, pero me vuelvo loca cuando me haces estas cosas. Siento que voy a explotar, siento que me voy a desmayar, siento tanto placer que no sé cómo administrarlo. —La risa del hombre se dejó oír por lo bajo, mientras pensaba que esa era la mujer que necesitaba para el resto de sus días, que era lo más hermoso que le había pasado.

—Déjate llevar, cariño, déjate llevar y disfruta hasta el final, pues te lo voy a dar todo, absolutamente todo. Hasta quedar agotado —le dijo al oído, lamiéndole el cuello y dándole pequeños mordiscos, que provocó que Jennifer jadease más deprisa y soltara un pequeño grito que Brandon capturó con su boca, notando cómo volvía a correrse y dejándose llevar con ella.

Jennifer estaba avergonzada y no sabía dónde meterse, y más, viendo la

sonrisa en el rostro del hombre que la ponía más nerviosa. Los cabellos estaban desordenados, pues el recogido ya no existía, los ojos febriles y los pómulos enrojecidos, la boca inflamada de tanto beso y el cuello, mostrando las huellas de la boca del hombre, de los dientes del hombre, de la barba incipiente del hombre. Brandon, sin dejar de mirarla, manteniendo esa sonrisa de satisfacción, acarició esa delicada piel, la besó en la boca con suavidad y sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta. La aupó y salió de ella. La sujetó para que no se cayera con el vaivén del coche y limpió entre los muslos, sin dejar de mirarla, de mirarse. Pues para ella, era como si esos ojos azules tuvieran un imán y no pudiera dejar de mirarlos, aunque le estuviera haciendo eso, aunque estuviera violenta de que él metiera la mano en sus partes y limpiase los surcos de semen que resbalaban de su vagina, que se deslizaban por el interior de sus muslos. Y así, de esa manera, haciendo algo tan íntimo, tan extraño en una pareja, sujetó la falda del vestido, las enaguas y con el calzón roto, él siguió con esa tarea que le gustaba y lo volvió a poner cachondo.

Pero se controló.

Le arrancó el calzón de una, y terminó de limpiar los muslos con la pieza rota. Después, le bajó la falda y la sentó a su lado, para enrollar la prenda femenina y dejarla debajo del asiento. Pasó un brazo por el hombro de la chica y le preguntó si tenía sueño, ella dijo que sí y se acurrucó junto a él, dejándose mecer por el movimiento del vehículo y durmiéndose en cuestión de minutos. Y Brandon se relajó; por primera vez en meses, se relajó de una manera no conocida. Sintió los músculos laxos, la respiración tranquila y la mente despejada y satisfecha. Y todo gracias a esta preciosa mujer, a ella, a Jennifer, que le traía paz, que le hacía sentir satisfecho, lleno, pleno, que le daba felicidad. Esa palabra, no había existido en su vocabulario, ni tan siquiera pensaba en ella, nunca. Solo recordaba algo parecido cuando era niño y estaba con su padre o el abuelo, pero cuando se hizo mayor, cuando llegó a la adolescencia se olvidó de esa sensación, de ese concepto. Simplemente se preocupaba de saber, de aprender, de estudiar, de meterse en más de una pelea y cuando llegó el sexo, de disfrutar, de sacar todo lo posible a una mujer, de follarla hasta cansarse y luego olvidarse para volver a sus quehaceres, a sus metas, que le llevarían a otras, y esas a otras, y así sucesivamente.

No recordaba nada tan especial, tanta paz. Ni cuando estuvo en Europa, asistiendo a orgías que lo dejaban seco, a fiestas lujosas donde captaba

mujeres hermosas, disponibles y receptivas, casadas en su mayoría, viudas también, y se lo montaba con ellas en alguna de las muchas habitaciones de la mansión, mientras el marido jugaba a las cartas, o se tiraba a otra en la habitación contigua. Le resbalaba como el agua todo lo que ocurría, le traía al fresco una vez pasado y focalizaba el futuro inmediato en seguir aprendiendo para lograr sus intereses, lo siguiente en su vida. ¿Cuándo se había tentado a abrazar a una mujer después de follársela?, nunca. Si lo hacía, era porque en esos momentos era lo que se esperaba de él, y lo hacía durante cinco minutos, diez a lo sumo, para levantarse rápido e irse, o tal vez, si se volvía a poner duro, montarla de nuevo y entonces, irse de verdad. Escapar de cualquier mujer que quisiera echarle el lazo, de una manera o de otra, hasta que decidió por sí mismo, que ya era la hora de casarse; en qué puta hora.

Pero ahora estaba enganchado a esta chiquilla de una manera brutal. Y lo único que temía era volver a perderla. Algo así no podía pasar, no dejaría que pasara, porque por fin sabía lo que era amar a una mujer. Con treinta y cinco años, habiendo conocido y estado con tantas mujeres, ahora, era cuando había llegado la definitiva. Bajó la vista y miró la cabellera pelirroja, la abrazó más y escuchó sus ronroneos. En su rostro se formó esa sonrisa curva, tan atractiva, que hacía que sus ojos se tornasen pícaros, a veces; irónicos, otras; pero esta vez, la sonrisa no era irónica, ni prepotente, ni arrogante, era pura felicidad; simple y llana satisfacción.

Veló el sueño de su amor y la despertó cuando llegaron a Roseburg, viendo cómo se desperezaba y lo miraba tímidamente. Jennifer se dio cuenta de que estaba anocheciendo y de repente se acordó de su calzón. Estiró el brazo para cogerlo, pero él se lo impidió, haciendo una seña a uno de los bolsillos de su chaqueta, que abultaba más de lo correcto con la prenda en su interior. Se acomodaron en una taberna, donde el dueño les dio la mejor habitación y no dejó de llamar a Jennifer, señora Cooper, cada vez que se dirigía a ella. Brandon no lo negó, al contrario, cuando quería algo para ella, decía: un poco más de vino para mi esposa, un poco de esa tarta de manzana para mi esposa... cada vez que decía esposa, enrojecía y él sonreía maliciosamente, disfrutando de la situación, sabiendo que se encontraba cohibida, incluso vulnerable. Después de una sencilla pero succulenta cena, subieron a la habitación, donde una pequeña bañera de cobre humeaba provocadora. Jennifer al verla, no se lo pensó y desnudándose como si estuviese sola, dejó a la vista su perfecto cuerpo, metiéndose en la bañera, mientras él, sentado en una rústica silla de madera, la devoraba hambriento,

como si no hubiese cenado, como si no la hubiese tenido horas antes. La mirada azul se recreó con las perlas de agua que resbalaban por los brazos al elevarlos, con los pechos que subían y dejaban ver los pezones rosados, para volver a esconderse debajo del agua, con la tenue espuma que había hecho el jabón de lavanda. Miró cómo esas manos de dedos largos, delgados, preciosos, desaparecían en el agua, sabiendo a dónde iban, notando cómo frotaba entre los muslos, cómo pasaba por los pliegues de su sexo. Fue entonces cuando sus ojos se miraron, y él se puso serio y ella, enrojeció, y fue a quitar la mano de ese lugar, pero la profunda voz se lo impidió.

—No, no la quites. Sigue tocándote. —Ella no supo cómo interpretar esa orden, porque era una orden. Se aventuró a preguntar, mientras se acentuaba la rojez de las mejillas, marcando la diferencia con la blancura del resto de la piel. Piel de alabastro, pensó el hombre, la piel más bonita que hubiera visto.

—¿Te gusta que me toque? —la pregunta sonó dulce, tímida. Y él se excitó más todavía.

—¿Y a ti? ¿Te gusta tocarte? —No retiraba la mirada de ella, intentando dejarla en el rostro, en los ojos, en la boca, en ese rosado de las mejillas, pero en la periferia, sin enfocar, estaba todo lo demás y sus ojos también lo veían.

—No lo he hecho nunca. —Negó, bajando la mirada, para volverla a subirla nerviosa, acalorada.

—¿Nunca? —Esa sonrisa volvió a aparecer y la muchacha recordó a Jeremy, pero la del difunto nunca había sido así.

—Nunca. —La de Jeremy nunca le produjo escalofríos, ni le alteró todas las fibras de su ser, ni deseó pecar.

—Pues hazlo ahora. Quiero verte, quiero que te des placer.

—¿Te enfadarás? —La sonrisa se hizo más amplia, enseñando los blancos y perfectos dientes.

—No, mi amor. Lo que vas a conseguir es otra cosa. Vamos, tócate. Los pechos, los pezones. —Ella obedeció y masajeó sus pechos, juntándolos, elevándolos. Con el índice y el pulgar, cogió los pezones y los retorció, viendo cómo esos ojos seguían todos sus movimientos, viendo cómo la tela del pantalón se tensaba en la entrepierna. Dejó una mano tocando los pechos y llevó la otra hasta el sexo. Ya no quedaba espuma y él podía ver cómo esos esplendorosos muslos se abrían y ella llevaba los dedos al centro, cómo jugaba, frotaba el clítoris y soltaba un pequeño jadeo, entonces, metió un dedo y elevó los pechos, sacándolos a la superficie, para elevarlos y

esconderlos otra vez, más veces. Con voz susurrante, le dijo:

—Me gusta más que me lo hagas tú.

Brandon se levantó y fue desnudándose sin dejar de mirarla, mientras ella seguía tocándose y admirando ese cuerpo grande y perfecto. Desnudo, altivo, mostrando la magnífica erección entre esas columnas que eran sus poderosas piernas, se colocó al lado de la bañera y se agachó. Metió la mano dentro y acarició la vulva hinchada. La abarcó entera, con esa mano grande, como si la quisiera arrancar, la restregó con suavidad durante unos momentos, para después meter dos dedos y ver cómo se abrían esos deliciosos labios, como soltaban el aire ante el placer que le daba esa mano. Y él, se recreó con esa boca entreabierta, con esos suspiros que dejaba salir, entrecortados.

—Eres preciosa, Jennifer. Eres la criatura más perfecta que he tenido en mis manos, y eres mía. Solo mía. —No dejó de masturbarla y mientras salpicaba por doquier, la llevó a la culminación.

Tenía una erección de caballo cuando la sacó de la tina y antes de que cogiera una toalla para secarla, ella llevó las manos al miembro haciendo que el hombre se encogiese de placer. La dejó hacer, notando cómo esas manitas lo empujaban hasta la silla, cómo colocaba la toalla en el suelo y se arrodillaba sobre ella y sin dejar de mirarlo, abrió la boca y fue a por el premio. No se había olvidado, por Satanás que no. Se la chupó de tal forma, que hizo que se corriera en pocos minutos, tragándose todo y sacando la punta de la lengua para relamerse. No supo cómo, ni por qué, pero tuvo un mal pensamiento, un ramalazo de celos, un imaginarse que mientras estuvo en el burdel, hubiese hecho felaciones a hombres desconocidos.

No seas idiota, Brandon.

Se acostaron y él le dijo que se levantarían temprano para llegar a la cabaña antes de que anocheciera. Le preguntó si se acordaba de montar a caballo y ella, entre susurros, dijo que sí, que creía que sí.

—Pero ¿el terreno será accidentado? —Viendo como él soplaba la vela de la mesita, dejando la habitación a oscuras.

—Sí, pequeña. Pero no te preocupes, el caballo que tengo preparado para ti, es noble, tranquilo. Y si te ves apurada, irás conmigo. En mis brazos, para que no escapes —añadió bromeando.

—De acuerdo. Confío en ti, Brandon. —El hombre, ante esas palabras, sintió un ramalazo en el espinazo.

—Eso me gusta, me gusta mucho. Es muy importante que mi futura

mujer confíe en mí. —Notó cómo ella se removía nerviosa y elevó el rostro para clavar esos ojos en él, pero sin verlo.

—¿De verdad voy a ser tu esposa?

—Sí. De verdad —contestó con el corazón, con la cabeza, con el alma, eso que él creía que no existía, que siempre pensó que no poseía. La abrazó contra su cuerpo y así despertaron al día siguiente.

Ella rio cuando Brandon le dio la ropa. Unos pantalones de piel de ciervo, que por arte de magia se pegaban a su hermoso trasero, como si se hubiesen hecho a medida, una camisola blanca, de recio algodón y una chaqueta de piel como los pantalones, que para tranquilidad de Brandon le tapaba el trasero y evitaría que tuviera que romper algún rostro masculino.

Desayunaron en abundancia y cogieron provisiones para el viaje, pues en la cabaña había de todo, para dirigirse a los establos y coger los caballos. Brandon aseguró las bolsas en su montura, dejando la otra libre para que la muchacha no llevara obstáculos. Los revólveres a la cadera y el rifle en la funda de la silla, hizo ver a la chica que salían de la civilización para adentrarse en lo desconocido, pero una vez que salieron de Roseburg y después de cabalgar durante un rato, se adentraron en el bosque y ella quedó prendada de lo que vieron sus ojos. Iban por un sendero, que unas veces se estrechaba y otras se hacía un poco más ancho, pero no mucho, obligándoles a ir en fila india; él delante y con una cuerda atada al otro caballo, pues no quería que nada malo ocurriera. Ella le dijo que no era necesario, que controlaba al animal, pero él hizo caso omiso y siguieron de la misma forma.

Como no podían ir deprisa, Jennifer respiraba el olor a tierra mojada, miraba el intenso verdor de los helechos, el verde más oscuro del musgo invadiendo las rocas, los abetos Douglas invadiendo todos los espacios, los troncos caídos, atravesados en el sendero, los arroyos poco profundos de aguas cristalinas... le daba una sensación de irrealidad, de magia, de paz... cuando hicieron una pausa para almorzar, ella se fue a hacer sus necesidades, oyendo la voz mandona para que no se alejase demasiado, y contestando con voz melodiosa, diciendo lo suficiente para tener intimidad, que provocó una sonrisa en el atractivo rostro mientras sacaba algo para comer. De vuelta, la mirada de Brandon se deslizó por ese pantalón de piel que desaparecía dentro de las botas altas, miró la camisa blanca que se la había dejado por fuera y la chaqueta que estaba encima de su montura. Se había trenzado el cabello y así, con dos trenzas gruesas, rojas y largas, parecía una cría de quince años, eso sí, con unas tetas hermosas y tiesas que eran su debilidad. Pero ¿qué no era

debilidad para él?, ¿qué parte externa o interna no era ya, su punto débil? La vio comer con ganas el salmón ahumado, clavando la mirada en la boca cuando se chupó los dedos de la grasa que le había dejado el pescado y disfrutó viendo cómo esos ojos dorados miraban todo lo que les rodeaba y encantándose con la frondosidad del bosque, mientras escuchaba los ruidos de los animales, que los oía, pero no los veía. Le hizo preguntas de toda índole, y se las fue contestando, hablándole de la historia de Oregón, de cuando su abuelo trabajaba para la Compañía Hudson, y de las cabañas que tuvo, una cerca del lago Klamath y la otra, a la que se dirigían.

—Me gusta esto. Me gusta mucho —dijo de manera sensual, mirándolo, provocándolo.

—Ven aquí —ordenó secamente. Ella se levantó de la piedra donde estaba y fue hasta él. Se arrodilló a su lado y se miraron unos instantes—. Me gusta que te agrade. Me complace enormemente, porque quiero que estés siempre a mi lado. Que viajes conmigo, a todos los sitios. Donde yo vaya, tú vendrás conmigo. ¿Vas a hacerlo? ¿O te cansarás dentro un tiempo y te quedarás en casa? —Ella, de rodillas, estiró el cuerpo, proyectando los pechos hacia adelante y mientras iba desabotonando la camisa que él le había dado, dejó la delicada y femenina camisola al aire y la humedad del ambiente le puso los pezones erectos, mientras pensaba, en casa, ¿qué casa?, ¿dónde estará mi casa?, nuestra casa; pero no dijo eso.

—Si tú me quieres a tu lado, ahí estaré. Si me quieres llevar contigo, seré la mujer más feliz del mundo. —Él se mantenía serio, desplazando la mirada por el rostro y deslizándola hasta esos pechos que asomaban por la coqueta camisola, sin corsé, sin nada que los sujetase, pero firmes y tiesos—. Pero espero que tengas paciencia conmigo, porque tal vez mi incompetencia nos haga perder tiempo y lo que es peor, haga que salga tu mal genio. —Él no pudo evitar la sonrisa, como tampoco pudo evitar llevar las manos a los pechos y besarlos por encima, con delicadeza, con suavidad, haciendo que ella suspirase y llevara las manos al cabello negro, tirando suavemente de esa masa espesa—. Madre mía, no sé qué es mejor, sí que me ataques como un animal en celo, o me trates como si fuese una muñeca de porcelana. —Él no pudo evitar la carcajada ante ese comentario.

Sin dejar de acariciar los senos, la miró detenidamente.

—Habrás de todo, mi amor. Sexo salvaje, o tierno como ahora. ¿Qué deseas en estos momentos?, ¿furia o ternura? —Ella sonrió con malicia y colocó los dedos sobre la boca del hombre, bordeándolos, acariciándolos.

Sabiendo que a él le gustaba que hiciera esas cosas, que se mostrara lanzada, osada, ¿o no?

—¿Puede ser... las dos? —Las manos del hombre fueron a los tirantes de la camisola y no la rompió de milagro, dejando los pechos al aire y bajando la cabeza para chupar los pezones con ansia, mientras ella los proyectaba al máximo para que él no dejase de chupar, pues era algo que a ella le gustaba tanto que no le importaría que estuviese rato y rato haciendo eso. Y así se lo dio a entender, agarrándolo por la nuca y aplastándole la cara contra sus pechos. Pero Brandon no la defraudó, pues estaba más corrido de la vida y sabía lo que les gustaba a las mujeres, o por lo menos a las mujeres activas con las que había tratado.

Cuando los puso enrojecidos de tanta boca, la miró enfebrecido y sacó el pene para que ella viese lo que le provocaba, lo pronto que lograba que se empalmase de una manera brutal. Entonces, ella hizo que se tumbara en el duro suelo, pero a él no le importó, sobre todo cuando vio cómo dejaba caer los pechos sobre su polla, por todos los putos infiernos, y se frotaba contra su miembro, acariciándolo con esa piel suave, con esas gloriosas tetas que abrazaron su miembro, jugando, meneándolo, para después pasar la lengüecita rosada y lamer la punta, y volver a jugar con las tetitas, poniéndolo cachondo, poniéndolo bruto, como un toro bravo. Y entonces se dejó de miramientos y agarró los pechos para que estrujasen el miembro, para que lo masturbara de esa forma. Y le explicó cómo debía hacerlo, cómo quería que frotara, cómo debía tocarle los testículos mientras él apretaba los pechos para que estrujasen su polla. Ella obedeció, tocándolo con suavidad, viendo cómo gruñía, cómo maldecía de puro gusto, y cómo decía obscenidades por lo bajo, hasta que se corrió en su boca.

El rostro del hombre se mantuvo estático, pero los ojos azules la miraron traspasándola, mientras se guardaba el miembro todavía duro dentro de los pantalones. Ella, siendo consciente de esa mirada, no supo qué pensar, si se había extralimitado o le había gustado poco, mucho o demasiado. Sintiendo inseguridad, decidió que lo mejor era decir algo.

—Tal vez me he pasado de la raya. Lo siento. —Brandon se incorporó, sentándose y cruzando las piernas al estilo indio. Ella lo miró y lo imitó, y así sentados uno enfrente del otro, en esa postura, se miraron fijamente y Brandon no habló hasta que la joven se puso como una fresa y de forma inconsciente se mojó los labios, pero al ver cómo esos ojos miraban la forma que ella sacaba la lengua y se mojaba primero uno y luego otro, para

terminar, mordiéndose el inferior, supo que debía controlar esas cosas, pues tal vez no le gustase, tal vez no debía hacerlo...

—Me gusta cuando te ruborizas. Me gusta cuando te mojas los labios y muerdes con esos dientecitos. Es algo que no controlas y que demuestra lo inocente que eres; a pesar de lo que acabas de hacerme. Pero debes pensar que, si has hecho algo así, ha sido porque yo he querido, porque te he dicho lo que tenías que hacer, aunque la iniciativa ha sido tuya. No me pidas disculpas nunca por darme placer, por dártelo a ti, o por ser yo el que te lo dé. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —repitió la muchacha sin retirar la mirada; hundiéndose en esas lagunas azules y no pudo evitar lo que vino a su boca—. Tienes los ojos más hermosos que he visto nunca. Siempre pensamos que los de Jeremy eran los más azules del mundo, pero era porque no había visto los tuyos. —El hombre la miró en silencio, pensando, sintiéndose un tanto extraño de que esta criatura tan hermosa, tan perfecta, alabara el color de sus ojos. No es que fuese la primera mujer que hacía tal cosa, pero sí era la primera que lo decía de una forma especial, no para engatusarlo ni nada por el estilo, si no como algo natural, pragmático, pero al mismo tiempo con una ensoñación en la manera de pronunciar esas palabras.

Él se miraba en el espejo, se cuidaba, sabía de sobra que su cuerpo y su cara eran un buen reclamo para el sexo femenino, pero le resultaba chocante, que después de lo que le habían hecho, alabara sus ojos en lugar de pedirle una joya o cualquier otra bagatela. Recordó cuando en la casa de Marina, le preguntó si podía usar la máquina de coser y luego los hilos, cosas que había encargado para ella y que no se aburriese, pero no imaginando que le haría tanta ilusión. Cada vez estaba más convencido de que era una muchacha especial. No solo por ese físico y por el sexo, sino por lo que había en el interior de esa cabeza y lo que salía de su corazón, de su bondad. Era perfecta para él, era su otra mitad.

Estaba seguro.

—Es hora de irnos. Tenemos que llegar antes de anochecer. —Se levantó y le dio la mano para que ella hiciera lo mismo. Una vez de pie, no la soltó, la arrimó a su cuerpo y bajando la cabeza, le dio un beso largo y lento. Ella se lo devolvió, apoyando las manos en la pechera del hombre, notando esos músculos duros y gimiendo en su boca. La soltó de golpe, pues era superior a sus fuerzas tenerla de esa forma y no continuar.

—Venga, a recoger —ordenó con una sonrisa y la joven, feliz y risueña,

obedeció, pero protestó.

—He visto un matorral lleno de moras cuando he ido... ah, ya sabes. — Él la escuchaba, intentando no reírse—. ¿Puedo coger unas pocas? De postre —¡Jesús!, tan pronto se comportaba como una cortesana, para seguidamente, ser una niña engatusada por unas moras.

—Venga, cojamos unas pocas. —Y los dos se dirigieron a esa zona, llenando una pequeña alforja, mientras Jennifer dejaba caer dos en la alforja y una en la boca y Brandon la reñía por comerlas así, sin lavarlas. Hasta que dejó de comer y llevando una mora gorda y oscura, la acercó a la boca del hombre, esperando que se la comiera. La mirada azul penetraba en ella, la boca se abrió y ella metió la mora entre esos fuertes y blancos dientes, pero antes de sacar los dedos, él quiso morderla, dándole un susto y haciendo que la chica soltara una carcajada profunda y sensual.

Él no dejó de mirarla y ella volvió a ruborizarse, sintiendo su corazón palpitante y sin encontrar dónde meterse.

—Tienes una risa preciosa, como no podía ser de otra forma. Creo que nunca he oído un sonido tan hermoso.

La muchacha enrojeció ligeramente y él disfrutó de esos pómulos rosados, calientes por el piropo y al mismo tiempo, frescos por la humedad del bosque.

—Mi padre se enfadaba cuando la oía, decía que una señorita no se reía a carcajadas. Y al final, aprendí a contenerme, menos cuando estaba con Julia o con Margot, entonces nos reímos todo lo que nos daba la gana.

—Conmigo puedes hacer lo mismo. No me cansaré de oír esa risa. Pero solo conmigo, no quiero que la disfruten otros hombres. —Ella se mostró curiosa y tímida, a partes iguales.

—¿Por qué? —La mirada del hombre la recorrió por entero, para quedarse fija en esa boca y seguir el contorno con los ojos. Ese arco de cupido, ese color rosa subido, tirando a rojo, ese volumen tan llamativo, pero guardando equilibrio con el resto del rostro. Pues nada estaba en discordancia, porque esa osamenta parecía requerir unos pómulos altos, unos ojos enormes y una boca pequeña, pero de labios gruesos. Pero igual que los ojos eran llamativos por el color, por el tamaño, por las pestañas tan negras, podían pasar por inocentes, puros; pero esa boca... esa boca, no.

Esa boca era pura lascivia.

—Porque tienes una boca tan hermosa, tan sensual, que cuando te ríes provocas que la miren, más todavía, de una forma... distinta, dependiendo de

quién sea. En una mujer, provocarás envidia, celos, y en un hombre... lascivia, deseo, lujuria. —Estaban tan cerca, que ella sintió que le faltaba espacio y se separó un poco. Él se dio cuenta y sonrió—. Por eso tu padre te decía eso. Supongo que tuvo que ser difícil para un hombre viudo, tener dos hijas, y una de ellas, tan bella como tú.

—Julia también era muy bonita —replicó, defendiendo a la difunta.

—Puede ser, pero no como tú. No hay nadie como tú.

—Oh, Brandon, no digas mentiras. —Él miró a la muchacha mientras montaba sin ayuda, de forma rápida y elegante y esperaba a que él hiciese lo mismo, con una preciosa sonrisa.

Cómo le gustaba el sonido de su nombre en boca de esa mujer. Cómo le removía las entrañas de manera profunda y electrizante.

Llegaron cuando el sol se escondía, y teniendo en cuenta que estaban en un bosque donde costaba que los rayos dorados llegasen en toda su plenitud, era casi oscuridad lo reinante. Pero, aun así, Jennifer pudo ver la cabaña muy bien. Le pareció muy grande para ser una simple cabaña, pues ella había esperado algo más simple, más corriente. Sus ojos vieron un tejado oscuro, muy inclinado, las paredes de piedra y un saliente de un par de metros de ancho en la fachada, donde se elevaba una chimenea, vio que, en el lado izquierdo, en el lateral, donde las dos aguas del tejado hacían un triángulo, también asomaba otra chimenea. Las ventanas blancas no eran muy grandes, lo suficiente para captar luz y para proteger del frío. Pegado a la casa, en la parte derecha, había unas puertas dobles de madera de abeto, que Brandon abrió para dejar los caballos a cubierto. Desmontó de un salto, no dando tiempo a que la chica hiciera lo propio, cogiéndola entre sus brazos y bajándola con suavidad, resbalando cuerpo contra cuerpo.

Se miraron durante unos instantes, él sonrió y le frotó la punta de la nariz, como si fuese una cría pequeña, para separarse y acomodar a los caballos, quitándoles las sillas y el resto de los aparejos. Ella miró cómo lo hacía, y ayudó colgándolos en los ganchos de la pared, donde él le iba diciendo, para luego fijarse en cómo los alimentaba y dándose cuenta de que no les llenaba la torva para que no se atracasen, algo que había aprendido en el rancho, de boca de Catherine.

De repente se quedó quieta y escuchó.

—¿Eso es agua que cae? —preguntó llena de curiosidad. Brandon, que ya había terminado la miró fijamente.

—Sí. Hay una cascada un poco más abajo. Mañana te llevaré. —La

muchacha mostró asombro y esos ojos grandes se abrieron al recibir la noticia. Era una delicia contemplarla, todos esos gestos de sorpresa, esos ojazos mostrando curiosidad y pasión por todo lo que veía y lo que no veía, pero escuchaba.

—¿En serio? Oh, es una pena que no sea de día para ir a verla sin más espera. Una cascada, tiene que ser preciosa, estoy segura. —Brandon la siguió contemplando a sus anchas, disfrutando de todas las facetas que iba descubriendo en ella.

Ahora era como una cría descubriendo cosas nuevas, e impaciente por descubrir otras.

—¿Te gusta esto? —Los ojos dorados lo contemplaban sin pestañear.

—¿Que si me gusta? —preguntó riendo, al tiempo que daba palmas—. ¡Me encanta! Me gusta mucho. ¿Podemos entrar en la casa?

—Claro. Vamos allá —Salieron del pequeño establo, cerrando las puertas, pero dejando una pequeña contraventana abierta para que los animales tuvieran ventilación.

CAPÍTULO 16

Brandon abrió la puerta y dejó que ella pasara primero. Entraron directamente a una sala grande, que mostraba un salón y a la izquierda una cocina integrada en el mismo ambiente. El saliente que se veía por fuera era la gran chimenea y había una mesa grande en la zona de la cocina con media docena de sillas, varias butacas y dos sofás cerca de la chimenea, alfombras cubriendo los suelos de madera, las paredes y el techo, también forrados de madera de abeto. Dejó el rifle detrás de la puerta y los revólveres encima de una mesa baja al lado de un sofá, le cogió de la mano y la llevó hasta una escalera que nacía en la parte trasera y llevaba a un dormitorio; como en la casa de Marina, la escalera entraba directamente en la habitación, de tejados inclinados. Otra chimenea, que era la misma salida del horno y la cocina de guisar, al lado de esta una ventana que daba al camino, al oeste y en el centro una cama de postes con un colchón mullido. Los muebles eran toscos, pero bien ensamblados, grandes y prácticos. No era una cabaña para deslumbrar, era una cabaña para cobijar. Todo estaba limpio, y con la ropa de cama puesta, la leña preparada en la chimenea para ser encendida y las alfombras tapando el suelo, igual que en el salón.

Brandon dejó las bolsas de la ropa encima de un pequeño tocador y la miró detenidamente.

—¿Te gusta? —La joven afirmó varias veces y poniendo una mano sobre la pechera del hombre, lo miró con esos maravillosos ojos, que él devoró para después mirar esa boca, esperando contestación, mientras sentía la calidez de esa pequeña mano.

Pequeña si la comparaba con la suya.

—Es preciosa. Pero más parece una casa que una cabaña —dijo sin retirar la mirada, sin quitar la mano.

—Es una cabaña, grande, pero cabaña. Hay un baño, está abajo, la única puerta que hay, si no contamos la de la entrada. —Brandon se mantuvo quieto, dejándola hacer. Quería ver hasta dónde llegaría, pero por el brillo de los ojos y esa boca humedecida, ya se lo imaginaba.

—Ajá. Y no estaba la puerta cerrada con llave, ni nada —afirmó suavemente, sin retirar la mano.

—¿Para qué se va a cerrar? Si alguien quiere entrar, lo va a hacer, con llave o sin llave, pues por lo menos que no rompa la puerta, ¿no te parece? — Ella volvió a mover esa cabeza roja, y él miró las trenzas danzar encima de los pechos.

—Claro, tienes razón. Además, si alguien entra, seguramente será porque lo necesite, para cobijarse o lo que sea, ¿no?

—Exactamente. Por eso siempre dejo algo en la despensa y leña seca. —No se retiraban la mirada.

—Qué generoso —añadió, moviendo los labios en un mohín que él no dejó de ver.

—No se trata de eso, pequeña. Simplemente es solidaridad con el que se pueda ver en dificultades. Aunque más de una vez se han llevado las cosas, sin más. Pero con eso ya cuento.

—Ah, y todo está muy limpio. —Él estaba a punto de reír, cogerla por la cintura y echarla en la cama, pero se contuvo.

—Sí, normalmente no suele ser así. Pero como iba a traerte aquí, quería que estuvieras cómoda.

—No importa. Yo podría haberla limpiado —añadió, al tiempo que ponía la otra mano en el torso del hombre y sentía sus palpitations. Él, sin dejar de contemplar esa cara y sintiendo esas manos sobre la camisa, comenzó a ponerse erecto.

—No te he traído hasta aquí para que limpies —contestó un poco brusco.

—¿Entonces para qué? —esa vocecita que ponía, lo estaba calentando, esa mirada entre inocencia y perversidad iba a sacar su lado animal, en poco tiempo.

—Para estar solos, para disfrutar el uno del otro... para que nadie nos moleste. —Ella quitó las manos y anduvo alrededor de la cama. Sabía que tenía la mirada de él, controlando todos sus movimientos y lentamente, con languidez, se fue quitando las prendas masculinas.

Dejó la chaqueta encima de un viejo baúl, se desabrochó los botones de la camisa y se la quitó dejando a la vista esa camisola de seda, con adornos de encaje. Se dirigió hasta una banqueta y se sentó para quitarse las botas, como si estuviera sola, sabiendo que esa mirada azul la seguía en cada movimiento, sabiendo, que no se había movido del sitio desde que ella dejó el contacto...

y sabiendo, que sus pantalones estaban abultados, otra vez. Los pantalones de piel, tan cómodos, fueron los siguientes y después los sencillos calzones, dejándose las medias y la camisola, que apenas le tapaba los rizos del pubis y que le dejaba la mitad del culo al aire. Brandon tragó saliva, pero no dijo nada, esperando el siguiente movimiento de la joven. Y este llegó. Se subió a la cama, a gatas por el lado que estaba él, ofreciéndole una panorámica de ese trasero redondo y firme, que parecía un melocotón maduro, que le llamaba la atención de una manera acuciante y tuvo que hacer un esfuerzo para no cogerla por detrás. Un esfuerzo muy grande. Sin dejar de mirarla, viendo cómo se recostaba en el centro de la cama y juntaba las rodillas en un simulacro de recato, él comenzó a desnudarse, sin pérdida de tiempo.

No pestañeaba, no sonreía, no dejaba de mirarla y sin saber por qué, sintió otro ramalazo de celos, imaginando que eso que estaba haciendo lo pudiera hacer con otro, para otro. Algo así le sacaría de sus casillas, le enervaría los nervios de una manera violenta. Ya no aguantó más, se quitó las botas de un abrir y cerrar de ojos y casi se arrancó los pantalones, para quedar desnudo ante ella. Con una erección mayúscula, se dirigió hasta la cama y las palabras que salieron por su boca, fueron duras y frías, sintiéndose como un idiota por tener un ataque de celos.

Injustificados.

—Si alguna vez ofreces esto a otro hombre, te mataré. ¿Lo sabes? — Ella movió la cabeza, mirándolo con ojos inocentes, con esas trenzas encima de sus pechos, que subían y bajaban con la respiración agitada, con los nervios a flor de piel, porque sabía que él no hablaba por hablar, aunque ella no pensara en entregarse a otro hombre por nada del mundo; pero eso, no se lo iba a decir. Porque no se fiaba de él, no se creía que iba a casarse con ella, pues seguía con la creencia de que solo la quería como amante, y ahora que esperaba un hijo suyo, tendría que aceptar lo que él decidiera.

Se tumbó al lado de ella y fue bajándole los tirantes de la camisola, muy despacio, mientras iba besando la delicada piel, acariciando con sus labios, lamiendo como un gato, notando cómo el cuerpo femenino se tensaba y elevaba. Sabía que estaba deseando que le chupase los pezones, pero él se hizo de rogar, paseando su boca por los alrededores, acariciando con una mano grande las redondeces de esos pechos, notando cómo se empinaba, cómo los movía para él, para que se los comiera, para que chupara de ellos, pero no como un bebé, si no como un hombre hambriento de deseo, un hombre harto de sexo desde hacía mucho tiempo y anhelándolo más que

nunca, hacerlo con ella, nada más que con ella.

Con su mano grande, agarró un seno, rodeándolo y se lo llevó a la boca, martirizando el pezón, mordiéndolo, lamiéndolo, chupándolo, excitándose con los gemiditos que ella soltaba y preguntándole cuánto le gustaba. Ella contestó que sí, que sí muchas veces y le pidió, le suplicó, que la tocara ahí, entre los muslos. Y él obedeció, con una sonrisa en su boca, mientras seguía chupando el pezón, llevó la mano y la colocó encima de esa mata de rizos rojos y ella abrió los muslos de par en par, notando cómo un dedo iba al centro y frotaba el clítoris, mientras los otros tocaban la vulva, dando placer. Pero ella no quería que acabase, que le diera placer con la mano, quería tenerlo dentro, sentirlo dentro y así se lo dijo.

—Entra en mí. Por favor. Hazme tuya.

Fueron las palabras susurradas. Y él, volvió a obedecer. Se colocó encima y fue entrando en ella, mientras se miraban a los ojos. Notando esa fricción que les hacía sentir uno solo, ese contacto que los amarraba, ese placer que provocaba que se mordiesen el labio al mismo tiempo. Sin dejar de mirarla, perdiéndose en esos estanques dorados, sintió cómo ella llegaba al abismo y se dejaba caer, para él hacer lo mismo, agachar la cabeza y llevarla al hueco del cuello y la clavícula, y susurrar un te quiero.

Jennifer sintió que todas las fibras de su ser se erizaban ante esas palabras, que su corazón palpitaba desbordado, que las lágrimas se amontonaban queriendo salir; pero las controló. No seas tonta, Jennifer, no te creas todo lo que oyes, porque hay palabras que se dicen en un momento de éxtasis, pero luego, no significan nada, no te hagas ilusiones, no con este hombre que te puede partir el corazón, que ya te lo ha roto una vez, que hará añicos tu vida y se olvidará de ti, se cansará de ti. Que no le importará, porque no tiene sentimientos, porque es inmune. Sintió el peso de su cuerpo. Más de noventa kilos de hueso y músculo. Y sintió esa boca, esos labios que le había dicho, te quiero, darle un suave beso en la delicada piel del cuello.

—Dios, vas a acabar conmigo. Vas a llevar a cabo tu amenaza —soltó con una sonrisa, mientras se dejaba caer en la cama y miraba las vigas de madera del inclinado techo.

—No sé a qué te refieres. —Él se volvió y poniendo el cuerpo de lado y apoyándose en un codo, la miró con fijeza.

—Algo así dijiste en el burdel. ¿O entendí mal? —La palabra burdel sonó mal ante ella. No le gustó que la mencionase, no le gustó recordar que la encontrase en un lugar así y en esas circunstancias. Pero Brandon era más

viejo que ella, más experto y más sabio. Y supo qué pasaba y quiso meter el dedo en la llaga, sin saber por qué. Bueno, sí lo sabía. Estaba enamorado de ella, hasta el tuétano y se sentía amenazado, esa era la realidad, así que, iba a hacerla sufrir un poco.

—¿Te molesta que emplee las palabras correctas? Estabas en un burdel, ¿o no? —Ella bajó la mirada. Avergonzada, temerosa de ese tono que estaba empleando.

—Sí —contestó dócilmente, mirándose las manos colocadas encima de su vientre y juntando sus pechos.

—Ofreciéndote en una subasta, donde cualquier individuo con pasta en el bolsillo te podría haber comprado. Viejos en la mayoría de los casos, porque son los que tienen más dinero y a los que les pone muy cachondos follarse a una virgen y soñar con que son jóvenes y viriles otra vez. Hasta puede, que uno de esos, te hubiera ofrecido una casa, una asignación mensual, a cambio de favores sexuales, a cambio de que meneases sus vergas flácidas, a cambio de tocar tus gordos pechos y chuparlos como recién nacidos, a cambio de obtener un placer que jamás lo obtuvieron con sus aburridas y sosas esposas; y todo eso, para que tú, te quedases a oscuras, sin saber lo que es el placer, pero con el bolsillo lleno. Todo tiene un precio, ¿verdad, dulzura? —Vio las lágrimas en los ojos, pero no se ablandó. Vio esos largos dedos jugueteando entre ellos, sobre la barriguita, vio esos pechos plenos, erectos, más juntos de lo normal por la postura de los brazos, pero no se ablandó.

Lo cierto era que no le había perdonado el abandono, pues todavía le duraba el enfado. Estuvo tan seguro de todo lo relacionado con ella, en esa época, que le seguía molestando esa huida. Sus ojos siguieron el camino de las lágrimas, pero no se ablandó y esperó que ella dijese algo, lo que fuera, pero que esa preciosa boca dijera algo.

Y las palabras llegaron.

—Si otro hombre me hubiera comprado, solo habría disfrutado de mí, esa noche. Nada más.

—¿Tan segura estás de eso? Un hombre cuidándote, cubriendo tus necesidades, dándote caprichos, aunque no te llenara en la cama... ¿No habrías caído en la tentación? —Ella lo miró furibunda, con los ojos llorosos, con las mejillas mojadas, doliéndole en el alma esas duras palabras que él no se molestó en disimular, para que no pareciesen tan sucias, para no hacerla sentir como si fuese una prostituta. Pues no lo iba a consentir, no se iba a

dejar avasallar y sus palabras rasparon el aire entre los dos.

—Poco o nada me conoces, si crees que me habría ido con otro. Ni contigo quería irme, que lo sepas. Habría cogido mi dinero, y ahora, estaría en el Este. Ganándome la vida. Decentemente.

—Menos mal. Lo indecente ya lo habías hecho. Esa bolsa de dinero que te permitiría vivir en el Este —dijo con ironía—, que te podría dar la opción de montar un negocio, salido de tu virginidad, eso que guardabas para tu futuro esposo... —las palabras le dolieron, el tono y la dureza de esa voz, le dolió en el alma.

¿Ves Jennifer, cómo no te puedes fiar de un te quiero dicho en el momento más inoportuno? Tonta, más que tonta. No aprenderás con este hombre.

—Si me vas a estar restregando por la cara lo que pasó, el lugar donde me encontraste, será mejor que me vaya y no me vuelvas a ver. —Fue a levantarse, como si estuviera en una ciudad o un pueblo y tuviera la opción de coger un tranvía, un carruaje o un barco.

Él la agarró de un brazo y la tiró sobre la cama.

—No me enfades más de lo que ya estoy —murmuró a su oído, clavando los dedos con demasiada fuerza en la delicada piel del brazo. Ella se quejó y él aflojó, no mucho. Algo—. Cuéntame ahora mismo, qué cojones pasó para que acabases en ese puto burdel. Lo quiero saber todo, con pelos y señales. Todo. —Fue entonces cuando los dedos la soltaron y sin retirar la mirada de esa cara tan preciosa, esperó que hablase.

La muchacha se subió los tirantes de la camisola y la bajó por los muslos, queriendo que tapase más, pero sabiendo que era imposible y que mientras hablara de lo sucedido, estaba casi desnuda y sintiéndose intimidada por las palabras de Brandon, por su dureza. Miró al techo, notando la mirada azul sobre ella, notando el enfado y comenzó desde el principio. Total, qué más daba, lo peor ya lo conocía, lo peor, lo había comprado y disfrutado.

—Jamás pensé que Jonah iba a morir. Cuando enfermó, imaginé que sería una dolencia de la barriga, que había comido de más... o que un dientequito estaba haciendo de las suyas. Cuando empeoró, y nadie pudo hacer nada por evitar lo que se avecinaba, creí morirme. Y cuando de manera tan rápida, a los pocos días, se fue... me vi sola, desvalida, sin nadie de mi familia, sin nadie a quién cuidar, a quién dar mi amor. —Ella seguía mirando el techo, mientras gruesas lágrimas iban cayendo y él la miraba impávido, impasible—. Catherine me trató muy bien, su esposo, tu padre, todos y cada

uno de los trabajadores del rancho fueron muy amables conmigo, pero ya nada tenía que hacer ahí. No quería seguir con la farsa, pues ya no era necesaria, ya no tenía que proteger a nadie. Además, no quería ser tu juguete. Pues eso es lo que fui, desde que accedí al trato que pactamos. Tu juego por nuestra seguridad, tu protección por jugar conmigo. Lo malo fue, que ese juego me gustó, mucho. Que cuando no estabas cerca, no dejaba de pensar en ti. Que escuchaba cada palabra que salía de los empleados del hotel, sobre ti. Que deseaba con ansia, que llegara la noche y mandarás buscarme, sintiéndome como una mujerzuela, pero disfrutando de ello, a mi pesar, pero así era. —Él miraba esos labios moverse y esos ojos derramar lágrimas, pero ni se le ocurrió interrumpirla, ni un inciso. Nada—. En el tren, esperé, deseé que me dijeras que me esperaba, si ibas a seguir con el juego o me ibas a dejar abandonada, con la familia de Jeremy; y cuando eso ocurrió, me pasaba todo el tiempo que estaba sola, con el bebé, incluso con otras personas, recordando cada momento vivido contigo, recordando tus manos sobre mi cuerpo y tu boca sobre la mía. Me enfadaba conmigo misma por ser tan vulnerable, por ser tan tonta y por tener esos pensamientos impuros, indecorosos, indecentes, que me hacían ser la peor de las cristianas, ser una mala católica. Por ese motivo, al día siguiente de enterrar a Jonah, me fui. Tu padre se portó de maravilla, incluso me ofreció una casa para que montase un negocio. No me acuerdo si ya le había dicho quién era, creo que sí; pero bueno, me fui, cogí el barco para San Francisco y dejé de lado todo lo que significabas para mí. —Se hizo el silencio, mientras se limpiaba las mejillas con las manos.

Se atrevió a girarse y se miraron a los ojos. Él permanecía serio, tenso... y esperó.

—Antes de llegar a San Francisco, comencé a sentirme mal. Al principio, lo achaqué a los nervios, a los recuerdos y al movimiento del barco, pero en el fondo, sabía que llevaba lo mismo que mató a Jonah. Lo supe porque no me separé de él en ningún momento. Siempre estaba con él, desde el primer llanto lastimero, lo tuve en mis brazos la mayor parte de las veces, y el resto en su cunita y yo a su lado. —Tragó saliva, recordando esos recuerdos tan dolorosos—. Pero quise creerme, que como yo era una persona adulta, esa enfermedad no podría hacerme mucho. Un poco de fiebre y unas vomitonas, me dije. En el barco me dijeron que, en dos días, salía un tren para Chicago y un buen hombre me aconsejó una pensión decente y a precio módico, en Missiom Street, así que allí me dirigí. —Brandon apretó los

dientes, maldita sea la había tenido a un paso de su casa, en Missiom Street. ¡Hostia puta! Puso atención a las siguientes palabras de la joven—. Me atendió una mujer joven, simpática, y me dio una habitación que pagué por adelantado, dos noches. La primera noche la pasé mal, durmiendo a ratos y despierta el resto, me sentí calenturienta, pero me dije que estaba obsesionada, que eran nervios lo que tenía e intenté tranquilizarme. A la mañana siguiente, sin desayunar, pues no tenía hambre, salí a la calle. Había una niebla que todo lo envolvía y seguramente mucha humedad, pero no la noté y poco después, comenzó a levantar y según ocurría, me encontraba peor, mareada, como borracha, comenzaba a dolerme la tripa y estaba caliente. Las mejillas las notaba ardiendo y la frente, creo que pensé en volver a la pensión, pero estaba aturullada. Noté una mano en la espalda y la voz de una mujer que me preguntó si me encontraba mal, me parece que le dije que sí; y esa mano me llevó hasta un portal, donde había unas escaleras e hizo que me sentara en los escalones. Pero yo me recosté, pues me encontraba francamente mal... y como en un sueño, vi el rostro de esa mujer que sonreía, le faltaban varios dientes y que me palpaba las ropas. —Ante la mirada profunda e impenetrable del hombre, ella volvió a mirar al techo, abochornada por lo que le estaba contando, sintiéndose responsable de lo que le pasó, e imaginando que él estaría pensando que fue una estúpida—. Metió las manos por debajo de mi vestido, yo protesté, pero apenas tenía fuerzas. Sentí sus dedos sobre mi sexo, buscando. Al principio se me pasó la absurda idea de que quisiera aprovecharse de mí, de manera íntima, como si a una mujer le pudiera gustar otra mujer.

Brandon escuchó atentamente, qué inocente era por Dios, no sabía que había mujeres que se sentían atraídas por otras mujeres, no sabía que, si él la llevase a una de las orgías que acudía en el pasado, más de una estaría dispuesta a comerse su coño hasta atragantarse, sobarle las tetas hasta cansarse y devorar esa boca hasta dejarla hinchada y roja, lo mismo que un hombre haría, lo mismo que hacía él.

La muchacha continuó:

—Pero las manos se movieron rápido y salieron de las faldas, para desabrochar los botones del vestido y encontrar lo que buscaba. Llevaba todo el dinero dentro del corsé, entre mis pechos. Todo. Lo que me quedaba del dinero que me dio tu abogado, y el dinero que el bueno de tu papá me dio. Todo. Y se fue. Me dejó tumbada en las escaleras, sintiendo que el mundo se movía más que un barco en una tormenta, que no tenía fuerzas para

levantarme y que esa bruja se había llevado el dinero. No sé cuánto tiempo estuve así. Pero hubo un momento de lucidez y con manos temblorosas logré abotonar la blusa, temiendo que algún hombre me descubriera y todo fuera de mal en peor —.No vio cómo la mandíbula de Brandon se tensó, imaginando esa visión, imaginando lo que habría sido de ella si un hombre la hubiese descubierto así, en esas condiciones—. Llegué a la pensión en un estado lamentable, pues la buena mujer me preguntó qué me pasaba, si me encontraba mal, creo que le contesté que estaba un poco mareada y que me iba a acostar un rato. Los días siguientes fueron inconsistentes para mí, como si no hubieran existido. Cuando me encontré mejor, estaba en la casa de Alana y ella me contó lo ocurrido. Me dijo que la mujer de la pensión había trabajado con ella, de criada, y que se fue para casarse con el dueño de la pensión. Me dijo que cuando enfermé con todas las de la ley, el marido quiso echarme, llevarme a un hospital de beneficencia o algo así y que la esposa dijo que no, que llamaría a su antigua patrona para que se hiciese cargo de mí. Y así fue, se presentó con una carreta cerrada con una lona, me acomodaron en el interior y me llevó con ella. Cuando fui consciente de dónde estaba, y de lo que había pasado, habían transcurrido veinte días desde que llegué a la ciudad. Alana me obligó a comer unas buenas raciones de carne, de huevos, de patatas, verduras y frutas, pequeñas cantidades, cada poco tiempo, pues había perdido mucho peso, de hecho, estaba de pena —añadió, mirándose de refilón, algo que él también hizo, pero no de la misma forma. Imaginando esas curvas sin carne, esa piel sin brillo y costándole trabajo—. Cuando fui recuperando peso, fuimos hablando y surgió lo de la subasta... y no voy a decir que me dejé convencer, porque no sería justa con ella.

—Sabías que ella me conocía, que yo he ido más de una vez ahí, con clientes, con amigos y socios. —Ella dirigió la mirada hasta el rostro viril y se puso como una fresa.

—No, no lo sabía. Ella me preguntó si yo sabía algo del sexo y le dije que sí. Me preguntó si sabía lo que era un orgasmo, si había obtenido un orgasmo y le dije que sí y quiso saber con quién había aprendido esas cosas, pero me negué. Entonces ella me dijo que tenía que saberlo, pues tenía clientes muy ricos y podía ser uno de ellos. Entonces se lo dije, porque no quería que aparecieses por ahí, pero ella se hizo la tonta, aunque no lo supe en ese momento. Me dijo que había oído hablar de un tal Cooper, pero que tendría unos sesenta años y que no era cliente suyo.

—Menuda lagarta —murmuró—. La muy puta ya había trazado el plan. Claro que, si no llega a ser de esa forma, ahora no estarías aquí. Porque yo jamás habría ido a una subasta de virgos. —Ella no retiró la mirada, pero sintió una congoja tremenda, notando la aspereza de esas palabras. Dio un respingo ante la dureza y la vulgaridad de la pregunta que siguió—. ¿Por qué cojones no pediste ayuda? ¿Por qué no te pusiste en contacto con mi padre, si no querías hacerlo conmigo? ¡Maldita sea, joder! En ese puto salón se congregaron hombres que conozco, para comprarte, para follarte. El padre de Sophie y sus amigos, otros que son socios en negocios comunes, Josh Turner, y otros ricachones deseosos de poseer carne fresca. Hombres que se excitaron viendo ese cuerpo de diosa, regodeándose con esas tetas tan hermosas que posees y lamiéndose de puto gusto ante el culo más libidinoso y perfecto que han visto en sus putas vidas. Hasta se fijaron en los rizos rojos del coño, que se querían salir por ese vestido indecente, por ese... encaje del demonio. ¡Maldita sea! Con lo fácil que habría sido poner un cable a mi padre y él habría pagado a la puta madame, y te habría metido en un puto tren, con destino al Este, si ese seguía siendo tu capricho. Tu puto deseo —las palabras brotaban llenas de rencor, de rabia y por qué no reconocerlo, de dolor.

Ella se levantó de la cama, asustada y llorando otra vez, en silencio. No pensó que guardase tanto rencor, no creía que le echara la culpa de esa forma, como si ella fuese la culpable de todo, ¿o realmente lo era? ¿Había sido tan tonta como para creer que una mujer sola, podría llegar a la otra parte del país sin contratiempos? Lo habría hecho, si no hubiese enfermado, pensó con la cara enrojecida, con las lágrimas cayendo en torrente.

—Jamás, óyeme bien —dijo entre llantos—, jamás me habría puesto en contacto con vosotros. Para qué, ¿eh?, para qué. Para pasar la mayor vergüenza de mi vida, para ver dónde estaba, para que pensarais lo peor de mí, para que la pécora de la esposa de tu padre disfrutara con ello, me señalara con el dedo... —Él también se levantó y con la cama de por medio, le gritó, desnudo en todo su esplendor, enfurecido, enfadado con todo lo sucedido, enfadado de que hubiera pasado por todo eso y él, sin enterarse, sin poder ir a rescatarla, a cobijarla entre sus brazos y amarla. Primero en una puta pensión de Missiom Street y luego en ese lupanar.

¡Joder! ¡Puto orgullo!

—¡No, era mejor vender tu virginidad! ¡Esa virginidad que yo respeté, porque tú me lo pediste!

—Era mía, a fin de cuentas, y como era mía, podía hacer lo que me

diese la gana. —Ya no lloraba y lo miraba con rabia. ¡Qué se había creído! Estaba harta de que el hombre se creyese superior, de considerar a la mujer como algo que está a su disposición y tiene que hacer lo que ellos establecen —. Y así lo hice. Y si tú no hubieras estado, porque no lo deseaba, otro se habría llevado el premio y ahora, no estaría aquí. Estaría lejos, muy lejos, tan lejos como Nueva York, por ejemplo. —Él no supo si reír o darle unos azotes. Había pasado del llanto, a enfurecerse como un gato salvaje.

—Con que no lo deseabas, ¿eh? —Ella no dijo nada, durante unos momentos y ante el silencio de él y su dura mirada, contestó.

Y contestó con la verdad, pues ella, pocas veces mentía.

—No, no quería verte. No quería que te burlases de mí, que me insultaras como estás haciendo ahora. Culpándome de todo, como si tú hubieses sido un santo, como si no me hubieses pervertido antes.

—¿Yo te he pervertido? —preguntó, suavizando el tono y elevando una oscura ceja.

—Sí, sí, sí. No te hagas el tonto. Me enseñaste lo que era el sexo, me diste placer. Sin llegar a poseerme de verdad, hacías lo que te daba la gana conmigo, sin importarte mi edad, ni mi religión, sin respetarme por ser, por haber sido la hermana de la esposa de tu hermano. Y me chantajeaste y acepté por miedo. Pero ya te encargaste de que me gustase, ya lo creo. Porque me gustaba. Y mucho. Eso es pervertir. —El hombre la miró detenidamente, y de pronto, de golpe, rompió a reír.

El caso es que tenía razón.

—Para que un hombre pervierta a una mujer, esta se debe dejar y luego cooperar. Sí, tal vez tengas razón. Pero no me arrepiento de nada, ¿entiendes? De nada. Y volvería a repetir todo lo que hice contigo, menos la última parte. No te habría dejado en casa de mi padre. Te habría llevado a la casa de Marina y luego te habría construido una mansión para ti y el pequeño Jonah. Para estar con vosotros, para protegeros y daros todo lo necesario y cubrirte de joyas y ofrecerte todo lo que esa boca me pidiera —las palabras hicieron que la muchacha comenzara a derramar lágrimas.

—Yo no quiero joyas, ni antes ni ahora. Yo solo quería tener a Jonah y tenerte a ti. Pero cuando me dejaste en Sacramento, me sentí abandonada, usada y tirada. Pero me dije..., me dije que no era tan malo —se limpiaba los ojos con el dorso de las manos, mientras él la miraba, escuchaba esas palabras, sin imaginar que hubiera sufrido de esa manera—, que después de todo, seguía siendo virgen y que, si en un futuro aparecía un buen hombre,

podría casarme e intentar ser feliz, intentar olvidarte. Pero eso resultó muy difícil, porque rabiaba de celos, pensando... en lo que tenía tu esposa... y no me refiero a lo material, me refiero... a ti. Y cuando tu hermana me dijo que tu esposa estaba en estado... sentí tal envidia, que me asusté de ese sentimiento, de sentir algo tan doloroso y tan malo, tan sucio. Y volví a convencerme, a comportarme como debía ser una mujer decente; decente y buena católica. A no desear al esposo de otra mujer, a no envidiar a esa mujer por tener a ese hombre, a preocuparme de Jonah y del futuro. Y entonces, apareciste otra vez... y cuando intentaste eso... en los establos, me enfurecí, me dije que no tenías vergüenza ninguna y que era yo la que debía hacerme respetar. Por eso te mordí. —La boca de Brandon hizo una mueca, recordando ese episodio como si fuese ahora mismo—. Y después, me amenazaste, diciéndome que cuando volvieras de tus viajes... —Hizo una pausa y tragando saliva continuó, con la mirada azul clavada en ella—: Y entonces pasó lo de Jonah y tuve muy claro que no quería ser tu amante, que no podría soportar compartirte con otra mujer, que siempre sería la segunda, la querida, la mantenida, la otra, y eso que no cuento lo demás, las orgías a las que vas. Así que, no te las des de lo que no eres, porque no eres mejor que yo, aunque te ampires en tu condición masculina; que con eso de ser hombres hacéis lo que os da la gana y todo perfecto. —Brandon la escuchaba sin perder sin una sola palabra, dando por supuesto que lo de las orgías lo sabría por Suzanne. Esa mujer se enteraba de casi todo.

La joven continuó hablando, sin moverse del sitio, aguantando la fría mirada de ese hombre que la volvía loca.

—Así que, ya ves. Preferí vender mi virginidad al mejor postor, antes de que tú supieras nada, antes que llamar a tu padre, porque era mi deseo, porque era la manera de ganar dinero rápido, de pagar a Alana lo que hizo por mí, y porque me dio la gana. —Él seguía callado y mirándola, esperando que soltara todo lo que llevaba dentro, que le dijera todo lo malo para poder empezar de nuevo, sin rencores, sin pesares—. Cuando esos hombres me vieron en la plataforma, yo apenas me fijé, pues estuve casi todo el tiempo con los ojos cerrados, y cuando los abrí, apenas vislumbré los rostros debido al tupido encaje de la máscara. Vi pantalones, figuras sentadas que cuchichearon, escuché resoplidos que me pusieron más nerviosa de lo que estaba. Después, cuando Alana fue en mi busca, yo no sabía hasta dónde llegó la puja y cuando me lo dijo, lo primero que sentí fue asombro, sin poder entender que un hombre pagase esa fortuna por una noche y después sentí

alegría, pues con mi parte podría irme lejos, muy lejos de ti y comenzar de nuevo; pero al momento, sentí pánico de lo que me esperaba, pensé que no estaría a la altura, especialmente por esa cantidad de dinero y porque no sabría si podría comportarme con el comprador de mi virginidad, como cuando estuve contigo. —Los ojos del hombre la taladraban, la recorrían entera para después, observar esa boca pronunciando esas palabras y esos hermosos ojos, brillantes y húmedos, que hacían esfuerzos para mantenerse sin desbordar más lágrimas.

—Porque, aunque tú me hubieses pervertido, no deseaba que otras manos, otra boca me ensuciaran y menos, que lo otro invadiera mi cuerpo. Pero Alana me volvió a repetir lo que ya me había dicho una y mil veces, que estuviera tranquila, que solo serían unas horas, que de eso no se moría ninguna mujer... y que cuanto más complaciente fuera, más pronto acabaría con él. Y tonta de mí, me creí cada palabra, sin imaginar quién estaba en el que había sido mi dormitorio los últimos meses, sin saber que ella te conocía; y decidiendo que debía poner en práctica todo lo que sabía, por si acaso, el cliente se disgustaba y exigía la devolución del dinero. —De repente se calló.

Esos ojos grandes relucían con las pestañas húmedas de los llantos cesados.

Fue la voz grave y profunda, la que continuó, la que llenó el espacio vacío que ella dejó.

—Sí. Pujó por mí. No quería que todos los presentes se dieran cuenta del interés que tenía por comprar un virgo. Todos los congregados de esa noche me conocen, todos, más o menos, saben cómo soy y sabían que a mí no me interesan esas cosas. Saben que yo tengo todo lo que me place, que disfruto del sexo sin tener que pujar, y sí, en orgías también, aunque hace tiempo que no voy. De hecho, tenía pensado ir a una cuando supe de la invitación y cuando ese mechón de tu cabello cayó en mis manos, se me quitaron las ganas. Pero eso es otra historia. Alana y yo urdimos esa trama, y por eso le prometí un porcentaje del total. Porque lo cierto, es que estaba dispuesto a pagar lo que fuera. Más que ninguno de los presentes, porque a pesar de que soy un depravado, a pesar de que nunca me ha importado compartir a una mujer, no podía soportar que otro hombre te poseyera. Y al final tengo que darle las gracias de lo bien que lo hizo, de que a pesar de que tu cuerpo estuvo a la vista de todos ellos, tu rostro y tu cabello permanecieron cubiertos, porque si no, ¿cómo iba a presentar a mi futura esposa a todos esos hombres cuando llegue el momento? —Hizo una pausa, mientras deslizaba la

mirada por esas piernas firmes, largas y torneadas, tapadas en parte con las medias negras, mostrándolas más sugerentes, si es que eso era posible, y por esos pechos enhiestos, duros, con esos pezones apuntando hacia arriba, que la delicada camisola mostraba en todo su esplendor—. Una cosa es, que un hombre sueñe con la esposa de otro, que se imagine cómo será su cuerpo desnudo, y otra, muy diferente, que ya lo sepa, porque ya lo ha visto. —Ella enrojció, avergonzada. Sintiendo rabia porque esos hombres hubiesen visto su cuerpo, con ese vestido que era más pecaminoso que estar desnuda.

Él pareció leerle el pensamiento.

—Tengo muy presente ese... vestido, por llamarlo de alguna manera. — Estaba serio y ella no supo cómo interpretar esas palabras. Pero ya se estaba hartando de todo esto. Si pensaba que él era mejor, podía olvidarse de ella.

—Si vas a estar restregándome por la cara, cada dos por tres o cuando te venga en gana, lo pasado, será mejor que mañana me vaya. Y ya está. Se acabó y tan amigos. —Él tensó la mandíbula, ¿amigos?

¿Amigo de una belleza como la que tengo delante de mis narices? ¿Amigo de una hembra que me trae loco, que la deseo como nunca he deseado a mujer alguna? Ni que estuviera loco o fuese maricón.

De repente, rompió a reír. De esa forma abrupta que la asustaba, que la descolocaba, que le producía temblor por todo el cuerpo.

—Antes muerto, que dejarte ir. Óyeme bien, eres mía. Mía. Vas a ser mi esposa y vas a estar a mi lado. No puedes ser de nadie más, solo mía. —Ella se llevó las manos a la cara y lloró amargamente.

Y él se compadeció. No podía ni quería hacerla sufrir más.

No seas cabrón, no seas tan hijo de puta, por todos los demonios. Ya ha sufrido bastante, para que tú ahora, vayas de caballero delicado. No me jodas.

—No llores, mi amor —dijo, acercándose despacio, rodeándola con sus brazos y sonriendo cuando ella lo abrazó—. Mi pequeña, mi niña preciosa, no llores, por lo que más quieras, no llores más.

—Lo que más quiero —contestó hipando—, eres tú. Solo tú —dijo agarrada a la cintura, con la carita pegada a su pecho, mojándolo con las lágrimas.

Estaba diciendo que lo amaba, que lo quería. Cerró los ojos de pura felicidad, mientras le frotaba la espalda y ella se pegaba como un percebe a la roca. Con la boca pegada a su musculoso torso, sus oídos apenas escucharon:

—No tengo a nadie, mi padre muerto, mi hermana y Jeremy también y

después, para mi mayor desgracia, Jonah, mi pequeñín del alma. Si tú no me quieres, si piensas hacerme sufrir de palabra o de obra, mejor será que pasemos estos días como amigos, me enseñes este sitio tan bonito, y luego me dejes en un tren para Chicago. —Él la separó con algo de esfuerzo, pues esos brazos delgados se agarraban con fuerza.

Sus grandes manos la sujetaron de los hombros y la miró en silencio, atravesándola con esos ojos, provocando que las lágrimas siguieran corriendo por las mejillas y que él se sintiera un cabrón. *Te has pasado, te has pasado, pedazo de cabrón.*

—No te vas a ir a ningún sitio, no te vas a separar de mi lado, porque te amo, ¿me oyes? Te amo. Jamás he pronunciado estas palabras, jamás se las he dicho a una mujer, porque nunca he amado a ninguna hasta que tú apareciste. —Ella no dejaba de mirarlo, con esa cara preciosa, con esos ojos tan despampanantes, con los labios entreabiertos porque le costaba trabajo respirar, debido a tanto llanto.

—¿A tu esposa tampoco? —Brandon sonrió con tristeza.

—No, dulzura, a ninguna. Me casé con Sophie, porque deseaba un heredero y consideré que era la más adecuada. Seguramente, si tú no hubieras aparecido en mi vida, seguiría con ella. —Hizo una pausa y sin dejar de mirarla, la tomó de una mano y la llevó al borde de la cama donde se sentaron; ella con su camisola y sus medias negras y él, desnudo—. Cuando llegaste a Chicago —continuó el hombre, después de coger aire, pues iba a contar algo que nunca había hecho, pues él no se ablandaba con una mujer y jamás descubría sus cartas; pero claro, jamás se había enamorado, hasta que apareció esta muñeca—, me sentí atraído por ti al momento. Pero eso tampoco era de extrañar, solo hay que verte y todo lo que diga, sobra. También me producía cierto morbo que fueras la viuda de Jeremy, esa es otra de mis sucias facetas, soy así. Pero cuando descubrí que no eras quién decías ser, entonces mi interés fue en aumento. En fin, no te voy a contar lo que me excitas, lo que me provocas, antes y ahora; y cada vez que lo pienso, cada vez que lo he pensado desde que ocurrió, no entiendo cómo llegue a respetar tu virginidad. Cada vez que te tocaba, que te masturbaba, que disfrutaba de tu cuerpo, de tus manos, de tu boca, deseaba entrar en ti, deseaba culminar el juego, pero al final algo me lo impedía. Por eso permanecía vestido, era la única forma de controlarme. No me estaba dando cuenta de que ya comenzaba a enamorarme de ti y de ese niño tan hermoso, que bien podría haber sido hijo mío —vio cómo la chica se limpiaba una lágrima traicionera

—, y como no me daba cuenta, decidí que no iba a ser tan cabrón y que debía dejar tu virginidad para un buen hombre que te quisiera y respetara como te merecías; aunque en el fondo, mi lado más oscuro, esperaba, deseaba que te volvieras como yo, te abrieras de piernas y me pidieras que llegara hasta el final. —Ella enrojeció y él sonrió—. ¿Pasó por tu linda cabecita, algo así? —Ella afirmó.

—Pero me contuve —susurró—. Me quedó un poco de sentido común. —El hombre soltó una pequeña carcajada.

—Sentido común. Eso es lo que yo no tuve contigo. Todo lo calculé mal, porque en el fondo pensaba que me iba a olvidar de ti, igual que me ha sucedido con el resto de las mujeres. Que yo estaba por encima de todo esto, que estaba saciado de sexo, como bien sabes, ya que te han puesto al corriente, y que cuando te dejara en Sacramento, me olvidaría de ti, seguiría con mis quehaceres y serías una más, con la salvedad de que no llegué a poseerte del todo. Pero no fue así, y lo mismo que tú recordabas nuestros encuentros, yo hacía lo mismo, y no lograba sacarte de mi cabeza, estando en mi pensamiento constantemente, hasta cuando estaba en la cama con Sophie, para embarazarla de nuevo y tener un heredero. Por eso, cuando fui al rancho con mi suegro y te volví a ver por segunda vez, supe que no podía seguir así, que tenía que hacer algo, pero aun entonces, no quería reconocer que te amaba, quería creer que solo deseaba culminar la relación, poseerte de verdad, ser yo el primero y luego ya se vería. —La muchacha lo escuchaba con toda la atención, pues le maravillaba lo que estaba oyendo y apenas pestañeaba, habría dejado de respirar si eso hubiera impedido oír la voz de su amor—. Tenía que irme a Chicago y antes pasé unos días aquí, pensando, dándole vueltas a la cabeza, decidiendo qué hacer, si tenerte como amante o mandar todo a tomar... —se interrumpió, mordiéndose el interior de la boca, para no ser tan grosero delante de ella—, pedir el divorcio y comenzar de nuevo. Cada vez que he pensado, que mientras yo estaba aquí, cazando, descansando, deseándote, dándole vueltas a los problemas, tú sufrías y el pequeño se moría... me han dado ganas de darme de hostias, por haber estado en un sitio alejado de la civilización. —Se pasó una mano por la mejilla rasposa y su semblante se puso más serio de lo que estaba, en especial al ver cómo ella, sin dejar de observarlo, se limpiaba una lágrima perdida—. Fue en Portland donde me dieron los cables de mi padre, pues pasé de largo por Eugene y Corvallis. —Ella prestó atención a los nombres de esas ciudades que se hallaban en el valle—. No pude correr más. Embarqué en el

clíper de un amigo, porque aparte de ser más rápido que ninguno de mis barcos estaba en esos momentos en el puerto. Cuando llegué a Sacramento, hablé con mi padre y me dijo que te habías ido —la pausa que hizo y la mirada tan profunda que recorrió el pequeño y bello rostro, produjo un temblor en la joven—... fue como un cubo de agua fría, y eso que ya estaba mojado como una sopa, pues había hecho el trayecto desde San Francisco hasta Sacramento, a caballo, sin dejar de llover. —Soltó un resoplido y continuó—: Fue ahí, cuando tuve que reconocer que estaba enamorado. Y casi me dieron ganas de reír, estúpido hijo de puta, para una vez que te ocurre algo así, algo que seguramente no vuelva a ocurrir en tu asquerosa vida, ella se va.

Se hizo un silencio, en el que ambos no dejaron de contemplarse.

—Me di cuenta, de que a pesar del dinero que tengo, a ti ni te afectó, porque otra en tu lugar se habría aprovechado de la situación y me habría sacado el hígado por la boca y se lo habría comido. Tú, podrías haber hecho eso conmigo, pero precisamente tú, no eres de esas.

Jennifer se mantenía estática, escuchando, absorbiendo todas y cada una de esas palabras que el hombre pronunciaba.

—Una cosa más para estar los siguientes meses enfadado cada puto día, cada semana. Y después de otro aborto, supe que contigo o sin ti, no podía seguir viviendo con Sophie. No la aguantaba, era superior a mí, pues la comparaba constantemente contigo, con tu recuerdo, y salía perdiendo siempre. Y yo, cada vez más cabrón, más hijo de la gran puta; por eso, cuando Lín Yu me vino con la historia de que varios hombres habían recibido una invitación para la subasta, lo miré como si estuviese borracho, como si yo no tuviera otra cosa que hacer, que ir a esas subastas.

Ella elevó sus cejas, ante ese comentario.

—¿A orgías sí y a subastas de vírgenes no? —se atrevió a preguntar y asustándose un poco de la mirada felina.

—Sí, dulzura, sí. Las orgías a las que asisto, o asistía, me salían más baratas y encima podía estar... —Cerró la boca, pues no quería ensuciar la mente de la chica.

Pero ella se embraveció.

—Podías estar con varias a la vez. O dos hombres podíais estar con una mujer, o con dos, o con tres. O, otras cosas más perversas y obscenas, que yo no sé, pero que tú podrías iluminarme —añadió altanera, provocando que él la mirase con sorpresa.

Cómo lo encandilaba esta mujer, cómo lo excitaba y lo alteraba, para lo bueno y para lo malo.

—Jennifer, no te voy a iluminar, y no deberías saber esas cosas y menos averiguar otras.

—¡Oh, vaya! Me has enseñado todo lo que sé y ahora no me puedes ampliar la información. Te has metido en las habitaciones donde he dormido y me has masturbado con las manos y con la boca, con un bebé delante, y ahora te haces el cura.

—¿Cómo dices? ¿El cura? —No sabía si reír, o reñirle.

—Sí, sí, el cura, el santo, me entiendes muy bien. —Brandon no dejó de mirarla, viendo cómo lo comprometía a que le contara algo que estaba fuera de lugar.

Pero las palabras que salieron por su boca le llevaron la contraria.

—¿Qué quieres saber? Te lo diré. Todo —Ella se acomodó en la cama, poniéndose de medio lado, pero con las piernas muy juntas para no enseñarle nada, pues esa mirada perversa se paseó por toda la longitud de las piernas, para clavarse en la unión de los muslos.

—Quiero saber, qué se hace ahí, cuántas mujeres hay y si están casadas o son prostitutas, y qué hacen los hombres y si es verdad que hay hombres que les gustan otros hombres, y si tú eres de esos. —El asombro de Brandon era palpable, pero que ella pensara que a él le podían gustar los hombres, eso le repateó las tripas. Seguramente, todo eso lo habría aprendido en el burdel de Alana.

—Te voy a decir una cosa: a mí no me gustan los hombres. Y aunque estuviese en una orgía, jamás, óyeme bien, jamás por muy borracho que estuviese, me ha cogido un hombre. Y, además, ¿cómo es que sabes eso?

—Porque Julia me lo contó. Hubo un revuelo con una vecina y el marido, fue un escándalo pues ella lo agredió, no sabemos si lo quería matar, que seguramente. Yo tenía quince años, Jeremy ya salía con Julia y fue mi hermana la que me explicó lo ocurrido. Había pillado al marido con otro en la cama, haciéndolo. Se ve que ella se fue porque la madre estaba enferma, pero al llegar a la casa de la madre, vio que era mentira y que lo único que deseaba la mujer es que estuviera con ella, la hija que tenía muy mal carácter se enfadó y se volvió a su casa toda malhumorada. Y cuando llegó, escuchó los jadeos y pensó que el marido estaba con otra, entrando como una tromba en la habitación y encontrándose al marido montando a un muchacho que resultó ser el hijo de otra vecina. Se armó un revuelo de campeonato y la mujer cogió

un cuchillo y le hizo un corte al marido y antes de que fuese a por el muchacho, la agarraron otros vecinos y todos nos enteramos de lo que había ocurrido. —Las miradas de ambos se analizaban y la pregunta que salió de la boca de la chica, lo dejó helado—. ¿Tú te has montado a un hombre?

Quiso mentirle, era lo mejor, pero no fue lo que hizo.

—Sí. —ella no dijo nada, pero sus ojos expresaron muchas sensaciones y a él no le gustaron—. Fue en Europa, en París, cuando era un jovencito. Estaba borracho como una cuba, pero eso no es disculpa, sabía de sobra lo que hacía, si no, no tendría el recuerdo. Me había tirado a una mujer, algo mayor que yo, no mucho, cinco o seis años y el marido era marica. Yo no lo supe al principio, pensé que era de esos hombres que les gustaba mirar, maridos mayores que ellas, que se ponían calientes viendo cómo sus esposas eran folladas por otros. El mundo del sexo puede ser muy sucio —le explicó, viendo esos ojazos abiertos de par en par, que no pestañeaban y que mostraban una curiosidad extrema—, y en esas situaciones, uno no va a hacer el amor sin más. De hecho, no va a hacer el amor. Va a lo que va. A follar. Cuando hube acabado con la mujer, vi cómo me miraba el marido y observé sus ademanes, sabiendo que era una maricona... bueno, pasó lo que tenía que pasar. Borracho como estaba, me lo follé, se quedó a gusto y yo, al día siguiente, cuando se me pasó la borrachera, me dije que no iba a volver a ocurrir, que antes que follarme un culo masculino, me follaría uno femenino. —Se mordió el labio, por haber sido tan explícito, demasiado explícito, pero era demasiado tarde. Ella ya mostraba una curiosidad fuera de lo normal.

—¿Y también lo has hecho?

—Jennifer, ¿es necesario seguir con esto?

—Sí. Tú has empezado.

—¿Por qué? Esa curiosidad es malsana. —La muchacha lo miró malhumorada.

—Quiero saberlo todo de ti. Tú conoces mis defectos, mi pasado vergonzoso, pues yo debo saber el tuyo. —Él la miró sorprendido.

Pero ¿qué defectos?, si era el ángel más puro que conocía, ¿qué pasado vergonzoso?, sí al final había sido él, el que se llevó su honra. Pero no lo dijo. Elevó las manos, enseñando las palmas, en señal de beneplácito.

—De acuerdo. Sí, lo he hecho.

—¿Con mujeres decentes? —Él casi se echa a reír.

—No.

—¿Con prostitutas?

—Algunas.

—¿Y quiénes eran las otras? —Estaba ávida por saber, y no perdía detalle de cada palabra o gesto de ese hombre tan especial.

—Mujeres casadas o viudas que asistían a esas fiestas privadas.

—A las orgías.

—Sí, Jennifer, a las orgías. —Ya se estaba cansando de tanto interrogatorio.

—Y esas mujeres, casadas o viudas... si nadie lo cuenta, nadie lo sabe.

—Los ojos de Brandon se entrecerraron, mientras sabía a dónde quería llegar.

—Lógicamente.

—Y si nadie lo sabe, siguen pareciendo decentes. —Brandon comenzaba a disfrutar de la conversación.

—Sí.

—Y si una mujer lo hace con su esposo, o con su amante, su único amante, no parecerá decente, sino que lo será, ¿no? —Brandon la miraba sin mover un solo músculo.

—No hay que parecerlo, sino serlo.

—Claro, por eso. Lo que pasa entre un hombre y una mujer, entre un esposo y una esposa, debe quedar solo para ellos. Y... yo ya tengo asumido que no puedo seguir siendo católica, porque mi comportamiento en este aspecto no entra dentro de la doctrina y seguramente acabaré en el infierno cuando me muera, puede ser, pero a pesar de ello, y sintiéndolo mucho, me gusta lo que me haces y me gusta lo que te hago, así que, pienso... que cuando sea tu esposa, si es que eso se hace realidad, pues creo... que voy a querer probar eso.

—Por Dios, Jennifer. ¿Cómo dices algo así?

—¿Te molesta?

—No, al contrario. ¿Pero no te das cuenta de que abres la veda?

—¿Qué veda? No te entiendo.

—¡Jesús! —exclamó, sin dejar de mirarla, sin dejar de asombrarse y temiendo que su forma de ser, que su promiscuidad, dañara a esa criatura tan divina—. Jennifer, esa forma de practicar el sexo, puede ser molesta, para ti, no es la manera natural de hacer las cosas... y yo no quiero que te comportes como...

Ella lo interrumpió de manera brusca:

—Entonces, te irás de correrías, volverás a esas fiestas a hacer guarradas con otras, mientras yo me quedo bordando, pues de eso nada. Que te quede

muy claro, que si ese va a ser el futuro, que si vas a seguir con tus juegos, en Roseburg nos despedimos. —Brandon ya se estaba enfadando y así lo hizo notar.

—No me amenes, Jennifer. Desde que te vi desnuda por primera vez, me fijé en todo tu cuerpo, incluido ese culo que tienes y deseé hacértelo por ahí, más de una vez. Pasé mi verga por esa zona y con un empujón podría habértela metido hasta el fondo, haberme corrido de gusto y sin riesgo de embarazo y sin haber tocado tu virginidad. Pero no lo hice en ese momento, porque no quise comportarme como un salvaje. Y ahora, no quiero que te veas obligada a hacer cosas que no desees. Esa manera de practicar el sexo se sale de lo habitual; de hecho, hay mujeres que ni saben que algo así se haga entre un hombre y una mujer. —Se miraban a los ojos, se estaban midiendo y ambos lo sabían.

—¿Y cómo voy a saber si no lo deseo, si no lo he probado? —Brandon se movió nervioso y sin más retórica, se levantó y le mostró la erección que tenía.

—¿Quieres probar ahora? Mira cómo me tienes, me has puesto caliente con tantas preguntitas, y de solo imaginar que podría poseer tu hermoso culo, me pongo loco. ¿Qué tal, qué me dices?, ¿qué tiene que añadir mi precioso amor?

—Pues... que cuando sea tu esposa... quiero probar —fue la contestación, sin dejar de mirar el pene erecto.

—Santo Dios. Si no lo veo no lo creo —murmuró más para sí mismo, fijando la mirada en la vela que se estaba consumiendo y que, si no encendía otra, se quedarían a oscuras.

Pero no hizo nada, y vio cómo empezaba a parpadear y se apagó. Solo entraba un pequeño resplandor por la ventana, debido a la luna llena, por lo demás, todo era oscuridad, cuando escuchó esa vocecita que lo ponía caliente como el infierno.

—Mientras, puedo hacer todo lo que quieras, menos eso. —Notó una manita en su muslo, viendo su figura en la penumbra. Esos deditos juguetones se deslizaron hacia arriba y le acariciaron los testículos.

—Jennifer, Jennifer —murmuró ronco de deseo y acercándose a ella para que lo tocara plenamente.

—Me gusta cómo suena mi nombre en tu boca. Me gusta mucho. Tienes una voz tan profunda, tan viril, que me hace cosquillitas entre los muslos.

—Hostia puta —murmuró, acercando la cadera hasta la cara de ella—.

Me pones tan caliente, que me parece imposible. Un hombre como yo, que estoy de vuelta de todo, ahora, una virgen como tú, pones mi mundo —hizo una pausa y se tragó el aire cuando ella se introdujo el pene en la boca, pasando la lengua lentamente, como si estuviera lamiendo un gran caramelo —, pones mi mundo patas arriba.

Ya no gastó más palabras. Llevó las manos a la cabeza pelirroja, pero no para marcarle el ritmo, pues ella lo hacía de maravilla, sino para sentir el calor, el contacto de su amada en sus manos, porque en esa boca y esa lengua, le pareció sentir el infierno más tórrido y la opulencia más lasciva que hubiera sentido nunca. Porque, qué más podía pedir, si tenía el amor que nunca creyó que existiera, y el placer más intenso, indecente, libertino, lujurioso, en una sola palabra: obsceno, en una sola mujer. Una única y maravillosa mujer. Con ese pensamiento se corrió en su boca y sonrió cuando ella apuró hasta la última gota y terminó pasando la lengua por toda la punta, dando un último sorbito.

El hombre movió la cabeza sin creérselo todavía, todo lo que habían hablado, lo que le había prometido para cuando fuesen marido y mujer.

Escuchó y notó cómo ella se metía en la cama y le preguntaba si había un orinal.

—Sí cariño, debajo de la cama.

—Vale. Pues tápate los oídos mientras lo hago. —Él soltó una carcajada, ante esa timidez.

Se la había comido de una forma glotona, lasciva, tragándosela entera, y ahora, le daba vergüenza que él escuchase el sonido de una meada.

—No seas tonta, nena. Hazlo.

—Por favor —pidió con una vocecita infantil.

—De acuerdo, ya me los he tapado —mintió.

Con una sonrisa en los labios, escuchó el chorrillo y pensó que la próxima vez, se taparía los oídos, pues se estaba excitando otra vez.

Minutos después, dormían los dos. Brandon la abrazaba por detrás, envolviéndola con su cuerpo, con sus brazos y cuando despertó por la mañana, se dio cuenta que hacía mucho tiempo que no dormía tanto y tan profundamente.

CAPITULO 17

Sus fosas nasales se llenaron de un olor atrayente, dulce y salado, se mezclaban por igual. Al abrir los ojos, con esfuerzo, como cuando despertaba de una borrachera, pero sin el dolor de cabeza, tocó el lado vacío de la cama y se despertó de golpe. Estaba empalmado como la mayoría de las mañanas, una meada se la bajaría en parte, pero habría preferido otra cosa, meterla en caliente, meterla en ese chochito que lo traía loco. Pero ¿qué cojones era ese olor?, ¿estaba cocinando? Se levantó rápido, se puso los pantalones y bajó al salón, anduvo hasta la cocina y ahí estaba. Preciosa, con las trenzas anudadas en la cabeza, con la camisa de él que le llegaba hasta las rodillas y trajinando como si esa cocina le hubiera pertenecido desde siempre.

—Buenos días, Brandon. No sabía que dormías tanto. Iba a ir con un cubo de agua fresca a despertarte —soltó con una hermosa sonrisa mientras le ponía unas lonchas de tocino en un plato, donde ya había unos huevos revueltos.

Él la miraba entre sorprendido y gustoso. El olor reinante era una maravilla, especialmente para un hombre de mucho comer como era él, pero verla a ella, le alteraba todos los sentidos al mismo tiempo.

—Buenos días también para ti, dulzura. Y te diré, que no he dormido tanto, ni tan profundamente, desde que era un bebé. ¿Qué me diste, ángel mío? Tal vez la droga del amor es lo que me tiene así. —Ella soltó una carcajada ante esas palabras, pero sobre todo ante esas manos que rodeaban su cintura y la obligaban a dejar la sartén, mientras esa boca martirizaba el cuello con dulces besos y pequeños lametones.

—Oh, madre mía, Brandon. Cuando me haces estas cosas...

—¿Qué? Mi amor, ¿qué te sucede?

—Que me arde la piel, que me arde el cuerpo entero.... Por fuera y por dentro. —Él alcanzó el punto entre los muslos con sus hábiles dedos y ella gimió de gusto.

—¿Te arde aquí?

—Sabes que sí. —No supo cómo, pero en cuestión de unos segundos, se

vio cogida por esos brazos y con las piernas rodeando la cintura de él, llevada contra una pared y notando cómo el miembro iba entrando en ella.

—Agárrate a mi cuello, amor mío, que deseo tanto estar dentro de ti, antes que comerme esos manjares que has preparado.

La muchacha obedeció y así, agarrada a su cuello y rodeando la estrecha cadera con sus piernas, notando esas manazas debajo de su trasero y el pene inundándola, notó cómo le venía una y otra vez; pues esa postura, con las piernas abiertas de esa manera producían en ella un placer que la aturullaba, porque con cada movimiento de esas manos que le agarraban el trasero llegando los dedos a la ranura, que la subían y bajaban a su antojo, como si su cuerpo no pesara ni un kilo, como si fuese una muñeca, hizo que su clítoris vibrase como una campana, produciéndole tal placer, que gritó varias veces hasta que él le alcanzó la boca y morreándola sin pudor, esa palabra para él no existía, notó cómo la inundaba con su esperma.

Se quedaron de esa manera, en esa postura durante un rato, y ella se maravilló de esa fuerza bruta que seguía sosteniéndola igual que al comienzo. Pero así era. Sus manos la agarraban por el culo, su cuerpo la retenía contra la pared y su cabeza descansaba en el hueco de su cuello, mientras resollaba como un animal. Lo notaba dentro, de una forma abrumadora, pues seguía duro, pero estático. Ella apenas respiraba, esperando el siguiente paso, pues no sabía qué iba hacer él, pero enseguida la duda se disipó, pues comenzó a moverse de nuevo, dentro de ella, saliendo y entrando, resbalando los dos por el semen acumulado en la vagina. Y esos vaivenes la volvieron a excitar, esa humedad que los hacía resbalar de una manera obscena, la excitó tanto que se agarró más fuerte a su cuello al tiempo que hacía presión con sus largas y fuertes piernas, rodeando la cintura del hombre, amarrándolo para que no escapara, para que no parase, con el culo abierto a sus manos, notando unos dedos que acariciaban esa zona, que le daban placer, que hacían que su ano se dilatase y él metiera parte de un dedo, pero de una forma delicada, suave, con mucho tacto, que contrastaba con la brusquedad de lo que ocurría en el interior de la vagina, donde seguía la violencia, donde entraba y casi llegaba a salir, para meterse de golpe y de una, haciéndolo con rudeza, era como si dos personas la estuvieran tocando, avasallándola por delante, una y acariciándola por detrás otra, y esa orgía de sensaciones, ese desenfreno de placeres la envolvieron como una nube tormentosa, y sus muslos presionaron más los costados del hombre para que supiera lo mucho que le gustaba todo lo que le hacía, mientras sentía tanto placer que quería desbordarla, notando ese

miembro que la invadía, que la llenaba, y ese dedo que le hacía esa otra cosa y esa boca que recorría su pelo, su oreja, que le murmuraba cosas cochinas, que hablaba de su chochito, de sus tetas, de su precioso culito, que le gustaba todo de ella, que se lo comería todo y no dejaría nada... mencionaba diablos y demonios, maldecía entre dientes, para después, cuando ella llegó con un grito y él la siguió con un gruñido, mencionar a Dios, a Jesús y a todos los santos y terminar diciendo:

—Te amo.

En la nebulosa del placer, Jennifer pensó que no podía haber otro hombre como este en el mundo; peores muchos, mejores... tal vez, pero como él, ninguno. Y en ese instante, se dio cuenta de que el dedo seguía dentro de ella, y él pareció pensar lo mismo, porque fue en ese momento, con mucha delicadeza, lo sacó despacio, le agarró las nalgas y la miró sonriendo.

—Este es el mejor ejercicio para mantener todos los músculos en forma. Los tuyos y los míos. —La sonrisa que el hombre le ofreció, la desarmó y la vergüenza apareció—. ¿Te he lastimado? —La miró detenidamente, viendo cómo ella movía la cabeza para negar y asomaba una sonrisita coqueta. Seguían en la misma posición y a él debían de dolerle los brazos, la espalda y todo lo demás, ¿o no?

—¿No te ha gustado? —preguntó con cierta preocupación, pensando que tal vez se estaba excediendo, que se dejaba llevar por su naturaleza, y no contando con que ella era muy joven y, sobre todo, que no era una de esas mujeres con las que él solía hacer de todo. Sin reservas.

—Sí, me ha gustado mucho. Pero no sabía que se podía hacer así... de esta manera. —Lo miró ruborizada.

—¿A qué te refieres?

—Hacerlo de pie. Teniéndome en brazos y...

—¿Y qué?

—Me ha gustado. Todo lo que me haces me gusta, todo lo que me enseñas me gusta. —Esos ojazos lo miraron con temor—. ¿Eso es malo, Brandon? —Él, que seguía teniéndola en la misma postura, que notaba los dedos de ella enredando en el cabello de la nuca, que lo miraba con esos ojos tan bellos, se sintió pleno, feliz. Su muñequita le preguntaba si eso era malo.

—No, cariño. No es malo. ¿Por qué iba a ser malo sentir placer?

—Porque siempre he oído que esto hay que hacerlo para tener bebés. Claro que ahora entiendo a Julia.

—¿Por qué? —La miraba risueño, admirando la boca enrojecida, la

mirada brillante y los pómulos coloreados.

—Porque cuando supo que estaba embarazada, Jeremy y ella se pasaban las noches haciéndolo como conejos; hasta el final del embarazo. Bueno, antes de quedarse también, en realidad, desde que se casaron. Fue como dices tú: se abrió la veda. Y a mí me ponían de los nervios. No entendía cómo mi hermana se comportaba así, pero ahora lo sé. Ahora lo entiendo.

—Los oías a través de la pared —conjeturó, mostrando una sonrisa. Ella afirmó—. Ahí tienes la contestación, pues tu hermana también era católica y sin embargo disfrutaba de lo que la naturaleza y el bueno de Jeremy le daban. No veo ningún mal en ello. Y si hubieran vivido solos, no habrían tenido testigos de lo que ocurría entre ellos. —Salió de ella, haciendo que esos esplendorosos muslos dejaran sus caderas—. ¿Qué te parece si desayunamos?

Después de tomarse el tocino y los huevos fríos, se metió entre pecho y espalda, tres tortitas que la muchacha había hecho con avena, queso, huevo y azúcar. Ella comió menos y mientras lo hacía, iba recogiendo la cocina, limpiándolo todo.

Brandon, comiéndose la última torta, clavaba la vista en ella, siguiendo todos sus movimientos, fijándose en todos los detalles. Iba descalza, igual que él, y esa camisa que la tapaba de más, para su gusto, dejaba parte de los muslos al aire cuando se agachaba para recoger algo, o para guardarlo. Si no controlaba un poco su temperamento, sus deseos, la iba a tener abierta de piernas todas las horas de todos los días que estuvieran en la cabaña. Decidió emplear otra táctica.

—Voy a dar una vuelta. A ver si veo algo que matar. —Ella dejó el trapo con el que se limpiaba las manos y clavó la mirada en él. Qué hermosa estaba, pensó el hombre, pero enseguida rectificó, qué hermosa era.

Bella hasta dejarte anonadado.

—Voy contigo. —Él elevó las cejas en señal de sorpresa—. Sí, por favor, llévame contigo. Y me enseñas a disparar y después vamos a ver esa cascada. Por favor. Mira —levantó un paño limpio que cubría una masa—, para hacer pan. Hay que dejarla reposar unas horas, cuando volvamos ya la podré amasar otra vez y mientras hago eso, tú pelarás unas avellanas y unas nueces para echarse a la masa. ¿De acuerdo? —El hombre la miraba sin pestañear, mostrando una media sonrisa.

—¿Pan con nueces y avellanas?

—Sí. Pero sin mezclar. Uno de nueces y otro de avellanas, pero si no te gusta, te lo hago como tú quieras. Me sale muy bueno, en serio. También lo

puedo hacer en porciones pequeñas, a mí me gusta más así, porque me gusta lo tostado y de ese modo habrá más corteza. —El rostro del hombre mostraba perplejidad y al mismo tiempo, una gran satisfacción.

—Ven aquí. —Ella se acercó, despacio, mostrando una sonrisa pícaro y se colocó entre las piernas del hombre. Él la sentó sobre su muslo—. Eres una caja de sorpresas, ¿lo sabes?

—No lo creo. No es nada del otro mundo hacer pan.

—¿Ah, no? —Él le acariciaba la espalda a través de la tela de algodón.

—No. ¿Te estás burlando de mí?

—Eso nunca. —Ella se removió un poco, pues cuando él la miraba tan intensamente, se ponía nerviosa.

—¿Me vas a llevar contigo?

—¿Te da miedo quedarte sola?

—No es que me dé miedo, es que, si te pasa algo, no habrá nadie que te pueda ayudar, ¿no lo entiendes? —Brandon contuvo la risa, pero no dijo nada—. Dime, ¿cómo te hiciste esto? —dijo señalando la cicatriz del costado. Él ni se miró, pues toda la atención estaba centrada en esa belleza.

—¿La que me cosí malamente?

—Sí. No tienes otra. Esto es lo único que mancilla tu perfecto cuerpo y, aun así, sigue siendo perfecto. —Él rompió a reír, con ganas, disfrutando, y no supo por qué, pero le mintió.

—Fue un descuido. En la mina. Tropecé y caí clavándome el cuchillo que llevaba. —No quiso que su amor supiera que mató al hombre que le hizo eso; que era un trabajador que le quiso robar, que le pilló con oro en los bolsillos y lo mató.

No lo mató a sangre fría, en todo caso, caliente, pues el otro le plantó cara y sacó un cuchillo y después de darle el tajo en el costado, Brandon lo golpeó, lo desarmó y le clavó el cuchillo. Podría haber evitado su muerte, podría haberlo dejado K.O., y haberlo llevado a la justicia, pero actuó tan rápido que no lo pensó. Le pasó lo mismo que cuando se tiró al suelo del edificio en obras para salvar al obrero, lo mismo, pero a la inversa. Estaban solos, Lín Yu y el resto de los hombres estaban comiendo, y el muerto debía haber estado con ellos. Pero aprovechando que todos estaban inmersos en llenar la panza y echar una pequeña cabezada antes de volver al trabajo, y creyendo que el jefe estaba en la tienda, con sus papeles o descansando un rato, diciendo a sus compañeros que iba a las letrinas, se dirigió a la mina. Aparte de las vetas que había en la roca, también encontraron oro en polvo y

alguna que otra pepita en el suelo, en la tierra de la cueva; era lo que estaban bateando antes de comenzar con las paredes. Cuando terminó de meterse un saquito de polvo dorado en un bolsillo y un par de pequeñas pepitas en otro, escuchó un ruido a su espalda y vio la fornida silueta del jefe. Supo que lo había visto todo y actuó sin pensar, creyendo que podría salir de ahí como si tal cosa. Sacó el cuchillo que llevaba en el costado, y sin perder ni un segundo fue a por él. Brandon lo esquivó, pero no fue lo suficientemente rápido y la hoja le abrió un tajo en el costado izquierdo. En un abrir y cerrar de ojos, le lanzó una patada que le dio de lleno en la mandíbula, el cuchillo salió por los aires, lo cogió y sin más miramientos se lo clavó en el estómago, viendo los ojos incrédulos del que pronto sería un cadáver. Subió por las escaleras de madera para salir a la superficie y cuando llegó a la tienda, todos vieron el reguero de sangre que llevaba y fueron en su ayuda. Lín Yu quiso coserle la herida, pero no se dejó, haciéndolo él mismo y mandándolos a tomar por culo de ahí y que sacaran el cadáver de ese hijo de puta. No era el único cadáver en el armario, literalmente, pues mató a otro cuando andaba en busca de la mina. Se cruzaron en el camino y el individuo iba medio acostado sobre el caballo, llamando la atención de Brandon, que se acercó para ver qué le pasaba. Fue entonces cuando este se irguió empuñando un revólver y le mandó descabalar o le pegaba un tiro. Brandon supo que tenía que actuar rápido, pues sabía que se iba a convertir en hombre muerto, en cuanto fuera desposeído de lo que llevaba encima, o incluso antes. El otro se mantuvo encima del caballo y le mandó que se quitara la cartuchera de cuero con esos flamantes Colt, pues se veía a la legua que eran de lo mejorcito, y que los lanzara al suelo. En aquella época de juventud, Brandon tenía la misma sangre fría que en la actualidad y cuando ese hombre vio cómo soltaba las tiras atadas a los muslos y oía la voz grave y profunda de ese hombre que era más joven que él, diciéndole que no lo matase, que se podía llevar todo lo que tenía, incluido el hermoso semental español, ni se dio cuenta, que una mano veloz como un rayo fue al revólver de la izquierda, desenfundó, apuntó y disparó, todo en menos de un segundo, dándole en el corazón, matándolo en el acto y cayendo del caballo. Brandon no perdió el tiempo; registró los bolsillos y se encontró una pequeña bolsa de cuero, al abrirla vio que contenía piritas de hierro, el oro de los tontos, como se le llamaba vulgarmente, pues se confundía fácilmente con el oro si no comprobabas su dureza y este individuo se ve que lo llevaba como si realmente lo fuese; o tal vez no, llevándolo para engañar a otros. Terminó con el registro, quedándose

con unos billetes que sacó de otro bolsillo y dejando el cadáver detrás de unos arbustos, sabiendo que pronto los buitres y otras alimañas darían buena cuenta de él. Se quedó contemplando el caballo y haciendo una mueca, cogió el revólver y le pegó un tiro en la cabeza. Montó en el suyo y sin volver ni una sola vez la cabeza, siguió su camino en busca de la mina del viejo.

No tenía pensado decirle a esta belleza que pronto sería su esposa, que había matado a varios hombres, pues había alguno más, aparte de esos dos. No. No quería que pensara que era un hombre sin escrúpulos. No quería descubrir todas sus cartas, pues podría asustarla y no deseaba algo así.

—Con que tropezaste, ¿eh? Ves, ese es motivo más que suficiente para que te acompañe. —La sonrisa del hombre dejó ver los dientes y ella pasó un dedo por el borde del labio mientras él hablaba.

—Creo que tienes razón. Será mejor que vayamos juntos, que no nos separemos, por lo que pueda pasar. —Ella seguía jugando con los labios, tocándolos con suavidad, mientras se miraban fijamente.

—Sí. Será lo mejor. Pero la verdad, es que no quiero quedarme sola. —Él soltó la carcajada que estaba aguantando y los deditos dejaron de jugar con sus labios.

—Me parece bien, cariño. En realidad, no me apetece dejarte sola. Pero prefiero que me digas las cosas tal y como las piensas. Sin enmascarar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Es lo mejor. ¿Me enseñas a disparar? —Brandon volvió a reír y dándole un azote en el culo, la levantó y fueron a por el rifle.

En cuestión de unos minutos, le enseñó el funcionamiento de las armas, sorprendiéndose de que no le dieran miedo, cogiéndolas con soltura y fijándose en todos los detalles que él le remarcaba, dónde estaba el seguro, cómo se cargaban y cómo se accionaban para disparar, la limpieza de las armas las dejaría para otra ocasión. Una vez acabada la instrucción, le dio otra palmada y le ordenó que se vistiera.

Le costó poco trabajo convencerlo de que no era necesario matar ningún animal, a no ser en defensa propia, por un oso o lobo, o algo igual de peligroso, pues la despensa estaba llena y tenían de todo, hasta carne y pescado en salazón. ¿No quieres carne fresca?, le preguntó y ella con una pícaro sonrisa, le contestó que ya tenía. De ese modo, se dedicaron a vagar por el bosque, disfrutando del entorno y viendo la expresión de la muchacha, mientras contemplaba la altura de los densos abetos, corriendo hasta un claro de luz donde uno o varios troncos caídos, obstaculizaban el paso, pero

dejaban pasar los rayos solares y hacían hueco para árboles nuevos y quedándose quieta, callada, aguantando la respiración, al escuchar algún sonido que no conocía: el sonido de una lechuza, el ruido de la hojarasca al pasar un ligero y asustadizo roedor, el crujir de las ramas con los saltos de una ardilla, el chapoteo de las ranas en el arroyo o el croar de un gordo sapo. Todo le llamaba la atención, sus ojos se movían constantemente, mirando un caracol y después una babosa, levantando una corteza de árbol y descubriendo una colonia de gusanos, tocando con el borde de los dedos los enormes y verdes helechos, para seguidamente, palmotear el mullido musgo de las rocas.

—Es hermoso —dijo con un susurro—. Parece como si de un momento a otro, fuera a aparecer un hada, o un duende entre esos troncos tan enormes. —Él sonrió. Llevaba el rifle al hombro, los revólveres se habían quedado en la cabaña.

—Es más fácil que salga un oso, un lobo, un zorro, antes que un ser de fábula. —Señaló a un punto y en susurros continuó—: Mira, un ciervo. —Se habían quedado quietos y la muchacha fijó su mirada en el precioso animal que los miraba igual que ellos. De pronto, hizo un movimiento brusco y salió corriendo, desapareciendo en la espesura del bosque, de sus miradas.

—Vaya, ¿has visto qué bonito? —Él la contempló maravillado.

—Sí, realmente bonita —contestó sin dejar de mirarla. Ella se giró y clavó la vista en él.

—Bonito, tonto, es un macho, ¿o es que no le has visto los cuernos? — Cuando lo había dicho, se dio cuenta de su error y de cómo la traspasaba esa mirada azul—. Oh, Brandon, no me tomes el pelo —añadió riendo. Sintióse necesitada, se abrazó a él y este, un tanto sorprendido de ese arrebato, la abrazó con el brazo libre.

—¿Sabes que aquí hay árboles de más de quinientos años?

—¿En serio? —preguntó con la cara pegada a la pechera del hombre.

—Ya lo creo; y hasta mil años.

—Vaya, justo el mismo tiempo que te voy a estar amando. —Él se volvió a sorprender ante las cosas que hacía y sobre todo que decía. La despegó de su cuerpo y la miró a los ojos, notando las manos en su cintura.

—¿Solo? Me parece demasiado poco. —Acarició el óvalo del rostro, mientras se la comía con la mirada.

—¿Y tú? ¿Cuánto tiempo vas a amarme? —preguntó, echando la cabeza hacia atrás.

—Toda la eternidad, mi amor. Toda la eternidad. —Bajó la cabeza y capturó esa boca que estaba suplicando ser besada. Fue un beso largo, lento, acaparador y monopolizador. Y ella, sumisa, se dejó hacer. Notando la lengua que la recorría entera, los labios que capturaban los suyos, que los lamían, que los chupaban, para pasar a rozarlos tan despacio, tan lento que provocaban esos gemiditos, esos suspiros, que encendían al hombre.

Un ruido le hizo parar, y con un brazo rodeando a la muchacha y el otro apuntando con el rifle, miró al frente para ver cómo un zorro de cola roja salía huyendo, lejos de ellos. Brandon tomó otro rumbo y fueron bajando por un estrecho y resbaladizo sendero, pues la tierra estaba húmeda, la hierba también y el sonido del agua era cada vez más potente. La llevaba de la mano y notó el nerviosismo de la joven, mirándola risueño, afirmó con un ligero movimiento y ella en susurros le dijo que nunca había visto una cascada. Él sonrió más ampliamente, mientras pensaba que nunca había disfrutado tanto estando en la cabaña y que nunca había observado el bosque de la manera que lo hacía ahora, por los ojos y las sensaciones de su amada. Terminaron de bajar y el sonido era más que evidente, pero ella no veía nada, de repente se encontraron con una masa de agua que fluía tranquilamente hacia el sur, no cubría mucho, pudiendo llegar en algunas zonas por las rodillas, torcieron a la derecha y entraron en un cañón estrecho y de paredes de basalto. La muchacha le tiró de la mano para que parase y se quedó admirando esa belleza. Al fondo estaba la cascada, alta, esbelta, con un caudal de agua considerable, que al final del invierno se duplicaba o triplicaba. Por la zona de las paredes del cañón, de seis o siete metros de altura, el terreno estaba más alto y seco y aunque era estrecho y estaba lleno de vegetación, admitía el paso de una persona; y como por encanto, Jennifer se adelantó y fue por ese sendero, notando la presencia masculina detrás de ella, admirando y tocando la roca, los líquenes que nacían en ella, mirando las aguas cristalinas y los pececillos que nadaban en ellas, hasta llegar a la poza o piscina natural donde caía la cascada. Como seguía habiendo terreno seco alrededor de esta, que en otoño e invierno se inundaba, fue lo más cerca que pudo del salto de agua, dejando que las gotas le salpicaran el rostro; y entonces, se volvió de una y miró con ojos brillantes al hombre que no dejaba de observarla.

—¿Me puedo bañar? —Ante esa pregunta, él torció la boca en esa sonrisa, entre cínica y perversa.

—Tal vez esté un poco fría para ti, dulzura.

—¿Está fría para ti? —La sonrisa de Brandon se hizo más amplia. Con

la culata del rifle apoyada en la cadera, tardó algo más de lo normal en contestar, mientras Jennifer lo miraba con impaciencia.

—No. De hecho, me encanta bañarme aquí en esta época del año.

—Pues vamos a bañarnos —añadió con una carcajada que dejó al hombre atontado, mientras la veía desnudarse. Se quedó en cueros, sin pudor alguno, luciendo esa perfección que no podía compararla con ninguna mujer de las que había poseído, aun siendo tan jóvenes como ella.

La contempló a sus anchas, a la luz del día, al resplandor de los rayos de sol que entraban en ese claro. Ni una sola mancha mancillaba esa piel, ni un lunar, ni una minúscula peca. Una piel marmórea, que en tiempos antiguos habrían tachado de bruja y más con ese color de pelo; pues sí una piel con cualquier mancha extraña o sospechosa podía dar qué pensar a las mentes obtusas de aquellos tiempos, la perfecta piel de una pelirroja oscura, como la contemplaban sus ojos, solo podría ser obra de Satanás.

Mientras ella iba entrando despacio en la poza, él miraba esos muslos lozanos, ese culo gordito, respingón, esos pechos grandes, plenos, tiesos, balanceándose con suavidad, los pezones duros como diamantes... sin dejar de mirarla, se desnudó en un santiamén y se metió en el agua, no temiendo por ella, pues solo le cubriría hasta la base de esas adorables tetas. Por todos los demonios del infierno, qué hermosa era, qué rica estaba, pensaba mientras sus ojos la recorrían una y otra vez, fuera del agua y dentro del agua, pues esta, era tan transparente, tan cristalina, que no ocultaba nada, ni los rizos rojos, ni la erección que él mostraba.

Ella también se fijó y una hermosa sonrisa se dibujó en ese rostro, en esa boca de pecado.

—¿Otra vez? —preguntó entre risas—. ¿Cómo es posible? ¿A todos los hombres les pasa igual? —Él la cogió por la cintura y dejó caer un delicado beso en el cuello, mientras frotaba el suave cuerpo contra el suyo.

—Contigo, a todos los hombres les pasaría. —Fue en ese momento, cuando se escabulló y riendo fue derecha a la cascada.

—Cógeme. —Él escuchó ese verbo y sonrió, sabiendo lo que significaba para él, pero no para ella.

Ya lo creo que te voy a coger.

Se lanzó directo y escuchó el grito que dio cuando ya la tenía en sus brazos, sumergiéndola y sacándola al instante, a menos de medio metro de la caída de agua, donde cubría un poco más. Ella resopló, escupió, y se agarró al cuello del hombre, aupándose, pegando sus pechos contra el tórax,

abrazándole con las piernas, dejando que el miembro erecto se colara entre sus muslos, que rozara su vulva.

—¡No sé nadar! Me has asustado —protestó contra la piel del cuello, mientras él reía gustoso de tener ese cuerpo aplastado contra él. De sentir cómo su miembro rozaba la vulva queriendo entrar.

—Me has dado una orden y la he cumplido a rajatabla. —La separó un poco y mirándola con amor, le apartó los mechones mojados de esa preciosa cara—. Casi a rajatabla. —Ella no supo interpretar ese casi, pero la pregunta que hizo, sí le llamo la atención—. ¿Quieres que te enseñe? Este sitio es ideal para aprender. No cubre, no hay peligro.

—Sí, quiero que me enseñes —contestó mirándolo a los ojos, agarrada a su cuello y sintiendo el pene rozando su sexo—. Pero antes, quiero que me hagas el amor. —La mirada azul la atravesó como un rayo.

La muchacha vio cómo esos ojos se ponían ligeramente vidriosos y al instante, se vio agarrada por cada glúteo y empalada en el miembro erecto, de sopetón. La besó despacio, sin retirar la mirada, viendo cada gesto, cada movimiento de pestañas que ella hacía.

Mientras su miembro se movía dentro de ella, notó cierto temor.

—No tengas miedo, no te voy a soltar. Tú solo agárrate a mi cuello y disfruta —le dijo con voz ronca de deseo, con las manos en ese trasero que lo volvía loco, entrando y saliendo y apretando esos pechos contra él, comiéndose la boca una y otra vez, hasta notar que ella se dejaba ir, que echaba la cabeza hacia atrás cuando él dejaba de besarla y cerraba los ojos, sintiéndose segura en sus brazos, sintiéndose plena, feliz... y entonces se unió a ella, quedándose quieto durante un instante, mientras soltaba su esperma y su pene se convulsionaba dentro de esa vagina que era un guante para él. Se miraron unos instantes y viendo el rubor de esas mejillas, el hombre se rio con ganas. Nunca había reído tanto y tan seguido.

—Dulzura, ¿algún día vas a dejar de ruborizarte? —Ella no contestó, mirándolo temerosa—. ¿Qué ocurre, mi amor?

—Tengo que decirte algo. —Él notó nerviosismo en la joven y salió de ella para dejarla de pie y marcando la diferencia de estatura, la miró detenidamente, viendo cómo tragaba saliva.

¿Qué demonios pasaba?, se preguntó. Ella jugueteó con el agua y miró las ondas que hacía con la mano, para notar los dedos de él debajo de la barbilla que le elevaron el rostro para que lo mirase a los ojos.

—¿Qué tienes que decirme? —Volvió a notar el temblor, nervios y una

pequeña sonrisa, para terminar mordiéndose el labio y por fin, contestar:

—Estoy embarazada. —La expresión del hombre fue misteriosa y el silencio, produjo en la chica un temor desconocido, poniéndose más nerviosa y llenándose los ojos de lágrimas.

—¿Estás segura? —la voz era acariciadora y ella no se atrevió a hablar moviendo la cabeza varias veces—. ¿Desde cuándo?

—Desde la primera noche. —La mirada de Brandon era de asombro y seguidamente de alegría. Cogió la cara entre sus manos y se agachó para mirar los ojos dorados, rozándose las narices.

—¿Sabes lo feliz que me haces? —Con los pulgares recogió con suavidad las lágrimas que escaparon de esos ojos tan bellos—. Antes deseaba tener un heredero, ahora, ahora deseo un hijo tuyo y mío. Mi amor, no llores, me estás haciendo el hombre más feliz del mundo y eso que ya lo era esta mañana. ¿Por qué lloras? ¿No te hace ilusión?

—Sí, mucha. Pero tal vez, lo mejor sería que me instalase en Chicago, pues ahí pasaría más desapercibida —él la miraba atento, con la cara entre sus manos, oyendo cada palabra y viendo cada gesto—, siendo soltera, no pasaría tanta vergüenza viviendo en un sitio grande como esa ciudad y...

El hombre no dejó que continuara:

—Vas a ser mi esposa en unos días, cariño. Cuando volvamos a California ya serás mi esposa. ¿Tanto trabajo te cuesta creerlo?

—No lo sé. —Y rompió a llorar como una cría pequeña. Él, sin esperar ni un instante, la cogió en brazos y salieron del agua, llevándola hasta una zona verde, entre sol y sombra. La tumbó y él se colocó a su lado, contemplándola a placer.

—Mírame, Jennifer —ella se limpió las mejillas y clavó esa mirada angelical en su rostro—, todo está en marcha. Sophie firmó el acuerdo. Era lo más difícil, lo que pensé que me iba a dar más problemas. El resto, es cuestión de amistades y de dinero, y de las dos, me sobran. Hemos venido aquí para descansar, para enseñarte este lugar que ninguna mujer ha conocido, porque deseaba amarte en este lugar que significa mucho para mí, porque tú eres tan especial, que con este acto dejaba muy claro mis prioridades. Y mi prioridad eres tú. Ahora y en el futuro. Cuando lleguemos al valle, estoy seguro de que tendré el divorcio.

—De acuerdo —contestó con esa vocecita que a él le calentó la sangre.

Para ya, cabrón, que no has parado de follar en toda la mañana.

Pensando en ello, la interrogó.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Mantuvo la mirada en el rostro, porque el cuerpo era una tentación contemplarlo.

—Unos días antes de irme con Lín Yu, tuve náuseas por las mañanas, luego se me pasó. Pero a Julia le ocurrió lo mismo, por eso lo supe con total seguridad. Y esta mañana, también he tenido el estómago revuelto, antes de que te levantas.

—¿Y cuándo te tendría que haber bajado?

Ella enrojeció ante esa pregunta.

—Diez o doce días después de... de la subasta. —Él movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Te dejé embarazada esa noche.

—Sí —la vocecita lo estaba poniendo a mil.

Contrólate, hijo de puta.

Sus ojos recorrieron los pechos y ahora le pareció verlos más duros, siguió hacia abajo y se quedó mirando la pequeña barriguita. Despacio, colocó una mano sobre ella, abarcando toda la superficie. La tocó, la acarició y mientras hacía eso, su voz sonó grave:

—Estando así, no deberíamos haber sido... no debería haber sido tan salvaje contigo. No quiero que le pase nada a este niño... o niña. —Ella notaba el peso de esa mano, la posesión que ejercía y, sobre todo, lo que significaba.

—Julia y Jeremy lo estuvieron haciendo hasta el final y cuando nació Jonah, lo soltó en un periquete.

—¿Qué me quieres decir con eso, dulzura?

—Pues que tampoco hay que ser tan estrictos, que yo no soy ninguna blanda. Estoy perfectamente.

—¿Ya no lloras? —La muchacha hizo un puchero, viendo la sonrisa masculina, la mirada felina y sintiendo esa mano en la barriga, que no se movía, pero que conseguía que esa presión la alterase hasta las últimas consecuencias.

—¿Me vas a enseñar a nadar?

—No sé, no creo que sea lo más adecuado. —Quería hacerla rabiar y no le quitaba los ojos de encima.

—Si podemos hacer el amor, también me puedes enseñar. Esto no es el océano. No me voy a ahogar y si me sumerjo, tú me rescatarás.

—¿Seguro? —No esperó respuesta.

Se puso de pie de un salto y sin hacer caso de la media erección que

llevaba, la levantó y la volvió a llevar al agua. Estuvieron durante la siguiente media hora, enseñando uno y aprendiendo otra, y durante todo ese tiempo, él la tocó todo lo que quiso, deslizando las manos por toda la longitud de ese cuerpo, sujetando el plano estómago con las palmas de las manos y de paso, acariciando los pechos, rozando los pezones, palmeando ese culo que lo traía loco, acariciando esos muslos largos y firmes, sin un atisbo de vello, pasando de refilón, o tocándolo apenas, el goloso sexo, los rizos rojos... Tocó todo lo que le dio la gana, mientras le enseñaba a nadar, mientras oía su risa cristalina y mientras disfrutaba más que ella. No recordaba haber reído tanto en su vida, haber disfrutado de esa manera y sintió pasar un pensamiento negativo por la cabeza. No podía pasarle nada. Tenía que protegerla siempre.

Siempre.

Cuando salieron del agua, estaban tan arrugados que se rieron al ver las palmas de sus manos y mientras se secaban al sol que comenzaba a irse de la poza, la besó largamente para después vestirse y volver a la cabaña.

Los días restantes transcurrieron tan deprisa, que cuando se dieron cuenta estaban en Roseburg para coger el tren y dirigirse a Eugene. Como iban en un vagón privado, y solos, se dedicaron a hacer lo mismo que habían estado haciendo en la cabaña: sexo, sexo y más sexo.

CAPÍTULO 18

Davis estaba en San Francisco y una vez terminadas las visitas de negocios, decidió dirigirse al sur, al burdel de Madame Berry. Le gustaba mucho esa putilla, la rubita de tetas gordas y coño sedoso; claro, que qué decir de esa boca avariciosa, que se la chupaba hasta dejarlo seco como una poza en pleno desierto, hasta dejarlo sin energía, por lo menos durante los veinte minutos siguientes. La última vez que estuvo, la noche de la subasta, ya la había cogido Cooper, y su socio y él se apañaron con una pelirroja que también estaba muy buena. Pero le gustaba esa rubia tetona y con un culo más que aceptable. Porque ya estaba casado que, si no; *¿Eh?, qué cojones piensas, jamás te casarías con una puta. Si no lo supiera, bueno, pero sabiéndolo, nunca.*

Fumaba un largo, delgado y oscuro cigarro después de una buena mamada, tumbado en una gran cama llena de encajes y demás perifollos, femenina en exceso, diría él, mientras contemplaba a la puta arreglarse frente al tocador. Se limpiaba con un pañuelo de encaje el borde de los labios y vio cómo se metía en la boca un dulce, imaginando que sería para quitarse el sabor a semen, o a su polla, cualquier cosa era posible. Después, sin dejar de mirarse a través del espejo, se atusó la mata de rizos rubios, se recolocó los pechos y le hizo un mohín con esa boca tentadora. El hombre, desnudo, fumando con languidez, sonrió.

—Si no fueras una puta, te llevaría conmigo —dijo sin dejar de mirarla. Ella, contemplando esa masculinidad, sonrió sin convicción, pues no le gustaba nada que le recordaran lo que era. Lo sabía de sobra.

—Bueno, el estar en un burdel da lugar a conocer hombres como tú. Seguramente, en el recóndito pueblo donde nací, nunca se habrían cruzado nuestros caminos —el acento sureño dejaba claro de dónde procedía, pero a Davis no le interesaba lo más mínimo.

—Un burdel, es un burdel. Una casa de putas. Una mujer decente, jamás pisará un lugar así. Y tú, cariño mío, eres una puta.

—¿No me digas? No me había dado cuenta. Si no llegas hoy y me lo

dices, pensaba que iba camino de que me santificaran. —El hombre soltó una ruidosa carcajada, pero cuando cerró la boca, el cigarro que iba a sus labios se quedó paralizado ante las palabras que pronunció la rubia—. Claro, que todos los hombres no son tan delicados. Algunos, no les importa llevarse consigo a una mujer de un burdel; de este burdel. Incluso pagar una fortuna por su virgo. —Davis dejó el cigarro en el cenicero y se incorporó en la cama.

—¿Sabes quién se llevó a esa hermosura? —preguntó con mucha curiosidad.

La rubia lo miró a través del espejo.

—Sí. Claro que lo sé —contestó haciéndose de rogar, al tiempo que esperaba conseguir una recompensa.

—¿Quién? —La curiosidad era máxima, mirando a la mujer sin pestañear, esperando.

—Alguien que conoces —añadió con una sonrisita.

—No me jodas. ¿Quién? —Se estaba enfadando, pero a la puta le daba igual, pues se sabía segura y pensaba sacarle algo extra a ese rubio patán grandullón, que pensaba que las mujeres como ella no tenían derecho a nada. Se pensaría el muy imbécil que se había metido a puta por capricho, no te jode... si el hijo de puta de su padre no se la hubiese follado cuando tenía doce años, tal vez ahora no estaría ahí, no se la habría mamado hasta dejarlo seco. Cabrón.

—¿No hay nada para mí? Algo que no pase por las manos de Alana. —El hombre cogió la chaqueta y sacó varios billetes de un bolsillo, lanzándoselos encima del tocador. Ella los miró con una sonrisa y los guardó en un pequeño joyero. Se volvió hacia él y mirándolo a los ojos, soltó la bomba:

—Cooper. —Davis la miró incrédulo, pero antes de abrir la boca, fue ella la que siguió con la palabra—. Sí, sí, como lo oyes. Parece ser que conocía a Jennifer desde tiempo atrás y se le escapó intacta. Cuando supo de su paradero, gracias a la madame, se puso de acuerdo con ella para pujar y que vosotros no lo supierais.

—Jennifer —repitió el hombre—. Precioso nombre. Y dime, ¿su rostro es tan hermoso como su cuerpo? —Ella retorció la boca, molestándole, la verdad. Pero una cosa estaba clara, no era mentirosa, a no ser que las condiciones la obligaran.

—La verdad es que sí. La muy cabrona es guapa hasta decir basta. Sinceramente, no he visto una mujer tan perfecta como esa. Pelirroja

auténtica. Rojo oscuro, como la caoba y con unos mechones más claros rodeando la cara. Tiene la piel blanca como el alabastro, sin una peca. ¿Cuándo has visto una pelirroja que no tenga pecas? En la Edad Media, o cuando fuera que hacían esas cosas, la habrían colgado de un árbol, o la habrían ahogado en el río. Por no tener pecas y por ser tan perfecta. Ya lo creo, obra del diablo, habrían dicho. —El hombre no dijo nada, mirando a la mujer y moviendo la cabeza lentamente. Por fin, vocalizó, sus pensamientos.

—Cooper pagó por ella. Me cago en la puta, ¿será posible?, el muy cabrón. Y todo el rato haciéndose el tonto... y subió contigo el muy hijo de la gran puta. —La puta sonrió ante esos comentarios y él comprendió que todo había sido puro teatro. Mordiendo el cigarro, preguntó—: ¿Y se la llevó?

—Por supuesto. Pagó por ella, no solo pagó por su dulce coño, por ese virgo que no sé por qué motivo dejó que se le escapara en su momento. Antes del amanecer se la llevó y parece ser, que para casarse con ella. —Davis se asombró ante ese comentario.

—¡No me jodas! Cooper está casado. —Él había asistido a la fastuosa boda. Recordó la carita de la hija de Watson y lo que pensó en esos momentos era que parecía una muñeca y demasiado estirada, incluso pensó, que no le pegaba nada a Cooper que, para un hombre como él, debería tener una mujer con más empaque. Tal vez fuese porque Watson nunca le cayó bien y por defecto, su hija tampoco le gustó. Sin contar con que consideraba a Watson, familia y amistades, como los clásicos habitantes de San Francisco, esnobs y extravagantes, amigos del lujo excesivo, tanto en sus casas, como en todo lo demás y que consideraban a los que no eran como él, por mucho dinero que tuvieran, unos paletos.

—Ya no está casado. ¿De dónde vienes?, ¿de la luna? Es la comidilla de la ciudad. No tardará en salir en los periódicos.

—¿El qué? —La puta lo miró como si fuese tonto. *Bueno, ¿qué esperas?, si lo que mejor que se le da es cortar troncos y pescar salmones;* los negocios que lo habían hecho rico: la madera y el salmón.

—El divorcio. Alana dice que la falta de hijos es una circunstancia muy favorable para ello, eso sin contar con las amistades y el dinero que tiene Cooper. Ella ya firmó los papeles, estando de acuerdo en todo. Le deja la mansión de San Francisco y una sustanciosa pensión mensual para que viva a todo trapo, siempre y cuando no vuelva a casarse, ya que, si es así, lo pierde.

—¿Alana te ha contado todo eso? —La curiosidad que mostraba el de Oregón, era cada vez mayor.

—El suegro ha estado por aquí y con varias copas en su estómago y después de una mamada colosal, ha ido soltando lo sucedido. Hasta parece que se pone de parte del yerno, pues dice que, para aguantar a una mujer como su hija, hace falta mucha paciencia. Mucha más que la que él tiene que tener con su esposa.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Y Watson sabe que Cooper se llevó a esa preciosidad, por la que él también pujó?

—No creo. Yo no se lo he dicho. Dijo que Cooper estaba en Oregón y que ahí se enteraría de que el divorcio estaba concedido.

—¡Me cago en la hostia! Se va a casar con una mujer comprada en un burdel. ¡Hostia puta! Una mujer que todos los que estábamos en la subasta, vimos. Ese cuerpazo, esas tetas perfectas y ese culo, ¡me cago en la puta, qué culo! ... ¡Joder! Esto correrá como la pólvora. —Hizo una pausa y mirando al vacío, continuó—: Creo que me voy a quedar unos días más en la ciudad. —La rubia lo miraba detenidamente, mientras pensaba lo mismo que él. Pues la noticia llegaría a la prensa, seguro, y cuando Cooper llevara a Jennifer con él y la presentara a sus amistades... ¡madre mía, qué escándalo! Pero bueno, ella no tenía la culpa, las cosas sucedían por algo y los secretos no se pueden guardar eternamente. Además, mucha gente sabía de la identidad de la pelirroja; todas las putas, los empleados, la antigua criada de Alana, y, por otro lado, esa chica era imposible que pasara desapercibida.

—No sé lo que pasará —intervino la mujer—, pero te puedo decir por lo que yo sé, que Cooper es un tipo especial. Que le resbala lo que digan de él, y tiene tanto dinero, que hasta puede callar más de una boca. —Davis movió ligeramente la cabeza. Conocía a Brandon desde hacía años y sabía que era un hombre que utilizaba a las mujeres, que las tomaba y las dejaba como le venía en gana, igual que sabía que cuando se casó con la hija de Watson, lo hizo para tener herederos y se guió por instinto. Cierto era, que al no darle hijos la muñeca de porcelana, se le complicaba la cosa... pero esto...

—Tienes razón en lo que has dicho, pero habrá que ver, si también le resbala lo que se diga de ella. Si la convierte en su mujer, Cooper no es de los que toleran ni esto. —Hizo un gesto con los dedos, poniendo el pulgar y el índice a punto de tocarse—. Y dime, ¿de dónde es esa preciosidad?

—Del este. El acento la delata. Boston o Nueva York. Además, es donde ella quería volver después de que le quitasen el virgo. Pero parece ser, que Alana le fue sacando información y supo que conocía a Cooper y de ese modo la telaraña se cernió sobre la pelirroja sin ella saber que Cooper iba a

ser invitado a la subasta. —Davis la escuchaba atentamente—. No sé nada más; pero sí te diré que, a pesar de las envidias que nos tenemos las mujeres, esa chica es la perfección total. Es guapa hasta... lo más, y tiene unos modales la cabrona, que dan asco.

—¿Es vulgar? —La rubia negó con ahínco moviendo la masa de rizos rubios dorados.

—No, qué va. ¿Es que no escuchas lo que estoy diciendo? Todo lo contrario. Es exquisita. Correcta, educada, habla perfectamente y encima es simpática. La envidia de cualquier mujer. —Davis no pestañeaba, mostrando total atención a una noticia tan jugosa.

—¿Qué años tiene?

—Muy joven. Diecinueve o veinte. —La puta tenía diez más, aunque no los aparentaba, por lo tanto, la edad de Jennifer era envidiable como todo lo demás.

—Me cago en todos los putos infiernos con el cabrón de Cooper. Estoy deseando encontrármelo. En cuanto vuelva a la ciudad, me pasaré por las oficinas a ver cuándo vuelve —dijo más para sí mismo, al tiempo que veía cómo se le acercaba la rubia y se subía las enaguas para dejar el pubis al aire. Davis se quedó contemplando esa mata de rizos rubios, algo más oscuros que el cabello, acordándose del encaje de ese, por llamarlo de alguna forma, vestido y de cómo se le adivinaba el color rojo de los rizos del conejo de la posible futura esposa de Cooper—. Ven aquí, preciosa putilla. Te voy a follar hasta que aúlles como una lobita. —Las risas de la rubia retumbaron por las paredes del dormitorio, mientras las manazas de ese hombre le tocaban el culo y metía los dedos por todos los orificios.

«¿Alguien puede describir la belleza?

Seguramente muchos de los que lean esta columna, pero puedo decirles, que un servidor de ustedes ha contemplado la belleza perfecta, la belleza absoluta... se puede decir que he visto una diosa hecha mujer. Yo, y todas las demás personas que llenaban uno de los salones del Palace. Fue ayer por la noche. Mesas llenas de ricos manjares, para que cada cual cogiera lo que más le gustase y se lo comiera ahí, al lado de la mesa para seguir dando cuenta de las deliciosas viandas, o llevarse el plato hasta una cómoda silla y contemplar cómo los invitados danzaban al compás de la música, que tocaba la mejor orquesta de California.

Pero dejemos las viandas y música a un lado, porque no estoy escribiendo de ese tema, y, de todos modos, ya saben ustedes (pues lo he contado en otras ocasiones), que el magnate Brandon Cooper no escatima a la hora de agasajar el paladar o el oído de sus invitados. Y sí, esa fiesta era para presentar ante la sociedad de San Francisco a su nueva esposa; o perdón, igual no se han enterado de que el señor Cooper se ha divorciado... pues sí. Parece ser, que la relación con la primera señora Cooper no prosperó, tal vez, dicen, por la falta de descendencia... es una pena, pero la vida es así, que le vamos a hacer. De todos modos, me comentan, que la ya ex esposa ha quedado bien protegida, por lo menos hasta que se vuelva a casar; y teniendo en cuenta que todavía es joven y atractiva, bien puede aparecer un viudo dispuesto, que no tenga apetencia de más hijos y desee a la preciosa hija del conocido arquitecto Henry Watson que, por cierto, es socio de Cooper en algunos negocios. Pero bueno, no me voy a ir por las ramas, porque lo que quiero contarles es: cómo es la nueva señora Cooper.

¿Les he dicho que es una diosa?

Pues sí. Me lo pareció. Y seguramente al magnate también. Pero estoy seguro que, a esa belleza sin par, si hubiera tenido la desgracia de nacer en siglos atrás, ya saben, en el viejo continente: Europa, la habrían colgado o tal vez, metido la cabeza debajo del agua para comprobar si se ahogaba o no, si era una bruja o no. Y digo esto, escribo, porque jamás, J-A-M-Á-S, he visto una pelirroja con una piel inmaculada, perfecta, blanca como el alabastro, como la que posee esta dama. No miento. Lo juro.

Hizo acto de presencia del brazo de su esposo. Vestía un suntuoso traje de seda y gasa color crema, con un escote discreto, pero suficiente para dar cabida a un impresionante collar de esmeraldas, a juego con unos espectaculares pendientes y dos brazaletes para sus delicadas muñecas. Tal vez algún iluso o ilusa, pueda pensar: con semejantes joyas cualquiera; pues no. Nada más lejos de la verdad. Tiene las facciones más bellas e interesantes que pueda mostrar una fémina; sus ojos grandes y almendrados son de un color, entre el mejor de los whiskies escoceses y el ámbar más puro, rodeado por un aro negro que hace juego con unas espesas y largas pestañas... negras, sí como lo están leyendo, unas pestañas negras como el carbón en una pelirroja como la caoba y con unos mechones cobrizos para adornar lo que no necesita ser adornado. Pero cómo voy a describir la boca, los labios... sinceramente me faltan palabras, o peor, pues si utilizo todo mi arsenal verbal, todo lo que me viene a la mente en estos momentos, seguramente

pecaría de lascivo, de pura lujuria, y no me parece lo más correcto, porque esa boca es de todo, menos simple, sencilla o natural.

Y como no deseo que el señor Cooper me parta la cara...

No, señores y señoras, aunque me parece que estas últimas, tienen que estar rabiando de envidia ante tanto despilfarro, me refiero al despilfarro que hizo Él de arriba cuando creó a esta mujer. En fin, no puedo decir más, porque si sigo alabando a la dama, lo único que voy a conseguir es que los caballeros que lean estas líneas, miren a sus esposas y se pregunten por qué ellos no han podido tener la misma suerte que Cooper, y si es una mujer la que lo está leyendo, piense que servidor es un tonto de capirote, que se deja embaucar por una cara bonita, de las muchas que hay por el mundo; pero cuando algunos de ustedes tengan la ocasión, la suerte, la fortuna, de cruzarse con esta dama, podrán comprender toda esta sarta de cumplidos, que, por otro lado, no lo son, son realidades. Tal cual, como lo leen, pues les recuerdo que soy un hombre pragmático, para mi desgracia o fortuna, nunca se sabe.

Ya tengo que acabar y lo que me queda por añadir, puede que me traiga problemas, pero yo, ante todo, digo la verdad, y como estamos en un país democrático, practico el derecho de libre expresión, es decir, me acojo a la primera enmienda. Ahí va: el señor Cooper conocía a la bella dama, que por cierto se llama Jennifer, la conocía, repito, de tiempo atrás, pero por avatares del destino, sus vidas se separaron. ¿Qué pasó?, no les puedo decir, porque mentiras no voy a contar, pero sí sé, que, pasado un tiempo, no mucho, meses tal vez, alguien informó al señor Cooper que su amada estaba en cierto sitio y que se podía encontrar en cierta encrucijada. El caballero fue al rescate de la dama y se la llevó consigo, no sin antes, pagar una pequeña fortuna. Y ahora, son marido y mujer, y según me cuentan fuentes cercanas a la pareja, podrían estar esperando un bebé.

No me digan que la historia no es como para escribir una novela de amor. Sí, sí, de amor. Pues todos los presentes esa noche, pudimos comprobar cómo la penetrante mirada (de un azul magnético, o diría mejor, hipnótico), da lo mismo que lo mismo da, del señor Cooper, no se despegaba de su bella dama, siguiéndola como un ave de rapiña cuando no estaba a su lado y devorándola cuando lograba tenerla junto a él, en especial, cuando bailaban el vals; ah, Dios mío, en ese momento podría haber ardido el Palace, destruido hasta los cimientos, pues esos ojos masculinos ardían de pasión y los dorados de la esposa, brillaban de admiración.

Sí, señores y señoras, ese hombre bebe los vientos por ella, pues según

cuentan los que le conocen bien, ha dejado de lado, unos dicen que, para siempre, la vida tan ajetreada, intensa y un tanto demoledora que llevaba en todos los sentidos, y repito, en todos los sentidos, para estar al lado de esa diosa, no vaya a ser que algún codicioso anhele lo que no debe. Y todos sabemos cómo se las gasta el hombre más rico de California.

Lo siento, jefe, pero creo que es más rico que usted. No se ofenda».

Brandon tiró el San Francisco Examiner sobre la mesa de su despacho de California Street y sonrió para sí mismo, levantándose del magnífico sillón de cuero para dirigirse al estudio de arquitectura, que se encontraba en el piso inferior. Ese periodista era un problema menor y esperaba que, dada su amistad con Hearst, escribiera lo que le diera la gana, mientras no mancillara el nombre de Jennifer, su esposa.

Qué bien le sonaba esa hermosa palabra: esposa. Era ahora cuando ese vocablo tomaba consistencia por completo, cuando él la hacía suya de manera abrumadora, de forma posesiva; cuando la sentía de corazón, de verdad. Sintióse esposo, marido, hasta la médula.

Mientras se dirigía a sus empleados, les hablaba de planos, alzadas, escalas, capiteles, bóvedas, cúpulas, arcos y demás términos arquitectónicos, recordaba la noche pasada en el Palace, dando la razón al periodista, porque todos los congregados se habían quedado prendados con ella. Ciertamente que la curiosidad en un principio por conocer a la que le había usurpado el puesto a Sophie era muy poderosa, pero una vez satisfecha, todos quedaron, si no con las bocas abiertas, habría quedado feo, sí con los ojos como platos, mirando descaradamente cada detalle de esa belleza. Como le pasó a uno de los invitados, el notable abogado y mucho antes, jefe de policía allá por los años 60 y 70, Alfred Clarke, que al saber que Jennifer era de origen irlandés, dijo mirando al padre de Brandon, después a este y por último a la joven esposa:

—Lógicamente, no podía ser de otra forma. Que semejante belleza y para más inri, pelirroja, no podía ser de otro sitio que no fuese Irlanda.

Se entendía, teniendo en cuenta que “Nobby” Clarke era puro irlandés, llegando a California en el 50 en busca de oro. Y cogiendo su mano, sin dejar de mirarla a los ojos, le dijo que sería un honor que Brandon la llevara a visitar su casa de Eureka Valley y que lo menos que podía hacer su esposo, era construirle una mansión como la suya, para una belleza como la de ella.

La mirada del hombre se quedó clavada en la preciosa boca, cuando

mostrando la más bella de las sonrisas, le dijo que sería un placer ver la imponente mansión de la que tanto se hablaba y que estaba segura, debería de aprender más de un arquitecto renombrado.

Eso hizo que el tosco irlandés estallara en una carcajada y que mirando a Cooper hijo, dijera, aquí tienes a una dama de los pies a la cabeza, a una mujer que sabe estar a la altura de las circunstancias; y volviendo a tomar su mano, añadió, aquí tiene a un humilde servidor, a sus pies, señora Cooper.

Y Brandon, por qué no decirlo, no estaba celoso, al contrario, estaba orgulloso, pleno como un pavo real, luciendo no una conquista, sino un trofeo de por vida. Ella había dicho que quería vivir en la casa de Marina mientras estuvieran en la ciudad, a él, le parecía poco para lo que tenía pensado darle, pero por el momento le dio la razón, sin contarle que ya estaba sobre los planos de una hermosa casa, que rivalizaría con la locura de Clarke, pero esperando que a él no le pasara lo mismo que a Nobby, el apodo del irlandés, que después de gastar más de cien mil dólares en una mansión criticada por muchos, su esposa no quiso abandonar su residencia de Nob Hill, pues esa era una de las zonas más selectas para vivir, más solicitadas por los ricos, de hecho, donde también estaba su casa, la que seguía utilizando Sophie.

Pero en la casa de Marina, era donde sucedía lo más interesante; esperando en el salón, oyendo cómo los Tracy zarandeaban en la cocina, cuando escuchó los delicados pasos y se giró para verla. El vestido lo había encargado él, antes de ir a la cabaña, y se lo habían llevado esa mañana. Conocía su cuerpo de memoria y tenía un gusto innegable a la hora de elegir prendas femeninas. Cuando lo vio en el taller de costura, lo quiso para ella, pero le dijo a la costurera jefa que le quitase drapeados, que lo quería más sutil, con más caída, pues el cuerpo de Jennifer no necesitaba aumentar lo que de por sí era perfecto. De modo que lo que estaba viendo en ese momento, era un vestido tipo túnica, ajustado al pecho, de escote discreto, pues no deseaba que ningún cabrón se recreara con esos pechos, y cayendo delicadamente hasta los pies, envolviendo el cuerpo en seda salvaje y la gasa, envolviendo a su vez la seda. No se le notaba nada el embarazo, de modo que podía lucir esa prenda sin dar a conocer su estado. Llevaba el cabello recogido en un laborioso moño, en el que se veían trencitas, enredadas con mechones lisos y adornadas con pequeñas perlas, que le había hecho la doncella dispuesta para ella, una sobrina de la señora Tracy. Brandon, sin dejar de mirarla, observó cada detalle, poniendo a la muchacha nerviosa como un flan, él sonrió para tranquilizarla y decirle que estaba hermosa, tan

bella, que haría parecer a las demás mujeres, fregonas de una posada. Jennifer estalló en carcajadas, de puro gozo, sin darse cuenta de cómo excitaba esa risa al esposo. Vio que se dirigía a la mesa y abrió un estuche de terciopelo, sacaba el collar de esmeraldas y se acercaba para ponérselo. Notó esos dedos rozando su nuca y al acabar, fue los labios lo que sintió en la piel. Unos dulces besos, que la hicieron temblar. Después le colocó los pendientes, rozando de manera lenta los lóbulos y el cuello y mirándola con esos ojos abrasadores. Por último, le colocó los brazaletes, que eran unas filigranas de oro formando una tela de araña y en la intersección de los hilos de oro, pequeñas esmeraldas. Pasó los nudillos de sus manos por los pómulos enrojecidos, notando la respiración acelerada de la joven, sabiendo que se hallaba desbordada ante esos regalos.

Él le había dado el día de la boda, un anillo que perteneció a su madre y que nunca se le pasó por la cabeza dárselo a Sophie, y que esta no sabía ni que existiera. Era un aro de oro, sencillo, con una esmeralda pequeña de pureza máxima, sin pulir, de un verde como los ojos de su difunta madre y en la ceremonia, le colocó una alianza de oro, del mismo grosor, con una grabación por fuera, que decía: *mía para siempre, tuyo para la eternidad*. Era la primera mujer que él hubiera tratado íntimamente, que nunca le había pedido nada, y que, para colmo, no le daba importancia ni a las joyas, ni a las ropas lujosas, ni a las mansiones... la muestra estaba en que, en lugar de estar en una suite del Palace, estaban en la casa de Marina por deseo de ella; y a él le parecía bien, le gustaba que no fuera caprichosa y engreída como Sophie. O como el resto de las mujeres. Y precisamente por eso, iba a poner el mundo a sus pies, porque por ella estaba dispuesto a cualquier cosa.

—Podría adornarte con las joyas más lujosas de la tierra, pero ninguna lograría hacerte sombra. Eres tan bella... que duele. —Ella bajó la mirada, avergonzada.

—Brandon, por favor, no digas esas cosas. No me extraña que hayas tenido tantas mujeres en tus brazos, pues no solo caían embaucadas por tu belleza, por esos ojos tan azules, sino también por tus palabras, por tu voz, por tu labia. —Ahora fue el turno de la risa masculina. Brotando de una, sin dejar de mirarla y haciendo que esos ojos dorados, mirasen la boca del marido.

—Cariño, me congratula que no seas una estiradilla engreída de tu belleza, de verdad que sí, pero lo que veo es que piensas que estos piropos, son eso, piropos y no, solo es la pura y dulce realidad. No eres consciente de

lo hermosa que eres, de lo perfecta, de que no he conocido mujer que te iguale. O tal vez sí lo sabes, pero no le das importancia. Es eso, ¿verdad? — Ella hizo un puchero, y el hombre clavó la mirada en la boca.

—Brandon, la belleza expira, se acaba, se marchita como una flor, entonces, cuando eso ocurra, ya no me querrás, ya no produciré toda esa verborrea. Entonces te dedicarás a buscar unas flores más jóvenes y más hermosas. —Él sonreía sin dejar de mirarla, sin que ella supiera, que cada día que pasaba, la amaba más, haciendo que sintiera dolor, sí, dolor; dolor de solo pensar en perderla, dolor porque tal vez no pudiera protegerla como él deseaba, dolor por esos sentimientos que lo inundaban, que lo desbordaban de una manera violenta y desconocida para él, para ese carácter indomable y solitario que poseía; pero, a pesar de todo, era lo más bonito que había sentido en la vida.

—Mi amor, tú serás bella siempre. Con arrugas, con canas, sin dientes —ella hizo una mueca imaginándose así y él sonrió ante ese gesto—... pero falta tanto para eso, eres tan joven, que antes de que ocurra, seré yo el que me convierta en un carcamal y tenga que encerrarte en una celda de oro para que no llegue un desalmado y te quiera para él. —La muchacha se abrazó a él, sin importarle el vestido, ni las joyas, ni el peinado. Metiendo los brazos por debajo de la chaqueta, apoyando la mejilla sobre su pecho, la sintió profundamente y la rodeó con sus brazos, aspirando su aroma, embriagándose de ella.

—Eso jamás ocurrirá. Jamás habrá nadie como tú. Te amo tanto, que nunca podré mirar a otro hombre como te miro a ti. Tú has sido el primero, tú serás el último. —Él la mantuvo pegada durante unos minutos, sintiendo esos pechos, sintiendo el latido de su corazón contra él. Con cierta pereza, hizo que se soltara y se miraron. Fijamente. Él bajó la cabeza y la besó dulcemente. Se recreó con esos labios, pero sin magullarlos, solo enrojeciéndolos ligeramente.

—Vámonos. San Francisco nos espera.

Volvió al presente, levantando la mirada del trabajo en el momento que una voz potente, masculina, fanfarrona y conocida, se dejaba notar en la gran sala.

Davis entró como un tornado y fue saludando a los conocidos y a los que no, también. Brandon torció el gesto al ver a su socio y amigo en sus oficinas, creyéndole de vuelta en Portland. No quería darle importancia, pero

la tenía. No le gustaba ver a los hombres que habían acudido a la subasta de su mujer.

—Bueno, Davis, pensé que te habías ido, o eso me pareció entender. — La sonrisa amplia, de dientes grandes y labios finos del maderero, dio cuenta de su buen humor.

—Mañana, Brandon, mañana. Ahora vengo para invitarte a comer y contarte de un nuevo negocio que estoy seguro te interesará —con esas palabras, y dejando que el arquitecto diera las últimas instrucciones a sus empleados, salieron de la casa, para dirigirse al club donde darían buena cuenta de unos chuletones de vaca.

Estando con los cafés y unos chupitos de whisky, Davis supo que Brandon pronto se iría a Chicago para pasar una temporada, pues participaba en la construcción de un puente sobre el río Chicago y otro edificio. Ya le había dado carta blanca para que comprase una envasadora de salmón, aumentando así las dos que poseían a medias en el río Columbia y comentando también, que seguramente en un futuro, aumentaría la venta de madera de los bosques de Oregón, pues parecía que la tala indiscriminada de secuoyas iba a llegar a su fin, ya que cada vez había más defensores de proteger esos gigantes, Brandon era uno de ellos, que habían disminuido de una manera alarmante en los últimos años. Davis se alegró por ello y dijo que esperaba que ocurriera pronto.

La conversación derivó a Chicago.

—¿Vas solo, o te llevas a tu esposa?

—¿Estás loco o qué? Ella viene conmigo —dijo sin pestañear, sin dejar de mirarlo, sabiendo que él sabía. Y aunque no le gustaba, lo aceptaba.

No vas a ir ahora de remilgado, cabrón, después de todo lo vivido, de todo lo que has hecho. Antes no eras tan escrupuloso y ahora te joden muchas cosas.

—Como antes, con la otra... ibas solo —se aventuró a decir.

—Jennifer no es como la otra.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Recordando a esa belleza que le fue presentada la noche del Palace.

—¿Qué cojones pasa? ¿No estarás pensando en enfadarme? Porque no estoy para idioteces —soltó mientras cogía un cigarro que le ofrecía su socio y amigo.

El rubio movió la cabeza, pues conocía el genio que se gastaba Brandon.

—Esta mañana he visto a Watson.

—¿Y qué?

—Está un poco enfadado. Dice que te has reído en su cara, que le has engañado. Que, si llega a saber que estabas liado con ella, no habría accedido a facilitarte el camino para que su hija firmase a la primera que, casándote con ella, has avergonzado a su hija, siendo el hazmerreír de toda la ciudad. Por lo visto, está encerrada en casa y se niega a salir.

—¿Todo eso te ha dicho? —El grandullón asintió, sin dejar de mirar los ojos azules—. Pues que le vayan dando por el culo. ¿Qué cojones se ha creído? Ha recibido dinero constantemente, desde que me prometí a su hija, ¿por hacer qué?, nada. Es un inútil en su trabajo y lo mismo en los negocios. Se ha arrimado a mi sombra y se ha beneficiado una tras otra. Ahora tiene más dinero que nunca, y gracias a mí. Que no venga con lamentos ni hostias. Me cago en la puta, si solamente lo que Sophie se lleva en joyas, daría para vivir varias vidas. Dentro de poco, se le habrá pasado el berrinche y se dedicará a gastar la pensión en todos los caprichos que se le antoje; entonces se le acabará el encierro. —El rubio le daba a la cabeza, intentando cómo decirle lo que sabía.

—Esto... no deseo que te enfades, pero debes saber... que sé...

—¡Hostia, Davis! Pareces una damisela en apuros, termina de una puta vez. —El rubio se pasó la callosa mano por la barba incipiente. Se oyó el raspeó, mientras Brandon le daba una larga calada al fino cigarro, regodeándose en su fuero interno, de que ese gigantón se viera en apuros y le faltaran las palabras.

—Bueno, yo sé... que fuiste tú el que pagó en la subasta. Que esa preciosidad que todos vimos... allí, en ese lugar... es tu esposa. —Esperó algún exabrupto por parte de Cooper, pero no se produjo. Claro que la mirada glacial era peor que unas palabras malsonantes o que un puñetazo sobre la mesa.

—¿Y? ¿Acaso le falta algún trozo? ¿Alguno de vosotros la tocó? ¿La mancilló? Solo os la follasteis con la mirada, como un millón de veces cada uno de los presentes y me juego los huevos, a que tú, igual que los otros, os acordasteis de ese cuerpo mientras os tirabais a las putas elegidas. —La rubia cabeza quiso negar y sus ojos expresaron lo que no dijo la boca—. Nada que yo no hubiera hecho estando en vuestro lugar. Que me jode, sí. Que desearía que ninguno de vosotros hubierais visto ese cuerpo, sí. Entonces, ¿dónde está el problema?

—No hay tal problema. Pero creo que cuando Watson se entere, igual es

capaz de divulgarlo. Porque según entendí, él conoció a tu esposa, como una tal Julia, la viuda de tu hermano, y parece ser, que eso le jode una barbaridad. Es como si se sintiera doblemente ofendido. —Brandon movió la mano para que cortara el rollo. No deseaba contarle pelos y detalles de lo ocurrido.

—Según supe, Watson estuvo en el Palace y se fue. No llegué a verle. ¿Tú lo viste?

—Sí, durante unos minutos. No hizo más que llegar, se quedó mirando fijamente a tu mujer, desde la distancia y arrugando los ojos como quien no se cree lo que está viendo. Se dio media vuelta y se fue.

—Se le pasará. Le gusta tanto el dinero, que cuando recapacite, hará creer a su hija, que es la más hermosa del reino. Igual que en un cuento de hadas.

—No te digo que no, pero a mí ese tipo nunca me gustó. Lo sabes.

—¿Has leído el Examiner de hoy? —El de Oregón negó—. Pues te puedo asegurar que él lo hará tarde o temprano, y lo mismo su hija y su esposa. Y cuando ocurra, él atará cabos y sabrá lo mismo que tú, sin necesidad de que una puta de madame Berry se lo diga. —Davis se estiró, sintiéndose como si le hubiera pillado infraganti—. Y te diré más, no hay mujer alguna que le llegue a la suela de los zapatos a mi esposa y menos, la hija de Watson, no solo por lo que ve la gente, por lo que has visto tú y los otros, sino porque es tan bella por dentro como por fuera. Y si no es tonto, sabe que tiene que guardar las formas, porque si no es así, lo destruiré, lo dejaré en la puta ruina y me quedaré más ancho que largo. ¿A que mis palabras se entienden perfectamente?

—Por supuesto. Siempre has sido claro como los arroyos de Oregón.

—Pues si le ves antes de partir, hazle llegar mis palabras.

—Pues sí. De hecho, me ha invitado a cenar en el club.

—Pues ya lo sabes. Claro y conciso. Que no se equivoque con los términos de nuestro contrato verbal. Porque las palabras se las lleva el viento. Y sabes, que no amenazo en balde. Recuérdaselo.

—De acuerdo. Pero has dicho que ha salido algo en el periódico, ¿no temes que pueda saltar toda la historia? ¿Que dañe la reputación de tu esposa...?

—Cuento con ello. Ese periodista es un sensacionalista, prensa amarilla llaman a los artículos que escribe, y estoy seguro de que sabe toda la historia y que la irá soltando poco a poco, para mantener la atención de los lectores. Seguro que tarde o temprano saldrá. Tengo amistad con el dueño del

periódico, pero no me apetece pedir favores. Pero ¿quieres que te diga una cosa? —El otro afirmó en silencio—. Me suda los cojones, me da exactamente igual, porque tengo a mi lado a la mejor de todas. Y ya sabes que tengo con qué comparar. ¿Qué pueden decir?, que mi esposa se hizo pasar por su hermana, la viuda de mi hermanastro para proteger a un bebé, casi recién nacido, mi sobrino, y que después de morir el crío se fue, y que debido a la misma enfermedad que tuvo el niño, acabó en el burdel de Berry, que fue ella la que la cuidó hasta que sanó y que entre las dos buscaron la manera más lucrativa de obtener dinero para que se marchara a Nueva York... que Berry se enteró de la relación que tuvo conmigo y se encargó de que la noticia llegara a mis manos, porque intuyó, por lo poco que le sacó a Jennifer, que lo que hubo entre nosotros seguía estando ahí —Davis no pestañeaba, no perdía palabra—. Compré la virginidad de mi futura esposa. Yo soy el primero y el único. No hay nada más que decir.

—Claro, claro. Pero...

—Pero, ¿qué? —Brandon no estaba enfadado, pero el tono era brusco.

—Pues que no entiendo cómo se te escapó, la verdad. Se fue de tu lado y seguía virgen. Es la primera. Y no me digas que fue por respeto al difunto Jeremy. —Brandon acercó la cara hasta la del otro.

—Eso demuestra, que desde el primer momento que la vi, hubo algo, y que me comporté con ella de una manera irracional sin saber que se me iba a escapar. En un principio jugué con ella y como algo diferente, me dejé llevar, porque pensaba que al final sería mía por completo. Después, antes de que mi sobrino enfermase, la quise como amante, pero ella se largó, dejándome tirado como esta colilla. —Le enseñó el cigarro casi consumido, que aplastó en el cenicero—. Ya estaba viviendo con mi padre y su esposa, y como la deseaba más que a cualquier otra mujer, decidí que a la vuelta del viaje que tenía pendiente, los cogería a los dos, a ella y al bebé, y los pondría a vivir en una de mis casas, o le construiría otra, lo que ella quisiera. —El atractivo rostro se endureció y continuó—: Pero durante mi ausencia, el crío murió de forma prematura y ella rebeló su verdadera identidad a mi padre y se fue. Podría haber intentado buscarla, pero lo único que hice fue mandar un cable a mi abogado en Nueva York para que me dijera si estaba allí, si había hecho contacto con las personas conocidas. Lo cierto es que estaba dolido, encabronado y muy enfadado. Y decidí que, si su deseo había sido ese, separarse de mí, no tenía nada que hacer. A fin de cuentas, qué ganas cuando tienes que obligar a una mujer a que esté contigo, a que sea tu amante... no

deseaba eso.

—Sí. Tienes razón.

—Por eso, cuando supe de esas invitaciones, cuando ese mechón estuvo en mi mano, cuando leí la invitación destinada a mí, que decía claramente que debía asistir... —Hubo una pausa larga, mientras Davis observaba el semblante de Brandon—. Es el mejor negocio que he hecho en mi puta vida. Con eso te lo digo todo.

—¡Joder! ¡Hostia puta! Desde luego es toda una historia. Y ella... ella, toda una mujer...

—Deja de pensar en lo que sé que estás pensando, o te parto la cara —dijo de mal talante.

—Vale, vale, pero tú en mi lugar... vale, de acuerdo. —Se levantaron de la mesa y cuál fue la sorpresa de ambos, al ver acercarse a Watson.

Brandon le dijo a Davis que se esfumara y el padre y el ex marido de Sophie, se miraron frente a frente.

—¿Quieres tomar algo, Henry? —La mirada azul clara, tan parecida a la de la hija, lo escudriñó lentamente.

—No, gracias. —Los rostros de ambos se mostraron serios, pero Watson sabía que llevaba las de perder si se mostraba ofendido ante el que fue su yerno; por lo tanto, no podía demostrar lo que le había supuesto ver a esa mujer. No por su hija, ¡bah!, su hija, una niña mimada que no supo complacer a un hombre tan exigente como Brandon. No, lo que le jodía hasta lo más profundo, era ver a esa belleza pelirroja convertida en esposa de Cooper.

—Tú dirás.

—Quería darte la enhorabuena por tu matrimonio. Anoche... no lo hice, pues me sorprendió mucho lo que vi. Realmente, no me esperaba algo así. Descubrir que te habías casado con ella, y que encima no era la viuda de tu hermano. Todo muy... extraño, sinceramente. Y para no mostrarme fuera de lugar, decidí dar media vuelta.

—Hiciste lo correcto. Cuando uno sabe que su comportamiento no va a ser elegante, lo mejor es desaparecer.

—Sí. Ahora lo entiendo todo. La has tenido escondida todo este tiempo. Mi niña tenía razón. Hasta puede que en lo del crío también. ¿Era tuyo, Brandon? —La mirada de Brandon lo evaluó, estaba claro que no sabía nada.

—No, Henry. Ese niño era de mi hermano y de su esposa. Jennifer tomó la identidad de su hermana para proteger al pequeño, pues no sabía con qué

familia se iba a encontrar.

—¿Pero tú sí lo sabías? Que ella era una impostora.

—Mira, Henry, olvídate. Lo único que debes saber, como todos los demás, que mi esposa se llama Jennifer, Jennifer Cooper, nada más.

—Me va a costar un poco, cuando la he conocido con otro nombre, con otra identidad.

—Ese es tu problema. No tengo intención de invitarte a cenar a casa, pues no es lo que procede, pero sí te diré, que, si nos encontramos en cualquier lugar público, yendo con mi esposa, espero que todo discurra como la seda. No voy a tolerar confianzas de ningún tipo, y menos, desplantes. — Se miraron fijamente, hasta que el rostro del mayor, mostró algo parecido a una sonrisa.

—Por supuesto. Siempre he respetado a las damas. —A Brandon no le gustó ni las palabras, ni el tono.

—Me da igual las damas a las que te refieres. Respeta a mi esposa. Con eso me basta. —El silencio llenó el espacio. Watson carraspeó y movió la cabeza sonriendo.

Echó la mano hacia adelante y esperó.

—Mis felicitaciones. —Brandon se la estrechó, pero su rostro se mantuvo serio.

—Gracias. —Las manos se soltaron.

—Bueno, supongo que nuestros asuntos laborales seguirán igual.

—¿Por qué no? Los negocios son los negocios, ¿no estás de acuerdo?

—Claro, por supuesto, no esperaba menos de ti. —Se volvieron a dar la mano y se despidieron, mientras Brandon no dejó de mirar la espalda del que fue su suegro, hasta que desapareció. Esperaba que no le diese problemas.

Era un hombre insaciable, su esposo, realmente era insaciable y a ella, le gustaba. Después de pasar la noche en una suite del Palace, ahora se encontraba en Marina, cosiendo ropita para su bebé y mientras, recreándose con todo lo vivido en tan poco tiempo. Insaciable, sonrió ante ese adjetivo, pero es que esa era la realidad. La noche pasada, le había hecho el amor de la manera más dulce y arrebatadora, la había besado hasta hacerla gemir de puro gozo, logrando que tuviera un orgasmo largo y placentero. Con su boca, por Dios santo, lograba eso con esa boca tan experta, tan manipuladora, chupando, lamiéndole los labios, tan despacio, tan lentamente, que la iba

embriagando poco a poco, como si bebiera el mejor de los licores; absorbiéndole la lengua, recorriendo el interior de la boca, rozando los dientes y volviendo a lamer los labios, lograba llevarla hasta el éxtasis, dejándola excitada, agotada, húmeda, respirando de forma convulsa, para sin perder tiempo, meter la cabeza entre sus muslos y repetir lo que le había hecho en la boca, allí, en su sexo. Qué glotón, cómo sentía esa lengua recorrer todos sus pliegues, sus elevaciones, sus huecos, cómo sentía esos mordisquitos que la volvían loca, que la ponían tan caliente que parecía tener una calentura constante, que casi le hacía levitar. Ella elevaba el tronco, para ver esa cabeza oscura moviéndose de arriba abajo, de derecha a izquierda, unas veces lentamente y otras más deprisa y él, sintiéndose observado, la recorría con esos ojos, con esa mirada azul, brillante y excitada y seguía lamiendo mientras la escrutaba, la devoraba, la provocaba para que ella no retirase su mirada, no cerrase los ojos. Y después, la tocó con esos dedos que no tenían nada que envidiar a la boca, porque sabían lo mismo o más, para producirle un montón de orgasmos pequeños, seguidos, agotándola, a punto de pedir clemencia; y como si él lo viera venir, se puso encima y muy despacio la fue penetrando, logrando que la respiración se le entrecortara, deseando que entrara hasta el fondo, sintiendo cómo el miembro se enfundaba en su vagina. Se movió dentro de ella, entrando y saliendo y volviendo a empujar y como si estuvieran sincronizados, se corrieron juntos, al tiempo que él capturaba su boca para ahogar los gritos de ella.

Sí. Insaciable. Inagotable. Incansable. Todos esos adjetivos le iban como anillo al dedo.

Dejó la labor y se miró la mano izquierda. Los dos anillos. No la había engañado, nunca llevó la intención de engañarla, de aprovecharse de ella. Pagó por su virginidad, porque la quería para él. La sonrisa que inundó el rostro femenino era de total dicha. Recordó cuando dejaron la cabaña, después de pasar los mejores días de su vida, cómo llegaron a Roseburg y cogieron el tren hasta Eugene. Por descontado, nada de ir con los demás mortales, no. Un vagón privado se acopló al resto, para seguir con su intimidad. Y volvió a sorprenderse, una vez más, haciendo esfuerzos para comprender cómo un solo hombre podía tener tanto, y no solo eso, cómo un hombre podía llevar tanto y no salir loco.

El valle era fértil, hermoso y el río que lo regaba, el Willamette, afluente del gran río Columbia, daba lugar a siembras de todo tipo, desde bayas y verduras, productos que saldrían en todas direcciones, tanto frescos, como en

conserva, hasta avellanas y lúpulo para elaborar cerveza artesanal. Brandon le había contado que esa tierra fue bautizada como la tierra prometida, que fluye leche y miel, siendo el destino preferido para las caravanas de carretas, llenas de inmigrantes, que hicieron el peligroso viaje a lo largo de la ruta de Oregón entre las décadas de 1840 y 1880. Tan cerca y a la vez tan lejos, del año que vivían en ese momento. Como no podía ser de otra forma, la tierra que poseía era inmensa, parte heredada de su abuelo paterno que hizo una pequeña fortuna con el comercio de las pieles y algo de oro que consiguió cuando hacía un parón en la época de más calor y el resto comprada por él, teniendo tierras entre Eugene y Corvallis y más, al norte de Salem donde se habían plantado viñas. Después de pasar otra semana en la casa de la finca, se fueron a Portland donde embarcarían en uno de sus barcos y volverían a San Francisco. Fue allí donde le esperaba un cable urgente, pero ella no lo supo hasta esa noche, cuando él se presentó en la habitación del hotel y después de comérsela a besos, le entregó el anillo que había pertenecido a su madre. Jennifer había visto un retrato de la madre y él cuando era un bebé, en la casa del rancho del valle, tragando saliva al ver a Jonah en brazos de una mujer hermosa, morena y de unos impresionantes ojos verdes. Cuando asimiló que ese niño era Brandon, se fijó en todos los detalles, entre ellos el anillo que la mujer lucía en la mano que rodeaba el cuerpecito del bebé. Brandon le dijo que su madre no tendría más de diecinueve años en ese momento y que meses más tarde, murió. A la joven se le llenaron los ojos de lágrimas, y agradeció que los fuertes brazos del hombre la cogieran y la cobijaran contra su pecho. Tenía muy presente el recuerdo de Jonah, y ver ese retrato, comprobar que habían sido idénticos, le supuso una respiración acelerada, hasta que las caricias de esas manos la tranquilizaron. La muchacha pensó que el anillo había pertenecido a Sophie y que él se lo pidió de vuelta; nada más lejos de la realidad. Jamás se le pasó por la mente dárselo, es más, ella ni lo había visto, ni sabía que existiera, pues nunca había estado en Oregón, y por tanto no había visto el retrato, que siempre había estado ahí, pues la casa fue construida por su abuelo y rehabilitada por Brandon.

Le colocó el anillo, que le iba perfecto en su dedo anular, y le pidió si quería ser su esposa. La joven, nerviosa, asustada, sin poder creer lo que estaba pasando, movió la cabeza varias veces para pronunciar un sí tímido. Él le preguntó si no le importaba tener una boda íntima, solo ellos, el pastor y los testigos, y ella contestó que no, que lo único que necesitaba era estar con él, nada más. Y así fue, así se casaron al día siguiente. Los testigos: la esposa

del pastor y Lín Yu; de esa manera embarcaron rumbo a California, como marido y mujer.

Volvió a la tarea, terminó de rematar el dobladillo de una camisola para recién nacido y se dispuso a cortar otras dos. Mientras se inclinaba sobre los patrones dispuestos en la mesa, los colocaba encima de la suave tela de algodón y aprovechaba hasta el último rincón para no desperdiciar ni un centímetro de tela, pensó en la recepción del hotel Palace. Decir que no tuvo nervios, sería mentir, pero su esposo le daba tal seguridad, que se sentía protegida en todo momento, y lo cierto fue, que la gente que acudió se mostró amable y correcta, a la vez que curiosa, por supuesto, pues todas sabían que no dejaba de ser una situación morbosa, al haber sucedido todo tan rápido y especialmente, el hecho de que Sophie perteneciera a la élite de esa sociedad, desde siempre. Y aunque la costa oeste no fuese tan estricta como sucedía en Boston o Nueva York, estaba claro que no dejaba de ser un hecho llamativo por muchas cosas. Primero, la riqueza de Brandon, segundo, un divorcio tan rápido y humillante para una mujer como Sophie y, por último, la identidad de la segunda esposa.

Eso era algo que preocupaba a la muchacha, pues ya sabía de la prensa, de cierta prensa, ávida de succulentas historias, para darles forma a su antojo, y a pesar de darle mieles al principio, pasar al bando contrario y tratarla como un trapo. No tenía miedo por ella, pues era fuerte, más fuerte que cuando salió de Nueva York, y lo sabía, pero no quería que Brandon se sintiera ofendido, que la gente supiera todo lo de madame Berry, la subasta, los hombres que vieron su cuerpo. Le dolería tanto que él se viera en ese atolladero... Quería protegerlo, no quería que nadie lo pusiera en un compromiso, por tener que defenderla, por honor y esas cosas que hacían los hombres. A ella le daba igual. Ni ansiaba riquezas, ni era tan tonta como para rechazarlas, pero si él no tuviera ni una décima parte de lo que tenía, lo querría igual, lo respetaría igual y lo desearía de la misma manera: brutal, violentamente, con ansia y delirio, pues jamás pensó, que se podía amar así, que se podía desear de esa manera. Sonrió maliciosamente, y terminó de cortar la tela. Se quedó mirando el trabajo y decidió que todo quedaría terminado esa tarde, y mientras, una idea iba germinando en su cerebro; una idea que le traería la primera bronca con su esposo y que derivaría más allá de lo imaginable.

CAPÍTULO 19

Se instalaron en Chicago por tiempo indeterminado.

Las últimas plantas del hotel se habían reformado y ampliado, convirtiéndolo en un dúplex del que todo el mundo hablaba. Brandon le preguntó si tenía especial preferencia por dar a luz en alguna ciudad en particular, y ella dijo que no, que le daba igual que, estando juntos, el bebé podría nacer donde estuvieran en ese momento. Durante los primeros meses, se desplazaron hasta Nueva York y se vieron con Margot, que se quedó anonadada al conocer al marido de su joven amiga y disfrutó viendo a su amiga tan feliz, después de la desgracia. Cuando Jennifer le dijo que se fuese con ellos, la mujer le dio un cálido abrazo, pero rechazó la oferta, contándole que tenía un pretendiente y pronto se casarían. El hombre era carnicero y era dueño de su propio comercio, lugar donde Margot trabajaría una vez que su señora encontrara una sustituta para ella. Las dos amigas rieron al verse de nuevo, pero también lloraron recordando todo lo pasado, especialmente al pequeño Jonah. Después de una estancia de cuatro días, volvieron a Chicago para continuar con sus quehaceres. Brandon, como siempre estaba liado al máximo con la construcción del puente y con otro edificio que había comprado sin terminar, pues la sociedad que era propietaria había dado en quiebra y él, aprovechando las circunstancias se había hecho con la edificación por menos de lo que valían los materiales que se habían empleado. Le había añadido cinco plantas más a las diez existentes y le dedicaba todas las horas posibles. Turner volvía a trabajar con él y tan pronto estaba en el edificio como en el puente, pues la construcción de estos era una pasión para el maduro ingeniero. Cabe decir, que la sorpresa que se llevó al conocer a la nueva esposa de Cooper, fue mayúscula. Supo de ello por los periódicos y algunos conocidos que estuvieron en el Palace, lugar al que estaba invitado, pero por encontrarse en Nueva Orleans no pudo asistir. Más de una vez se preguntó quién podría ser esa tal Jennifer, pues había visto una fotografía en un periódico, pero estaba bastante borrosa y aunque le pareció familiar, no se le pasó por la cabeza que ya la conocía, pero con otro nombre.

Menos mal que el propio Brandon le puso en antecedentes y cuando volvió a ver a la bella pelirroja, se ahorró la cara de tonto que habría puesto si eso no hubiera sucedido. Y una vez que la volvió a ver y encima embarazada, pues así se lo había dicho el futuro padre, ya que no se le notaba, en sus ratos libres recabó toda la información periodística y fue cuando leyó la crónica del Examiner, sabiendo a ciencia cierta que la hermosa Jennifer era la dueña de ese cuerpo que vieron todos y por el que pujaron todos, incluido Cooper. Estaba claro, pues todas las piezas encajaban. La desaparición de la joven llamada Julia, la subasta en la mansión de madame Berry, el que Brandon acudiera esa noche... esa encrucijada a la que hacía referencia el artículo... sí, no tenía ninguna duda, pero por descontado que no iba a abrir la boca. Aun así, no podía dejar de pensar en ello, y cada vez que la veía, recordaba cada curva, cada elevación del cuerpo más hermoso que hubiera visto en la vida.

Pero también había observado más detalles, y todo comenzó de una manera casual. Se dirigía al hotel, cuando antes de entrar y entre el gentío que se movía a primera hora de la mañana, vio salir a la joven esposa acompañada de una doncella y no supo por qué, pero las siguió. No muy lejos de la avenida Michigan, entraron en un edificio y desaparecieron, dando lugar a esperar a que salieran, pero después de media hora desistió y se fue a sus quehaceres. Al día siguiente repitió la operación y las vio salir y las siguió de nuevo, viendo cómo entraban en el mismo edificio, pero esta vez esperó. Salieron a las tres horas, entre risas y cuchicheos, para volver al hotel dando un paseo.

Sabía que el edificio era de las empresas Cooper, pero tres días más tarde tuvo toda la información. En la planta baja había una tienda de artículos de costura y en el piso superior la vivienda de la mujer que llevaba esa tienda; en ese piso se juntaban mujeres de edades diversas, unas iban por las mañanas, otras por las tardes, con la finalidad de aprender todo lo que no sabían, o de perfeccionar lo que ya sabían de la costura, bordado y otras labores femeninas. Y para colmo, la profesora, la que enseñaba todos los secretos de esas habilidades, no era ni más ni menos, que la flamante señora Cooper, y algo le dijo, que el señor Cooper no estaba enterado de lo que hacía su traviesa mujercita. Por descontado, él tenía que contárselo, lo consideraba un deber, una obligación, sin obviar, que le producía un ligero placer, pensar que Cooper se pudiera enfadar con la bella muchacha y traerle consecuencias negativas.

La muchacha estaba radiante, los cinco meses de embarazo no se notaban apenas, pero ella sabía que su pequeño estaba ahí, pues todos los días se lo recordaba, dando pequeñas pataditas y a veces no tan pequeñas. Se encontraba fuerte, activa y con ganas de hacer todo lo que bullía en su mente. Como Brandon trabajaba todo el día, yéndose por la mañana temprano y volviendo para la cena, tuvo muy claro desde el principio que no se iba a quedar sentada viendo cómo le crecía la barriga; así que, cuando Lucy mencionó que una amiga tenía una mercería y que en una habitación de su vivienda enseñaba técnicas de costura, lo más elemental, Jennifer le pidió que la llevara para conocerla. Una vez ahí, y viendo lo que vendía y las enseñanzas que les daba a las alumnas, le enseñó algunos de sus trabajos y le ofreció un trato. De esa manera, comenzó a impartir clases por la mañana y por la tarde, llegando al hotel hora y media antes de que lo hiciera su marido y ocultándose con total premeditación. No ganaba mucho, pero contaba con ello, pues su idea era que, en un tiempo prudencial, sería ella la que emplease a las mujeres que tuvieran más aptitudes y enseñar a más escala. Llevaba con ese engaño, dos meses y estaba a un paso de contárselo a Brandon, pero no fue necesario.

Era una tarde fría de noviembre, cuando señora y doncella salieron del edificio, arrebujándose en sus pellizas. Brandon escuchó la risa cristalina de su mujer, y a pesar del enfado, se maravilló que esa criatura que lo traía loco, riera de esa forma una tarde, casi noche, tan inhóspita. Fría y ventosa. Y para colmo, estando relativamente cerca del hotel, prescindían de carruaje y hacían el trayecto a pie. Asomó el cuerpo y la llamó, viendo la sorpresa de su mujer y el susto de Lucy. Bajando del coche le dijo que subiera, que hacía frío para andar por la calle en su estado y mandó a Lucy al pescante, al lado del cochero. Ella le dio un dulce beso en los labios y una vez estuvieron dentro del lujoso interior, se acomodó en el mullido asiento, viendo cómo Brandon se quedaba enfrente y la miraba sin pestañear.

—¿Qué haces a estas horas en la calle? —fue la pregunta hecha sin ninguna sutileza, pues estaba haciendo esfuerzos para no gritarle cuatro cosas.

Tranquilo, Brandon, tranquilo. Espera a estar en la intimidad del hogar.

—Hemos ido a la mercería. No sé si te has dado cuenta de esa tiendecita tan linda y que tiene cosas tan preciosas. Hemos estado viendo unas cintas y unos cordoncillos para la ropita del bebé.

—¿A estas horas? —volvió a repetir. La muchacha sonrió tan pancha, mientras se quitaba los guantes.

—Qué importa las horas y qué importa el frío. No seas tan quisquilloso, Brandon. Tú te vas por las mañanas tempranísimo y a esas horas sí que hace frío, un frío que pela.

—Yo no soy tú. Yo no estoy embarazada —replicó malhumorado, viendo que ella hacía esfuerzos para no echarse a reír.

—Menos mal. No te imagino en ese estado. —Mordiéndose el labio, dejó de mirarlo y contempló la calle por la ventanilla.

Supo que algo iba mal, e intuyó que él sospechaba, o tal vez lo sabía. El atractivo semblante estaba serio y esos ojos la miraban sin descanso, sin pestañear, haciendo que le temblaran las piernas. *Tranquila, Jenny, no te va a hacer daño, llevas a su hijo en tu vientre, y aunque no fuera así, él no es de esos.*

Se quiso convencer y casi lo consiguió.

Llegaron a la puerta principal del hotel y Brandon salió del coche para cogerla por la cintura y dejarla en el suelo, pero la volvió a agarrar y no la soltó hasta que llegaron a los últimos pisos que ocupaban. Una vez en el salón, mandó salir a los criados y se quedaron solos. Los ojos azules se desplazaron por la figura de su mujer, mientras se quitaba la pelliza y el gorro de piel, dejándolo en la esquina de uno de los sofás, junto con los guantes de cabritilla. La muchacha se sintió sofocada y viendo que él continuaba mirándola, pero no decía nada, estalló.

—¿Por qué me miras así? ¿Estás enfadado conmigo? —Él no contestó en el acto y siguió mirándola muy serio.

—Dímelo tú —las palabras sonaron frías, pero ella no se amilanó.

—Bueno, has descubierto lo que estoy haciendo, ¿es eso? —Él no dijo nada. Con las manos en los bolsillos del pantalón, no dejaba de mirarla, sin saber qué hacer con ella, si darle una tunda en ese culo que tanto le gustaba, o hacerle el amor de todas las posturas conocidas y por conocer—. No estoy haciendo nada malo. Solo enseño a bordar y poco más.

—¿Crees que es de recibo, que le ocultes tus actividades a tu marido? ¿Qué le hagas creer una cosa, cuando estás haciendo otra muy diferente? ¿Es eso lo que hace una buena esposa?

¿Te estás oyendo, Brandon?, pareces un puritano de cojones.

—Te lo iba a decir. De verdad.

—¿Ah sí? ¿Cuándo? ¿Hoy, mañana? ¿O tal vez cuando lo supiera todo

Chicago menos yo?

—No sé por qué le das tanta importancia a algo tan superficial — contestó, mostrando indiferencia.

—Vaya, no sabía que cuando una esposa hace algo a escondidas del marido, se le llama superficial. —La calma con la que hablaba, la estaba poniendo nerviosa. Ya lo conocía bastante, para saber que detrás de esa calma, de esa frialdad, el carácter volcánico que poseía intentaba salir, o intentaba controlarlo para que no saliera.

—Mira, no quiero discutir. Sabía que, si te lo contaba al principio, no me ibas a dejar... y yo quiero trabajar, lo deseo, lo necesito. No valgo para estar mano sobre mano, ni para estar todos los días de compras o hacer obras de caridad. —Vio cómo la línea de la mandíbula de su marido se tensaba, pero no se amilanó y como si no pasara nada, nada malo, se acomodó en el sofá de una forma femenina y coqueta a más no poder; algo que no pasó desapercibido para los ojos del marido.

—¿Qué tiene de malo hacer obras de caridad? —preguntó cada vez más malhumorado, haciendo cada vez más esfuerzos para mantener el control y no perder los estribos.

—Nada, no tiene nada de malo. Y como ya hay muchas señoras haciendo tales menesteres, yo prefiero emplear mi tiempo en otras cosas. — Hacía unos gestos tan provocadores, que Brandon no podía dejar de mirarla.

—Tu tiempo, me lo debes a mí y a ese niño que viene en camino. Y no voy a consentir que estés correteando a un lado y a otro, y menos trabajar. ¡Pero dónde se ha visto, Jennifer! ¡Eres mi esposa! ¡Y mi esposa no trabaja! ¡Se acabó el asunto! —Ella se levantó de un salto y él se sorprendió de lo ágil que estaba, de lo poco que había engordado. Porque la veía desnuda todas las noches y colocaba la mano sobre esa barriguita preciosa, notando las patadas que daba su hijo o hija, que si no...

La muchacha decidió emplear otra táctica, pues ya había visto del temple que mostraba su marido. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se acercó a él. Viendo que no se movió, que no retiraba los ojos de ella, lo abrazó por la cintura y pegó la cara contra su pecho, al mismo tiempo que aplastaba los pechos también, pues sabía la debilidad que él tenía con su cuerpo y pensaba aprovecharla descaradamente.

—Oh, Brandon, no quiero disgustarte, de verdad que no. Pero no puedes obligarme a no hacer nada, no me puedes cortar las alas. No puedo estar de brazos cruzados mientras tú estás todo el día fuera, construyendo puentes y

edificios, no es justo. —Notó cómo los brazos de él la rodeaban y a pesar de los lloriqueos, una sonrisa se dibujó en la hermosa boca, una sonrisa que permaneció escondida contra el chaleco de su hombre.

—Cariño, sabes que puedes hacer muchas cosas para no aburrirte. Una esposa tiene que cuidar su hogar, administrarlo para que todo fluya de la manera correcta, y por supuesto, tener contento al esposo y preparar todo lo necesario para la llegada del bebé. Todo lo que debe de hacer una esposa.

—¿Acaso no te tengo contento? —preguntó elevando el rostro, mirándolo con esos ojazos entre tiernos y provocadores.

—Sabes que sí. Que soy el hombre más satisfecho de la tierra, pero esto que has hecho no quiero que se vuelva a repetir.

—Pero si no hago mal a nadie. Al contrario, enseño a unas pobres mujeres y muchachas a coser mejor de lo que saben, a aprender cosas nuevas, cosas que siempre les vendrá bien, que les beneficiará en sus hogares, en la economía del hogar. Unas lo hacen por puro entretenimiento y otras para ser más expertas, pero la mayoría es por necesidad, porque tienen que ampliar todo lo posible su saber para poder ahorrar, aunque luego el marido borracho de turno se lo gaste en bebida. —Él la escuchó con atención, pero sin dejar de abrazarla.

Jesús, cuando se ponía así, con esa vocecita y esos ojos húmedos, lo ponía cachondo, muy cachondo, sin importarles lo más mínimo lo borrachos que eran esos maridos.

—¿Lo haces gratis? —Ella puso una carita de asombro y se humedeció el labio inferior, viendo cómo la mirada azul seguía el movimiento de la lengua. Brandon supo que lo estaba manipulando, que esa belleza que tenía por esposa era más lista que el hambre. Pero por los clavos de Cristo, qué iba hacer, si lo tenía loco, loco...

—No. Los conocimientos que uno tiene deben de ser valorados. Y yo no estoy enseñando a una amiga, o a una hermana, estoy enseñando a unas mujeres que se van a beneficiar de esos conocimientos, y estoy beneficiando a una comerciante que va a vender su mercancía a esas mujeres... así que, me llevo un tanto por ciento de las ventas y les cobro una cantidad simbólica al principio y si quieren aprender más, habrá que aumentar los precios. —Él no dejó de mirar esos labios mientras se movían explicando sus trapicheos. De repente, sintió esas preciosas manos en los botones de su bragueta—. Pero por nada en el mundo, quiero que te sientas insatisfecho, que pienses que, porque estoy haciendo ese pequeño trabajo, ese trabajo que hace que no me

sienta triste estando tanto tiempo sola, vayas a creer que llegaré cansada y que no estaré a tu altura de tus expectativas, de tus deseos. —Las manos del hombre agarraron las más pequeñas. Estaba duro como una piedra y ella se había dado cuenta, pero no iba a consentir que lo manipulara como si tal cosa. ¿O sí?

—¿Qué estás haciendo? —Ante esa pregunta, ella lo miró con lascivia y al mismo tiempo, inocencia.

¿Era eso posible?

—Quiero tocarte. O es que no puedo tocar a mi esposo. ¿No puedo? — Él sabía que tenía la batalla perdida, estaba siendo manipulado como una marioneta y se estaba dejando.

Joder, estaba erecto y ella lo estaba viendo, pues era algo que no se podía ocultar, ya que la entrepierna del pantalón parecía una tienda de campaña y la muy zorrilla sabía de sobra lo que estaba haciendo y lo que quería conseguir con ello.

—Claro que puedes, Jennifer. ¡Ven aquí! ¡Maldita sea! —La enganchó de un brazo y la apretó contra él, para besarla con voracidad, con hambre, con pasión. Y mientras le comía la boca, esas manitas que bordaban de maravilla, esas manitas que se dedicaban a enseñar a otras mujeres, penetraron en la bragueta, hurgaron en su calzoncillo y sacaron el miembro duro, grueso, largo, acariciándolo tan suave, enervando todos los puntos nerviosos, de todo el cuerpo del hombre.

—Sabes que me gusta mucho hacer esto, ¿verdad que lo sabes? — preguntó mirándole a los ojos, y sin dejar de acariciar todo el miembro, llevando una mano más adentro y cogiendo los testículos con la palma, provocando que el hombre respirara tan profundamente y que ella se mordiera el labio.

—Por todos los demonios, Jennifer. —Ella sonrió y echándolo hacia atrás, hizo que cayera sentado en el sofá contrario. Él se dejó hacer, viendo cómo se arrodillaba entre sus piernas y sacaba la lengua, despacio, muy lentamente, humedeciéndose esos labios generosos, esa boca que los hombres miraban con deseo y las mujeres con una especie de envidia y repulsión; los humedeció por segunda vez, avanzando lo que iba a venir, el placer que le iba dar, ese placer al que estaba tan acostumbrado y del que no quería prescindir. Pero solo de ella, solo de esos labios, de esa lengua caprichosa y esos dientecitos que lo mordían juguetonamente.

Y como siempre hacía, no dejó de mirarla ni un solo momento,

recreándose con su experiencia, notando las caricias de sus manos, la mirada ardiente y los labios entre abiertos. Acercó la boca y dejó caer un suave beso en la punta del capullo, logrando que él se encogiera de puro gozo y deseando que se la metiera entera, que se la tragara. Pero ella no estaba por la labor. Quería martirizarlo, quería tenerlo en ascuas hasta que no pudiera aguantar, quería hacer lo que le diese la gana, manipulándolo y jugando, como él hacía con ella. Lamió de arriba abajo, ensalivó el miembro despacio, pasando la lengua una y otra vez, mirándolo a los ojos y viendo su mirada clavada en ella. Echó hacia abajo la piel del prepucio, para dejar esa cabeza amoratada cerca de sus labios y sacar la lengua lamiendo lentamente, recorriendo la redondez, pasando la puntita por la ranura, notando cómo las nalgas del hombre se contraían de pura tensión. Volvió a lamer, y después a chupar, mientras movía las manos debajo, jugando con esa verga grande y poderosa. Entonces, dejó de tocar y clavó la mirada dorada en él, mientras se iba desabrochando la parte delantera de la blusa. No se dio prisa, queriendo que el esposo se recreara, al tiempo que sufría. Abrió la blusa y dejó ver el corsé y los pechos hinchados por el embarazo. Estaban duros y los ojos del hombre se clavaron en ellos, para ver cómo esas manos delicadas y tan suaves desabrochaban los primeros ganchos, desataban el lazo de la camisola y sacaba los pechos para su deleite, y los acercaba a su polla.

Se dejó hacer, notando cómo colocaba el miembro entre las tetas y lo estrujaba y cómo llevaba la boca a la punta y la chupaba. Estaba a punto de caramelo, estaba a un segundo de correrse, pero a pesar de ello, se controló y evitó que pasara, esperando el siguiente movimiento de ella.

Y llegó. Se levantó y metió las manos por debajo de la falda, para quitarse el calzón, una vez hecho, levantó las faldas y dejó el sexo al aire, para que él lo viera, igual que una putilla de burdel... a pesar de ello, se mantuvo firme y no hizo nada. Ella se acercó y se colocó encima, introduciéndose despacio, sin dejar de mirarlo a los ojos, sabiendo que se aguantaba las ganas, que no quería perder el mando, pero sabiendo, que lo tenía perdido.

Con fiereza, la agarró por las caderas, entrando en ella por completo, llevando la cabeza a su cuello y besando esa zona para luego ir a la boca y devorarla. Estaba tan excitado, que se lo hizo saber, pues no le importaba sentirse así, bajo mínimos, dando todo el poder a su mujer. Sabiendo que ella jugaba con él.

—Cómo me calientas la sangre Jennifer, me pones caliente como un

puto infierno —jadeaba contra la piel sedosa del blanco cuello—. Eres la esposa más ardiente que cualquier hombre soñaría tener. Y eres mía. Solo mía —diciendo esto, se corrió con violencia, sabiendo que lo había manipulado para conseguir lo que quería, lo que deseaba.

Pero qué mal hacía por dar unas clases de costura, si de esa manera estaba contenta y feliz, tampoco era tan malo, pensó, mientras su pene convulsionaba una y otra vez contra el fondo de la vagina y notaba las contracciones musculares de las paredes vaginales, que ella provocaba para que redoblaran el placer al eyacular.

La mantuvo abrazada por la cintura y cuando terminó de resoplar contra su cuello, levantó la cabeza y la miró detenidamente y de esa manera que él sabía, que a pesar de toda la seguridad que creía que tenía, la hizo enrojecer. Seguían acoplados y él no hizo acción para quitársela de encima y si ella lo deseaba, no se lo iba a permitir.

—Te has aprovechado de mí —fueron las roncas palabras del hombre, que provocaron que la muchacha se mordiera el labio para evitar la risa, pues no sabía si su esposo estaba contento o enfadado—. Descaradamente, con nocturnidad y alevosía, hasta puede que con premeditación. —Ella no conocía el significado de alevosía, pero de las otras sí; y cada vez estaba más confusa con el talante que mostraba su esposo—. ¿Lo has planeado sobre la marcha, o ya lo tenías pensado? —Ella hizo un movimiento para salir de él y levantarse, pues esa postura no era muy correcta para defender sus principios, pero él no lo permitió—. Estás bien así; de hecho, muy bien. Contesta Jennifer. —La mirada inocente mostró cierto temor y él sintió mucho placer, porque en el fondo y en la superficie, no le gustaba sentirse manejado y era lo que su preciosa esposa había hecho. Pero, por otro lado, estaba tan enamorado que haría cualquier cosa por tenerla contenta.

—No sé qué significa alevosía, pero no lo tenía premeditado... y sí, me he aprovechado de ti. No voy a engañarte. Te he usado, como los hombres usan a las mujeres. Ya está. Ya lo has oído. —La carcajada le hizo pegar un brinco, notando el miembro moverse dentro de ella. No se lo esperaba. Ver a su marido riendo, con esa risa tan masculina, tan perfecta, provocó en ella una pequeña risita—. ¿No te molesta que abuse de ti? —Él dejó de reír, pero no de sonreír.

—No, dulzura. Esta clase de abuso me entusiasma, pero que sepas, que abuso no será igual a conseguir lo que quieras. O lo que es lo mismo, que por mucho que me des, que me dejes hacer contigo o que te deje hacer conmigo,

no significa que vayas hacer lo que te dé la gana.

Ella se entristeció, bajó la mirada y se puso a jugar con los botones del chaleco del hombre, siendo muy consciente de esa mirada abrasadora y notando dentro de ella, que se ponía duro por momentos.

—Entonces, ¿no me vas a dejar? —Hizo pucheros, y él se preguntó si eran reales.

—¿El qué?

—Dar clases. —Ya volvía a poner esa vocecita de niña perdida y él sonrió malicioso.

—Tal vez, pero con condiciones. —Ella no dejó los botones, pero elevó la mirada.

—¿Cuáles? —Brandon no contestó al momento, contemplando esa carita, que no se cansaba de mirar.

—Irás en coche. Siempre. —Ella afirmó—. El cochero te esperará. —Volvió a mover la cabeza, mientras sentía cómo se hinchaba el pene. Ella se mordió el labio, para evitar la risa o el llanto, no sabía qué hacer; si reír de euforia o llorar de contento.

—Sí, Brandon. Lo que tú quieras.

—Y Lucy irá contigo. Siempre —el tono se iba enronqueciendo, al tiempo que se ponía duro, llenándola por completo.

—Claro. Siempre la llevo conmigo. También le estoy enseñando, y además se le da muy bien —jadeó un poquito al sentirse llena y como quien no quiere la cosa, se movió despacio, para ir aumentando el ritmo como si fuese cabalgando.

—Eres de lo que no hay —la voz grave y los ojos brillantes decían tanto como la verga que la inundaba y ella se dejó llevar. Dejó que esa boca enrojeciera la suya, dejó que esas manos la tocaran sin descanso, pero en un momento, le hizo parar, provocando que él la mirase extrañado y demasiado excitado.

—Vamos a la habitación —susurró ella. Brandon no dijo nada, pero no quitó la vista de esa cara, de esa boca magullada y de esos ojos grandes, preciosos. Las palabras que siguieron lo desconcertaron—. Quiero darte algo y no quiero hacerlo aquí.

Dejó que se retirara, pues la curiosidad lo había invadido, dejándolo con una erección de caballo y sentado todavía, la vio alejarse hacia las escaleras, despacio, volviendo la cabeza, al tiempo que se iba quitando la ropa. La blusa fue cayendo lentamente al suelo y la falda y enagua antes de llegar a la

escalera, mostrando ese cuerpo con el corsé, las medias y los botines y nada más. La visión de ese culo, lo hizo levantar de una y seguirla como un leopardo sigue a su presa, con la diferencia, que la presa se estaba ofreciendo y el leopardo cada vez estaba más confuso y más excitado. Se quitó el flojo corsé y la camisola, dejándolos en la baranda de roble y mientras subía las escaleras, llevaba las manos a los glúteos, tocándoselos, llevando los dedos a la ranura y mirando al hombre que la seguía lentamente, devorándola y con el miembro tan tieso, que debería dolerle. Él pareció comprender, pero no quiso hacerse ilusiones, pues tal vez era una provocación, nada más. Pero ver esas delicadas manos, tocándose esas montañitas de carne prieta de esa manera, y llevar los dedos a la larga hendidura que separaba esas redondeces, lo estaba sacando de sus casillas y más lo sacaría si luego no le dejaba.

La muchacha abrió la puerta de la habitación, viendo cómo la seguía, viendo esa mirada de lujuria por ella, viendo esa masculinidad que gritaba sin voz, que deseaba todo lo que le dieran. Se dirigió hacia la cama, pegándose a una de las columnas y clavó su mirada en él, que permanecía quieto, esperando.

—Tengo algo para ti en el primer cajón de la cómoda. —Él dejó de mirarla y torció la cabeza hacia el mueble. Sin decir ni una sola palabra, tenso, con el semblante serio y con la erección sin bajar ni un milímetro, se acercó al cajón y lo abrió. Encima de unas delicadas camisolas, vio un paquetito envuelto en papel de seda, atado con una cinta roja. Lo cogió y arrancó el envoltorio y la cinta de una, descubriendo un tarro y sabiendo de qué se trataba. Abrió la tapa y vio el contenido: grasa, para ser más exactos, mantequilla.

Llevó la mirada hasta ella, que en esos momentos se colocaba a los pies de la cama, le dedicaba una mirada penetrante y le mostraba una sinuosa sonrisa, para subir por el borde y colocarse a cuatro patas, con el hermoso culo en pompa y dejar a su marido, si no aturdido, sí sorprendido y mostrando un brillo en esa mirada azul, que eran todas las variantes de la lascivia. Muchas cosas se le pasaron por la cabeza, en especial, vivencias anteriores, de su vida anterior, antes de que esta criatura inundara su mundo y lo llenara de felicidad. Le gustaba el sexo anal, igual que todo lo demás, y aunque no lo practicaba desde la última vez que estuvo en una fiesta privada, que no llegó a ser orgía, antes de recibir la famosa invitación a la subasta, deseaba hacerlo con ella, pero tenía miedo de dañarla, o de pedirselo y que ella se asustara, o peor todavía, que lo tachara de sádico. Porque a pesar de lo

que dijo en la cabaña, que cuando se casaran le dejaría, él no llegó a creérselo... y ahora la tenía en esa postura, ofreciéndole esa maravilla de culo y encima, esto: mantequilla.

Con el tarro en la mano y mirándola, las palabras sonaron frías y graves, aunque no fue esa la intención.

—Puedo hacerte daño, Jennifer.

—Creo que no, Brandon. Confío en que me tratarás con delicadeza —susurró melosa, torciendo la cabeza al tiempo que movía el trasero como una perrita—. Al menos, al principio, para acostumbrarme. —Él movió la cabeza, al tiempo que metía los dedos en el tarro y se untaba la grasa. Ella miraba lo que hacía y preguntó curiosa—. ¿Me vas a poner a mí?

—Sí, cariño. Estarás muy estrecha y yo, soy grande. Tu vagina se adapta más fácilmente, pero esa zona no está hecha para que entre nada.

—Solo para salir —dijo con una sonrisita.

Él no daba crédito y la excitación era tal, que tenía que hacer todo lo posible para ralentizar sus impulsos y no dejarse llevar.

—¿Has ido al baño? —Ella sonrió maliciosa, mientras él se colocaba detrás de ese trasero juguetón.

—Sí, Brandon. No te preocupes y empieza. —La muchacha contempló a su esposo. Esa belleza de hombre, ese torso duro, lleno de músculos, las caderas estrechas y las piernas largas y fuertes como columnas y ese arsenal que tenía entre los muslos, tragó saliva de la manera más discreta que pudo, pero él se dio cuenta y supo que tenía un poco de miedo.

Debía quitárselo, debía excitarla para evitar lo inevitable. Volvió a meter sus largos y fuertes dedos en el tarro y los llevó al orificio, untándolo despacio, jugando con las yemas de los dedos y desplazándolos por toda la unión, abriendo los glúteos y jugando con ellos, para después, llevarlos hasta el sexo y jugar con los labios mayores y menores, para tocar el clítoris sin compasión, para acariciar toda la vulva y notar cómo ella se movía al ritmo que aumentaba la excitación, cómo se abría más, cómo acomodaba la cabeza sobre los brazos y estos sobre el colchón, dejando el culo en pompa, todo para él, para que hiciese con ella lo que le diera la gana.

—¿Estás excitada, cariño? —esa pregunta no era necesaria, pues él sabía lo que llevaba entre manos, pero quería oír sus palabras, quería que le dijera lo que sentía, si deseaba algo en especial.

—Sí, sí... estoy muy caliente —fue casi un susurro, pero el hombre lo escuchó perfectamente.

—¿Estás preparada? Si no quieres, no me voy a enfadar. Lo hacemos como siempre y no pasa nada —le decía mientras seguía tocándola por los dos orificios, notando cómo la zona delicada se dilataba sutilmente.

—Sí, mi amor. Estoy preparada y deseándote —fueron palabras mágicas para que él comenzara a horadar esa zona tan delicada, tan especial y que, por qué no decirlo, significaba mucho para él, no porque fuese a estar enganchado a su culo cada dos por tres, pero sí para hacerlo de vez en cuando, cuando ella lo desease, cuando quisiera complacerlo como estaba haciendo en esos momentos.

Manteniendo a raya su control, no dejando que su polla fuese por libre y agarrándose a esas redondas caderas, fue entrando poco a poco, sintiendo que ella no se retiraba, que no hacía ningún movimiento extraño. Salió y volvió a entrar, notando cómo la grasa facilitaba las cosas, sintiendo el gusto por lo prohibido y excitándose más de lo que estaba. Pensó que no llegaría a la penetración total, pues ella lo rechazaría, le diría que parase, que le hacía daño, que no quería continuar... pero nada de eso ocurrió, pues esas nalgas se abrieron al máximo y para colmo ella llevó las manos para abrirse más, apoyando la cara contra el colchón y mirándolo con la boca entreabierta y la mirada perdida. Fue cuando él aprovechó para penetrar un poco más y notar una pequeña contracción sobre su miembro que le dio un latigazo de placer llegando hasta la punta de los pies, al tiempo que tensó su cuerpo; y viendo que ella no le decía que parase, no se quejaba, no se retiraba, sino todo lo contrario, llegó hasta el final y resbaló una y otra vez por ese túnel estrecho que lo presionaba como un lazo de seda y sin poder evitarlo, darle un pequeño azote en una nalga.

Ella respiró con fuerza ante ese comportamiento desconocido, pero no se necesitaba ser muy listo para saber que no era maltrato, ¿o sí? La voz ronca, le murmuró, no quiero hacerte daño, mi vida, pero tienes un culo tan bonito que azotarlo suavemente es un placer. Volvió a darle otro azote y después otro. Él sabía que no dolía, si acaso escocía un poco, pero nada más.

¿Quieres que pare?, le preguntó con gravedad, y ella negó varias veces, con los ojos abiertos como platos, sin perder detalle, sintiéndose inundada por él. Notaba la presión, notaba la extrañeza de tenerlo ahí, pero no había dolor y sí, tuvo que reconocer, que comenzaba un pequeño placer que, para colmo, con esos azotes, había aumentado. Así que, se lo hizo saber, sin palabras, solo con gestos, movimientos y gemidos. Moviò el trasero, para que él lo notara, pegando topetazos contra su pelvis y moviéndose más cuando él le daba

azotes, notando el calor en las nalgas y notando cómo ese calor la invadía entera. Brandon, viéndola así, sintiéndola así, no pudo más y agarrándola de las caderas, eyaculó con fuerza dentro de esa cavidad, sufriendo un espasmo tras otro, hasta que no le quedó ni una sola gota, hasta que notó la verga satisfecha y comenzando a relajarse, se dejó caer sobre esa espalda larga, blanca y perfecta. Apoyó las palmas de las manos sobre la cama, sujetando el peso del cuerpo con los brazos para no aplastarla y rozándole la oreja con los labios, le susurró:

—Si tu propósito es quedarte viuda, te juro por el amor que te tengo, que no lo vas a conseguir. Por mucho que te esfuerces, no lo vas a conseguir.

Esas palabras hicieron que Jennifer riera por lo bajito y él, mostrando esa sonrisa suya, sarcástica, irónica, torcida, sacó fuerzas y se incorporó, pletórico, feliz, para dirigirse al cuarto de baño con ella en brazos.

Cuando un rato más tarde estaban en la cama, ella en brazos de él, la curiosidad hizo acto de presencia.

—¿Desde cuándo estaba ese tarro en tu cajón? Con tus prendas íntimas.

—¡Mmmm!, tres o cuatro días —contestó con los labios rozándole la piel del torso, cerca de las tetillas.

—¿Y eso por qué?

—Porque te lo prometí, ¿no te acuerdas?

—Me acuerdo de todo lo que tenga que ver contigo. —Ella soltó una risita—. ¿Te ha dolido?

—Mmmm, no. Ha sido extraño al principio. Me he sentido un poco rara... inundada de una forma brutal, pero luego, cuando me has tocado, cuando me has acariciado por todos los sitios, me ha gustado.

—¿Los azotes también? —Ella se volvió a reír y escondió la cara en el costado masculino.

—Sí. —Se oyó entre risas. Él no pudo evitar sonreír a su vez. Satisfecho, gozoso.

—¿Y cómo sabías que íbamos a necesitar el contenido de ese tarro? —Ella se apoyó sobre el duro pecho y lo miró a los ojos, abriendo los suyos al máximo.

—¿Lo has usado todo? —preguntó sorprendida, al tiempo que él soltaba una carcajada.

—No, mi vida. Lo que contiene ese tarro nos valdrá para muchas veces. Pero no has contestado a la pregunta.

—Pensé que sería lo adecuado. —Él no dejó de mirarla, esperando que

la explicación se ampliara, pues se imaginaba que había algo más. Ella puso morritos, bajó los párpados y se puso a jugar con el vello que circundaba las tetillas del hombre—. Lo vi en un libro que tienes en el despacho, un librito que está escondido detrás de los de arquitectura, que lleva dibujos.

—Y en esos dibujos, las parejas están practicando sexo.

—Sí. Y en una lámina, el hombre se unta algo en el miembro y la mujer está esperando, en esa postura, y como no hay nada escrito, pues imaginé que sería algo así, ¿no?

—Ya veo que tienes poder de deducción —añadió Brandon, mirándola con picardía—. Y has encontrado más literatura que te pueda interesar. —No era pregunta, no era afirmación y el hombre disfrutó con el rubor de la muchacha.

—He visto unas revistas muy graciosas, La Perla se llaman, son inglesas. —Él movió la cabeza, sabiendo a qué revistas se refería.

—Con que graciosas, ¿eh? Esas revistas eróticas, son únicas, de coleccionista. El primer número salió en julio de 1879, y el último, diciembre del 80. 18 números, 18 ejemplares. Ni uno más, ni uno menos. Fueron un escándalo y nunca se supo quién estaba detrás de esa publicación. Una pena.

—¿Por qué?

—Porque la gente debería tener miras más amplias, ¿no te parece? —preguntó con ironía. Ella encogió los hombros.

—No sé. Tal vez si todos pensáramos lo mismo, entonces, no sería tan interesante. ¿No te parece? —Él no dejó de mirarla.

Cada día que pasaba, iba conociendo más facetas, y cada día le producía más y más curiosidad. Porque sentía que no la terminaba de conocer, que cada paso que daban hacia adelante, lo enamoraba más, pero también le preocupaba, pues esta mujercita suya, era como un prisma, que según desde qué ángulo lo mirases, lo veías de distinto color.

—¿Lo prohibido es más interesante? —preguntó con voz ronca, mientras se miraban a los ojos.

—Creo que sí —contestó dudosa y un poco asustada, ante la intensidad de la mirada azul.

—El adulterio entra dentro de lo prohibido, ¿es interesante también? —Vaya, pensó Jennifer, esto sí que se estaba poniendo interesante, repitiendo mentalmente esa palabrita dichosa.

—Se ve que a ti sí te resulta interesante, pues la has puesto en práctica muchas veces. En tu anterior matrimonio.

—No hablo de mí. Te preguntó a ti. —Ella intentó despegarse del torso masculino, pero un brazo de acero se lo impidió.

—Soy de la opinión que, si tengo a un hombre que me ama, que yo también lo amo, que me satisface, me respeta y me es fiel, no hay necesidad de complicar las cosas. ¿Para qué?, en esas condiciones tengo lo que cualquier mujer con dos dedos de frente, puede desear. —Él la seguía teniendo sujeta y no retiraba la mirada, poniéndola nerviosa.

—Pero... —añadió el hombre, sabiendo que había más y que ese más no le iba a gustar.

—Pero... que amor con amor se paga, traición con traición se paga. —Él la tumbó de una y se colocó de lado, apoyado en un codo y con la mirada taladrándola.

—¿Me estás amenazando? —la pregunta fue hecha entre dos aguas. Incrédulo y enfadado.

—No —contestó muy seria y poniendo esa vocecita de niña buena—. Solo constato un hecho. La fidelidad es cosa de dos, el adulterio es cosa de dos. La fidelidad es cosa del marido y la esposa, y el adulterio es cosa de los amantes.

—Constatas un hecho. —El hombre no salía de su asombro—. ¿De dónde has sacado ese vocabulario?

—De tu hermosa y fecunda biblioteca. No solo de bordados y costuras se entretiene tu esposa. —Brandon se mordió la mejilla para no echarse a reír, pues lo que subyacía en el fondo, no le gustaba ni un pelo. Pasó un dedo por el óvalo femenino, tan despacio que logro ponerla nerviosa, logrando su propósito.

—Si yo te fuera infiel, ¿tú responderías de la misma forma? —El dedo seguía acariciando y ahora se desplazaba hacia el cuello. Ella intentó no tragar saliva, pero se le había hecho un nudo en la garganta y no lo pudo evitar, viendo cómo su marido se daba cuenta.

Sintiéndose insegura y sabiendo que estaba enfadado, pensó en mentir, pero ese pensamiento duró poco y la franqueza imperó.

—Sí —fue una afirmación rotunda y él dejó el dedo quieto. Apoyado debajo del lóbulo.

—Sabes que algo así, traería nefastas consecuencias. —Los ojos dorados se llenaron de lágrimas.

—Sería el pago correcto a un comportamiento incorrecto, innoble y traidor. —Él siguió con la mirada el reguero de una lágrima y la limpió con la

yema del dedo que hacía un momento la había acariciado.

—Debes saber que, si alguna vez te fuera infiel, si alguna vez, borracho o en alguna situación especial donde una puta cualquiera me pusiera la polla dura, y me la chupara o me la follara, algo así no tendría importancia. Ninguna.

—Vaya, qué bien. Es una suerte saberlo —contestó sarcástica, pero sin poder evitar que todas las lágrimas saltaran en cascada, enfadándose con ella misma y viendo cómo él disfrutaba.

—Al minuto de haberme follado a una puta, o a una dama que se comporta como una puta, no es que me olvide de ella, es que no la respeto, no la valoro, no vale ni un puto centavo; y si esa mujer, porque para mí ya no es una dama por mucho estatus social que tenga, si esa mujer, repito, está casada, lo siguiente que pienso, es en el cornudo del marido, en el desgraciado que piensa que tiene una esposa decente. No voy a entrar en los hombres que comparten sus mujeres con otros, los que hacen intercambios o los que disfrutan mirando, porque esos, no son cornudos, son degenerados. Y aunque yo he participado en todas esas bacanales, jamás llevaría a mi mujer. Mi esposa es mía, mi esposa es respetable y se hace respetar. No lo olvides, Jennifer. Te quiero más que a mi vida, y mi vida es lo que más he querido hasta que tú llegaste, puedes estar segura. He sido egocéntrico y egoísta. Puedo tener una mente oscura, puedo ser perverso, pero hasta cierto punto. Si alguna vez me eres infiel, con solo intentarlo, estarás cavando la fosa de nuestro amor. ¿Me has entendido?

—¿Entonces tú puedes engañarme y no pasa nada?

—Exactamente. No pasa nada. Porque no puedo enamorarme de otra mujer, porque lo estoy de ti. Porque solo pensar que otro hombre te toque, se me revuelven las entrañas, y solo pensar que tú te puedas entregar voluntariamente, me destroza por dentro, me saca toda la maldad que hay en mí y el único deseo es matar. —Las lágrimas brotaban sin parar, y a él le dolían, pero quería hacerla entender que no era lo mismo un engaño que otro —. Cuando una mujer engaña, solo hay dos motivos, o es una puta de los pies a la cabeza, o está enamorada de ese hombre y no del marido. Cuando un hombre se acuesta con una mujer, con una puta de burdel, no quiere decir que no ame a su esposa. Yo engañaba a Sophie constantemente, pero nunca la amé. Nunca. Tal vez podría haberme enamorado de ella una vez casados, podría haber ocurrido si ella hubiese sido de otra forma; pero cuanto más la conocía, más me defraudaba y más retozaba entre otros muslos. Sin embargo,

contigo me pasa al contrario, cada día que pasa me enciendes más, cada día que pasa me enamoras más, cada día que pasa me sorprendes más, y es algo tan inusual, que me deja fuera de juego, que me hace pensar en ello una y otra vez. Y a veces me digo que pare, que no sigas deslumbrándome de esa forma, que me vas a dejar ciego, que me siento tan feliz que casi no lo comprendo; pero al mismo tiempo haces que esté al acecho, que desee saber qué haces cada minuto de tu tiempo, del tiempo que yo no te veo. Así están las cosas, Jennifer, y de esta manera es imposible que pueda serte infiel, porque no es solo amor, es sexo... un sexo magnífico, desbordante, colosal. Y no se me pasa por la cabeza, desperdiciar mis habilidades con otra, con otras, porque esas, no se lo merecen. Porque toda la experiencia que he adquirido con los años iba destinada a ti. Es para ti, única y exclusivamente. Porque tú eres la luz de mi vida y sin ti, ya nada sería igual.

La muchacha dejó de llorar. Hipó ante la congoja que le producían esas palabras, era como si un puño le estrujara el alma, el corazón. Era una declaración de amor, que la sacudía literalmente.

—Yo también te amo de esa forma. Y también me duele que me traiciones.

—Eso no sería traición, mi amor. Solo sería una follada sin ton ni son. Un calentón de poca monta, pero que al final hace que se nos ponga dura y tenga que saltar por los aires. No es nada más. Una sacudida de polla y cuando lo has hecho, ya te has olvidado. Porque piensas que esa zorra no es más que una puta calentorra, que ha ido a por ti, tal vez pensando que iba a conseguir algo más, y al final, se queda escocida y vacía. Nada más. —Ella mostraba un puchero encantador para él, pero de pura tristeza para ella, porque por mucho discurso que le soltara, a ella le dolería una infidelidad. Le dolería mucho. Brandon, que parecía leerle el pensamiento, continuó—: Si un hombre te hiciera lo que yo te he hecho hace un momento, lo que te hago todas las noches, lo mataría con mis propias manos. Y a ti, Dios del cielo, Jennifer, no podría perdonarte nunca; porque cada vez que te mirase, eso estaría en mi memoria y cuando no te tuviera cerca, también. Es así, te guste o no te guste. —Llevó la mano al delicado cuello y lo abarcó casi por completo, sin hacerle daño, pero para que viera hasta dónde podía llegar—. Este tierno y delicado cuellecito, lo partiría como si fuese un palillo. —Entonces dejó de rodearlo y lo acarició con ternura—. Y no deseo eso. Mi deseo es protegerte, cuidarte, darte todo lo que desees, amarte hasta el fin de mis días. Te amo, Jennifer. Te amo de una forma que nunca pensé que

existiera y por ello, me comportaría así. Con todo el dolor de mi corazón. Lo haría.

—Quieres decir... que si estuvieras casado con cualquier otra no sería igual —las palabras fueron susurradas.

—Sí. —Hizo una pausa larga, para que las palabras que iba a pronunciar entraran claramente en esa preciosa cabeza—. Si Sophie me hubiese engañado, no me habría complacido, pues a fin de cuentas a ningún marido le gusta ser un cornudo, pero no habría habido ninguna tragedia. Me habría separado de ella y en paz. Pero tú no tienes nada que ver con el resto de las mujeres. Tú eres especial, única. Porque a pesar de tus palabras, no creo que fueses capaz de vengarte de la misma forma, porque eres íntegra, eres toda una mujer, eres de las que se hacen respetar.

—No sé por qué dices eso. Tú fuiste el primer hombre al que miré y mira lo que tardé en sucumbir a tus encantos. —La risa del hombre le produjo un cosquilleo en el estómago y al momento, notó una patadita del niño.

—Eso no fue así y lo sabes. Te puse en una encrucijada, te asusté para que pensaras lo peor y aceptaras mi protección a cambio de disfrutar de tu cuerpo. Me comporté como un cerdo. Te chantajeé descaradamente, sabiendo que tu prioridad era el pequeño. Por él, estabas dispuesta a todo. Además, me juego cualquier cosa, a que cuando estabas en Boston, incluso en Nueva York, tendrías a más de uno rondándote, incluso acosándote y ahí permaneció tu virginidad, intacta. Esperándome, para darme otra oportunidad. Para enmendar los errores que cometí cuando te conocí. Para honrarte como te mereces.

—¿Cómo sabes que no me dejé manosear por alguno, que me besaran, que me tocaran como lo hiciste tú...?

—Porque no fue así. Porque noté al momento que eras virgen en todos los sentidos. Porque no sabías besar, porque cuando te produje el primer orgasmo comiéndome esa boca, tu rostro lo dijo todo. Porque he sido yo, el que te lo ha enseñado todo y quiero seguir siendo yo, el que te lo dé todo.

—No merezco tanto y no soy tan buena como crees. Tengo muchos defectos. Muchos —susurró con la vista baja.

—Ah, ¿sí? Pues deberías hacer una lista. —Ella no dijo nada, manteniendo la mirada baja y él, volvió a acariciar el borde del rostro—. Bueno, algún defectillo tienes, por ejemplo, ocultarme lo que estabas haciendo, a escondidas, a mis espaldas...

—A escondidas, no, a tus espaldas, sí —replicó enfurruñada.

—Leyendo libros y revistas eróticas a mis espaldas, literatura que un hombre corriente jamás dejaría leer a su esposa.

—No eres un hombre corriente, y si no, haberlo escondido mejor. Además, el saber es poder.

—Vaya, vaya, mira mi dulce esposa. Voy a tener que poner freno a lo que lees, no vayas a coger más poder que yo.

—¿Te burlas de mí? —fue la queja entrecortada y a punto de llorar otra vez. Él se puso serio.

—Eso nunca, mi amor. Eso jamás. —Acercó la boca y besó dulcemente los labios entreabiertos.

Ella se dejó y él se tragó los suspiros uno a uno, hasta que cesaron y se convirtieron en quejidos. De placer, de deseo. Y cuando ella misma cogió una mano del hombre y se la llevó a su sexo, él sonrió de gozo y la masturbó hasta que gritó de éxtasis, fue entonces cuando se colocó encima, teniendo cuidado con la tripita, y la penetró de una, clavándose con fuerza y eyaculando sin más historias.

Sujetando su cuerpo con los brazos, mirándola con fiereza, provocando que ella no retirase la mirada, pero mostrando cierto temor, fue saliendo de su interior. Se colocó a su lado, siempre mirándola, y para quitar importancia a las duras palabras que la habían hecho llorar, le sonrió y le preguntó.

—¿Fuiste tú a buscar la mantequilla? —Ella lo miró con esos ojazos, entre sorprendida y tímida. Movió la cabeza para negar.

—Le dije a Lucy que me la trajera y a poder ser en un tarro, y aunque no me preguntó, le dije que me gustaba para dármela en las manos de tarde en tarde, que era muy buena para la sequedad. —La risa del hombre provocó que ella riera por lo bajito, para añadir el momento—. ¿Ves?, también soy una mentirosa. Otro defecto, otro pecado.

—Eso no es un pecado, dulzura. Si todos los pecados fueran esos, las cárceles estarían vacías y los infiernos no existirían.

—Te quiero, Brandon. Te quiero tanto, que no sé si podría aguantar una infidelidad. Me moriría de dolor. Mi corazón se rompería. Quedaría destrozada.

—Eso no va a ocurrir, mi vida. Me llevas al máximo, no puedo dar más de sí, no tengo nada que pueda desperdiciar por ahí. —Ella lo miró enfurruñada, sabiendo que eso no era cierto. Que su esposo era insaciable.

—Bueno, pues si algo así ocurriera... por favor te lo pido, que no me entere —iba a añadir, o no sé qué pasara, pero cerró la boca a tiempo, pues le

había quedado muy claro, que su esposo no se tiraba faroles, que no hablaba por hablar.

—Eres única, mi amor. Eres la luz de mi vida. Solo tengo ojos para ti, solo pienso en ti —le dijo al oído, acariciando el costado de un pecho—. En ti y en este pequeñín que no deja de dar patadas. —Colocó esa mano grande sobre su vientre, notando esos pequeños movimientos que hacía su hijo no nacido—. Creo que está enfadado, creo que tiene mucha hambre. ¿No te parece? A estas horas, los criados se deben de haber puesto las botas sacando conclusiones de lo que estábamos haciendo y apostando cuántas veces lo hemos hecho. —Sonrió al verla enrojecer, mientras seguía acariciando la pequeña barriguita—. ¿Qué te parece, mi amor? ¿Pedimos la cena?

—Sí, por favor. Me muero de hambre. —Él se quedó un rato mirándola, embrujado, sin decir nada y ella le aguantó la mirada, sonrosada como una fresa.

Brandon movió la cabeza, pero no salieron palabras. Parecía estar complacido y al mismo tiempo consternado por haberla puesto en ese estado. Pero no quería malos entendidos, no quería que lo tomase por tonto, aunque pensaba que eso era una exageración por su parte.

—Hala, ponte algo decente, que voy a pedir la cena. —La besó en la boca y volvió a mirarla de esa forma tan penetrante.

Se vistió, sin retirar la mirada y cuando salió de la habitación, pensaba en la suerte que tenía. En esos momentos, se le había olvidado el nuevo trabajo de su esposa.

CAPÍTULO 20

La mujer se paseaba de un extremo a otro de la habitación, cada vez que hablaba, detenía los pasos y miraba a su madre, malhumorada, seria, amargada, como si la que la trajo al mundo, tuviera la culpa de sus problemas, de su desgracia. Esta, permanecía sentada en un estrecho sillón en el que se había quedado encajada, pensando dos cosas al mismo tiempo: que su hija estaba cada vez peor y que tendría que pedir su ayuda para poder levantarse del sillón menguante, si quería salir de ese lujoso gabinete que ella misma había decorado con la ayuda de su hija. Cuando encargaron esos preciosos sillones, hubiera jurado que eran algo más anchos. En fin, dejó de lado la decoración victoriana de la recargada salita y se fijó detalladamente en su hija. El aspecto de Sophie no había cambiado mucho para ojos de fuera, siguió pensando la madre, pero a ella, que no se le escapaba nada, por eso era madre, y por esa era mujer, veía que su hija estaba más llena; ay, pobre, como no echara el freno, iba a ponerse como una bola antes de la cuenta. Eran de la misma constitución, pero la madre había aguantado hasta los treinta y pico, después pasó a estar rellenita, y ahora estaba gorda, sin diminutivos.

La misión de la señora Watson, era que su hija comprendiera la importancia de un nuevo matrimonio antes de que ello fuera improbable, y como se pusiera como esos mastodontes marinos de la bahía, sería imposible. ¿Es que no se daba cuenta esta criatura que tenía por hija?

—No, madre. Ni lo sueñes. No voy a casarme otra vez, ni hablar. Estaré recibiendo la pensión hasta que me muera y utilizando esta casa, lo mismo.

—Pero, hija...

—¡Que no, que se fastidie! —replicó amargada. Cada día lo estaba más, igual que el odio que sentía por Brandon y por la puta esa que se lo había robado; ambos sentimientos aumentaban al mismo ritmo.

—Tesoro, estás ofuscada, ¿no te das cuenta de que de esa forma te quedarás sola, peor que una solterona? Ahora, sin embargo, eres muy bella y estás en disposición de conseguir marido. Y sabes de sobra que el estado ideal de la mujer es ese, casada y bien casada.

—Me da igual. Mi vida ha cambiado radicalmente y ahora, tengo otras prioridades: gastarme todo el dinero de Brandon.

—Las dos sabemos que no te da igual. Y no te vas a gastar el dinero de Brandon, te gastarás el que te corresponde, el que él quiso darte, ni más ni menos. Además, tienes varios pretendientes, y casándote de nuevo le darías a entender que no te importa lo más mínimo. ¿No te das cuenta? —La hija la miró como si estuviera loca.

—Sí, menudos pretendientes. Viudos achacosos —replicó, sentándose al lado de su madre—. Que solo sirven para echarte las babas. —La señora Watson torció el gesto, arrugando la pequeña naricilla.

—No exageres, Sophie. Casarte con un hombre mayor, mucho mayor que tú, te aportaría más cosas buenas que malas. Por lo pronto, estarías como una reina, y después, te podrías quedar viuda a una edad muy respetable y olvidarte de todo. —La que fuera esposa de Cooper, miró a su progenitora, pensando que no tenía muchas luces.

—Madre, para que un futuro marido llegase a darme lo que recibo de él al mes, tendría que ser muy, muy rico. Y dime, ¿dónde está ese hombre? —La madre puso cara de circunstancias y procedió a explicarse, pareciéndole que su pequeña no tenía muchas luces, pudiéndole los celos y la envidia.

—Para empezar, casándote lograrías que no te mirase la gente con lástima, que es lo que provocas ahora mismo, por mucho dinero que te pase Brandon, y para continuar, seguramente al tener otro aliciente, un marido al que atender, con el que salir a divertirse, te daría para pensar en otra cosa y no seguir amargándote.

—¿Divertirme? ¿Desde cuándo se divierte una mujer de mi edad, con un hombre veinte o treinta años mayor?

—Míralo desde el punto de vista de la alcoba. —La hija clavó esos ojos azul claro, casi idénticos a los de su padre.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes de sobra lo que quiero decir. Ya tuviste bastante con él. Tú misma dijiste que no podías satisfacerlo, que era muy exigente. Eso no te pasaría con uno mayor. Te aproximas a los treinta y con un marido de sesenta, no te verías en esa situación. Los hombres según cumplen años, pierden fuelle a pasos agigantados y al final, no les queda más remedio que ir a esos sitios para que les saquen algo de jugo, porque la mayoría tienen demasiado pundonor para reconocerlo, pero es la realidad. —Vio cómo la hija retorció el gesto, pero no protestaba—. Además, no todos los hombres

son como él. De modo que si uno normal, de joven ha sido poca cosa, de mayor no será nada y lo manejarás a tu antojo. ¿Qué me dices de Turner? Vino a visitarte cuando estuvo aquí la última vez.

—Por Dios, madre, es amigo de Brandon. Además, en ningún momento noté nada especial, nada en ese sentido. Más bien, vino a enterarse de cómo estaban las cosas. Igual se pensó que no me di cuenta, pero su intención era saber de la puta esa.

—No deberías emplear ese vocabulario. No es lo correcto, Sophie. Eres una dama, no lo olvides.

—Estamos solas, madre. Y lo correcto es llamar a cada cosa por su nombre. —Se hizo el silencio durante unos momentos y continuó hablando —: Se ve que la conoció en Chicago con la misma identidad que todos nosotros. Y parecía que estaba muy molesto por el engaño, en especial que Brandon lo engañase. Ya sabes, como son amigos...

—No fue a la fiesta que dieron en el Palace, para presentarla en sociedad —recordó la madre.

—Sí, y así se lo hice saber. Me dijo que lo supo más tarde. Que estaba en Nueva Orleans, cuando se enteró.

—¿Sigue trabajando con él?

—Parece ser que sí. Pero ya te he dicho, que ni me interesa, ni le intereso. Juraría... que sentía mucho interés por esa... y juraría, que estuvo en la subasta de la que tanto hablan. Qué vergüenza, casarse con una mujer vendida en un burdel... no puedo entenderlo, creía que Brandon era un caballero, pero ha demostrado a todo el mundo que no es así... y ella, ella es una ramera de tomo y lomo, a pesar de los piropos que le escribe ese periodista de pacotilla. Y Turner es otro igual, además, por esas fechas estaba en la ciudad, recuerdo que lo vi con padre que iban al club. Seguro que estuvo en la subasta —hablaba más consigo misma, sin mirar a la madre, dejando la vista vagar por la habitación.

—No me extrañaría nada —añadió la señora Watson, colocando los pliegues de la falda de satén en orden y mostrándose fría y molesta ante sus pensamientos, que enseguida fueron verbalizados—. Como no me extrañaría que tu padre también hubiera estado presente. —Sophie miró a su madre sin pestañear.

—¿No lo dirás en serio?

—Pero ¿tú qué te piensas?, ¿que tu papito es un santo? Pues no hija, no. Tu padre es igual que el resto de los hombres. Un egoísta y un perverso. Ja,

me hacía gracia cuando te quejabas de tu esposo, que si Brandon es muy exigente, que si Brandon quiere esto o lo otro... ¿Qué te piensas que hacemos las demás mujeres?, satisfacer en la medida de lo que podemos o sabemos, las exigencias de los maridos, y cuando estos no están conformes, le sale a cuenta irse a esos burdeles donde por unos dólares, o por muchos dólares consiguen lo que quieren. Pero no, no, no importa que esas fulanas den algo a cambio de dinero, porque encima más de uno dice, que las esposas aún salen más caras y encima no consiguen lo mismo. —Sophie se había quedado de una pieza. Jamás había oído hablar a su madre de ese modo, decir semejantes palabras, expresar de ese modo sus sentimientos, su opinión.

—Madre —casi susurró—, estás dolida.

—No estoy de ninguna forma. Simplemente te cuento cómo son las cosas, para que abras los ojos y que te des cuenta de que todas, todas, tenemos que aguantar y tragar. La única diferencia que hay entre las pobres y nosotras, es la ropa y el techo y las paredes que nos cobijan, nada más.

—Bueno, es mucho —añadió, sin dejar de mirar a la madre, sorprendida ante todo lo que estaba diciendo.

—Sí, mucho. No cabe duda. Con dinero se ven de otro color las cosas, pero no te engañes, siguen siendo del mismo color. Ah, y encima dando gracias de que el marido que tengas no te zurre la badana de vez en cuando.

—Pero madre, me estás dejando atónita. ¿Papá te ha pegado alguna vez?

—No, nunca. Pero ¿por qué? Porque no le he dado motivos en mi vida; si no... menudo carácter tiene tu padre cuando se enfada o cuando bebe. No pongas esa cara de sorprendida, parece que vienes de otro mundo. Ni que tuvieras quince años, por el amor de Dios. Todos los hombres abusan de su estatus, de su fuerza y lo que es más triste, la ley está de su parte, nos debemos a ellos. —Daba la sensación de que no se daba cuenta, que con esos comentarios tiraba por tierra todo lo dicho anteriormente. Quiriendo rectificar, lo enmendó—. Aun así, que sepas, que lo mejor es tener esposo. Alguien que te proteja y te dé caché. Solo cuando enviudas, puedes pasar de esa circunstancia. Una viuda, ya lo tiene todo hecho, ya puede llevar una vida tranquila, hacer lo que le dé la gana, sin presentar cuentas a nadie y dejar muchas preocupaciones de lado. —El silencio se apoderó de ellas, pero las miradas siguieron clavadas la una en la otra.

—Pues si has pensado que con todo lo que has dicho iba a cambiar de idea, estás muy equivocada. Ahora más que nunca, tengo claro que no voy a casarme de nuevo. Prefiero estar sola y hacer lo que me dé la gana, antes que

tener que aguantar a otro hombre y encima, darle las gracias porque se haya fijado en mí. Ni hablar. —La madre soltó el aire, al tiempo que se daba por vencida.

Que hiciera lo que quisiera. Dinero no le iba a faltar. Y a los hijos... a eso había renunciado por completo. No estaba dispuesta a pasar por lo mismo, y menos, por otro hombre que no fuera Brandon. Para qué engañarse, lo seguía amando y aunque no echara de menos el sexo, sí anhelaba sus brazos, sus besos, sus caricias. Todo lo que tuvo al principio de su romance, al principio de su matrimonio.

—Está bien. Renuncio. Pero por lo que más quieras, ayúdame a levantarme de este maldito sillón o me va a dar un síncope. —Sophie no pudo evitar una carcajada y dando las dos manos a su madre la aupó, haciendo que el silloncito se balanceara hacia los lados, no cayendo de milagro.

Había cogido una habitación en un hotel mediocre, y mira que le molestaba la falta de lujos, pero por lo pronto quería pasar desapercibido y hacerse al lugar. Se había dejado crecer la barba, consiguiendo parecer más viejo de lo que era, pues si el cabello era entrecano, la barba estaba blanca por completo. Otra de las cosas que había hecho, fue ir a la finca de Turner y comprobar que estaba cerrada y vacía, permaneciendo así hasta el próximo verano. Sabía que estaba rondando a una viuda y que esta, vivía en una mansión a pocos kilómetros al sur de la ciudad, justo al lado contrario. Era un poco arriesgado, pero tampoco tanto, ¿o sí? Bah, qué más daba, pues a menudo pensaba que estaba perdiendo la cabeza. Tenía esa sensación, esa desagradable sensación. Podía dejar todo como estaba, podía seguir con su vida y vivirla con tranquilidad, pero no podía, o no quería... era muy extraño, haciéndolo sentir fuera de sí. Y al final, no lo iba hacer por su hija, por vengarla, no, qué va, lo hacía por deseo, por envidia, porque desde que la conoció, la deseó y ahora que sabía cómo era su cuerpo, ahora que todos sabían que ese cuerpo que todos vieron, que se comieron con los ojos, pertenecía a la esposa de Brandon, que el muy cabrón pagó por ella, que los engañó a todos... ahora era peor que cuando la conoció como la viuda del imbécil de Jeremy.

Por todos los diablos, qué ser más hermoso, qué elegancia, qué voz más seductora, qué boca más atrayente, todo en ella era brutal, era abrumador, teniendo todo lo que le gustaba de las mujeres, reunido en una sola; en ella. Pero bueno, cuando desapareció, pues no le hizo gracia, porque a pesar de la

amenaza de Brandon, imaginaba que en un futuro podría haber existido un encuentro y quién sabe, tal vez resultaba ser una putilla pretenciosa y él podía darle lo que buscaba. Ahora se daba cuenta de que era un engreído, que la edad no importaba, que podía competir con él de igual a igual. Y unos cojones. No podría competir con él, nunca. En nada. Ese cabrón era el hombre más inteligente que había conocido, era más rico que cualquiera de sus amigos o conocidos y por supuesto, más que él, y para colmo, era valiente, osado y temerario. Y esa putita, era como todas, no, mejor que las demás, porque esa putita tenía ojos en la cara y espejos para verse, y sabía que, con ese cuerpo, con esa cara, con esa voz, moviéndose de esa manera, joder, si hasta montaba a caballo como pocas, con todo eso, podía tener al mejor.

Pero ¿por qué se había largado? Si era como él pensaba, no tendría que haberse ido, no tendría que haber tentado a la suerte, pues estaba claro, que lo sucedido no había sido planificado y que incluso, podría haber acabado mal. Podría haber muerto igual que ese crío. Sí, recordaba las palabras de madame Berry, diciéndole que estuvo muy enferma, que pudo haber muerto, de la misma manera que salió adelante. Eso fue después de leer el artículo del Examiner y comprender lo sucedido. Se la había meneado cuando la conoció como Julia, se la había meneado cuando recordaba el perfecto cuerpo de la virgen subastada, y ahora, se la seguía meneando, mientras pensaba en la señora de Brandon Cooper. Podría haberse quedado en eso, en unas simples pajas a su salud, pero no.

Quería más, quería disfrutar de ella, quería abusar y quería hacerle daño. Por lo visto estaba embarazada y seguro que lo llevaba perfectamente, ¿de cuánto estaría?, daba lo mismo. Si estaba muy adelantada podría esperar, pero seguramente sería más complicado, pues en esas circunstancias las mujeres están más atadas a los putos críos y entonces le costaría encontrar el momento idóneo para llevársela. Por otra parte, si se la llevaba en ese estado y debido a los abusos abortaba, tampoco estaría tan mal, así vengaría a su pequeña. No importaba. Pronto decidiría lo más oportuno. Pronto, porque tampoco podía estar mucho tiempo fuera de San Francisco... ya se vería. La opción de cogerla al salir de ese edificio donde iba todos los días con la criada, era inviable; un coche las llevaba y las recogía, y la criada era un incordio. Tenía que pensarlo, planificarlo, pero eso sí, tenía que actuar con mucho cuidado, con mucha precaución. Pero... por otra parte, tampoco era conveniente correr... bueno, después de estudiar el terreno, las posibilidades

y calibrarlo todo, en conjunto, sacaría una conclusión.

Brandon estaba alucinando con el embarazo de su mujer. No paraba quieta un minuto, había engordado lo justo y todo de barriga y de pecho, por lo demás, seguía igual, unas piernas extraordinarias, un culo perfecto, los brazos delgados y la cara preciosa. Últimamente tenía los labios ligeramente hinchados, como cuando él se los comía y los dejaba irritados, pero nada más. Seguía yendo a ese trabajo que había creado, y eso que él pensó que tarde o temprano se cansaría, pero no. Nada de eso pasó. Iba unas horas por la mañana y otras pocas por la tarde, acompañada de Lucy y siempre en carruaje y cuando llegaba la noche, nunca se quejaba y seguía zarandeando por las dos plantas del apartamento. Terminando de arreglar la habitación del bebé, ultimando los pequeños detalles de la decoración infantil, desde cortinas, colchas, cojines, pasando por el papel de la pared, cuna, ropita... esa era otra historia, toda la ropa la había hecho ella, desde la prenda más sencilla hasta la más elaborada, a base de bordados y pasamanería. Ella le enseñaba la ropita según la terminaba y antes de guardarla, orgullosa y satisfecha, pero nada más. Y él, que no entendía de costuras, ni bordados, pero sabía apreciar y valorar esos delicados trabajos y la tarea bien hecha, se prendaba mirando esas preciosidades tan chiquititas y tan perfectas, siendo el revés casi igual que el derecho. Pero ella no se pavoneaba de su quehacer, era como si tuviera asumido lo que hacía, como algo natural y que apenas le costaba trabajo, cuando no era así, pues muchas de esas prendas, le llevó muchas horas y dedicación. Sabía, porque ella misma se lo había contado, que tenía unas ropitas en la academia, como ella la llamaba, y otras en el apartamento del hotel, y mientras enseñaba a las alumnas, cortaba, cosía y bordaba la ropita de su futuro hijo, sin problemas.

Algún viernes por la noche, sábado, o domingo a la hora del almuerzo, hacían vida social, aunque él ya se había dado cuenta de que no estaba cómoda, pues prefería pasar el tiempo en el hotel, ellos solos. Brandon creía saber lo que ocurría, y que no era precisamente por el embarazo, sino por lo ocurrido en San Francisco. Las noticias eran publicadas en los periódicos y estos, llegaban a todos los lados, de modo que las buenas gentes de la ciudad de Chicago estaban al corriente de que la señora Cooper había vendido su virginidad en una casa de putas y que el señor Cooper la había comprado, se había divorciado de su anterior esposa y ahora esperaban un hijo. El dinero

tiene mucha fuerza, el dinero es poder, de manera que jamás se le haría un desprecio o el vacío a su esposa, porque todos sabían quién era Brandon Cooper; pero no se podía evitar el cotilleo, y por supuesto, la envidia. Y Jennifer producía mucha envidia en las mujeres, y curioso era, que las que más la admiraban y la respetaban, eran las de clase inferior, viendo en ella un ejemplo a seguir y admirando esa belleza que, en ningún momento, se mostraba pretenciosa, ni creída, ni altiva.

Pero las damas de la alta sociedad, no le perdonaban que no hubiese nacido en alta cuna, y que descendiera de irlandeses arruinados, y que hubiese pillado al hombre más rico y deseado, que hubiera conseguido que se divorciase y para colmo que la hubiera comprado en un burdel, pero algo así jamás saldría de boca alguna; antes se introducirían un hierro candente en la misma. Todo era sonrisas, todo era atenciones, pero todo falso. Y todas se morían de ganas por saber cuánto de verdad había en esa historia, pero ni por lo más remoto preguntarían, y todas llevaban fatal que sus maridos dirigieran la mirada constantemente a la pelirroja, y que ella fuera tan simpática, encantadora y siempre perfecta, luciendo las mejores galas y las joyas más espectaculares que hubieran visto; y para colmo, que una mujer embarazada luciera así de bella estando en el último mes. No. Estaba claro, que sin hacer nada malo, no podría gustar a esas lobas envidiosas y ella lo sabía, siendo ese el motivo por el que muchas veces decía de no ir, pero él insistía y ella con una hermosa sonrisa, aceptaba. Y eso que sabía, que su esposo se había acostado con más de una de esas mujeres en tiempos pasados, pero era tal la seguridad que la joven tenía en sí misma, que no se achantaba ante nada y ante nadie.

Tenía que ir a Saint Louis, solo para estar un par de días y volver, pero tenía dudas, pues estaba a punto de cumplir los nueve meses y por nada del mundo, deseaba estar lejos de ella cuando llegara el parto.

Se arreglaban para una cena en casa del gobernador; ella llevaba un precioso vestido de corte imperio de un azul cielo, cuando se acercó con el collar de diamantes para que se lo abrochara. Mejor, fue el pensamiento del hombre, pues ese collar era como un babero y tapaba la mayor parte de ese escandaloso escote. No es que se le fueran a salir los pechos, en absoluto, pues quedaban bien recogidos, pero esas elevaciones eran tan turgentes, tan blancas y perfectas, que eran como unos imanes para los ojos de los hombres y también de las mujeres.

—Estás tan hermosa, que cortas la respiración —murmuró junto a la

oreja, mientras abrochaba el cierre de oro, entreteniéndose más de la cuenta.

—Gracias, Brandon, siempre me ves con buenos ojos. Pero creo que ya estoy para pocos trotes con esta barriga enorme. Seguro que todas las damas me van a mirar mal. Ya sabes, una embarazada debe quedarse en casa, y más, estando tan avanzada.

—Esas damas darían diez años de su vida para poder ser como tú, y esos maridos, darían toda su fortuna para poseerte. —La boca masculina recorrió el lateral del cuello y ella soltó una risita al tiempo que se separaba.

—Por Dios, Brandon. No te cansas de decir barbaridades. Eres el colmo.

—Tú sí que eres el colmo; el colmo de la inocencia, el colmo de la modestia, el colmo de la belleza, el colmo de la lujuria, el colmo... —Ella, riéndose a carcajadas, puso una mano sobre la boca masculina.

—Calla, deja ya todas esas tontunas, o me lo acabaré creyendo. —Él, cogiéndola por el talle, la besó en el cuello al tiempo que sus manos recorrían los costados y acababan encima del trasero.

—Por todos los demonios, qué cuerpo más delicioso tienes. Eres la embarazada más bella que hayan visto ojos humanos. —ella logró separarse y entre risas se arregló los desperfectos. La miró detenidamente y se puso serio, muy serio—. Cariño, ¿sabes que te dije que tengo que ir a Saint Louis?

—Sí, lo recuerdo —contestó, mirando a su alrededor y localizando la capa de piel.

—Me iría mañana y solo estaría dos días como mucho, pero no me hace ni pizca de gracia dejarte ahora. Si te pones de parto y no estoy, me subiría por las paredes. —Ella lo miró risueña y soltó esa risa argentina que a él tanto le gustaba.

—Te puedes ir tranquilamente, Brandon. No voy a parir mañana, ni pasado, por lo menos me faltan diez días. Estoy perfectamente. De hecho, te acompañaría. Pero es un viaje tan corto, que estando así, tan gorda, es mejor que vayas solo. —La mirada del hombre la seguía, mientras ella iba recogiendo prendas y dejándolas en un montoncito para que Lucy no tuviera que estar buscándolas.

—¿Estás segura? —la pregunta sonó preocupada y un tanto anhelante. No se perdonaría el encontrarse fuera para el día del parto.

—Claro. No seas melindre —le soltó sonriendo, mientras cogía la capa y sin esperar su ayuda se la ponía sobre los hombros—. Venga, vamos a la casa del gobernador para que esas encantadoras damas me pasen revista y mañana se pongan las botas criticándome. —Se dirigió a las escaleras y

bajando como si fuese la misma reina de Inglaterra, escuchó la voz grave de su esposo, que la seguía igual que perro faldero.

—Eres especial, Jennifer. Eres la mujer más maravillosa que un hombre podría desear. Y eres mía, solo mía. —La cogió por la cintura y terminó de bajar los escalones oyendo la risa femenina.

Se despidieron al amanecer con un largo beso, ella acurrucada en la cama y él, vestido y listo para irse. Pasó una mano por la redondez del vientre, acariciando a su hijo y después la deslizó por el interior de los muslos, para meter los dedos por los pliegues vaginales y acariciar a su niña. Ella susurró despierta y bien despierta, como sigas así, desnúdate y vuelve a la cama. La risa de él le llenó los oídos y en el rostro de Jennifer se mostró una radiante sonrisa. Duerme, mi amor, estaré de vuelta en un santiamén, pórtate bien o deslizaré mi mano por ese hermoso culo y te lo pondré colorado como un tomate. Ella rio por lo bajo, y se hizo un ovillo para dormir un rato más.

Fue a media mañana cuando Lucy le trajo la carta. Como era domingo no había que ir a la academia y tenía pensado terminar unas prendas y después dedicar dos o tres horas a la lectura. Cogió la carta y leyó: *Señora Cooper (personal)*.

—¿Quién la ha traído? —Sus hermosos ojos expresaban curiosidad, mientras movía el sobre entre sus dedos.

—No lo sé, señora. La ha subido un criado. Alguien la ha dejado en la recepción; un cochero o algo así.

—Bien —añadió Jennifer, sin dejar de mirar el sobre.

—¿Me necesita para algo, señora? —Lucy miraba a su señora, especialmente el vientre que le pareció más bajo que otros días. Tal vez era por la posición, porque estaba sentada, se dijo.

—No, Lucy. Puedes irte a donde te plazca.

—Voy a la lavandería. Tengo que recoger ropa y de paso, ver cómo ha quedado ese vestido.

—Muy bien —añadió sin mirar a la criada, mientras comenzaba a rasgar el sobre. Sacó la cuartilla y comenzó a leer, mientras oía a Lucy bajar las escaleras y salir del apartamento.

La reforma había consistido en ampliar las dos plantas, para hacer más habitaciones; de esa manera, en la planta superior se había añadido dos dormitorios con sus baños, un vestidor para ella y un pequeño y coqueto

gabinete, donde atendía la correspondencia, leía, incluso cosía. Era ahí donde estaba en esos momentos, sentada frente a un escritorio y con la vista clavada en esas palabras.

«Señora Cooper, en estos momentos, usted está sola, ¿y su esposo? ¿También está solo? ¿Quiere saber dónde está? ¿A dónde ha ido? Creo conocerla un poco, y creo que no es usted de las que le gusten los engaños y su esposo, en estos momentos la está engañando, ¿quiere saber cómo? ¿Dónde? ¿Con quién? Si es así, habrá un coche esperándola enfrente de la puerta principal del hotel, a las doce en punto. El cochero estará al lado de la puerta del carruaje. Esperará quince minutos y si usted no tiene a bien presentarse, se irá. Solo añadiré, que no hace falta ir a Saint Louis para engañar a una esposa. Hay sitios muy cerca, donde pasarlo muy bien, para luego decir que uno viene agotado del viaje y del trabajo.

Atentamente. Una amiga que la respeta y le quiere abrir los ojos».

Sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Dejó la carta y se miró las manos que habían comenzado a temblar. Movi6 la cabeza hacia el reloj de pared y vio que faltaban quince minutos para las doce. Se levant6 ligera y sali6 del gabinete dejando la carta encima de la mesa. Olvidada. Fue al dormitorio principal, dirigi6ndose al ventanal que daba a la avenida Michigan y mirando hacia abajo. El movimiento de gente, tranvías y vehículos de todo tipo, era notable, como siempre, dando lo mismo que fuera diario o festivo, tal vez al ser domingo se veían menos carros, pero la gente salía siempre, hiciera frío o calor, lloviera o nevara y hoy, precisamente hoy, estaba la mañana nubosa y ventosa. Entrecerr6 los ojos y le pareció ver un carruaje cerrado, oscuro y un hombre a la puerta, a la espera. No se lo pens6. Fue a su vestidor y sin molestarse en cambiar el vestido de día y de estar en casa, se puso un abrigo y se coloc6 unos botines, después fue a por un tocado, cogiendo un sombrerito granate, que hacía juego con el vestido y que no desentonaba con el abrigo negro. Los guantes y listo. Sali6 y se dirigi6 a la escalera, bajando ligera y viendo a uno de los criados que se acercaba a ella.

—Voy a salir, Toni. Cuando vuelva Lucy, le dices que siga con sus cosas. —El alto y desgarbado criado, la mir6 preocupado.

—¿Va a salir sola, señora Cooper? ¿No debería ir con Lucy?

—No te preocupes. Me está esperando un coche. Es una visita personal, así que, seguramente almorzaré fuera.

—Muy bien, señora —fueron las palabras del joven, mientras le abría la puerta principal y sentía un no sé qué problema por venir. Pero oye, él era un criado, solo un criado; los señores eran los que mandaban.

Los empleados del hotel estaban prendados con la señora Cooper, no solo por su belleza, sino por la simpatía y dulzura que mostraba con todos ellos. Los varones atontados, y las criadas, admirándola y envidiándola, en fin, lo de siempre. De modo, que su salida del hotel fue controlada por todos, desde Toni, pasando por el ascensorista de turno, la camarera que se cruzó con ella en el hall, el recepcionista que desde que salió del ascensor hasta que traspasó la puerta, cruzó la avenida y se montó en ese carruaje, no la perdió de vista, más los empleados de las tiendas que, o la vieron en el hall, y/o, la volvieron a ver por los escaparates de la calle. Y otro que también la vio fue Turner, que en ese momento salía de uno de los salones del hotel y despedía con un apretón de manos a un político del ayuntamiento. Turner también se maravillaba cada vez que veía a esa mujer. Sin querer, se le iban los ojos detrás de esa figura, contemplando los huecos que dejaban libre la ropa. El cabello que no escondía el tocado o sombrero, el trozo de piel que quedaba libre entre el cuello del abrigo y el rostro, las manos largas, delicadas, que se movían con esa gracia, con esa elegancia... ese rostro, Señor del cielo, esa cara que no podía ser más bella, con esos ojos como la miel, como el ámbar, como el whisky, y esa boca, por Dios, qué labios, qué divinidad. Soltó un suspiro viendo cómo desaparecía dentro del carruaje y se preguntó a dónde iría. Era domingo, no tenía que ir a esa academia que había montado y, además, Brandon no estaba. Estaría su doncella en el carruaje, seguramente, pues era una condición que Cooper había impuesto, estaba al corriente de ello, pero no era normal que la doncella estuviese esperando a la señora dentro del carruaje. Siguió dándole vueltas al tema, mientras dirigía los pasos hasta la puerta principal, con idea de ir a su casa, cambiarse de ropa y tomar rumbo a la casa de la viuda.

No estaba mal Margaret; no era una belleza como Jennifer, pero las bellezas así no abundaban, tampoco era joven como la pelirroja, pero bueno, para qué engañarse, él ya no era un chaval, cómo podría gobernar y satisfacer a una hembra de ese calibre. Deseos y ganas le sobraban, era cierto. Pero solo se quedaban en eso, por lo demás, tenía los pies sobre la tierra y la cabeza sobre los hombros. Dejó de pensar en la hermosa dama y llenó su mente con los problemas que presentaba el puente basculante y el tiempo que tardarían en terminarlo, sin olvidar el último edificio, o debería decir el penúltimo,

pues con Brandon nunca se sabía.

Lucy tardó en volver al apartamento, preocupada y acalorada. Ella no tenía la culpa y sabía de sobra que la señora Jennifer no le iba a echar la culpa, pero el vestido se había echado a perder. Esa mancha de grasa que tenía en el corpiño había salido, ya lo creo que había salido... y la tela también, de frotar, de usar jabón, pero sobre todo de frotar, la tela no había aguantado. Seguramente, como la señora era tan lista y tan mañosa, buscaría una solución, porque ese vestido era una preciosidad, pero al mismo tiempo tenía tantos que tampoco sería tal desgracia; pero, por otro lado, la señora no era una malgastadora, aunque su esposo fuese de los más ricos y estaba segura que no le gustaría perder ese vestido. Seguro que podría aprovechar la falda y con la parte de arriba hacer algo... o también se podría utilizar para las clases de costura y enseñar a las alumnas cómo se hace un buen arreglo... Bueno, ella le diría cómo estaban las cosas y que el vestido estaba húmedo y que en cuanto estuviera seco, lo traería para que decidiera lo más correcto o, lo que le diera la gana.

Entró como una tromba y sin ver al criado, pero oyéndole en la pequeña cocina, subió a los dormitorios y se dirigió al gabinete, deduciendo que estaría leyendo. Qué manía le había dado con esos libros, no era ya bastante dejarse los ojos en la costura y en esos intrincados bordados, que tenía que rematarlo con los libros del señor. Madre mía, por más que lo pensaba, no lo entendía. Aminoró el paso y alisándose el blanco delantal, abrió la puerta, viendo el gabinete vacío. Su rostro mostró asombro, pero se encogió de hombros y se dispuso a buscarla. Al entrar en el vestidor, vio uno de los armarios abiertos, se dirigió hasta allí y se fijó en la percha vacía. Conocía al dedillo la disposición de cada prenda, no se cambiaban de sitio, cada lugar para su cosa y cada cosa para su lugar, era uno de sus lemas, y la señora le había dado carta blanca, de manera que era ella la que controlaba el guardarropa, y ahí, faltaba el abrigo de paño negro. Un abrigo bonito, pero sencillo. Con doble botonadura y largo hasta media falda. Ella misma había corrido los botones de sitio, porque la señora dijo que se podía aprovechar hasta el final del embarazo, y como había engordado tan poco, llevaba razón. Vio que no estaban los botines negros, de cordones, vio las zapatillas de raso con un poquito de tacón que llevaba para estar en casa, debajo de una banqueta, donde siempre las dejaba cuando se ponía el calzado para salir, o

cuando le apetecía andar descalza. Se había ido con el mismo vestido, uno de mañana azul celeste con pequeñas florecillas blancas; qué raro, pensó la meticulosa criada. Fue al armario de los complementos y al momento localizó el sombrerito que faltaba y los guantes de cabritilla. Madre mía, como se hubiera ido por ahí, y le pasara algo, el señor Cooper la pagaría con ella, seguro, pues las palabras que le dijo cuando descubrió lo de las clases de costura, fueron claras y concisas: *irás siempre con la señora, siempre*. Y recalcó *siempre*, con una intensidad que dejaba bien claras las cosas. Pero ¿dónde demonio estaría? Salió del vestidor y fue a la planta inferior. Cuando el criado le dijo que la señora se había ido, al poco de ir ella a la lavandería y que añadió que iba de visita y que estaría tiempo fuera, la cara de Lucy era un poema.

—¿Pero no te dijo adónde iba?

—Lucy —exclamó el joven—, ella es la señora. No le voy a hacer un interrogatorio. Se va y se acabó la historia.

—Pero ya sabes lo que me dijo el señor, que tenía que ir con ella a todos los sitios y más ahora que está tan adelantada.

—¿Y qué quieres?, ¿la ato y espero a que tú vengas? Me dijo que era una visita personal, que almorzaría fuera y que te dijera que siguieras con tus cosas. No puedo hacer otra cosa, Lucy. Tú lo sabes. —Ella lo miró a los ojos.

—Tienes razón, Tony. Disculpa. Pero es que esto me da mala espina, muy mala espina. Ella no tiene secretos para mí, ¿sabes? Y eso de salir así... y visita personal, a quién, si ella siempre va con su marido...

—No lo sé, Lucy —contestó abriendo las manos, como diciendo, es lo que hay.

La criada volvió a subir y se fue desplazando por las habitaciones. Miraba por los grandes ventanales y se quedaba con la vista perdida mirando el Loop, el centro neurálgico de la ciudad, pero sin verlo, el cielo que se había puesto plomizo, pero sin verlo, la gente que deambulaba por la avenida, pero sin verlas; dándole vueltas a la cabeza. Recorrió las estancias hasta que se cansó, se sentó en una banqueta del dormitorio de los señores, con el rostro preocupado y la cabeza dando vueltas y más vueltas. Las horas pasaban y ella no volvía. Hasta se olvidó de comer y eso que las tripas le estaban sonando de lo lindo. Madre mía, ¿qué hacer? ¿Y si llamaba a la policía? Volvió a recorrer las habitaciones y fue a parar al gabinete, mirando la elegante decoración, los preciosos cuadros que el señor le había regalado a la señora, como el retrato que le habían hecho y que estaba en el despacho del señor;

siguió dándole vueltas a la cabeza. Ya está, bajaría y buscaría al director y le haría partícipe de sus problemas, a ver qué le aconsejaba, porque algo había que hacer, o cuando volviera el señor rodarían cabezas y más de uno se quedaría sin trabajo, ella la primera. Con esa idea en su mente, recogió las faldas de su vestido negro y fue cuando lo vio, cuando se fijó. La carta que ella había traído. Se acercó al escritorio pegado a la pared y ahí, detrás, entre una de las sinuosas patas y la pared, estaba la cuartilla. No debía leerla, ella nunca hacía nada por el estilo, pero esto era una emergencia, seguro que estaba relacionado con la situación, igual era una invitación y la sacaba de dudas, sabiendo dónde se encontraba su señora. Desdobló la cuartilla y la leyó, una, dos y tres veces, sin darse cuenta de que su cara se transformaba en una mueca y que sus manos se volvían temblorosas como una gelatina agitada por un niño. Movi6 la cabeza repetidamente, notando cómo se movía la cofia blanca, peligrando de soltarse de un momento a otro, pues sus ralos cabellos no daban para mucho. Ahora no había duda, tenía que decírselo al director... pero cómo iba a decir... cómo iba a contar... cómo iba a dejar que otros ojos leyeran esta carta, nota o lo que fuera. Madre mía, todos sabían de la vida que había llevado el señor antes de casarse con ella, cuando estaba casado con la otra, todas las mujeres que él... madre mía, todos estaban convencidos de que el señor bebía los vientos por su esposa, la de ahora, la señora Jennifer, de hecho, ella sabía que el señor ya estaba por ella cuando se llamaba Julia, se hacía llamar, si se le notaba en los ojos, en cómo la miraba y en cómo observaba a los que la miraban. Y ahora, ahora que iba a ser padre, ahora, ¿iba a volver a las andadas? Bueno, tampoco sería de extrañar porque los hombres eran de lo que no hay... pero, aun así, le costaba trabajo creer que el señor Cooper estuviera retozando en este momento con alguna fulana, o con alguna dama... madre mía, ¿qué hago?, ¿qué hago? Se guardó la cuartilla en el bolsillo del delantal, con los ojos clavados en la cubierta del libro que estaba leyendo la señora: *La Ciencia de la Lógica*, de Georg Wilhelm Friedrich Hegel; esa misma mañana se había fijado en ese libro, pensando que cuantos nombres para tan poco apellido, por lo menos el otro que estaba al lado: *El origen de las Especies por medio de la Selección Natural*, de Charles Darwin, era más equilibrado. Los títulos de esas obras no le decían nada, pero los nombres y apellidos de quienes lo habían escrito le daba para más de una conversación sin tener ni idea de quiénes eran, pues cuando lo comentaba con otras criadas, esos nombres daban lugar a un Charles que ella conocía, a otro que llevaba muerto varios años, o al que

llevaba la librería de la calle Adams, después de todo, Charles era un nombre muy corriente, y muy inglés... movió la cabeza para volver a la realidad, girando como una peonza y corriendo hacia las escaleras, mientras escuchaba la voz del criado cuando salía del apartamento que le preguntaba si sabía algo de la señora, pero ella no contestó.

Vamos a ver, es de noche, son casi las nueve, porque he visto la hora en el reloj del gabinete; si las cosas se han puesto de color oscuro y la señora ha descubierto al señor en situación comprometida, lo más normal es que vengan dentro de nada, enfadados y la señora se encierre en la habitación del bebé o algo por el estilo. O, que llore como una María Magdalena y luego se deje consolar por el señor, porque logre convencerla de que lo que ha pasado no tiene la menor importancia.

Se movía con una rapidez inusual en ella, que por naturaleza era más calmada, pero los nervios la estaban matando y el no saber, más. Cuando el ascensorista de turno le preguntó si le pasaba algo, que estaba muy pálida, ella lo miró como si fuese un ser extraño, para contestarle de manera brusca, no me molestes John, estoy pensando. El muchacho retorció las facciones y se guardó la contestación que le vino a la mente. Cuando llegó al hall, fue hasta un sofacito y se sentó. No era lo correcto, los criados no se sentaban en los sillones del hall, pero desde ese ángulo veía todo el vestíbulo, teniendo una panorámica completa, tiendas incluidas y en especial la puerta de entrada. Había otra, la del lateral de la avenida Michigan, pero ellos siempre utilizaban la de la esquina, la más vistosa. Mira que si les daba por entrar por la otra, bueno, si estiraba el cuello también la veía y, además, tendrían que dirigirse a los ascensores por narices, y los veía perfectamente. Soltó el aire y volvió a coger una bocanada, intentando tranquilizarse un poco. Los temas de amantes, engaños y todo eso, era algo muy delicado y muy íntimo, y aunque muchas personas supieran de un hombre que tiene un amante, no se gritaba a los cuatro vientos y por supuesto, la esposa era la primera en hacerse la tonta y hacer como que no sabía nada, aunque lo supiera todo, o sea, la tonta, o, la última en enterarse, que también sucedía; pero el problema estaba en el carácter de la señora Jennifer, que Lucy no sería muy inteligente pero ya sabía cómo actuaba su señora y estaba convencida de que no dudaría en irse si lo que hubiera ocurrido no le gustaba, o le producía dolor. Y ella amaba a su esposo con locura, pero sabiendo toda la historia de los esposos, sabiendo que cuando se murió ese bebé tan hermoso, no dudó ni un momento en irse, para después pasar todo lo que pasó, que para eso se había leído los artículos

del periódico, y eso que a ella no le gustaba leer..., pero bueno, si todos los empleados del hotel se habían leído de pe a pa, cada palabra, cada frase y cada interpretación que se le daba a unas frases o a otras, porque como decía la gobernanta de lavandería, las cosas no eran como se leían, sino que había que interpretarlas, o sea, leer entre líneas que era ahí donde estaba el secreto, la luz en la oscuridad. Pero bueno, si a la señora se le ocurría semejante barbaridad, el señor Cooper no lo iba a permitir, no iba a dejar que se fuera... pero el señor Cooper se había ido a Saint Louis, esa mañana muy temprano. Lín Yu lo había llevado a la estación. Eso es. Ya estaba la solución a su dilema, Lín Yu; tenía que encontrar al chino y contarle todo. Sí, sí, esa era la solución más acertada. El chino era la mano derecha del señor, él sabría qué hacer.

Se levantó de una, se dirigió a la recepción y preguntó por el chino, el empleado le dijo que no había visto al señor Lín desde la mañana temprano y de paso añadió, que no debería sentarse en los sofás, pues no era un cliente del hotel. Y en ese momento, su rostro se iluminó, pues por la puerta principal entraban el chino y el señor Turner, hablando sin parar y dirigiéndose a uno de los comedores. Dos mejor que uno y los dos, de confianza absoluta. Debía de quitarse ese cargo sobre sus espaldas o le iba a dar algo. Se alisó las faldas y con la vista del joven recepcionista clavada en su espalda, se dirigió al encuentro de los hombres, tan rápido, que les interceptó el paso antes de entrar en el restaurante.

CAPÍTULO 21

Turner la miró sorprendido, no estaba acostumbrado a que una criada le interceptara el paso, de qué iba esta; y mirándola bien, vio que era la doncella de Jennifer, ¿se habría puesto de parto? Pero Lín Yu supo que pasaba algo y no bueno, al momento. Conocía a la buena de Lucy y su rostro crispado lo decía todo. Cuando la joven contó lo que pasaba, mostró la carta a los dos hombres y les hizo partícipe de su preocupación, fue cuando sucedió algo más que sorprendente, más que extraordinario.

Brandon Cooper entraba por la puerta, lleno de polvo todo su cuerpo, cabello y rostro incluido, mientras ella, con los ojos abiertos como platos, doblaba la cuartilla y se la guardaba en el bolsillo del delantal. Los clientes que había alrededor miraron al hombre que entró de esa manera y con ese aspecto. Parecía un forajido, un hombre del oeste, con las ropas llenas de polvo, el sombrero caído a la espalda y los revólveres a la cadera. Era impresionante, pues ese aspecto, con ese físico grande, fuerte y tan masculino, hacía que todos lo mirasen y que las mujeres mostraran una expresión entre asustadas pero interesadas, o más bien, deslumbradas. Lucy lo miró como si hubiera visto a un dios, pero viéndolo así de sucio, lo primero que pensó, es que un hombre cuando venía de hacer cochinas no llegaba en ese estado, a no ser, que el lugar donde estuviera el lupanar fuese el sitio más alejado e inhóspito de todo Illinois, porque daba la sensación de haber recorrido medio estado. La criada miró detrás del señor y para su desgracia no vio a la señora. Los ojos azules se clavaron en la empleada y esta, miró como una boba esos penetrantes ojos azules y ese rostro barbudo y sucio. Se miraron mutuamente y las palabras que pronunciaron esa voz grave, fueron para ordenar que le preparasen el baño inmediatamente, pero de una de las habitaciones de la primera planta, la que estuviera libre, le daba igual, pues no quería subir al apartamento en ese estado, y antes, que le comunicara a la señora que había llegado.

La cara de Lucy era un poema, y la del oriental y Turner, también. Brandon los miró extrañados, aunque los extrañados debían ser ellos,

lógicamente, pues él debía estar en Saint Louis.

Fue Turner, el que habló primero:

—¿Qué haces aquí? ¿No te ibas a Saint Louis? —Mirando el aspecto que traía y pensando si habría montado un teatro mientras Lín Yu le cubría las espaldas, y más tarde, había cambiado de idea.

Brandon mostró una amplia sonrisa, destacando el brillo de esos ojos y la blancura de los dientes entre el polvo del rostro.

—Hice parar el tren y cogí un caballo de vuelta. No puedo irme, aunque sean tres o cuatro días y que mi mujer se ponga de parto. No estoy tranquilo, así que, Lucy muévete y haz lo que te he dicho. —Pero Lucy parecía una estatua. Tenía los ojos clavados en el señor y el rostro asustado como si hubiera visto un fantasma—. ¿Qué demonios pasa aquí?, ¿o es que nunca habéis visto a un hombre lleno de polvo? —añadió, sin rastro de sonrisa y taladrando con la mirada a las tres personas que tenía enfrente y comenzando a ponerse intranquilo ante esas caras de asombro y algo más.

—Vamos al despacho del director —fueron las palabras de Turner, un tanto sorprendido de que Brandon accediera sin replicar.

Se dirigieron hasta el despacho, con todas las miradas clavadas en el dueño del hotel y al entrar y encontrarse el despacho vacío, cerraron la puerta. Mientras Turner expuso los hechos, Lucy, con el alma encogida, pensó en el director, imaginando que el buen hombre estaría en su casa, terminando de cenar y leyendo tranquilamente el periódico del día, pues más de una vez, su esposa había explicado cómo terminaba la noche antes de acostarse, diciendo que era el mejor y más tranquilo momento de todo el día, mucho mejor que la hora del desayuno, que ya estaba dándole vueltas a todas las tareas del día y a los problemas que surgirían y los que aún no se habían solucionado. Mejor para él, porque así, no tenía que estar mirando el rostro del jefe, la tensión que iban acumulando los músculos del rostro y las venas de la sien que parecían a punto de reventar. Ella, sabía de sobra qué carácter tenía el señor y aunque no lo había sufrido en sus carnes, estaba al corriente de ese genio indomable. Ay, madrecita, que me veo en la calle, pero ya no era eso lo que la preocupaba, era la señora Jennifer, que la quería como si fuese una hermana, porque era la persona que mejor la trataba en el mundo y la quería como si fuese algo suyo.

Entonces, al oír la pregunta que esa voz profunda y algo brusca, emitió, supo que le tocaba el turno a ella. Se dispuso para controlar sus nervios, para que el señor Cooper no perdiera los suyos.

—¿Quién le llevó la carta?

—Fui yo, señor Cooper. La dejaron en recepción y se la subí. Luego me dijo que siguiera con mis cosas y cuando volví ya se había ido. Al criado le dijo que iba a una cita y que no necesitaba que yo fuese con ella, dice que no notó nada raro. Luego, más tarde encontré la carta, en el suelo, detrás de la mesa de su gabinete.

—¿Dónde está esa carta? —La muchacha sacó la cuartilla del bolsillo, estiró la mano y le se la entregó plegada en cuatro dobleces. Los dedos ágiles y rápidos no temblaron ni un momento y sus ojos se desplazaron por las líneas escritas, mientras se endurecía la mandíbula al apretar los dientes con fuerza. Levantó la mirada y miró a Lín Yu.

—¿Reconoces la letra? —El chino volvió a mirar la carta y negó con la cabeza—. Es la letra de Watson. —Los dos hombres lo miraron sorprendidos.

—¿Estás seguro, Brandon? —Turner miró a su amigo sin pestañear.

—Sí. Llevo muchos años leyendo sus apuntes y notas a pie de planos. Siempre me llamó la atención que hiciese esos rizados en las jotas, las y griegas y que las vocales fuesen tan redondas; más de una vez se bromeaba en el estudio que tenía letra de mujer, a sus espaldas —estaba hablando, pero daba la sensación de que no estaba en lo que decía, que su mente se adelantaba a la situación actual—. Como le haya puesto una mano encima lo mato, por todos sus putos antepasados y descendientes, que será hombre muerto. —No levantó la voz, pero todos sabían que él no hablaba por hablar.

—Pero ¿por qué va a secuestrar a tu esposa...? No lo entiendo, ¿está loco o qué? —dijo la voz de Turner.

—No creo que quiera dinero, lo que quiere es destruirme, hacerle mal a ella, es como hacérmelo a mí y él lo sabe. ¿Dónde cojones estarán? —Miró al chino y dio las primeras órdenes—. Hay que avisar al jefe de policía, hay que buscar por toda la puta ciudad... y por los alrededores. Hay que preguntar en la estación por si han cogido algún tren, aunque no lo creo, llamarían mucho la atención, además, Jennifer no es una mujer tranquila como para quedarse de brazos cruzados mientras la llevan de un sitio para otro... no, no creo. En cuanto se haya dado cuenta de quién es... Tienen que estar escondidos en algún puto lugar. —En esos momentos, Turner se envaró y Brando siguió con sus divagaciones—. Esta carta ha sido el cebo. Ella se lo ha creído, pensando que la persona que la esperaba la llevaría al sitio donde estaría su marido... eso quiere decir, que tiene que tener un sitio reservado, un sitio apartado... Lín Yu, tienes que poner una conferencia a San Francisco y enterarte cuánto

tiempo lleva fuera.

—Sí, jefe.

—Pero primero habla con el jefe y si no está en la central, ve a su casa —las palabras de Turner fueron un acicate.

—Vi a Watson hace tres meses, más o menos y... —Brandon lo fulminó con la mirada inyectada en sangre.

—¿Y qué?

—Me hizo muchas preguntas, sobre la finca y la casa, si estaba cerrada y si había criados, y que era una lástima que no la utilizase más. —Vio cómo Brandon se ponía en movimiento—. ¿Crees que...? —No le dejó terminar.

—Es una posibilidad y es mejor que quedarme de brazos cruzados. No voy a esperar ni un solo minuto.

—Voy contigo.

—De acuerdo. Lín Yu, cuando hayas hecho lo que te he dicho, coges un carruaje y vas a la finca de Turner. Si ella está allí, no la puedo traer de vuelta a lomos de un caballo. —El chino afirmó y salió como alma que lleva el diablo.

—En la finca hay un landó y dos caballos que los atiende el hombre al que le tengo arrendadas las tierras de labor.

—¿Cuánto tiempo hace que no vas por ahí?

—Pues... algo más de un mes. Pero ni entro en la casa.

—Entonces, ¿a qué vas?

—Pues a ver al granjero y cómo van las cosechas. Ajustar cuentas y poco más.

—No voy a sacar conjeturas ahora. ¡Vamos! —Miró a la criada y dándose cuenta del estado en que se encontraba, le habló con voz tranquilizadora—. Si la señora aparece, di en recepción que llamen a la policía para comunicarlo. —Lucy movió la cabeza y vio cómo los hombres salían veloces, dejándola sola en el despacho del director.

Cooper y Turner, se dirigieron a los establos más cercanos donde Brandon había dejado el caballo con el que había llegado a la ciudad y cogió el semental que montaba habitualmente, dejando que Turner hiciese lo propio con el suyo. Salieron al trote, sorteando el poco tráfico que quedaba a esas horas, ayudado con la lluvia que comenzaba a caer. Hacía frío, pero por suerte no hacía viento, pero Brandon supo desde el primer momento que el viaje sería más largo de lo normal debido a la lluvia. Antes de emprender el galope, le gritó a Josh que él se adelantaría, que estaba más acostumbrado a

cabalgar con esas inclemencias; el otro movió varias veces la cabeza, sabiendo que no había añadido, que era más joven y más experto y él sería un lastre. Y así fue, Turner llegó hora y media más tarde, en un trayecto que con buen tiempo se hacía en algo más de media hora. Brandon llevaba veinte minutos en la finca y cuando él llegó, se acercaba con una linterna de recorrer los alrededores. En esos momentos no llovía, pero estaba oscuro como boca de lobo y había barro por donde no había hierba. Le dijo que había recorrido la casa hasta el último rincón, mirando hasta en los armarios y le preguntó si tenía habitaciones secretas o pasadizos de algún tipo.

—No. No hay nada de eso. ¿Y los establos?

—Nada. El carruaje y los caballos no están, solo el prototipo de automóvil que tienes escacharrado. —Turner miró a su amigo con cara de preocupación, sin molestarse por el vehículo que había sido un capricho meses atrás.

—¿Has estado en las cocinas? —Brandon lo miró extrañado.

—¿Cuántas cocinas hay?

—Pegada a la parte de atrás de la casa hay unas cocinas que utilizaba mi esposa para hacer conservas y teñir telas y más historias de todo tipo —iba diciendo mientras dirigían sus pasos hacia allí—, pero no tienen acceso por el interior del edificio. No te habrás dado cuenta por la oscuridad.

Cogió otra lámpara de queroseno que Brandon había dejado en el pórtico y se dirigieron a la parte de atrás. Al llegar a la puerta y levantar las linternas, vieron uno de los cristales rotos. Abrieron y levantando los brazos, desplazaron las luces por el amplio interior. En el centro de la estancia, al lado de una mesa de cuatro metros de longitud por dos de ancho, había una silla tirada y una cuerda enredada entre las patas de la misma, un poco más alejado, una pequeña mancha de sangre. Encima de la mesa, restos de alimentos, botellas de cristal, platos sucios... de repente, las botas de Brandon pisaron unos cristales, llevó la luz al suelo y vio lo que podría haber sido una botella. Se agachó y cogió entre los dedos un trozo de vidrio verde oscuro, grueso. Se dirigió a la mesa y cogió una botella del mismo color.

—Alguien ha recibido un golpe —dijo ausente. Turner miraba el escenario de no supo qué y miró a su amigo.

—Tal vez ella le golpeó.

—¿Y dónde está? ¿Y dónde está él? ¿Y dónde están los caballos y el carruaje? —las preguntas hechas al aire no requerían contestación. Miró a Josh y preguntó con fiereza—. ¿Dónde está la casa de tu granjero?

—Hacia el sur, detrás del bosque de encinas y robles, unos tres kilómetros.

—Iremos —fueron las palabras de Brandon—. ¿Cuál es el camino más corto?

—A través del bosque, si vamos por fuera hay que rodearlo y se dobla la distancia.

—Bien, tú irás por ese camino, aunque sea mayor el trayecto, es probable que llegues antes. Yo iré por el bosque.

—De acuerdo.

—Ten cuidado. Puedes encontrarte con alguna sorpresa —le dijo mientras le daba uno de sus revólveres.

Josh lo miró durante unos segundos.

—No muerde, Josh. Tiene las seis balas y ya sabes cómo funciona, ¿o lo has olvidado?

—Esto no se olvida, Brandon.

—Bien. Pues no dudes en usarlo si es necesario. —Turner afirmó en silencio y cada uno fue a su caballo. Montaron y al llegar al comienzo del camino se separaron.

Brandon siguió un estrecho sendero, que a pesar de la oscuridad y con la luz de la linterna enganchada en el lateral de la silla, se podía seguir sin muchos problemas. Le obligaba a ir despacio, pero no le importaba, porque algo le decía que en ese bosque podía haber algo. Claro, que también podían ser ilusiones suyas, igual ese cabrón se la había llevado en el carruaje y ahora estaban yendo hacia el norte, alejándose más de él; pero esa sangre, la silla tirada... y si ella había logrado huir y él no se había arriesgado a seguirla, o no había podido porque estaba inconsciente y al despertar decidió irse. Pero también la podía haber matado, tirar el cuerpo por aquí y haberse largado sin dejar testigos. Se le revolvían las tripas, pensando algo así. Dios, si a ella le había pasado algo, no pararía hasta dar con él y le arrancaría el corazón, aunque acabase en la cárcel. El caballo aminoró la marcha y cabeceó nervioso, haciendo ruido con los cascos al pisar la hojarasca y romper ramas bajas con su portentoso cuerpo. Brandon lo tranquilizó apretando los flancos con sus fuertes piernas y frotando su cuello, pero agudizó el oído. Frenó al semental y se quedó quieto durante casi un minuto, no oyó nada, y cuando iba a emprender la marcha, lo escuchó y se le erizaron todos los vellos del cuerpo. El caballo también lo había oído y dio un relincho. Por todos los demonios, le había parecido... no podía ser. No podía ser, se repitió

mentalmente. Bajó del caballo y sin soltar las riendas y moviendo la linterna, miró a su alrededor. El corazón iba desbocado, e intentó calmarse, no podía ser lo que estaba pensando, la mente le jugaba una mala pasada. Siguió quieto, intentando que el animal estuviera tranquilo, algo que parecía imposible pues estaba más nervioso que él. Y en ese momento lo volvió a oír. Santo Dios, era el llanto de un niño, de un bebé. No podía ser. Con todas sus fuerzas, gritó el nombre de Jennifer, una, dos y tres veces. Nada. Silencio. Y después de dos o tres minutos que le parecieron horas, volvió a oírlo. Agudizó el oído y creyó reconocer de dónde venía. Ató el caballo a la rama de un árbol y se dirigió hasta allí, despacio, haciendo el mínimo ruido, escuchando el sonido que emitía, que ya no era llanto, eran ruiditos y la voz... la voz de su esposa susurrando.

—¡Jennifer! ¡Soy yo, Jennifer! —Llegó a un pequeño claro, y la vio, apoyada en un viejo roble, temblando de frío y con el bebé en sus brazos, envuelto en el abrigo de ella, calentito y al resguardo de las inclemencias del tiempo.

—Brandon, eres tú. Oh, Brandon —susurró mientras se iba resbalando y engancho la tela del fino vestido en la corteza del árbol.

—Por Dios, Jennifer. Pero... cuándo... cómo... dónde está él, dónde —era la primera vez en su vida que le faltaban las palabras; ver a su dulce y preciosa esposa, con el bebé, con su hijo, así, lo dejó fuera de juego. ¡Hostia puta!

—No lo sé. Le di un golpe y me escapé. ¿No lo he matado? —Ella abrazaba el fardo donde estaba el bebé, como si le fuera la vida en ello. Los ojos del hombre la recorrieron entera, viendo el cabello suelto, enredado y esos ojos asustados.

—No creo.

—Vaya, qué mala suerte —murmuró al vacío, sin ser consciente de la mirada de Brandon.

—A ver, déjame ver. —Estaba preocupado por el bebé pues ya no lo oía. Elevó la linterna y abrió el envoltorio que había hecho ella con su abrigo. Realmente era una cueva de calor, entre el paño del abrigo, los brazos y el cuerpo de la joven. Alumbró la carita de un recién nacido, colorado o colorada y manchado de sangre, con los ojitos cerrados, pero respirando.

—Se ha dormido —dijo ella, a modo de explicación. Él la volvió a mirar, viendo el cansancio y el dolor en esa cara tan hermosa. Se quitó su pelliza y la colocó encima de los temblorosos hombros. La tela de ese vestido

no abrigaba nada, pensó el hombre.

—Dios mío, Jennifer. Por qué fuiste tan ingenua. —No la estaba riñendo, pero las lágrimas cayeron de los ojos dorados—. Vamos, no puedes seguir aquí o enfermarás ni no lo has hecho ya. Santo Dios, si no lo veo... — La cogió en brazos con niño incluido y cuando llegó hasta donde estaba el caballo la bajó—. Tienes que cabalgar, Jennifer. Yo os llevaré.

—Sí, sí, no te preocupes por mí. No me duele nada. Puedo cabalgar, si tú nos llevas. —Él la miró detenidamente.

—¿No se te caerá el bebé? —No parecía estar muy mal. Hablaba con coherencia y las lágrimas eran buena señal.

—No. No. Lo llevo bien sujeto. He atado las mangas a mi cintura y los picos del faldón también.

—Es un niño —afirmó, intentando contener la emoción.

—Sí, es un niño —repitió la joven, como si estuviera en otro mundo.

—Bien. Pues vamos allá. —La levantó con cuidado y la puso de lado encima de la silla, él subió de un salto y se colocó detrás rodeándolos a los dos. Hizo girar al caballo y emprendió la marcha hacia la casa de Turner, mientras agachaba la cabeza hasta el oído de ella y le preguntaba—. ¿Vas bien, cariño mío? ¿Te lastimo si voy un poco más deprisa?

—No, no. Voy bien, no te preocupes —contestaba la muchacha con la voz entrecortada, mientras las lágrimas se iban derramando, más por lo estúpida que había sido, que por las molestias de haber parido en el bosque.

Notaba los brazos de su hombre rodeándola, dándole calor, protegiéndola, a la vez que protegía a su hijo, ese hijo que ella rodeaba, que ella daba calor y que de vez en cuando gemía. Mientras, iba rezando a todos los santos, a su virgen María, a Dios, a todos sus seres queridos ya fallecidos, pidiendo que no le pasara nada a su hijo, que no se muriese de frío o de hambre, porque aún no notaba la subida de leche. Antes de que Brandon la encontrara, lo había puesto a mamar, para intentar que sacara algo, que pusiera en movimiento todo el proceso natural de la lactancia. Pero cuando escuchó los cascos del caballo, le quitó el pezón de la boca y se abrochó el vestido. Asustada, pensando que ese hombre horrible la había encontrado y que acabaría con las vidas de los dos. Pero qué suerte había tenido, pues le parecía irreal que su esposo la hubiese encontrado, a los dos. Que hubiese adivinado quién había hecho eso, y dónde la había llevado. Pero entonces él, ¿no había ido a Saint Louis? Estaba aquí, con ella, con ellos...

Brandon no pronunció más palabras y al llegar a la casa, desmontó y fue

a cogerla para bajarla con el bebé y sintió el temblor recorrer todo su cuerpo.

—¿No está? ¿Seguro que no está? —preguntó con miedo, mirándolo a los ojos. La linterna estaba en el suelo y alumbraba el entorno frío y oscuro. Él la cogió con suavidad y la bajó. Sin dejar de abrazarla, acarició el rostro frío y húmedo por las lágrimas.

—No, mi amor. Estás segura conmigo. Si Watson aparece, le pego un tiro entre ceja y ceja.

—Sabes... sabes que es Watson. ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo?

—Vamos a entrar a la casa. Anda, vamos. ¿Quieres que coja al niño?

—No, no. Yo lo llevo, yo lo llevo —repitió nerviosa, pegada a su marido y mirando hacia todos los lados.

—Muy bien, tranquila. No pasa nada, mi amor.

Entraron y la llevó hasta un pequeño saloncito que tenía los muebles tapados. Quitó la tela que cubría un pequeño sofá y la hizo sentarse. Colocó la lámpara encima de una mesa y la miró sin decir nada, mientras ella abría ese paquete y observaba al bebé, al tiempo que le castañeaban los dientes. Fue a hablar, pero ella se adelantó, mirándolo con esos ojazos que lo enamoraban día a día.

—Tendrías que buscar algo para hacer un pañal, le he puesto un trozo de enagua, pero ya está mojada. —Él, asombrado de todo lo sucedido, el enfado en esos momentos había quedado en segundo plano, pero ya volvería a salir, movió la cabeza afirmando, sin dejar de mirarla.

—De acuerdo. Iré a los cuartos de baño, seguro que habrá toallas. Pero espera que encienda otra luz. —Miró alrededor y localizó un candelabro de cuatro brazos. Encendió las velas con la mecha de la linterna y lo dejó encima de la mesa.

—¿No te da miedo quedarte sola? Tardaré lo menos posible.

—No. Pero date prisa, por favor. —El bebé comenzó a gimotear y en un segundo a llorar.

Brandon se sorprendió de los pulmones de ese niño, de su hijo. Jesús, su hijo había nacido en un bosque, su esposa había parido como una india. Dejó de mirarlos y se fue por lo necesario. Al rato estaba de vuelta, con sábanas, mantas, toallas y varios productos que cogió de uno de los baños. Lo dejó todo en la mesa y viendo que Jennifer había colocado al bebé en el sofá y abría el envoltorio, él no pudo quitar la mirada de todo lo que hacía. El pequeño quedó desnudo, todo manchado de sangre, luciendo el cordón que ella había cortados con sus dedos y anudado.

Dirigió la mirada hasta él.

—Necesito un poco de agua. Tengo que limpiar esta zona y cortar.

—No, Jennifer. Ahora te traigo agua, pero pronto estaremos en casa y el médico hará lo que tenga que hacer. Por el momento, eso puede esperar. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo. ¿Eso es colonia? —Las miradas se encontraron y él vio que estaba nerviosa, muy nerviosa.

—Creo que sí. —Esas manos que él tanto amaba y que estaban sucias, manchadas de sangre, cogieron el frasco, lo abrieron y esa naricilla olió el contenido. Echó una buena cantidad en la palma y frotó con energía, volvió a echar otra vez y frotó una vez más, cogiendo un trozo de sábana y terminando de limpiar. Las miró detenidamente, dándose por satisfecha.

Brandon miró a la muchacha, se acercó y le quitó su pelliza, mientras ella lo observaba con devoción. Cogió una de las mantas y se la puso por los hombros, haciendo que se arrebujase en ella.

—Estás muy fría, mi amor. Tienes que entrar en calor. ¿De acuerdo?

—Sí —afirmó, al tiempo que le volvían a castañear los dientes.

—No te destapes —ordenó sin dejar de mirarla, al tiempo que se acercó hasta el bebé, lo tapó y se lo entregó.

—Ahora traigo agua —fueron las palabras del hombre antes de salir afuera y dirigiéndose hasta el caballo, descolgó la cantimplora de la silla. Entró de nuevo y cogiendo un trozo de sábana, mojó un pico.

Se acercó hasta ellos y Jennifer abrió el paquetito donde estaba el bebé.

—Dios, qué pequeño es —dijo, mientras limpiaba alrededor del ombligo, con una suavidad que llamó la atención de Jennifer. El pequeño no lloraba, pero hacía ruiditos y movía ligeramente los puños cerrados. Permanecía con los ojos cerrados, como si tuviera mucho sueño.

—No es pequeño. Lo que pasa es que tú eres enorme y todo lo comparado contigo, es pequeño —las palabras salieron entrecortadas por los temblores y Brandon la miró sorprendido. Estaba enfadada y defendía a su pequeño. Iba a decir algo, pero ella continuó hablando, mientras le quitaba al bebé la enagua que había utilizado como pañal y que estaba mojada y sucia y cogiendo otro pico de la sábana, lo mojaba para limpiar el culito.

Brandon miró el minúsculo pene, que fue tapado por una toalla, haciendo un pañal y atándolo a los lados para no hacerle daño en el ombligo.

—Tengo que ponerlo a mamar. Tiene que tener mucha hambre. ¿Cuándo nos vamos a casa? —preguntó con ansia, mirándolo a los ojos,

suplicando salir de ahí.

Él recolocó la manta sobre los hombros de la joven y los envolvió a los dos con ella.

—Pronto, cariño, pronto. No puedes hacer el trayecto a caballo.

—Pues claro que puedo —protestó ella, mientras el hombre veía desabrocharse los botones de la pechera y sacaba un pecho hinchado que llevó hasta la boca del bebé. Se maravilló al ver cómo su hijo agarraba con la boquita el grueso pezón y lo chupaba con ahínco.

—¿Saca algo? —Era una curiosidad extraña la que sentía. Jamás le habían importado estas cosas, pero ver a su mujer así y a su hijo chupando lo que él chupaba casi todas las noches, le llamó la atención de una forma anormal.

—Pronto, pronto. Julia tardó doce o trece horas en tener leche, pero hasta entonces había calostros. Eso es lo que tiene que estar sacando Brandon. —Él la miró a los ojos.

No se habían puesto de acuerdo con los nombres, primero porque no sabían el sexo y segundo, porque él decía que ya había muchos Brandon en la familia, que podían ponerle otro nombre, y ella se reía y añadía, ya veremos.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? —Sentía mucha curiosidad por todo lo que había pasado y quería saber todos los detalles, pero notaba que su joven y valiente esposa, estaba a punto de saltar por los aires, que todo lo vivido y sufrido, harían su efecto tarde o temprano.

—Bien, estoy bien. Un poco dolorida, nada más —contestó sin dejar de mirar a su hijo.

—Por todos los santos, Jennifer. Has parido en el bosque y dices que estás bien.

—Sí, sí. Me duele un poco, pero ya se pasará... y el frío... el frío en cuanto estemos en el hotel y me pueda cambiar... también se me pasará. —Él no dejó de observarla, durante todo el rato que tuvo al niño agarrado al pecho.

Los ojos azules se movían del rostro sucio al cabello suelto, desordenado, lleno de ramitas y pequeñas cortezas de árbol. Tenía arañazos en el cuello y en las manos, seguramente se los había hecho al huir por el bosque. Desplazó la mirada hasta el pecho y vio cómo el bebé se había quedado dormido y soltó el pezón a cámara lenta, dejando la boquita abierta en un dulce sueño. A ella también se le cerraban los ojos, a pesar de los temblores. Le quitó al niño y ella se sobresaltó.

—Tranquila, no pasa nada. Está dormido. Voy a colocarlo aquí —las palabras eran suaves, tranquilizadoras, mientras ella veía cómo dejaba al bebé en otro sillón, rodeado de mantas, que hacían de cuna y le daban calor.

—Tenemos que oírle respirar. Que no se vaya a morir —fueron las palabras dichas en susurros, con los ojos llenándose de lágrimas. Él le acarició el seno que estaba al aire y miró los restos que tenía el pezón. Lo guardó y abotonó la delantera del vestido y cerró la manta alrededor de ella, mientras le hablaba en murmullos.

—No te preocupes, mi amor. Le oigo respirar, puedes estar tranquila. Pronto vendrá Lín Yu con un coche y nos iremos. —Ella rompió a llorar y él la abrazó. La tuvo así durante unos minutos, mientras le acariciaba la espalda y la consolaba con palabras amorosas—. Ya, pequeña, ya. Estás conmigo, no pasa nada. —Le acariciaba la cabeza, mientras ella se escondía en su pecho.

—No debí haber hecho caso de esa carta. Eso me pasa por desconfiada, por impulsiva como tú dices —decía entre susurros y entre llantos refrenados, pues no quería despertar al bebé—. Lo siento, Brandon. Siento no haber confiado en ti; siento haber sido tan tonta por haber caído en esa trampa. No sabes cuánto lo siento.

—Vale, ya vale, mi amor. No hablemos de eso, ahora. —La separó de él y la miró—. Quiero verte. Quiero ver cómo estás. —Ella movió la cabeza sin parar. No quería, no quería.

—No, no, no. Estoy sucia. Necesito un baño. Hasta que no me dé un baño, no.

—Jennifer, no me enfades más de lo que estoy. Quiero ver en qué condiciones estás. —Sin más preámbulos, se levantó y se colocó enfrente, se puso en cuclillas y le levantó la falda y la enagua hecha jirones. Ella puso el rostro más triste que le hubiera visto, pero no le hizo caso y miró los muslos manchados de tierra, de barro y de sangre. No dijo nada. Las medias estaban igual de sucias, notando que había estado sentada en el suelo del bosque y todo se había mezclado, la sangre de su cuerpo y los restos de la naturaleza. Desplazó las manos por los muslos y se los abrió con delicadeza, mirando la vulva irritada, muy inflamada y la sangre que salía en pequeña cantidad, dando lugar a que el interior de los muslos, estuviesen mojados, cubriendo la sangre seca, la ya derramada. Ella veía cómo su marido desplazaba la mirada por todos los rincones y notaba esas manazas sobre sus muslos, provocando que la piel le ardiera.

—Esto no lo haría un marido nunca —replicó malhumorada. Él la miró

a los ojos. Seguía con sus manos sobre los prietos muslos—. Nunca.

—Sabes que no soy un marido corriente, ni tú una esposa corriente. — Se miraron fijamente y ella enrojeció como una fresa bajando los párpados para no sentir el latigazo de esos lagos azules—. ¿Dónde quedaron tus calzones?

—Están en el bolsillo del abrigo. —Él se incorporó y fue a sacarlos de su escondite.

—Te los vas a poner y te haré una compresa para recoger lo que estás perdiendo. —Sin esperar su aprobación, se los puso y los dejó a medio muslo, después fue a por una toalla y doblándola varias veces hasta que la dejó a su gusto, se colocó enfrente de ella—. Levántate, Jennifer. —Ella obedeció, dejó que la manta cayera en el sofá y se sujetó las faldas mientras él le colocaba la compresa y le subía el calzón. Una vez hecho, impidió que se volviera a sentar y cogiéndola por la cintura la arrimó contra él. Llevó la mano libre al bello rostro y taladrándola con la mirada, le habló—: Me has dado un susto de muerte. Paré el tren y volví a caballo, porque no estaba tranquilo y pensaba que el niño podía nacer antes de lo que tú creías. Cuando he llegado esta noche y me han dicho que no estabas, he creído que el putito diablo se me llevaba el aire, que te podía perder para siempre y se me ha partido el corazón en mil pedazos. —Ella comenzó a gemir y él, bajó la cabeza despacio y capturó esa boca devorándola, lamiéndola, sin importarle los temblores, los hipos, los suspiros y las lágrimas que resbalaban por las suaves y sucias mejillas.

En esos momentos se oyeron los cascos de un caballo, se separó de ella y la dejó sentada en el sofá, le colocó la manta otra vez, para acercarse a la ventana y ver a Turner.

—¿Es él, es él? —Sentía verdadero pánico, pues pensaba que ese hombre estaba loco, loco de remate.

—No. Tranquila. Es Turner, que ha venido conmigo. Ahora vengo — fue hasta la puerta y ella cogió al niño entre sus brazos.

Pocos minutos después entraban los dos hombres y Turner se acercaba a ella, mirando ahora a la madre y seguidamente el bulto que tenía entre los brazos.

—Jennifer. Me alegro de que estés bien. Santo Dios. Tú sola, teniendo a tu hijo... Dios del cielo. Eres toda una mujer —se dirigió a Brandon y continuó—: ¿Y si la llevamos a la casa del granjero?, su esposa la puede atender convenientemente, o puedo ir a buscarla para que esté con ella. —

Brandon negó, mientras se acomodaba en una silla y Turner en otra.

—No es necesario. Está bien, dentro de lo que cabe. No creo que tarde mucho en llegar Lín Yu. —Turner seguía preocupado. Todas las mujeres cuando parían estaban encamadas varios días y esta preciosa mujer, así, en el sofá, con el bebé en los brazos, medio escondido entre la manta.

Le parecía mentira que esta joven fuese la dueña de ese hermoso y perfecto cuerpo que todos habían visto. Que todos habían deseado. Con la edad que tenía, nunca había conocido a una mujer como esta.

—Se puede acostar mientras. La cama de mi habitación es muy cómoda y podrá descansar mejor hasta que llegue... —Brandon iba a decirle que cerrase la boca, cuando escucharon el carruaje.

Se levantó de un salto y fue a la entrada, para reconocer uno de sus coches, tirado por seis caballos. Bien hecho, Lín Yu. Estaba deseando volver a casa y poner en orden su vida. Pero, sobre todo, quería coger a ese cabrón que había atentado contra la vida de su mujer y hacérselas pagar caro, muy caro.

Un rato más tarde, Jennifer se encontraba en el carruaje y Lucy a su lado, que se limpiaba las lágrimas disimuladamente, sin creerse todavía que ese pequeñín fuese el niño de su señora. Lín Yu pensó que era buena idea llevar a la doncella, pero no se le pasó por la cabeza que la señora hubiese tenido el niño. Esto era una locura, pensó, mientras veía a su jefe subiendo a su esposa y el bebé, para acomodarlos en el lujoso interior y decirle a Lucy que, si necesitaban algo, que sacara la cabeza por la ventana y gritara como una loca. Él montó en su caballo y Turner hizo lo mismo, y poniéndose paralelos a los seis caballos, emprendieron el viaje de regreso.

Nada más llegar, llamaron al doctor, que reconoció al bebé y le cortó el cordón umbilical que restaba, diciéndole al padre que tenía un hijo fuerte y sano. Cuando él le preguntó si no era demasiado pequeño, el doctor sonrió y le dijo que no se preocupase, que un peso de casi tres kilos estaba más que bien, y que eso había sido bueno para la madre, ya que, al parir sola, si el niño hubiese sido más grande se habría complicado el parto. La esposa del doctor, que era comadrona y siempre iba con él, añadió que la esposa se recuperaría pronto y que apenas había sufrido desgarro, pues según le contó, lo echó en tres esfuerzos.

—¿Le ha contado cómo fue el parto? —preguntó el padre primerizo, deseoso de saber todo lo ocurrido.

—Algo, no mucho, pero suficiente. Cuando sintió los dolores más

fuertes, notó que la cabeza asomaba, fue entonces cuando se apoyó contra un árbol y se puso en cuclillas, igual que hacen las indias. Es probable que esa posición acelerase el parto, y ella lo supo, pues puso sus manos para recogerlo cuando lo echó. Sinceramente, señor Cooper, tiene usted una esposa valiente como pocas. —Él se pasó una mano por la mandíbula rasposa y mirando al médico, contestó:

—Sí. Lo sé.

Despidió a la pareja y viendo a Lucy le dijo que se acercara. La criada estaba asustada, pues pensaba que tarde o temprano le darían una desagradable sorpresa; pero por el momento, no fue así.

—¿Cómo está?

—Está despierta. No se queja ni nada de eso y con los ojos abiertos como platos, por si se despierta el bebé. La he abrigado bien para que se le quiten esos temblores.

—Bien. Pues vete a descansar. Yo cuido de los dos. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Escuchó la puerta cerrarse y se dirigió a uno de los ventanales. Faltaba poco para el amanecer y se encontraba tenso como un cable de acero. Las noticias de San Francisco, eran que Watson estaba de viaje de negocios desde dos semanas atrás. En Nueva York se suponía que estaba. La policía tenía una orden de busca y captura, por un hombre de unos cincuenta y tantos años, cabello gris, barba blanca, o sin barba, ojos azul muy claros, alto y constitución fuerte. La orden se había mandado a las comisarías de las ciudades, tanto del este, como del oeste y del medio oeste. Las estaciones estaban controladas y las carreteras más importantes también. Brandon se pasó las manos por el cabello húmedo, pues se había bañado y cambiado de ropa, mientras miraba el cielo oscuro sin estrellas. Estuvo varios minutos pensando en ella y en su hijo, cuando notó que los cristales se mojaban, que las gotas de lluvia se volvían más gruesas. Cerró las cortinas y subió a la habitación. Intentó no hacer ruido, por si se había dormido y se quitó las botas en el despacho, aunque las gruesas alfombras amortiguaban cualquier ruido. Entró en la habitación y la vio. Despierta, mirándolo con esos ojazos que daban ganas de comérsela. Se dirigió hasta la cunita y miró a su hijo. Recreándose. Tenía una pelusa oscura, que ya indicaba de qué color iba a ser su cabello. Los puños estaban cerrados, apretados y cerca de la carita. Realmente era precioso y en esos momentos, ya no le parecía tan pequeño. Era un recién nacido. Se volvió hacia ella y le preguntó:

—¿No tienes sueño? —Ella negó en silencio—. ¿Quieres hablar?

—Sí. —Se acercó a la cama y se sentó en los pies, para verla de frente, para no tocarla, para escucharla.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—¿Te duele?

—Apenas. —Él movió la cabeza, sin dejar de mirarla. Recorriendo ese espeso cabello, que brillaba después del baño rápido que le habían dado las doncellas, esos ojos dorados, con esas pestañas negras como el carbón, esas mejillas enrojecidas, un poco febriles y esa boca de pecado.

—Cuéntamelo todo. Desde el principio. —Fijándose en el casto camisón blanco, que se abría por delante y se ataba con un cordón de seda.

La joven, respiró profundamente y se dispuso a contar todo lo vivido.

—Recibí la carta y pensé que estabas en algún sitio para asistir a una fiesta, o que tal vez tenías una amante e ibas a pasar unos días con ella. Lo siento, no voy a mentir, es lo que pensé. —Él no la interrumpió. Con la mirada clavada en ella, esperó a que continuase—. Aproveché que Lucy estaba haciendo sus tareas para irme. Un coche me esperaba enfrente del hotel y el cochero me abrió la puerta y entré. No lo reconocí al principio, pensé que era el cochero. Cuando salimos de la ciudad, comencé a ponerme nerviosa y a pensar si me había equivocado. Al dejar la ciudad, el carruaje cogió velocidad y fue entonces cuando me di cuenta de que me había comportado de la manera más estúpida, pensando que igual me habían secuestrado y que igual no te volvería a ver. No sé cuánto tiempo estuve viajando, tal vez una hora y cuando llegamos, me sacó del coche y me llevó a una cocina grande, detrás de una casa de campo, pero no entramos por la puerta principal. Me tiró al suelo y mientras, encendió una lámpara, pues, aunque era de día, estaba muy oscuro, a punto de llover. Yo estaba asustada, pero al mismo tiempo quería saber quién era ese hombre y qué deseaba. Se quitó el gorro de lana y unos anteojos de cristales gruesos y me miró. A pesar de la espesa y larga barba, cuando vi ese color de ojos tan claro, casi como el agua, lo reconocí y me dio por reír. No lo pude evitar. Me resultaba tan ridículo... —Él seguía callado y ella no pudo adivinar qué ocultaban esas facciones duras y tan atractivas, pero supuso que nada bueno—. Me agarró de un brazo, me levantó y me pegó una bofetada. Me sentó en una silla y cogió una cuerda para atarme, algo que hizo en un momento y cuando me tuvo así, cogió otra silla y se sentó enfrente. Y se puso a decirme obscenidades. —De

repente se calló. No quería seguir hablando, no deseaba contarle lo que pasó. Pero al ver el semblante de su esposo, supo que tendría que decirle la verdad, que sería mejor no ocultar nada.

—Quiero saberlo todo, Jennifer. Quiero palabra por palabra, con obscenidades incluidas, con juramentos y tacos. Todo. —Ella movió esa adorable cabecita y más o menos lo que contó, fue lo que sigue a continuación:

Habían pasado varias horas y ahora la oscuridad en el exterior era total. El hombre había estado bebiendo y comiendo resto de comidas que tenía en distintos platos. Le ofreció comida con los dedos, intentó metérsela en la boca, pero ella escupió y lo mandó al infierno. Watson rio igual que un loco y pegó otro tragó, hasta que vació la botella.

—Ahora ya no te ríes tanto, puta del demonio. Porque eso es lo que eres, una puta enviada por el maligno, para hacer perder la cabeza a los hombres de bien. Has hecho perder la cabeza a mi yerno, provocando que abandonase a mi pequeña, dejándola en evidencia ante todo San Francisco, para irse con la mayor puta. Con una puta que se vendió en un burdel, en un lupanar, que enseñó su cuerpo perfecto, su cuerpo lascivo a todos los presentes, incluido yo. Todos babeamos con esas tetas tan tiesas y gordas, esos pezones que daban ganas de meterlos en la boca y chuparlos hasta atragantarse y ese culo respingón, lleno de carne prieta, tersa, lista para dejar caer las manos y ponerlo colorado mientras te lo follas. Eso es lo que pensamos todos los que estábamos allí. Sabes cuánto he deseado tocar ese cuerpo, poder tenerlo, poder poseerlo... —Sacó la lengua y se relamió los labios agrietados, sin quitar esa mirada casi transparente de la cara de ella—. Cuando te conocí como Julia, ya te deseé, viendo esa cara tan bella y deseando esa boca para comerla con saña y después meterte la polla hasta correrme dentro; y sí, te hubiera montado, si el hijo puta de Brandon no me hubiese dado un toque de atención. Me dijo, a esa ni la toques, ni te fijes en ella... y yo, más te deseé. Y luego desapareciste. Me lleve una desilusión, la verdad. Pero cómo iba a imaginar que tú serías la dueña de ese cuerpo, que tú eras la virgen que se subastaba, y lo que más veces me he preguntado, cómo mi yerno te dejó escapar, intacta. ¡Joder! —Soltó unas risotadas—. Eso no es propio de él. Algo debió de sentir por ti, para no follarte a la primera de cambio, supiese o no, si eras la viuda de su hermano o una impostora. Y ahora, mírate; embarazada hasta los ojos. Ahora todo el mundo sabe que Brandon Cooper te ha metido la polla hasta el fondo, que te has abierto de

piernas para él y que habrás gritado de gusto cuando él se ha corrido dentro de ti. Pedazo de puta. Ese hijo que vas a tener, tendría que ser el de mi hija, mi futuro nieto. Hay que joderse, mi pobre Sophie teniendo un aborto detrás de otro, y tú, a la primera de cambio te preñas y encima, llevas un embarazo espléndido, viéndote hermosa a más no poder. —El hombre se levantó y le desabrochó el abrigo; ella, impotente, nada podía hacer, pues estaba con las manos atadas a la espalda de la silla y los pies a las patas delanteras. Se colocó detrás y deslizó las manos por encima de los pechos, por encima de la tela del vestido.

—Dios, qué tetas más hermosas y qué duras están. Las tetas de mi mujer siempre han sido pequeñas, y ahora, le abulta más la barriga y el estómago que los pechos. Y a mi hija le pasará lo mismo. No me extraña que Brandon te prefiera. A mí me pasaría lo mismo. —Fue desabrochando los botones y al terminar contempló las cumbres blancas y firmes, que asomaban por la delicada camisola y notando la falta de corsé—. Por Satanás, estoy empalmándome como no me ocurría desde hace mucho tiempo. Con solo ver y tocar estas magníficas tetas. —Las sacó y se embobó mirando los pezones. No podía más, tenía que masturbarse o le iba a dar algo. Se colocó enfrente de ella y sin dejar de mirar esas cumbres coronadas con esos pezones oscurecidos por el embarazo, se abrió la bragueta y sacó el miembro hinchado y comenzó a meneársela.

Ella, impotente, enfadada, quiso cerrar los ojos, pero no pudo. Mientras él se la machacaba arriba y abajo sin dejar de mirar los pechos, ella movía las muñecas intentando que las ligaduras se desplazaran, se aflojaran, pero era imposible. Las había apretado bien. Pensando que tenía que actuar rápido, que tenía que hacer algo que llamara la atención del hombre y no en el plano sexual precisamente, vio cómo él se corría soltando un chorro de esperma y salpicando la falda del vestido. Sofocado, agotado y con el pene flácido entre sus manos, iba a dejarse caer en la silla, cuando la muchacha lanzó un grito que casi le taponaba los tímpanos.

—¿Qué cojones pasa? ¿Por qué gritas así? —Él vio el rostro desencajado de la joven.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¡Estoy de parto! —volvió a gritar como una posesa y él se asustó de verdad.

—Joder. Me cago en la puta —murmuró sin dejar de mirarla—. No había contado con algo así. Si no estás tan gorda, ¿cuánto te falta? —Ella jadeaba, respiraba deprisa y él no dejaba de mirarla entre asombrado y

asustado. Lo que menos quería, lo que menos deseaba, era presenciar un parto—. ¡Me cago en las barbas de Satanás! ¿Cuánto te falta? ¡Joder! Si no puedes estar... de más de cinco o seis meses. Más vale que no me engañes o... o... o... —Estaba desubicado, sin saber a qué atenerse. Pero viendo la mueca de dolor, pensó que podía ser verdad.

—Estoy en el último mes. Por favor... señor Watson... por favor... suélteme. Déjeme que me tumbe... por favor, por favor, déjeme tumbarme en el suelo... se lo suplico... —gimoteaba al tiempo que descomponía el rostro y él, abría los ojos como si se le fueran a salir de las órbitas—. Voy... voy a tener a mi hijo... aquí.

Ahora lloraba y él se descompuso más de lo que estaba. Se guardó el pene y se abotonó con rapidez. Desató la cuerda de los pies, mientras oía los quejidos continuos de la muchacha y fue a la de la espalda para hacer lo mismo. Una vez suelta, Jennifer siguió lloriqueando y llevándose una mano a la barriga, se encorvó y se quejó del fuerte dolor, mientras llevó la otra mano hasta la mesa, para hacer amago de apoyarse y cogió la botella que él se había terminado, escondiéndola a un lado.

Se giró despacio y dándole las gracias, levantó el brazo tan deprisa, lanzándolo contra la cabeza del hombre, que Watson la vio venir, pero sorprendido no le dio tiempo a interceptarla, notando cómo se estrellaba contra su cabeza y perdía el conocimiento, con la imagen de la hermosa joven mirándolo cómo caía.

Jennifer pensó en atarlo, pero no quería arriesgarse si se despertaba de una y la volvía a coger, no. No haría eso. Se abrochó el vestido y se puso el abrigo, saliendo de la cocina para mojarse con la lluvia que comenzaba a caer en esos momentos. Estaba tan oscuro, que no era fácil distinguir lo que había a su alrededor, pero distinguió una masa de árboles y dedujo que era un bosque. Fue hacia allí, corriendo, cayéndose una vez, levantándose y volviendo a correr. Se internó en la espesura y después de andar unos cinco minutos, decidió no continuar, pasar allí la noche. Era mejor continuar de día y poder orientarse, en las circunstancias actuales, no veía casi nada, estaría dando vueltas a lo tonto y para qué. La casa estaba vacía, pero podría haber otras por los alrededores, de modo que, esperaría al amanecer. Se agachó y palpó el suelo mojado, buscando algo para defenderse por si acaso aparecía. Encontró una piedra del tamaño de su mano, pero con un lado más afilado, se la guardó en el bolsillo del abrigo. Había pasado un rato y pensó en la hora, sería cerca de medianoche, calculó, tal vez no tanto y con esos pensamientos,

notó el primer pinchazo. No, no, ahora no, lo de antes era teatro, era mentira, pero esto... ¡zas!, lo notó otra vez. Era como cuando le iba a bajar la regla, pero algo más fuerte. Ay, Dios, iba a tener a su hijito en el bosque, sola y con un loco merodeando por los alrededores. Tendría que haberle rematado, haberle dado con otra botella y romperla en su cabeza, como con la primera. Volvió a sentir otro y otro dolor e instintivamente, se apoyó contra el árbol, notando que sus muslos se mojaban, sabiendo que estaba rompiendo aguas y se colocó en cuclillas. Dio gracias a tener la experiencia de su hermana, para saber los pasos de algo tan natural, pero tan complicado como era un parto. Por lo menos, esa posición la aliviaba, era como si fuese a hacer sus necesidades. Respiró profundamente, se mordió los labios cuando el dolor era más fuerte y a pesar del frío, sintió calor por todo su cuerpo. Se levantó y se quitó el abrigo, colocándolo a un lado para que no se manchara y sabiendo que, gracias al espeso follaje del roble, no se mojaría apenas, ni la ropa, ni ella. Arrancó trozos de enagua grandes y los dejó encima del abrigo, jadeando nerviosa, volvió a su postura y controlando la respiración fue empujando. No supo cuánto tiempo estuvo así, si fueron minutos u horas, no tuvo sensación del paso del tiempo, pero sí supo cuándo iba a salir. Notó cómo el cuello uterino se retorció, se abría, cómo se dilataba la vagina y de repente... el bebé resbalaba, salía de su cuerpo como si alguien lo hubiera empujado desde dentro, y con sus manos lo cogió, sin dejar que tocara el suelo. Unido a ella, le limpió la carita por si tenía suciedad que le pudiera impedir la respiración, la naricita y la boca y lo sacudió un poco hasta que soltó un berrido. Lo acercó a su pecho y lo acunó, diciéndole palabras cariñosas, mientras el recién nacido berreaba sin consuelo. Se fue calmando y el llanto se hizo más tranquilo. Agarró uno de los trozos de enagua y la puso entre sus piernas, colocó al bebé y cortó el cordón con los dedos e hizo un nudo lo mejor que pudo, dadas las circunstancias. Esas manos tan delicadas y tan hábiles iban haciendo todas esas cosas como si estuviera cortando un patrón, pero era de noche, no había estrellas ni luna y, aun así, no se amilanó ni se puso nerviosa. Terminó de limpiar la humedad del cuerpecito, notando otro dolor y supo que tenía que expulsar la placenta, pero antes, tocó la entrepierna del crío y sonrió al notar el pequeño apéndice. Lio la cadera con otro trozo a modo de pañal y con otro, lio el cuerpecito, dando gracias de que las enaguas llevasen tanta tela y fuesen del mejor algodón, para colocarlo encima del abrigo y taparlo con este, mientras ella terminaba de soltar la maldita placenta. Con la cadera contra el árbol, su cuerpo doblado sobre los

muslos, las manos agarradas a las pantorrillas y haciendo un último esfuerzo, notó salir la placenta con un chapoteo. No se iba a quedar en ese sitio con toda esa porquería que había salido de su cuerpo. Se limpió con lo que le quedaba colgando de las enaguas, se recolocó lo mejor que pudo y fue cuando notó otra vez el frío. Se agachó al lado del bebé y se ató los faldones del abrigo y después las mangas a la espalda, ahora ya no tenía la barriga gorda, sí la notaba hinchada y dolorida, pero nada más. Rodeó el paquetito con sus brazos, para darle más calor y calentarse ella, algo, poco, pero menos era nada, y se fue hasta otro árbol, dejando los restos del parto, dando por hecho que algún animal se comería la placenta y lamería lo demás y se apoyó contra otro viejo roble, esperando a que amaneciera.

La muchacha dejó de hablar, sintiendo la mirada penetrante, analítica y acusadora del esposo. Brandon se frotó la mandíbula, rasposa, oscura, pues no se había afeitado, y no retiró la mirada de ella, ni un instante.

—Cuando te conocí, Jennifer, no se me pasó por la cabeza que fueras tan impulsiva; y que esos impulsos te fueran a meter en problemas más de una vez —con esas palabras, ella tragó saliva, siendo consciente que ningún detalle escapaba a esa mirada azul y que ese tono de voz, no presagiaba nada bueno—. Cuando decidiste escribirme para que el pequeño Jonah conociera a la familia de su padre, fue una acción, pensada y meditada; después, pasó lo que pasó entre nosotros y continuaste siendo sensata. Se muere Jonah y cortas por lo sano y te largas, dando lugar a todo lo que ya sabemos. Ahora, recibes una carta anónima y no te paras a pensar qué puede haber detrás. No. Solo acudes sin más, pensando que vas a pillar a tu marido infraganti y es lo único que te mueve. Te vas con un desconocido, te subes en un carruaje que no sabes de quién es y a dónde va. Pero es igual, porque ya has dejado germinar la idea de que tu marido te es infiel, porque alguien lo ha escrito de manera anónima. Llegas a pensar que lo de mi viaje es una farsa y que estoy follando con otras u otra. —La muchacha lo miraba con los ojos muy abiertos, sin mostrar sentimientos, pues sabía que lo tenía bien merecido, que las cosas se complicaron, pero podía haber sido peor, mucho peor—. Así que, con este comportamiento, no solo has puesto en peligro tu vida, sino la de nuestro hijo, y por supuesto, no te voy a quitar méritos, pues has sido muy valiente y te has desenvuelto a las mil maravillas. Pero todo podría haber pasado de otro modo, y ahora, podrías estar muerta —no levantaba la voz, empleando un tono monocorde que le ponía los pelos de punta, pero se dijo que no iba a derramar ni una sola lágrima. Lo hecho, hecho estaba y no había marcha

atrás.

Como él dejó de hablar, ella se mojó los labios, pues los tenía resecos, viendo cómo él se fijaba en ese gesto y pareció enfadarse más.

—Lo siento. Tienes razón en todo. Pero ya ha pasado todo. Ya no puedo rectificar, solo arrepentirme y dar gracias a Dios de que Brandon haya nacido rápido y sano. —El esposo endureció la mirada.

—Por todos los putos demonios —murmuró levantándose y moviéndose por la habitación, para, al final, llevar los pasos hasta la cuna y mirar al bebé dormido. Respiró en profundidad y se fue calmando poco a poco, mirando ese pequeñín, ese primer hijo, un hijo deseado. Le vino la imagen del bosque, de cuando la encontró, apoyada contra el árbol, asustada, recién parida, con el niño en brazos... cálmate, no pierdas los estribos, dentro de lo malo... los tienes en casa, sanos y salvos.

El bebé se removió, pero siguió durmiendo, y él, se giró despacio y miró a Jennifer, que seguía en la misma postura. Parecía una virgen, con ese glorioso cabello cayendo en cascada a los lados, ese rostro tan bello y el camisón blanco, impoluto, cerrado... de repente vio la imagen de esos pechos al aire y el hijo puta de Watson machacándosela y apretó los dientes, haciéndolos rechinar.

Mataré a ese cabrón, lo mataré con mis propias manos.

Intentó suavizar el ánimo y se acercó hasta ella.

—Es mejor que duermas y descanses. —La besó en la frente y se fue hasta la puerta.

—¿No te vas a quedar conmigo? —Él dejó la mano sobre la manivela, inmóvil, quieta, al oír ese tono, esa vocecita que lo encendía. Maldita sea.

—No. No tengo sueño. Duerme, voy a llamar a Lucy o a otra criada, para que esté pendiente del niño.

—No es necesario. Me puedo apañar perfectamente. —Él se volvió enfadado y se acercó hasta la cama. La mirada que lanzaron esos penetrantes ojos azules, la encogieron de miedo.

—¿Quieres obedecer de una puta vez?, ¿quieres dejar de llevarme la contra y hacer lo que te digo? —no levantó el tono, a pesar de la palabrota, pero estaba claro que el enfado iba en aumento y la muchacha pensó que no debía de haber sido tan explícita; no tendría que haberle contado... eso—. Lucy se quedará contigo y cuando el bebé se despierte, ella lo cogerá y te lo traerá. Y tú, descansarás hasta que estés más recuperada. ¿Te ha quedado claro? ¿O tengo que repetirlo y gritarlo a pleno pulmón para que te des por

enterada y de paso se enteren todos los que están bajo el techo de este edificio? —Ella iba a responder que estaba perfectamente, que «eso» apenas le dolía y que era más que suficiente para valerse sola después de haber parido en el bosque sin ayuda de nadie; pero no dijo nada de nada, movió la cabecita como una niña buena, viendo cómo al marido le costaba retirar la mirada de ella.

Y Jennifer, no pestañeó, no dejó de mirarlo, hasta que él dio media vuelta y salió de la habitación. La muchacha escuchó los pasos bajando las escaleras y la puerta principal cerrarse, fue entonces cuando se levantó y fue a ver a su hijo. Lo cogió en brazos y se lo llevó a la cama, colocándose en el regazo y mirándolo fijamente. Su pequeño del alma, su pequeño Brandon, retorció los labios y pensó en el enfado del padre.

Ya se le pasará, no hay mal que cien años dure.

¿A que no, mi pequeñín?

CAPÍTULO 22

Pero dos días más tarde, el padre del bebé seguía enfadado y pasaba la mayor parte del tiempo fuera. Cuando llegaba por la noche, subía a la habitación y lo primero que hacía era buscar con la mirada al bebé. Si estaba en la cuna, deslizaba los dedos por esa piel tan suave y blanquita y lo contemplaba durante unos minutos. Pero esa noche no estaba en la cuna, estaban los dos en la cama y ella le estaba dando el pecho. Se acomodó en un sillón y clavó la mirada en ellos, mientras oía a Lucy trasteando en el baño. Al salir y ver al señor sentado, callado, serio y mirándolos, sigilosamente salió de la habitación y se dirigió a la planta baja para dejarles intimidad. Esta era la tercera noche desde que llegaron, y él estaba durmiendo en una habitación del segundo piso del hotel. ¿Se quedaría esta noche? ¿O solo era una visita? Lucy sabía que estaba enfadado con la señora, por lo menos ella se libraba de las responsabilidades de la escapada y secuestro de su señora... ¡Uf! Menudo descanso le había quedado porque, a fin de cuentas, sabía de sobra que los esposos iban a arreglar sus asuntos a poco tiempo que pasara, pero si a ella la echaban a la calle, no iba a encontrar otro trabajo como este. Con esos pensamientos, se dedicó a recolocar los cojines de los sofás y afinando el oído para enterarse de algo.

Jennifer terminó de darle de mamar de un pecho y se lo cambió al otro, notando esos ojos azules fijos en ella, escrutándola como si de un depredador se tratara. El bebé enganchaba el pezón con una fuerza, que le hacía morderse los labios, entre placentera y dolorosa, pues los pechos estaban tan llenos, que era agradable que los vaciara, pero mamaba con tanta fuerza que irritaba sus pezones.

—¿Te hace daño? —fue la pregunta del hombre, sonando ronca y anhelante. Ella lo miró y sonrió tímidamente.

—Un poco. Tu hijo tiene tanta fuerza, que parece que me los va a arrancar. ¿No quieres acercarte? No me molestas y a este tragón tampoco. — Él obedeció y lentamente se dirigió hasta su cama y se colocó al lado de su mujer.

Le maravillaba la soltura que tenía, como si ya hubiera sido madre antes, y lo fue, del pequeño Jonah, aunque no lo hubiese parido. Pero esa imagen de la maternidad más básica, lo excitaba de una forma no conocida; pues nunca se había excitado con embarazadas, y eso que más de una había estado en las bacanales, pero a él no le iba eso. Sin embargo, con Jennifer sí. Adoró ese cuerpo cambiante, esa barriga engordando, esos pechos haciéndose más grandes, esos pezones poniéndose más oscuros, sin olvidarse, que fue estando embarazada, cuando le dejó entrar por detrás.

Dios, de ella le gustaba todo y en cualquier estado o momento. Contempló esos pechos hinchados, duros como piedras y deseó tocarlos, deseó hacer lo mismo que su hijo. Pero él no mamaría para provocarle dolor, él solo le daría placer. Llevó una mano hasta rozar el puñito que descansaba encima del pecho y lo acarició, pero en esa caricia, también tocó el pecho, mientras el bebé succionaba con ansia, como si quisiera tragárselo todo.

—¿Cómo sabes que ya ha tomado bastante? —preguntó abstraído, mientras miraba esa boquita chupar y chupar.

—No lo sé. Cuando se encuentra lleno, lo deja. O cuando se cansa. O cuando se duerme. Está a punto de caramelo; mira cómo baja la intensidad de la succión —las palabras que siguieron la hicieron temblar de pasión.

—Yo no me cansaría de succionar en mil años —esas palabras sonaron roncadas y sensuales.

Él la miró y bajando la cabeza, capturó la boca entreabierta. Las lenguas se unieron en un baile erótico y él se dispuso a producirle algo más que un poco de placer. El bebé casi no chupaba, durmiéndose con el movimiento que le producían esos dos cuerpos, el de su mamá que lo tenía en brazos y el roce de papá, que se comía esos labios gruesos, que absorbía la lengua como si se la quisiera tragar y que se rozaba contra el pecho libre, notando ese pezón erecto y gordo. Se separó de ella y con la mirada brillante de deseo, miró al bebé, se lo quitó de los brazos y lo dejó en la cuna con suma delicadeza. Volvió a su lado y como ella no se había cubierto, se quedó mirando los pechos y tragó aire mientras llevaba las manos y los acariciaba despacio, devorándolos con la mirada. Acarició la punta de los pezones y notó la humedad de la leche y mirándola durante unos segundos, como si esperase su permiso, pero no lo necesitaba, inclinó la cabeza y agarró un pezón con sus labios. Lo lamió durante un rato, pasando la punta de la lengua, el borde de los labios, una y otra vez, notando cómo ella jadeaba suavemente, se recostaba y los echaba hacia delante para que su esposo hiciera lo que lo que

le diera la gana. Jugó con el otro pezón, martirizándolo, lamiéndolo de tal forma que ella iba aumentando los jadeos, que se mordía los labios de puro placer y él la miraba sin dejar de torturar esas cumbres. Y cuando se cansó de lamer, le clavó esa mirada penetrante y profunda, brillante de deseo y se dispuso a chupar, como hizo su hijo, notando cómo salía la leche, notándola en el interior de la boca y saboreándola, tragándola, gustándole. Ella se retorció, gemía y colaboraba para que sacara toda la leche que quisiera, notando unos pequeños calambres por todo su cuerpo, que le producían mil placeres distintos. Sin dejar de jadear, moviendo los pechos para que él disfrutara y para que le diera placer a ella, llevó una mano a su entrepierna, notando que estaba erecto como un mástil y lo tocó por encima del pantalón, intentando con sus dedos abrir la bragueta. Brandon, sin dejar de mamar de esos pechos, ahora uno, ahora el otro, se desabrochó la bragueta y sacó el miembro duro y tieso, dolorido de tanta tensión. La mano de ella resbaló por toda la longitud, acarició suavemente, echó el prepucio hacia abajo dejando el glande libre y frotó la punta con la yema del dedo, oyendo al esposo rugir por lo bajo, sin dejar de chupar y volvió a subir esa piel tan delicada, al principio con suavidad, más tarde con frenesí, notando con sus dedos las venas que recorrían el tronco, hinchadas de tanta excitación, moviendo su mano, subiendo y bajando, llevando el mismo ritmo que él con sus pechos, haciéndole una paja en toda regla. Ella fue la primera en sentir el orgasmo y fue tan intenso como si la hubiese tocado entre los muslos, como si hubiese frotado su vulva como él sabía hacer, tan experto, tan manipulador. Soltó un pequeño gritito, al tiempo que salía el esperma y resbalaba por sus dedos, por su mano, mientras él colocaba la frente entre los pechos y respiraba con fuerza, pensando que era la primera vez que hacía algo así.

Él, que desde que supo que se había tirado a la hermana de su madre, se consideraba un perverso, un cabrón que le iba casi todo, un desinhibido total, que le daba igual estar desnudo y follándose a dos o tres mujeres al mismo tiempo, o que un marica se la chupase mientras él se comía la boca y manoseaba las tetas de la mujer del maricón, teniendo como testigos a otros y otras que lo miraban con perversión, para luego acabar todos mezclados en la bacanal.

Él, que era la primera vez que mamaba los pechos de una mujer parturienta, su esposa, y que esta le hacía una paja que lo dejaba fuera de juego, mientras se saciaba de leche materna y se corría de gusto. Qué paradaja, él le sacaba la lecha a ella y ella, se la sacaba a él. Quién necesitaba

orgías, teniendo una esposa como la suya, quién anhelaba ir a un burdel, cuando tenías la esposa más atractiva, sensual, erótica, además de estar dispuesta a darte todos los placeres y dejarse que tú le dieras todo lo que te diera la gana. No, no anhelaba nada de su vida anterior, no sentía deseos de follarse a otras mujeres, ni de ser más de dos en la relación, ni de compartir a su esposa, antes muerto, no, esa vida estaba enterrada y olvidada. Ya se había saciado de sexo anónimo, ahora lo quería todo dentro de su hogar, dentro del coño de su mujer, dentro de la boca de su mujer, dentro de ese precioso culito, entre sus tetas, entre sus muslos...

Levantó la cabeza y miró detenidamente esos ojos y esos pómulos que comenzaban a ponerse sonrosados. Llevó una mano y la colocó en la mejilla, acariciándola con ternura, mirándola con amor.

Ella seguía agarrada a su miembro.

Cogió el faldón de su camisa, tomó la mano y la limpió sin dejar de mirarla.

—Tengo todo lo que quiero, tengo todo lo que necesito, teniéndote a mi lado. Eres lo que desconocía que existiese, eres lo que estaba esperando sin saberlo. Te amo con locura. No vuelvas hacer nada que ponga en peligro lo que tenemos. —Ella tragó saliva y se le llenaron los ojos de lágrimas. Movié la cabeza ligeramente y esa mano grande, dejó la mano de la esposa—. Si vuelves a comportarte sin pensar las cosas, sin consultarme, movida por la desconfianza, tendremos verdaderos problemas. ¿Lo entiendes? —Ella volvió a afirmar y se le escaparon dos lagrimones que él recogió con sus dedos, mirándola sin pestañear, intentando analizar lo que pasaba por esa cabeza. Era tan intensa la mirada del hombre, que provocó un temblor en los labios femeninos y que cayeran más lágrimas. Él volvió a cogerlas con las yemas de los dedos, la acarició con ternura, con amor, para pasar los dedos por los labios, bordeándolos, acariciándolos. Bajó la cabeza y besó esa temblorosa boca—. Lo único que me importa, está en esta habitación: tú y nuestro hijo. Ni riquezas, ni oro, ni mansiones, ni tierras; vosotros sois lo más importante para mí. No lo olvides, Jennifer. No lo olvides nunca.

Se levantó y sin retirar la mirada de ella, se limpió con el faldón de la camisa y guardó el miembro medio erecto, terminando de recomponer la vestimenta. Se acercó a la cuna y miró al bebé, que dormía plácidamente, después fue hasta la puerta y sin volver a mirarla salió de la alcoba.

Jennifer, ya no pensó, no hay mal que cien años dure, no. Limpiándose las lágrimas, supo que su esposo la amaba con una intensidad que asustaba,

más de lo que ella nunca se imaginó, y sabiendo algo así, teniendo la certeza de ese amor tan grande y sintiéndolo ella igual, supo que no debía tentar a la suerte y que debía confiar en él. Totalmente, sin ocultaciones y sin verdades a medias. Era su esposo, era el padre de su hijo, era su presente y si Dios quería, su futuro. Estando así las cosas, no podía, ni quería desconfiar de él, pues lo pasado, había demostrado, que dejarse llevar por impulsos no llevaba a nada bueno. Tenía razón, toda la razón del mundo y tuvo mucha suerte, porque todo podría haber salido mal, podría haber muerto el bebé, podría haber muerto ella, podría haber sido violada por ese hombre tan horrible. Se hizo un ovillo y sorbiendo por la nariz, soltando unas lagrimitas más, pensó por qué su esposo no se había quedado a dormir en la gran cama de su alcoba, cuánto tiempo más iba a durar el castigo.

Unos minutos más tarde, se levantó, fue hasta el baño y se lavó las manos para que se le quitara el olor a esperma, mientras volvía a preguntarse, cuánto tiempo pasaría hasta que su esposo volviera a dormir con ella.

«Tengo que escribir sobre mi heroína y contarles lo último, lo que va a causar un revuelo en todo el país y llegará a todos los periódicos, como no podía ser de otra forma. Ya saben que les voy contando sobre la bella señora Cooper, pero desde hace algún tiempo lo único que sabía es que estaba en Chicago con su esposo, que está construyendo otro edificio y un puente báscula, creo que se llaman así, de esos que se abren hacia arriba para que pasen los barcos, y están viviendo en ese hotel que posee el magnate, de nombre Oregón. Pues ahora el escándalo está servido, otra vez. La hermosa joven, en el tramo final de su embarazo, fue secuestrada. Sí, como lo están leyendo. Se la llevó un hombre con engaños y la escondió en una finca al norte de Chicago. Ella, que es una mujer valiente y que no se achica ante nada, le hizo cara, le dio un fuerte golpe en la cabeza y en plena oscuridad, se fue hacia un bosque cercano, donde se escondió. Pero qué dirán qué paso, pues lo más llamativo del mundo, se puso de parto, allí, de noche, sola, a merced de cualquier animal, humano o no humano; y la valiente guerrera, la bella diosa, tuvo a su hijo al estilo indio, apoyada contra un árbol y esperando el momento. Dicen mis fuentes, que, dentro de las extremas circunstancias, fue un parto fácil y rápido, y que después de unas horas, su esposo la encontró y la rescató.

Pero ahora viene lo gordo, el secuestrador es el ex suegro de Cooper, el señor Henry Watson de San Francisco, sí, sí, están leyendo perfectamente, el

padre de la primera esposa del señor Cooper. Hay una orden de busca y captura contra él, carteles en cualquier lugar que haya una pequeña aglomeración de gente, en las comisarías, estaciones de ferrocarril, de diligencias, tiendas, almacenes, tabernas, hasta saldrá en los próximos días en los periódicos. Por descontado, que la señora Watson y la hija, dicen no saber nada de él desde hace una semana, añadiendo a la policía que se fue de viaje de negocios hace unas semanas y que no se pueden creer tal barbaridad. Que la señora Cooper tiene que haberse equivocado y haberlo confundido con otro, y que es probable que el señor Watson haya tenido un accidente, o que haya sido víctima de un atraco y en estos momentos esté penando por cualquier sitio o en circunstancias peores.

Yo no soy quién para decir lo que será cierto o no, pero lo que sí digo, es que la hermosa Jennifer es la esposa que cualquier hombre desearía tener. Pero, de todos modos, sé de buena tinta, que el señor Cooper ha puesto guardaespaldas a su dama y que le tiene terminantemente prohibido, salir sin escolta a la calle, especialmente, mientras no se encuentre al criminal. No cabe duda, queridos lectores, que la vida de algunas personas darían para escribir un libro, un libro de lo más interesante, y desde luego, la vida de esta pareja da para eso y más. Les mantendré informados con todo lo que suceda, pues imagino que estarán deseando saber el desenlace».

Cuando Jennifer leyó el artículo, no le hizo ni pizca de gracia, pues si ella no hubiera sido tan inconsciente, nada de esto habría pasado y no sería carnaza de la prensa. Pero claro, como decía Lucy, da lo mismo señora, si ese hombre estaba dispuesto a hacerle mal, lo habría hecho de un modo o de otro, y mientras no lo cojan, no estará a salvo. Y llevaba razón, pues a pesar de que no era miedosa, se despertaba muchas noches empapada en sudor, viendo con horror la cara de ese hombre, esos ojos claros como el agua, esa mirada de loco; y encima, para colmo, estaba sola, pues Brandon seguía durmiendo en otra habitación, en otro piso del hotel, alejada de ella, sin darle la opción de poder meterse en su cama. No le parecía justo, no entendía por qué no acudía a la cama de ambos, pero no se rebajaría para preguntárselo, él era el que tenía que volver.

Quince días habían transcurrido desde que pasó todo y solo aquel episodio de pasión, cuando él mamó de sus pechos. Sonrió al recordarlo, sintiendo de nuevo ese placer, esa excitación febril que él le producía. Estaba

deseosa, lo necesitaba y, además, ya no tenía molestias ahí, pues eso ya estaba curado. Lucy le había traído unas hierbas que ella le había encargado, y desde que volvió con el bebé, se había dado lavados en sus partes, dos veces al día, y ahora estaba igual que siempre. Ya no manchaba, y seguramente no lo haría hasta que dejara de darle el pecho a Brandon, pero debería tener cuidado, pues recordaba que Julia le dijo, que cuando se está dando el pecho se puede quedar en estado, y especialmente en la cuarentena, y sinceramente, no le apetecía quedarse otra vez, tan rápido. Por lo menos que pasara un año.

Tiró el periódico encima de una silla de su coqueto gabinete y llamó a Lucy para que le trajera otro vestido. Esa noche, su esposo traía invitados, Turner y otros dos hombres, ingenieros que trabajaban en el puente. Estaba todo preparado al gusto de su esposo, solo faltaba ella. Lucy le trajo un vestido negro, con detalles dorados alrededor del escote, de las mangas y en el borde de los volantes que adornaban el bajo de la falda. Era una preciosidad, de un terciopelo muy fino, que daba gusto tocarlo, y con esa piel que tenía y ese color de pelo, estaba preciosa. El escote era profundo y con los pechos tan llenos, llamaba la atención la mirasen por donde la mirasen, pero ella no lo había elegido, fue su esposo el que dio las pautas; ella se encargaría de lucirlo y nada más. Se puso unos pendientes colgantes de azabache y se miró complacida en el espejo. De modo, que cuando Lucy le dijo que los invitados y su esposo ya habían llegado y que la esperaban tomando un refrigerio, ella bajó hasta el salón.

Brandon al verla, se quedó inmóvil con la copa cerca de los labios y viendo todo lo que los otros estaban viendo. Ese vestido se ajustaba a la cintura, que volvía a ser tan estrecha como antes de quedarse en estado, y esos pechos parecían querer desbordarse del escote. Por todos los demonios, pensó el marido, me va a dar la noche y se la va a dar a estos hombres, que sus esposas no son ni una cuarta parte de la mía, y Turner, ¡joder!, Turner se va a poner las botas y se va a estar acordando de la puta subasta.

Dejó la copa en el mueble bar y fue hasta ella, para cogerla de la mano y murmurarle al oído, estás tan deslumbrante, que vas a cegar a nuestros invitados. Ella le sonrió coqueta, viendo cómo besaba el dorso de su mano, produciéndole algo más que cosquillas. Los caballeros se acercaron, y Brandon vio que faltaba poco para que se le salieran los ojos de las órbitas. Hizo las presentaciones y los cumplidos vinieron en cascada por parte de los tres hombres, pues Turner, también se explayó en alabar la belleza de la

joven, preguntándose cómo se podía estar tan espléndida después de haber tenido un hijo quince días antes. Jennifer, con una adorable sonrisa, le contestó que no era mérito suyo, que era la propia naturaleza. Después de hablar durante un rato fueron a cenar, y la conversación derivó a los temas de construcción del puente que llevaban en marcha. Ella escuchaba atentamente y formulaba alguna oportuna pregunta, que cualesquiera de los tres estaban deseando contestar para satisfacer la curiosidad de la joven.

De esa manera la cena fue discurriendo plácidamente, siendo muy consciente de las miradas de los hombres, pero las que más le preocupaban eran las de su esposo. Él, en una cabecera de la mesa y ella en la otra, a la derecha de ella estaban los dos ingenieros que eran algo más jóvenes que Turner y mayores que Brandon; a la izquierda, Turner. La mirada azul se clavaba en ella, aun cuando estaba hablando con los invitados, y ella, modosita, bajaba la mirada hasta su plato, ocupándose de la sopa, de la carne o del postre. En realidad, lo estaba provocando, pues comportándose de la forma más exquisita que sabía, lograba que cada vez que abría la boca, las caras de los invitados se quedaran mostrando satisfacción y deseo; no lo podían evitar. Habían oído hablar de ella, la habían visto de lejos, estaban al corriente de todo lo acontecido en los últimos tiempos, y para qué engañarse, les ponía esa mujer. Pues, cuándo habían tratado con una delicada joven, hermosa a más no poder, con una cara que daba ganas de comérsela y qué decir de esos pechos que asomaban por el escote, que había parido sola, de noche, en un bosque al norte de la ciudad, con su secuestrador cerca y que cuando llegó el esposo se la encontró con el bebé en los brazos, apoyada en un árbol, esperando el amanecer... por Dios y todos los santos, una mujer así era digna de admiración, pero, sobre todo, digna de poseer. Los dos invitados pensaban lo mismo, habrían dado cualquier cosa por yacer con esa mujer; y Turner que sabía más que ellos, que había visto ese esplendoroso cuerpo, cuando no sabía a quién pertenecía, era de la misma opinión. Si Brandon Cooper ya era envidiado por todo lo que poseía, por todo lo que había conseguido, ahora, con esta nueva esposa, lo era más todavía, pues veían la supremacía absoluta en todo lo que puede desear un hombre; en los negocios y en la vida íntima. Y Brandon sentía el arma de doble filo, por un lado, estaba orgulloso de ella, orgulloso de poseerla y de que los demás le envidiaran, pero por el otro lado, los dientes afilados de los celos no dejaban de martirizarlo. Verla así, tan deslumbrante después de haber parido, era algo inusual en una mujer, y comprobar cómo las miradas de los hombres se la

comían con los ojos, y eso que habían hecho verdaderos esfuerzos al principio, pero a los postres y con varias copas de vino, no se cortaban ni un pelo, explayándose a sus anchas, preguntándole de cualquier tema y curioseando más de la cuenta. El esposo se fijó en el movimiento de los grandes pendientes, en cómo destacaba el azabache contra la blanca y delicada piel del cuello...

Por Dios, por todos los santos...

Si al menos se hubiera puesto un collar que tapase esas maravillas, en lugar de unos pendientes que se balanceaban al ritmo de los movimientos de esa preciosa cabeza, que hacían que mirases ese delicado cuello para continuar con ese escote...

Por todos los putos diablos...

Intentó mantener la calma, pues era tan ridículo sentirse así, que le daban ganas de reír a carcajadas, pues de sobra sabía, que no le iban a quitar ningún trozo, que era toda suya y que esto, solo quedaba en un festín para sus ojos. Pero cuando acabó la cena y ella se disculpó ante ellos, diciendo que había sido una velada de lo más agradable y que estaba encantada de haberles conocido, y a Turner de haberle vuelto a ver, los tres se quedaron prendados y sus ojos enganchados en esa figura tan seductora y en esos movimientos tan elegantes, viendo cómo desaparecía para subir al encuentro de su hijo. Casi resopló de placer. Por fin podrían hablar del trabajo, sin que estuvieran pendientes de cada movimiento de su mujer.

Y durante las dos horas siguientes, fumaron, bebieron y hablaron de todo lo concerniente a la estructura del puente, trabajadores, accidentes y financiación, pero Brandon no olvidó ni por un momento, que ella estaba arriba y que tal vez, tal vez, estaba esperando.

Eran las doce, cuando los hombres se fueron y él subió lentamente las escaleras. En un principio pensaba dormir donde las últimas quince noches, pero qué cojones, estaba harto, quería abrazarla, quería besarla, quería tocarla. Quería dormir en su cama, con ella. Pasó de largo por el gabinete y supo que Lucy estaba durmiendo allí. Entró en su alcoba y vio la luz que daba la pequeña lamparita, en un rincón, para no estar a oscuras si el niño se despertaba de sopetón. Las cortinas de la cama estaban cerradas y no supo si ya estaba dormida. Se desnudó sin hacer demasiado ruido, y antes de meterse en la cama fue a ver al bebé, viendo cómo dormía plácidamente y comprobando cómo crecía día a día. Era una copia de él, igual que lo fue Jonah, con la diferencia que el hijo de su hermano nació sin pelo y el suyo,

tenía una mata oscura y que día que pasaba, crecía y se iba rizando. Sintió un amor enorme y deslizó el borde de los dedos por esa carita, al tiempo que sonreía ante la mueca que hizo el crío.

Y de repente, notó la presencia, notó el calor que desprendía su cuerpo y se giró para encontrársela. La miró sin decir nada, recorriendo ese cuerpo vestido con un camisón que no dejaba nada a la imaginación. Una gasa transparente, en un tono azul claro, con unos tirantes tan finos, que parecían hilos. Sus ojos la devoraron, y sus manos fueron a los costados de los pechos exuberantes.

—¿Esto es para provocarme? —fueron las palabras murmuradas, roncas, rasposas, mientras sus dedos acariciaban la base de los pechos, notándolos cálidos, pesados y tentadores como el demonio.

—Sí. Esa es la única finalidad. Provocarte y hacerte padecer. —El hombre torció la boca en un simulacro de sonrisa.

—Con lo bella que eres, no te debe costar mucho, y con las palabras que empleas, enciendes más el infierno.

—Me importa poco el infierno, solo quiero encenderte a ti, porque yo ya lo estoy... desde hace una eternidad.

—¿Tanto? ¿Te parece bonito decir esas cosas cuando todavía estás convaleciente de un parto? —Ahora fue el turno de la sonrisa de ella, y él clavó la mirada en la boca, en los dientes, en la punta de la lengua al hablar.

—Estoy recuperada. No me duele nada. Pero si piensas que es demasiado pronto para hacerlo de la manera tradicional, me conformo con que me toques entre los muslos, con que chupes mis pezones, me beses hasta hacerme enloquecer y si quieres... podemos hacerlo por detrás. Pero solo si quieres. No deseo que te sientas obligado a darme placer. —Ya estaba empalmado, y le dieron ganas de echarse a reír, lo habría hecho si no hubiera estado su hijo en la misma habitación.

—¿De verdad deseas que te haga todas esas cosas? —preguntó, arrastrando las palabras, cachondo perdido.

—Sí, lo deseo. Igual que deseo coger tu miembro en mis manos y metérmelo en la boca. ¿Me dejas? —Él estaba tan excitado con esa conversación que mantenían que, si hubiera seguido, se habría corrido sin meterla en ningún agujero, pero no tenía esa intención.

Dejó de acariciar los pechos y bajó las manos a los costados.

—Soy todo tuyo. Puedes hacer lo que te plazca y te prometo, que te lo devolveré con creces. —Bajó los párpados, para ver cómo se arrodillaba

sobre la alfombra y cogía el pene entre sus manos, acariciándolo en toda su longitud durante unos minutos, para acercarlo a la boca y lamerlo lentamente, mientras sus miradas permanecían enganchadas. El hombre aguantó el envite, siguiendo los movimientos de esa boca cautivadora, los lametones de esa lengua voraz y la mirada llena de lujuria y tentación. Pero en un momento, la hizo parar, la ayudó a levantarse y sentándose en el lado contrario de la cama, para no ver la cuna, la sentó en su regazo.

No dejaban de mirarse y ella mostraba la excitación que sentía, pues sus pezones estaban erectos y los pómulos enrojecidos al tiempo que la mirada brillaba como la de él. Sentada encima de esos poderosos muslos, sintiendo la espada de la masculinidad contra su cadera, notó una mano encima de un pecho, a través de la gasa. Él acarició esas cumbres despacio, rodeó con un dedo la areola, notando cómo se encabritaba, más de lo que estaba. Bajó la cabeza y lamió el pezón, a través de la tenue gasa, haciéndola suspirar, mientras tocaba el otro, notando cómo ella se movía despacio para facilitarle el trabajo. Le gustaba tanto todo lo que le hacía, que ya no podría vivir sin ello. Ella abría los muslos, todo lo que la tela le permitía, pero era tal el deseo de que esos dedos estuvieran en su sexo, que los dos oyeron cómo se rasgaba la gasa por un lateral.

Durante unos segundos, él se quedó parado, para el momento, terminar de romper la tela y dejarla colgando a un lado, mientras metía la mano entre los lozanos muslos y abarcaba la vulva con toda la palma, oyendo el jadeo de la esposa y el suyo propio.

—No sabes cuánto me gusta tocarte... aquí. —Sus ojos la miraban fijamente mientras sus dedos acariciaban el sexo con delicadeza—. No sabes cuánto me gusta tocarte los pechos, comérmelos, chupártelos, mamarlos. Pero ahora, lo que me voy a comer, va a ser este chochito que tanto me gusta, que tanto placer me da, y después llevaré mi polla a ese otro agujerito, para sentir la gloria otra vez. —La besó con ferocidad, comiéndose los labios, tragándose la lengua y metiéndole la suya hasta el fondo de la garganta.

Cuando acabó de comerse la boca, sabiendo que la había dejado temblando de gusto, la tumbó en la cama y apartando la gasa rota se dedicó a chupar los pechos, succionando de ellos y sacando un poco de leche como la vez anterior, oyendo esos gemiditos que ella soltaba poco a poco, conteniéndose. Él se puso las botas, sujetando con las manos los laterales de los pechos y llevando la boca de uno a otro, hasta saciarse, no de leche exactamente, sino disfrutando de esos pezones y acariciando esos volúmenes

de carne suave y dura.

Pero no la dejó respirar, pues al momento deslizó ese hermoso culo hasta el borde de la cama y se dispuso a disfrutar del segundo plato. Lamió toda la zona despacio, mirando con descaro hasta el último rincón, para comprobar que todo estaba en orden, que todo había vuelto a su ser y volvió a lamer, a chupar, a morder, a meter la lengua, a recorrer toda la vulva, para colocar las piernas encima de sus hombros y hacer todo lo que le dio la gana. Echando el culo más hacia afuera, le lamió el ano, ensalivándolo hasta que la oyó gemir de esa manera que él sabía lo que se avecinaba; y cuando supo que se había corrido, siguió lamiendo hasta producirle otro; después, se levantó y la puso a cuatro patas sobre la cama y con cuidado fue introduciéndose dentro de ella, pues se había olvidado por completo de la mantequilla, pero su saliva y la excitación que le había producido, habían dilatado el orificio y estaba preparado para acogerlo. Primero, agarrado a los pechos y después, llevando las manos al culo, que lo acarició y seguidamente lo azotó suavemente, oyendo los gemidos de ella y no de dolor, precisamente. Eso fue el remate. Ver esos gordos y prietos glúteos colorados, mientras su polla estaba dentro y era aprisionada sin piedad, pudo con todo su control. No duró mucho. Se movió despacio disfrutando del momento y fue cuando ella onduló ese culo de forma provocadora, él se desplazó entrando y saliendo, disfrutando como un animal cachondo, notando cómo su verga resbalaba una y otra vez, hasta que ya no pudo más, hasta que notó las pulsaciones de su corazón que iba a mil, hasta que notó que su miembro iba a explotar; porque si no explotaba su polla, explotaría él en un millón de pedazos, y agarrado a las caderas de ella, murmurando su nombre una y otra vez, diciendo que era lo que más quería, lo que más amaba en el mundo, se corrió de una, se corrió de golpe, inundándola de leche, sin soltarla, sin salir de ella, dándole otro trozo de su corazón, otro trozo de su alma.

CAPÍTULO 23

Le había dedicado más tiempo a la construcción del puente que al último edificio, provocando parones que hicieron retrasar todos los tiempos previstos. Pero esto se estaba solucionando a pasos agigantados, casi tan grandes como crecía su hijo que ya contaba seis meses y que a pesar del trabajo y todos los problemas generados por este, culminaba el día en lo mejor: cuando llegaba al hotel y abrazaba a su pequeño y a su amor del alma. Solo una sombra ennegrecía el panorama, y era, el no saber nada de Watson; dónde estaría, qué hacía o si tal vez habría muerto. Por San Francisco no había aparecido y la señora Watson se había trasladado a la mansión de su hija, pues no deseaba seguir viviendo en la casa familiar.

Estados Unidos era un país muy grande, si alguien quería desaparecer, no costaba trabajo, pues podías esconderte en cualquier rincón de cualquier estado y hacerte con una nueva identidad. Eso era lo que pensaba la policía y lo que también pensó en su momento Brandon, pero según pasaba el tiempo, estaba más intranquilo, porque él conocía muy bien al que fue su suegro y sabía cómo era. Intentando meterse en su pellejo, creía que tarde o temprano volvería a aparecer, para vengarse, para cometer su último acto, e intentar destruirlo. Aun así, no llegaba a comprender el porqué de ese acto, del secuestro de su mujer, tanto le afectó descubrir que la segunda esposa era la que él conoció como Julia Cooper, o le molestó más, enterarse que ese cuerpo que vio en la casa de madame Berry era el de Jennifer, o fue un compendio de todo. Una cosa estaba clara, que la prensa amarilla se había dedicado a bombo y platillo, a dar pelos y señales de todo lo ocurrido, y una vez que fueron tirando del hilo no habían parado, tan pronto retrocediendo en el pasado más cercano, como alejándose a la época en que Jeremy abandonó California y decidió quedarse en Boston al conocer a la familia Mulligan y casarse con la hermana mayor. No toda la prensa fue educada y considerada con el tema, pues hubo más de un periodista que metió el dedo en la llaga y que recibió una demanda de los abogados de Cooper por no respetar la intimidad de su familia, de su esposa en especial. Y esos periodistas se

explayaron en contar con todo tipo de detalles, cómo había ido a parar la señora Cooper al más selecto burdel de California y cómo, entre la madame y la que sería futura señora Cooper, habían planificado la subasta de la virginidad. Más de una prostituta de la casa Berry, recibió un suculento cheque por dar detalles de todo tipo, como por ejemplo el estado en el que llegó la entonces señorita Jennifer y lo que vieron día a día, semana tras semana, según se iba recuperando. De esa manera, quedó reflejada la belleza y perfección de la joven, describiendo senos, piernas y caderas, aparte del más bello rostro, o de ese cabello rojo oscuro y esa piel inmaculada. Pero claro, todo no acabó allí, se dijo, sin decir nombres, quién acudió a esa subasta, dando datos de las profesiones o negocios que poseían los asistentes, así como edades aproximadas y algunos detalles físicos. Si alguno de los presentes en esa subasta se dio por aludido, no dijo ni pío, pues era lo mejor, callar y dejar correr el agua; pero un nombre que sí apareció con letras de molde fue el de Henry Watson, y con ello arrastró a toda la familia, dejándolos en evidencia, otra vez, siendo la comidilla de los salones, de los clubs, de las tabernas, de cualquier sitio donde se reunieran más de dos personas.

Y cuando saltó a la prensa lo del secuestro y la desaparición del arquitecto, fue el remate final, la mancha que tendrían que llevar la señora Watson y su hija, sería enorme y de por vida. La una señalada con el dedo por ser la esposa de un criminal y la otra, por ser la esposa repudiada, divorciada del hombre que había perdido la cabeza por una mujer vendida en un burdel; y para colmo, ser la hija del hombre que había raptado a esa mujer en el último tramo de su embarazo que, si no llega a ser por la valentía de Jennifer Cooper, podría haber acabado muerta, ella y el bebé.

Y esas cosas llegaban hasta el fondo en la mente de las personas, de los lectores, pues imaginaban la imagen, lo sucedido, y el que más y el que menos, tenía una esposa, una hermana, una hija y solo pensarlo, ponía los pelos de punta, y de esa manera, el odio iba en aumento. Y claro, rizando el rizo, más de uno y de una, pensó que, puesto que ese hombre fue a la citada subasta y vio el cuerpo del pecado, una vez que sabe a quién pertenece ese cuerpo y quién se ha hecho dueño del mismo, absolutamente, de manera legal, casándose con ella, dejando en ridículo a tu hija... ¿cómo una vez que la has secuestrado, no te aprovechas de las circunstancias y a pesar de estar embarazada, abusas de ella? ¡Oh!, las mentes más puritanas pondrían el grito en el cielo, pero también lo pensarían, porque la imaginación es libre y

aunque la quieras controlar, reprimir, da igual, al final aflora y aunque esos pensamientos no los verbalice, permanecen ahí, en tu cabeza.

Porque luego todos querían saber de números, de cuentas, si estaba ya cumplida, si le faltaba días o una semana, si todo lo ocurrido le adelantó el parto, o si el criminal hizo algo que pudo adelantarlo. Y con todas esas habladurías, con la prensa escribiendo constantemente, elucubrando dónde estaría el hombre que, si lo habían visto en Arizona, y días antes en Montana y días después en Texas, al final, las Watson, no podían pasar página, sintiendo que las murmuraciones no cesaban y que seguían siendo la comidilla de San Francisco y del resto del país, pues la fama y fortuna que poseía Cooper, si antes era grande, ahora era enorme.

Brandon ya había hablado detenidamente con Jennifer sobre ello, quedando claro como el agua, que no les iba a afectar para nada, todo lo que se escribiese o hablase del tema. Que tarde o temprano se cansarían. Y el esposo se volvió a sentir orgulloso de la mujer que tenía, pues era fuerte como él, aguantando estoicamente todos esos chismes verídicos o no, y comportándose como lo que era: una mujer de los pies a la cabeza. Pero le seguía preocupando dónde estaría Watson y cuándo haría su aparición; por ese motivo, los guardaespaldas que acompañaban a Jennifer en el momento en que salía de la vivienda privada, eran constantes, y aunque al principio le molestó eso de llevar dos sombras detrás de ella cuando se movía por el hotel, y cuatro cuando salía a la calle, al final lo aceptó, haciendo que esos hombres duros y grandes como torres, se sintieran atontados por la bella pelirroja. Cada semana cambiaban, pues Brandon era muy consciente de que, si permanecían siempre los mismos, podían confiarse más de la cuenta, aparte de medio enamorarse de su mujer.

Ella quiso seguir con las clases de costura, y Cooper dijo que ni hablar que, si quería hacer ese trabajo, se habilitaría una planta en un edificio cercano al hotel, para que sus alumnas fuesen allí, cosa que ella aceptó. Porque, además, consiguió que dos de sus guardaespaldas se prometieran con dos de sus alumnas, haciendo las delicias de Jennifer, que le encantaba actuar de casamentera.

Estaban a finales de septiembre y Jennifer esperaba a su marido con una deliciosa cena y una sorpresa para los postres. Estaba de nuevo embarazada, y aunque su idea principal había sido esperar un poco más de tiempo, y aunque más de una vez, su esposo utilizó esas cosas llamadas condones, lo cierto era que estaba de poco más de una falta. Se puso un vestido blanco con

rayas doradas, un collar de diamantes y una pulsera a juego. Cuando pasó más tiempo del que era habitual, se impacientó. Subió al dormitorio, contempló al pequeño que jugaba con unos sonajeros dentro de la cuna y que en cuanto vio a la madre, los tiró y alzó los bracitos. Lo cogió un rato, lo besó, lo balanceó, le canturreó, haciendo las delicias del niño, para después llamar a Lucy y hacer que se encargara de él. Sintió un palpito en el corazón, una extraña sensación que la ahogaba y ella no era dada a esas cosas. Bajó de nuevo y cogió una capa ligera y se dirigió a un mueble cercano a la puerta de entrada, abriendo un cajón y cogiendo un revólver de cañón corto que Brandon le había regalado. Vio que estaba cargado y se lo metió en la liga, ajustándola de nuevo y apretando bien las cintas para que se mantuviera en su sitio. Se miró las zapatillas de raso, pensando que no era el calzado adecuado para salir. Se acercó al armario que había al lado de la puerta de entrada y abrió para ver sus botines marrones. Estaba bien eso de dejar calzado de calle en ese armario, pensó la muchacha, mientras se quitaba las zapatillas y se ponía con rapidez los botines, mientras oía los ruidos que hacía el criado, sabiendo que estaba en la cocina. Por los guardaespaldas no debía preocuparse, pues estaban en sus casas. En lugar de tomar el ascensor, bajó por las escaleras, todos los pisos, no le importó, y al llegar al hall, llevaba la capucha cubriendo su cabeza y salió del hotel. Había un carruaje enfrente y antes de subir le dio la dirección.

En menos de seis minutos estaba en el edificio, pagó al cochero y le pidió que esperase quince minutos, que le pagaría el doble y que, si en esos quince minutos no había bajado que, por favor, sin perder tiempo, fuese a la policía. El cochero sabía quién era esa belleza y sin preguntar nada, afirmó varias veces y se quedó en el sitio, viendo cómo la joven señora, penetraba entre unos tablones y se rasgaba un trozo de la falda del vestido, sin prestarle atención. El hombre miró su viejo reloj y se dispuso a esperar los quince minutos, sabiendo de quién era ese edificio y pensando qué habría venido a buscar la señora Cooper al edificio del señor Cooper.

Cuando Brandon se espabiló, notando la cabeza embotada como si tuviese una piedra de gran tamaño encima, notó que se encontraba atado de pies y manos, las manos a la espalda por supuesto. Recordó qué había pasado, todos se habían ido a sus casas y él estaba recogiendo los planos de la última planta, la quince, donde estaba en esos momentos. Al oír los pasos, pensó que

alguno de sus hombres había olvidado algo y antes de volverse, notó el golpe en la cabeza y nada más. Ahora, a pesar del dolor, los pensamientos fluían como ríos de lava, calientes y espesos, tan densos que parecían bloquearse pero que al final, salían a la superficie. Y lo primero que pensó, fue en él. Abrió los ojos y a pesar de la oscuridad, pues solo había un candil encendido que no daba mucha luz, vio las botas. Viejas, gastadas, fue elevando la mirada y ahí estaba, sentado en un banco donde los obreros se comían el almuerzo. Su aspecto era irreconocible, pero esos ojos, eran inconfundibles, azul tan claro, casi incoloro, como los de su hija. El cabello largo, ya no era gris, todo blanco, con las patillas en forma de hacha y un bigote espeso y largo. Estaba más delgado, ya no mostraba ni un gramo de grasa en su cuerpo y el rostro más arrugado, más oscuro de su tono habitual, ese tono curtido de los morenos que trabajaban de sol a sol. Él siempre había dicho, que los hombres debían tener un color de piel bronceado, que era más varonil, pero no en exceso, pues entonces parecías un hispano o un indio, y ni lo uno ni lo otro le gustaba; sin embargo, un ligero bronce le daba a uno dureza y al mismo tiempo resultaba muy atractivo para las mujeres, sin contar con que sus ojos llamaban más la atención.

En eso pensaba Brandon, en que su ex suegro había sido muy presumido y ahora presentaba el aspecto de un viejo buscador de oro, o de un vendedor ambulante, intentando embaucar a la gente con sus lociones o jarabes que todo lo curan. Por fin había aparecido, por fin podía verle la puta cara, ahora solo quedaba que lo soltara, pero cómo.

—Joder, Henry, por fin apareces —soltó intentando sonreír, a pesar del dolor de cabeza—. Me tenías preocupado.

—No me digas —replicó el otro, sin dejar de mirar la figura que yacía en el suelo. Se mantuvieron las miradas y el más joven, preguntó:

—¿Por qué no me desatas, Henry? —El aludido soltó una risa bronca, mezclada con una tos rasposa.

—¿Te crees que he perdido la cabeza? Eres más joven y siempre has sido más fuerte, ni que fuera idiota. Así estás muy bien. Además, como pienso matarte esta noche, no es necesario hacer nada más.

—Ah, ¿sí? Y entonces, ¿por qué no me has pegado un tiro o clavado un cuchillo? ¿A qué estás esperando?

—Quería hablar contigo antes de matarte. Quería hablar de tu preciosa mujer antes de mandarte al otro barrio. Y, además, no te lo creerás, pero te echaba de menos.

—Ah, que ameno. ¿Y qué es lo que quieres hablar de mi mujer?, ¿tanto te interesa? —La mirada líquida de Watson lo traspasó.

—No te puedes imaginar cuánto. —Dejó vagar la mirada por la planta uniforme, sin tabiques, con los huecos de las ventanas pendientes por poner, por la mesa larga donde se extendían los planos; sus ojos miraban todo lo que rodeaba a los dos hombres, pero su mente estaba en otra parte—. Jamás he sentido algo así por una mujer y eso, eso es mucho decir en un hombre de mi edad. Porque, ¿para qué nos vamos a engañar?, he tenido muchas mujeres y más tarde o más temprano, me he follado a todas las que he querido; hasta a las feas interesantes —añadió con una risotada—. Tú ya sabes cómo es esto, algunas tienen una cara de acelga que no hay quien las mire, pero luego, en una fiesta, en una cena, descubres que tienen unas tetas divinas y dices, ¿por qué no? Y ya te empiezas a fijar en otras cosas, en los labios por ejemplo, que son bonitos, en los dientes, que a primera vista los tiene todos y también son aceptables, y piensas qué tal la mamaría, y que no estaría mal estrujar esas tetas mientras te la estás follando; de manera que, te la follas y a por la siguiente. —Hizo una pausa y Brandon intervino, pues quería que siguiera hablando, que hablara todo lo que le diera la gana y, sobre todo, que dejara vagar la mirada por toda la planta.

—Entiendo lo que dices. También me he follado a más de una fea, y para mi sorpresa, han follado de maravilla. Sin embargo, otras más bonitas, han resultado más delicadas. —Watson soltó una risotada.

—Qué razón tienes. Ya lo creo. Eso te pasó con mi Sophie, ¿verdad? —Brandon no contestó, solo le mantuvo la mirada—. No, si lo entiendo. Lo entiendo perfectamente, somos hombres, pensamos igual. A la madre le pasaba lo mismo. Muchos mimitos, muchos besitos, muchos abrazitos, algún toqueteo... y a la hora de follar, bah, un chasco de cojones. Ni te imaginas la cantidad de veces que me la he cascado cuando ella desaparecía y me quedaba solo en la habitación. Por eso tenemos que recurrir a otras. ¡Joder! Es ley de vida. —Volvió a mirar al infinito y su voz se volvió más ronca—. Pero cuando vi a esa pelirroja... Dios del cielo, lo primero que pensé, es que el Altísimo había reunido todo en una misma hembra, y lo siguiente fue, que cómo el idiota de tu medio hermano la había conseguido.

—Bueno, Henry, Jeremy no era idiota, gandul sí, pero idiota no. Y te recuerdo que era un hombre atractivo. —Watson clavó la mirada en su antagonista y quiso fulminarlo. Pero lo que hizo fue mover la cabeza afirmando.

—Sí, tienes razón. No era tan atractivo como tú, pero tenía tus mismos ojos, los ojos de todos los cabrones de los Cooper. Sí, es cierto. Lo demás era de la bruja de tu madrastra que, aunque sea una bruja, en su época tuvo un buen polvo. Pero bueno, a lo que iba, en aquel momento, cuando conozco la perfección hecha mujer, a la auténtica Lilit, no sabía que era una impostora, creía que se la había follado tu hermano y que ese niño tan hermoso era suyo. Joder, Brandon, ese niño era clavado a ti. Igualito. Era difícil no pensar, que te habías acercado a Boston para ver a Jeremy y te habías follado a su mujer. Y está claro que no fue así, pues si no, Berry no hace una subasta de virginidad; una cosa buena tiene la puta esa, que es de fiar. —Hizo una pausa larga y Brandon vio cómo seguía dándole vueltas a la cabeza, pero casi siempre con la mirada perdida, cosa que a él le venía muy bien—. Por eso estuviste tan enfadado después de la muerte del crío, después de que desapareciera. En realidad, el enfado te duró hasta que llegó la subasta. Y yo que creía que estabas así por culpa de mi hija, por no darte un hijo, que seguramente también, ¿o no? —Dirigió la vista hasta el cuerpo tumbado en el suelo todo lo largo que era.

—¿Qué quieres, Henry? Se juntó todo. Y sí, estaba enfadado todos los putos días, y estaba hasta los cojones de aguantar los histerismos de tu hija. Sí, no lo niego.

—Pero estabas más enfadado porque la pelirroja te había abandonado, ¿verdad? Eso te sacaba de tus casillas, no me digas que no —añadió, mostrando una sonrisa malévolamente.

—No. No lo niego. Eso era algo que me pateaba las tripas, todos los días, a cada instante —la voz sonó dura, amarga y Watson sonrió satisfecho.

—Te comprendo. Yo casi me sentí igual, y eso, que no la había probado. Porque, aunque se fue virgen, manosearías ese cuerpo, te llevarías esas tetas a la boca, incluso tocarías el conejito y le darías placer; hasta puede, que ella te la menease y hasta te la chupase... ¿o no? O tal vez era una estiradilla, estrecha... no, no lo creo.

—¿Por qué crees que estaba tan enfadado cuando se fue? ¿Por no haber probado el pastel? —La risotada de Watson retumbó en la planta y se repantingó en el banco, para terminar, tumbándose y mirar el cielo raso—. ¿Qué vas a poner aquí? ¿Escayola? ¿Madera? —No esperó contestación—. Echo de menos la construcción, bueno, no la construcción en sí, pues de eso me he hartado estos meses. Así es como me he ganado la vida, trabajando como albañil y como carpintero. —Soltó una risa amarga—. Pero lo que echo

de menos es ser el jefe, ser el protagonista, llevar a los clientes a buenos restaurantes y presumir de lo que teníamos. Porque cuando tú no estabas, que era la mayor parte del tiempo, yo era el que mandaba y los delineantes y los otros arquitectos, siempre me preguntaban a mí y me respetaban; y cuando surgía un problema de más envergadura, hablábamos por conferencia o te ponía un cable y me solucionabas el problema, ¿te acuerdas, Brandon?

—Claro que me acuerdo, Henry. Éramos socios.

—Sí. Formábamos un buen equipo, ¿verdad?

—Ya lo creo. Eras mi mano derecha en la ciudad —mintió, para ver cómo el hombre se incorporaba y le clavaba la mirada.

—¿No era ese chino de mierda tu mano derecha?

—Vamos, Henry. ¿Me has visto cara de estúpido? Lín Yu ha sido mi recadero y muchas veces mi guardaespaldas. Eso de mano derecha se lo inventaría él mismo, para que las mafias de Chinatown lo respetaran más.

—Seguro. Ese chino es astuto, para qué negarlo, si no, no lo tendrías a tu lado.

—Por supuesto. Siempre tengo lo mejor. —Las miradas se midieron en la penumbra, pues el candil no daba mucha luz.

—Sí, siempre lo mejor. Pero ¿sabes qué?, que cuando estés muerto y enterrado, me voy a llevar a esa mujer que tienes y esta vez no voy a fallar. Esta vez será mía. Esta vez no me conformaré con hacerme una paja mirando sus pechos. ¿Te lo contó? —Miró a su antiguo yerno y este le mantuvo la mirada, pero no le contestó. La risa del viejo se escuchó otra vez, para pasarse una mano por los bordes de la boca y sacar la punta de la lengua, relamiéndose—. Qué rica, pero qué rica. Si no hubiera estado tan adelantada me la habría follado. Fue un puto problema, ¿sabes? No sabía si llevármela, si follarla y que malpariese; no pensaba que estaba tan adelantada. Y ya ves, parió sola, en el bosque, donde tú la encontraste. He leído todo lo que he pillado por ahí. Qué valiente, joder, lo tiene todo. ¿Es eso posible, Brandon? ¿Realmente es tan perfecta, o es una ilusión?

—Es más de lo que ves —dijo con voz áspera, haciendo que el otro clavara la mirada.

—Me cago en la madre que me parió. Lo has dicho de una forma, que lo dice todo, pues tú que te has follado todo lo que te ha dado la gana, que te has pegado esas putas orgías y a saber lo que has hecho... tú que lo has tenido todo, te enamoras de la flor más exquisita, de la más hermosa —hizo otra pausa, retrocediendo en el tiempo—... siempre pensé que tenía que ser una

puta en la cama. No me preguntes por qué, pero lo pensé, la primera vez que la vi, cuando era Julia Cooper. Me dije, esos modales tan exquisitos, esa manera de hablar tan correcta, incluso fría en algunos momentos, esa manera tan elegante de mover las manos, de elevar los hombros, de adelantar los pechos... en la cama tiene que ser toda fogosidad, todo volcán. ¡Y qué cojones! Entonces todavía era virgen. ¡Oh Brandon, cómo te envidio, no sabes cuánto! Dime, ¿cómo fue llevarte la virginidad de esa preciosidad?, ¿te lloró? ¿Gritó? Cuéntame algo antes de morir. —Brandon se preguntaba si estaba bien de la cabeza, si no había perdido el poco seso que tuvo alguna vez.

—Hubo de todo, Henry. Al principio, cuando se dio cuenta de quién era, lloró y no de felicidad precisamente.

—Ah, ¿no? ¿No quería pillarte, como todas?

—Si hubiera querido eso, no se habría largado. No, ella quería irse al Este, volver a Nueva York o a Boston, para eso quería su parte del dinero. —Watson movió la cabeza y esperó—. Yo estaba enfadado, muy enfadado y ella fue consciente de ello. Ya sabes que cuando me enfado, no lo puedo ocultar.

—Lo sé, lo sé.

—Pero después, cuando le recordé lo que hacían mis manos y mi boca, se olvidó de los llantos y me dio el mayor de los placeres.

—Qué cabrón con suerte eres. Siempre lo he dicho. No niego que has estudiado mucho, que eres muy listo, que trabajas más que nadie, pero, aun así, eres un cabrón con suerte. Con mucha suerte. Encontraste la mina del loco de tu abuelo y encima, cada negocio que pones en marcha va a la perfección. La pena es que te casaste por primera vez demasiado pronto, si llegas a esperar...

—Cada cosa llega en su momento.

—¿Te arrepientes de haberte casado con mi Sophie?

—No. No me arrepiento de nada. Absolutamente de nada. Soy lo que soy. —Watson entrecerró los ojos, mirándolo fijamente.

—Bueno, Brandon, cuidaré de ella. Tu hijo lo puede criar tu padre, seguro que le gusta tener una prolongación tuya.

—¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme un tiro?

—No, nada de tiros. Además, no llevo armas de fuego. Y tampoco te voy a dar una cuchillada. Ni hablar. Quiero que parezca un accidente; estaba oscuro, tropezaste y caíste por el hueco del ascensor. Creo que una caída de

quince pisos será suficiente, ¿no? ¿Cuántos hombres has perdido en esta obra?

—Ninguno.

—¿En serio? —Elevó las cejas sorprendido y le siguió picando la curiosidad.

—En serio.

—¿Y en el puente?

—Tampoco. Por el momento.

—Pues pasarás a la historia del edificio, a llenar los titulares de la prensa, la erudita y la sensacionalista. El dueño, el arquitecto, el constructor, el inalcanzable Brandon Cooper, muere por accidente cuando faltaba poco para su terminación. El edificio de quince plantas, de la ciudad de Chicago, rivalizando con los de LeBaron Jenney y el resto de la famosa Escuela de Chicago, fue la tumba del millonario Cooper, que de la manera más tonta se cayó por el hueco del ascensor partiéndose la crisma. Bonito, ¿no te parece? Una muerte de lo más trágica para el hombre más envidiado del país.

—Precioso. Se me saltan las lágrimas de tanta emoción. Pero a lo mejor tengo suerte y caigo de pie... como los gatos. —Watson se incorporó sin dejar de mirarlo.

—No vas a tener tanta suerte. Porque te voy a dar un golpe en la cabeza antes de arrastrarte hasta el hueco y después, iré a comprobar si respiras y sí es así, te remataré.

—Sí, lo tienes todo bien planeado. No pensaba que la cabeza te funcionaba tan bien.

—Deja ya de hablar y no seas tan arrogante. ¡Cojones! —Se agachó para darle en la cabeza con un ladrillo, cuando en una fracción de segundo, esos poderosos brazos lo engancharon por el cuello y tirándolo encima de él, apretaron y apretaron, mientras oía las palabras del que fue su yerno:

—Ya no me vas a dar más por el culo, hijo de la gran puta, ya no vas a volver a pensar en mi mujer, cacho cabrón, vas a morir como una bestia, que es lo que eres y todos te recordarán de esa manera.

Los brazos apretaron más fuerte, ahogándolo, pero siendo consciente de todo lo que pasaba y cuando estaba a punto de perder el conocimiento, un giro brusco de esas manos, le rompieron el cuello.

Brandon se lo quitó de encima y retirando la soga que rodeaba una de sus muñecas, fue a desatar los tobillos. Se puso de pie y cogió a Watson por las piernas, llevándolo hasta el hueco del ascensor; sin miramientos, lo tiró,

oyendo el golpe al chocar contra el suelo lleno de escombros. Pero también escuchó otro ruido, un ruido que no relacionaba con un edificio en obras. Le había parecido oír el roce de unas sedas, el frufrú de unas faldas. Pero lo que escuchó en esos momentos, lo dejó de piedra.

—¡Manos arriba! —la voz de su amada llenó sus oídos, al mismo tiempo que el ruido de amartillar un revólver; él se volvió lentamente, teniendo la precaución de elevar los brazos despacio, pues le había enseñado a disparar a esa gata salvaje que tenía por esposa—. Como haga un movimiento extraño, le pegó un tiro, o dos, o todo el cargador. ¿Me ha entendido?

—Alto y claro —fueron las palabras del hombre, sabiendo que su dulzura estaba procesando la voz escuchada en la oscuridad del edificio—. Si lo desea la dama, me puedo poner de rodillas y esperar a que me ate o lo que más guste.

—¿Brandon? ¿Eres tú? —Escuchó la voz temblorosa.

Se lanzó hacia él, sin soltar el revólver y Brandon la cogió con un brazo y con el otro le quitó el arma, colocándoselo en los riñones después de volver a poner el martillo en lugar seguro.

La besó con pasión y a pesar de que ella seguía pegada a él, la separó.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Ay, Brandon, no me riñas, pero es que he tenido un mal presentimiento. Muy malo, de verdad. Al ver que te retrasabas he sentido una opresión en el pecho y he sabido que pasaba algo, algo malo. Ha sido un presentimiento tan fuerte, tan exagerado, que no he perdido tiempo.

—Ya lo veo, has cogido el arma y has venido hasta aquí. ¿No habría sido más sencillo decírselo a Lín Yu y él se habría encargado?

—No. No daba tiempo, Brandon. Además, algo ha pasado aquí. He oído un golpe seco, fuerte, cuando subía y se me ha subido el corazón a la boca. He pensado que te habías caído o algo peor.

—Cariño, vamos a bajar, que tengo que llamar a la policía.

—Estará al caer, si el cochero me ha hecho caso. —Y le contó los últimos pasos.

Bajaron por las escaleras que se encontraban detrás de la pared donde iba el hueco del ascensor, pues el montacargas solo se utilizaba durante el día, cuando todos estaban trabajando. Brandon iba oyendo cómo la seda de la falda se iba enganchar en la pared sin terminar, mientras pensaba que su mujer era la muchacha más temeraria que había conocido. Y dio gracias de

que Watson estuviera muerto y de que ella llegara más tarde. No hablaron mientras bajaban, solo la voz brusca del hombre, que a pesar de que no la soltó ni un segundo, le iba diciendo, cuidado, no tropieces, a ver el vestido, cuidado, no resbales, bajar por estas escaleras que están sin terminar, no es como subir.

—Brandon —siseó la joven—, no seas tan pesado. Sé lo que hago. —Estaban llegando a la planta baja, cuando él se paró y la iluminó con la lámpara para verle el rostro.

—¿Sí? ¿Estás segura?

—Pues claro —contestó asustada, pues él la sujetaba con fuerza y su brazo podía dar fe de ello. Vio la dureza de la boca del esposo y cómo la acribillaba con esos preciosos ojos azules, pensando en qué decirle, en cómo decirlo.

—Jennifer, ¿sabes quién ha caído por el hueco del ascensor? —La hermosa cara estaba pálida, pero no por la pregunta, tampoco por el gesto adusto del esposo, no, estaba pálida desde que sintió ese mal presentimiento, esa sensación de ahogo, de pensar que algo malo le había pasado a su hombre o que estaba a punto de pasar.

—¿El señor Watson? —Brandon se sorprendió ante la pregunta, ante la agudeza de ella.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Pero me alegro enormemente de que sea él y no tú. Sabía que tarde o temprano tenía que aparecer y me daba en el corazón y en la cabeza, que esta vez iría a por ti. Y mejor así, ¿no crees? Porque tener que pasar el resto de nuestras vidas pensando en que ese hombre horrible podía aparecer en cualquier momento; y ya no a nosotros solo, sino a los niños, ¿te imaginas? Qué horror, no lo quiero pensar, pero estaba en mi cabeza todos los días. Por eso cogí el revólver, porque si pasaba algo malo, como así ha sido, descargaría el arma sobre su cuerpo y su cabeza, sin pensarlo ni un segundo. Cuando iba subiendo, tenía que ir muy despacio, por miedo a caerme o hacer ruido y que llamara la atención. Me venían al oído voces, voces lejanas, pero no podía reconocer la tuya. Pero estaba segura de que estabas ahí arriba y cuando oí ese golpe, creí que el corazón se me salía por la boca; aun así, me subí la falda y cogí el arma que llevaba en la liga. Te juro por Dios, que me temblaba el pulso de una forma, que tuve que agarrarlo con las dos manos. Pero no quise amartillarlo para que no me delatara el ruido, en cuanto hablé, lo amartillé. Te has dado cuenta, ¿verdad? —Él la miró

sorprendido, embrujado y volviendo a analizar todo lo que había dicho.

—Sí. Ya lo creo que me he dado cuenta.

—Por supuesto. No olvidé lo que me enseñaste.

Dijo esas palabras mientras se alisaba la falda.

—Por el momento solo tenemos un niño y has dicho niños —dijo sin pestañear, sin dejar de mirarla, para ver los pómulos enrojecer.

—Bueno, sí. Pero viene otro en camino. Era la sorpresa que te tenía preparada para esta noche. —Brandon movió la cabeza varias veces, mirándola tan intensamente, que ella no aguantó más y se abrazó a él—. ¡Oh, Brandon! Te quiero tanto, tanto, que sería capaz de dar mi vida por ti. —Él la rodeó con un brazo y besó la cabeza pelirroja.

—Jesús, me dejas hecho trizas. No sé qué voy a hacer contigo. —Escuchó la risita y después esa vocecita de niña buena... o mala, según la interpretaras.

—Yo te puedo decir unas cuantas cosas que puedes hacerme. —Él la separó y mirando esa boca, bajó la cabeza y la besó con fuerza, con deseo extremo.

Cuando oyeron unas voces, se separaron y siguieron bajando las escaleras para encontrarse con la policía.

EPÍLOGO

«Por fin, llegó la niña. Era deseada, muy deseada. Después de cinco niños, llegó. El primogénito Brandon, el segundo Jonah, el tercero Jeremy, el cuarto Mathew, el quinto Joshua y ahora, Jean, como la difunta madre del multimillonario. Me cuentan que hubo más que palabras a la hora de elegir el nombre, pues el esposo quería que su hija se llamara Jennifer, como su amada; los niños, por su parte, tenían nombres de todo tipo, desde Penélope hasta Esmeralda, pasando por Amapola o Rosaura, al final, fue la madre de la criatura la que dijo cómo se llamaría su pequeña pelirroja y ya no hubo más discusiones.

Estas Navidades van a ser muy tristes para muchísima gente, para todas esas personas que han perdido a sus seres queridos y, en segundo lugar, para los que han perdido seres queridos y sus casas, sus posesiones, lo mucho o lo poco que tuvieran, que han sido una mayoría. Ha sido un desastre de máximas proporciones, ha sido tan devastador, que un servidor que me encontraba en Nueva York cuando sucedió el terremoto, no daba crédito a lo que me contaban, a lo que vi por imágenes fotográficas y, más tarde, en celuloide. Estoy acostumbrado a utilizar las palabras, de hecho, las palabras son mis armas, y cuando vi con mis propios ojos, *in situ*, semejante desastre, lo único que salió por mi boca, fue un: ¡Dios mío!

A estas alturas, pues han pasado casi ocho meses desde el desastre, ya todos sabrán, que no fue solo que la tierra se abriese como quien abre una naranja, sino los incendios que provocó esa marabunta de temblores, uno detrás de otro, que no llegó al minuto de duración y que hizo caer edificaciones de madera como si fuesen castillos de naipes y no tardando en hacerlo los edificios de piedra y ladrillo, lanzando cascotes a diestro y siniestro, dando lugar a ruidos ensordecedores, a pensar que el infierno estaba debajo y que se tragaría la ciudad entera. Cómo se derrumbaron casas, edificios, cómo se abrían las calles queriendo mostrar las tripas de la tierra, y cómo el fuego devoraba todo durante horas, durante días. La hermosa ciudad de San Francisco se convirtió en un infierno, porque si un incendio es malo,

es una desgracia para cualquier ciudad, un terremoto y después muchos incendios son la imagen perfecta para creer que el fin del mundo había llegado.

Los Cooper se libraron por poco, me refiero a Brandon y Jennifer con sus niños, que días antes del 18 de abril, salieron de la ciudad para pasar los meses siguientes en donde tienen otra residencia, Chicago. Pero la que fue la primera esposa del magnate y su madre, la señora Watson, murieron en la mansión de Powell Street, que quedó destruida hasta los cimientos. También murió un empleado de Cooper, el oriental Lín Yu, que, quedándose para atender los negocios que tenía en Chinatown, desapareció al igual que muchos de sus compatriotas. Y también la esposa de Brandon senior, la señora Suzanne Cooper, que había acudido a la ciudad de compras acompañada de su hija Catherine, que salvó la vida saliendo de los escombros de la casa donde se alojaron. A las 5 horas y 12 minutos de la mañana, cuando la mayoría de la gente todavía estaba en sus casas, en sus camas... Porque, ¿cuántas personas murieron en el terremoto? ¿Y en los incendios posteriores? Seguramente, más de lo que nos dijeron las autoridades.

Se sintió por toda la costa del Pacífico hasta Oregón, llegando a Los Ángeles y al interior de Nevada. De los 400.000 habitantes, casi 300.000 perdieron sus casas y muchas de esas personas vivieron en tiendas de campaña en el Parque de Golden Gate, en las playas cercanas, en el barrio de Phandle y otros muchos, al otro lado de la bahía de Oakland, dando gracias de estar con vida y mostrando la mejor de las sonrisas para emprender de nuevo la construcción de la ciudad.

He sabido no hace mucho, que el señor Cooper ha donado más de un millón de dólares para ayudar a los necesitados y que está trabajando para reconstruir la ciudad, aunque también me han dicho, que él piensa que debería construirse de otra forma, hablamos de cimientos y demás asuntos técnicos, estructurales, pues cuando un terremoto sacude la tierra, ¿cuántas posibilidades hay de que vuelva a ocurrir...? Vaya, que tenemos muchas cartas de la baraja y no para bueno precisamente, según la opinión de muchos; entre ellas, la de Cooper.

La hermosa señora Cooper dejó de lado las famosas academias de costura que tiene repartidas por varias ciudades del país, para atender a personas necesitadas, en hospitales improvisados, en casas de acogida para niños sin padres, en comedores, repartiendo alimentos, ropa, calzado y artículos de todo tipo. Ellos volvieron de Chicago al poco tiempo de suceder

la catástrofe y a pesar de que el señor Cooper quería que su familia se quedase al resguardo de la tragedia, ella se negó en redondo, diciendo que no podía quedarse de brazos cruzados mientras tantas personas estaban sufriendo calamidades. La casa que poseen en Marina, que no sufrió ningún desperfecto, es donde se alojó la familia al completo, y es ahora, cuando ha nacido la niña, cuando la hermosa Jennifer ha obedecido a su esposo y se han instalado en el rancho que poseen en Sacramento, para descansar un tiempo, atender a su hijos como es debido, en compañía de la hermana de él, del esposo de esta y los tres niños que tiene la pareja, sin olvidarnos del abuelo, el señor Cooper, que seguro estará feliz de tener a su familia, aunque note la falta de su difunta esposa.

Yo ando entre un sitio y otro. Ahora me voy a Nueva York, después de haber estado dos semanas aquí, en la ciudad que resurgirá de sus cenizas, igual que el Ave Fénix; pero no perderé detalle de todo lo que haga mi diosa particular, esa pelirroja valiente como ninguna, con un corazón que es tan grande como su belleza. Les mantendré al corriente.

¡Ah!, me olvidaba. ¿Se acuerdan ustedes, hace diez años más o menos, de una casa al sur de San Francisco que de vez en cuando organizaba subastas... muy, muy especiales?, pues sigue en pie. Solo un par de grietas en la pared del salón de juegos, nada más, según me cuenta la dueña. Nada que no se pueda arreglar con un poco de mortero.

Otra cosa, la dueña de esta casa, también hizo una donación importante para la causa de la señora Cooper, en especial, para los niños que se han quedado sin familia.

¡Chapeau, madame!

El dinero, dinero es, proceda de donde proceda».

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a la editorial ROMANTIC EDICIONES, por haberme dado la oportunidad de que esta novela salga a la luz. Gracias a editoriales como ROMANTIC EDICIONES, los escritores de novela romántica, tenemos la oportunidad de mostrarnos al gran público y que nos conozcan hasta en el último rincón del mundo.